Victor Hugo

Notre-Dame de París

Traducción de Teresa Clavel Lledó

Grandes Clásicos



En el París del siglo xv, con sus sombrías callejuelas pobladas por desheredados de la fortuna y espíritus atormentados, la gitana esmeralda, que predice el porvenir y atrae fatalmente a los hombres, es acusada injustamente de la muerte de su amado y condenada al patíbulo. Agradecido por el apoyo que en otro tiempo recibió de ella, Quasimodo, campanero de nuestra señora, de fuerza hercúlea y cuya horrible fealdad esconde un corazón sensible, la salva y le da asilo en la catedral. Nuestra señora de París ha dado lugar a numerosos libretos de ópera y a varias versiones cinematográficas.



Victor Hugo

Nuestra señora de París

ePub r1.0

Narukei 10.01.14

Título original: *Notre-Dame de Paris*
Victor Hugo, 1831
Traducción: Teresa Clavel
Retoque de portada: Narukei

Editor digital: Narukei
ePub base r1.0

Hace unos años, visitando o, para hablar con propiedad, escudriñando Notre-Dame, el autor de este libro encontró, en un oscuro rincón de una de sus torres, esta palabra grabada a mano en la pared:

'Α Ν Ά Γ Κ Η[*]

Estaban aquellas mayúsculas griegas ennegrecidas por la vetustez y profundamente entalladas en la piedra, lo cual, unido a la presencia de ciertas marcas propias de la caligrafía gótica impresas en su forma y en su posición —como para revelar que era una mano de la Edad Media la que las había escrito— y, sobre todo, al sentido lúgubre y fatal que encerraban, impresionaron vivamente al autor.

Se preguntó a sí mismo e incluso trató de adivinar quién sería el alma en pena que no había querido abandonar este mundo sin dejar ese estigma de crimen o de desgracia en la frente de la vieja iglesia.

Más adelante enlucieron o rascaron (no sé muy bien cuál de las dos cosas) la pared, y la inscripción desapareció. Pues ese es el trato que se dispensa desde hace casi doscientos años a las maravillosas iglesias medievales. Las mutilaciones les vienen de todas partes, tanto de dentro como de fuera. El párroco las enluce, el arquitecto manda rascarlas, hasta que finalmente interviene el pueblo, que las derriba.

Así pues, salvo el frágil recuerdo que le dedica aquí el autor de este libro, actualmente ya no queda nada de la misteriosa palabra grabada en la oscura torre de Notre-Dame, nada del destino desconocido que tan melancólicamente resumía. El hombre que escribió aquella palabra en aquella pared desapareció hace varios siglos de entre los vivos, la palabra desapareció a su vez de la pared de la iglesia, la propia iglesia tal vez desaparezca muy pronto de la tierra.

Aquella palabra ha dado pie a este libro.

Febrero de 1831

NOTA AÑADIDA A LA EDICIÓN DEFINITIVA (1832)

Erróneamente se ha anunciado que esta edición iba a aparecer con varios capítulos nuevos. Habría que haber dicho inéditos, porque, si por nuevos entendemos recién hechos, los capítulos añadidos en esta edición no son nuevos. Fueron escritos al mismo tiempo que el resto de la obra, datan de la misma época y proceden del mismo pensamiento, siempre han formado parte del manuscrito de *Notre-Dame de París*. Más aún, el autor no comprendería que a una obra de este tipo se añadieran con posterioridad acontecimientos nuevos. No es algo que pueda hacerse a voluntad. Según él, una novela nace, de una forma en cierto modo necesaria, con todos sus capítulos; un drama nace con todas sus escenas. No crea usted que el número de partes de que se compone ese todo, ese misterioso microcosmos llamado drama o novela, es arbitrario. El injerto o la soldadura agarran mal en obras de esta naturaleza, que deben surgir de un tirón y permanecer tal cual. Una vez terminada, no cambie de parecer, no siga retocándola. Una vez que el libro está publicado, una vez que el sexo de la obra, viril o no, ha sido reconocido y proclamado, una vez que la criatura ha proferido el primer grito, ha nacido, ya está, es así, ni el padre ni la madre pueden hacer ya nada, pertenece al aire y al sol, déjela vivir o morir como es. ¿Su libro ha resultado fallido? Resignación. No añada capítulos a un libro fallido. ¿Está incompleto? Debería haberlo completado al concebirlo. ¿Su tronco es nudoso? No lo enderezará. ¿Su novela está tísica? ¿Su novela no es viable? No le insuflará el aliento que le falta. ¿Su drama ha nacido cojo? Hágame caso, no le ponga una pata de palo.

El autor concede, pues, un valor particular a que el público sepa que los capítulos añadidos no han sido escritos expresamente para esta reimpresión. Si no se publicaron en las precedentes ediciones del libro, fue por una razón muy sencilla. En la época en que *Notre-Dame de París* se imprimió por primera vez, la carpeta que contenía esos tres capítulos se extravió. Había que reescribirlos o prescindir de ellos. El autor consideró que, de esos capítulos, los únicos que tenían cierta importancia en razón de su extensión eran dos, de arte e historia, que no afectaban en nada al fondo del drama y de la novela, que el público no advertiría su desaparición y que él, el autor, sería el único que estaría en el secreto de esa laguna. Tomó la decisión de pasarla por alto. Además, puestos a decirlo todo, su pereza se impuso ante la perspectiva de reescribir tres capítulos perdidos. Le habría parecido menos costoso escribir otra novela.

Ahora, los capítulos han aparecido y aprovecha la primera oportunidad que se le presenta para ponerlos en su sitio.

He aquí, pues, su obra entera tal como la concibió, tal como la hizo, buena o mala, duradera o frágil, pero tal como la quiere.

Sin duda estos capítulos encontrados tendrán poco valor a ojos de las personas, por lo demás muy juiciosas, que solo han buscado en *Notre-Dame de París* el drama, la novela. Pero quizá haya otros lectores a los que no les ha parecido inútil estudiar el pensamiento estético y filosófico oculto en este libro, que han querido, leyendo *Notre-Dame de París*, entretenerse en buscar bajo la novela algo más que la propia novela y en comprender —discúlpensenos estas expresiones un poco ambiciosas— el sistema del historiador y el objetivo del artista a través de la creación del

poeta.

Para estos últimos sobre todo, los capítulos añadidos en esta edición completarán *Notre-Dame de París*, suponiendo que *Notre-Dame de París* merezca ser completada.

El autor expresa y desarrolla en uno de estos capítulos, que versa sobre la decadencia actual de la arquitectura y sobre la muerte, a su entender hoy casi inevitable, de este arte-rey, una opinión desgraciadamente muy enraizada en él y muy meditada. Pero siente la necesidad de decir aquí que desea vivamente que algún día el futuro lo desmienta. Sabe que el arte, en todas sus manifestaciones, puede esperarlo todo de las nuevas generaciones, cuyo genio todavía en germen oímos brotar en nuestros talleres. La semilla está en el surco e indudablemente la cosecha será buena. Él solo teme, y en el segundo tomo de esta edición se verá por qué, que la savia sea retirada del viejo suelo de la arquitectura, la cual ha sido durante muchos siglos el mejor terreno del arte.

Sin embargo, en los jóvenes artistas hay actualmente tanta vida, energía y, por decirlo de algún modo, predestinación que, a día de hoy, en nuestras escuelas de arquitectura en particular, los profesores, que son detestables, forman, no solo de manera involuntaria sino incluso totalmente a su pesar, a unos alumnos excelentes; justo al revés que aquel alfarero del que habla Horacio, que ideaba ánforas y producía pucheros. *Currit rota, urceus exit*.[*]

En cualquier caso, cualquiera que sea el futuro de la arquitectura, resuelvan como resuelvan un día nuestros jóvenes arquitectos la cuestión de su arte, en espera de los monumentos nuevos, conservemos los antiguos. Inspiremos a la nación, si ello es posible, el amor por la arquitectura nacional. Ese es, el autor lo declara, uno de los objetivos principales de este libro; ese es uno de los objetivos principales de su vida.

Quizá *Notre-Dame de París* haya abierto realmente algunas perspectivas sobre el arte de la Edad Media, sobre ese arte maravilloso hasta el momento desconocido por unos y, lo que es todavía peor, mal apreciado por otros. Pero el autor se encuentra muy lejos de considerar finalizada la tarea que se ha impuesto de forma voluntaria. Ya ha abogado en más de una ocasión en favor de la causa de nuestra vieja arquitectura, ya ha denunciado en voz alta muchas profanaciones, muchas demoliciones, muchas irreverencias. Y seguirá haciéndolo. Se ha comprometido a abordar con frecuencia este tema y lo abordará. Defenderá tan incansablemente nuestros edificios históricos como encarnizadamente los atacan los iconoclastas de nuestras escuelas y academias. Pues es desolador ver en qué manos ha caído la arquitectura medieval y cómo tratan los amasadores de yeso del presente la ruina de este gran arte. Llega a ser una vergüenza para nosotros, hombres inteligentes que los vemos actuar y nos limitamos a abuchearlos. Y no nos referimos aquí solo a lo que sucede en provincias, sino a lo que se hace en París, en nuestra puerta, bajo nuestras ventanas, en la gran ciudad, en la ciudad letrada, en la capital de la prensa, de la palabra, del pensamiento. No podemos resistirnos a la necesidad de señalar, para terminar esta nota, algunos de esos actos de vandalismo que a diario se proyectan, se debaten, se inician, se continúan y se llevan a término tranquilamente ante nuestros ojos, ante los ojos del público artista de París y ante la crítica, a la que tamaña audacia desconcierta. Acaban de demoler el arzobispado, edificio de un gusto lamentable, por lo que el mal no es grande; pero, junto con el arzobispado, han demolido el obispado, raro vestigio del siglo XIV que el arquitecto

encargado de la demolición no ha sabido distinguir del resto. Ha arrancado trigo y cizaña a un tiempo, como si fueran lo mismo. Se habla de arrasar la admirable capilla de Vincennes para hacer con las piedras no sé qué fortificación, cuya necesidad ni siquiera Daumesnil había sentido. Mientras invierten elevadas sumas en reparar y restaurar el palacio Borbón, ese caserón, dejan que los vientos del equinoccio destrocen las magníficas vidrieras de la Santa Capilla. Desde hace unos días hay un andamio en la torre de Saint-Jacques-de-la-Boucherie y en cualquier momento el pico se pondrá a trabajar. Han encontrado un albañil para construir una casita blanca entre las venerables torres del Palacio de Justicia. Han encontrado otro para castrar Saint-Germain-des-Prés, la abadía feudal de tres campanarios. Encontrarán otro, no lo duden, para derribar Saint-Germain-l'Auxerrois. Todos esos albañiles se creen arquitectos, son pagados por la Prefectura o los Menus Plaisirs, y van vestidos de verde. Todo el daño que el mal gusto puede hacer al buen gusto, ellos lo hacen. En el momento de escribir estas líneas, uno de ellos —¡deplorable espectáculo!— es el responsable de las Tullerías, uno de ellos señala a cuchillo en plena cara a Philibert Delorme, y ciertamente no es uno de los menores escándalos de nuestro tiempo ver con qué desvergüenza la amazacotada arquitectura de ese señor se superpone a una de las más delicadas fachadas renacentistas.

París, 20 de octubre de 1832

LIBRO PRIMERO

I

La Gran Sala

Hace hoy trescientos cuarenta y ocho años, seis meses y diecinueve días que los parisienses se despertaron oyendo todas las campanas lanzadas al vuelo en el triple recinto de la Cité, de la Universidad y de la Villa.

No es, sin embargo, el 6 de enero de 1482 un día del que la historia haya guardado recuerdo. Nada destacable sucedió para que se pusieran en movimiento de buena mañana las campanas y los burgueses de París. No se trataba ni de un ataque de picardos o de borgoñones, ni de un relicario sacado en procesión, ni de una revuelta de estudiantes en la viña de Laas, ni de la entrada del «llamado nuestro muy temido señor el rey», ni siquiera de una buena ejecución de ladrones y ladronas en la justicia[1] de París. No era tampoco la llegada inesperada, tan frecuente en el siglo XV, de alguna embajada engalanada y empenachada. Hacía apenas dos días que la última cabalgata de esa clase, la de los embajadores flamencos encargados de concertar la boda entre el delfín y Margarita de Flandes, había hecho su entrada en París, cosa que había fastidiado sobremanera al cardenal de Borbón, el cual, para complacer al rey, había tenido que poner buena cara a todo ese tropel de burgomaestres flamencos y obsequiarlos, en su palacete de Borbón, con una «muy bella moralidad, sotía[2] y farsa», mientras una intensa lluvia empapaba en su puerta sus magníficos tapices.

Lo que el 6 de enero «ponía en efervescencia a todo el pueblo de París», como dice Jehan de Troyes, era la doble celebración, reunida desde tiempos inmemoriales, del día de Reyes y la fiesta de los locos.

Ese día tenía que haber hoguera en la Grève, plantación de mayo en la capilla de Braque y misterio en el Palacio de Justicia. El anuncio había sido hecho el día anterior en los cruces, a toque de corneta, por los hombres del preboste luciendo casacas de camelote violeta con una gran cruz blanca en el pecho.

Así pues, la multitud de burgueses y burguesas afluía de todas partes desde buena mañana, dejando cerrados casas y comercios, hacia uno de los lugares mencionados. Cada uno había optado por una cosa, bien la hoguera, bien el mayo, o bien el misterio. Preciso es decir, en elogio del tradicional sentido común de los curiosos de París, que la mayor parte de esa multitud se dirigía hacia la hoguera, muy apropiada para la estación, o hacia el misterio, que debía ser representado en la Gran Sala del palacio, bien cubierta y cerrada, y que los curiosos coincidían en dejar al pobre mayo mal florido tiritar completamente solo bajo el cielo de enero en el cementerio de la capilla de Braque.

El pueblo acudía sobre todo a las avenidas del Palacio de Justicia, porque sabía que los embajadores flamencos, llegados dos días antes, se proponían asistir a la representación del

misterio y a la elección del papa de los locos, la cual debía hacerse asimismo en la Gran Sala.

No era cosa fácil entrar ese día en dicha sala, pese a tener fama en aquel entonces de ser el mayor recinto cubierto de todo el mundo. (Cierto es que Sauval aún no había medido la Gran Sala del castillo de Montargis.) La plaza del palacio, abarrotada de gente, ofrecía a los curiosos asomados a las ventanas el aspecto de un mar al que cinco o seis calles, a la manera de ríos llegando a su desembocadura, vertían a cada instante raudales de cabezas. Las ondas de esa multitud, incrementadas sin cesar, chocaban contra las esquinas de las casas que sobresalían en diferentes puntos, como promontorios, en la cuenca irregular de la plaza. En el centro de la alta fachada gótica[3] del palacio, la gran escalera, subida y bajada sin descanso por una doble corriente que, tras haberse interrumpido bajo el rellano intermedio, se desparramaba en anchas olas por sus dos pendientes laterales, la gran escalera, digo, chorreaba incesantemente sobre la plaza como una cascada en un lago. Los gritos, las risas y las pisadas de aquellos miles de pies producían un inmenso ruido y un inmenso clamor. De cuando en cuando, el ruido y el clamor aumentaban, la corriente que empujaba a toda esa multitud hacia la gran escalera retrocedía, se agitaba, se arremolinaba. La causa era un empellón de un arquero, o el caballo de un alguacil del prebostazgo que coceaba para restablecer el orden; admirable tradición que el prebostazgo legó a la condestablía, la condestablía a la mariscalía, y la mariscalía a nuestra gendarmería de París.

En las puertas, en las ventanas, en las claraboyas y en los tejados pululaban miles de rostros burgueses, tranquilos y honrados, que miraban el palacio y miraban la turba sin pedir nada más; pues en París muchas personas se conforman con el espectáculo de los espectadores, y una muralla tras la cual sucede algo ya es, para nosotros, una cosa muy curiosa.

Si pudiera sernos dado a los hombres de 1830 mezclarnos en la imaginación con estos parisienses del siglo XV y entrar con ellos, tironeados, codeados, derribados, en esa inmensa sala del palacio, tan estrecha el 6 de enero de 1482, el espectáculo no carecería ni de interés ni de encanto, y solo tendríamos a nuestro alrededor cosas tan viejas que nos parecerían totalmente nuevas.

Si el lector accede a ello, intentaremos imaginar la impresión que habría experimentado cruzando con nosotros el umbral de aquella Gran Sala, en medio de aquella turba vestida con corpiño, casaca y cotardía.

Para empezar, zumbido en los oídos y deslumbramiento en los ojos. Sobre nuestras cabezas, una doble bóveda ojival revestida de esculturas de madera, pintada de azul con flores de lis doradas; bajo nuestros pies, un pavimento de mármol alternativamente blanco y negro. A unos pasos de nosotros, un enorme pilar, y después otro, y otro más; en total siete pilares a lo largo de la sala, sosteniendo en el centro de su anchura los arranques de la doble bóveda. Alrededor de los cuatro primeros pilares, tiendas deslumbrantes de cristal y oropeles; alrededor de los tres últimos, bancos de madera de roble, gastados y pulidos por las calzas de los litigantes y las togas de los procuradores. En torno a la sala, a lo largo de la alta muralla, entre las puertas, entre las ventanas, entre los pilares, la interminable hilera de estatuas de todos los reyes de Francia desde Faramundo; los reyes holgazanes, con los brazos caídos y la mirada gacha; los reyes valerosos y batalladores, con la cabeza y las manos intrépidamente alzadas hacia el cielo. Además, en las

largas ventanas ojivales, vidrieras multicolores; en las amplias salidas de la sala, magníficas puertas finamente talladas; y el conjunto, bóvedas, pilares, muros, chambranas, artesonados, puertas y estatuas, recubierto de arriba abajo de una espléndida iluminación azul y dorada que, un poco apagada ya en la época en que nosotros la vemos, había desaparecido casi por completo bajo el polvo y las telarañas en el año de gracia de 1549, en que Du Breul todavía la admiraba por tradición.

Representémonos ahora esa inmensa sala oblonga, iluminada por la claridad grisácea de un día de enero, invadida por una multitud abigarrada y bulliciosa que deambula siguiendo las paredes y da vueltas alrededor de los siete pilares, y tendremos ya una idea confusa del conjunto del cuadro, cuyos curiosos detalles vamos a tratar de describir con más precisión.

Es indudable que, si Ravaillac no hubiera asesinado a Enrique IV, no habría habido pruebas del proceso de Ravaillac depositadas en el archivo del Palacio de Justicia; tampoco cómplices interesados en hacer desaparecer dichas pruebas; por lo tanto, tampoco incendiarios obligados, a falta de un medio mejor, a quemar el archivo para quemar las pruebas, y a quemar el Palacio de Justicia para quemar el archivo; por consiguiente, para acabar, tampoco incendio de 1618. El viejo palacio seguiría en pie con su vieja Gran Sala y yo podría decir al lector: Vaya a verla; y quedaríamos dispensados ambos de hacer, en mi caso, y de leer, en el suyo, una descripción como la presente. Lo que demuestra esta nueva verdad: que los grandes acontecimientos tienen consecuencias incalculables.

Es cierto que hay muchas posibilidades, en primer lugar, de que Ravaillac no hubiera tenido cómplices, y en segundo lugar, de que sus cómplices, si por casualidad los hubiera tenido, no hubiesen tenido nada que ver con el incendio de 1618. Existen otras dos explicaciones plausibles. La primera, la gran estrella en llamas, de un pie de ancho y un codo de alto, que, como todo el mundo sabe, cayó del cielo sobre el palacio el 7 de marzo después de medianoche. La segunda, la cuarteta de Théophile:

Fue ciertamente un triste juego
cuando en París doña Justicia,
por comer demasiadas especias,
al palacio prendió fuego.[4]

Se piense lo que se piense de esta triple explicación política, física o poética del incendio del Palacio de Justicia en 1618, el hecho desgraciadamente indiscutible es el incendio. Queda muy poco hoy día —gracias a esa catástrofe y gracias, sobre todo, a las diversas restauraciones sucesivas que acabaron con lo que esta había dejado— de esa primera residencia de los reyes de Francia, de ese palacio hermano mayor del Louvre, tan viejo ya en tiempos de Felipe el Hermoso que buscaban en él vestigios de los magníficos edificios construidos por el rey Roberto y descritos por Helgaldus. Casi todo ha desaparecido. ¿Qué ha sido de la habitación de la cancillería donde san Luis «consumó su matrimonio»? ¿Y del jardín donde administraba justicia, «vestido con una túnica de camelote, una almilla de tiritaña sin mangas y un manto por encima de cendal negro, tumbado sobre alfombras, con Joinville»? ¿Dónde está la habitación del emperador Segismundo? ¿Y la de Carlos IV? ¿Y la de Juan sin Tierra? ¿Dónde está la escalera en la que Carlos VI

promulgó su edicto de gracia? ¿Y la losa donde Marcel degolló, en presencia del delfín, a Roberto de Clermont y al mariscal de Champagne? ¿Y el portillo donde fueron rasgadas las bulas del antipapa Benedicto y por donde se marcharon los que las habían llevado, con capa pluvial y mitra a modo de escarnio, tras haberse retractado públicamente por todo París? ¿Y la Gran Sala, con su dorado, su azul, sus ojivas, sus estatuas, sus pilares, su inmensa bóveda totalmente acribillada de esculturas? ¿Y la habitación dorada? ¿Y el león de piedra que estaba en la puerta, de rodillas, con la cabeza bajada y el rabo entre las piernas, como los leones del trono de Salomón, en la actitud humillada que corresponde a la fuerza ante la justicia? ¿Y las magníficas puertas? ¿Y las magníficas vidrieras? ¿Y los herrajes cincelados que desanimaban a Biscornette? ¿Y los delicados trabajos de ebanistería de Du Hancy…? ¿Qué ha hecho el tiempo, qué han hecho los hombres de esas maravillas? ¿Qué nos han dado a cambio de todo eso, a cambio de toda esa historia gala, a cambio de todo ese arte gótico? Las pesadas cimbras rebajadas del señor de Brosse, ese torpe arquitecto del pórtico de Saint-Gervais, en lo tocante al arte; y en cuanto a la historia, tenemos los recuerdos locuaces del gran pilar, en el que todavía resuenan los chismorreos de los Patrus.

No es gran cosa… Volvamos a la verdadera Gran Sala del verdadero viejo palacio.

Los dos extremos de ese gigantesco paralelogramo estaban ocupados, el uno por la famosa mesa de mármol, tan larga, tan ancha y tan gruesa que jamás se vio, según dicen los viejos libros de becerro en un estilo que habría abierto el apetito a Gargantúa, «semejante loncha de mármol en el mundo»; el otro, por la capilla donde Luis XI había encargado que lo esculpieran de rodillas ante la Virgen y adonde había mandado trasladar, sin preocuparse de dejar dos nichos vacíos en la hilera de estatuas reales, las estatuas de Carlomagno y de san Luis, dos santos que él suponía que gozaban de gran crédito en el cielo como reyes de Francia. Dicha capilla, todavía nueva, construida apenas seis años antes, lo estaba con ese gusto exquisito por la arquitectura delicada, por la escultura maravillosa, por el fino y profundo cincelado que marca en nuestro país el fin de la época gótica y se perpetúa hasta aproximadamente mediados del siglo XVI en los caprichos mágicos del Renacimiento. El pequeño rosetón calado que coronaba el pórtico era, en particular, una obra maestra de sutileza y gracia; parecía una estrella de encaje.

En el centro de la sala, frente a la gran puerta, habían erigido, para los enviados flamencos y demás personajes importantes invitados a la representación del misterio, un estrado tapizado en brocado de oro, adosado a la pared, y en el que habían practicado una entrada privada aprovechando una ventana del pasillo de la habitación dorada.

Sobre la mesa de mármol es donde, según la tradición, debía ser representado el misterio. Y para tal fin había sido dispuesta por la mañana. Su rico tablero de mármol, muy rayado por los tacones de la curia, sostenía una estructura de madera bastante alta cuya superficie superior, accesible a las miradas de toda la sala, debía servir de escenario y cuyo interior, oculto por unos tapices, debía hacer las veces de vestuario para los personajes de la obra. Una escalera de mano, ingenuamente colocada por fuera, debía establecer la comunicación entre el escenario y el vestuario, y prestar sus empinados peldaños tanto para las entradas como para las salidas. No había personaje, peripecia o golpe de efecto, por improvisado que fuera, que no obligara a utilizar esa escalera. ¡Inocente y venerable infancia del arte y de la tramoya!

Cuatro alguaciles del baile del palacio, guardianes forzosos de todas las diversiones del pueblo tanto los días de fiesta como los días de ejecución, permanecían de pie en las cuatro esquinas de la mesa de mármol.

Hasta que no sonara la última campanada de las doce de la mañana en el gran reloj del palacio, la obra no debía empezar. Era indudablemente muy tarde para una representación teatral, pero había sido preciso acomodarse a la hora de llegada de los embajadores.

Ahora bien, toda aquella multitud aguardaba desde primera hora de la mañana. Un buen número de aquellos honrados curiosos tiritaban desde el alba ante la gran escalinata del palacio; algunos incluso afirmaban haber pasado la noche atravesados delante de la gran puerta para estar seguros de entrar los primeros. La muchedumbre se incrementaba por momentos y, como el agua que sobrepasa su nivel, empezaba a elevarse a lo largo de las paredes, a crecer alrededor de los pilares, a desbordarse en los entablamentos, en las cornisas, en los antepechos de las ventanas, en todos los salientes de la arquitectura, en todos los relieves de la escultura. Así pues, la incomodidad, la impaciencia, el aburrimiento, la libertad de un día de cinismo y de locura, los altercados que estallaban a cada paso por un codazo o un pisotón y el cansancio de una larga espera daban ya, mucho antes de la hora a la que los embajadores debían llegar, un toque agrio y amargo al clamor de ese pueblo encerrado, encajonado, apretujado, oprimido, asfixiado. Solo se oían quejas e imprecaciones contra los flamencos, el preboste de los comerciantes, el cardenal de Borbón, el baile del palacio, Margarita de Austria, los alguaciles de vara, el frío, el calor, el mal tiempo, el obispo de París, el papa de los locos, los pilares, las estatuas, esta puerta cerrada, aquella ventana abierta; todo ello para gran diversión de las pandillas de estudiantes y de lacayos diseminados entre la masa, que sumaban a todo ese descontento sus pullas y sus picardías, y avivaban a alfilerazos, por decirlo de algún modo, el mal humor general.

Había, entre otros, un grupo de esos alegres demonios que, tras haber roto los cristales de una ventana, se había sentado audazmente en el entablamento y desde allí dirigía sus miradas y sus chanzas ora al interior, ora al exterior, ora al gentío de la sala, ora al gentío de la plaza. Por sus gestos de parodia, por sus carcajadas, por las palabras burlonas que intercambiaban de una punta a otra de la sala con sus compañeros, resultaba fácil deducir que aquellos jóvenes clérigos[5] no compartían el aburrimiento y el cansancio del resto de los asistentes y que sabían extraer muy bien de lo que tenían ante los ojos, para su diversión personal, un espectáculo que les permitía aguardar pacientemente el otro.

—¡Por mi honor, sois vos, Joannes Frollo de Molendino! —dijo gritando uno de ellos a una suerte de diablillo rubio, de agraciado y pícaro rostro, agarrado a los acantos de un capitel—. Hacen bien en llamaros Jehan del Molino, pues vuestros dos brazos y vuestras dos piernas parecen cuatro aspas movidas por el viento. ¿Cuánto tiempo hace que estáis aquí?

—¡Por la misericordia del diablo! Más de cuatro horas ya —contestó Joannes Frollo—, y espero que me sean descontadas de mi tiempo de purgatorio. He oído a los ocho sochantres del rey de Sicilia entonar el primer versículo de la misa cantada de siete en la Santa Capilla.

—¡Magníficos sochantres! —repuso el otro—. ¡Y tienen la voz todavía más aguda que la punta de sus bonetes! Antes de instituir una misa por san Juan, el rey debería haberse informado

de si a san Juan le gusta el latín salmodiado con acento provenzal.

—¡Lo ha hecho para emplear a esos malditos sochantres del rey de Sicilia! —gritó con acritud una anciana entre el gentío agolpado bajo la ventana—. ¡Ya me diréis…! ¡Mil libras parisienses por una misa! ¡Y de los impuestos del pescado de mar de la lonja de París, por si fuera poco!

—¡Haya paz, vieja, haya paz! —replicó, al lado de la pescadera, un personaje gordo y muy serio tapándose la nariz—. Había que instituir una misa. ¿O acaso queríais que el rey volviera a caer enfermo?

—¡Así se habla, señor Gilles Lecornu,[6] maestro peletero-manguitero de las prendas del rey! —dijo el estudiante menudo encaramado al capitel.

Una carcajada de todos los estudiantes acogió el malhadado apellido del pobre peletero-manguitero de las prendas del rey.

—¡Lecornu! ¡Gilles Lecornu! —decían unos.

—*Cornutus et hirsutus* —precisaba otro.

—Pues claro que sí —añadió el diablillo del capitel—. ¿De qué se ríe toda esa gente? ¡Honorable Gilles Lecornu, hermano de maese Jehan Lecornu, preboste de la Casa Real, hijo de maese Mahiet Lecornu, primer portero del bosque de Vincennes, todos burgueses de París y, de padre a hijo, todos casados!

La algazara aumentó. El orondo peletero-manguitero, sin rechistar, se esforzaba en sustraerse a las miradas que le lanzaban desde todas partes, pero sudaba y resoplaba en vano. Como una cuña que se clava en la madera, los esfuerzos que hacía solo servían para encajar más firmemente en los hombros de sus vecinos su ancha cara apoplética, colorada de despecho y de ira.

Finalmente, uno de estos, gordo, bajo y venerable como él, salió en su defensa:

—¡Qué desfachatez! ¡Hablarle así unos estudiantes a un burgués! En mis tiempos los habrían fustigado con un haz de leña, antes de encenderlo para quemarlos.

Toda la pandilla rompió a reír.

—¡Hola, hola…! ¿Quién canta por ahí? ¿Quién es ese pájaro de mal agüero?

—¡Toma, si yo lo conozco! —dijo uno—. Es maese Andry Musnier.

—¡Ah, sí, es uno de los cuatro libreros jurados de la Universidad! —dijo otro.

—En esa casa todo está multiplicado por cuatro —dijo un tercero—. Las cuatro naciones, las cuatro facultades, las cuatro fiestas, los cuatro procuradores, los cuatro electores, los cuatro libreros…

—Pues entonces —intervino de nuevo Jehan Frollo— hay que abroncarlo a cuatro voces.

—Musnier, te quemaremos los libros.

—Musnier, apalearemos a tus lacayos.

—Musnier, incordiaremos a tu mujer.

—La oronda doña Oudarde.

—Que es tan fresca y alegre como si fuera viuda.

—¡Que el diablo se os lleve! —masculló maese Andry Musnier.

—¡Maese Andry —dijo Jehan, todavía colgado del capitel—, cállate o me dejo caer encima de tu cabeza!

Maese Andry levantó los ojos, pareció calcular durante un instante la altura del pilar y el peso del bribón, multiplicó mentalmente ese peso por el cuadrado de la velocidad, y se calló.

Jehan, dueño y señor del campo de batalla, añadió en tono triunfal:

—¡Lo haría sin dudarlo, aunque sea hermano de un arcediano!

—¡Menudas piezas, los señores de la Universidad! ¡Mira que no haber hecho respetar nuestros privilegios en un día como este! Hay mayo y hoguera en la Villa, misterio, papa de los locos y embajadores flamencos en la Cité, ¡y en la Universidad, nada!

—¡Pues no será porque la plaza Maubert no es suficientemente grande! —dijo uno de los clérigos instalados en el alféizar de la ventana.

—¡Abajo el rector, los electores y los procuradores! —gritó Joannes.

—Habrá que encender una hoguera esta noche en el Champ Gaillard con los libros de maese Andry —prosiguió otro.

—¡Y con los pupitres de los escribientes! —dijo su vecino.

—¡Y con las varas de los bedeles!

—¡Y con las escupideras de los decanos!

—¡Y con las mesas de los procuradores!

—¡Y con las arcas de los electores!

—¡Y con los escabeles del rector!

—¡Abajo! —repitió el pequeño Jehan a modo de fabordón—. ¡Abajo maese Andry, los bedeles y los escribas, los teólogos, los médicos y los decretistas, los procuradores, los electores y el rector!

—Esto es el fin del mundo —murmuró maese Andry tapándose los oídos.

—¡Hablando del rector! ¡Ahí está, pasando por la plaza! —gritó uno de los de la ventana.

Todo el mundo se volvió hacia la plaza.

—¿Es de verdad nuestro venerable rector maese Thibaut? —preguntó Jehan Frollo del Molino, el cual, al haberse agarrado a un pilar del interior, no podía ver lo que pasaba fuera.

—Sí, sí —respondieron todos los demás—, es él, con toda seguridad es él, maese Thibaut, el rector.

Era, efectivamente, el rector con todos los dignatarios de la Universidad, que iban en procesión al encuentro de la embajada y en ese momento cruzaban la plaza del palacio. Los estudiantes, apiñados en la ventana, los saludaron al pasar con sarcasmos y aplausos irónicos. El rector, que encabezaba la comitiva, recibió la primera andanada. Fue violenta.

—¡Buenos días, señor rector! ¡Hola, hola! ¡Buenos días, hombre!

—¿Cómo es que está aquí ese viejo jugador? ¿Ha dejado acaso los dados?

—¡Cómo trota en su mula! El animal no tiene las orejas tan largas como él.

—¡Hola, hola! ¡Buenos días, señor rector Thibaut! *Tybalde aleator*.[7] ¡Viejo imbécil! ¡Viejo jugador!

—¡Dios os guarde! ¿Sacasteis muchos seis dobles anoche?

—¡Mirad qué cara! ¡Además de vieja, plomiza, ojerosa y castigada por el amor al juego y a los dados!

—¿Adónde vais, Thibaut, *Tybalde ad dados*,[8] dando la espalda a la Universidad y trotando hacia la Villa?

—Seguro que va a buscar casa a la calle Thibautodé[9] —dijo Jehan del Molino.

Toda la pandilla repitió la rechifla con voz atronadora y aplaudiendo frenéticamente.

—Vais a buscar casa a la calle Thibautodé, ¿verdad, señor rector, jugador endemoniado?

Después les tocó el turno a los otros dignatarios.

—¡Abajo los bedeles! ¡Abajo los maceros!

—¡Eh, Robin Poussepain!, ¿quién es aquel de allí?

—Es Gilbert de Suilly, Gilbertus de Soliaco, el canciller del colegio de Autun.

—Ah, pues toma mi zapato y tíraselo a la cara. Tú estás mejor situado que yo.

—*Saturnalitias mittimus ecce nuces*.[10]

—¡Abajo los seis teólogos con sus sobrepellices blancas!

—¿Esos son los teólogos? Creí que eran las seis ocas blancas que Santa Genoveva donó a la ciudad por el feudo de Roogny.

—¡Abajo los médicos!

—¡Abajo las disputaciones ordinarias y generales!

—¡Toma mi birrete, canciller de Santa Genoveva! ¡Cometiste un atropello conmigo…! ¡Sí, es verdad! Le dio mi puesto en la nación de Normandía al pequeño Ascanio Falzaspada, de la provincia de Bourges, puesto que es italiano.

—¡Es una injusticia! —gritaron todos los estudiantes—. ¡Abajo el canciller de Santa Genoveva!

—¡Anda, maese Joachim de Ladehors! ¡Anda, Louis Dahuille! ¡Anda, Lambert Hoctement!

—¡Que el diablo se lleve al procurador de la nación alemana!

—¡Y a los capellanes de la Santa Capilla con sus mucetas grises! *Cum tunicis grisis*!

—*Seu de pellibus grisis fourratis*![11]

—¡Hola, hola! ¡Vaya con los maestros en artes! ¡Bonitas capas negras! ¡Bonitas capas rojas!

—¡Bonita cola lleva el rector!

—Parece un dux veneciano yendo a sus esponsales con el mar.

—¡Mira, Jehan! ¡Los canónigos de Santa Genoveva!

—¡Al diablo las canonjías!

—¡El abad Claude Choart! ¡El doctor Claude Choart! ¿Buscáis quizá a Marie la Giffarde?

—Está en la calle Glatigny.

—Haciendo la cama del rey de los ribaldos.

—Paga sus cuatro denarios. *Quatuor denarios*.

—*Aut unum bombum*.[12]

—¿Queréis que os haga un pago oloroso?

—¡Compañeros! Maese Simon Sanguin, el elector de Picardía, con su mujer a la grupa.

—*Post equitem sedet atra cura*.[13]

—¡Adelante, maese Simon!

—¡Buenos días, señor elector!

—¡Buenas noches, señora electora!

—¡Dichosos ellos, que pueden ver todo eso! —decía suspirando Joannes de Molendino, todavía agarrado al follaje del capitel.

Entre tanto, el librero jurado de la Universidad, maese Andry Musnier, le decía al oído al peletero-manguitero de las prendas del rey, maese Gilles Lecornu:

—Os lo aseguro, esto es el fin del mundo. Jamás se han visto semejantes excesos entre los estudiantes. La culpa la tienen los malditos inventos del siglo, que dan al traste con todo. Las artillerías, las serpentinas, las bombardas y, sobre todo, la impresión, esa otra peste de Alemania. ¡Ni manuscritos ni libros se hacen ya! La impresión mata a la librería. El fin del mundo se acerca.

—Yo me doy cuenta por los progresos de las telas de terciopelo —dijo el comerciante manguitero.

En ese momento dieron las doce.

—¡Ah…! —exclamó la multitud al unísono.

Los estudiantes se callaron. Acto seguido se produjo un gran revuelo, un movimiento de miles de pies y de cabezas, una gran detonación general de toses y de pañuelos. Todos se acomodaron, se situaron convenientemente, se auparon, se agruparon. Siguió un profundo silencio; todos los cuellos permanecieron estirados, todas las bocas abiertas, todas las miradas vueltas hacia la mesa de mármol. Nadie apareció. Los cuatro alguaciles del baile continuaban allí, tiesos e inmóviles como cuatro estatuas pintadas. Todos los ojos se volvieron hacia el estrado reservado a los enviados flamencos. La puerta permanecía cerrada y el estrado vacío. Aquella multitud esperaba desde muy temprano tres cosas: las doce, la embajada de Flandes y el misterio. Lo único que había llegado a la hora eran las doce.

Dada la ocasión, aquello pasaba de castaño oscuro.

Esperaron uno, dos, tres, cinco minutos, un cuarto de hora; nadie llegaba. El estrado continuaba desierto; el escenario, mudo. Sin embargo, a la impaciencia había sucedido la cólera. Circulaban palabras irritadas, aunque todavía en voz baja, es cierto. Se oía un murmullo sordo:

—¡El misterio! ¡El misterio!

Las cabezas bullían. Una tempestad, que por el momento solo rugía, flotaba en la superficie de aquella multitud. Fue Jehan del Molino quien produjo el primer chispazo:

—¡El misterio! ¡Y al diablo con los flamencos! —gritó con toda la fuerza de sus pulmones, enroscándose como una serpiente al capitel.

La gente rompió a aplaudir.

—¡El misterio! —repitieron todos—. ¡Y al diablo con Flandes!

—Queremos el misterio inmediatamente —prosiguió el estudiante—. Si no, soy partidario de que colguemos al baile del Palacio a guisa de comedia y de moralidad.

—¡Así se habla! —gritó el pueblo—. Empecemos por colgar a sus alguaciles.

Siguió una gran aclamación. Los cuatro pobres diablos empezaban a palidecer y a mirarse unos a otros. La muchedumbre se precipitaba hacia ellos, y ya veían la frágil balaustrada de madera que los separaba de esta inclinarse y ceder bajo la presión.

El momento era crítico.

—¡Sin piedad! ¡Sin piedad! —gritaban de todas partes.

En ese instante, el tapiz del vestuario que describimos antes se levantó para dar paso a un personaje cuya sola visión detuvo súbitamente a la multitud y trocó como por ensalmo su cólera en curiosidad.

—¡Silencio! ¡Silencio! —gritaron de todas partes.

El personaje, muy intranquilo y temblando de pies a cabeza, avanzó hasta el borde de la mesa de mármol haciendo sin parar reverencias que, conforme se acercaba, cada vez se asemejaban más a genuflexiones.

No obstante, poco a poco la calma se había restablecido. Solo se oía el ligero murmullo que siempre se eleva del silencio de la multitud.

—Señores burgueses y señoras burguesas —dijo el personaje—, vamos a tener el honor de declamar y representar ante su eminencia el cardenal una bellísima moralidad que lleva por título *El buen juicio de la Virgen María*. Yo hago de Júpiter. Su eminencia acompaña en este momento a la muy honorable embajada del duque de Austria, la cual se encuentra retenida escuchando el discurso del señor rector de la Universidad en la puerta Baudets. En cuanto el eminentísimo cardenal haya llegado, empezaremos.

Con toda certeza se precisaba nada menos que la intervención de Júpiter para salvar a los cuatro desdichados alguaciles del baile del palacio. Si tuviéramos la dicha de haber inventado esta muy verídica historia, y por consiguiente de ser responsables de ella ante Nuestra Señora la Crítica, no se podría invocar en este momento contra nosotros el precepto clásico: *Nec deus intersit*.[14] Por lo demás, el traje de Júpiter era muy bonito y había contribuido no poco a calmar al gentío atrayendo toda su atención. Júpiter vestía una brigantina cubierta de terciopelo negro con clavos dorados, iba tocado con un bicoquete guarnecido de botones de plata dorada, y, de no ser por el maquillaje y la espesa barba que cubrían cada cual una mitad de su cara, de no ser por el rollo de cartón dorado, cuajado de pedrería y cargado de tiras de oropel, que llevaba en la mano y que una mirada experta identificaba fácilmente como el rayo, de no ser por sus pies de color carne y adornados con cintas al estilo griego, habría podido aguantar la comparación, dada la severidad de su atuendo, con un arquero bretón del cuerpo de guardia del señor de Berry.

2

Pierre Gringoire

Sin embargo, mientras hablaba, la satisfacción y la admiración unánimemente suscitadas por su traje iban desvaneciéndose, y cuando llegó a aquella malhadada conclusión: «En cuanto el eminentísimo cardenal haya llegado, empezaremos», su voz se perdió en una tormenta de abucheos.

—¡Empezad ya! ¡El misterio! ¡Queremos el misterio ya! —gritaba el pueblo.

Y por encima de todas las voces se oía la de Johannes de Molendino, que traspasaba el griterío como el pífano en una cencerrada de Niza.

—¡Empezad inmediatamente! —chillaba el estudiante.

—¡Abajo Júpiter y el cardenal de Borbón! —vociferaban Robin Poussepain y los otros letrados encaramados en la ventana.

—¡Que empiece inmediatamente la moralidad! —repetía la muchedumbre—. ¡Ya! ¡En el acto! ¡El saco y la cuerda para los cómicos y el cardenal!

El pobre Júpiter, azorado, amedrentado, pálido bajo el maquillaje, dejó caer el rayo, se quitó el bicoquete, y con él en la mano balbucía, saludando y temblando:

—Su eminencia… los embajadores… Margarita de Flandes…

No sabía qué decir. En el fondo, tenía miedo de que lo colgaran.

De que lo colgara el populacho por esperar, o de que lo colgara el cardenal por no haber esperado; en los dos lados veía un abismo, es decir, una horca.

Afortunadamente, alguien fue a sacarlo del apuro y a asumir la responsabilidad.

Un individuo que permanecía de pie en el lado de acá de la balaustrada, en el espacio dejado libre alrededor de la mesa de mármol, y en quien hasta ese momento nadie había reparado, tan completamente protegida de todo campo visual quedaba su larga y delgada figura por el diámetro del pilar en el que estaba apoyado, ese individuo, decimos, alto, enjuto, muy pálido, rubio, joven todavía, si bien con arrugas ya en la frente y en las mejillas, de ojos brillantes y boca sonriente, vestido de sarga negra, raída y lustrosa a fuerza de vieja, se acercó a la mesa de mármol e hizo una seña al pobre increpado. Pero este, aturdido, no lo veía.

El recién llegado dio un paso más:

—¡Júpiter! —dijo—. ¡Mi querido Júpiter!

El otro no oía nada.

Finalmente, el hombre alto y rubio, perdiendo la paciencia, le gritó casi delante de las narices:

—¡Michel Giborne!

—¿Quién me llama? —preguntó Júpiter, como si despertara sobresaltado.

—Yo —respondió el personaje vestido de negro.

—¡Ah! —dijo Júpiter.

—Comenzad de inmediato —indicó el otro—. Complaced al pueblo. Yo me encargaré de calmar al baile, y él calmará al cardenal.

Júpiter respiró aliviado.

—¡Señores burgueses! —gritó con toda la fuerza de sus pulmones a la multitud que continuaba abucheándole—. ¡Vamos a comenzar de inmediato!

—*Evoe, Juppiter! Plaudite, cives*![15] —exclamaron los estudiantes.

—¡Viva! ¡Viva! —gritó el pueblo.

Hubo un batir de palmas atronador, y las aclamaciones aún hacían temblar la sala después de que Júpiter hubiera desaparecido bajo el tapiz.

Sin embargo, el personaje desconocido que tan mágicamente había trocado «la tempestad en bonanza», como dice nuestro querido amigo Corneille, había regresado con modestia a la penumbra del pilar, y sin duda allí habría permanecido, invisible, inmóvil y mudo como antes, si no lo hubieran sacado dos muchachas que, situadas entre la primera fila de espectadores, habían asistido a su breve coloquio con Michel Giborne-Júpiter.

—Magistrado… —dijo una de ellas, haciéndole señas para que se acercara.

—Callad, querida Liénarde —dijo su compañera, una joven guapa, lozana y perfectamente endomingada—. No es un clérigo, sino un laico; luego no hay que llamarle magistrado, sino micer.

—Micer… —dijo Liénarde.

El desconocido se acercó a la balaustrada.

—¿Qué queréis de mí, señoritas? —preguntó con solicitud.

—¡Oh, nada! —dijo Liénarde muy turbada—. Es mi amiga Gisquette la Gencienne quien desea hablar con vos.

—¡No, no! —repuso Gisquette, ruborizándose—. Es que Liénarde os ha llamado magistrado y yo le he indicado que debía decir micer.

Las dos jóvenes bajaban la vista. El otro, que estaba deseando entablar conversación, las miraba sonriendo.

—Entonces, ¿no tenéis nada que decirme, señoritas?

—¡Oh, nada en absoluto! —respondió Gisquette.

—Nada —confirmó Liénarde.

El joven alto y rubio dio un paso atrás para retirarse, pero las dos curiosas no querían soltar la presa.

—Micer —se apresuró a decir Gisquette, con el ímpetu de una esclusa que se abre o de una mujer que toma una decisión—, ¿conocéis a ese soldado que va a interpretar el papel de la Virgen en el misterio?

—¿Queréis decir el papel de Júpiter? —preguntó el desconocido.

—¡Sí, claro! —contestó Liénarde—. ¡Será tonta…! ¿Conocéis, entonces, a Júpiter?

—¿A Michel Giborne? Sí, señora —respondió el desconocido.

—¡Lleva una barba soberbia! —dijo Liénarde.

—¿Será bonito lo que van a decir ahí arriba? —preguntó tímidamente Gisquette.

—Muy bonito —respondió el desconocido sin la menor vacilación.

—¿Qué será? —preguntó Liénarde.

—*El buen juicio de la Virgen*. Una moralidad, señora.

—¡Ah!, eso cambia la cosa —dijo Liénarde.

Siguió un breve silencio que el desconocido rompió:

—Es una moralidad completamente nueva, que aún no se ha representado.

—¿No es entonces la misma que dieron hace dos años —preguntó Gisquette—, el día de la llegada del señor legado, en la que intervenían tres muchachas que hacían de…?

—De sirenas —dijo Liénarde.

—Y que iban completamente desnudas —añadió el joven.

Liénarde bajó púdicamente los ojos. Gisquette la miró e hizo lo mismo.

—Era muy agradable a la vista —prosiguió el joven, sonriendo—. Lo de hoy es una moralidad escrita especialmente para la doncella de Flandes.

—¿Cantarán pastorelas? —preguntó Gisquette.

—¡Ni pensarlo! —respondió el desconocido—. ¡En una moralidad! No hay que confundir los géneros. Si fuera una sotía, entonces sí.

—Lástima —repuso Gisquette—. Aquel día había en la fuente del Ponceau hombres y mujeres salvajes que luchaban y adoptaban diferentes posturas cantando breves motetes y pastorelas.

—Lo apropiado para un legado —dijo en un tono bastante seco el desconocido— no lo es para una princesa.

—Y junto a ellos —intervino Liénarde—, rivalizaban varios instrumentos de sonido grave que ofrecían grandes melodías.

—Y para refrescar a los que pasaban —continuó Gisquette—, de la fuente manaban por tres bocas distintas vino, leche e hipocrás, de los que bebía quien quería.

—Y un poco más abajo del Ponceau —prosiguió Liénarde—, en la Trinidad, había una pasión con personajes que no hablaban.

—¡Sí, la recuerdo! —dijo Gisquette—. Dios en la cruz, y los dos ladrones a derecha e izquierda.

Llegadas a este punto, las jóvenes charlatanas, excitadas al recordar la entrada del legado, se pusieron a hablar a la vez.

—Y antes, en la Porte-aux-Peintres, había otras personas lujosamente vestidas.

—¡Y en la fuente Saint-Innocent, aquel cazador que perseguía a una cierva con gran estruendo de perros y trompas de caza!

—¡Y en el matadero de París, aquellos cadalsos que representaban la Bastilla de Dieppe!

—Y cuando pasó el legado, se abalanzaron y les cortaron el cuello a todos los ingleses, ¿verdad, Gisquette?

—¡Y junto a la puerta del Châtelet había personajes muy distinguidos!

—¡Y en el Pont-au-Change, que estaba todo tapizado por encima!

—Y cuando pasó el legado, soltaron sobre el puente más de doscientas docenas de toda clase

de pájaros. Era precioso, ¿verdad, Liénarde?

—Hoy será más bonito —intervino finalmente su interlocutor, que parecía escucharlas con impaciencia.

—¿Nos prometéis que este misterio va a ser bonito? —dijo Gisquette.

—¡Por supuesto! —respondió él, antes de añadir con cierta ampulosidad—: Señoritas, yo soy su autor.

—¿De verdad? —dijeron las jóvenes, pasmadas.

—De verdad —respondió el poeta pavoneándose ligeramente—. Es decir, los autores somos dos: Jean Marchand, que ha serrado las tablas y construido la estructura del escenario y todo el entablado, y yo, que he escrito la obra. Me llamo Pierre Gringoire.

El autor del *Cid* no habría dicho con más orgullo: «Pierre Corneille».

Nuestros lectores habrán podido advertir que ya debía de haber transcurrido cierto tiempo desde el momento en que Júpiter se había metido bajo el tapiz hasta el instante en que el autor de la nueva moralidad había revelado de forma tan súbita su identidad, ante la ingenua admiración de Gisquette y Liénarde. Y, cosa extraordinaria, toda esa multitud, unos minutos antes tan tumultuosa, esperaba ahora con indulgencia, confiando en la palabra del comediante; lo que demuestra esa verdad eterna y verificada a diario en nuestros teatros, según la cual la mejor manera de hacer esperar pacientemente al público es asegurarle que la función va a empezar de inmediato.

Pese a ello, el estudiante Joannes no se dormía.

—¡Hola, hola! —exclamó de repente, en medio de la apacible espera que había sucedido al alboroto—. ¡Júpiter, señora Virgen, cómicos del demonio! ¿Os burláis acaso? ¡La obra! ¡La obra! Empezad de una vez, o seremos nosotros los que empezaremos de nuevo.

No hizo falta más.

Una música de instrumentos graves y agudos empezó a sonar en el interior del tinglado, el tapiz se levantó, cuatro personajes abigarrados y maquillados salieron a la luz del día, subieron la empinada escalera del escenario y, cuando llegaron a la plataforma, se colocaron en fila ante el público, al que saludaron haciendo grandes reverencias. Entonces la sinfonía se interrumpió. Comenzaba el misterio.

Los cuatro personajes, tras haber recibido ampliamente en aplausos el pago por sus reverencias, iniciaron, en medio de un silencio religioso, un prólogo del que gustosamente dispensamos al lector. Por lo demás, tal como todavía sucede en nuestros días, el público estaba mucho más pendiente de los trajes que llevaban que del papel que recitaban, y en verdad era de justicia. Los cuatro iban vestidos con túnicas mitad amarillas y mitad blancas, que solo se diferenciaban por la naturaleza de la tela: la primera era de brocado de oro y plata; la segunda, de seda; la tercera, de lana, y la cuarta, de lienzo. El primer personaje llevaba en la mano derecha una espada; el segundo, dos llaves doradas; el tercero, una balanza, y el cuarto, una laya. Y para ayudar a las inteligencias perezosas que no hubieran visto claro a través de la transparencia de esos atributos, se podía leer en grandes letras negras bordadas, en la parte inferior de la túnica de brocado, ME LLAMO NOBLEZA; en la parte inferior de la túnica de seda,ME LLAMO CLERO;

en la parte inferior de la túnica de lana, ME LLAMO MERCANCÍA, y en la parte inferior de la túnica de lienzo, ME LLAMO TRABAJO. El sexo de las dos alegorías masculinas estaba claramente indicado para todo espectador juicioso por las túnicas más cortas y por el birrete que llevaban en la cabeza, mientras que las dos alegorías femeninas, cuyos ropajes eran más largos, iban tocadas con una caperuza.

Habría hecho falta asimismo muy mala voluntad para no comprender, a través de la poesía del prólogo, que Trabajo estaba casado con Mercancía y Clero con Nobleza, y que las dos felices parejas poseían en común un delfín de oro, que según afirmaban no adjudicarían sino a la más bella. Iban por el mundo, pues, en busca de esa belleza, y tras haber rechazado sucesivamente a la reina de Golconda, a la princesa de Trebisonda, a la hija del Gran Kan de Tartaria, etcétera, etcétera, Trabajo y Clero, Nobleza y Mercancía habían ido a descansar sobre la mesa de mármol del Palacio de Justicia, y ante la honrada audiencia recitaban tantas sentencias y máximas como podían prodigarse entonces en la Facultad de Artes en los exámenes, sofismas, disputas, figuras y actos en los que los maestros recibían sus bonetes de licenciado.

Todo aquello era, efectivamente, muy bonito.

Sin embargo, en aquella multitud sobre la que las cuatro alegorías vertían a cuál más y mejor oleadas de metáforas, no había un oído más atento, un corazón más palpitante, un ojo más penetrante, un cuello más estirado que el ojo, el oído, el cuello y el corazón del autor, del poeta, del buen Pierre Gringoire, que unos momentos antes no había podido resistirse a la satisfacción de decir su nombre a dos guapas muchachas. Había regresado a unos pasos de ellas, detrás de su pilar, y allí escuchaba, miraba, saboreaba. Los amables aplausos que habían acogido el comienzo de su prólogo resonaban todavía en sus entrañas, y se hallaba totalmente absorto en esa especie de contemplación extática con la que un autor ve salir una a una sus ideas de la boca del actor, entre el silencio de una vasta audiencia. ¡Digno Pierre Gringoire!

Nos pesa decirlo, pero este primer éxtasis no tardó en verse enturbiado. Apenas se había acercado Gringoire a los labios esa embriagadora copa de alegría y de triunfo cuando una gota de amargura la estropeó.

Un mendigo andrajoso que, perdido como estaba en medio del gentío, no podía hacer su recaudación, y que seguramente no había encontrado suficiente indemnización en los bolsillos de sus vecinos, había tenido la ocurrencia de encaramarse a algún lugar bien visible para atraer así las miradas y las limosnas. Había trepado, pues, durante los primeros versos del prólogo, apoyándose en los pilares del estrado reservado, hasta la cornisa que bordeaba la balaustrada en su parte inferior, y allí se había sentado, demandando la atención y la piedad de la multitud con sus harapos y una horrible llaga abierta en su brazo derecho. Por lo demás, no profería una sola palabra.

El silencio que guardaba dejaba avanzar el prólogo sin obstáculos, y ningún desorden apreciable se habría producido si la mala fortuna no hubiera querido que el estudiante Joannes divisara, desde lo alto de su pilar, al mendigo y sus gesticulaciones. Una risa incontenible se apoderó del jocoso muchacho, quien, sin importarle interrumpir el espectáculo y turbar el recogimiento general, exclamó alegremente:

—¡Mirad a ese enclenque que pide limosna!

Quienquiera que haya arrojado una piedra a una charca llena de ranas o haya disparado un tiro contra una bandada de pájaros puede hacerse una idea del efecto que produjeron aquellas palabras incongruentes en medio del silencio general. Gringoire se estremeció como si hubiera recibido una descarga eléctrica. El prólogo quedó interrumpido y todas las cabezas se volvieron de golpe hacia el mendigo, el cual, lejos de desconcertarse, vio en ese incidente una ocasión propicia para obtener una buena cosecha y se puso a decir con expresión doliente, entornando los ojos:

—¡Una caridad, por lo que más queráis!

—¡Por mi honor! —prosiguió Joannes—. ¡Pero si es Clopin Trouillefou! ¡Hola, hola! ¡Eh, amigo!, ¿acaso te molestaba la herida en la pierna y por eso te la has pasado al brazo?

Y mientras esto decía, lanzaba con la destreza de un mono una blanca en el mugriento sombrero que el mendigo tendía con su brazo herido. El mendigo recibió sin inmutarse la limosna y el sarcasmo, y continuó en un tono lastimero:

—¡Una caridad, por lo que más queráis!

Este episodio había distraído considerablemente a la audiencia, y un buen número de espectadores, con Robin Poussepain y todos los clérigos a la cabeza, aplaudía alegremente a ese dúo extravagante que acababan de improvisar, en medio del prólogo, el estudiante con su voz chillona y el mendigo con su imperturbable salmodia.

Gringoire estaba muy disgustado. Una vez repuesto de su estupor inicial, se desgañitaba ordenando a los cuatro personajes que estaban en el escenario, sin dignarse siquiera dirigir una mirada de desdén a los dos causantes de la interrupción:

—¡Continuad! ¡Qué diablos! ¡Continuad!

En ese momento notó que alguien le tiraba del borde del sobretodo; se volvió, no de muy buen talante, y tuvo que esforzarse bastante para lograr sonreír. Había que hacerlo, sin embargo. Era el bonito brazo de Gisquette la Gencienne, quien, pasándolo a través de la balaustrada, solicitaba de este modo su atención.

—Señor —dijo la joven—, ¿van a continuar?

—¡Por supuesto! —respondió Gringoire, bastante ofendido por la pregunta.

—En tal caso, micer, ¿tendríais la amabilidad de explicarme…?

—¿Lo que van a decir? —la interrumpió Gringoire—. ¡Pues escuchad!

—No —dijo Gisquette—, lo que han dicho hasta ahora.

Gringoire, como un hombre a quien le tocan una herida en carne viva, dio un respingo.

—¡Maldita niña tontaina y obtusa! —masculló entre dientes.

A partir de ese momento, Gisquette perdió todo interés para él.

Sin embargo, los actores habían obedecido sus órdenes, y el público, al ver que se ponían de nuevo a hablar, se había puesto de nuevo a escuchar, no sin haberse perdido infinidad de perlas en la suerte de soldadura que se llevó a cabo entre las dos partes de la obra tan bruscamente cortada. Amarga reflexión que Gringoire hacía en voz baja. Con todo, la tranquilidad se había restablecido poco a poco, el estudiante callaba, el mendigo contaba unas monedas que había en su sombrero y la obra había salido a flote.

Se trataba, en realidad, de una obra muy bella, de la que nos parece que todavía hoy se podría muy bien sacar partido haciendo algunos arreglos. La exposición, un poco larga y un poco vacía, es decir, conforme a las reglas establecidas, era sencilla, y Gringoire, en el cándido santuario de su fuero interno, admiraba su claridad. Como todo el mundo imaginará, los cuatro personajes alegóricos estaban un poco cansados después de haber recorrido medio mundo sin encontrar la manera de deshacerse convenientemente de su delfín de oro. Con este pretexto, elogio del maravilloso pez con mil delicadas alusiones al joven prometido de Margarita de Flandes, a la sazón tristemente recluido en Amboise y sin sospechar en absoluto que Trabajo y Clero, Nobleza y Mercancía acababan de dar la vuelta al mundo por él. El mencionado delfín, pues, era joven, era apuesto, era fuerte y, sobre todo (¡magnífico origen de todas las virtudes reales!), era hijo del león de Francia. Declaro que esta atrevida metáfora es admirable y que la historia natural del teatro, en un día de alegoría y de epitalamio real, no se asusta en modo alguno por un delfín hijo de un león. Precisamente esas raras y pindáricas mezcolanzas son una prueba de entusiasmo. No obstante, para dar también voz a la crítica, añadiremos que el poeta podría haber desarrollado esta bella idea en menos de doscientos versos. Cierto es que, por disposición del señor preboste, el misterio debía durar desde las doce del mediodía hasta las cuatro de la tarde, y que algo hay que decir. Por lo demás, el público escuchaba pacientemente.

De pronto, en plena discusión entre la señorita Mercancía y doña Nobleza, en el momento en que maese Trabajo pronunciaba este verso mirífico:

¡*Jamás vi en los bosques fiera más triunfal*!

la puerta reservada del estrado, tan inoportunamente cerrada hasta entonces, se abrió más inoportunamente todavía, y la sonora voz del ujier anunció con brusquedad:

—Su eminencia el cardenal de Borbón.

3

El cardenal

¡Pobre Gringoire! El estruendo de todos los dobles petardos de la noche de San Juan, la descarga de veinte arcabuces, la detonación de aquel famoso serpentín de la torre de Billy que el domingo 29 de septiembre de 1465, durante el sitio de París, mató a siete borgoñones a un tiempo o la explosión de toda la pólvora almacenada en la puerta del Temple le habrían desgarrado con menos rudeza los oídos, en aquel momento solemne y dramático, que esas pocas palabras salidas de la boca de un ujier: «Su eminencia el cardenal de Borbón».

No es que Pierre Gringoire temiese al cardenal o lo despreciara. No tenía ni la cobardía ni la audacia que ello habría requerido. Gringoire, verdadero ecléctico, como se diría hoy, era uno de esos espíritus elevados y firmes, moderados y serenos, que saben mantenerse siempre en el término medio, *stare in dimidio rerum*, y que están cargados de razón y de liberal filosofía sin restar importancia a los cardenales. Valiosa y jamás extinguida especie de filósofos a los que la prudencia, cual una nueva Ariadna, parece haber dado un ovillo de hilo que ellos van devanando desde los orígenes del mundo a través del laberinto de las cosas humanas. Los hay en todas las épocas, siempre iguales, es decir, siempre en consonancia con cada época. Y sin contar a nuestro Pierre Gringoire, que los representaría en el siglo XV si lográramos revestirlo de la ilustración que merece, es ciertamente su espíritu el que animaba al padre Du Breul cuando escribía en el siglo XVI estas palabras, sublimes en su candor y dignas de todos los siglos: «Soy parisiense de nación y *parrhesiano* de habla, puesto que *parrhesia*significa en griego libertad de hablar, de la cual he hecho uso incluso con los cardenales, tío y hermano de monseñor el príncipe de Conty, siempre con respeto hacia su grandeza y sin ofender a nadie de su séquito, que es mucho».

No había, pues, ni odio al cardenal ni desdén hacia su presencia en la impresión desagradable que esta le causó a Pierre Gringoire. Muy al contrario, nuestro poeta tenía demasiado sentido común y una ropilla demasiado raída para no conceder un valor especial al hecho de que las numerosas alusiones de su prólogo, y en particular la glorificación del delfín hijo del león de Francia, penetraran en unos eminentísimos oídos. Mas no es el interés lo que prima en la noble naturaleza de los poetas. Suponiendo que la entidad del poeta esté representada por el número diez, es indudable que un químico, analizándola y farmacopolizándola, como dice Rabelais, vería que se halla compuesta de una parte de interés y nueve partes de amor propio. Ahora bien, en el momento en que la puerta se había abierto para dejar paso al cardenal, las nueve partes de amor propio de Gringoire, infladas y dilatadas por el soplo de la admiración popular, se hallaban en un estado de crecimiento prodigioso, bajo el cual desaparecía como ahogada esa imperceptible molécula de interés que distinguíamos hace un instante en la constitución de los poetas; ingrediente precioso, por lo demás, lastre de realismo y de humanidad sin el cual no podrían tener

los pies en la tierra. Gringoire disfrutaba sintiendo, viendo, palpando, por decirlo así, una asamblea entera —de tunantes, es cierto, ¡pero qué importaba eso!—, estupefacta, petrificada y como asfixiada ante las inconmensurables parrafadas que surgían sin cesar de todas las partes de su epitalamio. Él mismo, puedo asegurarlo, compartía la aprobación general y, contrariamente a La Fontaine, quien, en la representación de su comedia *El florentino*, preguntaba: «¿Quién es el patán que ha compuesto esta rapsodia?», Gringoire habría preguntado gustosamente a su vecino: «¿De quién es esta obra maestra?». Ahora puede juzgar el lector el efecto que produjo en él la brusca e intempestiva aparición del cardenal.

Lo que podía temer que ocurriera, ocurrió con creces. La entrada de su eminencia alborotó al auditorio. Todas las cabezas se volvieron hacia el estrado y a partir de ese momento no hubo manera de entenderse:

—¡El cardenal! ¡El cardenal! —repetían todas las bocas, lo que hizo que el malhadado prólogo quedara interrumpido por segunda vez.

El cardenal se detuvo un momento al borde del estrado. Mientras recorría el público con una mirada bastante indiferente, el tumulto iba en aumento. Todos querían verlo mejor. Había una verdadera lucha para ver quién conseguiría meter la cabeza entre los hombros de los de delante.

Se trataba de un personaje relevante y verlo constituía un espectáculo preferible a cualquier otra comedia. Carlos, cardenal de Borbón, arzobispo y conde de Lyon, primado de las Galias, estaba emparentado a la vez con Luis XI a través de su hermano Pedro, señor de Beaujeu, que se había casado con la hija mayor del rey, y con Carlos el Temerario a través de su madre, Inés de Borgoña. Pero el rasgo dominante, el rasgo característico y distintivo del carácter del primado de las Galias era su espíritu de cortesano y su devoción al poder. Cabe imaginar los innumerables apuros que le había causado este doble parentesco y todos los escollos temporales que su barca espiritual había tenido que sortear para no estrellarse ni contra Luis ni contra Carlos, ese Caribdis y ese Escila que habían devorado al duque de Nemours y al condestable de SaintPol. Gracias al cielo, había llevado a cabo bastante bien la travesía y llegado a Roma sin tropiezos. Pero, aunque ya hubiera tomado puerto, o precisamente por estar en él, nunca recordaba sin inquietud las diversas vicisitudes de su vida política, alarmada y laboriosa durante largos años. Por ello acostumbraba a decir que el año 1476 había sido para él «negro y blanco», refiriéndose a que había perdido en ese mismo año a su madre, la duquesa del Borbonés, y a su primo el duque de Borgoña, y que un duelo lo había consolado del otro.

Por lo demás, era un buen hombre. Llevaba una agradable vida de cardenal, se deleitaba encantado con los vinos reales de Challuau, no odiaba a Richarde la Garmoise y a Thomasse la Saillarde, prefería dar limosna a las guapas jovencitas que a las mujeres viejas, y por todas esas razones resultaba muy simpático a la plebe de París. No se desplazaba si no era rodeado de una pequeña corte de obispos y abates de alto linaje, galantes, licenciosos y dispuestos a divertirse si lo requería la ocasión; y más de una vez las honradas beatas de Saint-Germain d'Auxerre, al pasar, caída ya la noche, bajo las ventanas iluminadas de la residencia de Borbón, se habían escandalizado al oír las mismas voces que durante el día les habían cantado las vísperas salmodiar entre un tintineo de copas el proverbio báquico de Benedicto XII, aquel papa que había añadido

una tercera corona a la tiara: *Bibamus papaliter*.[16]

Esa popularidad, adquirida con toda justicia, fue sin duda lo que, al hacer su entrada, lo preservó de recibir una mala acogida por parte de la multitud, tan descontenta poco antes y muy poco dispuesta a respetar a un cardenal el mismo día en que iba a elegir a un papa. Pero los parisienses son poco rencorosos, y además, forzando las cosas para que empezara la representación, los buenos burgueses se habían impuesto al cardenal, y ese triunfo les bastaba. Por otra parte, el cardenal de Borbón era un hombre apuesto y tenía unas preciosas vestiduras de color rojo que llevaba con mucha elegancia; es decir, que contaba con el favor de todas las mujeres y, por consiguiente, de la mejor mitad de la audiencia. Ciertamente sería una injusticia y un rasgo de mal gusto abuchear a un cardenal por haberse hecho esperar, cuando es un hombre apuesto y lleva con elegancia sus vestiduras de color rojo.

Así pues, entró, saludó a la asistencia con esa sonrisa hereditaria que los grandes reservan al pueblo y se dirigió a paso lento hacia su sillón de terciopelo escarlata con cara de estar pensando en otra cosa. Su cortejo de obispos y de abates —lo que hoy llamaríamos su estado mayor— irrumpió tras él en el estrado, no sin que aumentara el tumulto y la curiosidad entre el público. Rivalizaban en señalarlos, en nombrarlos, en decir que conocían al menos a uno: este, al obispo de Marsella, Alaudet, si la memoria no me falla; aquel, al primicerio de Saint-Denis; aquel otro, a Robert de Lespinasse, abate de Saint-Germain-des-Prés, hermano libertino de una amante de Luis XI; todo ello con infinidad de errores y cacofonías. En cuanto a los estudiantes, blasfemaban. Era su día, su fiesta de los locos, su saturnal, la orgía anual de la curia y de la escuela. No había exceso que no estuviera permitido ese día y que incluso se considerase sagrado. Además, había alegres comadres entre el gentío, como Simone Quatrelivres, Agnès la Gadine y Robine Piédebou. ¿No era lo mínimo poder blasfemar tranquilamente y renegar un poco del nombre de Dios en un día tan hermoso, tan bien acompañados de eclesiásticos y de muchachas de vida alegre? No se privaban de ello, pues; y, en medio de la algarabía, lo que salía de todas aquellas lenguas desatadas, lenguas de clérigos y de estudiantes contenidas el resto del año por miedo al hierro candente de san Luis, era un espantoso guirigay de blasfemias y enormidades. ¡Pobre san Luis! ¡Cómo se mofaban de él en su propio palacio de justicia! Cada uno la había emprendido, de entre los recién llegados al estrado, con una sotana negra, o gris, o blanca, o morada. Joannes Frollo de Molendino, en su calidad de hermano de un arcediano, había arremetido audazmente contra la roja y cantaba a voz en cuello, clavando los ojos con todo descaro en el cardenal: *Cappa repleta mero*.[17]

Todos estos detalles, que describimos aquí sin ambages para edificación del lector, quedaban tan cubiertos por el bullicio general que se perdían en él antes de llegar al estrado reservado para las personalidades. En cualquier caso, poco le habrían impresionado al cardenal, dado lo arraigadas que estaban en las costumbres las libertades de ese día. Tenía, por lo demás, y se veía reflejado en su rostro, otra preocupación que lo seguía de cerca y que entró casi al mismo tiempo que él en el estrado. Era la embajada de Flandes.

No es que él tuviera alma de político ni que le preocuparan las posibles consecuencias de la boda de su señora prima Margarita de Borgoña con su señor primo Carlos, delfín de Viena; cuánto duraría el buen entendimiento fingido entre el duque de Austria y el rey de Francia o cómo se

tomaría el rey de Inglaterra este desaire a su hija eran cosas que le inquietaban muy poco; y todas las noches saboreaba el vino de las cosechas reales de Chaillot sin sospechar que algunas botellas de ese mismo vino (un poco revisado y corregido, es cierto, por el médico Coictier), cordialmente regaladas a Eduardo IV por Luis XI, librarían un buen día a Luis XI de Eduardo IV. «La muy honorable embajada del señor duque de Austria» no le causaba al cardenal ninguna de estas preocupaciones, pero lo importunaba en otro sentido. Era, en efecto, un tanto duro, y ya lo hemos mencionado en la segunda página de este libro, verse obligado a dispensar un buen recibimiento y agasajar, él, Carlos de Borbón, a no se sabe qué burgueses; él, cardenal, a unos regidores; él, francés, comensal exquisito, a unos flamencos bebedores de cerveza, y por añadidura en público. Era ciertamente una de las pantomimas más fastidiosas que había hecho en toda su vida para complacer al rey.

Se volvió, pues, hacia la puerta, y con el mayor agrado del mundo (gracias a lo mucho que se ejercitaba en ello), cuando el ujier anunció con su voz sonora: «Los señores enviados del señor duque de Austria». Huelga decir que la sala entera hizo otro tanto.

Entonces entraron, de dos en dos, con una seriedad que contrastaba con el petulante cortejo eclesiástico de Carlos de Borbón, los cuarenta y ocho embajadores de Maximiliano de Austria encabezados por el reverendo padre en Dios Jehan, abad de Saint-Bertin, canciller del Toisón de Oro, y Jacques de Goy, señor de Dauby, gran baile de Gante. Se hizo entre los presentes un gran silencio, acompañado de risas sofocadas, para escuchar todos los ridículos nombres y todos los cargos burgueses que cada uno de los personajes transmitía imperturbablemente al ujier, el cual arrojaba a continuación a través de la multitud nombres y cargos hechos un revoltijo y totalmente deformados. Estaba maese Loys Roelof, magistrado de la ciudad de Lovaina; micer Clays d’Etuelde, magistrado de Bruselas; micer Paul de Baeust, señor deVoirmizelle, presidente de Flandes; maese Jean Coleghens, burgomaestre de la ciudad de Amberes; maese George de la Moere, primer magistrado de la kuere de la ciudad de Gante, y maese Gheldof van der Hage, primer magistrado de los jueces de paz de dicha ciudad, y el señor de Bierbecque, y Jehan Pinnock, y Jehan Dymaerzelle, etcétera, etcétera, etcétera. Bailes, magistrados, burgomaestres; burgomaestres, magistrados, bailes; todos tiesos, envarados, estirados, emperejilados con terciopelos y damascos, tocados con birretes de terciopelo negro con grandes borlas de hilo de oro de Chipre; hermosas cabezas flamencas después de todo, caras dignas y severas, de la familia de las que Rembrandt hace sobresalir, tan firmes y tan graves, sobre el fondo negro de su *Ronda de noche*; personajes que llevaban todos ellos escrito en la frente que Maximiliano de Austria había hecho bien en «confiarse de lleno a su sensatez, valentía, experiencia, lealtad y honorabilidad», como decía en su manifiesto.

Había, no obstante, una excepción: un semblante ladino, inteligente, astuto, una fisonomía de mono y de diplomático, ante quien el cardenal dio tres pasos e hizo una profunda reverencia, pese a que se llamaba simplemente «Guillaume Rym, consejero y pensionario de la ciudad de Gante».

Pocas personas sabían a la sazón quién era Guillaume Rym, un raro talento que, en época de revolución, habría aparecido de forma destacada en la superficie de los acontecimientos, pero que en el siglo XV se veía reducido a las cavernosas intrigas y a «vivir en las zapas», como dice el

duque de Saint-Simon. Por lo demás, era apreciado por el primer «zapador» de Europa; maquinaba habitualmente con Luis XI e intervenía a menudo en los manejos secretos del rey. Cosas todas ellas que ignoraba por completo aquella muchedumbre, maravillada por las atenciones del cardenal a ese escuchimizado rostro de baile flamenco.

4

Maese Jacques Coppenole

Mientras el pensionario de Gante y su eminencia intercambiaban una reverencia bajando mucho el cuerpo y unas palabras bajando todavía más la voz, un hombre de elevada estatura, cara ancha y hombros fuertes se presentaba para entrar junto con Guillaume Rym: habríase dicho un dogo al lado de un zorro. Su bicoquete de fieltro y su chaqueta de piel desentonaban en medio del terciopelo y la seda que lo rodeaban. El ujier, suponiendo que era un palafrenero despistado, lo detuvo.

—¡Eh, amigo! ¡No se puede pasar!

El hombre de la chaqueta de cuero lo apartó de un empellón.

—¿Qué quiere este de mí? —dijo dando unas voces que atrajeron la atención de toda la sala hacia ese singular coloquio—. ¿No ves acaso quién soy?

—Vuestro nombre… —dijo el ujier.

—Jacques Coppenole.

—Vuestros cargos…

—Calcetero, del comercio Las Tres Cadenetas, de Gante.

El ujier retrocedió. Anunciar a regidores y burgomaestres, pase; pero a un calcetero…, eso era duro. El cardenal estaba en vilo. Todo el pueblo escuchaba y miraba. Dos días hacía que su eminencia se afanaba en pulir a aquellos osos flamencos para que resultaran un poco más presentables en público, y aquella salida de tono era un duro golpe. Sin embargo, Guillaume Rym se acercó al ujier con su ladina sonrisa.

—Anunciad a maese Jacques Coppenole, secretario de los magistrados de la ciudad de Gante —le susurró muy bajito.

—Ujier —añadió el cardenal en voz alta—, anunciad a maese Jacques Coppenole, secretario de los magistrados de la ilustre ciudad de Gante.

Aquello fue un error. Guillaume Rym, él solo, habría sorteado la dificultad; pero Coppenole había oído al cardenal.

—¡Voto a Dios, no! —exclamó con su voz atronadora—. ¡Jacques Coppenole, calcetero! ¿Me oyes, ujier? Ni una palabra más, ni una palabra menos. ¡Voto a Dios! Calcetero es suficientemente noble. El señor archiduque ha buscado más de una vez sus guantes entre mis calzas.

Hubo un estallido de risas y aplausos. Un retruécano es comprendido enseguida en París y, por consiguiente, aplaudido.

Añadamos que Coppenole era del pueblo, y que aquel público que lo rodeaba era del pueblo también. Así pues, la comunicación se había establecido entre ellos de forma rápida, eléctrica y, por así decirlo, al mismo nivel. El altivo exabrupto del calcetero flamenco, al humillar a los

cortesanos, había removido en todas las almas plebeyas cierto sentimiento de dignidad todavía vago e impreciso en el siglo XV. ¡Ese calcetero que acababa de plantarle cara al señor cardenal era un igual!, reflexión asaz dulce para unos pobres diablos que estaban acostumbrados a guardar respeto y obediencia a los lacayos de los alguaciles del baile del abad de Santa Genoveva, caudatario del cardenal.

Coppenole saludó orgullosamente a su eminencia, quien devolvió el saludo al todopoderoso burgués temido por Luis XI. Luego, mientras Guillaume Rym, «hombre prudente y malicioso», como dice Philippe de Comines, los seguía a los dos con una burlona sonrisa de superioridad, se dirigieron cada uno a su sitio, el cardenal muy desconcertado e inquieto, Coppenole tranquilo y altanero, y sin duda pensando que, después de todo, su título de calcetero valía tanto como el que más, y que María de Borgoña, madre de esta Margarita a la que Coppenole casaba aquel día, le habría temido menos como cardenal que como calcetero. Pues un cardenal no habría amotinado a los ganteses contra los favoritos de la hija de Carlos el Temerario; un cardenal no habría alentado con una palabra a la muchedumbre contra sus lágrimas y sus ruegos, cuando la doncella de Flandes fue a suplicar a su pueblo por ellos hasta el pie del cadalso; mientras que el calcetero no había tenido más que levantar el brazo, enfundado en piel, para hacer rodar vuestras dos cabezas, ilustrísimos señores Guy d’Hymbercourt y canciller Guillaume Hugonet.

Mas no habían terminado los sinsabores para el pobre cardenal; tenía que beber hasta las heces el cáliz de estar en tan mala compañía.

Posiblemente el lector no haya olvidado al desvergonzado mendigo que se había agarrado desde el comienzo del prólogo a los flecos del estrado cardenalicio. La llegada de los ilustres invitados no le había hecho en modo alguno soltarlos, y mientras prelados y embajadores se apretujaban en los asientos de la tribuna como auténticas sardinas flamencas en banasta, él se había acomodado y había cruzado audazmente las piernas sobre el arquitrabe. Era una demostración de insolencia infrecuente, y nadie había reparado en ella en un primer momento por estar centrada la atención en otras cosas. En lo que a él respecta, permanecía ajeno a lo que ocurría en la sala; balanceaba la cabeza con una despreocupación de napolitano, repitiendo de cuando en cuando entre el murmullo, como movido por una costumbre maquinal: «¡Una caridad, por lo que más queráis!». Con toda probabilidad, había sido el único de entre los asistentes que no se había dignado volver la cabeza al producirse el altercado entre Coppenole y el ujier. Pues bien, quiso el azar que el maestro calcetero de Gante, con quien el pueblo simpatizaba ya tan vivamente y en quien todas las miradas estaban clavadas, fuera a sentarse precisamente en la primera fila del estrado, justo encima del mendigo; y todo el mundo se quedó no poco asombrado al ver que el embajador flamenco, tras haber examinado al estrafalario personaje situado bajo sus ojos, ponía amistosamente una mano sobre su hombro cubierto de harapos. El mendigo se volvió; hubo sorpresa, reconocimiento, alegría en los dos rostros, etcétera; luego, sin preocuparse lo más mínimo de los espectadores, el calcetero y el maltrecho se pusieron a hablar en voz baja asiéndose las manos, mientras los andrajos de Clopin Trouillefou, extendidos sobre el paño dorado del estrado, producían todo el efecto de un gusano reptando sobre una naranja.

La novedad de esta singular escena provocó tal murmullo de entusiasmo y de jovialidad en la

sala que el cardenal no tardó mucho en advertirlo. Se asomó un poco y, no pudiendo ver, desde donde estaba, sino de un modo muy imperfecto la casaca ignominiosa de Trouillefou, se imaginó, como es natural, que el mendigo estaba pidiendo limosna e, indignado por la audacia, exclamó:

—¡Señor baile del palacio, arrojad a ese bribón al río!

—¡Voto a Dios, monseñor! —dijo Coppenole, sin soltar la mano de Clopin—. ¡Pero si es amigo mío!

—¡Bravo! ¡Bravo! —gritó la turba.

A partir de ese momento, maese Coppenole gozó en París, como en Gante, «de gran crédito entre el pueblo, pues personas de semejante talla lo tienen cuando actúan con tal descomedimiento», dice Philippe de Comines.

El cardenal se mordió los labios. Se volvió hacia su vecino, el abad de Santa Genoveva, y le dijo a media voz:

—¡Menudos embajadores nos envía el señor archiduque para anunciarnos a la princesa Margarita!

—Vuestra eminencia —le respondió el abad— malgasta sus atenciones con estos gorrinos flamencos. *Margaritas ante porcos*.[18]

—Más bien habría que decir —repuso el cardenal con una sonrisa— *porcos ante Margaritam.*

La pequeña corte de sotanas al completo se extasió con el juego de palabras. El cardenal se sintió un poco aliviado; había quedado en paz con Coppenole, su retruécano también había sido aplaudido.

Permítannos ahora aquellos de nuestros lectores que poseen la capacidad de generalizar una imagen y una idea, como se dice en el estilo de hoy en día, preguntarles si se imaginan con toda claridad el espectáculo que ofrecía, en el momento en que llamamos su atención, el vasto paralelogramo de la Gran Sala del palacio. En el centro, adosado a la pared occidental, un amplio y magnífico estrado de brocado de oro en el que van entrando en procesión, por una pequeña puerta ojival, graves personajes sucesivamente anunciados por la voz chillona de un ujier. En los primeros bancos, muchas venerables cabezas ya, tocadas de armiño, de terciopelo y de escarlata. Alrededor del estrado, que permanece silencioso y digno, abajo, enfrente, por todas partes, un gran gentío y un gran bullicio. Mil miradas del pueblo sobre cada rostro del estrado, mil murmullos al sonar cada nombre. Ciertamente, el espectáculo es curioso y merece de sobra la atención de los espectadores. Pero ¿qué es esa especie de tablado, allá, al fondo de todo, con cuatro fantoches abigarrados encima y otros cuatro debajo? ¿Quién es ese hombre con ropilla negra y pálido semblante que se encuentra junto al tablado? ¡Ay, querido lector! Es Pierre Gringoire y su prólogo.

Todos nos habíamos olvidado por completo de él.

Y eso es precisamente lo que él temía.

Desde el momento en que el cardenal había entrado, Gringoire no había parado de afanarse en salvar su prólogo. Primero había exhortado a los actores, que permanecían a la espera, a que continuaran y alzaran la voz; después, viendo que nadie escuchaba, les había hecho callar, y desde que, hacía ya casi un cuarto de hora, se había producido la interrupción, no había parado de

golpetear el suelo con el pie, de ir de aquí para allá, de hacer partícipes de sus quejas a Gisquette y a Liénarde, de animar a sus vecinos a prestar de nuevo atención al prólogo, todo ello en vano. Nadie apartaba los ojos del cardenal, de la embajada y del estrado, único centro de aquel vasto círculo de rayos visuales. Es de creer también, y lo decimos con pesar, que el prólogo empezaba a hartar ligeramente al auditorio en el momento en que su eminencia había venido a desviar la atención de él de tan terrible manera. Después de todo, tanto en el estrado como en la mesa de mármol el espectáculo era el mismo: el conflicto entre Trabajo y Clero, entre Nobleza y Mercancía. Y muchas personas preferían verlos lisa y llanamente vivir, respirar, actuar, codearse, en carne y hueso, formando parte de esa embajada flamenca o de esa corte episcopal, bajo las vestiduras del cardenal o la chaqueta de Coppenole, que maquillados, emperifollados, hablando en verso y, por así decirlo, disecados bajo las túnicas amarillas y blancas con que los había disfrazado Gringoire.

Sin embargo, cuando nuestro poeta vio un poco restablecida la calma, ideó una estratagema que habría podido salvar la situación.

—Señor —dijo, volviéndose hacia una de las personas que lo rodeaban, un hombre orondo de aspecto paciente—, ¿y si empezaran de nuevo?

—¿El qué? —preguntó el hombre.

—¡Pues el misterio! —contestó Gringoire.

—Como os plazca —dijo el hombre.

Esta semiaprobación fue suficiente para Gringoire, el cual, haciendo él mismo el trabajo, empezó a vociferar confundiéndose lo máximo posible con la muchedumbre.

—¡Que vuelva a empezar el misterio! ¡Que vuelva a empezar!

—¡Demonios! —exclamó Joannes de Molendino, pues Gringoire hacía ruido por cuatro—, ¿qué dicen por allá abajo, al fondo de todo? ¡Eh, amigos!, ¿es que el misterio no ha terminado? ¡Quieren volver a empezar! ¡No es justo!

—¡No! ¡No! —gritaron todos los estudiantes—. ¡Fuera el misterio! ¡Fuera!

Pero Gringoire se multiplicaba y gritaba más fuerte aún:

—¡Empezad otra vez! ¡Empezad otra vez!

Esas voces atrajeron la atención del cardenal

—Señor baile del palacio —le dijo a un hombre alto, vestido de negro, situado a unos pasos de él—, ¿acaso esos bellacos están metidos en una pila de agua bendita, que arman ese estruendo infernal?

El baile del palacio era algo así como un magistrado ambiguo, una especie de murciélago del orden judicial que tenía a la vez algo de rata y de pájaro, de juez y de soldado.

El individuo se acercó a su eminencia y, no sin temer su enojo, le explicó balbuciendo el motivo de la falta de compostura popular: que las doce habían llegado antes que su eminencia y que los comediantes se habían visto obligados a comenzar sin esperar a su eminencia.

El cardenal rompió a reír.

—¡A fe mía que el señor rector de la Universidad debería haber hecho otro tanto! ¿Qué opináis vos, maese Guillaume Rym?

—Monseñor —respondió Guillaume Rym—, démonos por satisfechos con habernos ahorrado la mitad de la comedia. ¡Eso que nos hemos encontrado!

—¿Pueden entonces continuar su farsa esos tunantes? —preguntó el baile.

—Continuad, continuad —dijo el cardenal—. A mí me da lo mismo. Mientras tanto, voy a leer mi breviario.

El baile se acercó al borde del estrado y, tras imponer silencio haciendo un gesto con las manos, anunció:

—Burgueses, villanos, habitantes todos, para satisfacer a los que quieren que la representación vuelva a empezar y a los que quieren que termine, su eminencia ordena que continúe.

Ambas partes tuvieron que resignarse. Sin embargo, tanto el autor como el público guardaron por ello rencor al cardenal durante bastante tiempo.

Los personajes que habían entrado en escena reanudaron, pues, su glosa, y Gringoire esperó que al menos el resto de su obra fuera escuchado, esperanza que no tardó en verse frustrada, al igual que sus otras ilusiones. El silencio, en efecto, se había restablecido más o menos entre el público, pero Gringoire no había advertido que, en el momento en que el cardenal había dado la orden de continuar, el estrado se hallaba lejos de estar lleno y que, después de los enviados flamencos, habían aparecido nuevos personajes que formaban parte del cortejo, cuyos nombres y cargos, lanzados a través de su diálogo por los gritos intermitentes del ujier, producían unos estragos considerables. Imaginemos, efectivamente, en plena representación de una obra de teatro, la voz de un ujier berreando entre dos rimas, cuando no entre dos hemistiquios, paréntesis como estos:

«¡Maese Jacques Charmolue, procurador del rey en la jurisdicción eclesiástica!».

«¡Jehan de Harlay, escudero, guarda del cargo de caballero de la guardia de noche de la ciudad de París!»

«¡Micer Galiot de Genoilhac, caballero, señor de Brussac, al mando de la artillería del rey!»

«¡Maese Dreux-Raguier, comisario de las aguas y los bosques del rey nuestro señor en las tierras de Francia, Champagne y Brie!»

«¡Micer Louis de Graville, caballero, consejero y chambelán del rey, almirante de Francia, conserje del bosque de Vincennes!»

«¡Maese Denis Le Mercier, guarda de la casa de los ciegos de París…!» Etcétera, etcétera, etcétera.

Aquello resultaba cada vez más insoportable.

Ese extraño acompañamiento, que hacía difícil seguir la representación, indignaba tanto más a Gringoire cuanto que no podía ocultarse que el interés iba en aumento y que lo único que necesitaba su obra era ser oída. Resultaba difícil imaginar, en efecto, una composición más ingeniosa y dramática. Los cuatro personajes del prólogo, metidos en su mortal apuro, se lamentaban, cuando de pronto Venus en persona, *vera incessu patuit dea*,[19] se había presentado ante ellos luciendo una espléndida cotardía blasonada con el bajel de la ciudad de París. Venía a reclamar al delfín prometido a la más bella. Júpiter, cuyos truenos se oían retumbar en el vestuario, la apoyaba, y la diosa iba a salirse con la suya, es decir, prescindiendo de simbolismos,

a casarse con el señor delfín, cuando una niña vestida de damasco blanco y con una margarita en la mano (diáfana personificación de la doncella de Flandes), se había presentado para luchar con Venus. Golpe de efecto y peripecia. Tras una controversia, Venus, Margarita y los demás habían acordado someterse al buen juicio de la santísima Virgen. Había otro personaje atractivo, el de don Pedro, rey de Mesopotamia; pero, con tantas interrupciones, resultaba difícil entender qué pintaba allí. Todos habían subido por la escalera de mano.

Pero la cosa ya no tenía arreglo. Ninguno de estos atractivos de la obra era oído ni entendido. Se habría dicho que, al entrar el cardenal, un hilo invisible y mágico había tirado de todas las miradas desde la mesa de mármol hasta el estrado, desde el extremo meridional de la sala hasta el lado occidental. Nada podía deshacer el hechizo al que se hallaba sometida la audiencia. Todos los ojos seguían clavados allí, y los recién llegados, sus malditos nombres, sus rostros y sus ropajes eran una diversión continua. Era desolador. Salvo Gisquette y Liénarde, que se volvían de tanto en tanto cuando Gringoire les tiraba de la manga, salvo el hombre orondo y paciente que estaba a su lado, nadie escuchaba, nadie miraba de frente la pobre moralidad abandonada. Gringoire solo veía perfiles.

¡Con cuánta amargura veía derrumbarse pieza a pieza todo su andamiaje de gloria y de poesía! ¡Y pensar que aquel pueblo, impaciente por escuchar su obra, había estado a punto de rebelarse contra el señor baile! ¡Y ahora que lo había conseguido, no le hacía ni caso! ¡Una representación que había comenzado con tan unánime aclamación! ¡Eterno flujo y reflujo del fervor popular! ¡Y pensar que habían estado a punto de colgar a los alguaciles del baile! ¡Qué no habría dado él por hallarse todavía en esos dulces momentos!

Con todo, el brutal monólogo del ujier cesó. Todo el mundo había llegado, y Gringoire respiró. Los actores continuaban valientemente. Mas hete aquí que maese Coppenole, el calcetero, se levanta de pronto y Gringoire le oye pronunciar, en medio de la atención universal, esta abominable arenga:

—¡Señores burgueses e hidalgos de París, no sé qué hacemos aquí, voto a Dios! Veo allá, en aquella esquina, en aquel tablado, a unas personas que parece que quieren pegarse. Ignoro si es eso lo que vosotros llamáis un «misterio», pero no tiene nada de divertido. ¡Pelean con la palabra y nada más! Hace un cuarto de hora que espero el primer golpe, pero no llega. Son unos cobardes que solo se hieren con insultos. Tendrían que haber hecho venir a luchadores de Londres o de Rotterdam, ¡eso habría sido magnífico! Habríais visto puñetazos que se habrían oído desde la plaza. Pero estos dan pena. ¡Deberían ofrecernos al menos una danza mora o alguna otra mojiganga! Esto no es lo que me habían dicho a mí. Me habían prometido una fiesta de locos, con elección de papa incluida. Nosotros también tenemos nuestro papa de los locos en Gante, y en eso, ¡voto a Dios!, no nos quedamos atrás. Pero voy a contaros cómo lo hacemos. Nos reunimos un buen gentío, como aquí. Luego, por turno, cada uno va a meter la cabeza por un agujero y hace una mueca a los demás. El que hace la mueca más fea es elegido papa por aclamación unánime. Así es como lo hacemos, y es muy divertido. ¿Queréis que elijamos a vuestro papa a la manera de mi país? Siempre será menos pesado que escuchar a esos charlatanes. Y si también ellos quieren venir a hacer una mueca, participarán en el juego. ¿Qué me decís, señores burgueses? Hay aquí

una muestra suficientemente grotesca de los dos sexos para reírnos a la flamenca, y bastantes caras feas para esperar una bonita mueca.

Gringoire hubiera querido contestar, pero el estupor, la cólera y la indignación lo dejaron sin habla. Por lo demás, la propuesta del popular calcetero fue acogida con tal entusiasmo por aquellos burgueses, halagados por que los llamaran «hidalgos», que toda resistencia era inútil. No había más remedio que dejarse arrastrar por la corriente. Gringoire se tapó la cara con las manos, dado que no tenía la fortuna de disponer de un manto para taparse, como el Agamenón de Timantes, la cabeza entera.

5

Quasimodo

En un abrir y cerrar de ojos todo estuvo preparado para poner en práctica la idea de Coppenole. Burgueses, estudiantes y curiales se habían puesto manos a la obra. La pequeña capilla que se hallaba frente a la mesa de mármol fue elegida como escenario de las muecas. Un cristal que rompieron del bonito rosetón situado sobre la puerta dejó libre un círculo de piedra, a través del cual acordaron que los participantes meterían la cabeza. Para llegar hasta él, simplemente había que subirse a dos toneles que habían cogido no sé dónde y puesto uno sobre otro de cualquier manera. Quedó establecido que cada candidato, hombre o mujer (pues podían nombrar una papisa), para preservar la impresión que causaría su mueca, se cubriría la cara y permanecería escondido en la capilla hasta el momento de su aparición. En menos de un instante la capilla se llenó de participantes, tras los cuales la puerta se cerró.

Coppenole, desde su sitio, ordenaba, dirigía y organizaba todo. En plena barahúnda, el cardenal, tan desconcertado como Gringoire, so pretexto de supuestos quehaceres y vísperas, se había retirado con todo su séquito sin que aquella muchedumbre, a la que su llegada había agitado tan vivamente, se conmoviera lo más mínimo por su partida. Guillaume Rym fue el único en advertir el aturullamiento de su eminencia. La atención popular, al igual que el sol, proseguía su revolución; había partido de un extremo de la sala y, tras haberse detenido un rato en el centro, se hallaba ahora en el otro extremo. La mesa de mármol y el estrado de brocado habían tenido su momento; ahora le tocaba el turno a la capilla de Luis XI. Libre estaba ya la pista para toda suerte de locuras. Solo quedaban flamencos y chusma.

Empezaron las muecas. La primera cara que apareció en la lucera, con los párpados enrojecidos, la boca ferozmente abierta y la frente tan arrugada como nuestras botas de estilo húsar del imperio, provocó unas risas tan inextinguibles que Homero habría tomado a todos aquellos villanos por dioses. Sin embargo, la Gran Sala era cualquier cosa menos el Olimpo, y el pobre Júpiter de Gringoire lo sabía mejor que nadie. Una segunda mueca y una tercera siguieron, luego otra, luego otra más, y las risas y los brincos de alegría no paraban de ir en aumento. Había en ese espectáculo un extraño vértigo, un extraño poder embriagador y de fascinación que resultaría difícil transmitir al lector de nuestros días y de nuestros salones. Imagínense los lectores una serie de rostros que presentaran sucesivamente todas las formas geométricas, desde el triángulo hasta el trapecio, desde el cono hasta el poliedro; todas las expresiones humanas, desde la cólera hasta la lujuria; todas las edades, desde las arrugas del recién nacido hasta las arrugas de la vieja moribunda; todas las fantasmagorías religiosas, desde Fauno hasta Belcebú; todos los perfiles animales, desde las fauces hasta el pico, desde el morro hasta el hocico. Represéntense todos los mascarones del Pont-Neuf, esas pesadillas petrificadas por la mano de Germain Pilon,

cobrando vida y aliento y acercándose uno a uno para mirarles a la cara con ojos ardientes; todas las máscaras del carnaval de Venecia sucediéndose ante sus anteojos; en una palabra, un caleidoscopio humano.

La orgía adquiría cada vez más tintes flamencos. El propio Teniers no podría sino dar una muy imperfecta idea. Imagínense la batalla de Salvator Rosa en bacanal.[20] Ya no había allí ni estudiantes, ni embajadores, ni burgueses, ni hombres, ni mujeres; ni un Clopin Trouillefou, un Gilles Lecornu, una Marie Quatrelivres o un Robin Poussepain. Todo desaparecía en la licencia común. La Gran Sala se había convertido en un vasto horno de desvergüenza y jovialidad donde cada boca era un grito, cada cara una mueca, cada individuo una postura. Todo gritaba y vociferaba. Los extraños rostros que iban por turnos a hacer rechinar los dientes en el rosetón eran como teas arrojadas al fuego. Y de toda esa muchedumbre efervescente escapaba, como el vapor del horno, un rumor áspero, agudo, acerado, silbante como las alas de un moscardón.

—¡Ah! ¡Maldición!

—¡Mira esa cara!

—No vale nada.

—¡Otra! ¡Otra!

—¡Guillemette Maugerepuis, mira ese morro de toro! Solo le faltan los cuernos, así que no es tu marido.

—¡Otra!

—¡Por la barriga del papa! ¿Qué mueca es esa?

—¡Hola, hola! ¡Eso es trampa! ¡Solo hay que enseñar la cara!

—¡Esa maldita Perrette Callebotte! ¡Es muy capaz de eso!

—¡Bravo! ¡Bravo!

—¡Ay, que me ahogo!

—¡Ese no puede meter las orejas por el agujero!

Etcétera, etcétera.

Preciso es hacer justicia, sin embargo, a nuestro amigo Jehan. En medio de aquel pandemónium, se le distinguía aún en lo alto del pilar, cual grumete encaramado en la gavia. Se revolvía con una furia increíble. Tenía la boca desmesuradamente abierta y de ella escapaba un grito que no se oía, no porque quedase cubierto por el clamor general, por intenso que este fuera, sino porque sin duda traspasaba el límite de los sonidos agudos perceptibles: las doce mil vibraciones de Sauveur o las ocho mil de Biot.

En cuanto a Gringoire, pasada la primera reacción de abatimiento, había recuperado el dominio de sí mismo y había desafiado a la adversidad. «Continuad», había dicho por tercera vez a sus comediantes, máquinas parlantes. Y mientras se paseaba dando zancadas por delante de la mesa de mármol, le asaltaba el deseo de aparecer también en la lucera de la capilla, aunque solo fuera para darse el gusto de hacerle una mueca a ese pueblo ingrato. «No, no, eso no sería digno de nosotros. ¡Nada de venganza! Luchemos hasta el final —se repetía—. El poder de la poesía sobre el pueblo es grande. Les haré volver. Ya veremos quién gana, si las muecas o las bellas letras.»

Por desgracia, él había seguido siendo el único espectador de su obra.

Y ahora era mucho peor que antes. Ya solo veía espaldas.

No, miento. El orondo hombre paciente al que ya había consultado en un momento crítico permanecía de cara al escenario. Gisquette y Liénarde, en cambio, habían desertado hacía un buen rato.

A Gringoire le llegó a lo más profundo del alma la fidelidad de su único espectador. Se acercó a él y le dirigió la palabra asiéndolo del brazo para zarandearlo ligeramente, pues el pobre hombre, apoyado en la balaustrada, estaba dormitando.

—Señor —dijo Gringoire—, muchas gracias.

—¿De qué? —contestó el hombre orondo, bostezando.

—Me doy cuenta perfectamente de lo que os molesta —respondió el poeta—. Todo ese ruido es lo que os impide escuchar a gusto. ¡Pero no os preocupéis! Vuestro nombre pasará a la posteridad. Por favor, ¿cómo os llamáis?

—Renault Château, guardasellos del Châtelet de París, para serviros.

—Señor, sois el único representante de las musas en esta sala —dijo Gringoire.

—Me hacéis demasiado favor, señor —repuso el guardasellos del Châtelet.

—Sois el único que ha escuchado la obra como es debido —prosiguió Gringoire—. ¿Qué os parece?

—Pues, en realidad, bastante entretenida —respondió el orondo magistrado, ya medio despierto.

Gringoire tuvo que conformarse con ese elogio, pues una tormenta de aplausos, unida a una prodigiosa aclamación, interrumpió de golpe su diálogo. Habían elegido al papa de los locos.

—¡Viva! ¡Viva! ¡Viva! —gritaba el pueblo desde todas partes.

Era una maravillosa mueca, en efecto, la que resplandecía en ese momento en el agujero del rosetón. Después de todas las caras pentagonales, hexagonales y heteróclitas que se habían sucedido en la lucera sin hacer realidad ese ideal de lo grotesco formado en las imaginaciones exaltadas por la orgía, hacía falta para ganar como mínimo la mueca sublime que acababa de deslumbrar a la asamblea. El propio maese Coppenole aplaudió; y Clopin Trouillefou, que había competido —y Dios sabe la cota de fealdad que podía alcanzar su rostro—, se declaró vencido. Nosotros haremos lo mismo. No intentaremos que el lector se haga una idea de aquella nariz tetraédrica, de aquella boca en forma de herradura, de aquel ojillo izquierdo obstruido por una enmarañada ceja pelirroja, mientras que el derecho desaparecía por completo bajo una enorme verruga, de aquellos dientes desordenados con los bordes desportillados, como las almenas de una fortaleza, de aquel labio calloso sobre el que uno de esos dientes se superponía como el colmillo de un elefante, de aquel mentón hendido y, sobre todo, de la fisonomía extendida sobre todo esto, de esa mezcla de malicia, asombro y tristeza. Imagínese, si ello es posible, ese conjunto.

La aclamación fue unánime. Todos se precipitaron hacia la capilla y sacaron a hombros al bienaventurado papa de los locos. Pero fue entonces cuando la sorpresa y la admiración llegaron a su cenit. La mueca era su rostro.

O más bien toda su persona era una mueca. Una voluminosa cabeza erizada de pelos rojos; entre los hombros, una joroba enorme que le deformaba también el pecho; un sistema de muslos y

piernas tan extrañamente desviados que solo podían tocarse por las rodillas y, vistos de frente, parecían dos hoces unidas por el mango; unos pies anchísimos y unas manos monstruosas; y, con toda esa deformidad, cierto aspecto temible de vigor, de agilidad y de coraje. Una rara excepción de la regla eterna según la cual la fuerza, como la belleza, es resultado de la armonía. Así era el papa que acababan de elegir los locos.

Parecía un gigante roto y mal soldado.

Cuando esta especie de cíclope apareció en la puerta de la capilla, inmóvil, fornido y casi tan ancho como alto, «cuadrado en la base», como dice un gran hombre, el populacho lo reconoció de inmediato por su sobretodo mitad rojo y mitad morado, cuajado de campanillas de plata, y todavía más por la perfección de su fealdad, y exclamó con una sola voz:

—¡Es Quasimodo, el campanero! ¡Es Quasimodo, el jorobado de Notre-Dame! ¡Quasimodo el tuerto! ¡Quasimodo el patizambo! ¡Viva! ¡Viva!

El pobre diablo, ya se ve, tenía sobrenombres para dar y vender.

—¡Que se anden con ojo las mujeres preñadas! —gritaban los estudiantes.

—O las que tienen ganas de estarlo —añadía Joannes.

Las mujeres, en efecto, se tapaban la cara.

—¡Vaya mono más feo! —decía una.

—Y más malo que feo —añadía otra.

—Es el diablo —añadía una tercera.

—Tengo la desgracia de vivir al lado de la catedral y lo oigo rodar de noche por el canalón.

—Con los gatos.

—Sí, siempre anda por los tejados.

—Nos echa conjuros por las chimeneas.

—La otra noche vino a hacerme muecas por la ventana. Creía que era un hombre. ¡Pasé un miedo…!

—Estoy segura de que va a los aquelarres. Una vez dejó una escoba en la puerta de mi casa.

—¡Ah! ¡Qué repugnante cara de jorobado!

—¡Ah! ¡Qué alma tan repulsiva!

—¡Puaf!

Los hombres, por el contrario, estaban encantados y aplaudían.

Quasimodo, objeto del tumulto, permanecía en la puerta de la capilla, de pie, taciturno y serio, dejándose admirar.

Un estudiante, Robin Poussepain creo que era, se acercó demasiado a él para reírse en sus narices. Quasimodo se limitó a cogerlo por la cintura y lanzarlo a diez pasos a través de la multitud sin decir una palabra.

Maese Coppenole, maravillado, se aproximó a él.

—¡Voto a Dios! ¡Por san Pedro! Tu fealdad es la más perfecta que he visto en mi vida. Merecerías el papado tanto en Roma como en París.

Mientras esto decía, le pasaba alegremente la mano por la espalda. Quasimodo no se movió.

—Me muero de ganas de ir de francachela contigo —prosiguió Coppenole—, aunque me

cueste un doceno nuevo de doce torneses.[21] ¿Qué te parece?

Quasimodo no contestó.

—¡Voto a Dios! —dijo el calcetero—. ¿Acaso eres sordo?

Era sordo, en efecto.

Sin embargo, empezaba a impacientarse por los modales de Coppenole, y se volvió de repente hacia él con un rechinar de dientes tan formidable que el gigante flamenco retrocedió como un bulldog ante un gato.

Se formó entonces alrededor del extraño personaje un círculo de terror y de respeto que tenía como mínimo quince pasos geométricos de radio. Una vieja le confirmó a maese Coppenole que Quasimodo era sordo.

—¡Sordo! —exclamó el calcetero con su sonora risa flamenca—. ¡Voto a Dios! Es un papa perfecto.

—¡Eh! Yo lo conozco —dijo Jehan, que había bajado por fin del capitel para ver a Quasimodo más de cerca—. Es el campanero de mi hermano el arcediano. ¡Buenos días, Quasimodo!

—¡Demonio de hombre! —dijo Robin Poussepain, todavía maltrecho por la caída—. Aparece, y es jorobado. Se pone a andar, y es patizambo. Te mira, y es tuerto. Le hablas, y es sordo. ¡Demontre!, ¿y qué hace con la lengua este Polifemo?

—Habla cuando quiere —dijo la vieja—. Se quedó sordo de tocar las campanas, pero no es mudo.

—Eso es lo que le falta —observó Jehan.

—Y lo que le sobra es un ojo —añadió Robin Poussepain.

—No —dijo juiciosamente Jehan—. Un tuerto es mucho más incompleto que un ciego. Sabe lo que le falta.

Entre tanto, todos los mendigos, todos los lacayos y todos los cortabolsas, unidos a los estudiantes, habían ido en procesión a buscar en el armario de la curia la tiara de cartón y la ridícula sotana del papa de los locos. Quasimodo dejó que se las pusieran sin pestañear y con una especie de docilidad orgullosa. Después le hicieron sentarse en unas abigarradas andas. Doce oficiales de la cofradía de los locos las levantaron y se las cargaron sobre los hombros; y una suerte de alegría amarga y despreciativa apareció en la cara triste del cíclope al ver bajo sus pies deformes todas aquellas cabezas de hombres apuestos, erguidos y bien hechos. Después, la procesión vociferante y andrajosa se puso en marcha para hacer, siguiendo la costumbre, el recorrido interior por las galerías del palacio antes del paseo por calles y callejas.

6

Esmeralda [22]

Nos complace tener que informar a nuestros lectores de que durante toda esta escena Gringoire y su obra habían resistido. Los actores, espoleados por él, no habían dejado de recitar su texto y él no había dejado de escucharlo. Se había resignado al griterío y estaba decidido a llegar hasta el final, confiando en recuperar la atención del público. Ese destello de esperanza se reavivó al ver a Quasimodo, Coppenole y el cortejo ensordecedor del papa de los locos salir con gran estruendo de la sala. La muchedumbre se precipitó en tropel tras ellos. «Bueno —se dijo—, por fin se van todos los alborotadores.» Desgraciadamente, los alborotadores eran el público. En un abrir y cerrar de ojos, la Gran Sala se quedó vacía.

A decir verdad, todavía quedaban algunos espectadores, unos dispersos, otros agrupados alrededor de los pilares, mujeres, viejos o niños cansados de la batahola y del tumulto. Algunos estudiantes habían permanecido a caballo en el entablamento de las ventanas y miraban hacia la plaza.

«En fin —pensó Gringoire—, todavía quedan suficientes para escuchar el final del misterio. Son pocos, pero es un público selecto, un público culto.»

Al cabo de un instante, una sinfonía que debía producir un gran efecto a la llegada de la santísima Virgen no sonó. Gringoire se percató de que la procesión del papa de los locos se había llevado su música.

—No importa, continuad —dijo estoicamente.

Se acercó a un grupo de burgueses que, según le pareció, hablaban de su obra. He aquí el fragmento de conversación que pilló al vuelo:

—¿Conocéis, maese Cheneteau, el palacete de Navarra, que era del señor de Nemours?

—Sí, justo enfrente de la capilla de Braque.

—Pues bien, el fisco acaba de alquilárselo a Guillaume Alixandre, historiador, por seis libras y ocho sueldos parisienses al año.

—¡Cómo suben los alquileres!

«¡Bueno! —se dijo Gringoire, suspirando—, los demás sí que escuchan.»

—¡Compañeros! —gritó de pronto uno de los bribones de las ventanas—. ¡Esmeralda! ¡Esmeralda está en la plaza!

Esta palabra produjo un efecto mágico. Todos los que quedaban en la sala se precipitaron hacia las ventanas y se encaramaron a donde pudieron para ver, repitiendo: «¡Esmeralda! ¡Esmeralda!».

Al mismo tiempo, fuera se oía un estruendo de aplausos.

—¿Qué quieren decir con eso de «Esmeralda»? —dijo Gringoire juntando las manos, desolado

—. ¡Dios mío! Parece que ahora les toca el turno a las ventanas.

Se volvió hacia la mesa de mármol y vio que la representación se había interrumpido. Era justo el momento en que Júpiter tenía que aparecer con el rayo; pero Júpiter permanecía inmóvil bajo el escenario.

—¡Michel Giborne! —gritó el poeta, irritado—. ¿Qué haces ahí? ¿No te toca ahora a ti? ¡Pues sube!

—Es que un estudiante acaba de llevarse la escalera —dijo Júpiter.

Gringoire miró. El hecho no podía ser más cierto. Toda comunicación entre el nudo y el desenlace estaba cortada.

—¡El muy sinvergüenza! —murmuró—. ¿Y para qué ha cogido la escalera?

—Para ir a ver a Esmeralda —respondió, compungido, Júpiter—. Ha dicho: «¡Anda! ¡Aquí hay una escalera que no sirve para nada!», y se la ha llevado.

Era el golpe de gracia. Gringoire lo recibió con resignación.

—¡Que el diablo se os lleve! —dijo a los comediantes—. Y si me pagan, os pagaré.

Entonces se retiró, con la cabeza gacha pero el último de todos, como un general que ha luchado valientemente.

Y mientras bajaba las tortuosas escaleras del palacio, mascullaba entre dientes:

—¡Menuda recua de asnos y cernícalos estos parisienses! ¡Vienen para ver un misterio y no le prestan ninguna atención! Han estado pendientes de todo el mundo, de Clopin Trouillefou, del cardenal, de Coppenole, de Quasimodo, ¡del mismísimo diablo!, pero de la Virgen María, ni por asomo. Si lo llego a saber, ¡Vírgenes Marías os habría dado yo, papanatas! ¡Por no hablar de mí! ¡Venir para ver caras y no ver más que espaldas! ¡Ser poeta y tener el éxito de un boticario! Cierto es que Homero mendigó por las aldeas griegas y que Nasón murió exiliado entre los moscovitas. ¡Pero que me aspen si entiendo lo que quieren decir con eso de «Esmeralda»! Para empezar, ¿qué significa esa palabra? ¡Suena a egipcio!

LIBRO SEGUNDO

I

De Caribdis a Escila

En enero anochece muy pronto. Las calles ya estaban oscuras cuando Gringoire salió del palacio. Aquella noche cerrada le gustó; no veía la hora de encontrar alguna calleja oscura y desierta para meditar con calma y para que el filósofo pusiera la primera cataplasma en la herida del poeta. La filosofía era, por lo demás, su único refugio, pues no sabía adónde ir. Después del estrepitoso fracaso de su tentativa teatral, no se atrevía a volver a la habitación que ocupaba en la calle Grenier-sur-l'Eau, frente al Port-au-Foin, ya que había contado con lo que el preboste le iba a dar por su epitalamio para pagarle a maese Guillaume Doulx-Sire, recaudador del derecho de entrada de los animales de pata hendida de París, los seis meses de alquiler que le debía, es decir, doce sueldos parisienses; doce veces el valor de cuanto poseía en el mundo, calzas, camisa y bicoquete incluidos. Tras haber pensado un momento, provisionalmente cobijado en el portillo de la prisión del tesorero de la Santa Capilla, en la yacija que elegiría para pasar la noche, teniendo como tenía a su disposición todos los adoquines de París, recordó que la semana anterior había visto en la calle Savaterie, en la puerta de un consejero del Parlamento,[23] un escalón para montar en las mulas, y que se había dicho que esa piedra sería, en caso necesario, una excelente almohada para un mendigo o para un poeta. Dio gracias a la providencia por haberle dado esa buena idea; pero, cuando se disponía a cruzar la plaza del Palacio para adentrarse en el tortuoso laberinto de la Cité, donde serpentean todas esas viejas hermanas que son las calles Barillerie, Vieille-Draperie, Savaterie, Juiverie, etcétera, todavía hoy en pie con sus casas de nueve pisos, vio la procesión del papa de los locos que salía también del palacio y se dirigía a través del patio, con gran algazara, gran claridad de antorchas y su música, hacia él. Esta visión reavivó las heridas de su amor propio y huyó. En la pesadumbre de su desventura dramática, todo lo que le recordaba la fiesta del día lo amargaba y hacía sangrar sus llagas.

Decidió ir por el puente de Saint-Michel, lleno de niños que corrían de aquí para allá tirando petardos y cohetes.

—¡Condenados fuegos artificiales! —dijo Gringoire, y se desvió hacia el Pont-au-Change.

Habían colgado, en las casas situadas en la entrada del puente, tres banderas que representaban al rey, al delfín y a Margarita de Flandes, y seis banderolas donde estaban «retratados» el duque de Austria, el cardenal de Borbón, el señor de Beaujeu, doña Juana de Francia, el bastardo del Borbón y no sé quién más, todo iluminado con antorchas. La multitud estaba admirada.

—¡Afortunado pintor Jehan Fourbault! —dijo Gringoire, dejando escapar un profundo suspiro antes de dar la espalda a las banderas y banderolas.

Una calle se abría ante él. Le pareció tan oscura y solitaria que supuso que allí podría escapar de todo el bullicio y todo el resplandor de la fiesta. Se internó, pues, en ella. Al cabo de unos

instantes, su pie tropezó con un obstáculo; se tambaleó y cayó al suelo. Era el árbol de mayo, que los clérigos de la curia habían depositado por la mañana ante la puerta de un presidente del Parlamento, en honor a la solemnidad del día. Gringoire soportó heroicamente este nuevo encuentro. Se levantó y fue hasta el borde del agua. Después de haber dejado tras de sí el torrejón civil y la torre criminal, y de haber seguido el gran muro de los jardines del rey, por esa orilla sin empedrar donde el barro le llegaba hasta los tobillos, llegó al extremo occidental de la Cité y se quedó un rato mirando el islote del Barquero de Vacas, desaparecido años después bajo el caballo de bronce del Pont-Neuf. En la oscuridad, el islote aparecía ante sus ojos como una masa negra al otro lado del estrecho curso de agua blancuzca que lo separaba de él. Se vislumbraba, al resplandor de una lucecita, la especie de cabaña en forma de colmena donde el barquero de vacas se cobijaba por la noche.

«¡Afortunado barquero de vacas! —pensó Gringoire—. ¡Tú no sueñas con la gloria ni escribes epitalamios! ¡Qué te importan a ti los reyes que se casan y las duquesas de Borgoña! ¡Tú no conoces otras margaritas que las que tu hierba de abril ofrece como pasto a tus vacas! Y yo, poeta, soy abucheado, y tirito, y debo doce sueldos, y las suelas de mis zapatos son tan transparentes que podrían servir de cristales para tu farol. ¡Gracias, barquero de vacas! ¡Tu cabaña es un descanso para mi vista y me hace olvidar París!»

Fue despertado de su éxtasis casi lírico por un potente doble petardo de San Juan, que explotó de repente en la bendita cabaña. Era el barquero de vacas, que hacía su aportación a los festejos del día lanzando un cohete.

Aquel petardo le puso a Gringoire la piel de gallina.

—¡Maldita fiesta! —exclamó—. ¿Por todas partes vas a perseguirme? ¡Oh, Dios mío, hasta en la casa del barquero de vacas! —Miró después el Sena, a sus pies, y una terrible tentación lo asaltó—. ¡Oh, cuán gustoso me ahogaría si el agua no estuviera tan fría! —dijo.

Tomó entonces una decisión desesperada. Puesto que no podía librarse del papa de los locos, de las banderolas de Jehan Fourbault, de los árboles de mayo, de los cohetes y los petardos, lo que tenía que hacer era sumergirse audazmente en el corazón de la fiesta y, para ello, ir a la plaza de Grève.

«Al menos allí —pensó— posiblemente conseguiré un tizón de la hoguera para calentarme y podré cenar unas migas de los tres grandes blasones de azúcar real que deben de haber puesto sobre el bufé público de la ciudad.»

2

La plaza de Grève

Solo queda hoy un muy imperceptible vestigio de la plaza de Grève tal como existía entonces: la encantadora torrecilla que ocupa el ángulo norte de la plaza y que, oculta ya bajo el vulgar enlucido que borra las vivas aristas de sus esculturas, quizá muy pronto haya desaparecido, invadida por ese aumento de casas nuevas que devora con tanta rapidez todas las viejas fachadas de París.

Las personas que, como nosotros, no pasan nunca por la plaza de Grève sin dirigir una mirada de compasión y simpatía a esa pobre torrecilla, asfixiada entre dos caserones de tiempos de Luis XV, pueden reconstruir fácilmente en su pensamiento el conjunto de edificios al que pertenecía y hallar completa ahí la antigua plaza gótica del siglo XV.

Era, como hoy, un trapecio irregular bordeado en uno de sus lados por el muelle y en los otros tres por una serie de casas altas, estrechas y sombrías. De día se podía admirar la variedad de sus edificios, todos esculpidos en piedra o tallados en madera, y que presentaban ya completas muestras de las diferentes arquitecturas domésticas de la Edad Media, que se remontaban desde el siglo XV hasta el XI, desde el crucero que comenzaba a destronar la ojiva hasta el arco de medio punto románico, que había sido reemplazado por el ojival y que todavía ocupaba, bajo este último, el primer piso de aquella antigua casa de la Tour-Roland, en la esquina que forma la plaza que da al Sena con la calle Tannerie. De noche solo se distinguía, de esa masa de edificios, la silueta negra de los tejados desplegando alrededor de la plaza su cadena de ángulos agudos. Pues una de las diferencias radicales entre las ciudades de entonces y las ciudades de ahora es que en la actualidad son las fachadas las que dan a las plazas y las calles, mientras que antes eran las paredes de los hastiales. Desde hace dos siglos, las casas han dado un cuarto de vuelta.

En el centro del lado oriental de la plaza se alzaba una construcción maciza e híbrida, formada por tres viviendas yuxtapuestas. La llamaban con los tres nombres que explican su historia, su destino y su arquitectura: la Casa del Delfín porque Carlos V, siendo delfín, la había habitado; la Mercadería porque se utilizaba como ayuntamiento; y la Casa de los Pilares (*domus ad piloria*) por una serie de gruesos pilares que sostenían sus tres plantas. La ciudad encontraba en ella todo lo que una buena ciudad como París necesita: una capilla para rezar a Dios, una sala para celebrar audiencia y amonestar en caso necesario a los agentes del rey y, en la buhardilla, un arsenal lleno de artillería. Porque los burgueses de París saben que no en toda circunstancia es suficiente rezar y litigar por las franquicias de la Cité, y siempre tienen en reserva, en un desván del ayuntamiento, algún buen arcabuz herrumbroso.

La Grève tenía ya entonces ese aspecto siniestro que la idea execrable que suscita y el sombrío ayuntamiento de Dominique Bocador, que ha sustituido a la Casa de los Pilares, hacen que todavía

hoy conserve. Preciso es decir que un patíbulo y una picota permanentes, una justicia y una escala, como decían entonces, erigidas una junto a otra en medio de la plaza, contribuían no poco a hacer apartar los ojos de ese lugar fatal donde tantos seres rebosantes de salud y de vida han agonizado, donde cincuenta años más tarde nacería la «fiebre de Saint-Vallier», esa enfermedad consistente en el terror del cadalso, la más monstruosa de todas las enfermedades porque no viene de Dios sino de los hombres.

Es un consuelo, dicho sea de paso, pensar que la pena de muerte —que, con sus ruedas de hierro, sus patíbulos de piedra, todo su repertorio de suplicios permanente y clavado en el suelo, hace trescientos años todavía llenaba la Grève, el mercado de Les Halles, la plaza Dauphine, la cruz del Trahoir, el mercado de cerdos, el horroroso Montfaucon, la barrera de los Alguaciles, la plaza de los gatos, la puerta de Saint-Denis, Champeaux, la puerta Baudets y la puerta de Saint-Jacques, sin contar las numerosas escalas de los prebostes, del obispo, de los capítulos, de los abades y de los priores que administraban justicia, y sin contar tampoco los ahogamientos jurídicos en el Sena—, es un consuelo, lo repetimos, que hoy, tras haber perdido sucesivamente todas las piezas de su armadura, su lujo de suplicios, sus castigos imaginativos, su tortura, para la que cada cinco años añadía un potro de cuero nuevo en el Grand-Châtelet, esa antigua soberana de la sociedad feudal, prácticamente suprimida de nuestras leyes y de nuestras ciudades, perseguida de código en código, expulsada de plaza en plaza, solo cuente ya en nuestro inmenso París con un rincón deshonroso de la Grève, solo con una miserable guillotina, furtiva, inquieta, vergonzosa, que siempre, a juzgar por la rapidez con que desaparece después de haber asestado su golpe, parece temer ser pillada en flagrante delito.

3

Besos para golpes[20]

Cuando Pierre Gringoire llegó a la plaza de Grève, estaba aterido. Había ido por el Pont-aux-Meuniers para evitar el gentío del Pont-au-Change y las banderolas de Jehan Fourbault; pero, al pasar, las ruedas de todos los molinos del obispo le habían salpicado y llevaba la ropa empapada. Tenía la sensación, además, de que el fracaso de su obra le hacía aún más friolero. Se apresuró, pues, a acercarse a la hoguera que ardía magníficamente en medio de la plaza. Pero una multitud considerable se agolpaba alrededor.

—¡Malditos parisienses! —se dijo a sí mismo, pues Gringoire, como verdadero poeta dramático que era, tenía debilidad por los monólogos—. ¡Ahora me tapan el fuego! Pues yo necesito un rincón de chimenea. Mis zapatos parecen esponjas, ¡y con lo que esos malditos molinos han llorado encima de mí! ¡Demonio de obispo de París con sus molinos! ¡Me gustaría saber para qué quiere un obispo un molino! ¿Acaso quiere el obispo hacerse molinero? ¡Si no necesita más que mi bendición para ello, se la doy, a él, a su catedral y a sus molinos! ¡A ver si me dejan un poco de sitio estos mirones! ¿Qué estarán haciendo ahí? Calentarse, ¡menudo placer! Mirar cómo arde un puñado de chamarasca, ¡menudo espectáculo!

Observando más de cerca, se dio cuenta de que el círculo era mucho más grande de lo que hacía falta para calentarse en la hoguera del rey y de que aquella cantidad de espectadores no había sido atraída únicamente por la belleza del puñado de chamarasca que ardía.

En un vasto espacio dejado libre entre la multitud y el fuego, una joven bailaba.

Si aquella joven era un ser humano, un hada o un ángel, Gringoire, por muy filósofo escéptico, por muy poeta irónico que fuera, no pudo discernirlo en un primer momento, tan fascinado quedó por aquella deslumbradora visión.

No era alta, pero lo parecía por la audacia con que se estiraba su fino talle. Era morena, pero se intuía que de día su piel debía de tener ese bello reflejo dorado de las andaluzas y las romanas. Sus pequeños pies también eran andaluces, pues estaban a la vez comprimidos y a gusto en sus graciosos zapatos. Bailaba, daba vueltas, giraba como un torbellino sobre una vieja alfombra persa extendida descuidadamente bajo sus pies; y cada vez que, sin parar de dar vueltas, su radiante rostro pasaba por delante de alguien, sus grandes ojos negros le lanzaban un destello.

A su alrededor, todas las miradas estaban fijas, todas las bocas abiertas; y en efecto, mientras así bailaba al ritmo de la pandereta que sus dos brazos redondos y puros levantaban por encima de su cabeza, delgada, delicada y viva como una avispa, con su impecable corpiño dorado, su vestido multicolor de volantes, con sus hombros desnudos, sus piernas finas que en algunos momentos la falda dejaba al descubierto, sus cabellos negros, sus ojos ardientes, era una criatura sobrenatural.

«¡En verdad es una salamandra! —pensó Gringoire—. ¡Es una ninfa, una diosa, una bacante del monte Ménalo!»

En ese momento se soltó una de las trenzas de la «salamandra» y una moneda de latón sujeta a ella rodó por el suelo.

—¡Ah, no! —dijo Gringoire—. Es una gitana.

Toda ilusión había desaparecido.

La muchacha se puso a bailar de nuevo. Cogió del suelo dos sables, cuya punta apoyó en su frente, y los hizo girar en un sentido mientras ella giraba en el contrario. En efecto, era simplemente una gitana. Pero, pese a que Gringoire se sentía un tanto desencantado, el conjunto de aquel cuadro no se hallaba desprovisto de hechizo y de magia. La hoguera la iluminaba con una luz cruda y rojiza que temblaba, llena de vida, en el círculo formado por los rostros de la multitud, en la frente morena de la joven, y despedía un pálido reflejo mezclado con las vacilaciones de sus sombras hacia el fondo de la plaza, a un lado sobre la vieja fachada negra y rugosa de la Casa de los Pilares, al otro sobre los brazos de piedra de la horca.

Entre los mil rostros que este fulgor teñía de escarlata, había uno que parecía más absorto aún que todos los demás en la contemplación de la bailarina. Era una figura de hombre, austera, serena y sombría. Aquel hombre, cuyo traje quedaba oculto por la gente que lo rodeaba, no aparentaba más de treinta y cinco años. Sin embargo, estaba calvo; apenas tenía en las sienes unos mechones de escaso pelo ya gris; unas arrugas empezaban a surcar su frente despejada, pero en sus ojos hundidos resplandecía una juventud extraordinaria, una vida ardiente, una pasión profunda. Los mantenía clavados en la gitana y, mientras la alocada joven de dieciséis años bailaba y volteaba a gusto de todos, sus pensamientos parecían tornarse cada vez más sombríos. De vez en cuando una sonrisa y un suspiro coincidían en sus labios, pero la sonrisa era más dolorosa que el suspiro.

La muchacha se detuvo por fin, jadeante, y la gente la aplaudió con fervor.

—Djali —dijo la gitana.

Gringoire vio llegar entonces a una graciosa cabrita blanca, viva, despierta, lustrosa, con los cuernos dorados, las pezuñas doradas y un collar dorado, a la que aún no había visto y que había permanecido hasta ese momento echada en una esquina de la alfombra mirando bailar a su ama.

—Djali —dijo la bailarina—, ahora te toca a ti.

Y, sentándose, presentó graciosamente la pandereta ante la cabra.

—Djali —continuó—, ¿en qué mes del año estamos?

La cabra levantó una pata delantera y dio un golpe en la pandereta. Era, en efecto, el primer mes del año. La multitud aplaudió.

—Djali —prosiguió la joven moviendo la pandereta hacia el otro lado—, ¿a qué día del mes estamos?

Djali levantó su patita dorada y dio seis golpes en la pandereta.

—Djali —prosiguió la gitana cambiando de nuevo la posición de la pandereta—, ¿qué hora es?

Djali dio siete golpes. En el mismo momento, el reloj de la Casa de los Pilares dio las siete.

La gente estaba maravillada.

—Esto es cosa de brujería —dijo una voz siniestra entre la multitud. Era la del hombre calvo,

que no apartaba los ojos de la gitana.

La muchacha se estremeció y se volvió, pero una nueva salva de aplausos ahogó la sombría exclamación.

La borró incluso hasta tal punto de su mente que continuó haciéndole preguntas a la cabra.

—Djali, ¿qué hace maese Guichard Grand-Remy, el capitán de los pistoleros[25] de la ciudad, en la procesión de la Candelaria?

Djali se irguió apoyándose en las patas traseras y se puso a balar, a la vez que echaba a andar con tan graciosa seriedad que todo el corro de espectadores rompió a reír ante esta parodia de la devoción interesada del capitán de los pistoleros.

—Djali —prosiguió la joven, envalentonada por su creciente éxito—, ¿cómo predica maese Jacques Charmolue, procurador del rey en la jurisdicción eclesiástica?

La cabra se sentó sobre sus posaderas y se puso a balar moviendo las patas delanteras de un modo tan extraño que, salvo el mal francés y el mal latín de Jacques Charmolue, todo lo demás —gestos, acento y actitud— estaba ahí.

La gente aplaudía cada vez más.

—¡Sacrilegio! ¡Profanación! —exclamó la voz del hombre calvo.

La gitana se volvió otra vez.

—¡Ah, es ese hombre ruin! —dijo.

Acto seguido, adelantando el labio inferior por encima del superior, hizo un mohín que parecía serle familiar, giró sobre sus talones y se puso a recoger en la pandereta los donativos de la gente.

Llovían monedas de toda clase: blancas, tarjas, algún que otro liarte…[26] De pronto pasó por delante de Gringoire. Este se metió tan atolondradamente la mano en el bolsillo que ella se detuvo.

—¡Demonios! —dijo el poeta al encontrar en el fondo de su bolsillo la realidad, es decir, el vacío.

Pero allí estaba la bella joven, mirándolo con sus grandes ojos, tendiéndole la pandereta y esperando. Gringoire sudaba a mares.

Si hubiera tenido el Perú en el bolsillo, sin duda se lo habría dado a la bailarina; pero Gringoire no tenía el Perú, y además, América aún no había sido descubierta.

Por fortuna, un incidente inesperado acudió en su auxilio.

—¿Te irás de una vez, langosta egipcia? —gritó una voz agria que salía del rincón más oscuro de la plaza.

La joven se volvió, asustada. No se trataba esta vez de la voz del hombre calvo; era una voz de mujer, una voz falsa y malvada.

Aquel grito que tanto asustó a la gitana fue, en cambio, causa de alborozo para un grupo de niños que rondaba por allí.

—¡Es la reclusa de la Tour-Roland! —dijeron entre risas incontenibles—. ¡Es la Sachette[27]refunfuñando! ¿Será que no ha cenado? ¡Llevémosle alguna sobra del bufé público!

Todos se precipitaron hacia la Casa de los Pilares.

Gringoire, sin embargo, había aprovechado la confusión de la bailarina para desaparecer. Los gritos de los niños le recordaron que él tampoco había cenado. Corrió, pues, hacia el bufé. Pero los bribonzuelos tenían mejores piernas que él y, cuando llegó, habían dejado la mesa limpia. No quedaba ni una miserable galleta de cinco sueldos la libra. Solo seguían en la pared las esbeltas flores de lis, mezcladas con rosales, que en 1434 pintó Mathieu Biterne. Era una cena frugal.

Es una cosa molesta acostarse sin cenar; es una cosa menos divertida aún no cenar y no saber dónde acostarse. Gringoire se encontraba en esta última situación. Ni pan, ni yacija. Se veía acosado por doquier por la necesidad, y la encontraba muy desabrida. Había descubierto hacía tiempo esta verdad: que Júpiter creó a los hombres en un acceso de misantropía y que, durante toda la vida del sabio, su destino tiene en estado de sitio a su filosofía. En cuanto a él, nunca había visto el asedio tan completo; oía a su estómago anunciar que se rendía y le parecía totalmente fuera de lugar que el aciago destino ocupara su filosofía sirviéndose del hambre.

Se hallaba cada vez más absorto en estas melancólicas reflexiones cuando un canto, extraño aunque lleno de dulzura, vino a sacarlo bruscamente de ellas. Era la joven egipcia,[28] que se había puesto a cantar.

Podía decirse de su voz lo mismo que de su danza y de su belleza. Era indefinible y encantadora; algo puro, sonoro, etéreo, alado, por así decirlo. Eran continuas expansiones, melodías, cadencias inesperadas, frases sencillas sembradas de notas aceradas y silbantes, saltos de gamas que habrían desconcertado a un ruiseñor, pero en las que siempre se recuperaba la armonía, suaves ondulaciones de octavas que subían y bajaban como el pecho de la joven cantante. Su bello rostro seguía con una movilidad singular todos los caprichos de la canción, desde la inspiración más desenfrenada hasta la más casta dignidad. En algunos momentos parecía una loca y en otros una reina.

Las palabras que cantaba eran de una lengua desconocida para Gringoire y que parecía serle desconocida también a ella, a juzgar por la escasa relación entre la expresión que daba al canto y el sentido de las palabras. Así, estos cuatro versos eran, en su boca, de una loca alegría:

Un cofre de gran riqueza
hallaron dentro de un pilar,
dentro de él nuevas banderas
con figuras de espantar.

Y un instante después, Gringoire sentía que se le saltaban las lágrimas de los ojos por su forma de entonar esta estancia:

Alárabes de caballo
sin poderse menear,
con espadas, *y los cuellos*,
ballestas de buen echar.[29]

Sin embargo, su canto transmitía sobre todo alegría, y ella parecía cantar, como los pájaros, con serenidad y despreocupación.

La canción de la gitana había turbado los pensamientos de Gringoire, pero como un cisne turba el agua en calma. La escuchaba con una especie de arrebato y de olvido de todo. Era, desde hacía

varias horas, el primer momento que pasaba sin sufrir.

Ese momento fue corto.

La misma voz de mujer que había interrumpido el baile de la gitana interrumpió su canto.

—¿Te callarás de una vez, cigarra del demonio? —gritó desde el mismo rincón oscuro de la plaza.

La pobre «cigarra» se calló de golpe. Gringoire se tapó los oídos.

—¡Ah! —exclamó—. ¡Maldita sierra mellada que viene a romper la lira!

Los demás espectadores murmuraban como él. «¡Al infierno la Sachette!», decía más de uno. Y la invisible vieja aguafiestas habría tenido motivos para arrepentirse de sus ataques contra la gitana, si en ese momento no los hubiera distraído la procesión del papa de los locos, que, tras haber recorrido no pocas calles y callejas, desembocó en la plaza de Grève con sus antorchas y su bullicio.

Esta procesión, que nuestros lectores vieron partir del palacio, se había organizado por el camino y había reclutado a todos los pícaros, ladrones ociosos y vagabundos disponibles que había en París, de manera que cuando llegó a la Grève presentaba un aspecto respetable.

Al frente desfilaba Egipto. El duque de Egipto en cabeza, a caballo, con sus condes a pie, sujetándole la brida y los estribos; detrás de ellos, los egipcios y las egipcias mezclados, con sus hijos sobre los hombros gritando; todos, duque, condes y plebe, con harapos y oropeles. Seguía el reino de Argot, es decir, todos los ladrones de Francia, ordenados según su dignidad, de menor a mayor. Desfilaban de cuatro en cuatro, con las diversas insignias de sus grados en esa extraña facultad, la mayoría lisiados, unos cojos y otros mancos: los temporeros, los concheros, los hubertinos, los convulsos, los pelones, los desahuciados, los parranderos, los birriosos, los tahúres, los alfeñiques, los achicharrados, los mercadantes, los truchimanes, los huérfanos, los archisecuaces, los mangantes…,[30] la enumeración, en fin, cansaría al propio Homero. En el centro del cónclave de los mangantes y de los archisecuaces costaba distinguir al rey de Argot, el gran coesre, sentado sobre los talones en un carretón tirado por dos grandes perros. Detrás del reino de Argot venía el imperio de Galilea. Guillaume Rousseau, emperador del imperio de Galilea, desfilaba majestuosamente con su túnica púrpura manchada de vino, precedido de saltimbanquis peleándose unos con otros y bailando danzas pírricas, rodeado de sus maceros, de sus secuaces y de los escribientes del Tribunal de Cuentas. Cerraba la marcha la curia, con sus mayos coronados de flores, sus ropajes negros, su música digna de un aquelarre y sus velones de cera amarilla. En el centro de esta multitud, los oficiales mayores de la cofradía de los locos llevaban sobre los hombros unas andas más sobrecargadas de cirios que el relicario de Santa Genoveva en época de peste. Y sobre esas andas resplandecía, luciendo báculo, capa y mitra, el nuevo papa de los locos, el campanero de Notre-Dame, Quasimodo el Jorobado.

Cada una de las secciones de esta procesión grotesca tenía su música particular. Los egipcios hacían sonar sus balafones y sus tambores africanos. Los argoteros, raza muy poco musical, todavía estaban con la viola, el cuerno y la gótica rubeba del siglo XII. El imperio de Galilea no estaba mucho más avanzado; apenas se distinguía en su música algún miserable rabel de la infancia del arte, todavía aprisionado en el *re-la-mi*. Mas era en torno al papa de los locos donde

se desplegaban, en una cacofonía magnífica, todas las riquezas musicales de la época. No sonaban más que notas agudas, sobreagudas e hiperagudas de rabel, sin contar las flautas y los metales. Recuerden nuestros lectores que era, ay, la orquesta de Gringoire.

Resulta difícil dar una idea del grado de regocijo orgulloso y beatífico que el triste y repulsivo rostro de Quasimodo había alcanzado en el trayecto del palacio a la Grève. Era la primera vez que sentía satisfecho su amor propio. No había conocido hasta entonces sino la humillación, el desprecio por su condición, la repugnancia hacia su persona. Así pues, pese a ser sordo, saboreaba como un auténtico papa las aclamaciones de esa multitud a la que odiaba porque se sentía odiado por ella. ¡Qué importaba que su pueblo fuera una caterva de locos, de tullidos, de ladrones, de mendigos! Aun así, era un pueblo, y él un soberano. Y se tomaba en serio todos aquellos aplausos irónicos y reverencias ridículas en los que, debemos decirlo, se mezclaba en la gente un poco de miedo muy real. Porque el jorobado era fornido, porque el patizambo era ágil, porque el sordo era malo, tres cualidades que atemperan lo ridículo.

Por lo demás, que el nuevo papa de los locos fuera consciente de sus propios sentimientos y de los que inspiraba a los demás, distamos mucho de creerlo. El espíritu que se hallaba alojado en aquel cuerpo fallido forzosamente debía ser también algo incompleto y sordo. Por ello, lo que sentía en ese momento era para él absolutamente vago, impreciso y confuso. Solo la alegría se abría paso, y el orgullo dominaba. Aquel sombrío y desdichado semblante irradiaba luz.

No sin sorpresa y sin miedo vieron, pues, en el momento en que Quasimodo, en esa semiebriedad, pasaba triunfalmente ante la Casa de los Pilares, a un hombre surgir de pronto de entre la multitud y arrebatarle de las manos, con un gesto de cólera, el báculo de madera dorada, insignia de su demencial papado.

Ese hombre, ese temerario, era el personaje calvo que, poco antes, mezclado entre el público de la gitana, había dejado a la pobre muchacha helada con sus palabras de amenaza y odio. Vestía ropas eclesiásticas. En el momento en que salió de entre la multitud, Gringoire, que no le había prestado atención hasta entonces, lo reconoció.

—¡Anda! —exclamó, extrañado—. ¡Es mi maestro en Hermes, don Claude Frollo, el arcediano! ¿Qué diablos pretende? ¡Ese horrible tuerto va a devorarlo!

Un grito de terror se elevó, en efecto. El formidable Quasimodo había bajado precipitadamente de las andas, y las mujeres apartaban los ojos para no verlo destrozar al arcediano.

El jorobado dio un salto hasta el sacerdote, lo miró y cayó de rodillas.

El sacerdote le arrancó la tiara, le rompió el báculo, le rasgó la brillante capa.

Quasimodo permaneció arrodillado, bajó la cabeza y juntó las manos.

A continuación entablaron un extraño diálogo de signos y gestos, pues ni el uno ni el otro hablaban. El sacerdote, de pie, irritado, amenazante, imperioso; Quasimodo, prosternado, humilde, suplicante. Y sin embargo es indudable que Quasimodo habría podido aplastar al sacerdote con el pulgar.

Finalmente el arcediano, zarandeando con rudeza a Quasimodo por los hombros, le indicó que se levantara y lo acompañara.

Quasimodo se levantó.

Entonces la cofradía de los locos, pasados los primeros momentos de estupor, quiso defender a su papa tan bruscamente destronado. Los egipcios, los argoteros y toda la curia se pusieron a chillar alrededor del sacerdote.

Quasimodo se colocó delante de este, mostró los músculos de sus puños atléticos y miró a los asaltantes con el rechinar de dientes de un tigre enfurecido.

El sacerdote recuperó su expresión de sombría gravedad, le hizo una seña a Quasimodo y se retiró en silencio.

Quasimodo caminaba delante de él, apartando a la gente a su paso.

Cuando hubieron atravesado la plaza entre la multitud, la nube de curiosos y ociosos intentó seguirlos. Quasimodo cubrió entonces la retaguardia y siguió al arcediano andando de espaldas, fornido, huraño, rudo, monstruoso, cubriéndose con los brazos, lamiendo sus colmillos de jabalí, gruñendo como un animal salvaje y provocando inmensas oscilaciones en la multitud con un gesto o una mirada.

Los dejaron adentrarse a los dos en una calle estrecha y tenebrosa, por la que nadie se atrevió a aventurarse tras ellos, hasta tal punto cerraba el paso la simple visión de Quasimodo haciendo rechinar los dientes cual quimera.

—He aquí un suceso maravilloso —dijo Gringoire—, pero ¿dónde demonios encontraré yo algo para cenar?

4

Los inconvenientes de seguir a una mujer guapa de noche por las calles

Gringoire, por si acaso, se había puesto a seguir a la gitana. La había visto tomar, con su cabra, la calle Coutellerie y la había tomado él también.

—¿Por qué no? —se había dicho.

Gringoire, filósofo práctico de las calles de París, había observado que nada es tan propicio a la meditación como seguir a una mujer guapa sin saber adónde va. Hay en esta abdicación voluntaria del libre albedrío, en esta fantasía que se somete a otra fantasía, la cual ni siquiera lo sospecha, una mezcla de independencia caprichosa y de obediencia ciega, algo a medio camino entre la esclavitud y la libertad que agradaba a Gringoire, espíritu esencialmente mixto, indeciso y complejo, situado en la punta de todos los extremos, incesantemente suspendido entre todas las propensiones humanas y neutralizándolas una con otra. Él mismo se comparaba gustoso con la tumba de Mahoma, atraída en sentidos opuestos por dos imanes, vacilando eternamente entre lo de arriba y lo de abajo, entre la bóveda y el suelo, entre la caída y la ascensión, entre el cenit y el nadir.

Si Gringoire viviera en nuestros días, ¡en qué hermoso término medio se mantendría entre lo clásico y lo romántico!

Pero no era suficientemente primitivo para vivir trescientos años, y es una lástima. Su ausencia constituye un vacío que hoy se deja sentir hondamente.

Por otra parte, para seguir por las calles a los transeúntes (y sobre todo a las transeúntes), cosa que Gringoire hacía de buen grado, no hay mejor disposición que no saber dónde va uno a dormir.

Caminaba, pues, pensativo tras la muchacha, que apretaba el paso y hacía trotar a su graciosa cabra al ver que los burgueses volvían a sus casas y que las tabernas, únicos establecimientos que habían abierto aquel día, estaban cerrando.

«Después de todo —pensaba—, en algún sitio tiene que vivir, y las gitanas tienen buen corazón. ¡Quién sabe si…!»

Y había en los puntos suspensivos con los que en su mente llenaba esta omisión no sé qué ideas bastante atrayentes.

De cuando en cuando, sin embargo, al pasar junto a los últimos grupos de burgueses que cerraban sus puertas, cazaba al vuelo retazos de conversación que rompían el encadenamiento de sus optimistas hipótesis.

Unas veces se trataba de dos viejos que se acercaban.

—Maese Thibaut Fernicle, ¿sabéis que hace frío?

(Gringoire lo sabía bien desde el comienzo del invierno.)

—¡Sí, bien que lo sé, maese Boniface Disome! ¿Tendremos un invierno como el de hace tres

años, en el ochenta, cuando el haz de leña costaba ocho sueldos?

—¡Bah! ¡Eso no fue nada comparado con el invierno de 1407, maese Thibaut, en el que hubo heladas desde San Martín hasta la Candelaria! Y tan intensas que la pluma del escribano del Parlamento se helaba en la cámara cada tres palabras que escribía, lo que provocó la interrupción del registro de la justicia.

Unos pasos más allá eran unas vecinas asomadas a la ventana, con candelas que la niebla hacía chisporrotear.

—¿Os ha contado vuestro marido la desgracia, señora Boudraque?

—No. ¿Qué ha pasado, señora Turquant?

—El caballo del señor Gilles Godin, el notario del Châtelet, se ha asustado al ver a los flamencos y su procesión, y ha arrollado a maese Philippot Avrillot, oblato de los celestinos.

—¿De verdad?

—Como lo oye.

—¡Un caballo burgués! ¡Es el colmo! ¡Si hubiera sido un caballo de la caballería, entonces no habría nada que objetar!

Y las ventanas se cerraban. Pero aquello ya había hecho perder a Gringoire el hilo de sus pensamientos.

Afortunadamente volvía a encontrarlo enseguida y lo reanudaba sin dificultad, gracias a la gitana y gracias a Djali, que seguían caminando delante de él; dos finas, delicadas y encantadoras criaturas, cuyos piececillos, bonitas formas y graciosas maneras admiraba y casi confundía en su contemplación. Por su inteligencia y su amistad las tomaba a las dos por muchachas; por su ligereza, su agilidad y la destreza en sus andares, le parecían cabritillas las dos.

No obstante, las calles estaban cada vez más oscuras y vacías. El toque de queda había sonado hacía rato y empezaba a no verse más que muy de vez en cuando a un transeúnte en la calle o una luz en las ventanas. Gringoire se había internado, siguiendo a la egipcia, en ese dédalo inextricable de callejas, encrucijadas y callejones sin salida que rodea el antiguo sepulcro de los Santos Inocentes y que se asemeja a una madeja de hilo enmarañada por un gato.

—¡Estas calles tienen muy poca lógica! —decía Gringoire, perdido en esos mil circuitos que siempre llevaban al punto de partida, pero donde la joven seguía sin dudar y a un paso cada vez más rápido un camino que parecía conocer muy bien.

En cuanto a él, no habría sabido ni por asomo dónde se encontraba, si no hubiera visto al girar una esquina la masa octogonal de la picota del mercado de Les Halles, cuya cima calada recortaba vivamente su oscura silueta sobre una ventana todavía iluminada de la calle Verdelet.

Hacía un rato que la joven había advertido su presencia. Había vuelto varias veces la cabeza hacia él con inquietud, incluso se había parado una vez en seco y había aprovechado un rayo de luz que escapaba por la puerta entreabierta de una panadería para mirarlo fijamente de arriba abajo. Después de esta mirada, Gringoire la había visto hacer aquel mohín que ya le había llamado la atención, tras lo cual la joven había dado media vuelta para proseguir su camino.

Ese mohín dio que pensar a Gringoire. Había ciertamente desdén y burla en aquel gracioso gesto. Empezaba por ello a agachar la cabeza, a contar los adoquines y a seguir a la joven a una

distancia un poco mayor, cuando, tras doblar esta una esquina que acababa de hacérsela perder de vista, la oyó proferir un grito penetrante.

Apretó el paso.

La calle estaba totalmente en tinieblas. Sin embargo, un puñado de estopa empapada en aceite que ardía en una caja de hierro a los pies de la Virgen de la esquina, permitió a Gringoire distinguir a la gitana debatiéndose entre los brazos de dos hombres que se esforzaban en ahogar sus gritos. La pobre cabrita, asustadísima, bajaba los cuernos y balaba.

—¡Socorro! ¡Aquí, la guardia! —gritó Gringoire, y se acercó con valentía.

Uno de los hombres que sujetaban a la joven se volvió hacia él. Era la impresionante cara de Quasimodo.

Gringoire no emprendió la huida, pero tampoco dio un paso más.

Quasimodo fue hasta él, lo estampó de un revés contra el suelo a cuatro pasos de distancia y se adentró rápidamente en la oscuridad llevándose a la joven doblada por la cintura sobre un brazo, como si de una bufanda de seda se tratara. Su compañero lo seguía, y la pobre cabra corría tras ellos emitiendo su quejumbroso balido.

—¡Socorro! ¡Auxilio! —gritaba la desdichada gitana.

—¡Alto ahí, miserables, y soltad a esa ribalda! —dijo de pronto con voz atronadora un jinete que surgió de sopetón de la bocacalle más cercana.

Era un capitán de los arqueros de la ordenanza del rey, armado de pies a cabeza y espadón en mano.

El jinete arrancó a la gitana de los brazos de Quasimodo, que se quedó atónito, la colocó atravesada sobre su silla y, en el momento en que el temible jorobado, repuesto de su estupor, se abalanzaba sobre él para recuperar a su presa, quince o dieciséis arqueros que seguían de cerca al capitán aparecieron empuñando sus mandobles. Se trataba de un escuadrón de la ordenanza real que hacía la contrarronda por orden de micer Robert d’Estouteville, titular del prebostazgo de París.

Rodearon, prendieron y ataron a Quasimodo. Este rugía, echaba espumarajos por la boca, mordía y, si hubiera sido de día, no cabe ninguna duda de que simplemente su cara, más repulsiva aún a causa de la cólera que lo dominaba, habría hecho huir a todo el escuadrón. Pero de noche se hallaba desarmado de su arma más temible, su fealdad.

Su compañero había desaparecido durante la refriega.

La gitana se irguió graciosamente en la silla del oficial, apoyó las dos manos en los hombros del joven y lo miró fijamente unos segundos, como embelesada por su atractivo rostro y por la ayuda que acababa de prestarle. Después se decidió a romper el silencio para preguntarle, dulcificando todavía más su dulce voz:

—¿Cómo os llamáis, señor gendarme?

—Soy el capitán Phoebus de Châteaupers, para serviros, preciosa —respondió el oficial, irguiéndose.

—Gracias —dijo ella.

Y mientras el capitán Phoebus se atusaba el bigote, recortado al estilo borgoñón, bajó

deslizándose hasta los pies del caballo, como una flecha que cae al suelo, y escapó.

Un relámpago no se habría desvanecido tan deprisa.

—¡Por el ombligo del papa! —dijo el capitán mientras mandaba que le apretaran las correas a Quasimodo—. Habría preferido quedarme con la ribalda.

—¡Qué queréis, capitán! —dijo un gendarme—. La alondra ha volado y el murciélago se ha quedado.

5

Los contratiempos continúan

Gringoire, aturdido por la caída, se había quedado en el suelo frente a la Virgen de la esquina. Poco a poco, fue recuperándose; primero estuvo unos minutos flotando en una especie de ensoñación semiinconsciente,en cierto modo placentera, en la que las etéreas caras de la gitana y de la cabra se asociaban a la pesadez del puño de Quasimodo. Este estado duró poco. Una impresión de frío bastante viva en la parte de su cuerpo que se encontraba en contacto con el suelo lo despertó súbitamente e hizo que su conciencia emergiera a la superficie.

—¿De dónde viene este frescor? —se preguntó de repente.

Entonces se percató de que se hallaba prácticamente en medio del arroyo.

—¡Demonio de cíclope jorobado! —mascullό entre dientes, intentando levantarse.

Pero estaba demasiado aturdido y demasiado magullado; no tuvo más remedio que quedarse donde estaba. Con todo, tenía las manos libres; así que se tapó la nariz y se resignó.

«El fango de París es particularmente apestoso —pensó, pues estaba convencido de que decididamente el arroyo iba a ser su lecho, “y ¿qué hacer en un lecho sino cavilar?”—. Debe de contener mucha sal volátil y nitrosa. Eso es, al menos, lo que creen Nicolas Flamel y los herméticos…»

La palabra «herméticos» llevó en el acto a su mente la idea del arcediano Claude Frollo. Recordó la escena violenta que acababa de entrever, que la gitana forcejeaba entre dos hombres, que Quasimodo tenía un compañero, y el semblante lúgubre y altivo del arcediano pasó confusamente por su recuerdo.

«¡Qué raro!», pensó. Y se puso a construir, con ese dato y sobre esa base, el caprichoso edificio de las hipótesis, ese castillo de naipes de los filósofos. De pronto, volviendo una vez más a la realidad, exclamó:

—¡Caray! ¡Estoy helándome de frío!

Aquel sitio, en efecto, resultaba cada vez más insoportable. Cada molécula del agua del arroyo se llevaba una molécula del calórico que irradiaban los riñones de Gringoire, y el equilibrio entre la temperatura de su cuerpo y la temperatura del arroyo empezaba a establecerse de una forma penosa.

Un contratiempo de una naturaleza completamente distinta se presentó de repente.

Un grupo de niños, de esos pequeños salvajes descalzos que en todas las épocas han correteado por las calles de París con el eterno nombre de «pilluelos» y que, cuando nosotros éramos niños también, nos tiraban piedras al salir del colegio porque no llevábamos los pantalones rotos, un enjambre de esos jóvenes bribones se dirigía hacia el cruce de calles donde yacía Gringoire, profiriendo carcajadas y gritos que revelaban lo poco que les preocupaba el sueño de los vecinos.

Arrastraban tras de sí una especie de saco informe, y solo el ruido de sus zuecos habría despertado a un muerto. Gringoire, que aún no lo estaba del todo, se incorporó a medias.

—¡Eh, Hennequin Dandèche! ¡Eh, Jehan Pincebourde! —gritaban a voz en cuello—. El viejo Eustache Moubon, el herrero de la esquina, acaba de morir. Tenemos su jergón y vamos a hacer una hoguera con él. ¡Hoy es el día de los flamencos!

Y, sin pensárselo dos veces, arrojaron el jergón justo encima de Gringoire, hasta el cual habían llegado sin verlo. Al mismo tiempo, uno de ellos cogió un puñado de paja y se acercó a la lamparilla de la Virgen para encenderlo.

—¡Cristo crucificado! —masculló Gringoire—. ¿Es que ahora voy a tener demasiado calor?

El momento era crítico. Iba a encontrarse atrapado entre el fuego y el agua; hizo un esfuerzo sobrenatural, un esfuerzo de falsificador de moneda al que van a achicharrar y que trata de escapar. Se levantó, apartó el jergón arrojándolo contra los pilluelos y puso pies en polvorosa.

—¡Virgen santa! —gritaron los chiquillos—. ¡El herrero vuelve!

Y echaron a correr en otra dirección.

El jergón se quedó solo en el campo de batalla. Belleforêt, el padre Le Juge y Corrozet aseguran que al día siguiente fue recogido con gran pompa por la clerecía del barrio y llevado al tesoro de la iglesia de Sainte-Opportune, donde el sacristán obtuvo hasta 1789 unas buenas ganancias con el gran milagro de la imagen de la Virgen de la esquina de la calle Mauconseil, que en la memorable noche del 6 al 7 de enero de 1482 había exorcizado con su sola presencia al difunto Eustache Moubon, el cual, para burlarse del diablo, en el momento de morir había escondido maliciosamente su alma en el jergón.

6

El cántaro roto

Después de haber corrido como alma que lleva al diablo durante un rato, sin saber hacia dónde iba, golpeándose la cabeza en más de una esquina, saltando más de un arroyo, cruzando más de una calleja, más de un callejón y más de una encrucijada, buscando salida y paso a través de todos los meandros del viejo mercado de Les Halles, explorando, en su miedo pánico, lo que el bello latín de los documentos llama *tota via, cheminum et viaria*,[31] nuestro poeta se detuvo de pronto, en un primer momento porque estaba sin aliento y luego porque en cierto modo quedó paralizado por un dilema que acababa de acudir a su mente:

—Me parece, maese Pierre Gringoire —se dijo a sí mismo tocándose la frente con un dedo—, que estáis corriendo como un botarate. Los bribonzuelos no se han asustado menos al veros a vos que vos al verlos a ellos. Me parece, os digo, que habéis oído el ruido de sus zuecos alejándose hacia el mediodía, mientras que vos lo hacíais hacia el septentrión. Así que, una de dos: o han huido, y entonces el jergón que el terror debe de haberles hecho olvidar es precisamente esa cama hospitalaria tras la que andáis desde esta mañana, y que la Virgen os envía como por ensalmo para recompensaros por haber escrito en su honor una moralidad con triunfos y mascaradas; o bien no han huido, y en ese caso han prendido fuego al jergón, y ese es justo el excelente fuego que necesitáis para solazaros, secaros y calentaros. En los dos casos, buen fuego o buena cama, el jergón es un regalo del cielo. Quizá la bendita Virgen María que está en la esquina de la calle Mauconseil ha hecho que Eustache Maubon muera solo para eso, y es un despropósito por vuestra parte huir a espetaperro, como un picardo ante un francés, dejando atrás lo que andáis buscando delante, ¡y sois un majadero!

Así que volvió sobre sus pasos y, orientándose y escudriñando, olfateando como un perro y aguzando el oído, intentó encontrar el bendito jergón. Pero fue en vano. Todo eran intersecciones de casas, callejones sin salida y encrucijadas, en medio de las cuales titubeaba y dudaba continuamente, más atrapado y encerrado en aquella maraña de callejas oscuras de lo que lo habría estado en el propio laberinto del hotel de las Tournelles. Al final perdió la paciencia y exclamó solemnemente:

—¡Malditas sean las bifurcaciones! ¡El diablo las ha hecho a imagen y semejanza de su propia horca!

Esta exclamación lo alivió un poco, y una suerte de reflejo rojizo que vio en ese momento al final de una larga y estrecha calleja acabó de levantarle la moral.

—¡Alabado sea Dios! —dijo—. ¡Es allí! Mi jergón está ardiendo. —Y comparándose al nauclero que zozobra en plena noche, añadió piadosamente—: *Salve, salve, maris stella*![32]

Si dirigía este fragmento de letanía a la Virgen o al jergón es algo que ignoramos por

completo.

Apenas había dado unos pasos por la larga calleja, en pendiente, sin empedrar y cada vez más enfangada e inclinada, cuando observó algo bastante singular. No estaba desierta. Acá y allá, a lo largo de toda ella, reptaban unas masas vagas e imprecisas en dirección al resplandor que oscilaba al fondo de la calle, como esos torpes insectos que se arrastran por la noche de brizna en brizna de hierba hacia la fogata de un pastor.

Nada hace a un hombre tan aventurero como no notar el bulto de la bolsa. Gringoire continuó avanzando y muy pronto hubo alcanzado a la larva que se arrastraba más perezosamente detrás de las demás. Al aproximarse a ella vio que no era sino un miserable lisiado sin piernas que se desplazaba a saltos apoyado en las manos, como un segador herido al que solo le quedan dos patas. En el momento en que pasó junto a aquella especie de araña con rostro humano, esta alzó hacia él una voz penosa:

—*La buona mancia, signor! La buona mancia*!

—¡Que el diablo se te lleve, y a mí contigo, si entiendo lo que dices! —exclamó Gringoire.

Y siguió adelante.

Alcanzó a otra de aquellas masas ambulantes y la examinó. Era un tullido, cojo y manco a la vez, y tan manco y tan cojo que el complicado sistema de muletas y de patas de palo que lo sostenía le daba el aspecto de un andamio en marcha. Gringoire, que acostumbraba a hacer comparaciones nobles y clásicas, lo comparó mentalmente con las trébedes vivas de Vulcano.

Aquellas trébedes vivas lo saludaron al pasar, pero poniendo el sombrero a la altura del mentón de Gringoire, como si fuera una bacía, y gritándole al oído:

—¡Señor caballero, para comprar un pedaso de pan![33]

—Parece que este también habla —dijo Gringoire—. Pero es una lengua endiablada, y más dichoso es él que yo si la entiende.

Entonces, golpeándose la frente por efecto de una repentina asociación de ideas, dijo:

—Por cierto, ¿qué demonios querían decir esta mañana con eso de «Esmeralda»?

Intentó apretar el paso, pero por tercera vez algo se interpuso en su camino. Ese algo, o más bien ese alguien, era un ciego, un ciego menudo, barbudo y con cara de judío que, moviendo un bastón por el espacio circundante y remolcado por un perrazo, le espetó con acento húngaro:

—*Facitote caritatem*!

—¡Albricias! —exclamó Pierre Gringoire—. Por fin uno que habla una lengua cristiana. Debo de tener cara de ser muy caritativo para que me pidan limosna en el estado de delgadez en que se encuentra mi bolsa. Amigo —añadió, volviéndose hacia el ciego—, la semana pasada vendí mi última camisa, es decir, puesto que solo comprendéis la lengua de Cicerón: *Vendidi hebdomade nuper transita meam ultimam chemisam.*

Dicho esto, volvió la espalda al ciego y prosiguió su camino. Mas el ciego empezó a acelerar el paso al mismo ritmo que él, y hete aquí que el tullido y el lisiado sin piernas lo alcanzaron también con mucha ligereza y gran estrépito de escudillas y de muletas contra el empedrado. Y los tres, empujándose unos a otros detrás del pobre Gringoire, se pusieron a entonar su letanía:

—*Caritatem*! —cantaba el ciego.

—*La buona mancia*! —cantaba el lisiado.

Y el cojo redondeaba la frase musical repitiendo:

—¡Un pedaso de pan!

Gringoire se tapó los oídos.

—¡Esto parece la torre de Babel! —exclamó.

Echó a correr. El ciego corrió. El cojo corrió. El lisiado sin piernas corrió.

Y a medida que se adentraba en la calle, lisiados, ciegos y cojos pululaban a su alrededor, y mancos, y tuertos, y leprosos con sus llagas, unos saliendo de las casas, otros de las callejas aledañas, otros más de los tragaluces de los sótanos, aullando, mugiendo, chillando, todos a trompicones, dando tumbos, precipitándose hacia la luz, rebozados de fango como babosas después de llover.

Gringoire, todavía seguido por sus tres perseguidores y sin saber en qué iba a parar aquello, caminaba asustado en medio de los otros, derribando a los cojos, saltando por encima de los sin piernas, tropezando a diestro y siniestro en ese hormiguero de lisiados, como aquel capitán inglés que encalló en un banco de cangrejos.

Le pasó por la mente la idea de volver sobre sus pasos. Pero era demasiado tarde. Toda aquella legión se había cerrado a su espalda y los tres mendigos lo sujetaban. Así pues, siguió adelante, empujado a la vez por aquel flujo irresistible, por el miedo y por un vértigo que le hacía percibir todo aquello como una horrible pesadilla.

Finalmente llegó al otro extremo de la calle, que desembocaba en una plaza inmensa donde mil luces dispersas oscilaban en la bruma confusa de la noche. Gringoire entró precipitadamente en ella esperando zafarse, gracias a la rapidez de sus piernas, de los tres espectros impedidos que se habían agarrado a él.

—¿Ónde vas, hombre?[34] —gritó el tullido soltando las muletas y corriendo tras él con las dos mejores piernas que jamás hubieran trazado un paso geométrico sobre el suelo de París.

Entre tanto, el lisiado sin piernas, ahora de pie, le ponía a Gringoire por sombrero su pesada plataforma de hierro con ruedas, y el ciego, por su parte, lo miraba a la cara con ojos ardientes.

—¿Dónde estoy? —preguntó el poeta, aterrorizado.

—En la Corte de los Milagros —contestó un cuarto espectro que se había unido a ellos.

—¡Por mi honor! —repuso Gringoire—. Veo que los ciegos miran y los cojos corren, pero ¿dónde está el Salvador?

Le respondieron con unas carcajadas siniestras.

El pobre poeta miró a su alrededor. Estaba, efectivamente, en esa temible Corte de los Milagros donde jamás había penetrado un hombre honrado a semejante hora; círculo mágico en el que los oficiales del Châtelet y los alguaciles del prebostazgo que se aventuraban por allí desaparecían hechos trizas; ciudad de los ladrones, horrenda verruga en el rostro de París; cloaca de donde salía todas las mañanas y adonde volvía todas las noches a pudrirse ese arroyo de vicios, de mendicidad y de vagabundeo siempre desbordado por las calles de las capitales; colmena monstruosa a la que regresaban por la noche con su botín todos los zánganos del orden social; hospital mentiroso donde el bohemio, el fraile exclaustrado, el estudiante crapuloso, los golfos de

todas las naciones, españoles, italianos, alemanes, de todas las religiones, judíos, cristianos, mahometanos, idólatras, cubiertos de llagas simuladas, mendigos durante el día, se transfiguraban por la noche en bandidos; inmenso vestuario, en una palabra, donde se vestían y se desvestían en aquella época todos los actores de esa comedia eterna que el robo, la prostitución y el asesinato representan en las calles de París.

Era una extensa plaza, irregular y mal adoquinada, como a la sazón todas las plazas de París. Aquí y allá brillaban fogatas en torno a las cuales hormigueaban grupos extraños. Todos gritaban en un incesante ir y venir. Se oían risas estridentes, llantos de niños, voces de mujeres. Las manos y las cabezas de aquel gentío, negras sobre el fondo luminoso, se recortaban en mil gestos extraños. De vez en cuando, en el suelo, donde temblaba la claridad de las fogatas mezclada con grandes sombras indefinidas, se veía pasar un perro que parecía un hombre o un hombre que parecía un perro. Los límites de las razas y de las especies parecían borrarse en aquel lugar como en un pandemónium. Hombres, mujeres, animales, edad, sexo, salud, enfermedad, todo parecía ser compartido entre aquellas gentes; todo estaba junto, mezclado, confundido, superpuesto; todos participaban de todo.

El resplandor trémulo y pobre de las fogatas permitía a Gringoire, a través de su turbación, distinguir en derredor de la inmensa plaza un horrendo cerco de viejas casas, cuyas fachadas carcomidas, destartaladas, decrépitas, con una o dos luceras iluminadas cada una, le parecían en la oscuridad enormes cabezas de mujeres viejas, monstruosas y ceñudas que, colocadas en círculo, miraban el aquelarre guiñando los ojos.

Era como un nuevo mundo, desconocido, inaudito, deforme, reptil, hormigueante, fantástico.

Cada vez más espantado, sujeto por los tres mendigos como por tres tenazas, ensordecido por una multitud de rostros que se encrespaban y ladraban a su alrededor, el malhadado Gringoire intentaba recobrar su presencia de ánimo para recordar si era sábado. Pero sus esfuerzos eran vanos; el hilo de su memoria y de su pensamiento se había roto, y, dudando de todo, fluctuando entre lo que veía y lo que sentía, se hacía esta insoluble pregunta: «Si yo soy, ¿esto es? Si esto es, ¿yo soy?».

En ese momento, un grito diáfano se elevó entre la turba vociferante que lo rodeaba:

—¡Llevémoslo ante el rey! ¡Llevémoslo ante el rey!

—¡Virgen santa! —murmuró Gringoire—. El rey de aquí debe de ser un macho cabrío.

—¡Al rey! ¡Al rey! —repitieron todas las voces.

Se lo llevaron a rastras. Se peleaban por ponerle las manos encima, pero los tres mendigos no lo soltaban y se lo arrebataban a los demás gritando:

—¡Es nuestro!

El jubón ya maltrecho del poeta exhaló en aquella lucha el último suspiro.

Mientras atravesaba la horrible plaza, su vértigo se disipó. Tras dar unos pasos había recobrado el sentido de la realidad. Empezaba a acostumbrarse al ambiente del lugar. En un primer momento, de su cabeza de poeta, o quizá simple y prosaicamente de su estómago vacío, se había elevado un humillo, un vapor, por así decirlo, que, extendiéndose entre los objetos y él, no se los había dejado entrever más que envueltos en la bruma incoherente de la pesadilla, en esas

tinieblas de los sueños que hacen temblar todos los contornos, contorsionarse todas las formas, amontonarse los objetos en grupos desmesurados hasta convertir las cosas en quimeras y a los hombres en fantasmas. Poco a poco, a esa alucinación le sucedió una mirada menos extraviada y también menos deformante. Lo real se abría paso en torno a él, le saltaba a los ojos, le golpeaba los pies y desmontaba pieza a pieza toda la espantosa poesía de la que al principio había creído estar rodeado. Tuvo que advertir irremediablemente que no caminaba por el Estigia, sino por el fango, que no se hallaba en compañía de demonios, sino de ladrones, que no peligraba su alma, sino simplemente su vida (puesto que carecía de ese precioso conciliador que se sitúa tan eficazmente entre el bandido y el hombre honrado, o sea, la bolsa). Finalmente, examinando la orgía más de cerca y con más sangre fría, pasó del aquelarre a la taberna.

La Corte de los Milagros no era, en efecto, sino una taberna, pero una taberna de bandidos, tan roja de sangre como de vino.

El espectáculo que se ofreció a sus ojos cuando su andrajosa escolta lo soltó por fin al término de su recorrido no era el más apropiado para devolverlo a la poesía, ni siquiera a la poesía del infierno. Era más que nunca la prosaica y brutal realidad de la taberna. Si no estuviésemos en el siglo XV, diríamos que Gringoire había descendido de Miguel Ángel a Callot.

En torno a una gran hoguera que ardía sobre una extensa losa redonda y cuyas llamas atravesaban las patas al rojo de unas trébedes por el momento vacías, había algunas mesas carcomidas colocadas sin orden ni concierto, sin que ningún lacayo geómetra se hubiera dignado ajustar su paralelismo o procurar que al menos no se cortasen en ángulos demasiado inusitados. Encima de esas mesas relucían algunas jarras rebosantes de vino y de cerveza, y alrededor de estas jarras se agrupaban muchos rostros báquicos, colorados por el fuego y por el vino. Un hombre de voluminoso vientre y cara jovial besaba ruidosamente a una mujerzuela chaparra y metida en carnes. Una especie de falso soldado, un truchimán, como decían en su jerga, se quitaba, silbando, los vendajes de su falsa herida y se desentumecía la rodilla, sana y vigorosa, enrollada desde por la mañana con mil ligaduras. Un alfeñique, por el contrario, preparaba con celidonia y sangre de buey su pierna llagada para el día siguiente. Dos mesas más allá, un conchero con su hábito completo recitaba la endecha de santa Reina sin olvidar la salmodia y el tono nasal. Más lejos, un joven hubertino recibía lecciones de epilepsia de un viejo convulso, que le enseñaba el arte de echar espumarajos masticando un trozo de jabón. Al lado, un hidrópico se desinflaba y hacía taparse la nariz a cuatro o cinco ladronas que se disputaban en la misma mesa un niño robado durante la noche. Circunstancias todas que, dos siglos más tarde, «parecieron tan ridículas en la corte —como dice Sauval— que sirvieron de entretenimiento al rey y de introducción al ballet real de *La Noche*, dividido en cuatro partes y bailado en el teatro del Petit-Bourbon». «Jamás han sido representadas las súbitas metamorfosis de la Corte de los Milagros con tanto acierto —añade un testigo ocular de 1653—. Benserade nos preparó para ellas con unos versos bastante galantes.»

Por todas partes estallaban risotadas y se oían canciones obscenas. Cada uno se ocupaba de sí mismo, refunfuñando y maldiciendo sin escuchar al vecino. Brindaban, y las pendencias surgían con el chocar de los vasos, y los vasos desportillados hacían desgarrar los harapos.

Un perro de gran tamaño, sentado sobre su rabo, miraba el fuego. Había también niños en

aquella orgía. El niño robado, que lloraba y chillaba. Otro, de cuatro años ya, sentado con las piernas colgando en un banco demasiado alto, con la mesa a la altura de la barbilla, sin decir una sola palabra. Un tercero que, muy serio, extendía con un dedo por la mesa el sebo fundido que chorreaba de una vela. Por último, uno pequeño, en cuclillas entre el fango, metido casi por entero en un caldero que rascaba con una teja y del que sacaba un sonido que haría desmayarse a Stradivarius.

Un tonel estaba junto al fuego, y sobre el tonel, un mendigo. Era el rey en su trono.

Los tres que sujetaban a Gringoire lo llevaron ante el tonel, y toda la bacanal quedó un momento en silencio, excepto el caldero habitado por el niño.

Gringoire no se atrevía ni a respirar ni a levantar los ojos.

—Hombre, quítate el sombrero[35] —dijo uno de los tres que lo tenían agarrado, y antes de que hubiera comprendido lo que quería decir, el otro se lo había cogido.

Era un miserable bicoquete, es verdad, pero todavía útil un día de sol o un día de lluvia. Gringoire suspiró.

El rey, desde lo alto de su tonel, le dirigió entonces la palabra:

—¿Quién es este perillán?

Gringoire se estremeció. Aquella voz, aunque acentuada por la amenaza, le recordó otra voz que esa misma mañana había asestado el primer golpe a su misterio diciendo con voz gangosa en medio del público: «¡Una caridad, por lo que más queráis!». Levantó la cabeza. Era, en efecto, Clopin Trouillefou.

Clopin Trouillefou, luciendo sus insignias reales, no llevaba ni un harapo de más ni uno de menos. La herida de su brazo había desaparecido. Empuñaba uno de esos látigos de tiras de cuero blancas que utilizaban entonces los alguaciles de vara para apiñar a la gente y que llamaban *boullayes*. En la cabeza llevaba una especie de tocado circular cerrado por arriba, pero resultaba difícil distinguir si se trataba de una chichonera o de una corona de rey, dado lo mucho que ambas cosas se parecen.

Sin embargo, Gringoire, sin saber por qué, había recuperado cierta esperanza al reconocer en el rey de la Corte de los Milagros al maldito mendigo de la Gran Sala.

—Maese… —balbució—, monseñor…, sire…, ¿cómo debo llamaros? —acabó por preguntar, al haber llegado al punto culminante de su crescendo y no saber ni cómo subir ni cómo bajar.

—Monseñor, majestad o camarada, llámame como quieras, pero espabila. ¿Qué tienes que decir en tu defensa?

«¡En tu defensa! —pensó Gringoire—. Esto no me gusta.»

— Yo soy el que esta mañana… —continuó tartamudeando.

—¡Por las uñas del diablo! —lo interrumpió Clopin—. Di tu nombre y nada más, bribón. Presta atención. Estás ante tres poderosos soberanos: yo, Clopin Trouillefou, rey de Thunes, sucesor del gran coesre, soberano supremo del reino de Argot; Mathias Hungadi Spicali, duque de Egipto y de Bohemia, ese viejo amarillento que ves allí con un trapo alrededor de la cabeza; y Guillaume Rousseau, emperador de Galilea, ese gordo que no nos escucha y que está acariciando a una ribalda. Nosotros somos tus jueces. Has entrado en el reino de Argot sin ser argotero, has

violado los privilegios de nuestra ciudad, así que debes ser castigado, a menos que seas tahúr, desahuciado o achicharrado, es decir, en la jerga de la gente honrada, ladrón, mendigo o vagabundo. ¿Eres algo de eso? Explícate. Enumera tus cualidades.

—¡Ay! —dijo Gringoire—. Desgraciadamente, no tengo ese honor. Yo soy el autor…

—¡Basta! —dijo Trouillefou sin dejarlo acabar—. Vas a ser colgado. ¡Sí, así de simple, señores burgueses honrados! Tal como vosotros tratáis a los nuestros en vuestro mundo, nosotros tratamos a los vuestros en el nuestro. Las leyes que aplicáis a los truhanes, los truhanes os las aplican a vosotros. Si son malas, la culpa es vuestra. Hay que ver de vez en cuando una mueca de hombre honrado por encima del collar de cáñamo; eso hace la cosa honorable. Vamos, amigo, reparte alegremente tus harapos entre esas mozas. Voy a hacer que te cuelguen para divertir a los truhanes, y tú les darás tu bolsa para que beban. Si tienes que hacer alguna pantomima, ahí, en el almirez, hay un Dios Padre buenísimo de piedra que robamos en Saint-Pierre-aux-Boeufs. Tienes cuatro minutos para arrojarle tu alma a la cabeza.

El discurso era formidable.

—¡Bien dicho, sí, señor! ¡Clopin Trouillefou predica como un santo padre el papa! —exclamó el emperador de Galilea rompiendo su vaso para calzar la mesa.

—Señores emperadores y reyes —dijo Gringoire con sangre fría (pues, no sé cómo, había recobrado la firmeza y hablaba con resolución)—, quitáoslo de la cabeza. Me llamo Pierre Gringoire, soy el poeta autor de la moralidad que se ha representado esta mañana en la Gran Sala del palacio.

—¡Ah! ¿Eres tú, maese? —dijo Clopin—. ¡Yo estaba allí, voto a Dios! Y bien, camarada, que nos hayas aburrido esta mañana, ¿es acaso una razón para que no te colguemos esta noche?

«Va a costarme Dios y ayuda salir de esta», pensó Gringoire. No obstante, hizo otro intento.

—No entiendo por qué no se incluye a los poetas entre los truhanes —dijo—. Vagabundo, Esopo lo fue; mendigo, lo fue Homero; ladrón, Mercurio lo era…

Clopin lo interrumpió.

—Creo que quieres matagrabolizarnos[36] con tu galimatías: ¡Pardiós, déjate colgar sin tantos remilgos!

—Perdón, monseñor rey de Thunes —replicó Gringoire, disputando el terreno palmo a palmo —, esto merece la pena… ¡Un momento…! Escuchadme… No pensaréis condenarme sin haberme escuchado…

Su pobre voz quedaba ahogada por el guirigay que había a su alrededor. El niño rascaba el caldero con más entusiasmo que nunca y, para colmo, una vieja acababa de poner sobre las trébedes ardientes una sartén llena de grasa, que chisporroteaba con un ruido semejante a los gritos de una pandilla de niños persiguiendo a una máscara.

No obstante, Clopin Trouillefou pareció conferenciar un momento con el duque de Egipto y el emperador de Galilea, el cual estaba completamente borracho.

—¡Silencio! —gritó con voz estridente cuando hubo terminado, y como el caldero y la sartén no lo oían y continuaban con su dúo, bajó de un salto del tonel, dio una patada al caldero, que recorrió rodando una distancia de diez pasos con el niño dentro, otra a la sartén, cuya grasa se

derramó sobre el fuego, y volvió a subir solemnemente a su trono sin preocuparse ni de los lloros ahogados del niño ni de los gruñidos de la vieja, que veía cómo su cena se convertía en hermosas llamas blancas.

Trouillefou hizo una señal y el duque, el emperador, los archisecuaces y los mangantes se colocaron a su alrededor formando una herradura cuyo centro ocupaba Gringoire, todavía fuertemente sujeto. Era un semicírculo de harapos, de guiñapos, de oropeles, de horcas, de hachas, de piernas tambaleantes por el vino, de rollizos brazos desnudos, de caras sórdidas, apagadas y embrutecidas. En esta tabla redonda de la pordiosería, Clopin-Trouillefou, como el dux de aquel senado, como el rey de aquellos pares, como el papa de aquel cónclave, sobresalía, ante todo debido a la altura de su tonel, pero además por cierto aire altanero, feroz y formidable que hacía chispear sus pupilas y corregía en su salvaje perfil el tipo bestial de la raza de los truhanes. Parecía una cabeza de jabalí entre jetas de cerdo.

—Oye —le dijo a Gringoire acariciándose el deforme mentón con su mano callosa—, no sé por qué no tendrías que ser colgado. Es verdad que la cosa parece repugnarte, pero eso es simplemente porque vosotros, los burgueses, no estáis acostumbrados y os hacéis de ella una idea tremenda. Después de todo, no te deseamos ningún mal. Voy a decirte una manera de salir del paso por el momento. ¿Quieres ser uno de los nuestros?

Cabe imaginar el efecto que tal propuesta produjo en Gringoire, quien ya veía que la vida se le escapaba y empezaba a resignarse. Se agarró a ella firmemente.

—Desde luego que quiero —dijo.

—¿Aceptas enrolarte con los del espadín? —preguntó Clopin.

—Con los del espadín, exacto —respondió Gringoire.

—¿Te reconoces miembro de la franca burguesía? —prosiguió el rey de Thunes.

—De la franca burguesía.

—¿Súbdito del reino de Argot?

—Del reino de Argot.

—¿Truhán?

—Truhán.

—¿De corazón?

—De corazón.

—Te aclaro —añadió el rey— que no por eso dejarás de ser colgado.

—¡Diablos! —dijo el poeta.

—Pero serás colgado más adelante —continuó Clopin, imperturbable—, con más ceremonia, con cargo a la buena ciudad de París, en una bonita horca de piedra y por la gente honrada. Es un consuelo.

—Tenéis razón —contestó Gringoire.

—Hay más ventajas. En calidad de francoburgués, estarás exento del impuesto de lodos y farolas que deben pagar los burgueses de París.

—Así sea —dijo el poeta—. Acepto. Soy truhán, argotero, francoburgués, espadín, todo lo que queráis. Y ya era todo eso antes, señor rey de Thunes, pues soy filósofo, *et omnia in philosophia*,

omnes in philosopho continentur,[37] como vos bien sabéis.

El rey de Thunes frunció el entrecejo.

—¿Por quién me tomas, amigo? ¿En qué jerga de judío de Hungría nos hablas? Yo no sé hebreo. Para ser bandido no hay que ser judío. Yo ni siquiera robo ya, yo estoy por encima de eso, yo mato. Cortacuellos, sí; cortabolsas, no.

Gringoire intentó colar alguna excusa entre aquellas breves frases que la cólera hacía cada vez más entrecortadas:

—Os pido perdón, monseñor. No es hebreo, es latín.

—¡Vientre de sinagoga —repuso Clopin, fuera de sí—, te digo que no soy judío y que haré que te cuelguen! ¡A ti y a ese mercadante de Judea que está a tu lado y al que espero ver clavar un día en un mostrador, como una moneda falsa que es!

Diciendo esto, señalaba con el dedo al pequeño judío húngaro barbudo que había abordado a Gringoire con su *facitote caritatem* y que, como no entendía otra lengua, miraba con sorpresa cómo el rey desahogaba su mal humor contra él.

Finalmente, monseñor Clopin se calmó.

—Perillán —le dijo a nuestro poeta—, ¿quieres ser, entonces, truhán?

—Sin duda —respondió el poeta.

—Bien, pero no basta con querer —dijo el verdugo Clopin—. La buena voluntad no añade una cebolla a la sopa y solo sirve para ir al paraíso; pero paraíso y argot son dos cosas distintas. Para ser admitido en el argot, debes demostrar que sabes hacer algo, y para ello, debes registrar al maniquí.

—Registraré todo lo que os plazca —dijo Gringoire.

Clopin hizo una señal. Unos cuantos argoteros se alejaron del círculo y regresaron en un momento. Traían dos postes rematados en su extremo inferior por dos espátulas de madera que les permitían sostenerse en pie. En el extremo superior de ambos postes colocaron una viga transversal, de manera que el conjunto constituyó una bonita horca portátil que Gringoire tuvo la satisfacción de ver alzarse ante él en un abrir y cerrar de ojos. Nada faltaba en ella, ni siquiera la cuerda, que se balanceaba graciosamente por debajo de la viga.

«¿Adónde quieren ir a parar?», se preguntó Gringoire con cierta inquietud.

Un ruido de campanillas que oyó en ese mismo momento puso fin a su ansiedad. Era un muñeco que los truhanes estaban colgando de la cuerda por el cuello, una especie de espantapájaros vestido de rojo y tan cargado de cascabeles y esquilas que se habría podido enjaezar con ellos a treinta mulas castellanas. Aquellas mil campanillas tintinearon un rato debido a las oscilaciones de la cuerda, poco a poco se apaciguaron y finalmente se callaron cuando el muñeco hubo sido devuelto a la inmovilidad por esa ley del péndulo que ha destronado a la clepsidra y al reloj de arena.

Entonces Clopin le dijo a Gringoire, señalándole un viejo escabel tambaleante colocado debajo del muñeco:

—Sube ahí arriba.

—¡Diablos! Me desnucaré —objetó Gringoire—. Vuestro escabel cojea más que un dístico de

Marcial; tiene una pata hexámetro y una pata pentámetro.

—Sube —repitió Clopin.

Gringoire subió al escabel y consiguió, no sin unas cuantas oscilaciones de la cabeza y de los brazos, recuperar su centro de gravedad.

—Ahora —prosiguió el rey de Thunes—, enrosca el pie derecho alrededor de la pierna izquierda y ponte de puntillas sobre el pie izquierdo.

—Monseñor —dijo Gringoire—, ¿estáis empeñado en que me rompa algún miembro?

Clopin meneó la cabeza.

—Oye, amigo, hablas demasiado. Voy a explicarte en dos palabras de qué se trata. Vas a ponerte de puntillas, como te he dicho, y de esa forma podrás llegar al bolsillo del muñeco, lo registrarás, sacarás una bolsa que hay en él, y si haces todo eso sin que se oiga el ruido de una campanilla, muy bien, serás truhán. Solo nos faltará apalearte durante ocho días.

—¡Vientre de Dios! ¡Me guardaré mucho! —dijo Gringoire—. ¿Y si hago sonar las campanillas?

—Entonces te colgaremos. ¿Lo entiendes?

—No acabo de entenderlo muy bien —respondió Gringoire.

—Escucha otra vez. Vas a registrar al muñeco y a quitarle la bolsa; si se mueve una sola campanilla durante esa operación, serás ahorcado. ¿Entiendes esto?

—Sí —dijo Gringoire—, eso lo entiendo. ¿Y luego?

—Si consigues quitarle la bolsa sin que se oigan los cascabeles, eres truhán, y serás apaleado durante ocho días seguidos. Ahora seguro que lo entiendes.

—No, monseñor, no entiendo nada. ¿En qué me beneficia esto a mí? En el primer caso, colgado; en el segundo, apaleado.

—¿Y convertirte en truhán no es nada? —repuso Clopin—. Es por tu bien por lo que te daremos una paliza, para hacerte resistente a los golpes.

—Muchas gracias —contestó el poeta.

—Venga, espabilemos —dijo el rey golpeando con el pie el tonel, que resonó como un tambor —. Registra al muñeco y acabemos con esto. Te advierto por última vez que, si oigo un solo cascabel, ocuparás el sitio del muñeco.

La banda de argoteros aplaudió las palabras de Clopin y se colocó en círculo alrededor de la horca, riendo tan despiadadamente que Gringoire comprendió que les divertía demasiado para no temer lo peor de ellos. No le quedaba, pues, ninguna esperanza, excepto la remota posibilidad de realizar con éxito la terrible operación que le era impuesta. Decidió jugarse el todo por el todo, aunque no sin antes haber dirigido una ferviente plegaria al muñeco que iba a desvalijar y al que habría sido más fácil enternecer que a los truhanes. Aquella miríada de campanillas con sus lengüecitas de cobre se le antojaban bocas abiertas de víboras, prestas a morder y a silbar.

—¡Oh! —decía en voz muy baja—. ¿Será posible que mi vida dependa de la más mínima vibración del más pequeño de esos cascabeles? ¡Oh! —añadía, juntando las manos—: ¡Campanillas, no sonéis, no tintineéis! ¡Cascabeles, no cascabeleéis!

Hizo aún otro intento con Trouillefou.

—¿Y si sopla de repente una ráfaga de aire? —le preguntó.

—Serás ahorcado —respondió el otro sin vacilar.

Viendo que no había ni tregua, ni aplazamiento, ni escapatoria posible, tomó valientemente una decisión. Enroscó la pierna derecha alrededor de la pierna izquierda, se puso de puntillas sobre el pie izquierdo y estiró el brazo. Pero, en el instante en que alcanzó a tocar el muñeco, su cuerpo, apoyado solo en un pie, se tambaleó sobre el escabel, que solo tenía tres patas; instintivamente, intentó apoyarse en el muñeco, perdió el equilibrio y cayó como un fardo al suelo, completamente ensordecido por la fatal vibración de los cientos de campanillas del muñeco, el cual, cediendo al impulso dado por su mano, describió primero una rotación sobre sí mismo y a continuación se balanceó majestuosamente entre los dos postes.

—¡Maldición! —gritó al caer, y se quedó como muerto con la cara contra el suelo.

Sin embargo, oía el temible carillón sobre su cabeza, y la risa diabólica de los truhanes, y la voz de Trouillefou, que decía:

—Levantad a ese perillán y colgadlo sin contemplaciones.

Se levantó. Ya habían descolgado al muñeco para hacerle sitio.

Los argoteros le hicieron subir al escabel. Clopin se acercó a él, le puso la soga al cuello y, dándole unas palmaditas en el hombro, le dijo:

—¡Adiós, amigo! Ahora ya no puedes escapar, ni aunque digirieras con las tripas del papa.

La palabra «perdón» expiró en los labios de Gringoire. Este miró a su alrededor, pero no había ninguna esperanza: todos reían.

—Bellevigne de l’Étoile —dijo el rey de Thunes a un enorme truhán, que dio unos pasos adelante—, sube al travesaño.

Bellevigne de l’Étoile trepó ágilmente a la viga transversal y, al cabo de un instante, Gringoire, alzando los ojos, lo vio con terror en cuclillas sobre el travesaño, encima de su cabeza.

—Ahora —prosiguió Clopin Trouillefou—, cuando dé una palmada, tú, Andry el Rojo, tirarás el escabel al suelo de un rodillazo, tú, François Chante-Prune, te colgarás de los pies del perillán, y tú, Bellevigne, te tirarás sobre sus hombros, pero los tres a la vez, ¿entendido?

Gringoire se estremeció.

—¿Estáis listos? —preguntó Clopin Trouillefou a los tres argoteros, preparados para abalanzarse sobre Gringoire como tres arañas sobre una mosca.

El pobre condenado pasó un momento de espera horrible mientras Clopin empujaba tranquilamente hacia el fuego con la punta del pie unos trozos de sarmiento que las llamas no habían alcanzado.

—¿Estáis listos? —repitió Clopin, separando las manos para dar una palmada.

Un segundo más y todo habría acabado.

Pero se detuvo, como asaltado por una súbita idea.

—¡Un momento! —dijo—. Se me olvidaba… Es costumbre que no colguemos a un hombre sin preguntar si hay una mujer que lo quiera. Camarada, es tu última oportunidad. O te casas con una truhana, o la soga.

Esta ley gitana, por extraña que pueda parecer al lector, todavía hoy figura escrita con todo

detalle en la vieja legislación inglesa, como puede verse en *Burington's Observations*.

Gringoire respiró. Era la segunda vez que volvía a la vida en la última media hora. Así pues, no se atrevía a confiar demasiado.

—¡Atención! —gritó Clopin, de nuevo subido en el tonel—. ¡Atención! Mujeres, hembras, ¿hay entre vosotras, desde la bruja hasta su gata, una ribalda que quiera quedarse a este ribaldo? ¡Eh, vosotras! ¡Colette la Charonne, Elisabeth Trouvain, Simone Jodouyne, Marie Piédebou, Thonne-la-Longue, Bérarde Fanouel, Michelle Genaille, Claude Rongeoreille, Mathurine Girorou…! ¡Y tú también, Isabeau-la-Thierrye! ¡Venid y mirad! ¡Un hombre de balde! ¿Quién lo quiere?

En el miserable estado en que se hallaba, sin duda Gringoire resultaba poco apetecible. Las truhanas se sintieron medianamente atraídas por la propuesta. El desventurado las oyó contestar:

—¡No, no! Colgadlo y habrá placer para todas.

No obstante, tres de ellas se acercaron a olfatearlo. La primera era una muchacha gorda de cara cuadrada. Examinó atentamente el deplorable jubón del filósofo. La ropilla estaba raída y más agujereada que un asador de castañas. La muchacha hizo una mueca.

—¡Vaya trapo viejo! —masculló. Luego, dirigiéndose a Gringoire, dijo—: Veamos tu capa.

—La he perdido —dijo Gringoire.

—¿Y el sombrero?

—Me lo han quitado.

—¿Y los zapatos?

—Empiezan a quedarse sin suela.

—¿Y la bolsa?

—Ay, no tengo ni un denario parisiense —farfulló Gringoire.

—¡Pues deja que te cuelguen y da las gracias! —repuso la truhana volviéndose de espaldas.

La segunda, vieja, renegrida, arrugada, repulsiva, de una fealdad que llamaba la atención incluso en la Corte de los Milagros, dio una vuelta alrededor de Gringoire. Este casi temía que quisiera quedarse con él, pero ella dijo entre dientes, antes de alejarse:

—Está demasiado flaco.

La tercera era una joven bastante lozana y no demasiado fea.

—¡Sálvame! —le dijo en voz baja el pobre diablo.

Ella lo miró un momento con compasión, bajó los ojos, hizo un doblez en su falda con la mano y se quedó indecisa. Él seguía con la mirada todos sus movimientos; era el último destello de esperanza.

—No —dijo finalmente la joven—. No, Guillaume Longuejoue me zurraría.

La muchacha se reincorporó al grupo.

—Camarada —dijo Clopin—, no estás de suerte. —Acto seguido se puso de pie sobre el tonel y gritó imitando a un subastador, lo que provocó un gran jolgorio entre la concurrencia—: ¿Nadie lo quiere? ¡A la una, a las dos, a las tres! —Y se volvió hacia la horca para anunciar, haciendo un gesto con la cabeza—: ¡Adjudicado!

Bellevigne de l'Étoile, Andry el Rojo y François Chante-Prune se acercaron a Gringoire.

En ese momento se elevó un grito entre los argoteros:

—¡Esmeralda! ¡Esmeralda!

Gringoire se estremeció y se volvió hacia el lado de donde procedía el clamor. La multitud se abrió y dejó paso a una pura y resplandeciente figura.

Era la gitana.

—¡Esmeralda! —dijo Gringoire, estupefacto, en medio de sus emociones, por la brusca manera en que esa palabra mágica aglutinaba todos sus recuerdos del día.

Aquella rara criatura, con su encanto y su belleza, parecía ejercer su ascendiente incluso en la Corte de los Milagros. Argoteros y argoteras se apartaban ordenadamente a su paso, y sus brutales rostros se iluminaban al mirarla.

La joven se acercó al condenado a su paso ligero. Su graciosa Djali la seguía. Gringoire estaba más muerto que vivo. Ella lo observó un momento en silencio.

—¿Vais a ahorcar a este hombre? —preguntó en tono grave a Clopin.

—Sí, hermana —respondió el rey de Thunes—. A menos que tú lo tomes por marido.

Ella hizo su delicioso mohín con el labio inferior.

—Lo tomo —dijo.

Gringoire creyó entonces firmemente que todo lo sucedido desde por la mañana había sido un sueño y que aquello era la continuación.

La peripecia, aunque graciosa, era excesiva.

Deshicieron el nudo corredizo e hicieron bajar al poeta del escabel. La emoción de este era tan viva que se vio obligado a sentarse.

El duque de Egipto, sin pronunciar palabra, llevó un cántaro de barro. La gitana se lo tendió a Gringoire.

—Tiradlo al suelo —le dijo.

El cántaro se rompió en cuatro trozos.

—Hermano —dijo entonces el duque de Egipto, poniendo una mano sobre la frente de cada uno—, ella es tu mujer. Hermana, él es tu marido. Durante cuatro años. ¡Marchaos!

7

Una noche de bodas

Al cabo de unos instantes, nuestro poeta se encontró en una pequeña habitación con bóveda ojival, convenientemente cerrada, calentita, sentado ante una mesa que parecía pedir a gritos un préstamo a una alacena colgada al lado, con la perspectiva de una buena cama y a solas con una bonita muchacha. La aventura parecía cosa de magia. Empezaba a creerse muy en serio un personaje de cuento de hadas; de cuando en cuando miraba a su alrededor como si buscara un carro de fuego tirado por dos quimeras aladas, pues solo eso había podido transportarlo tan rápidamente del Tártaro al paraíso. En algunos momentos también clavaba obstinadamente la mirada en los agujeros de su jubón, a fin de agarrarse a la realidad y no perder pie del todo. Su razón, zarandeada en los espacios imaginarios, pendía tan solo de ese hilo.

La muchacha no parecía prestarle ninguna atención; iba de acá para allá, apartaba un escabel, hablaba con su cabra, hacía su mohín de tiempo en tiempo. Finalmente se sentó junto a la mesa y Gringoire pudo contemplarla a gusto.

Usted fue niño, lector, y quizá es lo bastante dichoso para serlo todavía. Seguro que en más de una ocasión siguió (en lo que a mí respecta, pasé días enteros dedicado a ello, los mejor invertidos de mi vida), de matorral en matorral, por la orilla de un riachuelo, en un día de sol, a una bonita libélula verde o azul que volaba cambiando bruscamente de dirección y rozando la punta de todas las ramas. Recuerda con qué curiosidad amorosa se concentraban su pensamiento y su mirada en ese pequeño remolino silbante y zumbante de alas, de púrpura y de azul, en el centro del cual flotaba una forma imperceptible, velada por la rapidez misma de su movimiento. El ser aéreo que se dibujaba confusamente a través de aquel temblor de alas le parecía quimérico, imaginario, imposible de tocar, imposible de ver. Mas cuando por fin la libélula se posaba en la punta de una caña y usted podía examinar, conteniendo la respiración, sus largas alas de gasa, su largo ropaje de esmalte, sus dos globos de cristal, ¡cuál no era su asombro, y cuál su miedo de ver convertirse de nuevo la forma en sombra y el ser en quimera! Recuerde esas impresiones y le resultará fácil saber lo que sentía Gringoire contemplando en su forma visible y palpable a esa Esmeralda a la que hasta entonces solo había entrevisto a través de un torbellino de danza, de canto y de tumulto.

Cada vez más sumido en sus ensoñaciones, se decía, siguiéndola vagamente con los ojos: «¡Así que “Esmeralda” es esto! ¡Una criatura celestial! ¡Una bailarina callejera! ¡Tanto y tan poco! Ella es quien dio el golpe de gracia a mi misterio esta mañana, ella es quien me ha salvado la vida esta noche. ¡Mi genio maléfico! ¡Mi ángel de la guarda! ¡Una hermosa mujer, a fe mía! ¡Y que debe de amarme con locura para haberme tomado sin más ni más!».

—¡Por cierto! —dijo, levantándose de pronto con ese sentimiento de lo real que constituía el fondo de su carácter y de su filosofía—, no sé muy bien cómo ha sido, pero soy tu marido.

Con esta idea en la cabeza y en los ojos, se acercó a la joven con unas maneras tan militares y galantes que ella retrocedió.

—¿Qué queréis de mí? —dijo.

—¿Y vos me lo preguntáis, adorable Esmeralda? —repuso Gringoire con tanto apasionamiento que él mismo estaba asombrado de oírse hablar así.

La egipcia abrió sus grandes ojos.

—No sé qué queréis decir.

—¡Cómo! —replicó Gringoire, enardeciéndose cada vez más y pensando que, después de todo, no se las había más que con una virtud de la Corte de los Milagros—. ¿No soy tuyo, dulce amiga? ¿No eres tú mía?

Y, con toda la ingenuidad del mundo, la cogió por la cintura.

La blusa de la gitana se le escurrió entre las manos como la piel de una anguila. La muchacha dio un salto hasta el otro extremo del cuarto, se agachó y volvió a incorporarse con un puñalito en la mano antes de que Gringoire hubiera tenido siquiera tiempo de ver de dónde salía ese puñal, irritada y enfurecida, con los labios hinchados, las aletas de la nariz abiertas, las mejillas rojas como una manzana y las pupilas centelleantes. Al mismo tiempo, la cabrita blanca se colocó delante de ella y presentó a Gringoire un frente de batalla provisto de dos bonitos cuernos, dorados y muy puntiagudos. Todo eso sucedió en un abrir y cerrar de ojos.

La libélula se transformaba en avispa y estaba más que dispuesta a picar.

Nuestro filósofo se quedó desconcertado, sin hacer otra cosa que lanzar alternativamente a la cabra y a la muchacha miradas de estupor.

—¡Virgen santa! —exclamó por fin cuando la sorpresa le permitió hablar—. ¡Vaya par de fieras!

—¡Me parece que eres un bribón muy osado!

—Perdón, señorita —dijo Gringoire, sonriendo—, pero ¿por qué me habéis tomado entonces por marido?

—¡No iba a dejar que te colgaran!

—Entonces —prosiguió el poeta, sintiendo un tanto frustradas sus esperanzas amorosas—, ¿no tuvisteis otro pensamiento casándoos conmigo que salvarme de la horca?

—¿Y qué otro pensamiento quieres que hubiera tenido?

Gringoire se mordió los labios.

—Vaya, todavía no tengo tanto éxito en los asuntos de Cupido como creía. Pero, entonces, ¿para qué romper aquel pobre cántaro?

El puñal de Esmeralda y los cuernos de la cabra seguían a la defensiva.

—Señorita Esmeralda, capitulemos —dijo el poeta—. No soy escribano en el Châtelet y no os causaré problemas por llevar una daga en París pese a las ordenanzas y prohibiciones del señor preboste, aunque no ignoráis que Noël Lescripvain fue condenado hace ocho días a pagar diez sueldos parisienses por llevar encima un chafarote. Pero eso no es asunto mío, así que voy al grano. Os juro por la parte de paraíso que me corresponda que no me acercaré a vos sin vuestro permiso y consentimiento, pero dadme de cenar.

En el fondo, Gringoire, como Despréaux, era «muy poco voluptuoso». No pertenecía a esa especie caballeresca y mosquetera que toma a las damas por la fuerza. En cuestión de amor, como en todo otro asunto, tendía gustoso a contemporizar y a evitar los extremos; y una buena cena en amigable compañía le parecía, sobre todo cuando tenía hambre, un entreacto excelente entre el prólogo y el desenlace de una aventura amorosa.

La egipcia no contestó. Hizo su mohín desdeñoso, irguió la cabeza como un pájaro y rompió a reír al tiempo que el puñalito desaparecía de la misma manera que había aparecido, sin que Gringoire pudiera ver dónde escondía la abeja su aguijón.

Unos instantes después había en la mesa un pan de centeno, una loncha de tocino, unas manzanas arrugadas y una jarra de cerveza. Gringoire se puso a comer a dos carrillos. Oyendo el tintineo furioso del tenedor de hierro contra el plato de loza, se habría dicho que todo su amor se había trocado en apetito.

La muchacha, sentada ante él, lo miraba en silencio, visiblemente ensimismada en otro pensamiento que la hacía sonreír de vez en cuando, mientras su delicada mano acariciaba la inteligente cabeza de la cabra, suavemente presionada entre sus rodillas.

Una vela de cera amarilla iluminaba aquella escena de voracidad y de ensueño.

Sin embargo, una vez acallados los primeros gemidos de su estómago, Gringoire sintió cierta falsa vergüenza al ver que solo quedaba una manzana.

—¿No coméis, señorita Esmeralda?

Ella hizo un gesto negativo con la cabeza y, pensativa, dirigió la mirada hacia la bóveda del cuarto.

«¿Qué demonios le interesará tanto? —pensó Gringoire—. Es imposible que la mueca de ese enano de piedra esculpido en el centro de la bóveda absorba de ese modo su atención. ¡Qué diablos! ¡Yo resisto la comparación!»

—¡Señorita! —dijo, alzando la voz.

Ella parecía no oírlo.

—¡Señorita Esmeralda! —repitió, en voz todavía más alta.

Esfuerzo vano. La mente de la joven estaba en otra parte y la voz de Gringoire no tenía la fuerza suficiente para hacerla volver. Afortunadamente, la cabra intervino tirando suavemente de una manga de su ama.

—¿Qué quieres, Djali? —dijo de pronto la egipcia, como si se despertara sobresaltada.

—Tiene hambre —dijo Gringoire, encantado de entablar conversación.

Esmeralda se puso a desmigajar pan, que Djali comía graciosamente en el hueco de su mano.

Gringoire, por su parte, no le dio tiempo de volver a sumirse en sus pensamientos. Se aventuró a formular una pregunta delicada:

—¿No me queréis, entonces, por marido?

La joven lo miró fijamente y dijo:

—No.

—¿Y como amante?

Ella hizo su mohín característico y respondió:

—No.

—¿Y como amigo?

Ella continuó mirándolo fijamente y, tras un momento de reflexión, dijo:

—Quizá.

Ese «quizá», tan caro a los filósofos, animó a Gringoire.

—¿Sabéis lo que es la amistad? —preguntó.

—Sí —respondió la egipcia—. Es ser hermano y hermana, dos almas que se tocan sin confundirse, como los dedos de una mano.

—¿Y el amor? —prosiguió Gringoire.

—¡Ah, el amor! —dijo ella, con voz trémula y ojos brillantes—. Es ser dos y no ser más que uno. Un hombre y una mujer que se funden en un ángel. Es el cielo.

La bailarina callejera, expresándose así, era de una belleza que impresionaba de manera singular a Gringoire y le parecía en consonancia perfecta con la exaltación casi oriental de sus palabras. Sus labios puros y rosados desplegaban una semisonrisa; su frente cándida y serena se empañaba a veces por efecto de sus pensamientos, como un espejo al echarle el aliento; y de sus largas y negras pestañas bajadas emanaba una especie de luz inefable que daba a su perfil esa delicadeza ideal que Rafael encontró más tarde en el punto de intersección mística de la virginidad, la maternidad y la divinidad.

Ello no impidió a Gringoire proseguir.

—¿Cómo hay que ser, entonces, para agradaros?

—Hay que ser hombre.

—¿Y yo qué soy?

—Un hombre lleva yelmo en la cabeza, espada en la mano y espuelas de oro en los talones.

—O sea —dijo Gringoire— que sin caballo no hay hombre. ¿Amáis a alguien?

—¿Os referís al auténtico amor?

—Al auténtico amor, sí.

Ella se quedó pensativa un momento y respondió con una expresión particular:

—Lo sabré muy pronto.

—¿Por qué no esta noche? —dijo con ternura el poeta—. ¿Por qué no a mí?

Ella le dirigió una mirada circunspecta.

—Solo podré amar a un hombre capaz de protegerme.

Gringoire se sonrojó y se dio por enterado. Era evidente que la joven hacía alusión a la escasa ayuda que le había prestado en la circunstancia crítica en que se había encontrado dos horas antes. Aquel recuerdo, borrado por las otras aventuras de la noche, volvió a su mente. El poeta se dio una palmada en la frente.

—Por cierto, señorita, debería haber empezado por ahí. Perdonad mi distracción. ¿Cómo os las habéis arreglado para escapar de las garras de Quasimodo?

Esta pregunta hizo estremecerse a la gitana.

—¡Ah, ese horrible jorobado! —dijo, tapándose la cara con las manos.

Esmeralda temblaba como sobrecogida por un frío glacial.

—Horrible, en efecto —dijo Gringoire, que no renunciaba a obtener una respuesta a su pregunta—. Pero ¿cómo conseguisteis escapar de él?

Esmeralda sonrió, suspiró y guardó silencio.

—¿Sabéis por qué os seguía? —insistió Gringoire, tratando de volver a la pregunta mediante un rodeo.

—No lo sé —dijo la joven. Y añadió con vivacidad—: Y vos que también me seguíais, ¿por qué lo hacíais?

—Sinceramente —respondió Gringoire—, tampoco lo sé.

Se produjo un silencio. Gringoire hacía cortecitos en la mesa con el cuchillo. La muchacha sonreía y parecía mirar algo a través de la pared. De repente, se puso a cantar articulando a duras penas las palabras:

Cuando las pintadas aves
mudas están, y la tierra…[38]

Calló bruscamente y se puso a acariciar a Djali.

—Es un animal muy bonito —dijo Gringoire.

—Es mi hermana —respondió ella.

—¿Por qué os llaman «Esmeralda»? —preguntó el poeta.

—No lo sé.

—¿Tampoco eso?

La joven sacó de su pecho una especie de bolsita oblonga que llevaba colgada del cuello con un collar de cuentas de acederaque. La bolsita exhalaba un penetrante olor de alcanfor. Estaba recubierta de seda verde y llevaba en el centro un grueso cristal verde que imitaba una esmeralda.

—Quizá sea por esto —dijo.

Gringoire hizo ademán de coger la bolsita. Ella retrocedió.

—¡No la toques! Es un amuleto. Romperías el encantamiento, o el encantamiento actuaría contra ti.

Cada vez se despertaba más la curiosidad del poeta.

—¿Quién os la ha dado?

Ella le puso un dedo sobre los labios y escondió el amuleto en su pecho. Gringoire le hizo más preguntas, pero ella a duras penas contestaba.

—¿Qué quiere decir esa palabra: «Esmeralda»?

—No lo sé —dijo.

—¿A qué lengua pertenece?

—Creo que es egipcio.

—Me lo figuraba —dijo Gringoire—. ¿No sois francesa?

—No lo sé.

—¿Viven vuestros padres?

Ella se puso a entonar una vieja canción:

Pájaro es mi padre,
pájaro es mi madre.

Sin barca cruzo el río,
sin barco cruzo el mar.
Pájaro es mi madre,
pájaro es mi padre.

—Está bien —dijo Gringoire—. ¿A qué edad vinisteis a Francia?

—Muy pequeña.

—¿Y a París?

—El año pasado. En el momento en que entrábamos por la puerta Papal, vi pasar volando una bandada de carriceros. Estábamos a finales de agosto, y dije: El invierno será crudo.

—Y lo ha sido —dijo Gringoire, encantado de ese inicio de conversación—. Yo me lo he pasado soplándome los dedos. ¿Tenéis acaso el don de la profecía?

Ella volvió a caer en su laconismo.

—No.

—Ese hombre al que llamáis el duque de Egipto, ¿es el jefe de vuestra tribu?

—Sí.

—Pues ha sido él quien nos ha casado —señaló tímidamente el poeta.

Ella hizo su delicioso mohín habitual.

—Ni siquiera sé tu nombre.

—¿Mi nombre? Si queréis saberlo, es este: Pierre Gringoire.

—Yo sé uno más bonito —dijo ella.

—¡Qué mala! —repuso el poeta—. No importa, no me haréis enfadar. Bien pensado, quizá conociéndome mejor me améis; además, vos me habéis contado vuestra vida con tanta confianza que en cierto modo os debo contaros la mía. Sabed, pues, que me llamo Pierre Gringoire y que soy hijo del titular de la notaría de Gonesse. A mi padre lo colgaron los borgoñones y a mi madre la mataron los picardos durante el sitio de París, hace veinte años. A los seis años era, pues, huérfano, y la única suela que tenía para mis pies era el adoquinado de París. No sé cómo pasé el intervalo de los seis años a los dieciséis. Una frutera me daba una ciruela, un panadero me echaba una corteza de pan…, por la noche me las arreglaba para que los doscientos veinte[39] me metieran en la cárcel, donde encontraba un montón de paja sobre el que dormir. Todo eso no me impidió crecer y adelgazar, como veis. En invierno me calentaba al sol bajo el porche del hotel de Sens y me parecía francamente ridículo que reservaran las hogueras de San Juan para la canícula. A los dieciséis años quise tener un oficio y fui sucesivamente probándolo todo. Me hice soldado, pero no era suficientemente valiente. Me hice monje, pero no era suficientemente devoto. Además, aguanto mal la bebida. Desesperado, entré de aprendiz con los carpinteros que manejan la segur, pero no era suficientemente fuerte. Me inclinaba más por ser maestro de escuela; es verdad que no sabía leer, pero eso no es un obstáculo. Al cabo de algún tiempo me percaté de que para todo me faltaba algo, y al ver que no servía para nada me hice por voluntad propia poeta y compositor de ritmos. Es un oficio que siempre se puede escoger cuando uno es vagabundo, y es preferible eso que robar, como me aconsejaban algunos de los jóvenes maleantes que tenía por amigos. Por suerte, un buen día conocí a don Claude Frollo, el reverendo arcediano de Notre-Dame, quien se

interesó por mí y al que debo ser hoy un verdadero letrado, instruido en latín desde *Los oficios* de Cicerón hasta el Necrologio de los padres celestinos, y nada ignorante ni en escolástica, ni en poética, ni en rítmica, ni tampoco en hermética, esa *sofia* de las*sofias*. Soy el autor del misterio que se ha representado hoy, con gran éxito y gran afluencia de público, en plena Gran Sala del palacio. He escrito asimismo un libro que debe de tener seiscientas páginas sobre el prodigioso cometa de 1465, causante de la locura de un hombre. Y he obtenido también otros éxitos. Dado que tengo cierta experiencia como carpintero de artillería, trabajé en aquella bombarda de Jean Maugue que, como sabéis, reventó en el puente de Charenton el día que la probaron y mató a veinticuatro curiosos. Como veis, no soy un mal partido. Sé muchas cosas idóneas para enseñarle a vuestra cabra; por ejemplo, imitar al obispo de París, ese maldito fariseo cuyos molinos salpican a los que pasan por el Pont-aux-Meuniers. Además, el misterio me reportará mucho dinero contante y sonante, si es que me lo pagan. En fin, estoy a vuestras órdenes, yo, mi inteligencia, mi ciencia y mis letras, dispuesto a vivir con vos, señorita, como os plazca: casta o alegremente; como marido y mujer, si os parece oportuno; o como hermano y hermana, si os parece preferible.

Gringoire se calló, pendiente del efecto que había producido su perorata en la joven. Esta tenía los ojos clavados en el suelo.

—Phoebus —decía a media voz—. ¿Qué quiere decir Phoebus? —preguntó, mirando al poeta.

Aunque no entendía muy bien la relación que podía haber entre su alocución y semejante pregunta, a Gringoire no le molestó dar otra muestra de su erudición.

—Es una palabra latina que significa «sol» —respondió, pavoneándose.

—¡Sol! —dijo ella.

—Es el nombre de un apuesto arquero que era dios —añadió Gringoire.

—¡Dios! —repitió la egipcia. Y había en el tono de su voz un dejo pensativo y apasionado.

En ese momento, una de sus pulseras cayó al suelo. Gringoire se agachó con presteza para recogerla. Cuando se incorporó, la muchacha y la cabra habían desaparecido. Oyó el ruido de un cerrojo. Era una pequeña puerta que sin duda comunicaba con un cuarto contiguo y que se cerraba por el otro lado.

—¿Me ha dejado al menos una cama? —se preguntó nuestro filósofo.

Dio una vuelta por la habitación. No había ningún mueble apropiado para dormir, salvo un arcón de madera bastante largo, pero tenía la tapa repujada, lo que produjo a Gringoire, al tumbarse encima, una sensación más o menos similar a la que debió de experimentar Micromegas al tumbarse cuan largo era sobre los Alpes.

—¡Bueno! —dijo, acomodándose lo mejor que pudo—. No hay más remedio que resignarse. Pero vive Dios que es una extraña noche de bodas. Una pena, la verdad. Esa ceremonia del cántaro roto tenía algo ingenuo y antediluviano que me gustaba.

LIBRO TERCERO

I

Notre-Dame

Sin duda, la iglesia de Notre-Dame de París es todavía hoy un majestuoso y sublime edificio. Pero, por hermoso que se haya mantenido al envejecer, resulta difícil no suspirar, no indignarse ante las degradaciones, las innumerables mutilaciones que el tiempo y los hombres han infligido simultáneamente al venerable monumento sin mostrar el menor respeto por Carlomagno, que puso la primera piedra, ni por Felipe Augusto, que puso la última.

En el rostro de esta vieja reina de nuestras catedrales, junto a una arruga encontramos siempre una cicatriz. *Tempus edax, homo edacior*,[40] sentencia que gustosamente yo traduciría así: el tiempo es ciego, el hombre es estúpido.

Si tuviéramos la oportunidad de examinar una a una con el lector las distintas huellas de destrucción impresas en la antigua iglesia, la parte achacable al tiempo sería la menor, mientras que la peor sería la de los hombres, especialmente de los artesanos. Tengo que decir «artesanos», puesto que en los dos últimos siglos ha habido individuos que se han arrogado el título de arquitectos.

En primer lugar, para no citar más que algunos ejemplos capitales, hay sin duda alguna pocas páginas arquitectónicas más bellas que esta fachada, en la que, sucesiva y simultáneamente se despliegan ante la vista, juntos pero no revueltos, con sus innumerables detalles de estatuaria, de escultura y de cincelado, poderosamente integrados en la serena grandeza del conjunto, los tres pórticos ojivales, el cordón bordado y calado de los veintiocho nichos reales, el inmenso rosetón central flanqueado por sus dos ventanas laterales, a semejanza del sacerdote por el diácono y el subdiácono, la alta y frágil galería de arcos trilobulados que sostiene una pesada plataforma sobre sus finas columnillas, y finalmente las dos negras y macizas torres con sus colgadizos de pizarra, partes armoniosas de un todo magnífico superpuestas en cinco pisos gigantescos. Vasta sinfonía de piedra, por así decirlo; obra colosal de un hombre y de un pueblo, una y compleja a la vez como las Ilíadas y los Romanceros de los que es hermana; producto prodigioso de la contribución de todas las fuerzas de una época, donde en cada piedra se ve brotar de cien maneras la fantasía del obrero disciplinada por el genio del artista; suerte de creación humana, en una palabra, poderosa y fecunda como la creación divina a la que parece haber hurtado su doble carácter: variedad y eternidad.

Y lo que decimos de la fachada hay que decirlo de la iglesia entera; y lo que decimos de la iglesia catedral de París hay que decirlo de todas las iglesias de la cristiandad en la Edad Media. Todo está íntimamente relacionado en este arte nacido de sí mismo, lógico y proporcionado. Medir un dedo del pie es medir al gigante.

Pero volvamos a la fachada de Notre-Dame tal como aparece ante nosotros todavía hoy,

cuando vamos piadosamente a admirar la grave y poderosa catedral que, al decir de los cronistas, aterroriza:*quae mole sua terrorem incutit spectantibus*.[41]

Tres cosas importantes faltan hoy en esa fachada. Para empezar, la escalera de once peldaños que antaño la elevaba sobre el nivel del suelo; a continuación, la serie inferior de estatuas que ocupaba los nichos de los tres pórticos y la serie superior de los veintiocho reyes más antiguos de Francia, que guarnecía la galería del primer piso, desde Childeberto hasta Felipe Augusto con «la manzana imperial» en la mano.

La escalera la ha hecho desaparecer el tiempo, elevando de manera lenta pero irresistible el nivel del suelo de la Cité. Sin embargo, a la vez que devoraba uno a uno, mediante esa marea ascendente del empedrado de París, los once peldaños que realzaban la altura majestuosa del edificio, el tiempo ha dado a la iglesia quizá más de lo que le ha quitado, pues es el tiempo el que ha extendido sobre la fachada ese oscuro color de los siglos que convierte la vejez de los monumentos en la edad de su belleza.

Pero ¿quién ha retirado las dos hileras de estatuas? ¿Quién ha dejado los nichos vacíos? ¿Quién ha tallado justo en medio del pórtico central esa ojiva nueva y bastarda? ¿Quién se ha atrevido a colocar esa insulsa y pesada puerta de madera tallada en estilo Luis XV junto a los arabescos de Biscornette? Los hombres: los arquitectos, los artistas de nuestros días.

Y si penetramos en el interior del edificio, ¿quién ha derribado a aquel coloso de san Cristóbal, proverbial entre las estatuas por las mismas razones que la Gran Sala del Palacio entre las salas o que la flecha de Estrasburgo entre los campanarios? Y aquellas miríadas de estatuas que poblaban todos los intercolumnios de la nave y del coro, arrodilladas, de pie, ecuestres, hombres, mujeres, niños, reyes, obispos, gendarmes, de piedra, de mármol, de oro, de plata, de cobre, incluso de cera, ¿quién las ha destruido brutalmente? No ha sido el tiempo.

¿Y quién ha sustituido el viejo altar gótico, espléndidamente recargado de urnas y de relicarios, por ese pesado sarcófago de mármol con cabezas de ángeles y nubes, que parece una muestra descabalada del Val-de-Grâce o de los Inválidos? ¿Quién ha sellado estúpidamente ese pesado anacronismo de piedra en el empedrado carolingio de Hercandus? ¿No ha sido Luis XIV cumpliendo el deseo de Luis XIII?

¿Y quién ha puesto fríos cristales blancos en lugar de aquellas vidrieras de «colores subidos» que hacían dudar a los ojos maravillados de nuestros padres entre el rosetón del gran pórtico y las ojivas del ábside? ¿Y qué diría un sochantre del siglo XVI al ver la bonita pintura amarilla con la que nuestros vándalos arzobispos han embadurnado su catedral? Recordaría que el verdugo pintaba de ese color los edificios «malévolos»; se acordaría del palacio del Petit-Bourbon, totalmente pintarrajeado también de amarillo debido a la traición del condestable, «amarillo después de todo de tan buen temple —dice Sauval— y tan bien protegido que más de un siglo no ha podido aún hacerle perder el color». Creería que el lugar sagrado se ha convertido en un lugar infame y huiría.

Y si subimos a lo más alto de la catedral sin detenernos ante mil barbaridades de toda clase, ¿qué ha pasado con aquel pequeño y encantador campanario que descansaba sobre el punto de intersección del crucero y que, no menos frágil y no menos audaz que la flecha vecina (destruida

también) de la Santa Capilla, se elevaba hacia el cielo más que las torres, espigado, puntiagudo, sonoro, calado? Un arquitecto de buen gusto (1787) lo guadañó, y creyó que bastaba disimular la herida con ese desparramado emplasto de plomo que parece la tapa de una marmita.

Así es como el maravilloso arte de la Edad Media ha sido tratado prácticamente en todos los países y sobre todo en Francia. En sus ruinas se pueden distinguir tres clases de lesiones que lo destruyen, las tres, en diferentes niveles: primero el tiempo, que ha hecho insensiblemente mella acá y allá y enmohecido por todas partes su superficie; después, las revoluciones políticas y religiosas, las cuales, ciegas e iracundas por naturaleza, se han abalanzado en tromba sobre él, han desgarrado su rico ropaje de esculturas y de cincelados, agujereado sus rosetones, roto sus collares de arabescos y de figuritas, y arrancado sus estatuas, unas veces por su mitra, otras por su corona; por último, las modas cada vez más grotescas y tontas que, desde las anárquicas y espléndidas desviaciones del Renacimiento, se han sucedido en la forzosa decadencia de la arquitectura. Las modas han hecho más daño que las revoluciones. Han cortado por lo sano, han atacado la estructura ósea del arte, han rebanado, cercenado, desorganizado, matado el edificio, tanto en la forma como en su simbolismo, tanto en su lógica como en su belleza. Y después han reconstruido, pretensión que al menos ni el tiempo ni las revoluciones habían tenido. En nombre del «buen gusto», han aplicado descaradamente sobre las heridas de la arquitectura gótica sus miserables perendengues de un día, sus cintas de mármol, sus borlas de metal, una auténtica lepra de ovos, de volutas, de floripondios, de guirnaldas, de flecos, de llamas de piedra, de nubes de bronce, de amorcillos rechonchos y de querubines mofletudos, que empieza a devorar el rostro del arte en el oratorio de Catalina de Médicis y lo hace expirar dos siglos más tarde, atormentado y gesticulante, en el tocador de la Dubarry.

Así pues, para resumir los puntos que acabamos de indicar, tres clases de estragos desfiguran hoy la arquitectura gótica. Arrugas y verrugas en la epidermis: son obra del tiempo. Vías de hecho, brutalidades, contusiones y fracturas: son obra de las revoluciones, desde Lutero hasta Mirabeau. Mutilaciones, amputaciones, descoyuntamientos del armazón, «restauraciones»: son fruto del trabajo griego, romano y bárbaro de los profesores basándose en Vitruvio y Vignola. Las academias han matado este magnífico arte producido por los vándalos. A los siglos y a las revoluciones, que al menos devastan con imparcialidad y grandeza, ha venido a sumarse el enjambre de arquitectos de escuela, titulados, jurados y juramentados, los cuales degradan con el discernimiento y la elección del mal gusto, y sustituyen las cresterías góticas por las escarolas de Luis XV para mayor gloria del Partenón. Es la coz del asno al león moribundo. Es el viejo roble que se seca y que, por añadidura, es mordido, comido, desmenuzado por las orugas.

¡Qué diferencia con la época en que Robert Cenalis, comparando Notre-Dame de París con el famoso templo de Diana en Éfeso, tan reclamado por los antiguos paganos y que inmortalizó a Eróstrato, encontraba la catedral gala «más excelente en longitud, anchura, altura y estructura»!

Notre-Dame de París no es, por lo demás, lo que podemos llamar un monumento completo, definido, clasificado. Ya no es una iglesia románica y todavía no es una iglesia gótica. Este edificio no es un tipo. Notre-Dame de París no tiene, como la abadía de Tournus, la grave y maciza corpulencia, la redonda y amplia bóveda, la desnudez glacial, la majestuosa sencillez de

los edificios cuyo generador es el arco de medio punto. No es, como la catedral de Bourges, el producto magnífico, ligero, multiforme, tupido, erizado y floreciente de la ojiva. Imposible incluirla en esa antigua familia de iglesias sombrías, misteriosas, bajas y como aplastadas por el medio punto; casi egipcias de no ser por el techo; absolutamente jeroglíficas, sacerdotales, simbólicas; más cargadas, en sus ornamentos, de rombos y de zigzags que de flores, más de flores que de animales, más de animales que de hombres; no tanto obra del obispo como del arquitecto; primera transformación del arte, totalmente impregnado de disciplina teocrática y militar, que tiene sus raíces en el bajo imperio y se detiene en Guillermo el Conquistador. Imposible situar nuestra catedral en esa otra familia de iglesias altas, aéreas, ricas en vidrieras y esculturas; agudas en sus formas y atrevidas en sus actitudes; comunales y burguesas como símbolos políticos; libres, caprichosas y desenfrenadas como obras de arte; segunda transformación de la arquitectura, ya no jeroglífica, inmutable y sacerdotal, sino artística, progresiva y popular, que comienza a la vuelta de las cruzadas y termina con Luis XI. Notre-Dame de París no es ni de pura raza romana, como las primeras, ni de pura raza árabe, como las segundas.

Es un edificio de la transición. El arquitecto sajón acababa de levantar los primeros pilares de la nave cuando la ojiva, que venía de la cruzada, se posó con aires de conquistadora sobre aquellos anchos capiteles románicos concebidos para sostener únicamente arcos de medio punto. La ojiva, dueña y señora desde entonces, construyó el resto de la iglesia. Sin embargo, inexperta y tímida en sus inicios, se acampana, se ensancha, se contiene y no se atreve aún a elevarse en forma de flechas y lanzas como lo hizo más adelante en tantas maravillosas catedrales. Se diría que se resiente de la cercanía de los pesados pilares románicos.

Por lo demás, esos edificios de la transición del románico al gótico no poseen menos valor para el estudio que los tipos puros. Expresan un matiz del arte que, de no ser por ellos, se habría perdido. Es el injerto de la ojiva en el arco de medio punto.

Notre-Dame de París es, en particular, una curiosa muestra de esta variedad. Cada cara, cada piedra del venerable monumento es una página no solo de la historia del país, sino de la historia de la ciencia y del arte. En este sentido, para no indicar aquí más que los detalles principales, mientras que la pequeña Puerta Roja llega casi a los límites de las delicadezas góticas del siglo XV, los pilares de la nave, por su volumen y su gravedad, retroceden hasta la abadía carolingia de Saint-Germain-des-Prés. Podría creerse que median seis siglos entre esta puerta y estos pilares. Hasta los herméticos ven en los símbolos del gran pórtico un compendio satisfactorio de su ciencia, de la que la iglesia de Saint-Jacques-de-la-Boucherie era un jeroglífico completo. Así pues, la abadía románica, la iglesia filosofal, el arte gótico, el arte sajón, el pesado pilar redondo que recuerda a Gregorio VII, el simbolismo hermético con el cual Nicolas Flamel preludiaba a Lutero, la unidad papal, el cisma, Saint-Germain-des-Prés, Saint-Jacques-de-la-Boucherie, todo se funde, se combina, se amalgama en Notre-Dame. Esta iglesia central y generadora es, entre las viejas iglesias de París, una suerte de quimera: tiene la cabeza de una, los miembros de esta, la grupa de aquella, en fin, algo de todas.

Estas construcciones híbridas no son, lo repetimos, las menos interesantes para el artista, para el anticuario, para el historiador. Hacen sentir hasta qué punto la arquitectura es algo primitivo,

pues demuestran, como lo demuestran también los vestigios ciclópeos, las pirámides de Egipto y las gigantescas pagodas hindúes, que los más grandes productos de la arquitectura no son tanto obras individuales como obras sociales; son más el alumbramiento de los pueblos trabajando que el vástago de los genios; el sedimento que deja una nación, las acumulaciones que forman los siglos, el residuo de las evaporaciones sucesivas de la sociedad humana; en una palabra: una especie de formaciones. Cada oleada del tiempo superpone su aluvión, cada raza deposita su capa sobre el monumento, cada individuo aporta su piedra. Así actúan los castores, así actúan las abejas y así actúan los hombres. El gran símbolo de la arquitectura, Babel, es una colmena.

Los grandes edificios, como las grandes montañas, son obra de los siglos. A menudo, el arte se transforma cuando todavía están pendientes, *pendent opera interrupta* [42], y se continúa apaciblemente con ellos de acuerdo con el arte transformado. El arte nuevo coge el monumento donde lo encuentra, se incrusta en él, lo asimila, lo desarrolla a su capricho y lo termina si puede. Ello se produce sin turbulencias, sin esfuerzos, sin reacciones, siguiendo una ley natural y tranquila. Es un injerto que aparece, una savia que circula, una vegetación que arraiga. Ciertamente, hay material para libros muy gruesos, y con frecuencia historia universal de la humanidad, en estas soldaduras sucesivas de varias artes a diferentes alturas en el mismo monumento. El hombre, el artista y el individuo desaparecen en esas grandes masas sin nombre de autor; la inteligencia humana se resume y se totaliza en ellas. El tiempo es el arquitecto, el pueblo es el albañil.

Al no contemplar aquí más que la arquitectura europea cristiana, esa hermana menor de las grandes construcciones de Oriente, aparece a la vista como una inmensa formación dividida en tres zonas bien delimitadas que se superponen: la zona románica,[43] la zona gótica y la zona del Renacimiento, a la que llamaríamos gustosos grecorromana. La capa románica, que es la más antigua y la más profunda, se halla ocupada por el arco de medio punto, que reaparece, llevado por la columna griega, en la capa moderna y superior del Renacimiento. La ojiva se encuentra entre las dos. Los edificios que pertenecen exclusivamente a una de estas tres capas son totalmente diferentes, unos y completos. Así son la abadía de Jumièges, la catedral de Reims y la Santa Cruz de Orleans. Pero las tres zonas se mezclan y se amalgaman por los bordes, como los colores en el espectro solar. Eso explica los monumentos complejos, los edificios de matices y de transición. Uno es románico por los pies, gótico en el centro y grecorromano por la cabeza. La explicación es que han tardado seiscientos años en construirlo. Esta variedad es rara. El torreón de Étampes es una muestra de ella. Pero los monumentos de dos formaciones son más frecuentes. Ahí tenemos Notre-Dame de París, edificio ojival que penetra mediante sus primeros pilares en esa zona románica donde se hallan abismados el pórtico de Saint-Denis y la nave de Saint-Germain-des-Prés. Ahí tenemos la encantadora sala capitular semigótica de Bocherville, a la que la capa románica le llega hasta medio cuerpo. Ahí tenemos la catedral de Ruán, que sería totalmente gótica si no sumergiera el extremo de su flecha central en la zona del Renacimiento.[44]

Por lo demás, todos estos matices, todas estas diferencias solo afectan a la superficie de los edificios. Es el arte el que ha cambiado de piel. La constitución en sí de la iglesia cristiana no

sufre ninguna agresión. Se mantiene la misma estructura interior, la misma disposición lógica de las partes. Sea cual sea el envoltorio esculpido y tallado de una catedral, siempre encontramos debajo, al menos en estado de germen y de rudimento, la basílica romana. Esta se desarrolla eternamente sobre el suelo según la misma ley. Dos naves trazan imperturbablemente una cruz, cuyo extremo superior redondeado en ábside forma el coro; siempre hay naves laterales para las procesiones interiores y las capillas, una especie de pasillos a ambos lados de la nave principal, en los que esta desagua a través de los intercolumnios. Sobre esta base, el número de capillas, de pórticos, de campanarios y de agujas varía hasta el infinito según el capricho del siglo, del pueblo o del arte. Una vez suministrado y asegurado el servicio del culto, la arquitectura hace lo que se le antoja. Estatuas, vidrieras, rosetones, arabescos, festones, capiteles, bajorrelieves…, combina todas estas fantasías según el logaritmo que le conviene. De ahí la prodigiosa variedad exterior de estos edificios, en el fondo de los cuales reside tanto orden y unidad. El tronco del árbol es inmutable, la vegetación es caprichosa.

2

París a vista de pájaro

Acabamos de intentar reparar para el lector la admirable iglesia de Notre-Dame de París. Hemos indicado someramente la mayor parte de las bellezas que tenía en el siglo XV y que hoy le faltan; pero hemos omitido la principal: la vista del París que se descubría entonces desde lo alto de sus torres.

Cuando, después de haber andado a tientas durante largo rato por la tenebrosa espiral que atraviesa perpendicularmente la espesa muralla de los campanarios, salía uno por fin bruscamente a una de las dos altas plataformas inundadas de luz y de aire, lo que se extendía por doquier ante sus ojos era un bellísimo cuadro; un espectáculo *sui generis* del que pueden fácilmente hacerse una idea aquellos de nuestros lectores que han tenido la fortuna de ver una ciudad gótica entera, completa, homogénea, como algunas que todavía perduran —Nuremberg en Baviera, Vitoria en España—, o incluso muestras más pequeñas, siempre y cuando estén bien conservadas: Vitré en Bretaña o Nordhausen en Prusia.

El París de hace trescientos cincuenta años, el París del siglo XV, era ya una ciudad gigantesca. Por lo general, los parisinos nos equivocamos acerca del terreno que creemos haber ganado con posterioridad a esa época. Desde el reinado de Luis XI, París no ha crecido mucho más de un tercio. Sin duda ha perdido mucho más en belleza de lo que ha ganado en tamaño.

París nació, como es sabido, en esa vieja isla de la Cité que tiene forma de cuna. Las playas de esa isla fueron sus primeras murallas; el Sena, su primer foso. París se mantuvo durante varios siglos en estado de isla, con dos puentes, uno al norte y el otro al mediodía, y dos cabezas de puente que eran a la vez sus puertas y sus fortalezas: el Grand-Châtelet en la orilla derecha y el Petit-Châtelet en la orilla izquierda. Más tarde, a partir de los reyes de la primera dinastía, la falta de espacio en la isla, que ya no le permitía revolverse, llevó a París a cruzar el río. Entonces, un primer cinturón de murallas y torres empezó a mermar el campo a ambos lados del Sena, pasado el Grand-Châtelet y el Petit-Châtelet. De ese antiguo cerco todavía quedaban el siglo pasado algunos vestigios; hoy solo queda el recuerdo, y acá y allá una tradición, como la puerta Baudets o Baudoyer, *porta Bagauda*. Poco a poco, el flujo de las casas, siempre impelido desde el corazón de la ciudad hacia fuera, desborda, roe, desgasta y borra esas murallas. Felipe Augusto le hace un nuevo dique. Encierra a París dentro de una cadena circular de grandes torres, altas y sólidas. Durante más de un siglo, las casas se apiñan, se acumulan y elevan su nivel en esa dársena, como el agua en una alberca. Empiezan a hacerse profundas, añaden pisos sobre pisos, se encaraman unas sobre otras, suben hacia la superficie como toda savia comprimida y compiten para sacar la cabeza por encima de sus vecinas en busca de un poco de aire. La calle se hunde y se estrecha cada vez más; todo hueco se llena y desaparece. Finalmente, las casas saltan por encima de las murallas

de Felipe Augusto y se dispersan alegremente por la llanura, sin orden ni concierto, como fugitivas. Una vez allí, se aposentan, se acondicionan jardines en el campo, se instalan cómodamente. A partir de 1367, la ciudad se extiende tanto por los suburbios que se impone la necesidad de una nueva muralla, sobre todo en la orilla derecha. Carlos V la construye. Pero una ciudad como París experimenta un crecimiento continuo. Únicamente esas ciudades se convierten en capitales. Son embudos adonde van a parar todas las vertientes geográficas, políticas, morales e intelectuales de un país, todas las pendientes naturales de un pueblo; pozos de civilización, por así decirlo, y también sumideros en los que comercio, industria, inteligencia, población, todo lo que es savia, todo lo que es vida, todo lo que es alma en una nación penetra y se acumula sin cesar, gota a gota, siglo a siglo. La muralla de Carlos V corre, pues, la misma suerte que la de Felipe Augusto. Desde finales del siglo XV, es sobrepasada, desbordada, y los arrabales llegan más lejos. En el siglo XVI, a simple vista se diría que retrocede y se adentra cada vez más en la vieja ciudad, hasta tal punto se apelmaza una ciudad nueva en el exterior. Así pues, en el siglo XV, para detenernos ahí, París ya había gastado los tres círculos concéntricos de murallas que en tiempos de Juliano el Apóstata se hallaban en germen, por así decirlo, en el Grand-Châtelet y el Petit-Châtelet. La poderosa ciudad había hecho reventar sucesivamente sus cuatro cinturones de murallas, como un niño que crece y hace saltar las costuras de su ropa del año anterior. Bajo el reinado de Luis XI se veía asomar en algunos lugares, atravesando ese mar de casas, grupos de torres en ruinas de las antiguas murallas, como los picos de las colinas en una inundación, como archipiélagos del viejo París sumergido bajo el nuevo.

Desde entonces, París, desgraciadamente para nuestros ojos, ha vuelto a transformarse; pero solo ha traspasado una fortificación más, la de Luis XV, esa miserable muralla de pacotilla, digna del rey que ordenó construirla, así como del poeta que la cantó:

El muro que amuralla París hace a París murmurador.

En el siglo XV, París se hallaba aún dividida en tres ciudades completamente diferenciadas y separadas, cada una de las cuales tenía su fisonomía, su especialidad, sus costumbres, sus privilegios y su historia: la Cité, la Universidad y la Villa. La Cité, que ocupaba la isla, era la más antigua, la más pequeña y la madre de las otras dos, apretujada entre ellas —discúlpesenos la comparación— como una viejecita entre dos espléndidas muchachas. La Universidad cubría la orilla izquierda del Sena desde la Tournelle hasta la torre de Nesle, puntos que corresponden en el París de hoy el uno al Mercado Central de vinos y el otro a la Casa de la Moneda. Su recinto ocupaba bastante ampliamente la zona de campo donde Juliano había construido sus termas. La montaña de Santa Genoveva quedaba dentro de él. El punto culminante de esta curva de murallas era la puerta Papal, es decir, aproximadamente el emplazamiento actual del Panteón. La Villa, que era el más grande de los tres trozos que constituían París, ocupaba la orilla derecha. El muelle, aunque cortado o interrumpido en varios lugares, corría a lo largo del Sena desde la torre de Billy hasta la torre del Bois, o sea, desde el lugar donde está actualmente el Pósito hasta el lugar donde están actualmente las Tullerías. Estos cuatro puntos donde el Sena cortaba las murallas de la capital, la Tournelle y la torre de Nesle a la izquierda, y la torre de Billy y la del Bois a la derecha, eran conocidos como «las cuatro torres de París». La Villa se adentraba en las tierras más

profundamente aún que la Universidad. El punto culminante del cerco de la Villa (el de Carlos V) se encontraba en las puertas Saint-Denis y Saint-Martin, cuyo emplazamiento no ha cambiado.

Como acabamos de decir, cada una de estas tres grandes divisiones de París era una ciudad, pero una ciudad demasiado especial para ser completa, una ciudad que no podía prescindir de las otras dos. Eran también, estas tres divisiones, tres aspectos totalmente independientes. En la Cité abundaban las iglesias, en la Villa, los palacios, y en la Universidad, los colegios. Para obviar aquí las originalidades menos importantes del viejo París y los caprichos de la administración de la vía pública, diremos, desde un punto de vista general, considerando solo los conjuntos y las masas en el caos de las jurisdicciones comunales, que la isla era del obispo, la orilla derecha, del preboste de los mercaderes, y la orilla izquierda, del rector. El preboste de París, oficial real y no municipal, estaba por encima de todos ellos. La Cité tenía Notre-Dame; la Villa, el Louvre y el Ayuntamiento; y la Universidad, la Sorbona. La Villa tenía Les Halles; la Cité, el Hôtel-Dieu; la Universidad, el Pré-aux-Clercs. Los estudiantes que cometían un delito en la orilla izquierda eran juzgados en la isla, en el Palacio de Justicia, y castigados en la orilla derecha, en Montfaucon. A no ser que el rector sintiera la Universidad fuerte y al rey débil y decidiese intervenir, pues era un privilegio de los estudiantes ser ahorcados en su territorio.

(La mayoría de estos privilegios, dicho sea de paso, y los había mucho mejores que ese, habían sido obtenidos de los reyes mediante revueltas y motines. Es la marcha inmemorial. El rey solo suelta cuando el pueblo arranca. Un antiguo documento, refiriéndose a la fidelidad, lo expresa ingenuamente:*Civibus fidelitas in reges, quae tamen aliquoties seditionibus interrupta, multa peperit privilegia*.)[45]

En el siglo XV el Sena bañaba cinco islas en el recinto de París: la isla de Louviers, donde a la sazón había árboles y donde ya no hay más que leña; la isla de las Vacas y la isla de Notre-Dame, ambas desiertas, excepto por alguna casucha, y ambas feudos del obispo (en el siglo XVII, de esas dos islas hicieron una, en la que edificaron y que llamamos isla de San Luis); y por último la Cité, con el islote del Barquero de Vacas en la punta, que más tarde se hundió bajo el terraplén del Pont-Neuf. La Cité tenía entonces cinco puentes: tres a la derecha, el puente de Notre-Dame y el Pont-au-Change, de piedra, y el Pont-aux-Meuniers, de madera; dos a la izquierda, el Petit-Pont, de piedra, y el puente de Saint-Michel, de madera; y todos estaban cargados de casas. La Universidad tenía seis puertas, construidas por Felipe Augusto; eran, a partir de la Tournelle, la puerta de Saint-Victor, la puerta Bordelle, la puerta Papal, la puerta de Saint-Jacques, la puerta de Saint-Michel y la puerta de Saint-Germain. La Villa tenía seis puertas, construidas por Carlos V; eran, desde la torre de Billy, la puerta de Saint-Antoine, la puerta del Temple, la puerta de Saint-Martin, la puerta de Saint-Denis, la puerta de Montmartre y la puerta de Saint-Honoré. Todas estas puertas eran fuertes, y bonitas también, lo cual no disminuye la fuerza. Un foso ancho, profundo, de corriente rápida durante las crecidas del invierno, bañaba el pie de las murallas alrededor de París; el agua la proporcionaba el Sena. Por la noche cerraban las puertas, cortaban el paso por el río en los dos extremos de la ciudad con gruesas cadenas de hierro, y París dormía tranquila.

A vista de pájaro, estos tres burgos —la Cité, la Universidad y la Villa— aparecían cada uno como un tejido inextricable de calles extrañamente enmarañadas. Sin embargo, desde el primer

momento se distinguía que esos tres fragmentos urbanos formaban un solo cuerpo. Se veían enseguida dos largas calles paralelas sin interrupciones, sin obstáculos, casi en línea recta, que atravesaban a la vez las tres ciudades de un extremo a otro, de sur a norte, perpendicularmente al Sena, las unían, las mezclaban, inyectaban, vertían, transvasaban sin cesar la población de una en los muros de otra, y de las tres no hacían sino una sola. La primera de estas dos calles iba desde la puerta de Saint-Jacques hasta la puerta de Saint-Martin; se llamaba calle Saint-Jacques en la Universidad, calle Juiverie en la Cité y calle Saint-Martin en la Villa; cruzaba el agua dos veces con el nombre de Petit-Pont y puente de Notre-Dame. La segunda, que se llamaba calle Harpe en la orilla izquierda, calle Barillerie en la isla, calle Saint-Denis en la orilla derecha, puente de Saint-Michel en uno de los brazos del Sena y Pont-au-Change en el otro, iba desde la puerta de Saint-Michel, en la Universidad, hasta la puerta de Saint-Denis, en la Villa. Por lo demás, pese a tener tantos nombres distintos, no dejaban de ser dos calles, pero eran las dos calles madres, las dos calles generadoras, las dos arterias de París. Todas las demás venas de la triple ciudad, bien bebían de ellas, bien desaguaban en ellas.

Independientemente de estas dos calles principales, diametrales, que atravesaban a lo ancho París de uno a otro lado, comunes a la capital entera, la Villa y la Universidad tenían cada una su calle mayor particular, que corría en sentido longitudinal, paralelamente al Sena, y cortaba en ángulo recto las dos calles «arteriales». Así, en la Villa se bajaba en línea recta desde la puerta de Saint-Antoine hasta la puerta de Saint-Honoré, y en la Universidad, desde la puerta de Saint-Victor hasta la puerta de Saint-Germain. Esas dos grandes vías que se cruzaban con las dos primeras formaban la urdimbre sobre la que descansaba, tramada y apretada en todos los sentidos, la red laberíntica de las calles de París. En el dibujo incomprensible de esa red se distinguían además, observando atentamente, como dos haces, uno en la Universidad y el otro en la Villa, dos manojos de grandes calles que iban ensanchándose desde los puentes hacia las puertas.

Algo de ese plano geométrico subsiste todavía hoy.

Ahora bien, ¿qué aspecto presentaba este conjunto visto desde lo alto de las torres de Notre-Dame en 1482? Eso es lo que vamos a tratar de describir.

Para el espectador que llegaba sin aliento a esa cima, la primera impresión era un deslumbramiento de tejados, de chimeneas, de calles, de puentes, de plazas, de flechas, de campanarios. Todo te inundaba los ojos a la vez: el frontón tallado, el tejado agudo, la torrecilla suspendida en las esquinas de los muros, la pirámide de piedra del siglo XI, el obelisco de pizarra del XV, el redondo y desnudo torreón, la torre cuadrada y ornamentada de la iglesia, lo grande, lo pequeño, lo macizo, lo aéreo. La mirada se perdía largo rato en la profundidad de ese laberinto, donde no había nada que no tuviera su originalidad, su razón, su carácter, su belleza, nada que no viniera del arte, desde la casa más pequeña con fachada pintada y esculpida, con armazón exterior, con puerta rebajada, con pisos en saledizo, hasta el real Louvre, que tenía entonces una columnata de torres. Pero pasemos ahora a las principales masas que se distinguían cuando la vista empezaba a habituarse a ese tumulto de edificios.

Primero la Cité. La isla de la Cité, como dice Sauval, entre cuyo farragoso discurso despuntan a veces aciertos estilísticos, «es como un gran bajel hundido en el cieno y varado a flor de agua

hacia el centro del Sena». Acabamos de decir que en el siglo XV ese bajel estaba amarrado a las dos orillas del río por cinco puentes. Esta forma de nave había llamado también la atención a los escribas heráldicos; pues es de ahí, y no del asedio de los normandos, de donde procede, según Favyn y Pasquier, el bajel que blasona el viejo escudo de París. Para quien sabe descifrarlo, el blasón es un álgebra, el blasón es una lengua. Toda la historia de la segunda mitad de la Edad Media está escrita en el blasón, al igual que la historia de la primera mitad lo está en el simbolismo de las iglesias románicas. Son los jeroglíficos del feudalismo después de los de la teocracia.

La Cité, pues, se ofrecía primeramente a la vista con la popa hacia levante y la proa hacia poniente. Colocándose de cara a la proa, tenía uno ante sí un innumerable rebaño de viejos tejados, sobre los que sobresalía ampliamente el ábside emplomado de la Santa Capilla, semejante a la grupa de un elefante cargado con su torre. Con la particularidad de que esta torre era la flecha más audaz, la más labrada, la más afinada, la más calada, la que más ha dejado ver el cielo a través de su cono de crestería. Frente a Notre-Dame, justo delante, tres calles desembocaban en el atrio, hermosa plaza con casas antiguas. Por el lado sur de esta plaza asomaba la fachada arrugada y ceñuda del Hôtel-Dieu y su tejado, que parece cubierto de pústulas y de verrugas. Y a derecha e izquierda, al este y al oeste, en ese estrechísimo recinto de la Cité, se alzaban los campanarios de sus veintiuna iglesias de todas las épocas, de todas las formas, de todos los tamaños, desde el bajo y carcomido campanil románico de Saint-Denis du Pas, *carcer Glaucini*, hasta las finas agujas de Saint-Pierre-aux-Boeufs y de Saint-Landry. Detrás de Notre-Dame se extendían el claustro con sus galerías góticas al norte, el palacio semirrománico del obispo al sur, y la punta desierta del Terrain en el lado de levante. En aquel amontonamiento de casas, la vista distinguía aún, por sus altas mitras de piedra caladas que coronaban entonces, en el mismo tejado, las ventanas más altas de los palacios, el hotel ofrecido por la ciudad a Juvenal des Ursins durante el reinado de Carlos VI; un poco más lejos, las barracas alquitranadas del mercado Palus; más allá todavía, el ábside nuevo de Saint-Germain le Vieux, ampliado en 1458 con un trozo de la calle Febves; y después, desperdigados, una encrucijada atestada de gente, una picota levantada en la esquina de una calle, un hermoso trozo de pavimento de Felipe Augusto —magnífico embaldosado rayado por los cascos de los caballos en medio de la calle y pésimamente reemplazado en el siglo XVI por el miserable empedrado llamado «pavimento de la Liga»— y un patio desierto con una de esas diáfanas torrecillas de la escalera como las que se hacían en el siglo XV y como la que todavía se ve en la calle Bourdonnais. Por último, a la derecha de la Santa Capilla, hacia poniente, el Palacio de Justicia asentaba al borde del agua su grupo de torres. Las arboledas de los jardines del rey, que cubrían la punta occidental de la Cité, ocultaban el islote del Barquero. En cuanto al agua, desde lo alto de las torres de Notre-Dame apenas se veía a ambos lados de la Cité; el Sena desaparecía bajo los puentes, los puentes bajo las casas.

Y cuando la mirada iba más allá de esos puentes, cuyos tejados enmohecidos antes de tiempo por los vapores del agua verdeaban a ojos vistas, si se dirigía a la izquierda, hacia la Universidad, el primer edificio que le llamaba la atención era un haz achaparrado de torres, el Petit-Châtelet, cuyo portón abierto devoraba el extremo del Petit-Pont; luego, si la mirada recorría la orilla de

levante a poniente, de la Tournelle a la torre de Nesle, descubría un largo cordón de casas con vigas esculpidas y cristales de colores que descendían escalonadamente hasta el suelo, un interminable zigzag de frontones burgueses, con frecuencia cortado por una bocacalle y de vez en cuando también por la fachada o la esquina de un gran hotel de piedra que se arrellanaba extendiendo patios y jardines, alas y estancias entre aquella turba de casas apiñadas y pegadas, como un gran señor entre una caterva de villanos. Había cinco o seis hoteles de esos sobre el muelle, desde la residencia de Lorraine, que compartía con los Bernardinos el gran recinto contiguo a la Tournelle, hasta el hotel de Nesle, cuya torre principal marcaba los límites de París y cuyos tejados puntiagudos tenían durante tres meses al año el privilegio de rasgar con sus triángulos negros el disco escarlata del sol poniente.

Este lado del Sena era, por lo demás, el menos comercial de los dos; los estudiantes armaban allí más bullicio y eran más numerosos que los artesanos, y no había muelle, hablando con propiedad, más que desde el puente de Saint-Michel hasta la torre de Nesle. El resto de la orilla del Sena era unas veces playa desnuda, como era el caso pasados los Bernardinos, y otras un amontonamiento de casas con los pies metidos en el agua, como sucedía entre los dos puentes. Había gran algazara de lavanderas, que gritaban, hablaban, cantaban de la mañana a la noche a lo largo de la orilla y golpeaban fuerte la ropa, como en nuestros días. No son, estas lavanderas, la menor alegría de París.

A simple vista la Universidad formaba un bloque. Era, de un extremo a otro, un todo homogéneo y compacto. Aquellos mil tejados, tupidos, angulosos, adherentes, compuestos casi todos del mismo elemento geométrico, ofrecían, vistos desde arriba, el aspecto de una cristalización de la misma sustancia. La caprichosa hondonada de las calles no cortaba aquel pastel de casas en trozos demasiado desproporcionados. Los cuarenta y dos colegios estaban diseminados de un modo bastante uniforme, y los había por todas partes. Los remates variados y divertidos de aquellos bellos edificios eran el producto del mismo arte que los tejados corrientes entre los que sobresalían, y no eran, en definitiva, sino una multiplicación al cuadrado o al cubo de la misma figura geométrica; complicaban el conjunto, pues, sin desordenarlo, lo completaban sin cambiarlo. La geometría es armonía. Algunos hermosos hoteles asomaban también magníficamente acá y allá por encima de las pintorescas buhardillas de la orilla izquierda: la residencia de Nevers, la residencia de Roma y la residencia de Reims, que han desaparecido, así como el hotel de Cluny, que subsiste aún para consuelo del artista y cuya torre tan tontamente desmocharon hace unos años. Cerca de Cluny, ese palacio romano con bonitos arcos cimbrados era las termas de Juliano. Había asimismo numerosas abadías de una belleza más devota, de una grandeza más austera que los hoteles, pero no menos bellas, no menos grandes. Las primeras que atraían las miradas eran los Bernardinos, con sus tres campanarios; Santa Genoveva, cuya torre cuadrada, que todavía existe, tanto hace añorar el resto; la Sorbona, mitad colegio, mitad monasterio, de la que sobrevive una admirable nave; el bello claustro cuadrado de los Trinitarios; su vecino, el claustro de San Benito, entre cuyos muros tuvieron tiempo de construir una chapuza de teatro entre la séptima y la octava edición de este libro; los Franciscanos, con sus tres enormes frontones yuxtapuestos; los Agustinos, cuya graciosa aguja constituía, después de la torre de

Nesle, la segunda crestería de este lado de París partiendo de occidente. Los colegios, que son realmente el eslabón intermedio entre el claustro y el mundo, ocupaban el centro en la serie monumental entre los hoteles y las abadías, con una severidad llena de elegancia, una escultura menos alocada que los palacios, una arquitectura menos seria que los conventos. Desgraciadamente no queda casi nada de esos monumentos en los que el arte gótico combinaba con tanta precisión la riqueza y la economía. Las iglesias (y eran numerosas y espléndidas en la Universidad, y se escalonaban también aquí en todas las edades de la arquitectura, desde los arcos de medio punto de Saint-Julien hasta las ojivas de Saint-Séverin) dominaban el conjunto y, como una armonía más en aquella masa de armonía, atravesaban por doquier la cresteríа múltiple de los frontones con afiladas flechas, con campanarios calados, con finas agujas cuya línea era también una magnífica exageración del ángulo agudo de los tejados.

El terreno de la Universidad era montuoso. La montaña de Santa Genoveva formaba al sudeste una ampolla enorme, y era algo digno de verse desde lo alto de Notre-Dame aquella multitud de calles estrechas y tortuosas (actualmente «el país latino»), aquellos racimos de casas que, esparcidas en todas direcciones desde la cima de esa elevación, se precipitaban en desorden y casi a pico por sus laderas hasta el borde del agua, de manera que daban la impresión, unas de caer, otras de trepar, y todas de sostenerse unas a otras. Un flujo continuo de miles de puntos negros que se entrecruzaban en el suelo hacía que se nublara la vista; era el pueblo, visto desde arriba y desde lejos.

Finalmente, en los intervalos de aquellos tejados, de aquellas flechas, de aquellos innumerables accidentes de edificios que doblaban, torcían y recortaban de una manera tan curiosa la línea extrema de la Universidad, se entreveía de cuando en cuando un gran lienzo de muralla enmohecido, una maciza torre redonda, una puerta de ciudad almenada, como símbolo de la fortaleza; era el cerco de Felipe Augusto. Al otro lado verdeaban los prados y desaparecían las carreteras, a lo largo de las cuales se alzaban algunas casas más de arrabal, tanto más escasas cuanto más se alejaban. Algunos de esos arrabales eran importantes. Desde la Tournelle, primero estaba el burgo de Saint-Victor, con su puente de un ojo sobre el Bièvre, su abadía, donde se podía leer el epitafio de Luis el Gordo,*epitaphium Ludovici Grossi*, y su iglesia de flecha octogonal, flanqueada por cuatro pináculos del sigloXI (puede verse una semejante en Étampes que aún no ha sido derribada); seguía el burgo de Saint-Marceau, que tenía ya tres iglesias y un convento; luego, dejando a la izquierda el molino de los Gobelinos y sus cuatro muros blancos, estaba el suburbio de Saint-Jacques con la bella cruz esculpida en su encrucijada, la iglesia de Saint-Jacques du Haut-Pas, que entonces era gótica, puntiaguda y encantadora, Saint-Magloire, bella nave del siglo XIV que Napoleón transformó en un pajar, y Notre-Dame des Champs, donde había mosaicos bizantinos. Por último, después de haber dejado en pleno campo el monasterio de los Cartujos, rico edificio contemporáneo del Palacio de Justicia, con sus jardincillos compartimentados y las ruinas mal frecuentadas de Vauvert, la mirada encontraba, en el lado occidental, las tres agujas románicas de Saint-Germain-des-Prés. El burgo de Saint-Germain, ya un municipio grande, se extendía quince o veinte calles detrás. El campanario puntiagudo de Saint-Sulpice marcaba uno de los límites del burgo. Justo al lado se distinguía el recinto cuadrado de la feria de Saint-Germain,

donde está hoy el mercado, y luego la picota del abad, bonita torrecilla redonda coronada por un cono de plomo. La tejería estaba más lejos, y la calle Four, que conducía al horno de poya, y el molino sobre su collado, y la leprosería, una casita aislada y mal vista. Mas lo que atraía sobre todo la mirada, y la mantenía clavada largo rato en ese punto, era la propia abadía. Es indudable que ese monasterio, que tenía un aspecto magnífico como iglesia y como señorío, ese palacio abacial donde los obispos de París se consideraban dichosos de pasar una noche, ese refectorio al que el arquitecto había dotado del aire, la belleza y el espléndido rosetón de una catedral, esa elegante capilla de la Virgen, ese dormitorio monumental, esos vastos jardines, ese rastrillo, ese puente levadizo, ese envoltorio de almenas que ofrecía recortada a los ojos la vegetación de los prados de alrededor, esos patios donde relucían guerreros mezclados con capas de oro, todo ello agrupado en torno a las tres altas flechas de arco de medio punto, bien asentadas sobre un ábside gótico, formaban una magnífica figura en el horizonte.

Cuando por fin, después de haber contemplado largo rato la Universidad, te volvías hacia la orilla derecha, hacia la Villa, el espectáculo cambiaba de repente para adquirir otro carácter. La Villa, en efecto, mucho más grande que la Universidad, estaba también mucho menos unificada. Desde el primer golpe de vista, la veías dividirse en varias masas singularmente distintas. En el lado de levante, en esa parte de la Villa que todavía hoy recibe su nombre de la marisma[46] en la que Camulógeno empantanó a César, había un amontonamiento de palacios. La manzana llegaba hasta el borde del agua. Cuatro hoteles casi pegados, Jouy, Sens, Barbeau y la residencia de la Reina, miraban en el Sena sus tejados de pizarra decorados con esbeltas torrecillas. Esos cuatro edificios llenaban el espacio que iba de la calle Nonaindières a la abadía de los Celestinos, cuya aguja realzaba graciosamente su línea de frontones y de almenas. Algunas casuchas verduscas, inclinadas sobre el agua delante de esos suntuosos hoteles, no impedían ver los bellos ángulos de sus fachadas, sus amplias ventanas cuadradas enmarcadas en piedra, sus pórticos ojivales sobrecargados de estatuas, las vivas aristas de sus paredes siempre limpiamente cortadas y todos esos encantadores azares de la arquitectura que hacen que el arte gótico parezca renovar sus combinaciones en cada monumento. Detrás de aquellos palacios se extendía en todas direcciones, en algunas partes dividido, vallado y almenado como una ciudadela, en otras oculto por grandes árboles como una cartuja, el recinto inmenso y multiforme de ese milagroso hotel de Saint-Pol donde el rey de Francia podía alojar soberbiamente a veintidós príncipes de la categoría del delfín o del duque de Borgoña, con sus sirvientes y sus séquitos, sin contar a los grandes señores, ni al emperador cuando venía a ver París, ni a los leones, que tenían su residencia aparte en la residencia real. Precisemos que el aposento de un príncipe no se componía entonces de menos de once estancias, desde la sala de recepción hasta el oratorio, sin hablar de las galerías, los baños, los baños turcos y otros «lugares superfluos» de los que todo aposento estaba provisto; sin hablar de los jardines particulares de cada invitado del rey; sin hablar tampoco de las bodegas, las cocinas, las antecocinas, los refectorios generales de la casa, las veintidós dependencias generales, incluidas aquellas donde se llevaba a cabo la distribución del vino; ni de los juegos de mil clases, como el mallo, la pelota y las anillas; ni de las pajareras, las peceras, las casas de fieras, las caballerizas, los establos, las bibliotecas, los arsenales y las fundiciones. Esto era entonces un

palacio de rey, un Louvre, un Saint-Pol. Una ciudad dentro de la ciudad.

Desde la torre donde nos hemos situado, el hotel Saint-Pol, medio tapado por las cuatro grandes residencias de las que acabamos de hablar, seguía siendo imponente y maravilloso. Se distinguían muy bien, pese a estar hábilmente unidos al edificio principal mediante largas galerías con vidrieras y columnatas, los tres hoteles que CarlosV había incorporado a su palacio: el hotel del Petit-Muce, con la balaustrada de crestería que orlaba graciosamente su tejado; el hotel del abad de Saint-Maur, que tenía aspecto de fortaleza, una gran torre, matacanes, troneras, bastiones de hierro y, sobre la ancha puerta sajona, el escudo del abad entre las dos entalladuras del puente levadizo; el hotel del conde de Étampes, cuyo torreón, con el remate en ruinas, presentaba un perfil redondeado y mellado como la cresta de un gallo; aquí y allá, tres o cuatro viejos robles formando ramilletes como inmensas coliflores, retozos de cisnes en las aguas claras de los viveros, cuya superficie aparecía como fruncida por efecto de la sombra y la luz; numerosos patios de los que se veían rincones pintorescos; el hotel de los Leones con sus ojivas bajas sobre cortos pilares sajones, sus rastrillos de hierro y su perpetuo rugido; en medio de este conjunto, la flecha escamada del Ave María; a la izquierda, la residencia del preboste de París, flanqueada por cuatro torrecillas finamente caladas; en el centro, al fondo, el hotel Saint-Pol propiamente dicho, con sus fachadas multiplicadas, sus sucesivos añadidos desde Carlos V, las excrecencias híbridas con que la fantasía de los arquitectos lo había recargado desde hacía dos siglos, con todos los ábsides de sus capillas, todos los piñones de sus galerías, miles de veletas a los cuatro vientos y sus dos altas torres contiguas, cuyo tejado cónico, rodeado de almenas en su base, parecía uno de esos sombreros puntiagudos con el ala levantada.

Prosiguiendo el ascenso por las gradas de ese anfiteatro de palacios que se extendía a lo lejos sobre el suelo, después de haber salvado un profundo barranco abierto en los tejados de la Villa, el cual señalaba el paso de la calle Saint-Antoine, la vista llegaba a la residencia de Angulema, vasta construcción de varias épocas en la que había partes completamente nuevas y muy blancas que se integraban tan mal en el conjunto como un remiendo rojo en un jubón azul. Sin embargo, el tejado singularmente puntiagudo y elevado del palacio moderno, salpicado de canalones cincelados, cubierto de planchas de plomo donde resplandecientes incrustaciones de cobre dorado formaban miles de fantásticos arabescos, ese tejado tan curiosamente adamascado se elevaba con gracia desde en medio de las sombrías ruinas del antiguo edificio, cuyas viejas y enormes torres, abombadas por el tiempo cual toneles, hundiéndose sobre sí mismas de vetustez y agrietándose de arriba abajo, parecían gruesos vientres desabrochados. Detrás se alzaba el bosque de agujas del palacio de las Tournelles. No hay en todo el mundo, ni en Chambord ni en la Alhambra, una perspectiva más mágica, más aérea, más prodigiosa que ese oquedal de flechas, de pináculos, de chimeneas, de veletas, de espirales, de escaleras de caracol, de linternas atravesadas por la luz que parecían marcadas con sacabocados, de pabellones, de torrecillas ahusadas, todas de diferente forma, altura y posición. Parecía un gigantesco ajedrez de piedra.

A la derecha de las Tournelles, ese manojo de enormes torres de un negro tinta que se meten unas dentro de otras y están atadas, por así decirlo, por un foso circular, ese torreón con muchas más troneras que ventanas, ese puente levadizo siempre levantado, ese rastrillo siempre bajado,

eso es la Bastilla. Esa especie de picos negros que asoman entre las almenas, y que de lejos uno confunde con canalones, son cañones.

Bajo su boca, al pie del formidable edificio, está la puerta de Saint-Antoine, oculta entre sus dos torres.

Más allá de las Tournelles, hasta la muralla de Carlos V, se extendía, con exuberantes zonas de hierba y flores, una alfombra aterciopelada de cultivos y de parques reales, en medio de los cuales se reconocía, por su laberinto de árboles y de avenidas, el famoso jardín Dédalo que Luis XI había ofrecido a Coictier. El observatorio del doctor se alzaba por encima del dédalo como una gruesa columna aislada que tuviera una casita por capitel. En ese lugar se han hecho terribles predicciones astrológicas.

Ahí está actualmente la plaza Royale.

Como acabamos de decir, el barrio de palacios del que estamos intentando dar una idea al lector, aunque limitándonos a señalar sus cúspides, se extendía en la esquina que la muralla de Carlos V formaba con el Sena en la parte oriental. El centro de la Villa estaba ocupado por una aglomeración de casas populares. Allí era, en efecto, donde desembocaban los tres puentes de la Cité por la orilla derecha, y los puentes piden la presencia de casas delante de los palacios. Ese amontonamiento de viviendas burguesas, apiñadas como los alvéolos de una colmena, tenía su belleza. De los tejados de una capital puede decirse, como de las olas de un mar, que son grandiosos. Para empezar, las calles, entrecruzadas y enmarañadas, trazaban en el bloque cientos de figuras divertidas. Alrededor del mercado, era como una estrella de mil puntas. Las calles Saint-Denis y Saint-Martin, con sus innumerables ramificaciones, subían una tras otra como dos grandes árboles que entrecruzan sus ramas. Y líneas tortuosas — las calles Plâtrerie, Verrerie, Tixeranderie, etcétera— serpenteaban por el conjunto. Había también bellos edificios que rompían la ondulación petrificada de aquel mar de frontones. Uno de ellos, en la entrada del Pont-aux-Changeurs, detrás del cual se veía la espuma del Sena bajo las ruedas del Pont-aux-Meuniers, era el Châtelet, ya no torre romana como en la época de Juliano el Apóstata, sino torre feudal del siglo XIII, y de una piedra tan dura que con un pico no se arrancaba en tres horas el grosor de un puño. Otro era el rico campanario cuadrado de Saint-Jacques-de-la-Boucherie con sus ángulos cubiertos de esculturas, ya admirable pese a que en el siglo XV aún no estuviera acabado. Le faltaban en particular esos cuatro monstruos que, todavía hoy encaramados en las esquinas del tejado, parecen cuatro esfinges que plantean al nuevo París el enigma del antiguo para que lo resuelva; Rault, el escultor, no los puso hasta 1526, y recibió veinte francos por su trabajo. Otro de esos edificios era la Casa de los Pilares, cuya fachada daba a la plaza de Grève, de la que ya hemos dado cierta idea al lector. Y Saint-Gervais, que un pórtico «de buen gusto» echó más tarde a perder; y Saint-Méry, cuyas viejas ojivas casi eran aún arcos de medio punto; y Saint-Jean, cuya magnífica aguja era proverbial; y veinte monumentos más que no desdeñaban enterrar sus mara Villas en aquel caos de calles oscuras, estrechas y profundas. Añadan las cruces de piedra esculpidas, que se prodigaban en las encrucijadas todavía más que las horcas; el cementerio de los Inocentes, cuya cerca arquitectónica se veía a lo lejos, por encima de los tejados; la picota de Les Halles, cuya cúspide asomaba entre dos chimeneas de la calle Cossonnerie; la escalera de la Croix-du-Trahoir

en su cruce siempre abarrotado de gente; las casetas circulares del mercado de trigo; los tramos de la antigua muralla de Felipe Augusto, que se distinguían aquí y allá, ahogados entre las casas; torres invadidas por la hiedra, puertas carcomidas, lienzos de pared en ruinas y deformados; el muelle con sus mil tiendas y sus desolladeros sanguinolentos; el Sena cargado de barcos desde el Port-au-Foin hasta For-l'Évêque… Añadan todo esto y tendrán una imagen confusa de lo que era en 1482 el trapecio central de la Villa.

Con estos dos barrios, uno de hoteles y otro de casas, el tercer elemento del aspecto que ofrecía la Villa era una larga zona de abadías que la bordeaba casi en la totalidad de su contorno, desde levante hasta poniente, y formaba, por detrás del cinturón de fortificaciones que cerraba París, un segundo cinturón interior de conventos y capillas. Justo al lado del parque de las Tournelles, entre la calle Saint-Antoine y la antigua calle del Temple, estaba Sainte-Catherine con su inmensa huerta, cuyo único límite era la muralla de París. Entre la antigua y la nueva calle del Temple, estaba el Temple, siniestro haz de torres, alto, erguido y aislado en medio de un vasto recinto almenado. Entre la calle Neuve-du-Temple y la calle Saint-Martin, estaba, rodeada de jardines, la abadía de Saint-Martin, soberbia iglesia fortificada cuyo cerco de torres y cuya tiara de campanarios solo eran superados en fuerza y esplendor por Saint-Germain-des-Prés. Entre las calles Saint-Martin y Saint-Denis se extendía el recinto de la Trinidad. Finalmente, entre la calle Saint-Denis y la calle Montorgueil, estaban las Hijas de Dios. Al lado se distinguían los tejados mugrientos y el recinto sin pavimentar de la Corte de los Milagros. Era el único eslabón profano en aquella devota cadena de conventos.

Finalmente, el cuarto compartimento que se dibujaba por sí solo en la aglomeración de tejados de la orilla derecha, y que ocupaba la esquina occidental del cerco y el borde del río aguas abajo, era otro grupo de palacios y de hoteles apiñados al pie del Louvre. El viejo Louvre de Felipe Augusto, ese edificio desmesurado cuya torre principal reunía otras veintitrés señoras torres a su alrededor, sin contar las torrecillas, desde lejos parecía engarzado en los remates góticos del hotel de Alençon y del Petit-Bourbon. Esa hidra de torres, guardiana gigante de París, con sus veinticuatro cabezas siempre erguidas, con sus monstruosas grupas cubiertas de plomo o de pizarra y resplandecientes de reflejos metálicos, remataba de un modo sorprendente la configuración de la Villa por el lado de poniente.

Una inmensa manzana (lo que los romanos llamaban *insula*), pues, de casas burguesas, flanqueada a derecha e izquierda por dos bloques de palacios coronados el uno por el Louvre y el otro por las Tournelles, bordeada al norte por un largo cinturón de abadías y de cercados cultivados, todo ello amalgamado y fundido a simple vista; sobre esos mil edificios, cuyos tejados de tejas y de pizarra recortaban unos sobre otros multitud de curiosos encadenados, los campanarios tatuados, repujados y grabados de las cuarenta y cuatro iglesias de la orilla derecha; miríadas de calles transversales; a modo de límite, por un lado, una cerca de altas murallas con torres cuadradas (la de la Universidad tenía las torres redondas), y por el otro, el Sena con sus puentes y sus numerosos barcos. Eso era la Villa en el siglo XV.

Al otro lado de las murallas, algunos arrabales se apiñaban junto a las puertas, pero en menor número y más diseminados que los de la Universidad. Detrás de la Bastilla había veinte casuchas

apelotonadas en torno a las curiosas esculturas de la Croix-Faubin y de los arbotantes de la abadía de Saint-Antoine des Champs; a continuación estaba Popincourt, perdido entre trigales; después la Courtille, alegre pueblo de tabernas; el burgo de Saint-Laurent con su iglesia, cuyo campanario, visto desde lejos, parecía sumarse a las torres puntiagudas de la puerta de Saint-Martin; el suburbio de Saint-Denis, con el vasto recinto de Saint-Ladre; fuera de la puerta de Montmartre, la Grange-Batelière rodeada de murallas blancas; detrás de ella, con sus pendientes de yeso, Montmartre, que tenía entonces casi tantas iglesias como molinos y que solo ha conservado los molinos, pues ahora la sociedad solo pide el pan del cuerpo. Por último, pasado el Louvre, se veía alargarse por los prados el suburbio de Saint-Honoré, ya muy considerable entonces, y verdear la Petite-Bretagne, y extenderse el mercado de cerdos, en el centro del cual se perfilaba la figura redondeada del horrible horno donde quemaban a los monederos falsos. Entre la Courtille y Saint-Laurent, los ojos ya habían encontrado, en la cima de una colina asentada sobre unas llanuras desiertas, una especie de edificio que de lejos parecía una columnata en ruinas sobre un basamento socavado. No era ni un Partenón ni un templo de Júpiter Olímpico. Era Montfaucon.

Ahora, si la enumeración de tantos edificios, por sucinta que hayamos querido hacerla, no ha pulverizado, a medida que la construíamos en la mente del lector, la imagen general del viejo París, la resumiremos en unas palabras. En el centro, la isla de la Cité, semejante por su forma a una enorme tortuga que sacara sus puentes escamados de tejas, como patas, de su gris caparazón de tejados. A la izquierda, el trapecio monolítico, firme, denso, compacto y erizado de la Universidad. A la derecha, el vasto semicírculo de la Villa, con muchos más jardines y monumentos. Los tres bloques, Cité, Universidad y Villa, veteados de innumerables calles. Atravesando el conjunto, el Sena, el «nutricio Sena», como dice el padre Du Breul, obstruido por islas, puentes y barcos. Alrededor una llanura inmensa como remendada por mil cultivos diferentes y sembrada de bonitos pueblos; a la izquierda, Issy, Vanvres, Vaugirard, Montrouge, Gentilly con su torre redonda y su torre cuadrada, etcétera; a la derecha, veinte más, desde Conflans hasta la Ville-l'Évêque. En el horizonte, un filete de colinas dispuestas en círculo como los bordes de un estanque. Por último, a lo lejos, al este, Vincennes y sus siete torres cuadrangulares; al sur, Bicêtre y sus torrecillas puntiagudas; al norte, Saint-Denis y su aguja; al oeste, Saint-Cloud y su torreón. Este era el París que veían desde lo alto de las torres de Notre-Dame los cuervos que vivían en 1482.

Es, sin embargo, de esta ciudad de la que Voltaire dijo que «antes de Luis XIV solo poseía cuatro bellos monumentos»: la cúpula de la Sorbona, el Val-de-Grâce, el Louvre moderno y no recuerdo cuál era el cuarto, el Luxemburgo quizá. Afortunadamente, tal afirmación no impidió a Voltaire escribir *Cándido*, así como tampoco le impidió ser, de todos los hombres que se han sucedido en la larga serie de la humanidad, el que ha tenido la risa más diabólica. Lo que demuestra, por lo demás, que se puede ser un genio y no comprender en absoluto un arte que no es el propio. ¿Acaso no creía Molière hacer un gran honor a Rafael y a Miguel Ángel llamándolos «los amanerados de su época»?

Pero volvamos a París y al siglo XV.

No era a la sazón únicamente una bonita ciudad; era una ciudad homogénea, un producto

arquitectónico e histórico de la Edad Media, una crónica de piedra. Era una ciudad formada tan solo por dos capas, la románica y la gótica, pues la capa romana había desaparecido hacía mucho, excepto en las Termas de Juliano, donde todavía atravesaba la gruesa costra de la Edad Media. En cuanto a la capa celta, ni siquiera excavando pozos se encontraban ya vestigios.

Cincuenta años después, cuando el Renacimiento incorporó a esta unidad tan severa y sin embargo tan variada el lujo deslumbrante de sus fantasías y de sus sistemas, sus derroches de arcos de medio punto romanos, de columnas griegas y de rebajamientos góticos, su escultura delicadísima e ideal, su gusto particular por los arabescos y las hojas de acanto, su paganismo arquitectónico contemporáneo de Lutero, París quizá fuera más bello, aunque menos armonioso a la vista y al pensamiento. Pero ese espléndido momento duró poco. El Renacimiento no fue imparcial; no se contentó con edificar, sino que quiso derribar. Cierto es que necesitaba sitio. Así pues, el París gótico solo estuvo completo un minuto. A duras penas habían terminado Saint-Jacques-de-la-Boucherie cuando ya empezaba la demolición del antiguo Louvre.

Desde entonces, la gran ciudad ha ido deformándose día tras día. El París gótico, bajo el cual desaparecía el París románico, desapareció a su vez. Pero ¿podemos decir qué París lo ha sustituido?

Está el París de Catalina de Médicis, en las Tullerías,[47] y el París de Enrique II, en el Ayuntamiento, dos edificios todavía de muy buen gusto; el París de Enrique IV, en la plaza Royale: fachadas de ladrillo con esquinas de piedra y tejados de pizarra, casas tricolores; el París de Luis XIII, en el Val-de-Grâce: una arquitectura aplastada y rechoncha, bóvedas en forma de asa de cesto, algo como barrigudo en las columnas y como jorobado en la cúpula; el París de Luis XIV, en los Inválidos: grande, rico, dorado y frío; el París de Luis XV, en Saint-Sulpice: volutas, lazos, nubes, fideos y escarolas, todo en piedra; el París de Luis XVI, en el Panteón: San Pedro de Roma mal copiado (el edificio ha sido torpemente comprimido, lo cual no ha mejorado sus líneas); el París de la República, en la Escuela de Medicina: un mediocre estilo griego y romano que se parece al Coliseo o al Partenón como la constitución del año III a las leyes de Minos (lo llaman en arquitectura «estilo mesidor»); el París de Napoleón, en la plaza Vendôme: este es sublime, una columna de bronce hecha con cañones; el París de la Restauración, en la Bolsa: una columnata extremadamente blanca que sustenta un friso extremadamente liso; el conjunto es cuadrado y costó veinte millones.

Cada uno de estos monumentos característicos está relacionado, por una semejanza de estilo, de forma y de actitud, con cierta cantidad de casas diseminadas por diversos barrios y que el ojo del experto distingue y data fácilmente. Cuando se sabe ver, se encuentra el espíritu de un siglo y la fisonomía de un rey hasta en una aldaba.

El París actual no tiene, pues, una fisonomía general. Es una colección de muestras de varios siglos, y las más bellas han desaparecido. La capital solo crece en número de casas, ¡y qué casas! Al ritmo al que va París, se renovará cada cincuenta años. Por lo tanto, el significado histórico de su arquitectura se borra de día en día. Cada vez hay menos monumentos; parece que los vemos hundirse poco a poco, inundados por las casas. Nuestros padres tenían un París de piedra; nuestros hijos tendrán un París de yeso.

En cuanto a los monumentos modernos del París nuevo, nos eximiremos gustosos de hablar de ellos. No es que no los admiremos como se merecen. La iglesia de Sainte-Geneviève, de Soufflot, es ciertamente la tarta más bella que se haya hecho jamás en piedra. El palacio de la Legión de Honor es también una muestra de repostería muy distinguida. La cúpula del mercado de trigo es una gorra de jockey inglés a gran escala. Las torres de Saint-Sulpice son dos grandes clarinetes, lo que no deja de ser una forma como cualquier otra; el telégrafo, retorcido y gesticulante, añade un bonito apéndice sobre su tejado. Saint-Roch tiene un pórtico solo comparable, por su magnificencia, al de Saint-Thomas d'Aquin. Tiene también un vía crucis en altorrelieve en un sótano y un sol de madera dorado. Son cosas, todas ellas, absolutamente maravillosas. La linterna del laberinto del Jardín Botánico es también muy ingeniosa. En cuanto al edificio de la Bolsa, griego por su columnata, románico por los arcos de medio punto de sus puertas y ventanas, y renacentista por su gran bóveda rebajada, es indudablemente un monumento muy correcto y muy puro; prueba de ello es que está coronado por un ático difícil de ver en Atenas, bella línea recta, graciosamente cortada aquí y allá por tubos de estufa. Añadamos que, si es un requisito indispensable que la arquitectura de un edificio se adapte a su destino de tal forma que dicho destino se delate por sí solo simplemente por el aspecto del edificio, nunca admiraremos bastante un monumento que puede ser indistintamente el palacio de un rey, una cámara de los comunes, un ayuntamiento, un colegio, un picadero, una academia, un almacén, un tribunal, un museo, un cuartel, un sepulcro, un templo o un teatro. Por el momento, es una Bolsa. Un monumento debe ser, además, apropiado para el clima. Este está a todas luces construido expresamente para nuestro cielo frío y lluvioso. Tiene un tejado casi plano como en Oriente, por lo que en invierno, cuando nieva, barren el tejado; y es indudable que un tejado está hecho para ser barrido. En cuanto a ese destino del que hablábamos hace un momento, responde a él de mara Villa; es Bolsa en Francia como hubiera sido templo en Grecia. Es cierto que al arquitecto le costó bastante trabajo ocultar la esfera del reloj, que habría destruido la pureza de las bellas líneas de la fachada; pero, en contrapartida, tenemos esa columnata que rodea el monumento y bajo la cual puede desfilar majestuosamente, los grandes días de solemnidad religiosa, la teoría de los agentes de cambio y los corredores de comercio.

Todos estos monumentos son, sin ninguna duda, soberbios. Añadamos a ellos muchas calles bonitas, divertidas y variadas como la calle Rivoli, y no pierdo la esperanza de que París, visto desde un globo, presente un día esa riqueza de líneas, esa opulencia de detalles, esa diversidad de aspectos, ese no sé qué de grandioso en lo sencillo y de inesperado en lo bello que caracteriza a un damero.

Sin embargo, por admirable que le parezca el París actual, rehaga el París del siglo XV, reconstrúyalo en su pensamiento; mire la luz a través de esa sorprendente hilera de agujas, de torres y de campanarios; extienda en medio de la inmensa ciudad, rasgue en la punta de las islas, frunza en los arcos de los puentes el Sena con sus anchos charcos verdes y amarillos, más cambiante que la piel de una serpiente; recorte claramente sobre un horizonte azul el perfil gótico de ese viejo París; haga flotar su contorno en una bruma de invierno que se agarra a sus numerosas chimeneas; sumérjalo en una noche profunda y mire el extraño juego de las tinieblas y las luces en

ese oscuro laberinto de edificios; arroje sobre él un rayo de luna que lo dibuje vagamente y haga salir de entre la niebla las grandes cabezas de las torres; o retome esa negra silueta, ensombrezca los mil ángulos agudos de las flechas y de los frontones, y hágala destacar, más dentada que la mandíbula de un tiburón, sobre el cielo de cobre del crepúsculo. Y después, compare.

Y si quiere recibir de la vieja ciudad una impresión que la moderna ya no puede darle, suba una mañana de gran fiesta, el domingo de Pascua o de Pentecostés al amanecer, a un punto elevado desde donde domine la capital entera y asista al despertar de los carillones. Vea, a una señal procedente del cielo, pues es el sol quien la da, cómo esas mil iglesias se estremecen a la vez. Al principio son tintineos dispersos que van de una iglesia a otra, como cuando unos músicos se avisan unos a otros para empezar a tocar. Luego, de pronto, vea, pues parece que en determinados instantes el oído tiene vista también, vea elevarse en el mismo momento de cada campanario como una columna de ruido, como un humo de armonía. Primero la vibración de cada campana sube recta, pura y, por así decirlo, aislada de las demás por el cielo espléndido de la mañana. Luego, poco a poco, aumentando, se funden, se mezclan, desaparecen unas en otras, se amalgaman en un magnífico concierto. Ya no es más que una masa de vibraciones sonoras que se desprende sin cesar de los innumerables campanarios, que flota, ondea, salta, se arremolina sobre la ciudad y prolonga mucho más allá del horizonte el círculo ensordecedor de sus oscilaciones. Sin embargo, ese mar de armonía no es un caos. Por grande y profundo que sea, no ha perdido su transparencia; usted ve serpentear en él, de forma independiente, cada grupo de notas que escapa de los campaneos; puede seguir el diálogo, alternativamente grave y chillón, de la carraca y la campana; ve saltar las octavas de un campanario a otro; las mira lanzarse aladas, ligeras y silbantes desde la campana de plata, caer rotas y cojas de la campana de madera; admira entre ellas la rica gama que baja y sube sin cesar las siete campanas de Saint-Eustache; ve correr, en sentido transversal, notas claras y rápidas que hacen tres o cuatro zigzags luminosos y se desvanecen como relámpagos. Allí, al fondo, es la abadía de Saint-Martin, cantora agria y cascada; aquí, la voz siniestra y áspera de la Bastilla; en la otra punta, la voluminosa torre del Louvre, con su voz de bajo. El real carillón del palacio lanza sin descanso en todas direcciones trinos deslumbrantes, sobre los que caen cadenciosamente las pesadas campanadas de Notre-Dame, que los hacen chispear como el yunque bajo el martillo. Cada cierto tiempo, ve pasar sonidos de diferentes formas que vienen del triple campaneo de Saint-Germain-des-Prés. Además, de vez en cuando esa masa de ruidos sublimes se entreabre y deja paso al *stretto* del Ave María, que estalla y chisporrotea como un penacho de estrellas. Por debajo, en lo más profundo del concierto, distingue confusamente el canto interior de las iglesias, que transpira a través de los poros vibrantes de sus bóvedas. Sí, sin duda es una ópera que merece la pena ser escuchada. Normalmente, el rumor que escapa de París durante el día es la ciudad hablando; por la noche, es la ciudad respirando; en este caso, es la ciudad cantando. Preste atención, pues, a este *tutti* de campanarios; esparza sobre el conjunto el murmullo de medio millón de hombres, el lamento eterno del río, los soplos infinitos del viento, el cuarteto grave y lejano de los cuatro bosques dispuestos sobre las colinas del horizonte cual inmensas cajas de órgano; amortigüe, como en un medio tono, todo lo excesivamente ronco y excesivamente agudo que tenga el carillón central, y

diga si sabe de la existencia en el mundo de algo más rico, más alegre, más dorado, más deslumbrante que este tumulto de campanas y de tintineos, que esta hoguera de música, que estas diez mil voces de bronce cantando a la vez en flautas de piedra de trescientos pies de altura, que esta ciudad que no es sino una orquesta, que esta sinfonía que suena como una tormenta.

LIBRO CUATRO

I

Las buenas almas

Hacía dieciséis años, situándonos en la época en la que transcurre esta historia, que la hermosa mañana del domingo de Quasimodo[48] una criatura viva había sido depositada, después de la misa, en la iglesia de Notre-Dame, en la cama de madera empotrada en el atrio, a mano izquierda, frente a esa «gran imagen» de san Cristóbal que la figura esculpida en piedra de micer Antoine des Essarts, caballero, miraba de rodillas desde 1413, momento en que decidieron derribar al santo y al fiel. Era costumbre exponer a la caridad pública en cama de madera a los niños abandonados. De allí los cogía quien quería. Delante de la cama de madera había una bacinilla de cobre para las limosnas.

La especie de ser vivo que yacía sobre aquella tabla la mañana del domingo de Quasimodo, en el año del Señor 1467, parecía excitar en alto grado la curiosidad del grupo bastante considerable que se había congregado alrededor de la cama de madera. El grupo estaba formado en gran parte por personas del bello sexo, casi todas viejas.

En primera fila y más inclinadas sobre la cama que el resto, destacaban cuatro que, a juzgar por su cogulla gris, una especie de sotana, debían de pertenecer a alguna hermandad piadosa. Bien pensado, no veo por qué la historia no habría de transmitir a la posteridad los nombres de estas cuatro discretas y venerables señoras. Eran Agnès la Herme, Jehanne de la Tarme, Henriette la Gaultière y Gauchère la Violette, las cuatro viudas, las cuatro mujeres piadosas de la capilla Étienne-Haudry, que habían salido de casa con permiso de su superiora y de conformidad con los estatutos de Pierre d’Ailly para ir a escuchar el sermón.

Por lo demás, si bien estas buenas *haudriettes*[49] observaban de momento los estatutos de Pierre d’Ailly, violaban sin ningún remordimiento los de Michel de Brache y el cardenal de Pisa, que tan inhumanamente les prescribían silencio.

—¿Qué es eso, hermana? —decía Agnès a Gauchère observando a la criaturita expuesta, que, asustada por ser blanco de tantas miradas, no dejaba de chillar y retorcerse sobre la cama de madera.

—¿Adónde vamos a ir a parar —decía Jehanne—, si es así como hacen ahora a los niños?

—Yo no entiendo de niños —añadía Agnès—, pero debe de ser pecado mirar a este.

—No es un niño, Agnès.

—Es un mono malogrado —observaba Gauchère.

—Es un milagro —rectificaba Henriette la Gaultière.

—Entonces —precisaba Agnès— es el tercero desde el domingo *Laetare*. Porque no hace aún ocho días tuvimos el milagro del que se burlaba de los peregrinos y fue castigado por Nuestra Señora de Aubervilliers, y ya era el segundo del mes.

—Este supuesto niño expósito es un verdadero monstruo de abominación —decía Jehanne.

—Berrea como para dejar sordo a un chantre —proseguía Gauchère—. ¡Calla de una vez, gritón!

—¡Y pensar que es el arzobispo de Reims quien envía esta monstruosidad al arzobispo de París! —añadía Henriette la Gaultière juntando las manos.

—Supongo —decía Agnès la Herme— que es una bestia, un animal, el producto de un judío con una cerda, en fin, algo que no es cristiano y que hay que arrojar al agua o al fuego.

—Confío en que no lo quiera nadie —decía Henriette la Gaultière.

—¡Ah, Dios mío! —exclamaba Agnès—. ¡Pobres nodrizas de la casa de niños abandonados, esa que está al final de la calle yendo río abajo, al lado de donde vive monseñor el obispo, si les llevaran a este pequeño monstruo para amamantarlo! ¡Preferiría dar de mamar a un vampiro!

—¡Qué inocente es esta pobre Agnès! —decía Jehanne—. ¿No veis, hermana, que este pequeño monstruo tiene por lo menos cuatro años y que recibiría con más gusto un asado que vuestro pecho?

En efecto, aquel «pequeño monstruo» (a nosotros también nos resultaría muy difícil calificarlo de otro modo) no era un recién nacido. Era una pequeña masa muy angulosa y en constante movimiento, metida en un saco de tela con la marca de micer Guillaume Chartier, por aquel entonces obispo de París, del que sobresalía una cabeza. Esa cabeza era bastante deforme. Solo se veía un bosque de cabellos rojos, un ojo, una boca y dientes. El ojo lloraba, la boca chillaba, y los dientes no parecían pedir otra cosa que morder. El conjunto se debatía dentro del saco, ante el estupor de la multitud que aumentaba y se renovaba continuamente alrededor.

Doña Aloïse de Gondelaurier, una mujer rica y noble que llevaba a una preciosa niña de unos seis años de la mano y un largo velo prendido en el pico dorado de su tocado, se detuvo al pasar por delante de la cama y miró un momento a la desgraciada criatura, mientras su encantadora niña Flor de Lis de Gondelaurier, vestida de seda y terciopelo, leía el letrero clavado en la cama de madera señalándolo con su tierno dedito: NIÑOS EXPÓSITOS.

—La verdad —dijo la dama, apartándose con repugnancia—, yo creía que aquí solo se exponían niños.

Se volvió de espaldas después de haber echado a la bacinilla un florín de plata, que tintineó entre monedas más modestas e hizo poner ojos de asombro a las pobres mujeres de la capilla Étienne-Haudry.

Al cabo de un momento, el serio y docto Robert Mistricolle, protonotario del rey, pasó con un enorme misal bajo un brazo y su mujer (doña Guillemette la Mairesse) cogida del otro, de modo que llevaba a sus dos reguladores, el espiritual y el temporal, uno a cada lado.

—¡Un niño abandonado! —dijo después de haber examinado el objeto—. ¡Aparentemente abandonado sobre el parapeto del río Flegetonte!

—Solo se le ve un ojo —observó doña Guillemette—. En el otro tiene una verruga.

—No es una verruga —contestó maese Robert Mistricolle—. Es un huevo que contiene otro demonio igual, el cual tiene otro huevo más pequeño que contiene otro diablo, y así sucesivamente.

—¿Cómo sabéis eso? —preguntó Guillemette.

—Lo sé a ciencia cierta —respondió el protonotario.

—Señor protonotario, ¿qué pronosticáis de este niño expósito? —preguntó Gauchère.

—Las mayores desdichas —respondió Mistricolle.

—¡Ay, Dios mío! —dijo una vieja entre el auditorio—. ¡Encima de la terrible peste que hubo el año pasado, y de que dicen que los ingleses van a desembarcar en Harefleu!

—Quizá eso impida que la reina venga a París en el mes de septiembre —dijo otra—. ¡Las cosas van ya muy mal!

—Soy de la opinión —intervino Jehanne de la Tarme— de que para los villanos de París valdría más acostar a este pequeño brujo sobre un haz de leña que sobre una tabla.

—¡Un buen haz de leña ardiendo! —añadió la vieja.

—Eso sería más prudente —dijo Mistricolle.

Desde hacía un rato, un joven sacerdote escuchaba los razonamientos de las *haudriettes* y las sentencias del protonotario. Tenía una cara severa, una frente ancha y una mirada profunda. Apartó en silencio a la gente, examinó al «pequeño brujo» y extendió la mano sobre él. Había llegado el momento, pues a todas las devotas se les hacía ya la boca agua pensando en el «buen haz de leña ardiendo».

—Adopto a este niño —dijo el sacerdote.

Lo cogió con su sotana y se lo llevó. Los asistentes lo siguieron con ojos de pasmo. Un momento después, había desaparecido por la Puerta Roja, que entonces conducía de la iglesia al claustro.

Cuando la primera sorpresa hubo pasado, Jehanne de la Tarme le dijo al oído a Henriette la Gaultière:

—Ya os había dicho, hermana, que este joven cura, Claude Frollo, es un brujo.

2
Claude Frollo

En efecto, Claude Frollo no era un personaje vulgar.

Pertenecía a una de esas familias medias a las que llamaban indistintamente, en el lenguaje impertinente del siglo pasado, alta burguesía o pequeña nobleza. La familia había heredado de los hermanos Paclet el feudo de Tirechappe, que dependía del obispo de París y cuyas veintiuna casas habían sido objeto en el siglo XIII de muchos pleitos ante el provisor. Como poseedor de este feudo, Claude Frollo era uno de los «siete veintiún» señores aspirantes a censo en París y sus arrabales, y durante mucho tiempo se pudo ver su nombre inscrito en calidad de tal, entre el hotel de Tancarville, perteneciente a maese François Le Rez, y el colegio de Tours, en el cartulario depositado en Saint-Martin-des-Champs.

Claude Frollo había sido destinado desde la infancia por sus padres al estado eclesiástico. Le habían enseñado a leer en latín. Lo habían educado inculcándole que debía bajar los ojos y hablar en voz baja. A muy temprana edad, su padre lo había internado en el colegio de Torchi, en la Universidad. Allí había crecido, en compañía del misal y del lexicón.

Era, por lo demás, un niño triste, reservado, serio, que estudiaba con pasión y aprendía deprisa. No vociferaba en los recreos, intervenía poco en las trifulcas de la calle Fouarre, no sabía lo que era *dare alapas et capillos laniare*[50] y no había participado en absoluto en aquel amotinamiento de 1463 que figura en los anales con el solemne título de «Sexto disturbio de la Universidad». Raramente se burlaba de los pobres estudiantes de Montaigu por las capas que les habían valido el nombre de *cappettes*, ni de los becarios del colegio de Dormans por su tonsura y su sobretodo de tres piezas de paño verde, azul y violeta, *azurini coloris et bruni*, como dice la carta del cardenal de las Cuatro Coronas.

En cambio, era asiduo de las grandes y las pequeñas escuelas de la calle Saint-Jean-de-Beauvais. El primer estudiante que el abad de Saint-Pierre de Val, en el momento de empezar su lectura de derecho canónico, veía siempre frente a su cátedra, apoyado en un pilar de la escuela Saint-Vendregesile, era Claude Frollo, armado con su escribanía de hueso, mordisqueando su pluma, escribiendo sobre sus rodillas gastadas y, en invierno, echándose vaho en los dedos. El primer oyente que micer Miles d’Isliers, doctor en decreto, veía llegar jadeante todos los lunes por la mañana cuando abrían las puertas de la escuela del Chef-Saint-Denis era Claude Frollo. Así pues, a los dieciséis años el joven clérigo habría podido competir en teología mística con un padre de la Iglesia; en teología canónica, con un padre de los concilios; y en teología escolástica, con un doctor de la Sorbona.

Superada la teología, se había precipitado hacia el decreto. Del Maestro de las Sentencias había pasado a las Capitulares de Carlomagno. Y había devorado sucesivamente, en su apetito de

saber, decretales tras decretales, las de Teodoro, obispo de Hispalis, las de Bouchard, obispo de Worms, las de Yves, obispo de Chartres; luego el decreto de Graciano, que sucedió a las Capitulares de Carlomagno; más adelante la compilación de Gregorio IX; después la epístola *Super specula* de Honorio III. Llegó a entender y a dominar ese vasto y tumultuoso período del derecho civil y del derecho canónico en lucha y en crisis en el caos de la Edad Media, período que el obispo Teodoro abre en 618 y que cierra en 1227 el papa Gregorio.

Digerido el decreto, se sumergió en la medicina y en las artes liberales. Estudió la ciencia de las hierbas y la ciencia de los ungüentos. Se hizo experto en fiebres y en contusiones, en heridas y en abscesos. Jacques d'Espars lo habría aceptado como médico físico; Richard Hellain, como médico cirujano. Recorrió asimismo todos los grados de licenciatura, magisterio y doctorado en artes. Estudió lenguas: latín, griego y hebreo, triple santuario entonces muy poco frecuentado. Era una auténtica fiebre por adquirir y atesorar en materia de ciencia. A los dieciocho años había pasado por las cuatro facultades. Le parecía al joven que la vida tenía un único objetivo: saber.

Fue más o menos por esa época cuando el calor excesivo del verano de 1466 provocó aquella gran peste que se llevó a más de cuarenta mil criaturas en el vizcondado de París, entre otros, dice Jean de Troyes, a «maese Arnoul, astrólogo del rey, que era hombre de bien, prudente y agradable». Se corrió el rumor por la Universidad de que la calle Tirechappe estaba siendo particularmente azotada por la enfermedad. Allí es donde residían, en su feudo, los padres de Claude. El joven estudiante, muy alarmado, se apresuró a ir a la casa paterna. Cuando llegó, se encontró con que su padre y su madre habían muerto el día anterior. Un hermanito que tenía, todavía de pañales, vivía aún y lloraba abandonado en su cuna. Era todo lo que le quedaba a Claude de su familia. El joven cogió al niño en brazos y salió, pensativo. Hasta ese momento había vivido exclusivamente en la ciencia; empezó entonces a vivir en la vida.

Esta catástrofe supuso una crisis en la existencia de Claude. Huérfano, primogénito, cabeza de familia a los diecinueve años, se sintió rudamente trasladado de los sueños de estudiante a la realidad del mundo. Entonces, lleno de piedad, se consagró apasionadamente a aquel niño, su hermano; cosa extraña y dulce era un afecto humano para él, que solo había amado los libros.

Aquel afecto se desarrolló hasta un punto singular. En un alma tan nueva, fue como un primer amor. Separado desde la infancia de sus padres, a los que apenas había conocido, enclaustrado y como emparedado tras sus libros, ávido ante todo de estudiar y de aprender, exclusivamente atento hasta entonces a su inteligencia, que se dilataba con la ciencia, a su imaginación, que crecía con las letras, el pobre estudiante aún no había tenido tiempo de sentir el lugar de su corazón. Ese hermanito sin padre ni madre, ese niño que le caía repentinamente del cielo en los brazos hizo de él un hombre nuevo. Se dio cuenta de que había en el mundo algo más que las especulaciones de la Sorbona y los versos de Homero, de que el hombre necesitaba afectos, de que la vida sin ternura y sin amor no era más que un engranaje seco, chirriante y desgarrador. Pero supuso, pues estaba en la edad en que las ilusiones no son reemplazadas aún sino por otras ilusiones, que los afectos de sangre y de familia eran los únicos necesarios y que un hermanito al que amar bastaba para llenar toda una existencia.

Se zambulló, pues, en el amor de su pequeño Jehan con la pasión de un carácter ya profundo,

ardiente, concentrado. Aquella pobre e indefensa criatura, hermosa, sonrosada, de cabellos rubios y rizados, aquel huérfano sin más apoyo que otro huérfano lo conmovió hasta el fondo de las entrañas; y, serio pensador como era, se puso a reflexionar sobre Jehan con una misericordia infinita. Se ocupó de él como de algo muy frágil y muy delicado. Fue para el niño más que un hermano, se convirtió en una madre para él.

El pequeño Jehan había perdido a su madre cuando esta aún le daba el pecho. Claude le buscó una nodriza. Además del feudo de Tirechappe, había heredado también de su padre el feudo del Moulin, que dependía de la torre cuadrada de Gentilly. Era un molino sobre una colina, cerca del castillo de Winchestre (Bicêtre). La molinera estaba criando a un hermoso niño, y el lugar no estaba lejos de la Universidad. Claude le llevó él mismo a su pequeño Jehan.

A partir de entonces, sintiendo el peso de una carga, se tomó la vida muy en serio. Pensar en su hermanito se convirtió no solo en una distracción sino en el objetivo de sus estudios. Decidió consagrarse por entero a un porvenir del que respondía ante Dios, así como no tener jamás otra esposa ni otro hijo que la felicidad y la fortuna de su hermano. Se aferró, pues, más que nunca a su vocación clerical. Sus méritos y su ciencia, así como su calidad de vasallo inmediato del obispo de París, le abrían de par en par las puertas de la Iglesia. A los veinte años, por dispensa especial de la Santa Sede, era sacerdote y oficiaba, como el más joven de los capellanes de Notre-Dame, en el altar llamado, por la misa tardía que se dice en él, *altare pigrorum*.[51]

Allí, sumergido más que nunca en sus queridos libros, de los que solo se separaba para ir una hora al feudo del Moulin, aquella mezcla de saber y de austeridad, tan rara a su edad, no había tardado en granjearle el respeto y la admiración del claustro. Del claustro, su reputación de sabio había pasado al pueblo, donde se había transformado un poco, cosa frecuente entonces, en fama de brujo.

Fue en el momento en que volvía, el domingo de Quasimodo, de decir la misa de los perezosos en su altar, situado junto a la puerta del coro que daba a la nave, a la derecha, cerca de la imagen de la Virgen, cuando el grupo de viejas que murmuraban alrededor de la cama de los niños expósitos había atraído su atención.

Fue entonces cuando se había acercado a la desgraciada criaturita tan odiada y amenazada. Aquel desamparo, aquella deformidad, aquel abandono, pensar en su hermano, imaginar de repente que, si él moría, su querido Jehan podría también ser abandonado miserablemente en la tabla de los niños expósitos, todo eso se había agolpado en su corazón, una gran compasión lo había invadido, y se había llevado al niño.

Cuando sacó a aquel niño del saco, lo encontró realmente muy deforme. El pobre diablillo tenía una verruga en el ojo izquierdo, la cabeza hundida entre los hombros, la columna vertebral arqueada, el esternón prominente y las piernas torcidas; pero parecía tener una gran vitalidad y, aunque fue imposible saber en qué lengua balbucía, sus gritos anunciaban fuerza y salud. Aquella fealdad acrecentó la compasión de Claude, quien se prometió criar a ese niño por amor a su hermano, a fin de que, cualesquiera que fuesen en el futuro las faltas del pequeño Jehan, este tuviera en su favor aquella obra de caridad hecha pensando en él. Era una suerte de inversión en buenas obras que efectuaba para beneficio de su hermano; era un paquete de buenas acciones que

deseaba regalarle por anticipado por si el bribonzuelo se encontraba un día escaso de esa moneda, la única admitida en el peaje del paraíso.

Bautizó a su hijo adoptivo y lo llamó Quasimodo, bien porque quiso indicar así el día que lo había encontrado, o bien porque quiso expresar con ese nombre hasta qué punto la pobre criatura estaba incompleta y apenas esbozada. Realmente, Quasimodo, tuerto, jorobado y patizambo, apenas era un «más o menos».

3

«Immanis pecoris custos, immanior ipse»[52]

En 1482, Quasimodo había crecido. Se había convertido hacía varios años en campanero de Notre-Dame gracias a su padre adoptivo Claude Frollo, el cual se había convertido en arcediano de Josas gracias a su señor micer Louis de Beaumont, el cual se había convertido en obispo de París en 1472, a la muerte de Guillaume Chartier, gracias a su patrón Olivier el Gamo, barbero del rey Luis XI por la gracia de Dios.

Quasimodo era, pues, campanero de Notre-Dame.

Con el tiempo se había formado una especie de lazo íntimo que unía al campanero a la iglesia. Separado para siempre del mundo por la doble fatalidad de su nacimiento desconocido y de su naturaleza deforme, aprisionado desde la infancia en aquel doble cerco infranqueable, el pobre desgraciado se había acostumbrado a no ver nada de este mundo más allá de los religiosos muros que lo habían acogido a su sombra. Notre-Dame había sido sucesivamente para él, conforme crecía y se desarrollaba, el huevo, el nido, la casa, la patria, el universo.

Y no cabe duda de que había una especie de armonía misteriosa y preexistente entre aquella criatura y aquel edificio. Cuando, siendo muy pequeño aún, se arrastraba tortuosamente y a trompicones entre las tinieblas de sus bóvedas, parecía, con su cara humana y su constitución bestial, el reptil natural de aquel embaldosado húmedo y oscuro sobre el que la sombra de los capiteles románicos proyectaba tantas formas extrañas.

Más adelante, la primera vez que se agarró maquinalmente de la cuerda de las torres, quedó suspendido de ella y puso la campana en movimiento, Claude, su padre adoptivo, tuvo la sensación de hallarse ante un niño al que se le desata la lengua y empieza a hablar.

Así fue como poco a poco, desarrollándose siempre en el sentido de la catedral, viviendo y durmiendo dentro de su recinto sin salir casi nunca, soportando constantemente su presión misteriosa, llegó a parecerse a ella, a incrustarse en ella, por así decirlo, a formar parte integrante de ella. Sus ángulos salientes encajaban —discúlpesenos esta figura— en los ángulos entrantes del edificio, y parecía no solo su habitante sino su contenido natural. Casi podría decirse que había tomado su forma, al igual que el caracol toma la forma de su concha. Era su morada, su agujero, su envoltura. Había entre la vieja iglesia y él una simpatía instintiva tan profunda, tantas afinidades magnéticas, tantas afinidades materiales, que en cierto modo estaba adherido a ella como la tortuga a su concha. La rugosa catedral era su caparazón.

Huelga advertir al lector que no se tome al pie de la letra las figuras que nos vemos obligados a emplear para expresar ese acoplamiento singular, simétrico, inmediato, casi consustancial, de un hombre y un edificio. Huelga decir asimismo hasta qué punto se había familiarizado Quasimodo

con la catedral como consecuencia de esta convivencia tan prolongada e íntima. Aquella morada le era propia. No tenía profundidad en la que Quasimodo no hubiera penetrado, ni altura que no hubiera escalado. En numerosas ocasiones subía por varios niveles de la fachada agarrándose tan solo a los salientes de las esculturas. Las torres, por cuya superficie exterior a menudo se le veía reptar como un lagarto que se desliza por una pared vertical, esas dos gigantes gemelas, tan altas, tan amenazadoras, tan temibles, no eran causa para él ni de vértigo, ni de terror, ni de sobresaltos; viéndolas tan accesibles bajo sus manos, tan fáciles de escalar, se hubiera dicho que las había amaestrado. A fuerza de saltar, de trepar, de recrearse en medio de los abismos de la gigantesca catedral, se había vuelto en cierta forma mono y gamuza, como los niños calabreses que aprenden a nadar antes que a andar y juegan desde muy pequeños con el mar.

Por lo demás, no solo su cuerpo parecía haberse amoldado a la catedral, sino también su mente. ¿En qué estado se hallaba esa alma? Resultaría difícil determinar qué pliegues presentaba, qué forma había adoptado bajo esa envoltura nudosa, llevando esa vida salvaje. Quasimodo había nacido tuerto, jorobado y cojo. Tan solo a costa de muchos esfuerzos y de mucha paciencia, Claude Frollo había conseguido enseñarle a hablar. Mas la fatalidad iba unida al pobre niño expósito. Convertido en campanero de Notre-Dame desde los catorce años, una nueva discapacidad se había añadido a las que ya tenía: las campanas le habían roto el tímpano y se había quedado sordo. La única puerta de acceso al mundo que la naturaleza le había dejado abierta de par en par se había cerrado bruscamente para siempre.

Y al cerrarse, interceptó el único rayo de alegría y de luz que penetraba todavía en el alma de Quasimodo, la cual se sumió en una noche profunda. La melancolía del miserable se volvió incurable y total, como su deformidad. Añadamos que la sordera hizo que, en cierto modo, se quedara mudo. Pues, para no convertirse en objeto de burla, desde el momento en que se quedó sordo, tomó la decisión irrevocable de encerrarse en un silencio que apenas rompía cuando se encontraba solo. Ató voluntariamente aquella lengua que Claude Frollo había tenido tantas dificultades para desatar. Esto hacía que, cuando la necesidad lo obligaba a hablar, su lengua estuviera entumecida, torpe, como una puerta con los goznes oxidados.

Si intentáramos ahora penetrar en el alma de Quasimodo a través de esa gruesa y dura corteza, si pudiéramos sondear las profundidades de esa organización mal hecha, si nos fuese dado mirar con una antorcha detrás de esos órganos sin transparencia, explorar el interior tenebroso de esa criatura opaca, iluminar sus oscuros recovecos, sus callejones sin sentido, y arrojar de repente una viva luz sobre la psique encadenada al fondo de ese antro, sin duda encontraríamos a la desdichada en una posición lastimosa, encogida y raquítica como aquellos presos de los Plomos de Venecia,[53] que envejecían doblados por la cintura en una mazmorra de piedra demasiado baja y corta.

Es indudable que el espíritu se atrofia en un cuerpo deforme. Quasimodo apenas sentía moverse ciegamente dentro de él un alma hecha a su imagen y semejanza. Las impresiones de los objetos sufrían una refracción considerable antes de llegar a su pensamiento. Su cerebro era un medio particular; las ideas que lo atravesaban salían de él completamente retorcidas. La reflexión procedente de esta refracción necesariamente era divergente y estaba desviada.

De ello se derivaban mil ilusiones ópticas, mil aberraciones del juicio, mil desviaciones por las que divagaba su pensamiento, unas veces delirante y otras idiota.

El primer efecto de esa fatal organización era el de enturbiar la mirada que dirigía a las cosas. No recibía prácticamente ninguna percepción inmediata. El mundo exterior le parecía mucho más lejano que a nosotros.

El segundo efecto de su desgracia era que lo volvía malo.

Era malo, en efecto, porque era salvaje, y era salvaje porque era feo. Había en su naturaleza, como en la nuestra, una lógica.

Su fuerza, tan extraordinariamente desarrollada, era una causa más de maldad. *Malus puer robustus*,[54] dice Hobbes.

Por lo demás, para hacerle justicia, es preciso decir que quizá la maldad no era innata en él. Desde sus primeros pasos entre los hombres, se había sentido y más adelante se había visto abucheado, condenado, rechazado. La palabra humana dirigida a él era siempre una burla o una maldición. Al crecer, solo había encontrado odio a su alrededor. Y lo había cogido. Había hecho suya la maldad general. Había recogido el arma con la que lo habían herido.

Después de todo, no volvía sino de mala gana la cara hacia los hombres. Su catedral le bastaba. Estaba poblada de figuras de mármol, reyes, santos y obispos que al menos no se reían de él en sus narices y solo tenían para él una mirada tranquila y benévola. A las demás estatuas, las de los monstruos y los demonios, él, Quasimodo, no les inspiraba odio. Se les parecía demasiado para eso. Más bien se burlaban de los otros hombres. Los santos eran sus amigos y lo bendecían, los monstruos eran sus amigos y lo protegían. Por eso se desahogaba largamente con ellos. Por eso a veces se pasaba horas enteras en cuclillas ante una de esas estatuas, charlando a solas con ella. Si aparecía alguien, salía huyendo como un amante sorprendido mientras ofrece una serenata.

Y la catedral no era para él solo la sociedad, sino incluso el universo, incluso la naturaleza entera. No soñaba con otras espalderas que las vidrieras siempre en flor, con otra sombra que la de ese follaje de piedra que se extiende cargado de pájaros en la frondosidad de los capiteles sajones, con otras montañas que las torres colosales de la iglesia, con otro océano que París, que bullía a sus pies.

Lo que amaba del edificio materno por encima de todo, lo que despertaba su alma y le hacía abrir sus pobres alas, que esta mantenía tan miserablemente replegadas dentro de su caverna, lo que a veces le hacía feliz eran las campanas. Las amaba, las acariciaba, les hablaba, las comprendía. Desde el carillón de la aguja del crucero hasta la gran campana del pórtico, a todas las quería con ternura. El campanario del crucero y las dos torres eran para él como tres grandes jaulas cuyos pájaros, criados por él, solo cantaban para él. Eran, sin embargo, esas mismas campanas las que lo habían dejado sordo, pero con frecuencia las madres quieren más al hijo que más les ha hecho sufrir.

Es cierto que su voz era la única que él aún podía oír. Sentía, pues, predilección por la campana mayor. Era su preferida en aquella familia de jóvenes ruidosas que revoloteaban a su alrededor los días de fiesta. Esa gran campana se llamaba Marie. Estaba sola en la torre meridional con su hermana Jacqueline, campana de menor tamaño encerrada en una jaula más

pequeña al lado de la suya. A la tal Jacqueline la llamaban así por el nombre de la mujer de Jean de Montagu, el cual la había donado a la iglesia, circunstancia que no había impedido que apareciera sin cabeza en Montfaucon. En la segunda torre había otras seis campanas, y, finalmente, las seis más pequeñas vivían en el campanario situado sobre el crucero, con la campana de madera, que solo se tocaba desde la tarde del Jueves Santo hasta la mañana del Sábado Santo. Quasimodo tenía, pues, quince campanas en su serrallo, pero la gran Marie era su favorita.

No podemos hacernos una idea de su alegría los días de grandes celebraciones. En el momento en que el arcediano le decía «¡Anda, ve!», él subía la escalera de caracol del campanario más deprisa de lo que cualquier otro la habría bajado. Entraba jadeante en el aireado cuarto de la gran campana, la miraba un momento con recogimiento y amor, y a continuación le dirigía la palabra con dulzura, la acariciaba con la mano como si fuese un buen caballo que va a emprender una larga carrera. La compadecía por el trabajo que iba a tener. Después de estas primeras caricias, indicaba a sus ayudantes, situados en el piso inferior de la torre, que comenzaran. Estos se colgaban de las maromas, el cabrestante rechinaba y el enorme vaso de metal empezaba a moverse lentamente. Quasimodo, palpitante, la seguía con la mirada. El primer golpe del badajo contra la pared de bronce hacía temblar la estructura sobre la que estaba subido. Quasimodo vibraba con la campana. «¡Vamos!», gritaba riendo a carcajadas. El movimiento de la campana aumentaba de velocidad y, a medida que esta trazaba un ángulo más abierto, el ojo de Quasimodo se abría también cada vez más fosfórico y llameante. Finalmente el tañido llegaba a su apogeo y toda la torre temblaba, estructura de madera, elementos de plomo, sillares, todo rugía a la vez, desde los pilotes de los cimientos hasta los tréboles del remate. Quasimodo alcanzaba entonces el punto de ebullición, iba y venía, temblaba con la torre de la cabeza a los pies. La campana, desenfrenada y furiosa, presentaba alternativamente a las dos paredes de la torre su boca de bronce, de la que escapaba ese soplo de tormenta que se oye a cuatro leguas de distancia. Quasimodo se colocaba ante aquella boca abierta, se agachaba y se levantaba al ritmo de la campana, aspiraba aquel formidable aliento, miraba alternativamente la plaza que hormigueaba al fondo, doscientos pies por debajo de él, y la enorme lengua de cobre que iba, segundo sí, segundo no, a gritarle al oído. Era la única palabra que oía, el único sonido que turbaba para él el silencio universal. Se deleitaba como un pájaro al sol. De repente el frenesí de la campana se adueñaba de él y su mirada se transformaba. Esperaba que pasase la campana como la araña espera a la mosca y se abalanzaba bruscamente sobre ella con ímpetu. Entonces, suspendido sobre el abismo, abandonado al balanceo formidable de la campana, agarraba al monstruo de bronce por las asas, lo estrechaba entre las rodillas, lo espoleaba con los talones y redoblaba, con toda la fuerza y todo el peso de su cuerpo, la furia del volteo. Mientras tanto, la torre se tambaleaba; él chillaba y hacía rechinar los dientes, sus cabellos rojizos se erizaban, su pecho hacía el ruido de un fuelle de fragua, su ojo llameaba, la campana monstruosa relinchaba jadeante bajo él, y entonces ya no era ni la campana de Notre-Dame ni Quasimodo, era un sueño, un torbellino, una tempestad; el vértigo cabalgando sobre el ruido; un espíritu agarrado a una grupa voladora; un extraño centauro mitad hombre y mitad campana; una especie de Astolfo horrible a lomos de un prodigioso hipogrifo de bronce

vivo.

La presencia de este ser extraordinario hacía circular por toda la catedral como un soplo de vida. Parecía que se desprendiera de él, al menos según las supersticiones crecientes de la gente, una emanación misteriosa que animaba todas las piedras de Notre-Dame y hacía palpitar las profundas entrañas de la vieja iglesia. Bastaba que supieran que estaba allí para que creyeran ver cobrar vida y moverse los cientos de estatuas de las galerías y de los pórticos. Y realmente, la catedral parecía una criatura dócil y obediente bajo sus manos; esperaba su voluntad para elevar su potente voz; estaba poseída y habitada por Quasimodo como por un genio familiar. Se hubiera dicho que él hacía respirar el inmenso edificio. Estaba, efectivamente, por todas partes, se multiplicaba en todos los puntos del monumento. Tan pronto veía uno con espanto, en lo más alto de una de las torres, a un extraño enano que trepaba, serpenteaba, se arrastraba a cuatro patas, bajaba por el exterior sobre el abismo, saltaba de saliente en saliente e iba a rebuscar en el vientre de alguna gorgona esculpida: era Quasimodo echando a los cuervos de sus nidos. Tan pronto se topaba en un rincón oscuro de la iglesia a una especie de quimera viva, acuclillada y ceñuda: era Quasimodo meditando. Tan pronto divisaba bajo un campanario una cabeza enorme y un puñado de miembros desordenados balanceándose con furor en el extremo de una cuerda: era Quasimodo tocando a la hora de vísperas o del ángelus. Por la noche, con frecuencia se veía vagar una forma repulsiva sobre la frágil balaustrada de crestería que corona las torres y bordea el perímetro del ábside: era también el jorobado de Notre-Dame. Entonces, decían las vecinas, toda la iglesia adoptaba un aspecto fantástico, sobrenatural, horrible; ojos y bocas se abrían acá y allá; se oía ladrar a los perros, silbar a las sierpes, a las tarascas de piedra que vigilan día y noche, con el cuello estirado y la boca abierta, alrededor de la monstruosa catedral; y si era una Nochebuena, mientras la campana mayor, que parecía agonizar, llamaba a los fieles a la misa del gallo, había tal atmósfera envolviendo la sombría fachada que se hubiera dicho que el gran pórtico devoraba a la multitud y que el rosetón la miraba. Y todo eso era obra de Quasimodo. Egipto lo habría tomado por el dios de aquel templo; la Edad Media le creía su demonio; en realidad, era su alma.

Hasta tal punto que, para los que saben que Quasimodo existió, Notre-Dame está hoy desierta, inanimada, muerta. Se percibe que algo ha desaparecido. Ese cuerpo inmenso está vacío, es un esqueleto; el espíritu lo ha abandonado, se ve el sitio que ocupó y eso es todo. Es como una calavera donde todavía hay agujeros para los ojos, pero ya no hay mirada.

4

El perro y su amo

Había, sin embargo, una criatura humana a la que Quasimodo excluía de su malicia y de su odio hacia los demás y a la que quería tanto como a su catedral, o acaso más: Claude Frollo.

La explicación era sencilla. Claude Frollo lo había recogido, lo había adoptado, lo había alimentado, lo había criado. De pequeño acostumbraba a refugiarse entre las piernas de Claude Frollo cuando los perros y los niños lo perseguían ladrando. Claude Frollo le había enseñado a hablar, a leer y a escribir. Claude Frollo, para acabar, lo había hecho campanero. Y dar la campana mayor en matrimonio a Quasimodo era darle Julieta a Romeo.

Así pues, la gratitud de Quasimodo era profunda, apasionada, sin límites; y aunque su padre adoptivo mostrara con frecuencia un semblante melancólico y severo, aunque habitualmente fuese parco en palabras, duro e imperioso en su expresión, aquella gratitud jamás se había visto desmentida un solo instante. El arcediano tenía en Quasimodo al esclavo más sumiso, al criado más dócil, al dogo más vigilante. Cuando el pobre campanero se había quedado sordo, se había establecido entre él y Claude Frollo una lengua de signos, misteriosa y que solo ellos comprendían. De modo que el arcediano era el único ser humano con el que Quasimodo había mantenido la comunicación. Solo se relacionaba con dos cosas en este mundo, Notre-Dame y Claude Frollo.

Nada había comparable al ascendiente del arcediano sobre el campanero y al apego del campanero hacia el arcediano. Habría sido suficiente una señal de Claude y la idea de complacerlo, para que Quasimodo se precipitara desde lo alto de las torres de Notre-Dame. Toda esa fuerza física, que había alcanzado en Quasimodo un desarrollo tan extraordinario y que él ponía ciegamente a disposición de otro, era algo asombroso. Sin duda había en ello abnegación filial, apego servil, como también había fascinación de una mente por otra mente. Era una pobre, torpe y desmañada organización, que permanecía con la cabeza gacha y la mirada suplicante ante una inteligencia elevada y profunda, poderosa y superior. Finalmente y por encima de todo, era gratitud. Gratitud llevada hasta un límite tan extremo que no sabríamos con qué compararla. Esa virtud no es de las que cuenta con sus más hermosos ejemplos entre los hombres. Diremos, pues, que Quasimodo quería al arcediano como ningún perro, ningún caballo, ningún elefante ha querido jamás a su amo.

5

Continuación de Claude Frollo

En 1482, Quasimodo tenía unos veinte años y Claude Frollo unos treinta y seis. El uno había crecido y el otro había envejecido.

Claude Frollo ya no era el simple estudiante del colegio Torchi, el tierno protector de un niño, el joven y soñador filósofo que sabía muchas cosas e ignoraba muchas más. Era un sacerdote austero, serio, taciturno, un pastor de almas, el señor arcediano de Josas, segundo acólito del obispo, con los decanatos de Montlhéry y Châteaufort y ciento setenta y cuatro curas rurales a su cargo. Era un personaje imponente y sombrío, ante el cual temblaban los monaguillos con sotana y roquete, los sacristanes, los cofrades de Saint-Augustin y los clérigos de maitines de Notre-Dame cuando pasaba lentamente bajo las altas ojivas del coro, majestuoso, pensativo, con los brazos cruzados y la cabeza tan inclinada sobre el pecho que solo se veía de su rostro la amplia y despejada frente.

Don Claude Frollo, por lo demás, no había abandonado ni la ciencia ni la educación de su hermano pequeño, las dos ocupaciones de su vida. Pero, con el tiempo, cierta amargura había teñido esas agradables tareas. A la larga, dice Pablo el Diácono, el mejor tocino se vuelve rancio. El pequeño Jehan Frollo, llamado «del Molino» por el lugar donde había sido criado, no había crecido en la dirección que Claude había querido imprimirle. El hermano mayor contaba con tener un alumno piadoso, dócil, docto, honorable. Sin embargo, el hermano pequeño, como esos arbolitos que burlan los esfuerzos del jardinero y se vuelven obstinadamente hacia el lado de donde les viene el aire y el sol, tan solo crecía y multiplicaba, tan solo dejaba brotar hermosas ramas tupidas y frondosas por el lado de la pereza, de la ignorancia y del desenfreno. Era un verdadero demonio, muy disoluto, lo que hacía fruncir el entrecejo a don Claude, pero también muy gracioso y sutil, lo que hacía sonreír al hermano mayor. Claude había confiado su educación al colegio de Torchi, el mismo donde él había pasado sus primeros años sumergido en el estudio y el recogimiento; y le resultaba doloroso que ese santuario para el que años atrás el nombre de Frollo había sido edificante, hoy se sintiera escandalizado por él. A veces le echaba a Jehan larguísimos y muy severos sermones que este soportaba valientemente. Después de todo, el golfillo tenía buen corazón, como se ve en todas las comedias. Pero, una vez pasado el sermón, reanudaba tranquilamente el curso de sus trastadas y sinvergonzonerías. Cuando no había maltratado a un bisoño (llamaban así a los recién llegados a la Universidad) a modo de bienvenida —preciosa tradición que se ha perpetuado cuidadosamente hasta nuestros días—, había incitado a una banda de estudiantes, los cuales, como es habitual, se habían metido en una taberna, *quasi classico excitati*, y habían acabado apaleando al tabernero con «palos ofensivos» y saqueando alegremente la taberna hasta destrozar las barricas de vino de la bodega. En otras ocasiones, el

pasante de Torchi llevaba con gran pesar a don Claude un bonito informe en latín con esta dolorosa anotación en el margen: *Rixa; prima causa vinum optimum potatum*.[55] Finalmente decían que sus excesos llegaban con frecuencia hasta la calle Glatigny, acusación horrible tratándose de un joven de dieciséis años.

Debido a todo esto, Claude, contristado y desanimado en sus afectos humanos, se había arrojado con más pasión en brazos de la ciencia, esa hermana que al menos no se ríe en tus narices y siempre te paga, aunque en moneda a veces poco valiosa, las atenciones que has tenido con ella. Se hizo, pues, cada vez más erudito y al mismo tiempo, como una consecuencia natural, cada vez más rígido como sacerdote, cada vez más triste como hombre. Hay para cada uno de nosotros ciertos paralelismos entre nuestra inteligencia, nuestras costumbres y nuestro carácter, que se desarrollan sin solución de continuidad y solo se rompen en los momentos de grandes perturbaciones en la vida.

Como Claude Frollo había recorrido desde su juventud casi todo el círculo de los conocimientos humanos positivos, exteriores y lícitos, se vio obligado, a no ser que se detuviera *ubi defuit orbis*,[56] a ir más lejos y a buscar otros alimentos para la actividad insaciable de su inteligencia. El antiguo símbolo de la serpiente mordiéndose la cola es particularmente adecuado para la ciencia. Parece ser que Claude Frollo lo había experimentado. Varias personas serias afirmaban que, después de haber agotado el *fas*del saber humano, había tenido la osadía de penetrar en el *nefas*.[57] Había probado sucesivamente, decían, todas las manzanas del árbol de la ciencia y, bien por hambre o bien por hastío, había acabado mordiendo el fruto prohibido. Había asistido, como nuestros lectores han visto, a las conferencias de los teólogos en la Sorbona, a las asambleas de los estudiantes de la Facultad de Artes junto a la imagen de san Hilario, a las disputas de los decretistas junto a la imagen de san Martín, a las congregaciones de los médicos junto a la pila de agua bendita de Notre-Dame, *ad cupam Nostrae-Dominae*. Todos los manjares permitidos y aprobados que aquellas cuatro grandes cocinas llamadas las cuatro facultades podían elaborar y servir a una inteligencia, él los había devorado, y la saciedad lo había invadido antes de que su hambre se hubiera aplacado; así que había avanzado y profundizado en toda aquella ciencia finita, material, limitada, había puesto quizá en peligro su alma, y se había sentado en la caverna a la mesa misteriosa de los alquimistas, de los astrólogos, de los herméticos, cuya presidencia ocupan Averroes, Guillermo de París y Nicolas Flamel en la Edad Media, y que se prolonga en Oriente, a la luz del candelabro de siete brazos, hasta Salomón, Pitágoras y Zoroastro.

Eso es al menos lo que la gente, con razón o sin ella, suponía.

Es indudable que el arcediano visitaba con frecuencia el cementerio de los Santos Inocentes, donde su padre y su madre habían sido enterrados, cierto es, con las otras víctimas de la peste de 1466, pero también que parecía mucho menos devoto de la cruz de su fosa que de las extrañas figuras que recargaban la tumba de Nicolas Flamel y de Claude Pernelle, construida justo al lado.

Es indudable que a menudo se le había visto recorrer la calle Lombards y entrar furtivamente en una casita situada en la esquina de la calle Écrivains con Marivault. Era la casa que Nicolas Flamel había mandado construir, en la que había muerto hacia 1417 y que, deshabitada desde

entonces, empezaba ya a venirse abajo de tanto como los herméticos y los sopladores de todos los países habían desgastado sus paredes solo grabando en ellas sus nombres. Algunos vecinos incluso afirmaban haber visto una vez, por un tragaluz, al arcediano Claude excavando y removiendo la tierra en esos dos sótanos, cuyas jambas había emborronado con innumerables versos y jeroglíficos el propio Nicolas Flamel. Se suponía que Flamel había enterrado la piedra filosofal en aquellos sótanos, y durante dos siglos, desde Magistri hasta el padre Pacífico, los alquimistas no pararon de torturar su suelo hasta que la casa, tan cruelmente registrada y revuelta de arriba abajo, acabó por desintegrarse bajo sus pies.

Es indudable, además, que el arcediano sentía una pasión singular por el pórtico simbólico de Notre-Dame, esa página de libro mágico escrita en piedra por el obispo Guillermo de París, el cual seguramente fue condenado por haber unido tan infernal frontispicio al sagrado poema que canta eternamente el resto del edificio. Decían también que el arcediano Claude había estudiado en profundidad el coloso de san Cristóbal y aquella larga y enigmática estatua que se alzaba entonces a la entrada del pórtico y a la que el pueblo llamaba, mofándose, «el señor Gris». Pero lo que todo el mundo había podido observar eran las interminables horas que invertía a menudo, sentado en el poyo del atrio, en contemplar las esculturas del pórtico, examinando unas veces las vírgenes locas con sus lámparas boca abajo, otras las vírgenes juiciosas con sus lámparas boca arriba, y otras calculando el ángulo de la mirada de ese cuervo que está junto a la puerta de la izquierda y que mira un punto misterioso de la iglesia donde con toda seguridad está escondida la piedra filosofal, si no lo está en el sótano de Nicolas Flamel. Era, dicho sea de paso, un destino singular para la iglesia de Notre-Dame en aquella época ser amada en dos grados diferentes, y con tanta devoción, por dos seres tan dispares como Claude y Quasimodo. En el caso del uno —especie de semihombre instintivo y salvaje— amada por su belleza, por su altura, por la armonía que se desprende del magnífico conjunto. En el caso del otro —mente culta y apasionada— amada por su significado, por su mito, por el sentido que encierra, por el simbolismo disperso bajo las esculturas de su fachada, como el primer texto bajo el segundo en un palimpsesto; en una palabra: por el enigma que propone eternamente a la inteligencia.

Es indudable, por último, que el arcediano se había habilitado en la torre que da a la plaza de Grève, al lado del cuarto de las campanas, una pequeña celda secreta en la que nadie entraba, ni siquiera el obispo, decían, sin su permiso. Esta celda había sido construida tiempo atrás casi en la cúspide de la torre, entre los nidos de cuervos, por el obispo Hugo de Besançon,[58] que en su época había practicado allí maleficios. Lo que había dentro de aquella celda, nadie lo sabía; pero se había visto con frecuencia por la noche, desde el Terrain, a través de una pequeña lucera que tenía en la parte posterior de la torre, aparecer, desaparecer y aparecer de nuevo a intervalos cortos e iguales una claridad roja, intermitente, extraña, que parecía seguir las aspiraciones jadeantes de un fuelle y proceder más de una llama que de una luz. En la oscuridad, a semejante altura, aquello producía un efecto singular, y las comadres murmuraban: «¡Ya está el arcediano soplando! El infierno chisporrotea allá arriba».

No había en todo ello, en definitiva, grandes pruebas de hechicería; pero no dejaba de ser el humo necesario para suponer que hay fuego, por lo que el arcediano tenía una fama bastante

terrible. Debemos decir, sin embargo, que las ciencias de Egipto, la nigromancia, la magia, incluso la más blanca e inocente, no tenían enemigo más encarnizado, denunciante más implacable ante los señores del provisorato de Notre-Dame. Fuera sincero horror o farsa de bandido que grita «¡Al ladrón!», ello no impedía que el arcediano fuese considerado por las doctas cabezas del capítulo un alma que se había aventurado a entrar en el vestíbulo del infierno, que andaba perdida por los antros de la cábala, a tientas por las tinieblas de las ciencia ocultas. El pueblo tampoco se dejaba engañar; para cualquiera mínimamente sagaz, Quasimodo era el demonio y Claude Frollo el brujo. Era evidente que el campanero tenía que servir al arcediano durante un tiempo, transcurrido el cual se llevaría su alma a guisa de pago. Así pues, el arcediano, pese a la austeridad extrema de su vida, olía mal a las buenas almas, y no había nariz de devota tan inexperta que no percibiera en él el tufo de la brujería.

Y al igual que, con el paso de los años, se habían formado abismos en su ciencia, también se habían formado en su corazón. Eso es al menos lo que uno estaba autorizado a creer examinando ese rostro en el que no se veía brillar el alma sino a través de una sombría nube. ¿Qué motivaba esa frente despoblada, esa cabeza siempre inclinada, ese pecho siempre sacudido por suspiros? ¿Qué secreto pensamiento hacía sonreír su boca con tanta amargura a la vez que sus cejas fruncidas se acercaban como dos toros que se disponen a luchar? ¿Por qué los cabellos que le quedaban estaban ya grises? ¿Qué era ese fuego interior que resplandecía a veces en su mirada, hasta el punto de que sus ojos parecían agujeros practicados en la pared de un horno?

Esos síntomas de una violenta preocupación moral habían alcanzado un alto grado de intensidad sobre todo en la época en que transcurre esta historia. Más de una vez un monaguillo había huido, asustado, al encontrarlo solo en la iglesia, tan extraña y centelleante era su mirada. Más de una vez, en el coro, a la hora de los oficios, su vecino de asiento le había oído intercalar en el canto gregoriano *ad omnen tonum*[59] paréntesis ininteligibles. Más de una vez la lavandera del Terrain, encargada de «lavar el capítulo», había observado, no sin sobrecogimiento, marcas de uñas y de dedos crispados en la sobrepelliz del señor arcediano de Josas.

Al mismo tiempo, extremaba su severidad y jamás había sido más ejemplar. Tanto por su estado como por su carácter, siempre se había mantenido alejado de las mujeres, aunque ahora parecía odiarlas más que nunca. El simple crujido de una cotardía de seda hacía caer su capucha sobre los ojos. Era en este aspecto tan celoso de la austeridad y la reserva que, cuando la señora de Beaujeu, hija del rey, fue en el mes de diciembre de 1481 a visitar el claustro de Notre-Dame, Claude Frollo se opuso en redondo a su entrada recordando al obispo el estatuto del Libro Negro, que databa de la víspera de San Bartolomé de 1334 y que prohibió el acceso al claustro a toda mujer «quienquiera que fuese, vieja o joven, señora o sirvienta». El obispo se había visto obligado a citarle la ordenanza del legado Odo, que exceptúa a algunas grandes damas, *aliquae magnates mulieres, quae sine scandalo evitari non possunt*.[60] El arcediano había objetado entonces que la ordenanza del legado, que se remontaba a 1207, era ciento veintisiete años anterior al Libro Negro y, por consiguiente, quedaba abrogada por este. Y se había negado a aparecer ante la princesa.

Otra cosa que llamaba la atención era que su horror hacia las egipcias y cíngaras parecía multiplicarse desde hacía algún tiempo. Había solicitado al obispo un edicto que prohibiera

expresamente a las gitanas bailar y tocar la pandereta en la plaza del Atrio, y desde entonces estudiaba los enmohecidos archivos del provisorato a fin de reunir los casos de brujos y brujas condenados a la hoguera o a la horca por complicidad en maleficios con machos cabríos, cerdas o cabras.

6

Impopularidad

El arcediano y el campanero, ya lo hemos dicho, gozaban de pocas simpatías entre las gentes acomodadas y humildes de los alrededores de la catedral. Cuando Claude y Quasimodo salían juntos, cosa que sucedía muchas veces, y se les veía cruzar en compañía —el criado siguiendo al señor— las calles frescas, estrechas y sombrías de las inmediaciones de Notre-Dame, más de una mala palabra, más de un comentario irónico, más de una pulla insultante los importunaba al pasar, a no ser que Claude Frollo caminara con la cabeza alta y erguida, mostrando su frente severa y casi augusta a los bromistas desconcertados, cosa que raramente sucedía.

Los dos estaban en su barrio como los «poetas» de los que habla Régnier.

Por toda suerte de gentes los poetas son perseguidos,

como a los búhos las currucas persiguen dando chillidos.

Unas veces era un arrapiezo malicioso el que arriesgaba el pellejo por tener el inefable placer de clavar un alfiler en la joroba de Quasimodo. Otras, una guapa muchacha, atrevida y más desvergonzada de la cuenta, rozaba la sotana negra del sacerdote cantando delante de sus narices la sarcástica cantinela: «Uno, dos, tres, al diablo pillé». En ocasiones, un infame grupo de viejas, sentadas a la sombra en los escalones de unos soportales, refunfuñaba ruidosamente al pasar el arcediano y el campanero y les espetaba mascullando este alentador saludo: «¡Hum! ¡Aquí llega uno que tiene el alma igual que el otro tiene el cuerpo!». O bien un grupo de estudiantes y de soldados que jugaba a la rayuela se levantaba en masa y los saludaba al modo clásico con algún latinajo: *Eia, eia! Claudius cum claudo*.[61]

Pero lo más habitual era que el insulto pasara inadvertido tanto al sacerdote como al campanero. Para oír todas esas cosas graciosas, Quasimodo estaba demasiado sordo y Claude demasiado ensimismado.

LIBRO QUINTO

I

«Abbas beati Martini»[62]

La fama de don Claude había llegado muy lejos. Aproximadamente en la época en que se negó a ver a la señora de Beaujeu, le valió una visita cuyo recuerdo conservó durante mucho tiempo.

Fue una noche. Acababa de retirarse, después del oficio, a su celda canónica del claustro de Notre-Dame. Esta, exceptuando quizá unas redomas de cristal relegadas a un rincón y llenas de un polvo bastante sospechoso que presentaba un gran parecido con el polvo de proyección, no presentaba nada extraño ni misterioso. Había, eso sí, algunas inscripciones en las paredes, pero eran simples sentencias científicas o piadosas extraídas de buenos autores. El arcediano acababa de sentarse, a la luz de una lámpara de cobre de tres boquillas, ante un enorme arcón repleto de manuscritos. Había apoyado un codo en el libro, abierto, de Honorio de Autun, *De praedestinatione et libero arbitrio*, y hojeaba sumido en una profunda reflexión un infolio impreso que acababa de llevar a la celda, el único producto de la imprenta que esta contenía. Seguía en plena meditación cuando llamaron a la puerta.

—¿Quién es? —gritó el erudito en el tono amable de un dogo hambriento al que molestan mientras roe un hueso.

Una voz respondió desde fuera:

—Vuestro amigo Jacques Coictier.

El arcediano fue a abrir.

Era, efectivamente, el médico del rey, un personaje de unos cincuenta años, cuya fisonomía dura solo estaba corregida por una mirada astuta. Otro hombre lo acompañaba. Los dos llevaban una larga túnica de color pizarra forrada de petigrís, cerrada y ceñida con cinturón, y un gorro de la misma tela y del mismo color. Sus manos desaparecían bajo las mangas, sus pies bajo las túnicas y sus ojos bajo los gorros.

—¡Dios me asista, miceres! —dijo el arcediano invitándolos a pasar—. No me esperaba tan honorable visita a estas horas.

Y mientras hablaba con esta cortesía, paseaba una mirada inquieta y escrutadora del médico a su compañero y viceversa.

—Nunca es demasiado tarde para visitar a un sabio tan considerable como don Claude Frollo de Tirechappe —contestó el doctor Coictier, cuyo acento del Franco Condado le hacía arrastrar todas las frases con la majestad de un vestido de cola.

Entonces comenzó entre el médico y el arcediano uno de esos prólogos encomiásticos que precedían, según era costumbre en aquella época, toda conversación entre eruditos y que no les impedía detestarse con toda la cordialidad del mundo. Por lo demás, hoy en día continúa

haciéndose lo mismo; toda boca de erudito que dirige parabienes a otro erudito es un vaso de hiel endulzada.

Las felicitaciones de Claude Frollo a Jacques Coictier se referían sobre todo a los numerosos beneficios temporales que el digno médico había sabido obtener, en el transcurso de su envidiada carrera, de cada enfermedad del rey, operación de una alquimia mejor y más segura que la búsqueda de la piedra filosofal.

—En verdad, doctor Coictier, que me ha causado gran alegría enterarme del nombramiento como obispo de vuestro sobrino, el reverendo Pierre Versé. ¿No es obispo de Amiens?

—Sí, señor arcediano, es una gracia y misericordia de Dios.

—¿Sabéis que teníais un aspecto espléndido el día de Navidad, a la cabeza de vuestra compañía del Tribunal de Cuentas, señor presidente?

—Vicepresidente, don Claude. ¡Desgraciadamente, nada más!

—¿Cómo va vuestra magnífica casa de la calle Saint-André-des-Arcs? Es un Louvre. A mí me gusta mucho el albaricoquero que está esculpido en la puerta con ese gracioso juego de palabras: À L'ABRI-COTIER.[63]

—¡Ay, don Claude! Todas esas obras me cuestan muy caras. A medida que la casa avanza, yo me arruino.

—¡Bah! ¿No tenéis los ingresos de la prisión y del bailiazgo del Palacio, y la renta de todas las casas, los tornos, las cabañas y los puestos del cercado? ¡Eso es ordeñar una buena vaca!

—Mi castellanía de Poissy no me ha reportado nada este año.

—Pero vuestros peajes de Triel, de Saint-James y de Saint-Germain-en-Laye siguen siendo buenos.

—Ciento veinte libras, y ni siquiera parisienses.

—Tenéis también el cargo de consejero del rey. Y eso es fijo.

—Sí, hermano Claude, pero ese maldito señorío de Poligny, del que tanto se habla, no me da más de sesenta escudos de oro por término medio.

Había en los cumplidos que don Claude dirigía a Jacques Coictier ese tono sarcástico, agrio y solapadamente burlón, esa sonrisa triste y cruel de un hombre superior y desgraciado que juega un rato por distracción con la sólida prosperidad de un hombre vulgar. El otro, sin embargo, no se daba cuenta.

—¡Por mi honor! —dijo finalmente Claude, estrechándole la mano—. Celebro veros con tan buena salud.

—Gracias, don Claude.

—Por cierto, ¿cómo se encuentra vuestro real enfermo? —preguntó Claude.

—No paga lo suficiente a su médico —respondió el doctor, mirando de reojo a su compañero.

—¿Eso creéis, compadre Coictier? —dijo este último.

Estas palabras, pronunciadas en un tono de sorpresa y reproche, trasladaron hacia ese personaje desconocido la atención del arcediano, quien, a decir verdad, no había apartado un solo momento los ojos de él desde que había cruzado el umbral de la celda. Es más, de no haber sido por las mil razones que tenía para tratar con consideración al doctor Jacques Coictier, el

todopoderoso médico del rey Luis XI, no lo habría recibido acompañado. Así pues, la expresión de su semblante no fue nada cordial cuando Jacques Coictier le dijo:

—Por cierto, don Claude, os traigo a un amigo que quería conoceros por vuestra reputación.

—¿El señor se dedica a la ciencia? —preguntó el arcediano, clavando en el compañero de Coictier su mirada penetrante.

Bajo las cejas del desconocido encontró una mirada no menos penetrante y desafiante que la suya.

Era, a juzgar por lo que la débil claridad de la lámpara permitía ver, un anciano de unos sesenta años, de mediana estatura, que parecía bastante enfermo y achacoso. Su perfil, aunque de líneas muy burguesas, tenía algo que le daba un aspecto poderoso y severo; sus ojos brillaban bajo un arco ciliar muy profundo, como una luz al fondo de una gruta; y bajo el gorro que le caía sobre la nariz, se percibía una ancha frente de genio.

Él mismo se encargó de contestar a la pregunta del arcediano.

—Reverendo maestro —dijo con una voz grave—, vuestra fama ha llegado hasta mí y he querido consultaros. No soy más que un pobre hidalgo de provincias que se quita los zapatos antes de entrar en casa de los sabios. Debo presentarme. Soy el compadre Tourangeau.[64]

«¡Singular nombre para un hidalgo!», pensó el arcediano. Sin embargo, se sentía ante algo fuerte y serio. El instinto de su elevada inteligencia le permitía intuir una no menos elevada inteligencia bajo el gorro forrado de piel del compadre Tourangeau; y observando aquel semblante serio, el rictus irónico que la presencia de Jacques Coictier había hecho surgir en su rostro sombrío se desvaneció poco a poco como el crepúsculo en un horizonte nocturno. Se había vuelto a sentar, taciturno y silencioso, en su gran sillón, su codo había ocupado de nuevo su lugar acostumbrado sobre la mesa, y su frente sobre su mano. Tras un momento de reflexión, indicó a los dos visitantes que se sentaran y dirigió la palabra al compadre Tourangeau.

—¿Y sobre qué ciencia venís a consultarme, maese?

—Reverendo —respondió el compadre Tourangeau—, estoy enfermo, muy enfermo. Se os tiene por un gran Esculapio y he venido a pediros un consejo de medicina.

—¡De medicina! —dijo el arcediano moviendo la cabeza. Pareció recogerse un instante y prosiguió—: Compadre Tourangeau, puesto que ese es vuestro nombre, volved la cabeza. Encontraréis mi respuesta escrita en la pared.

El compadre Tourangeau obedeció y leyó por encima de su cabeza esta inscripción grabada en la pared: «La medicina es hija de los sueños. – JÁMBLICO».

El doctor Jacques Coictier había escuchado la pregunta de su compañero con un despecho que la respuesta de don Claude había redoblado. Se inclinó hacia el compadre Tourangeau y le dijo al oído, lo suficientemente bajo para que no lo oyera el arcediano:

—Ya os había advertido que era un loco. ¡Pero aun así habéis insistido en conocerlo!

—¡Es que podría muy bien ser que este loco tuviera razón, doctor Jacques! —repuso el compadre en el mismo tono, con una sonrisa amarga.

—¡Como gustéis! —replicó secamente Coictier—. Despacháis el trabajo deprisa, don Claude —añadió, dirigiéndose al arcediano—, y os intimida menos Hipócrates que un cacahuete a un

mono. ¡La medicina un sueño! Dudo que los farmacopolas y los alfaquines se abstuvieran de lapidaros si estuvieran aquí. ¡O sea que negáis la influencia de los filtros en la sangre, de los ungüentos en la carne! ¡Negáis esa eterna farmacia de flores y de metales que llamamos mundo, hecha expresamente para ese eterno enfermo que llamamos hombre!

—Yo no niego ni la farmacia ni al enfermo —dijo con frialdad don Claude—. Yo niego al médico.

—¡O sea, que no es verdad que la gota sea un herpes interno —prosiguió Coictier con vehemencia—, que se cure una herida de artillería mediante la aplicación de un ratón asado, que una sangre joven convenientemente transfundida devuelva la juventud a unas venas viejas! ¡No es verdad que dos y dos son cuatro y que el emprostótonos sucede al opistótonos!

—Hay ciertas cosas sobre las que pienso de cierta forma —repuso el arcediano sin inmutarse.

Coictier se puso rojo de cólera.

—Vamos, vamos, mi buen Coictier, no nos enfademos —dijo el compadre Tourangeau—, el señor arcediano es nuestro amigo.

Coictier se calmó mascullando entre dientes:

—¡Después de todo, es un loco!

—¡Pascua de Dios, maestro Claude! —prosiguió el compadre Tourangeau tras un momento de silencio—, lo que decís me disgusta sobremanera. Yo tenía dos consultas que haceros, una referente a mi salud y otra referente a mi estrella.

—Señor —contestó el arcediano—, si eso es lo que pensáis, habríais hecho bien en no cansaros subiendo los peldaños de mi escalera. Yo no creo en la medicina. Y tampoco creo en la astrología.

—¿De verdad? —dijo el compadre, sorprendido.

Coictier reía con una risa forzada.

—Como veis, es evidente que está loco —le dijo muy bajito al compadre Tourangeau—. ¡No cree en la astrología!

—¡Cómo concebir —prosiguió don Claude— que cada rayo de estrella es un hilo unido a la cabeza de un hombre!

—¿Y en qué creéis, pues? —preguntó el compadre Tourangeau.

El arcediano permaneció un momento indeciso y luego dejó escapar una sombría sonrisa que parecía desmentir su respuesta:

—*Credo in Deum.*

—*Dominum nostrum* —añadió el compadre Tourangeau haciendo la señal de la cruz.

—Amén —dijo Coictier.

—Reverendo maestro —continuó el compadre—, me alegro en el alma de veros en tan buenas relaciones con la religión, pero, como gran sabio que sois, ¿lo sois hasta el punto de haber dejado de creer en la ciencia?

—No —contestó el arcediano asiendo del brazo al compadre Tourangeau, y un destello de entusiasmo se encendió en sus pupilas sin brillo—.Yo no niego la ciencia. No me he arrastrado durante tanto tiempo boca abajo y clavando las uñas en la tierra a través de las interminables

ramificaciones de la caverna sin distinguir a lo lejos, delante de mí, al final de la oscura galería, una luz, una llama, algo, sin duda el reflejo del deslumbrante laboratorio central donde los pacientes y los sensatos han encontrado a Dios.

—Y bien —lo interrumpió Tourangeau—, ¿qué tenéis vos por verdadero e indudable?

—La alquimia.

—¡Pardiós, don Claude! —exclamó Coictier—. La alquimia tiene sin duda su razón de ser, pero ¿por qué renegar de la medicina y la astrología?

—¡El vacío, eso es vuestra ciencia del hombre! ¡El vacío, eso es vuestra ciencia del cielo! —dijo el arcediano con autoridad.

—Afirmar tal cosa es borrar de un plumazo a Epidauro y Caldea —replicó el médico, riendo con sarcasmo.

—Escuchad, micer Jacques, digo esto de buena fe. Yo no soy médico del rey, y su majestad no me ha dado el jardín Dédalo para que observe desde allí las constelaciones… No os enfadéis y escuchadme. ¿Qué verdad habéis sacado, no digo de la medicina, que es cosa demencial por demás, sino de la astrología? Citadme las virtudes del bustrófedon vertical, los hallazgos del número ziruph y del número sefirot.

—¿Negáis acaso —dijo Coictier— la fuerza simpática de la clavícula y que la cábala deriva de ella?

—¡Error, micer Jacques! Ninguna de vuestras fórmulas desemboca en la realidad, mientras que la alquimia tiene sus descubrimientos. ¿Discutiréis resultados como estos? El hielo aislado bajo tierra durante mil años se transforma en cristal de roca. El plomo es el antepasado de todos los metales, pues el oro no es un metal, el oro es la luz. El plomo solo necesita cuatro períodos de doscientos años cada uno para pasar sucesivamente del estado de plomo al estado de arsénico rojo, del arsénico rojo al estaño, y del estaño a la plata. Todo esto son hechos. Pero creer en la clavícula, en la línea plena y en las estrellas es tan ridículo como creer, con los habitantes de Cathay, que la oropéndola se transforma en topo y los granos de trigo en peces del género *Cyprinus*.

—Yo he estudiado la hermética —exclamó Coictier— y afirmo…

El vehemente arcediano no lo dejó terminar.

—Y yo he estudiado la medicina, la astrología y la hermética. Solo aquí está la verdad —dijo después de haber cogido de encima del arcón una redoma llena de ese polvo del que hablamos antes—. ¡Solo aquí está la luz! Hipócrates es un sueño, Urania es un sueño, Hermes es un pensamiento. El oro es el sol; hacer oro es ser Dios. Esa es la única ciencia. ¡Os digo que he penetrado la medicina y la astrología! El vacío, el vacío… ¡El cuerpo humano, tinieblas! ¡Los astros, tinieblas!

Y se dejó caer en el sillón adoptando una actitud poderosa e inspirada. El compadre Tourangeau lo observaba en silencio. Coictier se esforzaba en reír con sarcasmo, se encogía imperceptiblemente de hombros y repetía en voz baja:

—¡Un loco!

—Y el objetivo mirífico —dijo de pronto Tourangeau—, ¿lo habéis alcanzado? ¿Habéis hecho

oro?

—Si lo hubiera hecho —respondió el arcediano articulando lentamente sus palabras, como un hombre que está reflexionando—, el rey de Francia se llamaría Claude y no Luis.

El compadre frunció el entrecejo.

—¿Qué estoy diciendo? —prosiguió don Claude con una sonrisa de desdén—. ¿Qué me importaría el trono de Francia, cuando podría reconstruir el imperio de Oriente?

—¡Magnífico! —dijo el compadre.

—¡Pobre loco! —murmuró Coictier.

El arcediano prosiguió, aunque daba la impresión de no responder sino a sus pensamientos.

—Pero no, todavía me arrastro; me despellejo la cara y las rodillas con las piedras del camino subterráneo. ¡Entreveo, no contemplo! ¡No leo, deletreo!

—Y cuando sepáis leer, ¿haréis oro? —preguntó el compadre.

—¡Sin duda alguna! —dijo el arcediano.

—En ese caso, Nuestra Señora sabe que tengo una gran necesidad de dinero, y me encantaría aprender a leer en vuestros libros. Decidme, reverendo maestro, ¿vuestra ciencia no es contraria ni desagrada a Nuestra Señora?

A esta pregunta del compadre, don Claude se limitó a responder con una tranquila altanería:

—¿De quién soy arcediano?

—Eso es verdad, maestro. Y bien, ¿accederíais a iniciarme? Hacedme deletrear con vos.

Claude adoptó la actitud majestuosa y pontifical de un Samuel.

—Anciano, se necesitan más años de los que os quedan para emprender ese viaje a través de las cosas misteriosas. ¡Vuestra cabeza está muy gris! Solo se sale de la caverna con cabellos blancos, pero es preciso entrar en ella cuando aún son negros. La ciencia sabe muy bien surcar, marchitar y apergaminar ella sola los rostros humanos; no necesita que la vejez le lleve caras totalmente arrugadas. Si, no obstante, os domina el deseo de imponeros disciplina a vuestra edad y de descifrar el temible alfabeto de los sabios, acudid a mí, de acuerdo, lo intentaré. No os diré, pobre viejo, que vayáis a visitar las cámaras mortuorias de las pirámides de las que habla el antiguo Heródoto, ni la torre de ladrillos de Babilonia, ni el inmenso santuario de mármol blanco del templo indio de Eklinga. No he visto yo más que vos las edificaciones caldeas construidas según la forma sagrada del Sikra, ni el templo de Salomón, que está destruido, ni las puertas de piedra del sepulcro de los reyes de Israel, que están rotas. Nos conformaremos con los fragmentos del libro de Hermes que tenemos aquí. Os explicaré la estatua de san Cristóbal, el símbolo del Sembrador y el de los dos ángeles que están en el pórtico de la Santa Capilla, uno de los cuales tiene la mano dentro de un jarrón y el otro dentro de una nube…

Jacques Coictier, a quien las réplicas vehementes del arcediano habían desconcertado, reaccionó en ese momento interrumpiéndolo en el tono triunfal de un erudito que rectifica a otro:

—*Erras, amice Claudi*.[65] El símbolo no es el número. Confundís a Orfeo con Hermes.

—Sois vos quien yerra —replicó gravemente el arcediano—. Dédalo pone los cimientos; Orfeo es la muralla; Hermes es el edificio. Es el todo. Venid cuando os plazca —prosiguió, volviéndose hacia Tourangeau—, os mostraré las partículas de oro que han quedado en el fondo

del crisol de Nicolas Flamel y las compararéis con el oro de Guillermo de París. Os enseñaré también las virtudes secretas de la palabra griega *peristera*. Pero ante todo os haré leer una tras otra las letras de mármol del alfabeto, las páginas de granito del libro. Iremos del pórtico del obispo Guillermo y de Saint-Jean-le-Rond a la Santa Capilla y luego a la casa de Nicolas Flamel, en la calle Marivault, a su tumba, que está en los Santos Inocentes, a sus dos hospitales de la calle Montmorency. Os haré leer los jeroglíficos que cubren los cuatro grandes morillos de hierro del pórtico del hospital Saint-Gervais y de la calle Ferronnerie. Deletrearemos juntos las fachadas de Saint-Côme, de Sainte-Geneviève-des-Ardents, de Saint-Martin, de Saint-Jacques-de-la-Boucherie…

Hacía ya largo rato que Tourangeau, por inteligente que fuese su mirada, parecía haber dejado de comprender a don Claude.

—¡Pascua de Dios! —lo interrumpió—. ¿Cuáles son, pues, vuestros libros?

—He aquí uno —dijo el arcediano.

Y abriendo la ventana de la celda, señaló con el dedo la inmensa iglesia de Notre-Dame, que, recortando contra un cielo estrellado la silueta negra de sus dos torres, de sus costillas de piedra y de su grupa monstruosa, parecía una enorme esfinge de dos cabezas sentada en medio de la ciudad.

El arcediano contempló un rato en silencio el gigantesco edificio, tras lo cual, extendiendo con un suspiro la mano derecha hacia el libro impreso que estaba abierto sobre su mesa y la mano izquierda hacia Notre-Dame, y paseando una triste mirada del libro a la iglesia, dijo:

—Esto, ¡ay!, matará a eso.

Coictier, que se había acercado al libro apresuradamente, no pudo evitar exclamar:

—¡Pero bueno! ¿Qué hay en esto que sea tan temible? GLOSSA IN EPISTOLAS D. PAULI. *Norimbergae, Antonius Koburger*. 1474.[66] No es nuevo. Es un libro de Pedro Lombardo, el Maestro de las Sentencias. ¿Es porque está impreso?

—Vos lo habéis dicho —respondió Claude, que parecía absorto en una profunda meditación y permanecía de pie, apoyando el índice doblado en el infolio salido de las famosas prensas de Núremberg. Luego añadió estas palabras misteriosas—: ¡Ay, ay! Las pequeñas cosas acaban con las grandes; un diente triunfa sobre una masa. La rata del Nilo mata al cocodrilo, el pez espada mata a la ballena, ¡el libro matará al edificio!

El toque de queda del claustro sonó cuando el doctor Jacques repetía en voz muy baja a su compañero su eterna cantinela:

—¡Está loco!

A lo que el compañero contestó esta vez:

—Creo que sí.

Era la hora en que ningún extraño podía permanecer en el claustro. Los dos visitantes se retiraron.

—Maestro —dijo el compadre Tourangeau al despedirse del arcediano—, aprecio a los eruditos y a los grandes espíritus, y os tengo en singular estima. Venid mañana al palacio de las Tournelles y preguntad por el abad de Saint-Martin de Tours.

El arcediano volvió a su celda estupefacto, comprendiendo por fin qué clase de personaje era el compadre Tourangeau y recordando este pasaje del cartulario de Saint-Martin de Tours: *Abbas beati Martini*, SCILICET REX FRANCIAE, *est canonicus de consuetudine et habet parvam praebendam quam habet sanctus Venantius et debet sedere in sede thesaurarii*.[67]

Decían que desde esta época el arcediano mantenía frecuentes conferencias con Luis XI, cuando su majestad venía a París, y que el crédito de don Claude hacía sombra a Olivier el Gamo y a Jacques Coictier, el cual, conforme a su estilo, trataba muy rudamente al rey por ello.

2

Esto matará a eso

Nuestros lectores nos perdonarán que nos detengamos un momento para tratar de averiguar cuál podía ser el pensamiento que se escondía tras aquellas palabras enigmáticas del arcediano: «Esto matará a eso. El libro matará al edificio».

A nuestro entender, este pensamiento tenía dos caras. Era, en primer lugar, un pensamiento de sacerdote. Era el pavor del sacerdocio ante un agente nuevo, la imprenta. Era el terror y el deslumbramiento del hombre del santuario ante la prensa luminosa de Gutenberg. Era el púlpito y el manuscrito, la palabra hablada y la palabra escrita, alarmadas por la palabra impresa; algo semejante al estupor de un pajarillo que viera al ángel Legión abrir sus seis millones de alas. Era el grito del profeta que ya oye runrunear y bullir a la humanidad emancipada, que ve en el futuro a la inteligencia socavando a la fe, a la opinión destronando a la creencia, al mundo zarandeando a Roma. Pronóstico del filósofo que ve el pensamiento humano, volatilizado por la imprenta, evaporarse del recipiente teocrático. Terror del soldado que examina el ariete de bronce y dice: La torre caerá. Aquello significaba que un poder iba a suceder a otro poder. Aquello quería decir: La imprenta matará a la Iglesia.

Pero bajo este pensamiento, sin duda el primero y el más elemental, había, en nuestra opinión, otro más nuevo, un corolario del primero más difícil de percibir y más fácil de rebatir, una visión igualmente filosófica ya no solo del sacerdote, sino del erudito y del artista. Era el presentimiento de que el pensamiento humano, al cambiar de forma, iba a cambiar su modo de expresión; de que la idea capital de cada generación ya no se escribiría con la misma materia y de la misma manera; de que el libro de piedra, tan sólido y duradero, iba a ceder el puesto al libro de papel, más sólido y más duradero aún. Desde esta perspectiva, la vaga frase del arcediano tenía un segundo sentido; significaba que un arte iba a destronar a otro arte. Quería decir: La imprenta matará a la arquitectura.

En efecto, desde el origen de las cosas hasta el siglo XV de la era cristiana inclusive, la arquitectura es el gran libro de la humanidad, la expresión principal del hombre en sus diferentes estadios de desarrollo, ya sea como fuerza o como inteligencia.

Cuando la memoria de las primeras generaciones se sintió sobrecargada, cuando el bagaje de los recuerdos del género humano se hizo tan pesado y confuso que la palabra, desnuda y flotante, corría el peligro de perder algunos por el camino, los transcribieron sobre el suelo de la forma más visible, más duradera y más natural a la vez. Sellaron cada tradición bajo un monumento.

Los primeros monumentos fueron simples trozos de roca «que el hierro no había tocado», dice Moisés. La arquitectura empezó como toda escritura. Primero fue alfabeto. Se colocaba una piedra en vertical, y era una letra, y cada letra era un jeroglífico, y sobre cada jeroglífico descansaba un

grupo de ideas como el capitel sobre la columna. Eso hicieron las primeras generaciones, en todas partes, en el mismo momento, en la superficie del mundo entero. Encontramos la «piedra erguida» de los celtas en la Siberia asiática y en las pampas americanas.

Más adelante formaron palabras. Superpusieron la piedra a la piedra, acoplaron esas sílabas de granito, el verbo intentó algunas combinaciones. El dolmen y el crómlech celtas, el túmulo etrusco y el galgal hebreo son palabras. Algunas, el túmulo sobre todo, son nombres propios. A veces, cuando tenían mucha piedra y una extensa playa, incluso escribían una frase. El inmenso amontonamiento de Carnac es ya una fórmula entera.

Finalmente hicieron libros. Las tradiciones habían engendrado símbolos, bajo los cuales desaparecían como el tronco de un árbol bajo su follaje; todos esos símbolos, en los que la humanidad tenía fe, iban creciendo, multiplicándose, cruzándose, complicándose cada vez más; los primeros monumentos ya no eran suficientes para contenerlos; estaban desbordados por todas partes; aquellos monumentos apenas seguían expresando la tradición primitiva, sencilla, desnuda y tendida en el suelo, como ellos. El símbolo necesitaba extenderse por el edificio. La arquitectura se desarrolló entonces con el pensamiento humano; se convirtió en un gigante de mil cabezas y mil brazos, y fijó bajo una forma eterna, visible, palpable, todo ese simbolismo flotante. Mientras que Dédalo, que es la fuerza, medía, mientras que Orfeo, que es la inteligencia, cantaba, el pilar, que es una letra, el arco, que es una sílaba, la pirámide, que es una palabra, puestos en movimiento a la vez por una ley de la geometría y por una ley de la poesía, se agrupaban, se combinaban, se amalgamaban, bajaban, subían, se yuxtaponían sobre el suelo, se escalonaban en el cielo, hasta que hubieron escrito, bajo el dictado de la idea general de una época, esos libros maravillosos que eran también maravillosos edificios: la pagoda de Eklinga, el Rhamseion de Egipto y el templo de Salomón.

La idea madre, el verbo, no estaba solo en el fondo de todos esos edificios, sino también en la forma. El templo de Salomón, por ejemplo, no era simplemente la encuadernación del libro sagrado, era él mismo el libro sagrado. En cada uno de sus cercos concéntricos, los sacerdotes podían leer el verbo traducido y manifestado a los ojos, y de este modo seguían sus transformaciones de santuario en santuario hasta que lo alcanzaban en el último tabernáculo en su forma más concreta, que era de nuevo arquitectura: el arca. El verbo estaba, así, encerrado en el edificio, pero su imagen estaba en su envoltura como el rostro humano en el féretro de una momia.

Y no solo la forma de los edificios, sino también el emplazamiento que escogían, revelaba el pensamiento que representaban. Según fuera el símbolo que había que expresar gracioso o sombrío, Grecia coronaba sus montañas con un templo armonioso a la vista y la India perforaba las suyas para cincelar en ellas esas deformes pagodas subterráneas, sostenidas por gigantescas hileras de elefantes de granito.

Así pues, durante los seis mil primeros años del mundo, desde la pagoda más inmemorial del Indostán hasta la catedral de Colonia, la arquitectura ha sido la gran escritura del género humano. Y ello es tan cierto que no solo todo símbolo religioso, sino incluso todo pensamiento humano, tiene su página en este libro inmenso y su monumento.

Toda civilización comienza por la teocracia y termina por la democracia. Esta ley de la libertad sucediendo a la unidad está escrita en la arquitectura. Pues no hay que creer —insistimos en este punto— que la albañilería solo tiene poder para edificar el templo, para expresar el mito y el simbolismo sacerdotal, para transcribir en jeroglíficos sobre sus páginas de piedra las tablas misteriosas de la ley. Si fuera así, puesto que en toda sociedad humana llega un momento en que el símbolo sagrado se gasta y se oblitera bajo el libre pensamiento, en que el hombre se zafa del sacerdote, en que la excrecencia de las filosofías y de los sistemas corroe la faz de la religión, la arquitectura no podría reproducir este nuevo estado del espíritu humano, sus páginas, repletas por el anverso, estarían vacías por el reverso, su obra se vería truncada, su libro quedaría incompleto. Pero no.

Tomemos, por ejemplo, la Edad Media, donde vemos con más claridad porque está más cerca de nosotros. Durante el primer período, mientras la teocracia organiza Europa, mientras el Vaticano reúne y reordena a su alrededor los elementos de una Roma hecha con la Roma que yace derrumbada alrededor del Capitolio, mientras el cristianismo se aleja buscando en los escombros de la civilización anterior todas las capas de la sociedad y reconstruye con esas ruinas un nuevo universo jerárquico cuya piedra angular es el sacerdocio, primero oímos brotar en ese caos y luego, poco a poco, bajo el soplo del cristianismo, bajo la mano de los bárbaros, vemos surgir de los escombros de las arquitecturas muertas, griega y romana, esta misteriosa arquitectura románica, hermana de las construcciones teocráticas de Egipto y de la India, emblema inalterable del catolicismo puro, inmutable jeroglífico de la unidad papal. Todo el pensamiento de entonces está escrito, efectivamente, en ese sombrío estilo románico. Se percibe por doquier en él la autoridad, la unidad, lo impenetrable, lo absoluto, a Gregorio VII; por doquier al sacerdote, jamás al hombre; por doquier la casta, jamás al pueblo. Pero llegan las cruzadas. Es un gran movimiento popular, y todo gran movimiento popular, cualesquiera que sean su causa y su fin, despide siempre de su último precipitado el espíritu de libertad. Se abrirán paso novedades. Comienza el período tormentoso de las *jacqueries*, las praguerías y las ligas. La autoridad se tambalea, la unidad se bifurca. El feudalismo exige compartir con la teocracia, en espera del pueblo que surgirá inevitablemente y que se llevará, como siempre, la parte del león. *Quia nominor leo*.[68] El señorío asoma, pues, bajo el sacerdocio; la comuna, bajo el señorío. La faz de Europa ha cambiado. Y la faz de la arquitectura ha cambiado también. Igual que ha hecho la civilización, ha pasado página, y el espíritu nuevo de la época la encuentra dispuesta a escribir bajo su dictado. Ha vuelto de las cruzadas con la ojiva, de la misma forma que las naciones han vuelto con la libertad. Entonces, mientras Roma se desmiembra poco a poco, la arquitectura románica muere. El jeroglífico abandona la catedral y se va a blasonar el torreón para dar prestigio al feudalismo. La propia catedral, ese edificio antaño tan dogmático, invadida ahora por la burguesía, por la comuna, por la libertad, escapa del sacerdote y cae en poder del artista. El artista la construye a su antojo. Adiós al misterio, al mito, a la ley. Han llegado la fantasía y el capricho. Con tal de tener su basílica y su altar, el sacerdote no tiene nada que decir. Los cuatro muros son del artista. El libro arquitectónico ya no pertenece al sacerdocio, a la religión, a Roma; es de la imaginación, de la poesía, del pueblo. De ahí las rápidas e innumerables transformaciones de esa arquitectura que solo tiene tres siglos,

tan sorprendentes después de la inmovilidad estancada de la arquitectura románica, que tiene seis o siete. El arte, sin embargo, avanza a paso de gigante. El genio y la originalidad populares hacen el trabajo que hacían los obispos. Cada generación escribe, al pasar, su línea en el libro; tacha los viejos jeroglíficos románicos en el frontispicio de las catedrales, y como mucho se ve todavía asomar el dogma acá y allá bajo el nuevo símbolo que deposita en él. El ropaje popular a duras penas permite adivinar la osamenta religiosa. No podemos hacernos una idea de las licencias que se toman entonces los arquitectos, aun con la iglesia. Capiteles atestados de monjes y monjas vergonzosamente acoplados, como en la sala de las Chimeneas del Palacio de Justicia de París. La aventura de Noé esculpida «con todas las letras», como en el gran pórtico de la catedral de Bourges. Un monje ebrio con orejas de burro y el vaso en la mano riéndose en las narices de toda una comunidad, como en la pila de abluciones de la abadía de Bocherville. Existe en esta época, para el pensamiento escrito en piedra, un privilegio absolutamente comparable a la libertad actual de la imprenta. Es la libertad de la arquitectura.

Esa libertad llega muy lejos. A veces un pórtico, una fachada o una iglesia entera presenta un sentido simbólico absolutamente ajeno al culto o incluso hostil a la iglesia. En el siglo XIII Guillermo de París y en el XV Nicolas Flamel escribieron esta clase de páginas sediciosas. Saint-Jacques-de-la-Boucherie era totalmente una iglesia de oposición.

El pensamiento solo era libre entonces de este modo; así pues, solo se escribía completo en estos libros que llamaban edificios. Sin esta forma edificio, habría sido quemado en la plaza pública por el verdugo en la forma manuscrito, si hubiera cometido la imprudencia de exponerse a tal peligro; el pensamiento pórtico de iglesia habría asistido al suplicio del pensamiento libro. Así pues, como no tenía otro camino que el de la construcción para abrirse paso, se precipitaba sobre él desde todas partes. De ahí la inmensa cantidad de catedrales que han sembrado Europa, número tan prodigioso que cuesta creerlo, aun después de haberlo verificado. Todas las fuerzas materiales y todas las fuerzas intelectuales de la sociedad convergieron en el mismo punto: la arquitectura. De esta manera, so pretexto de construir iglesias a Dios, el arte se desarrollaba en unas proporciones magníficas.

Entonces, todo aquel que nacía poeta se hacía arquitecto. El genio esparcido entre las masas, comprimido por todas partes bajo el feudalismo como bajo una *testudo*[69] de escudos de bronce, al no encontrar salida sino por el lado de la arquitectura, desembocaba en este arte, y sus Ilíadas adoptaban la forma de catedrales. Todas las demás artes obedecían y se sometían a la arquitectura. Eran los obreros de la gran obra. El arquitecto, el poeta, el maestro totalizaba en su persona la escultura que le cincelaba las fachadas, la pintura que le iluminaba las vidrieras, la música que ponía en movimiento su campana y soplaba en sus órganos. No había nada, ni siquiera la pobre poesía propiamente dicha, la que se obstinaba en vegetar en los manuscritos, que no se viera obligado, para ser algo, a enmarcarse en el edificio en forma de himno o de prosa; el mismo papel, después de todo, que habían representado las tragedias de Esquilo en las fiestas sacerdotales de Grecia y el Génesis en el templo de Salomón.

Así pues, hasta Gutenberg, la arquitectura es la escritura principal, la escritura universal. La última página de ese libro granítico que Oriente había empezado y la antigüedad griega y romana

había continuado, la escribió la Edad Media. Por lo demás, este fenómeno de una arquitectura popular sucediendo a una arquitectura de casta que acabamos de observar en la Edad Media, se reproduce con todo movimiento análogo en la inteligencia humana en las otras grandes épocas de la historia. Así, para no enunciar aquí sino someramente una ley que exigiría ser desarrollada en varios volúmenes, en el alto Oriente, cuna de los tiempos primitivos, después de la arquitectura hindú, la arquitectura fenicia, esa madre opulenta de la arquitectura árabe; en la Antigüedad, tras la arquitectura egipcia, de la que el estilo etrusco y los monumentos ciclópeos no son más que una variedad, la arquitectura griega, de la que el estilo romano no es sino una prolongación sobrecargada por la cúpula cartaginesa; en los tiempos modernos, tras la arquitectura románica, la arquitectura gótica. Y desdoblando estas tres series, encontraremos en las tres hermanas mayores, la arquitectura hindú, la arquitectura egipcia y la arquitectura románica, el mismo símbolo, es decir, la teocracia, la casta, la unidad, el dogma, el mito, Dios; y en lo que se refiere a las tres hermanas menores, la arquitectura fenicia, la arquitectura griega y la arquitectura gótica, cualquiera que sea, por lo demás, la diversidad de forma inherente a su naturaleza, el mismo significado también, es decir, la libertad, el pueblo, el hombre.

Llámese brahmán, mago o papa, en las construcciones hindú, egipcia o románica se percibe siempre al sacerdote, solo al sacerdote. No sucede lo mismo en las arquitecturas populares. Estas son más ricas y menos sagradas. En la fenicia se percibe al mercader; en la griega, al republicano; en la gótica, al burgués.

Los caracteres generales de toda arquitectura teocrática son la inmutabilidad, el horror al progreso, la conservación de las líneas tradicionales, la consagración de los tipos primitivos, la sumisión constante de todas las formas del hombre y de la naturaleza a los caprichos incomprensibles del símbolo. Son libros tenebrosos que solo los iniciados saben descifrar. Por lo demás, toda forma, toda deformidad incluso, encierra un sentido que la hace inviolable. No les pida a las construcciones hindú, egipcia o románica que reformen su dibujo o mejoren su estatuaria. Todo perfeccionamiento es impiedad para ellas. En esas arquitecturas, parece que la rigidez del dogma se haya extendido por la piedra como una segunda petrificación. Los caracteres generales de las construcciones populares, por el contrario, son la variedad, el progreso, la originalidad, la opulencia, el movimiento perpetuo. Están ya suficientemente apartadas de la religión para pensar en su belleza, para cuidarla, para corregir sin descanso su ornamentación de estatuas o de arabescos. Son del siglo. Tienen algo humano que mezclan sin cesar con el símbolo divino bajo el que todavía se producen. El resultado son edificios que cualquier alma, cualquier inteligencia, cualquier imaginación puede penetrar, simbólicos todavía, pero fáciles de comprender como la naturaleza. Entre la arquitectura teocrática y esta existe la misma diferencia que entre una lengua sagrada y una lengua vulgar, entre el jeroglífico y el arte, entre Salomón y Fidias.

El resumen de lo expuesto hasta aquí muy someramente, pasando por alto mil pruebas y también mil objeciones, nos lleva a decir: que la arquitectura ha sido hasta el siglo XV el registro principal de la humanidad; que en ese intervalo no ha aparecido en el mundo un pensamiento mínimamente complicado que no se haya hecho edificio; que toda idea popular, como toda ley

religiosa, ha tenido sus monumentos; que el género humano, en fin, no ha pensado nada importante que no haya escrito en piedra. ¿Y por qué? Porque todo pensamiento, sea religioso o filosófico, tiene interés en perpetuarse, porque la idea que ha conmocionado a una generación quiere conmocionar a otras y dejar huella. ¡Y qué precaria inmortalidad la del manuscrito! ¡Un edificio es un libro mucho más sólido, duradero y resistente! Para destruir la palabra escrita bastan una antorcha y un turco. Para demoler la palabra construida, hace falta una revolución social, una revolución terrestre. Los bárbaros pasaron sobre el Coliseo, el diluvio tal vez sobre las pirámides.

En el siglo XV todo cambia.

El pensamiento humano descubre un medio de perpetuarse no solo más duradero y resistente que la arquitectura, sino también más fácil y sencillo. La arquitectura es destronada. A las letras de piedra de Orfeo sucederán las letras de plomo de Gutenberg.

El libro matará al edificio.

La invención de la imprenta es el mayor acontecimiento de la historia. Es la revolución madre. Es el modo de expresión de la humanidad que se renueva totalmente, es el pensamiento humano que abandona una forma y adopta otra, es el completo y definitivo cambio de piel de esta serpiente simbólica que, desde Adán, representa la inteligencia.

Bajo la forma imprenta, el pensamiento es más imperecedero que nunca; es volátil, inaprensible, indestructible. Se mezcla con el aire. En los tiempos de la arquitectura, se hacía montaña y se apoderaba con fuerza de un siglo y de un lugar. Ahora se convierte en bandada de pájaros, se esparce a los cuatro vientos y ocupa a la vez todos los puntos del aire y del espacio.

Lo repetimos, ¿quién no ve que de esta forma es mucho más indeleble? Era sólido y se vuelve vivaz. Pasa de la durabilidad a la inmortalidad. Se puede demoler una masa, pero ¿cómo extirpar la ubicuidad? Después de un diluvio, cuando la montaña haya desaparecido hace tiempo bajo el agua, los pájaros seguirán volando; y con que una sola arca flote en la superficie del cataclismo, se posarán sobre ella, sobrevivirán con ella, asistirán con ella al reflujo de las aguas, y el nuevo mundo que emerja de ese caos verá al despertarse planear sobre él, alado y vivo, el pensamiento del mundo engullido.

Y cuando observamos que este modo de expresión es no solo el más conservador, sino el más sencillo, el más cómodo, el más practicable para todos, cuando pensamos que no acarrea un bagaje excesivo y no carga con unos pesados pertrechos, cuando comparamos el pensamiento que, para traducirse en un edificio, se ve obligado a poner en movimiento cuatro o cinco artes más y toneladas de oro, una montaña entera de piedras, un bosque entero de armazones y un pueblo entero de obreros, con el pensamiento que se hace libro y que no necesita más que un poco de papel, un poco de tinta y una pluma, ¿cómo sorprendernos de que la inteligencia humana haya cambiado la arquitectura por la imprenta? Corte bruscamente el lecho primitivo de un río mediante un canal excavado por debajo de su nivel, y el río abandonará su lecho.

Vea, pues, cómo a partir del descubrimiento de la imprenta la arquitectura se deseca poco a poco, se atrofia y se descarna. ¡Cómo notamos que el nivel del agua desciende, que la savia se va, que el pensamiento de los tiempos y de los pueblos se retira de ella! El enfriamiento es casi

imperceptible en el siglo XV, la imprenta es demasiado débil aún y, como mucho, extrae de la poderosa arquitectura una sobreabundancia de vida. Pero a partir del siglo XVI la enfermedad de la arquitectura resulta visible; deja de ser esencialmente la expresión de la sociedad; se convierte miserablemente en arte clásico; pasa de ser gala, europea, indígena, a ser griega y romana, de ser auténtica y moderna, a ser seudoantigua. Esa decadencia es lo que llamamos Renacimiento. Decadencia, no obstante, magnífica, pues el viejo genio gótico, ese sol que se pone detrás de la gigantesca imprenta de Maguncia, todavía penetra durante algún tiempo con sus últimos rayos todo ese amontonamiento híbrido de arcadas latinas y columnatas corintias.

Ese sol poniente es el que tomamos por una aurora.

Sin embargo, desde el momento en que la arquitectura ya no es sino un arte como cualquier otro, desde que ya no es el arte total, el arte soberano, el arte tirano, deja de tener la fuerza necesaria para retener a las demás artes. Estas, pues, se emancipan, rompen el yugo del arquitecto y se van cada una por su lado. Y cada una de ellas gana con este divorcio. El aislamiento lo engrandece todo. La escultura se convierte en estatuaria, la imaginería se convierte en pintura, el canon se convierte en música. Recuerda a un imperio que se desmiembra a la muerte de su Alejandro y cuyas provincias se transforman en reinos.

De ahí, Rafael, Miguel Ángel, Jean Goujon, Palestrina, esos esplendores del deslumbrante siglo XVI.

Al mismo tiempo que las artes, el pensamiento se emancipa por todas partes. Los heresiarcas de la Edad Media ya habían infligido grandes heridas al catolicismo. El siglo XVI rompe la unidad religiosa. Antes de la imprenta, la reforma habría sido simplemente un cisma; la imprenta la convierte en revolución. Suprima la imprenta y la herejía quedará debilitada. Fatal o providencial, Gutenberg es el precursor de Lutero.

Sin embargo, cuando el sol de la Edad Media se ha puesto del todo, cuando el genio gótico se ha extinguido para siempre en el horizonte del arte, la arquitectura va perdiendo cada vez más brillo, color, protagonismo. El libro impreso, ese gusano que corroe el edificio, la succiona y la devora. La arquitectura se despelleja, se deshoja, adelgaza a ojos vistas. Es mezquina, es pobre, es nula. Ya no expresa nada, ni siquiera el recuerdo del arte de otra época. Reducida a sí misma, abandonada por las otras artes porque el pensamiento humano la abandona, recurre a artesanos a falta de artistas. El cristal sustituye a la vidriera. El cantero sucede al escultor. Adiós a toda savia, a toda originalidad, a toda vida, a toda inteligencia. Se arrastra, lamentable mendiga de taller, de copia en copia. Miguel Ángel, que desde el siglo XVI sin duda la sentía morir, había tenido una última idea, una idea desesperada. Ese titán del arte había amontonado el Panteón sobre el Partenón y había hecho San Pedro de Roma. Gran obra que merecía ser única, última originalidad de la arquitectura, firma de un artista gigante al pie del colosal registro de piedra que se cerraba. Muerto Miguel Ángel, ¿qué hace aquella miserable arquitectura que se sobrevivía a sí misma en estado de espectro y de sombra? Coge San Pedro de Roma y lo calca, y lo parodia. Es una manía. Es lastimoso. Cada siglo tiene su San Pedro de Roma: en el XVII, el Val-de-Grâce; en el XVIII, Sainte-Geneviève. Cada país tiene su San Pedro de Roma. Londres tiene el suyo. San Petersburgo también lo tiene. París tiene dos o tres. Insignificante testamento, último desatino de un gran arte

decrépito que vuelve a la infancia antes de morir.

Si, en lugar de monumentos característicos como estos de los que acabamos de hablar, examinamos el aspecto general del arte desde el siglo XVI hasta el XVIII, observamos los mismos fenómenos de declive y de deterioro. A partir de Francisco II, la forma arquitectónica del edificio desaparece cada vez más y deja sobresalir la forma geométrica, como la estructura huesuda de un enfermo enflaquecido. Las bellas líneas del arte dejan paso a las frías e inexorables líneas del geómetra. Un edificio ya no es un edificio, es un poliedro. La arquitectura, sin embargo, se tortura para ocultar esa desnudez. Ahí está el frontón griego que se inscribe en el frontón romano y a la inversa. Sigue siendo el Panteón en el Partenón, San Pedro de Roma. Ahí están las casas de ladrillo con esquinas de piedra de Enrique IV, la plaza Royale y la plaza Dauphine. Ahí están las iglesias de Luis XIII, pesadas, achaparradas, rebajadas, rechonchas, con una cúpula que recuerda una joroba. Ahí está la arquitectura mazarina, el horrible pastiche italiano de las Cuatro Naciones. Ahí están los palacios de Luis XIV, largos cuarteles para cortesanos, rígidos, glaciales, aburridos. Ahí está, por último, Luis XV, con sus escarolas y sus fideos, y todas las verrugas y todos los hongos que desfiguran esa vieja arquitectura caduca, desdentada y coqueta. De Francisco II a Luis XV, el mal se ha incrementado en progresión geométrica. El arte ha quedado reducido a piel y huesos. Agoniza miserablemente.

Entre tanto, ¿qué ocurre con la imprenta? Toda esta vida que escapa de la arquitectura va a ella. A medida que la arquitectura va a menos, la imprenta crece y engorda. Ese capital de fuerzas que el pensamiento humano invertía en edificios lo invierte ahora en libros. Así pues, en el siglo XVI la imprenta, alcanzado el nivel de la arquitectura en declive, lucha con ella y la mata. En el XVII ya es bastante soberana, bastante victoriosa, está bastante afianzada en su triunfo para ofrecer al mundo la fiesta de un gran siglo literario. En el XVIII, tras un largo descanso en la corte de Luis XIV, empuña de nuevo la vieja espada de Lutero, arma con ella a Voltaire y corre, tumultuosa, a atacar a esa vieja Europa cuya expresión arquitectónica ya ha matado. En el momento en que el siglo XVIII acaba, lo ha destruido todo. En el XIX, reconstruirá.

¿Y cuál de las dos artes, preguntamos ahora, representa realmente desde hace tres siglos al pensamiento humano?, ¿cuál de ellas lo traduce?, ¿cuál expresa no solo sus manías literarias y escolásticas, sino su vasto, profundo, universal movimiento? ¿Cuál se superpone constantemente, sin rupturas y sin lagunas, al género humano que camina cual monstruo de mil pies? ¿La arquitectura o la imprenta?

La imprenta. No nos engañemos, la arquitectura está muerta, muerta definitivamente, la ha matado el libro impreso porque dura menos y es más cara. Cualquier catedral es una fortuna. Imaginemos ahora qué inversión sería necesaria para reescribir el libro arquitectónico; para hacer pulular de nuevo sobre el suelo miles de edificios; para regresar a esas épocas en que la abundancia de monumentos era tal que, según un testigo ocular, «habríase dicho que el mundo, sacudiéndose, se había desprendido de sus viejos ropajes para cubrirse con una blanca vestidura de iglesias». *Erat enim ut si mundus, ipse excutiendo semet, rejecta vetustate, candidam ecclesiarum vestem indueret* (GLABER RADULPHUS).

¡Un libro se hace tan rápido, cuesta tan poco y puede llegar tan lejos! ¿Cómo sorprenderse de

que todo el pensamiento se deslice por esa pendiente? Esto no quiere decir que la arquitectura no vaya a tener aún algún que otro hermoso monumento, una obra maestra aislada. Podremos seguir teniendo de cuando en cuando, durante el reinado de la imprenta, una columna hecha, supongo, por todo un ejército con cañones fundidos, como teníamos, durante el reinado de la arquitectura, Ilíadas y Romanceros, Mahabharatas y Nibelungos hechos por todo un pueblo con rapsodias amontonadas y fusionadas. El gran accidente de un arquitecto de talento podrá producirse en el siglo XX, como el de Dante se produjo en el XIII. Pero la arquitectura ya no será el arte social, el arte colectivo, el arte dominante. El gran poema, el gran edificio, la gran obra de la humanidad ya no se construirá, se imprimirá.

Y si, en lo sucesivo, la arquitectura se recupera accidentalmente, ya no será ama. Estará sometida a la ley de la literatura, a la que antes imponía ella la suya. Las posiciones respectivas de las dos artes estarán invertidas. Ciertamente en la época arquitectónica los poemas, escasos, es verdad, se parecen a los monumentos. En la India, Vyasa es tupido, extraño, impenetrable como una pagoda. En el oriente egipcio, la poesía tiene, como los edificios, la grandeza y la tranquilidad de las líneas; en la Grecia antigua, la belleza, la serenidad, la calma; en la Europa cristiana, la majestad católica, la ingenuidad popular, la rica y exuberante vegetación de una época de renovación. La Biblia se parece a las pirámides, la Ilíada al Partenón, Homero a Fidias. Dante es, en el siglo XIII, la última iglesia románica; Shakespeare, en el XVI, la última catedral gótica.

Así pues, para resumir lo que hemos dicho hasta aquí de una forma necesariamente incompleta y truncada, el género humano tiene dos libros, dos registros, dos testamentos: la construcción y la imprenta, la biblia de piedra y la biblia de papel. Sin duda, cuando contemplamos estas dos biblias tan ampliamente abiertas a lo largo de los siglos, estamos autorizados a añorar la majestad visible de la escritura de granito, esos gigantescos alfabetos formulados en columnatas, en pilones, en obeliscos, esa especie de montañas humanas que cubren el mundo y el pasado desde la pirámide hasta el campanario, de Keops a Estrasburgo. Hay que releer el pasado en esas páginas de mármol. Hay que admirar y hojear constantemente el libro escrito por la arquitectura; pero no hay que negar la grandeza del edificio que levanta a su vez la imprenta.

Ese edificio es colosal. No sé qué estadístico ha calculado que, poniendo uno sobre otro todos los volúmenes salidos de la imprenta desde Gutenberg, se llenaría el espacio que separa la Tierra de la Luna; pero no es de esa clase de grandeza de la que queremos hablar. Sin embargo, cuando intentamos recoger en el pensamiento una imagen total del conjunto de los productos de la imprenta hasta nuestros días, ¿no nos aparece ese conjunto como una inmensa construcción, apoyada sobre el mundo entero, en la que la humanidad trabaja sin descanso y cuya cabeza monstruosa se pierde en las brumas profundas del futuro? Es el hormiguero de las inteligencias. Es la colmena a la que todas las imaginaciones, esas abejas doradas, llegan con su miel. El edificio de mil pisos. Aquí y allá vemos desembocar en sus rampas las cavernas tenebrosas de la ciencia que se cruzan en sus entrañas. En toda su superficie, el arte hace proliferar ante la vista sus arabescos, sus rosetones y sus cresterías. Ahí cada obra individual, por caprichosa y aislada que parezca, tiene su lugar y su saliente. La armonía resulta del conjunto. Desde la catedral de Shakespeare hasta la mezquita de Byron, mil campanarios se agolpan desordenadamente en esa

metrópoli del pensamiento universal. En su base han escrito algunos viejos títulos de la humanidad que la arquitectura no había registrado. A la izquierda de la entrada han sellado el viejo bajorrelieve en mármol blanco de Homero, a la derecha la Biblia políglota yergue sus siete cabezas. La hidra del Romancero se alza más allá, y algunas otras formas híbridas, como los Vedas y los Nibelungos. Por lo demás, el prodigioso edificio continúa inacabado. La imprenta, esa máquina gigante que bombea sin descanso toda la savia intelectual de la sociedad, vomita incesantemente nuevos materiales para su obra. Todo el género humano trabaja en ella. Cada mente es un albañil. El más humilde tapa su agujero o pone su piedra. Rétif de la Bretonne aporta su capazo de cascotes. Todos los días se coloca una nueva hilada. Con independencia de la contribución original e individual de cada escritor, hay contribuciones colectivas. El siglo XVIII da la *Enciclopedia*, la revolución da el *Monitor*. Desde luego, es una construcción que crece y se amontona en espirales sin fin; también aquí hay confusión de lenguas, actividad incesante, trabajo infatigable, concurso apasionado de toda la humanidad, refugio prometido a la inteligencia contra un nuevo diluvio, contra una invasión de bárbaros. Es la segunda torre de Babel del género humano.

LIBRO SEXTO

1

Mirada imparcial a la antigua magistratura

Era un personaje muy feliz, en el año de gracia 1482, el noble Robert d'Estouteville, caballero, señor de Beyne, barón de Ivry y de Saint-Andry en la Marche, consejero y chambelán del rey y titular del prebostazgo de París. Casi diecisiete años hacía ya que había recibido del rey, el 7 de noviembre de 1465, el año del cometa,[70] ese gran puesto de preboste de París, considerado más señorío que cargo, «*dignitas* —dice Joannes Loemnoeus— *quae cum non exigua potestate politiam concernente, atque praerogativis multis et juribus conjuncta est*».[71] Era algo prodigioso en 1482 que tuviera empleo del rey un gentilhombre y que su nombramiento se remontara a la época del matrimonio de la hija natural de Luis XI con el bastardo de Borbón. El mismo día que Robert d'Estouteville había reemplazado a Jacques de Villiers en el prebostazgo de París, Jean Dauvet reemplazaba a micer Hélye de Thorrettes en la primera presidencia del Parlamento, Jean Jouvenel des Ursins sustituía a Pierre de Morvilliers en el oficio de canciller de Francia y Regnault des Dormans destituía a Pierre Puy del cargo de relator de los asuntos ordinarios del palacio del rey. Pero ¡sobre cuántas cabezas se habían paseado la presidencia, la cancillería y la relatoría desde que Robert d'Estouteville ocupaba el prebostazgo de París! Había sido «encomendado a su custodia», rezaba el despacho real; y ciertamente lo custodiaba bien. Se había aferrado a él, se había integrado en él, se había identificado con él tan bien que había escapado a ese furor de cambios que dominaba a Luis XI, rey desconfiado, quisquilloso y trabajador que pretendía conservar, mediante nombramientos y revocaciones frecuentes, la elasticidad de su poder. Más aún, el bravo caballero había obtenido el mantenimiento del cargo para su hijo, y hacía ya dos años que el nombre del noble Jacques d'Estouteville, escudero, figuraba al lado del suyo encabezando el registro de cuentas del ordinario del prebostazgo de París. ¡Raro, ciertamente, e insigne favor! Es verdad que Robert d'Estouteville era un buen soldado, que había enarbolado lealmente el pendón contra «la liga del bien público» y que había ofrecido a la reina un excelso ciervo confitado el día de su entrada en París en 14… Contaba además con la buena amistad de micer Tristan l'Hermite, preboste de los mariscales del palacio del rey. Era, pues, una muy dulce y grata existencia la de micer Robert. Para empezar, muy buenos emolumentos, a los que iban ligados y de los que pendían, como racimos suplementarios en su parra, los ingresos de las escribanías civil y criminal del prebostazgo, amén de las rentas civiles y criminales de las audiencias del Châtelet, sin contar algún pequeño peaje en el puente de Mantes y de Corbeil, y los ingresos del impuesto sobre ciertas verduras de París, sobre los moldeadores de leños y los mensuradores de sal. Añádase a esto el placer de exhibir en las cabalgadas por la ciudad, y de hacer que destacara entre las vestiduras de color rojo y tostado de los ediles y de los responsables del orden público en los barrios, su hermoso traje de guerra, que todavía se puede admirar hoy

esculpido sobre su sepulcro en la abadía deValmont, en Normandía, y su morrión repujado en Montlhéry. Y además, ¿acaso no era nada tener supremacía absoluta sobre los soldados de la docena,[72] el conserje y atalaya del Châtelet, los dos auditores del Châtelet, *auditores Castelleti*, los dieciséis comisarios de los dieciséis barrios, el carcelero del Châtelet, los cuatro alguaciles con feudo, los ciento veinte soldados a caballo, los ciento veinte alguaciles de vara, el caballero de la guardia con su guardia, su subguardia, su contraguardia y su retrdia? ¿Acaso no era nada ejercer alta y baja justicia, el derecho de hacer girar en la rueda de la picota, colgar y arrastrar, sin contar la jurisdicción menor en primera instancia (*in prima instantia*, como dicen los documentos) sobre ese vizcondado de París tan gloriosamente dotado de siete nobles bailiazgos? ¿Cabe imaginar algo más agradable que pronunciar fallos y sentencias, como hacía a diario micer Robert d’Estouteville, en el Gran-Châtelet, bajo las anchas y aplastadas ojivas de Felipe Augusto? ¿Y que ir, como acostumbraba a hacer todas las noches en esa encantadora casa sita en la calle Galilée, en el recinto del palacio real, que había recibido de su mujer, Ambroise de Loré, a descansar de la fatiga de haber enviado a algún pobre diablo a pasar la noche en «ese pequeño cuchitril de la calle Escorcherie, que los prebostes y ediles de París querían convertir en su prisión y que tenía once pies de largo, siete pies y cuatro pulgadas de ancho y once pies de alto»?[73]

Y no solo tenía micer Robert d’Estouteville su justicia particular como preboste y vizconde de París, sino que además participaba, echaba el ojo e hincaba el diente en la gran justicia del rey. No había cabeza un poco alta que no hubiera pasado por sus manos antes de caer en las del verdugo. Fue él quien había ido a buscar a la prisión de Saint-Antoine para llevarlo a Les Halles al señor de Nemours; y para llevarlo a la plaza de Grève, al señor de Saint-Paul, el cual rezongaba y protestaba, para gran contento del señor preboste, que no apreciaba al señor condestable.

Era esto, ciertamente, más de lo necesario para que una vida fuese feliz e ilustre, y para merecer un día una página notable en esta interesante historia de los prebostes de París, gracias a la cual nos enteramos de que Oudard deVilleneuve tenía una casa en la calle Boucheries, de que Guillaume de Hangest compró la grande y la pequeña Saboya, de que Guillaume Thiboust donó a las religiosas de Santa Genoveva sus casas de la calle Clopin, de que Hugues Aubriot residía en el hotel del Porc-Épic y otros hechos domésticos.

Sin embargo, con tantos motivos para tomarse la vida con paciencia y alegría, micer Robert d’Estouteville se había despertado la mañana del 7 de enero de 1482 muy mohíno y de un humor de perros. ¿Qué le provocaba ese mal humor? Ni él mismo habría sabido decirlo. ¿Era porque el cielo estaba gris?, ¿porque la hebilla de su viejo cinturón de Montlhéry estaba muy apretada y ceñía demasiado militarmente su barriga de preboste?, ¿porque había visto pasar por la calle, bajo su ventana, a unos ribaldos que, en grupos de cuatro, sin camisa bajo el jubón, con gorro agujereado y bizaza y botella en el costado, hacían befa de él? ¿Era por un vago presentimiento del recorte de trescientas setenta libras, dieciséis sueldos y ocho dineros que el futuro rey Carlos VIII aplicaría el año siguiente a las rentas del prebostazgo? El lector puede elegir; en cuanto a nosotros, nos inclinaríamos a creer sencillamente que estaba de mal humor porque estaba de mal humor.

Téngase en cuenta que era el día siguiente de una fiesta, día de aburrimiento para todo el

mundo, en especial para el magistrado encargado de barrer toda la basura, en sentido propio y figurado, que genera una fiesta en París. Y además debía celebrar sesión en el Grand-Châtelet. Y hemos observado que en general los jueces se las arreglan para que su día de audiencia sea también su día de mal humor, a fin de tener siempre a alguien con quien desahogarse cómodamente, en nombre del rey, de la ley y de la justicia.

Sin embargo, la audiencia había empezado sin él. Sus lugartenientes en lo civil, en lo criminal y en lo particular hacían su trabajo, según la costumbre; y desde las ocho de la mañana, unas decenas de burgueses y burguesas, amontonados y apiñados en un rincón oscuro de la audiencia del Châtelet, entre una sólida barrera de roble y la pared, asistían dichosos al variado y divertido espectáculo de la justicia civil y criminal administrada por maese Florian Barbedienne, auditor del Châtelet y lugarteniente del señor preboste, con cierto desorden y absolutamente al tuntún.

La sala era pequeña, baja y abovedada. Al fondo, una mesa flordelisada, con un gran sillón de madera de roble esculpida, que era del preboste y estaba vacío, y un escabel a la izquierda para el auditor, maese Florian. Abajo estaba el escribano escribiendo. Enfrente estaba el pueblo; y delante de la puerta y de la mesa, numerosos alguaciles del prebostazgo con casaca de camelote violeta con cruces blancas. Dos alguaciles del Parloir-aux-Bourgeois, que lucían sus chaquetas de Todos los Santos, mitad rojos, mitad azules, montaban guardia delante de una puerta baja, cerrada, que se veía al fondo, detrás de la mesa. Una sola ventana ojival, estrechamente encajada en el grueso muro, iluminaba con un pálido rayo de enero dos grotescas figuras: el caprichoso demonio de piedra pinjante en la clave de la bóveda y el juez sentado al fondo de la sala sobre las flores de lis.

Realmente, imagínese en la mesa prebostal, entre dos legajos de procesos, apoyado en los codos, con un pie pisando la cola de su toga de paño pardo y liso, la cara enmarcada por su piel de cordero blanca, con la que las cejas parecían no tener nada que ver, colorado, arisco, guiñando un ojo, llevando con majestad la grasa de sus mejillas, las cuales se juntaban bajo el mentón, a maese Florian Barbedienne, auditor del Châtelet.

Pero el auditor era sordo. Leve defecto para un auditor, que no impedía a maese Florian juzgar menos inapelablemente y con mucha precisión. Cierto es que, tratándose de un juez, basta con que parezca que escucha; y el venerable auditor cumplía tanto mejor esta condición, la única esencial en justicia, cuanto que ningún ruido podía distraer su atención.

Por lo demás, se encontraba en la sala un implacable controlador de su vida y milagros en la persona de nuestro amigo Jehan Frollo del Molino, aquel joven estudiante de ayer, aquel «peatón» al que siempre tenía uno la seguridad de encontrarse en cualquier lugar de París, excepto ante la cátedra de sus profesores.

—Mira —decía en voz baja a su compañero Robin Poussepain, que reía a su lado mientras él comentaba las escenas que se desarrollaban ante sus ojos—, ahí está Jehanneton du Buisson. ¡La guapa moza del Cagnard del Mercado Nuevo! ¡Por mi honor! ¡El vejestorio la condena! Eso es que ve todavía menos de lo que oye. ¡Quince sueldos y cuatro dineros parisienses por haber llevado dos rosarios! Un poco caro me parece. *Lex duri carminis*…[74] ¿Quién es ese? ¡Robin Chief-de-Ville, hacedor de cotas de malla…! ¿Por haberse convertido en maestro en dicho oficio…? Es su tributo de entrada… ¡Eh! ¡Dos hidalgos entre estos tunantes! Aiglet de Soins y

Hutin de Mailly. ¡Dos escuderos, *corpus Christi*! ¡Ah!, han jugado a los dados. ¿Cuándo veré aquí a nuestro rector? ¡Cien libras parisienses de multa para el rey! ¡Este Barbedienne tiene la mano dura…! Tanto como el oído… Quiero ser mi hermano el arcediano, si eso me impide jugar; jugar de día, jugar de noche, vivir en el juego, morir en el juego y jugarme el alma después de la camisa… ¡Virgen santa, cuántas mozas! ¡Una detrás de otra, ovejitas mías! ¡Ambroise Lécuyère! ¡Isabeau la Paynette! ¡Bérarde Gironin! ¡Por Dios, las conozco a todas! ¡Multa! ¡Multa! ¡Eso os enseñará a llevar cinturones dorados! ¡Diez sueldos parisienses! ¡Coquetas…! ¡Ah, vaya con la vieja jeta de juez sordo e imbécil! ¡Ah, Florian el lerdo! ¡Ah, Barbedienne el cernícalo! ¡Ahí está sentado a la mesa! Come litigantes, come procesos, come, mastica, se ceba, se atiborra. ¡Multas, bienes mostrencos, tasas, gastos, costes legales, salarios, daños y perjuicios, tormento, prisión, cárcel y cepos con costas son para él mantecadas de Navidad y mazapanes de San Juan! ¡Míralo, el muy cerdo…! ¡Vaya! ¡Bueno, otra mujer amorosa! ¡Thibaud la Thibaude, ni más ni menos…! ¡Por haber salido de la calle Glatigny…! ¿Quién es ese joven? ¡Gieffroy Mabonne, gendarme ballestero! ¡Ha mascullado el nombre del Padre…! ¡Multa para Thibaude! ¡Multa para Gieffroy! ¡Multa para los dos! ¡El viejo sordo! ¡Ha debido de mezclar los dos casos! ¡Diez contra uno a que hace pagar la blasfemia a la moza y el amor al gendarme…! ¡Atención, Robin Poussepain! ¿Qué van a traer? ¡Cuántos soldados! ¡Por Júpiter! Todos los lebreles de la jauría están aquí. Debe de ser la pieza mayor de la cacería. Un jabalí… ¡Sí que lo es, Robin, sí que lo es…! ¡Y bien grande…! ¡Por Hércules! ¡Es nuestro príncipe de ayer, nuestro papa de los locos, nuestro campanero, nuestro tuerto, nuestro jorobado, nuestra mueca! ¡Es Quasimodo…!

En efecto.

Era Quasimodo, cinchado, cercado, atado, agarrotado y convenientemente custodiado. La escuadra de soldados que lo rodeaba iba acompañada por el caballero de la guardia en persona, con las armas de Francia bordadas en el pecho y las armas de la ciudad en la espalda. Nada había, por lo demás, en Quasimodo, aparte de su deformidad, que pudiera justificar aquel aparato de alabardas y arcabuces. Estaba taciturno, silencioso y tranquilo. A duras penas su ojo único lanzaba de vez en cuando hacia las ataduras que lo inmovilizaban una mirada solapada y colérica.

Paseó esa misma mirada a su alrededor, pero tan apagada y soñolienta que las mujeres se lo señalaban unas a otras con el dedo para reírse de él.

Entre tanto, maese Florian, el auditor, hojeó con atención el expediente de la denuncia presentada contra Quasimodo que le entregó el escribano y, una vez visto, pareció recogerse un instante. Gracias a esta precaución que nunca olvidaba tomar en el momento de proceder a un interrogatorio, conocía de antemano el nombre, la condición y los delitos del detenido, daba réplicas previstas a preguntas previstas y conseguía salir airoso de todas las sinuosidades del interrogatorio sin que se notara demasiado su sordera. El expediente del proceso era para él como el perro para un ciego. Si por casualidad su deficiencia lo delataba en algún momento por alguna increpación incoherente o alguna pregunta incomprensible, aquello era interpretado como profundidad por unos y como imbecilidad por otros. En ambos casos, el honor de la magistratura quedaba intacto; porque es preferible que un juez tenga fama de imbécil o de profundo que de sordo. Así pues, él ponía sumo cuidado en disimular su sordera ante todo el mundo, y solía

conseguirlo tan bien que había llegado a creérselo él mismo. Lo cual es, por lo demás, más fácil de lo que se piensa. Todos los jorobados van con la cabeza alta, todos los tartamudos peroran, todos los sordos hablan bajo. En cuanto a él, creía que era, como mucho, un poco duro de oído. Era la única concesión que hacía sobre este punto, en sus momentos de franqueza y de examen de conciencia, a la opinión pública.

Habiendo, pues, rumiado a fondo el caso de Quasimodo, echó la cabeza hacia atrás y entornó los ojos para dar una impresión más majestuosa e imparcial, de manera que en aquel momento estaba a la vez sordo y ciego. Doble condición sin la cual no hay juez perfecto. Y en esta magistral actitud comenzó el interrogatorio.

—¿Vuestro nombre?

Pero hete aquí un caso que no había sido «previsto por la ley», aquel en el que un sordo tuviera que interrogar a otro sordo.

Quasimodo, al que nada advertía de la pregunta que se le estaba formulando, continuó mirando al juez fijamente y no respondió. El juez, sordo y al que nada advertía de la sordera del acusado, creyó que este había respondido, como hacían en general todos los acusados, y prosiguió con su aplomo mecánico y estúpido.

—Está bien. ¿Vuestra edad?

Quasimodo no contestó tampoco a esta pregunta. El juez la creyó respondida y continuó.

—Ahora, vuestro estado…

De nuevo el mismo silencio. Los asistentes, sin embargo, empezaban a susurrar y a mirarse unos a otros.

—Es suficiente —dijo el imperturbable auditor cuando supuso que el acusado había terminado de dar su tercera respuesta—. Se os acusa, ante nos: *primo*, de desorden nocturno; *secundo*, de acto deshonesto en la persona de una mujer de la vida, *in praejudicium meretricis*;[75] *tertio*, de rebelión y deslealtad para con los arqueros de la ordenanza del rey, nuestro señor. Explicaos sobre todos estos puntos. Escribano, ¿habéis tomado nota de lo que el acusado ha dicho hasta el momento?

Esta desafortunada pregunta provocó, desde la escribanía hasta el auditorio, unas carcajadas tan violentas, tan descontroladas, tan contagiosas, tan generales que los dos sordos no pudieron por más de enterarse. Quasimodo se volvió, levantando la joroba con desdén, mientras que maese Florian, tan sorprendido como él y suponiendo que la risa de los espectadores había sido provocada por alguna réplica irreverente del acusado, hecha visible para él mediante ese encogimiento de hombros, lo increpó con indignación:

—¡Bribón, habéis dado una respuesta que merecería la horca! ¿Sabéis con quién estáis hablando?

Esta salida no era la más indicada para detener la explosión de alegría general. Les pareció a todos tan incongruente y absurda que la risa descontrolada se les contagió hasta a los alguaciles del Parloir-aux-Bourgeois, una especie de valets de picas en los que la estupidez iba de uniforme. Quasimodo fue el único que no perdió la seriedad por la sencilla razón de que no comprendía nada de lo que sucedía a su alrededor. El juez, cada vez más irritado, creyó que debía continuar en el

mismo tono, con la esperanza de infundir así en el acusado un terror que influiría en los presentes y les haría recuperar una actitud respetuosa.

—¡O sea, hombre perverso y rapiñador, que os permitís faltar al auditor del Châtelet, al magistrado que está al frente de la policía popular de París, encargado de investigar los crímenes, delitos y altercados, de controlar todos los oficios y prohibir el monopolio, de mantener los empedrados, de impedir la actividad de los regatones de volatería y salvajina, de hacer medir la leña y otros tipos de madera, de limpiar la ciudad de barro y el aire de enfermedades contagiosas, en una palabra, de ocuparse continuamente de los asuntos públicos sin gajes ni esperanzas de salario! ¿Sabéis que soy Florian Barbedienne, lugarteniente del señor preboste, además de comisario, investigador, controlador y examinador con igual poder en prebostazgo, bailiazgo, registro y tribunal?

No hay ninguna razón para que un sordo que le habla a otro sordo se detenga. Sabe Dios dónde y cuándo habría bajado a la tierra maese Florian, lanzado sin freno por la alta elocuencia, si la puerta baja del fondo no se hubiera abierto de repente para dar paso al señor preboste en persona.

Al entrar este, maese Florian no se quedó cortado, sino que, girando sobre sus talones y dirigiendo bruscamente hacia el preboste la arenga con la que fulminaba a Quasimodo un momento antes, dijo:

—Monseñor, requiero la pena que os plazca contra el acusado aquí presente, por grave y mirífico desacato a la justicia.

Y se sentó, jadeante, secándose gruesas gotas de sudor que resbalaban por su frente y mojaban como lágrimas los pergaminos extendidos ante él. Micer Robert d’Estouteville frunció el entrecejo y le hizo a Quasimodo un gesto de amonestación tan imperioso y significativo que el sordo lo comprendió en parte.

El preboste le dirigió la palabra con severidad:

—¿Qué has hecho para estar aquí, malandrín?

El pobre diablo, suponiendo que el preboste le preguntaba su nombre, rompió el silencio que guardaba habitualmente y respondió con una voz ronca y gutural:

—Quasimodo.

La respuesta casaba tan poco con la pregunta que la risa descontrolada empezó de nuevo a circular y micer Robert gritó, rojo de ira:

—¿También te burlas de mí, sinvergüenza redomado?

—Campanero de Notre-Dame —respondió Quasimodo, creyendo que el juez le preguntaba cuál era su oficio.

—¡Campanero! —dijo el preboste, que se había despertado aquella mañana de bastante mal humor, como hemos dicho, para que su furia no necesitara ser atizada por tan extrañas respuestas —. ¡Campanero! Voy a hacer que te den un repique de verdascas en la espalda por las calles de París. ¿Me oyes, bribón?

—Si es mi edad lo que queréis saber —dijo Quasimodo—, creo que cumpliré veinte años el día de San Martín.

Aquello era ya demasiado; el preboste no pudo contenerse.

—¡Ah, miserable, te mofas del preboste! Señores alguaciles de vara, vais a llevar a este bribón a la picota de la Grève, a azotarlo y a darle vueltas durante una hora. ¡Me las va a pagar, voto a Dios! Y quiero que se haga un pregón de la presente sentencia, con asistencia de cuatro trompetas-jurados, en las siete castellanías del vizcondado de París.

El escribano se puso a redactar la sentencia.

—¡Vientre de Dios! ¡Vaya si está bien juzgado! —exclamó desde su rincón el joven estudiante Jehan Frollo del Molino.

El preboste se volvió y clavó de nuevo en Quasimodo sus ojos centelleantes.

—Creo que el bribón ha dicho «vientre de Dios». Escribano, añadid doce dineros parisienses de multa por blasfemia, la mitad de los cuales se destinará a la fábrica de San Eustaquio. Siento una devoción especial por san Eustaquio.

En unos minutos, la sentencia estuvo redactada. El texto era sencillo y breve. La costumbre del prebostazgo y del vizcondado de París aún no había sido adulterada por el presidente Thibaut Baillet y por Roger Barmne, el abogado del rey. Entonces no se hallaba obstruida por ese alto oquedal de enredos y actuaciones que estos dos jurisconsultos impusieron a principios del siglo XVI. Todo era claro, expeditivo, explícito. Se iba directo al grano y se veía enseguida al final de cada sendero, sin zarzas y sin recovecos, la rueda, el patíbulo o la picota. Se sabía al menos adónde se iba.

El escribano presentó la sentencia al preboste, que puso en ella su sello y salió para continuar su ronda por las audiencias con una disposición de ánimo que debió de poblar aquel día todas las prisiones de París. Jehan Frollo y Robin Poussepain reían de so capa. Quasimodo contemplaba todo ello con un aire de indiferencia y asombro.

Sin embargo, en el momento en que maese Florian Barbedienne leía a su vez la sentencia para firmarla, el escribano sintió compasión por el pobre diablo condenado y, con la esperanza de obtener cierta disminución en la pena, se acercó todo lo que pudo a la oreja del auditor y le dijo señalándole a Quasimodo:

—Este hombre está sordo.

Esperaba que esa coincidencia en la discapacidad despertaría el interés de maese Florian a favor del condenado. Pero, para empezar, ya hemos observado que maese Florian tenía interés en que nadie advirtiera su sordera. Y además, era tan duro de oído que no oyó una sola palabra de lo que le dijo el escribano; pero, como deseaba dar la impresión de que oía, contestó:

—¡Ah!, entonces la cosa cambia. Yo no sabía eso. En tal caso, una hora más de picota.

Y firmó la sentencia modificada en este sentido.

—Bien hecho —dijo Robin Poussepain, que le tenía ojeriza a Quasimodo—, eso le enseñará a no maltratar a la gente.

2

El Agujero de las Ratas

Permítanos el lector que lo llevemos de nuevo a la plaza de Grève, lugar que dejamos ayer con Gringoire para seguir a Esmeralda.

Son las diez de la mañana. Todo indica que es el día posterior a una fiesta. El suelo está cubierto de restos, cintas, trapos, plumas de penacho, gotas de cera de los hachones y migajas de la comilona pública. Un buen número de burgueses deambula de acá para allá removiendo con el pie los tizones apagados de la hoguera, extasiándose ante la Casa de los Pilares, recordando las hermosas colgaduras del día anterior y mirando hoy —último placer— los clavos. Los vendedores de sidra y de cerveza empujan sus barriles entre los grupos de gente. Algunos transeúntes atareados pasan en todas direcciones. Los comerciantes charlan y se llaman unos a otros desde la puerta de sus tiendas. La fiesta, los embajadores, Coppenole y el papa de los locos están en boca de todos. Comentan y ríen a cuál más y mejor. Sin embargo, cuatro soldados a caballo que acaban de apostarse en las cuatro esquinas de la picota ya han congregado a su alrededor a una buena parte del pueblo esparcido por la plaza, que se condena a la inmovilidad y al aburrimiento con la esperanza de asistir a una pequeña ejecución.

Si el lector, después de haber contemplado esta escena animada y bulliciosa que se desarrolla en toda la plaza, dirige ahora la mirada hacia esa antigua casa medio gótica y medio románica de la Tour-Roland, que hace esquina con el muelle por el lado de poniente, podrá observar en el ángulo de la fachada un gran breviario público, con ricas iluminaciones, preservado de la lluvia por un pequeño tejadillo y de los ladrones por una reja que, no obstante, permite hojearlo. Al lado de este breviario hay una estrecha lucera ojival, cerrada con dos barrotes de hierro cruzados, que da a la plaza; es la única abertura que deja pasar un poco de aire y de luz hasta una pequeña celda sin puerta practicada en la planta baja, en el grueso muro de la vieja casa, y llena de una paz tanto más profunda, de un silencio tanto más lúgubre cuanto que una plaza pública, la más populosa y ruidosa de París, hormiguea y chilla justo al lado.

Esta celda era famosa en París desde que, hacía casi tres siglos, Rolande de la Tour-Roland, en señal de duelo por su padre, muerto en la cruzada, la había hecho excavar en el muro de su propia casa a fin de encerrarse allí para siempre, no conservar de su palacio más que ese cubículo cuya puerta estaba tapiada y la lucera abierta, tanto en invierno como en verano, y donar el resto a los pobres y a Dios. La desconsolada dama había esperado veinte años la muerte en esa tumba anticipada, rezando noche y día por el alma de su padre, durmiendo sobre cenizas, sin tener siquiera una piedra como almohada, vestida con un saco negro y viviendo únicamente del pan y el agua que la piedad de los transeúntes depositaba en el borde de la lucera, recibiendo así la caridad después de haberla practicado ella misma. A su muerte, en el momento de pasar al otro sepulcro,

había legado este a perpetuidad a las mujeres afligidas —madres, viudas o hijas— que tuvieran que rezar mucho por otros o por ellas mismas y que quisieran enterrarse vivas en un gran dolor o en una gran penitencia. Los pobres de su época le habían ofrecido unos hermosos funerales de lágrimas y bendiciones; pero, para su gran pesar, la piadosa hija no había podido ser canonizada santa por falta de protecciones. Aquellos que eran un poco impíos habían confiado en que el asunto se solventaría en el paraíso más fácilmente que en Roma y, simple y llanamente, habían rogado a Dios por la difunta en vez de rogar al papa. La mayoría se había contentado con guardar el recuerdo de Rolande como algo sagrado y hacer reliquias con sus harapos. La ciudad, por su parte, había dedicado a la dama un breviario público, guardado junto a la lucera de la celda a fin de que los transeúntes se detuvieran de vez en cuando, aunque solo fuera para rezar, de que la oración hiciera pensar en la limosna, y de que las pobres reclusas, herederas de la sepultura de Rolande, no muriesen de hambre y de olvido.

Esta especie de tumbas no era, por lo demás, cosa muy insólita en las ciudades de la Edad Media. Se veía a menudo, en la calle más concurrida, en el mercado más variopinto y ruidoso, en medio de todo, bajo los cascos de los caballos, bajo las ruedas de las carretas, un sótano, un pozo, un calabozo tapiado y con rejas al fondo del cual rezaba día y noche un ser humano, voluntariamente entregado a un lamento eterno, a una gran expiación. Y todas las reflexiones que hoy nos movería a hacer ese extraño espectáculo, esa horrible celda, suerte de eslabón intermedio entre la casa y la tumba, entre el cementerio y la ciudad, ese vivo sustraído de la comunidad humana y contado desde ese momento entre los muertos, esa lámpara consumiendo su última gota de aceite en la oscuridad, ese resto de vida vacilante en una fosa, esa respiración, esa voz, esa plegaria eterna en una caja de piedra, ese rostro vuelto para siempre hacia el otro mundo, esos ojos ya iluminados por otro sol, ese oído pegado a las paredes de la tumba, esa alma prisionera en ese cuerpo, ese cuerpo prisionero en ese calabozo, y bajo esa doble envoltura de carne y de granito el runruneo de esa alma en pena, nada de todo eso era percibido por la gente. La piedad poco razonadora y poco sutil de aquellos tiempos no veía tantos aspectos en un acto religioso. Tomaba la cosa en bloque y honraba, veneraba y santificaba si era preciso el sacrificio, pero no analizaba los sufrimientos del que lo hacía y se compadecía bastante poco de él. Llevaba de vez en cuando algo de comer al miserable penitente, miraba por el agujero para ver si aún vivía, ignoraba su nombre, apenas sabía cuándo había comenzado a morir, y al forastero que les preguntaba sobre el esqueleto viviente que se pudría en aquel sótano, los vecinos respondían simplemente «Es el recluso», si se trataba de un hombre, o «Es la reclusa», si se trataba de una mujer.

Así se veía todo entonces, sin metafísica, sin exageración, sin cristal de aumento, a simple vista. Aún no se había inventado el microscopio, ni para las cosas de la materia ni para las del espíritu.

Y, aunque asombraran poco, los ejemplos de este tipo de enclaustramiento en el seno de las ciudades eran, en verdad, frecuentes, como decíamos hace un momento. Había en París un número bastante considerable de estas celdas para rezar a Dios y hacer penitencia, y casi todas estaban ocupadas. Es cierto que el clero se ocupaba de que no quedaran vacías, lo que implicaba tibieza en los creyentes, y que cuando no tenían penitentes metían leprosos. Además de la covacha de la

Grève, había una en Montfaucon, otra en el osario de los Inocentes, otra no recuerdo dónde, en la residencia Clichon, creo, y otras más en muchos lugares donde, a falta de los monumentos, encontramos vestigios de ellas en las tradiciones populares. La Universidad también tenía la suya. En la montaña de Sainte-Geneviève, una especie de Job de la Edad Media cantó durante treinta años los siete Salmos de la penitencia sobre un estercolero, al fondo de una cisterna, empezando de nuevo cuando había terminado y salmodiando más alto durante la noche, *magna voce per umbras*,[76] y actualmente el anticuario cree oír todavía su voz al entrar en la calle Puits-qui-parle.[77]

Para circunscribirnos a la celda de la Tour-Roland, debemos decir que nunca había estado falta de reclusas. Desde la muerte de Rolande, raras veces había permanecido uno o dos años vacante. Muchas mujeres habían ido allí a llorar hasta la muerte por unos padres, unos amantes o unas faltas cometidas. La maledicencia parisiense, que se inmiscuye en todo, incluso en las cosas que menos le incumben, afirmaba que se había visto encerradas allí a pocas viudas.

Conforme a la moda de la época, una inscripción latina en la pared indicaba al transeúnte letrado el destino piadoso de esta celda. Hasta mediados del siglo XVI se mantuvo la costumbre de explicar un edificio mediante una breve leyenda escrita encima de la puerta. Así, todavía leemos en Francia, encima de la ventanilla de la prisión de la casa señorial de Tourville: *Sileto et spera*;[78] en Irlanda, bajo el escudo que corona la gran puerta del castillo de Fortescue: *Forte scutum, salus ducum*;[79] y en Inglaterra, sobre la entrada principal de la mansión hospitalaria de los condes de Cowper: *Tuum est*.[80] Y es que entonces todo edificio era un pensamiento.

Como en la celda tapiada de la Tour-Roland no había puerta, habían grabado en grandes letras romanas encima de la ventana estas dos palabras:

TU, ORA.[81]

Motivo por el cual, el pueblo, cuyo sentido común no hila tan fino y traduce tranquilamente Ludovico Magno por Puerta de Saint-Denis, había dado a esta cavidad oscura, sombría y húmeda el nombre de Agujero de las Ratas.[82] Explicación menos sublime quizá que la otra, pero, en contrapartida, más pintoresca.

3

Historia de una torta de maíz

En la época en que transcurre esta historia, la celda de la Tour-Roland estaba ocupada. Si el lector desea saber por quién, no tiene más que escuchar la conversación de tres honradas comadres que, en el momento en que hemos centrado su atención en el Agujero de las Ratas, se dirigían precisamente desde el Châtelet hasta la Grève bordeando el río por el mismo lado.

Dos de estas mujeres iban vestidas como buenas burguesas de París. La fina gola blanca, la falda de tiritaña a rayas rojas y azules, las medias de punto bien estiradas, blancas con la planta del pie, hasta el tobillo, bordada en color, los zapatos cuadrados de piel rojiza con suelas negras y sobre todo el tocado, esa especie de cuerno de oropel sobrecargado de cintas y encajes que todavía llevan las champañesas, rivalizando con los granaderos de la guardia imperial rusa, anunciaban que pertenecían a esa clase de ricas comerciantes que se encuentra a medio camino entre lo que los lacayos llaman «una mujer» y lo que llaman «una dama». No llevaban ni anillos ni cruces de oro, y resultaba fácil ver que en su caso no era un signo de pobreza, sino lisa y llanamente de miedo a la multa. Su compañera iba acicalada más o menos igual, pero sus ropas y su porte tenían ese toque indefinible que huele a esposa de notario de provincias. Se veía, por la manera en que el cinturón le subía por encima de las caderas, que no llevaba mucho tiempo en París. Añádase a esto una gola plisada, lazos en los zapatos, que las rayas de la falda eran horizontales y no verticales, y mil barbaridades más que escandalizaban al buen gusto.

Las dos primeras caminaban con ese paso peculiar de las parisienses que enseñan París a las provincianas. La provinciana llevaba de la mano a un chiquillo rollizo que llevaba en la suya una gran torta.

Lamentamos tener que añadir que, dado el rigor del invierno, este utilizaba la lengua de pañuelo.

El muchacho se hacía arrastrar, *non passibus aequis*,[83] como dice Virgilio, y tropezaba continuamente, lo que hacía lanzar exclamaciones a su madre. Cierto es que miraba más la torta que el suelo. Sin duda, algún grave motivo le impedía hincarle el diente (a la torta), pues se limitaba a contemplarla con arrobo. Pero la madre debería haberse encargado de la torta. Había cierta crueldad en convertir en un Tántalo al rollizo mofletudo.

Mientras tanto, las tres señoras (pues el nombre de «damas» estaba reservado entonces para las mujeres nobles) hablaban a la vez.

—Apresurémonos, Mahiette —decía la más joven de las tres, que era también la más gorda, a la provinciana—. Temo que lleguemos demasiado tarde. En el Châtelet nos decían que iban a llevarlo inmediatamente a la picota.

—¡Bah! ¿Qué ocurrencia es esa, Oudarde Musnier? —añadía la otra parisiense—. Estará dos

horas en la picota. Tenemos tiempo. ¿Habéis visto alguna vez exponer a alguien en la picota, querida Mahiette?

—Sí —dijo la provinciana—, en Reims.

—¡Bah! ¿Qué es vuestra picota de Reims? Una miserable jaula donde solo dan vueltas a campesinos. ¡Menuda cosa!

—¡Solo a campesinos! —dijo Mahiette—. ¡En el Mercado de Paños! ¡En Reims! ¡Hemos visto allí a grandes criminales, y algunos de ellos habían matado a su padre y a su madre! ¡Campesinos! ¿Por quién nos tomáis, Gervaise?

Es indudable que la provinciana estaba a punto de enfadarse por el honor de su picota. Afortunadamente, la discreta Oudarde Musnier desvió a tiempo la conversación.

—Por cierto, Mahiette, ¿qué nos decís de nuestros embajadores flamencos? ¿Los tenéis tan apuestos en Reims?

—Reconozco —respondió Mahiette— que únicamente en París se ven flamencos como esos.

—¿Habéis visto en la embajada a ese embajador alto que es calcetero? —preguntó Oudarde.

—Sí —contesto Mahiette—. Tiene todo el aspecto de un Saturno.

—¿Y a ese gordo cuya cara parece una barriga desnuda? —siguió diciendo Gervaise—. ¿Y a ese bajito de ojos pequeños y párpados enrojecidos, despeluchados y recortados como una flor de cardo?

—¡A sus caballos es a los que da gusto ver, vestidos como van a la moda de su país! —dijo Oudarde.

—¡Ah, querida! —la interrumpió la provinciana Mahiette, adoptando a su vez un aire de superioridad—. ¿Qué diríais, pues, si hubieseis visto en 1461, hace dieciocho años, en la coronación de Reims, los caballos de los príncipes y de la compañía del rey? Gualdrapas y caparazones de todas clases; unos de paño de Damasco, de fino paño de oro, forrados con piel de marta cibelina; otros de terciopelo, forrados con piel de armiño; otros cargados de orfebrería y de campanas de oro y plata. ¡Y el dinero que había costado todo eso! ¡Y los preciosos pajecillos que iban encima!

—Eso no impide —replicó secamente Oudarde— que los flamencos lleven maravillosos caballos y que ayer organizaran una cena soberbia en casa del señor preboste de los comerciantes, en el Ayuntamiento, donde les sirvieron peladillas, hipocrás, frutas confitadas y aromatizadas con especias y otras singularidades.

—¿Qué decís, vecina? —exclamó Gervaise—. Donde cenaron los flamencos fue en casa del señor cardenal, en el Petit-Bourbon.

—¡No! ¡Fue en el Ayuntamiento!

—¡Que sí! ¡Que fue en el Petit-Bourbon!

—Mirad si fue en el Ayuntamiento —replicó Oudarde con acritud—, que el doctor Scourable pronunció un discurso en latín del que quedaron muy satisfechos. Me lo ha dicho mi marido, que es librero jurado.

—Mirad si fue en el Petit-Bourbon —repuso Gervaise con el mismo acaloramiento—, que puedo deciros lo que les presentó el procurador del señor cardenal: doce cuartillos de hipocrás

blanco, clarete y tinto, veinticuatro cofrecillos de mazapán superior de Lyon dorado y seis medias barricas de vino de Beaune blanco y clarete, el mejor que se pudo encontrar. Espero que esto te convenza. Yo lo sé por mi marido, que es cincuentenero [84] en el Parloir-aux-Bourgeois y que esta mañana comparaba a los embajadores flamencos con los del preste Juan y el emperador de Trebisonda que vinieron de Mesopotamia a París en tiempos del rey anterior y que llevaban aros en las orejas.

—Tan cierto es que cenaron en el Ayuntamiento —replicó Oudarde, poco impresionada por ese alarde de detalles— como que jamás se había visto tal abundancia de carnes y peladillas.

—Os digo que fueron servidos por Le Sec, alguacil de la ciudad, en el palacio del Petit-Bourbon, y que es eso lo que os confunde.

—¡En el Ayuntamiento, os lo repito!

—¡En el Petit-Bourbon, querida mía, en el Petit-Bourbon! Mirad si fue allí que habían iluminado con cristales mágicos la palabra «esperanza» que está escrita en la puerta de entrada.

—¡No, no! ¡En el Ayuntamiento! ¡En el Ayuntamiento! ¡No os diré más que Husson le Voir tocaba la flauta!

—¡Os digo que no!

—¡Pues yo os digo que sí!

—¡Pues yo os digo que no!

La rolliza Oudarde se disponía a replicar, y quizá la discusión las habría llevado a llegar a las manos si Mahiette no hubiera exclamado de pronto:

—¡Fijaos en esa gente que se ha congregado allí, al final del puente! Están todos mirando algo que hay en el centro.

—Es verdad —dijo Gervaise—, oigo tocar la pandereta. Debe de ser la pequeña Esmeralda bailando y haciendo sus juegos con la cabra. ¡Vamos, Mahiette, deprisa! Apretad el paso y tirad del niño. Habéis venido para visitar las curiosidades de París. Ayer visteis a los flamencos; hoy toca ver a la egipcia.

—¡La egipcia! —dijo Mahiette, retrocediendo bruscamente y apretando con fuerza el brazo de su hijo—. ¡Dios me libre! Me robaría a mi hijo. ¡Ven, Eustache!

Y echó a correr por el muelle hacia la Grève hasta que dejó muy atrás el puente. Pero el niño, del que iba tirando, cayó de rodillas, y ella se detuvo, jadeante. Oudarde y Gervaise la alcanzaron.

—¡Robaros esa egipcia a vuestro hijo…! —dijo Gervaise—. Una ocurrencia muy singular es esa.

Mahiette movía la cabeza con aire pensativo.

—Lo que es singular —observó Oudarde— es que la Sachette tiene la misma idea de las egipcias.

—¿Quién es la Sachette? —preguntó Mahiette.

—Pues la hermana Gudule —dijo Oudarde.

—¿Y quién es esa tal hermana Gudule?

—¡Se nota que sois de Reims para no saber eso! —contestó Oudarde—. Es la reclusa del Agujero de las Ratas.

—¡Cómo! ¿Esa pobre mujer a la que llevamos la torta? —preguntó Mahiette.

Oudarde hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—Exacto. Vais a verla dentro de nada a través de la lucera en la Grève. Piensa lo mismo que vos de esos vagabundos de Egipto que tocan la pandereta y dicen la buenaventura a la gente. No se sabe cuál es la causa de ese horror por los cíngaros y los egipcios. Pero vos, Mahiette, ¿por qué salís huyendo de esa manera nada más verlos?

—¡Oh! —exclamó Mahiette, rodeando con las manos la cabeza de su hijo—. No quiero que me ocurra lo que le ocurrió a Paquette la Chantefleurie.

—¡Ah! Esa historia tenéis que contárnosla, mi buena Mahiette —dijo Gervaise, cogiéndola del brazo.

—Con mucho gusto —contestó Mahiette—, pero, desde luego, ¡de París teníais que ser para no conocerla! Pues bien…, pero no hace falta que estemos paradas para contarla…, Paquette la Chantefleurie era una bonita muchacha de dieciocho años cuando yo también lo era, es decir, hace dieciocho años, y la culpa es de ella si hoy no es, como yo, una buena madre robusta y lozana de treinta y seis años, con un marido y un hijo. En cualquier caso, ¡a los catorce años ya era demasiado tarde! Era hija de Guybertaut, ministril de barcos en Reims, el mismo que había tocado ante el rey Carlos VII para su coronación, cuando bajó por el río Vesle desde Sillery hasta Muison. Incluso la Doncella iba en aquel barco. El anciano padre murió siendo Paquette muy pequeña; así que solo le quedaba su madre, hermana de Mathieu Pradon, maestro latonero y calderero en París, en la calle Parin-Garlin, el cual murió el año pasado. Como veis, era de buena familia. La madre era una buena mujer, pero, por desgracia, solo le enseñó a Paquette a hacer muñecos y un poco de pasamanería, lo que no impedía a la pequeña hacerse muy mayor y seguir siendo muy pobre. Las dos seguían viviendo en Reims, junto al río, en la calle Folle-Peine. Esto es importante; yo creo que fue lo que causó la desgracia de Paquette. En 1461, el año de la coronación de nuestro rey Luis XI, al que Dios proteja, Paquette era tan alegre y tan guapa que en todas partes la llamaban la Chantefleurie… ¡Pobre muchacha…! Tenía unos dientes preciosos y le gustaba reír para enseñarlos. Y muchacha que gusta de reír va camino del llanto; los dientes bonitos llevan a la perdición a los bellos ojos. Así era la Chantefleurie. Ella y su madre se ganaban la vida con dificultad. Habían venido muy a menos desde la muerte del ministril. La pasamanería no les reportaba mucho más de seis dineros a la semana, lo que no hace ni dos liartes. ¿Dónde habían quedado los tiempos en que Guybertaut ganaba doce sueldos parisienses en una sola coronación con una canción? Un invierno…, fue ese mismo año 1461…, las dos mujeres no tenían ni leños ni haces de ramas y hacía mucho frío, y aquello hizo que le salieran tan buenos colores a la Chantefleurie que los hombres la llamaban: ¡Paquette! Varios la llamaron Pâquerette, y se perdió… ¡Eustache! ¡Como te vea morder la torta…! Un domingo que vino a la iglesia con una cruz de oro en el cuello, enseguida nos dimos cuenta de que estaba perdida… ¡A los catorce años! ¡Daos cuenta…! Primero fue el joven vizconde de Cormontreuil, que tiene su parroquia a tres cuartos de legua de Reims; después, micer Henri de Triancourt, caballerizo del rey; después, de menor rango, Chiart de Beaulion, macero; después, bajando todavía más, Guery Aubergeon, trinchante del rey; después, Macé de Frépus, barbero del delfín; después, Thévenin le Moine,

cocinero del rey; después, siempre pasando de uno menos joven a otro menos noble, fue a dar con Guillaume Racine, ministril de zanfonía, y con Thierry de Mer, linternero. La pobre Chantefleurie fue de todos. Había llegado al último sueldo de su moneda de oro. ¿Qué puedo añadir, señoras? ¡En la coronación, ese mismo año 1461, fue ella quien hizo la cama del rey de los ribaldos…! ¡Ese mismo año!

Mahiette suspiró y se enjugó una lágrima que le empañaba los ojos.

—No es una historia muy extraordinaria —dijo Gervaise—, y no veo en todo eso que contáis ni egipcias ni niños.

—¡Paciencia! —prosiguió Mahiette—. Niño, vais a ver uno. En 1466, dieciséis años hará este mes por santa Paula, Paquette dio a luz una niña. ¡Fue una gran alegría para la desdichada! Deseaba un hijo desde hacía tiempo. Su madre, una buena mujer que nunca había sabido sino cerrar los ojos, había muerto. Paquette ya no tenía a nadie a quien querer en el mundo, ni nadie que la quisiera. Desde que se había perdido, hacía cinco años, la Chantefleurie era una pobre criatura. Estaba sola, sola en la vida, la señalaban con el dedo, la abucheaban por las calles, los soldados le pegaban y los chiquillos desharrapados se burlaban de ella. Además, había llegado a los veinte, y veinte años es la vejez para las enamoradas. La disipación empezaba a reportarle menos que la pasamanería antes; por cada arruga que venía, un escudo se iba; el invierno volvía a resultarle duro, la leña escaseaba cada vez más en su hogar y el pan en su artesa. Ya no podía trabajar, porque al volverse voluptuosa se había vuelto perezosa, y sufría mucho más, porque al volverse perezosa se había vuelto voluptuosa… Así es al menos como el señor cura de Saint-Remy explica por qué esas mujeres tienen más frío y más hambre que otras pobres cuando son viejas.

—Sí —observó Gervaise—, pero ¿y las egipcias?

—¡Espera un poco, Gervaise! —dijo Oudarde, cuya atención era menos impaciente—. ¿Qué quedaría para el final, si todo estuviera al principio? Continuad, Mahiette, os lo ruego. ¡Pobre Chantefleurie!

Mahiette prosiguió:

—Estaba, pues, muy triste, en la más absoluta miseria, y sus mejillas se hundían a causa de las lágrimas. Pero en medio de su vergüenza, de su locura y de su abandono, le parecía que estaría menos avergonzada, menos loca y menos abandonada si tuviera algo en el mundo o alguien a quien pudiera querer y que pudiera quererla. Era preciso que fuese un niño, porque solo un niño podía ser bastante inocente para eso… Había reconocido este hecho después de haber intentado amar a un ladrón, el único hombre que habría podido interesarse por ella; pero al poco se había dado cuenta de que el ladrón la despreciaba… Estas mujeres de placer necesitan un amante o un hijo que les llene el corazón. De lo contrario, son muy desgraciadas. Como no podía tener un amante, se volcó por entero en el deseo de un hijo, y, como no había dejado de ser piadosa, hizo de ello su eterna plegaria a Dios. Dios se apiadó de ella y le dio una niña. No puedo describiros su alegría. Fue una catarata de lágrimas, de caricias y de besos. Amamantó ella misma a su hija, le hizo pañales con su manta, la única que tenía en la cama, y no volvió a sentir ni frío ni hambre. Recobró la belleza: una solterona puede ser una joven madre. La actividad galante se reanudó,

volvieron a ir a ver a la Chantefleurie, ella encontró de nuevo clientes para su mercancía, y de todos esos horrores hizo ropitas, capillos y baberos, camisitas de encaje y gorritos de satén, sin siquiera pensar en comprarse otra manta… ¡Señorito Eustache, ya os he dicho que no os comáis la torta…! Seguro que la pequeña Agnès…, ese era el nombre de la niña, el nombre de pila, porque apellido, hacía mucho tiempo que la Chantefleurie no tenía…, seguro que esa pequeña iba más envuelta en cintas y bordados que una delfina del delfinado. ¡Tenía, entre otros, un par de zapatitos que no podían compararse con los que jamás hubiera tenido el rey Luis XI! Su madre se los había confeccionado y bordado con sus propias manos, había puesto en ello todas sus habilidades de pasamanera y toda la ornamentación de un manto para una Virgen. Eran los zapatos rosas más graciosos que pudieran verse. No eran más largos que mi pulgar, y había que ver salir de allí los piececitos de la niña para creer que habían podido entrar. ¡Claro que aquellos piececitos eran tan pequeños, tan bonitos, tan rosados! ¡Más rosados que el satén de los zapatos…! Cuando tengáis hijos, Oudarde, veréis que no hay nada más bonito que sus piececitos y sus manitas.

—No deseo otra cosa —dijo Oudarde, suspirando—, y espero que sea esa la voluntad del señor Andry Musnier.

—Por lo demás —prosiguió Mahiette—, la hija de Paquette no solo tenía bonitos los pies. Yo la vi cuando solo tenía cuatro meses. ¡Era adorable! Tenía los ojos más grandes que la boca y el más delicado y fino cabello negro, que ya empezaba a rizarse. ¡Habría sido una morena guapísima a los dieciséis años! Su madre estaba cada día más loca por ella. La acariciaba, la besaba, le hacía cosquillas, la lavaba, la acicalaba, ¡se la comía! Le hacía perder la cabeza y ella le daba gracias a Dios. Sus lindos pies rosados, sobre todo, la dejaban boquiabierta; era un delirio de alegría lo que le producían. Siempre tenía los labios pegados a ellos y no daba crédito a su pequeñez. Los metía en los zapatitos, los sacaba, los admiraba, se maravillaba de ellos, los ponía al trasluz, le daba pena hacerla andar sobre la cama, y de buena gana se habría pasado la vida de rodillas, calzando y descalzando aquellos pies como si fueran los de un niño Jesús.

—El cuento es precioso —dijo Gervaise a media voz—, pero ¿qué tiene que ver Egipto con todo esto?

—Ahora lo veréis —respondió Mahiette—. Llegaron un día a Reims unos caballeros muy singulares. Eran pordioseros y truhanes que recorrían el país guiados por su duque y sus condes. Tenían la piel tostada y el pelo muy rizado, y llevaban aros de plata en las orejas. Las mujeres eran todavía más feas que los hombres. Su tez era más oscura, llevaban la cabeza siempre descubierta, un miserable blusón sobre el cuerpo, una vieja manta tejida con cuerdas atada a los hombros y el pelo recogido en una cola de caballo. Los niños que se restregaban contra sus piernas habrían asustado a los monos. Una banda de excomulgados. Todo aquello venía en línea recta del bajo Egipto a Reims pasando por Polonia. El papa los había confesado, por lo que se decía, y les había puesto de penitencia correr mundo siete años seguidos sin dormir en una cama. Por eso los llamaban penitenciarios y apestaban. Parece ser que en otros tiempos habían sido sarracenos, por lo que creían en Júpiter y reclamaban diez libras tornesas de todos los arzobispos, obispos y abades portadores de báculo y mitra. Una bula del papa les otorgaba ese derecho. Venían a Reims a decir la buenaventura en nombre del rey de Argel y del emperador de Alemania. Como

supondréis, no hizo falta más para que se les prohibiera entrar en la ciudad. Así pues, toda la banda acampó tranquilamente cerca de la puerta de Braine, en esa loma donde hay un molino, al lado de las antiguas galerías excavadas para extraer creta. Y en Reims todos se peleaban por ir a verlos. Ellos te miraban la mano y hacían profecías maravillosas. Eran capaces de predecirle a Judas que sería papa. Corrían sobre ellos, no obstante, siniestros rumores acerca de niños robados, bolsas cortadas e ingestión de carne humana. Las personas juiciosas decían a las imprudentes: «No vayáis», pero luego ellas mismas iban a escondidas. Era una auténtica locura. Lo cierto es que decían cosas capaces de asombrar a un cardenal. Las madres alardeaban de sus hijos desde que las egipcias les habían leído en la mano toda suerte de milagros escritos en pagano y en turco. Una tenía un emperador, otra un papa, otra un capitán. La pobre Chantefleurie se sintió picada por la curiosidad. Quiso saber qué tenía ella y si su pequeña Agnès sería un día emperatriz de Armenia o de otro sitio. La llevó, pues, a los egipcios; y las egipcias venga a admirar a la niña, a acariciarla y a besarla con sus bocas negras y a maravillarse de sus manitas, todo lo cual era motivo de gran alegría para la madre. Elogiaron sobre todo sus pies y sus bonitos zapatos. La niña aún no tenía un año. Ya balbucía, reía con su madre, estaba gordita y redondeada, y hacía unos gestos encantadores de ángel del paraíso. Se asustó mucho al ver a las egipcias y se echó a llorar. Pero su madre la abrazó más fuerte y se fue encantada de la buenaventura que las adivinadoras le habían dicho a su Agnès. Iba a ser una belleza, la virtud personificada, una reina. Volvió, pues, a su tabuco de la calle Folle-Peine orgullosísima de llevar a una reina. Al día siguiente, aprovechó un momento en que la niña dormía en su cama, pues la acostaba siempre con ella, dejó la puerta entornada y fue corriendo a contarle a una vecina de la calle Séchesserie que llegaría un día en que su hija Agnès sería servida en la mesa por el rey de Inglaterra y el archiduque de Etiopía, y cientos de sorpresas más. A su regreso, en vista de que no oía lloros mientras subía la escalera, se dijo: «Aún no se ha despertado. ¡Mejor así!». Encontró la puerta mucho más abierta de lo que la había dejado; aun así, la pobre madre entró y se acercó a la cama… La niña ya no estaba allí, la cama estaba vacía. No quedaba nada de la niña, salvo uno de sus zapatitos. Salió en tromba de la habitación, se precipitó escaleras abajo y empezó a darse de cabezazos contra las paredes gritando: «¡Mi hija! ¿Quién tiene a mi hija? ¿Quién me ha quitado a mi hija?». La calle estaba desierta, la casa, aislada; nadie pudo decirle nada. Fue por la ciudad, registró todas las calles, corrió de un lado a otro durante todo el día, loca, trastornada, terrible, olfateando puertas y ventanas como un animal salvaje que ha perdido sus crías. Jadeaba, iba despeinada, asustaba verla, y tenía en los ojos un fuego que le secaba las lágrimas. Detenía a los transeúntes y les decía gritando: «¡Mi hija! ¡Mi hija! ¡Mi preciosa niñita! Seré la esclava de quien me la devuelva, la esclava de su perro, y, si quiere, me devorará el corazón». Se encontró al cura de Saint-Remy y le dijo: «¡Señor cura, labraré la tierra con mis uñas, pero devolvedme a mi hija…!». Era desgarrador, Oudarde. Vi a un hombre muy duro, maese Ponce Lacabre, el procurador, llorando… ¡Ay, pobre madre…! Por la noche, volvió a su casa. Durante su ausencia, una vecina había visto a dos egipcias subir a escondidas con un bulto entre los brazos, bajar después de haber cerrado la puerta y salir huyendo a toda prisa. Desde entonces se oía en casa de Paquette como gritos de niño. La madre rompió a reír, subió la escalera como si tuviera alas, derribó la puerta como si hubiera

disparado con un cañón y entró… ¡Fue terrible, Oudarde! En lugar de su graciosa Agnès, tan coloradita y fresca que era un regalo de Dios, una especie de pequeño monstruo, repulsivo, cojo, tuerto y contrahecho, gateaba por el suelo chillando. Ella se tapó los ojos con horror. «¡Oh!», dijo. «¿Acaso las brujas han convertido a mi hija en este animal espantoso?» Se apresuraron a llevarse al pequeño patizambo; seguir viéndolo la habría vuelto loca. Era el monstruoso hijo de alguna egipcia que se había entregado al diablo. Parecía tener unos cuatro años y hablaba una lengua que no era ni de lejos una lengua humana; pronunciaba unas palabras imposibles… La Chantefleurie se había abalanzado sobre el zapatito, lo único que le quedaba de lo único que había amado. Se quedó tanto tiempo inmóvil, muda, casi sin respirar, que creyeron que había muerto. De repente, un temblor le recorrió todo el cuerpo, cubrió su reliquia de besos furiosos y se deshizo en lágrimas como si su corazón acabara de reventar. Os aseguro que todas llorábamos. Ella decía: «¡Mi niñita, mi preciosa niñita! ¿Dónde estás…?»Y sus gritos te desgarraban las entrañas. Todavía me echo a llorar cuando pienso en ello. Los hijos, ya lo veis, son la médula de nuestros huesos… ¡Mi pobre Eustache! ¡Eres tan guapo tú también! ¡Si supierais lo bueno que es! Ayer me decía: «Yo quiero ser gendarme». ¡Ay, Eustache! Si te perdiera… La Chantefleurie se levantó de pronto y echó a correr por Reims gritando: «¡Al campamento de los egipcios! ¡Al campamento de los egipcios! ¡Alguaciles para quemar a las brujas…!» Los egipcios se habían marchado. Era noche cerrada y no pudieron perseguirlos. Al día siguiente, a dos leguas de Reims, en un brezal entre Gueux y Tilloy encontraron restos de una gran fogata, algunas cintas que habían pertenecido a la hija de Paquette, gotas de sangre y cagarrutas de macho cabrío. La noche que acababa de pasar era precisamente la de un sábado. Ya nadie puso en duda que los egipcios habían celebrado el aquelarre en aquel brezal y que habían devorado a la niña en compañía de Belcebú, como se hace entre los mahometanos. Cuando la Chantefleurie se enteró de aquellas cosas horribles, no lloró, hizo ademán de ir a hablar, pero no pudo. Al día siguiente tenía todo el pelo gris. Al otro, había desaparecido.

—Es una historia espantosa, en efecto —dijo Oudarde—. ¡Haría llorar a un borgoñón!

—¡Ahora comprendo por qué tenéis tanto miedo de los egipcios! —añadió Gervaise.

—Y habéis hecho muy bien en alejaros hace un momento con vuestro Eustache —continuó Oudarde—, porque estos son también egipcios de Polonia.

—¡Qué va! —dijo Gervaise—. Dicen que vienen de España y de Cataluña.

—¿De Cataluña? Es posible —contestó Oudarde—. Polonia, Cataluña, Valonia:[85] siempre confundo esas tres provincias. Lo que es seguro es que son egipcios.

—Y que tienen los dientes suficientemente largos para comer niños —añadió Gervaise—. Y no me extrañaría que Esmeralda diera también algún que otro bocado haciendo remilgos. Su cabra blanca hace cosas demasiado maliciosas para que no haya cierto libertinaje detrás de ellas.

Mahiette caminaba en silencio. Estaba absorta en esa ensoñación que en cierto modo prolonga un relato doloroso y de la que no se sale hasta que la conmoción se ha propagado, de vibración en vibración, hasta las últimas fibras del corazón. Así y todo, Gervaise le preguntó:

—¿Y no se ha podido saber qué ha sido de la Chantefleurie?

Mahiette no respondió. Gervaise repitió la pregunta asiéndola del brazo para zarandearla y

llamándola por su nombre. Mahiette pareció salir entonces de su ensimismamiento.

—¿Qué ha sido de la Chantefleurie? —dijo, repitiendo maquinalmente las palabras cuya impresión permanecía aún en su oído. Y haciendo un esfuerzo para centrar su atención en el significado de estas palabras, respondió—: Nunca lo hemos sabido.

Después de una breve pausa, añadió:

—Unos dijeron que la habían visto salir de Reims al anochecer por la puerta Fléchembault; otros, que la vieron partir al amanecer por la antigua puerta Basée. Un pobre encontró su cruz de oro colgada en la cruz de piedra del campo donde se celebra la feria. Esa joya es precisamente lo que había sido su perdición en 1461. Era un regalo del apuesto vizconde de Cormontreuil, su primer amante. Paquette no había querido deshacerse nunca de ella, por más que había estado en la miseria. La quería como a la vida. Por eso, cuando vimos aquella cruz abandonada, todas pensamos que estaba muerta. Sin embargo, hay gente del Cabaret-les-Vantes que dijeron haberla visto pasar por el camino de París, andando descalza sobre las piedras. Pero en ese caso tendría que haber salido por la puerta de Vesle, y los datos no concuerdan. O, mejor dicho, yo creo que salió por la puerta de Vesle, en efecto, pero para irse de este mundo.

—No os entiendo —dijo Gervaise.

—El Vesle —respondió Mahiette con una sonrisa melancólica— es el río.

—¡Pobre Chantefleurie! —dijo Oudarde, estremeciéndose—. ¡Ahogada!

—Ahogada, sí —prosiguió Mahiette—. ¿Quién le habría dicho al buen Guybertaut, cuando pasaba bajo el puente de Tinqueux cantando en su barca, que un día su pequeña Paquette pasaría también bajo aquel puente, pero sin cantar y sin barca?

—¿Y el zapatito? —preguntó Gervaise.

—Desapareció con la madre —respondió Mahiette.

—¡Pobre zapatito! —dijo Oudarde.

Oudarde, mujer rolliza y sensible, se habría dado por muy satisfecha con suspirar en compañía de Mahiette. Pero Gervaise, más curiosa, no había acabado de hacer preguntas.

—¿Y el monstruo? —dijo de pronto.

—¿Qué monstruo? —preguntó Mahiette.

—El pequeño monstruo egipcio que dejaron las brujas en casa de la Chantefleurie a cambio de su hija. ¿Qué hicisteis con él? Espero que también lo ahogarais.

—No —respondió Mahiette.

—¡Cómo! ¿Lo quemasteis, entonces? En realidad, es más lógico, siendo un niño brujo.

—Ni lo uno ni lo otro, Gervaise. El señor arzobispo se interesó por el niño de Egipto, lo exorcizó, lo bendijo, le sacó cuidadosamente el diablo del cuerpo y lo envió a París para que fuera expuesto en la cama de madera, en Notre-Dame, como niño expósito.

—¡Estos obispos…! —mascculló Gervaise—. Son tan sabios que no hacen nada como los demás. ¿Qué os parece, Oudarde? ¡Poner al diablo donde los niños expósitos! Porque indudablemente aquel pequeño monstruo era el diablo…Y bien, Mahiette, ¿qué hicieron con él en París? Doy por supuesto que ninguna persona caritativa lo quiso.

—No lo sé —respondió la de Reims—. Fue precisamente por esas fechas cuando mi marido

compró la escribanía de Beru, a dos leguas de la ciudad, y dejamos de seguir el caso, tanto más cuanto que frente a Beru están los dos cerros de Cernay, que te tapan la vista de los campanarios de la catedral de Reims.

Mientras mantenían esta conversación, las tres dignas burguesas habían llegado a la plaza de Grève. En su preocupación, habían pasado sin detenerse ante el breviario público de la Tour-Roland y se dirigían maquinalmente hacia la picota, en torno a la cual el gentío iba en aumento. Es probable que el espectáculo que atraía en aquel momento todas las miradas les hubiera hecho olvidar por completo el Agujero de las Ratas y la parada que se habían propuesto hacer allí, si el rollizo Eustache de seis años, al que su madre llevaba de la mano, no se lo hubiera recordado.

—Madre —dijo, como si un instinto le advirtiera de que el Agujero de las Ratas había quedado a su espalda—, ¿ahora ya puedo comerme la torta?

Si Eustache hubiera sido más hábil, es decir, menos glotón, habría seguido esperando y no se habría aventurado hasta la vuelta, ya en la Universidad, en casa, en la residencia de micer Andry Musnier, en la calle Madame-la-Valence, cuando los dos brazos del Sena y los cinco puentes de la Cité hubieran quedado entre el Agujero de las Ratas y la torta, a formular esa tímida pregunta: «Madre, ¿ahora ya puedo comerme la torta?».

Mas la pregunta, imprudente en el momento en que Eustache la hizo, despertó la atención de Mahiette.

—¡Por cierto, nos olvidamos de la reclusa! —exclamó—. Mostradme el Agujero de las Ratas para que le lleve la torta.

—Ahora mismo —le respondió Oudarde—. Es una obra de caridad.

No era ese el parecer de Eustache.

—¡Vaya, mi torta! —dijo, tocándose alternativamente uno y otro hombro con una y otra oreja, lo que en un caso así es la muestra suprema del descontento.

Las tres mujeres volvieron sobre sus pasos y, al llegar a las inmediaciones de la casa de la Tour-Roland, Oudarde les dijo a las otras dos:

—No debemos mirar las tres a la vez por el agujero para evitar que la Sachette se asuste. Vosotras dos haced como que estáis leyendo el *dominus* en el breviario, mientras yo asomo la nariz por la lucera. La Sachette me conoce un poco. Os avisaré cuando podáis venir.

Se acercó sola a la lucera. En el momento en que su mirada penetró en el interior, una profunda compasión se pintó en todas sus facciones y su alegre y franca fisonomía cambió tan bruscamente de expresión y de color como si hubiera pasado de estar expuesta a un rayo de sol a estar expuesta a un rayo de luna. Sus ojos se humedecieron, su boca se contrajo como cuando uno va a romper a llorar. Al cabo de un momento, poniendo un dedo sobre sus labios, le hizo una seña a Mahiette para que se acercara.

Mahiette se acercó, emocionada, en silencio y de puntillas, como cuando uno se acerca al lecho de un moribundo.

Era realmente un triste espectáculo el que se ofrecía a la vista de las dos mujeres, mientras estas miraban sin moverse y conteniendo la respiración a través de la claraboya con barrotes del Agujero de las Ratas.

La celda era angosta, más ancha que honda, abovedada en ojiva, y su interior se asemejaba bastante al alvéolo de una gran mitra de obispo. Sobre la losa desnuda que constituía el suelo, en un rincón, una mujer estaba sentada o más bien en cuclillas. Tenía la barbilla apoyada en las rodillas, las cuales apretaba fuertemente contra el pecho con los brazos. Encogida de este modo sobre sí misma, vestida con un saco marrón cuyos anchos pliegues la envolvían por completo, su larga cabellera gris echada hacia delante cayendo sobre su cara y a lo largo de sus piernas hasta los pies, presentaba a primera vista una forma extraña que se recortaba contra el fondo tenebroso de la celda, una especie de triángulo negruzco que el rayo de luz procedente de la lucera dividía con crudeza en dos matices, uno oscuro y el otro iluminado. Era uno de esos espectros mitad sombra y mitad luz, como los que se ven en los sueños o en la obra extraordinaria de Goya, pálidos, inmóviles, siniestros, acurrucados sobre una tumba o pegados a los barrotes de un calabozo. No era ni una mujer, ni un hombre, ni un ser vivo, ni una forma definida; era una figura, una suerte de visión en la que se superponían lo real y lo fantástico, como la oscuridad y la claridad. A duras penas se distinguía, bajo la melena que caía hasta el suelo, un perfil macilento y severo; a duras penas dejaba su túnica asomar la punta de un pie desnudo que se contraía sobre el suelo duro y helado. Lo poco de forma humana que se entreveía bajo aquel envoltorio de luto producía estremecimientos.

Aquella figura, que uno habría creído pegada a la losa, parecía no tener ni movimiento, ni pensamiento, ni hálito. Bajo aquel delgado saco de lienzo, en pleno enero, tendida directamente sobre un suelo de granito, sin fuego, en la oscuridad de un calabozo cuyo tragaluz oblicuo solo dejaba pasar del exterior el viento y jamás el sol, ella no parecía sufrir, ni siquiera sentir. Se habría dicho que se había hecho piedra con el calabozo, hielo con la estación. Sus manos estaban juntas, su mirada fija. A primera vista, uno la tomaba por un espectro; cuando se fijaba un poco más, por una estatua.

Sin embargo, sus labios amoratados se entreabrían a intervalos, y temblaban, pero tan muertos y maquinales como hojas que mueve el viento.

De sus ojos tristes escapaba asimismo una mirada, una mirada inefable, una mirada profunda, lúgubre, imperturbable, incesantemente clavada en un rincón de la celda que no podía verse desde fuera; una mirada que parecía reunir todos los sombríos pensamientos de aquella alma angustiada en no sé qué objeto misterioso.

Esta era la criatura que recibía, por el habitáculo que ocupaba, el nombre de «reclusa», y por la ropa que llevaba, el nombre de «Sachette».

Las tres mujeres, pues Gervaise se había unido a Mahiette y Oudarde, miraban por la lucera. Sus cabezas interceptaban la tenue claridad del calabozo sin que la miserable a la que privaban de ella pareciera prestarles atención.

—No la molestemos —dijo Oudarde en voz baja—. Está en éxtasis, rezando.

Sin embargo, Mahiette contemplaba con una ansiedad cada vez mayor aquella cara macilenta, marchita, aquel pelo enmarañado, y los ojos se le llenaban de lágrimas.

—Sería realmente increíble —murmuraba.

Pasó la cabeza entre los barrotes del tragaluz y consiguió llegar con la mirada hasta el rincón

donde los ojos de la desdichada estaban invariablemente clavados.

Cuando retiró la cabeza de la lucera, su rostro estaba inundado de lágrimas.

—¿Cómo llamáis a esta mujer? —le preguntó a Oudarde.

Oudarde respondió:

—La llamamos hermana Gudule.

—Pues yo la llamo Paquette la Chantefleurie —dijo Mahiette.

Entonces, poniendo el índice sobre los labios, le indicó a la atónita Oudarde que metiera la cabeza por la lucera y mirase.

Oudarde miró y vio, en el rincón donde los ojos de la reclusa estaban clavados con aquel sombrío éxtasis, un zapatito de satén rosa profusamente bordado en oro y plata.

Después Gervaise miró a Oudarde y entonces las tres mujeres, contemplando a la desdichada madre, se echaron a llorar.

Ni sus miradas, sin embargo, ni tampoco sus lágrimas habían distraído a la reclusa. Sus manos seguían juntas, sus labios mudos, sus ojos fijos, y para quien conocía su historia, aquel zapatito así mirado partía el corazón. Ninguna de las tres mujeres había pronunciado aún una palabra; no se atrevían a hablar, ni siquiera en voz baja. Aquel gran silencio, aquel gran dolor, aquel gran olvido en el que todo había desaparecido salvo una cosa, les producía el efecto de un altar mayor en Pascua o en Navidad. Callaban, se recogían, estaban a punto de arrodillarse. Les parecía que acababan de entrar en una iglesia el día de Tinieblas.

Finalmente, Gervaise, la más curiosa de las tres y, en consecuencia, la menos sensible, intentó hacer hablar a la reclusa:

—¡Hermana! ¡Hermana Gudule!

Repitió esta llamada hasta tres veces, elevando cada vez más el tono de voz. La reclusa no se movió. Ni una palabra, ni una mirada, ni un suspiro, ni una señal de vida.

Oudarde, con una voz más suave y acariciadora, dijo:

—¡Hermana! ¡Hermana santa Gudule!

El mismo silencio, la misma inmovilidad.

—¡Qué mujer tan singular! —exclamó Gervaise—. ¡No la perturbaría ni una bombarda!

—Quizá esté sorda —dijo Oudarde, suspirando.

—O quizá ciega —añadió Gervaise.

—O quizá muerta —sugirió Mahiette.

Lo cierto es que, si bien el alma aún no había abandonado aquel cuerpo inerte, dormido, aletargado, al menos se había retirado de él y ocultado en unas profundidades a las que las percepciones de los órganos externos no llegaban.

—Tendremos que dejar la torta en la lucera —dijo Oudarde—. Alguien la cogerá. Parece imposible despertarla.

Eustache, que hasta ese momento había estado distraído mirando un carrito tirado por un gran perro que acababa de pasar, de pronto se dio cuenta de que sus tres acompañantes miraban algo por la lucera y, picado también él por la curiosidad, se subió encima de una piedra, se puso de puntillas y arrimó su gran cara colorada a la abertura gritando:

—¡Madre, dejadme mirar a mí!

Al oír aquella voz infantil, clara, fresca, sonora, la reclusa se estremeció. Volvió la cabeza con el movimiento seco y brusco de un resorte de acero, sus largas manos descarnadas apartaron los cabellos que le caían sobre el rostro y clavó en el niño una mirada sorprendida, amarga, desesperada. Aquella mirada apenas fue un destello.

—¡Oh, Dios mío! —dijo de pronto, escondiendo la cabeza entre las rodillas, y parecía que su voz ronca le desgarrara el pecho al pasar por él—. ¡Al menos no me mostréis a los de los demás!

—Buenos días, señora —dijo el niño con formalidad.

Pero aquella conmoción había despertado, por así decirlo, a la reclusa. Un largo escalofrío recorrió todo su cuerpo, de la cabeza a los pies, sus dientes castañetearon, levantó a medias la cabeza y dijo, apretando los codos contra las caderas y cogiéndose los pies con las manos como para calentarlos:

—¡Oh! ¡Qué frío!

—Pobre mujer —dijo Oudarde, compasiva—. ¿Queréis un poco de fuego?

Ella movió la cabeza en señal de rechazo.

—Entonces —añadió Oudarde ofreciéndole un frasco—, aquí tenéis un poco de hipocrás. Bebed, os calentará.

Ella negó de nuevo con la cabeza, miró a Oudarde fijamente y dijo:

—Agua.

Oudarde insistió:

—No, hermana, el agua no es una bebida apropiada para el mes de enero. Tenéis que beber un poco de hipocrás y comeros esta torta de maíz que hemos hecho para vos.

Ella rechazó la torta que Mahiette le presentaba y dijo:

—Pan negro.

—Vamos —dijo Gervaise quitándose su polonesa de lana en un arrebato de caridad—: Esta prenda abriga un poco más que la vuestra. Ponéosla sobre los hombros.

Ella rechazó el sobretodo, como había hecho anteriormente con el frasco y la torta, y dijo:

—Un saco.

—Pero de alguna manera tenéis que notar que ayer fue fiesta —insistió la buena Oudarde.

—Ya lo noto —dijo la reclusa—. Hace dos días que no hay agua en mi jarra.

Tras un momento de silencio, añadió:

—Cuando es fiesta, me olvidan. Hacen bien. ¿Por qué el mundo va a pensar en mí, si yo no pienso en él? A carbón apagado, ceniza fría.

Y como fatigada de haber hablado tanto, dejó caer de nuevo la cabeza entre las rodillas. La cándida y caritativa Oudarde, que creyó entender por sus últimas palabras que seguía quejándose del frío, le contestó con ingenuidad:

—¿Queréis entonces un poco de fuego?

—¡Fuego! —dijo la Sachette en un tono extraño—. ¿Y haréis también un poco para la pobre niña que está bajo tierra desde hace quince años?

Todos sus miembros se pusieron a temblar; su voz vibraba, sus ojos brillaban, y se había

puesto de rodillas. De repente alargó su mano blanca y delgada hacia el niño, que la miraba con asombro.

—¡Llevaos a ese niño! —gritó—. ¡Va a pasar la egipcia!

Entonces cayó hacia delante y su frente golpeó el suelo con un ruido de piedra al chocar contra otra piedra. Las tres mujeres la creyeron muerta. Al cabo de un momento, sin embargo, se movió, y la vieron arrastrarse apoyada en las rodillas y los codos hasta el rincón donde estaba el zapatito. A partir de ese momento no se atrevieron a seguir mirando, ya no la vieron, pero oyeron mil besos y mil suspiros, mezclados con gritos desgarradores y golpes sordos como los de una cabeza que choca contra una pared. Después de uno de esos golpes, tan violento que se tambalearon, no oyeron nada más.

—¿Se habrá matado? —dijo Gervaise, aventurándose a meter la cabeza por la lucera—. ¡Hermana! ¡Hermana Gudule!

—¡Hermana Gudule! —repitió Oudarde.

—¡Ay, Dios mío! ¡No se mueve! —dijo Gervaise—. ¿Acaso está muerta? ¡Gudule! ¡Gudule!

Mahiette, a quien el estupor había dejado hasta entonces sin habla, hizo un esfuerzo.

—Esperad —dijo. E inclinándose hacia la lucera, añadió—: ¡Paquette! ¡Paquette la Chantefleurie!

Un niño que sopla ingenuamente sobre la mecha mal encendida de un petardo y lo hace estallar ante sus ojos, no se asusta tanto como le asustó a Mahiette el efecto producido por aquel nombre inesperadamente pronunciado en la celda de la hermana Gudule.

La reclusa se estremeció de pies a cabeza, se levantó y saltó hacia la lucera con unos ojos tan encendidos que Mahiette y Oudarde, y la otra mujer, y el niño, retrocedieron hasta el parapeto del muelle.

Pero el siniestro rostro de la reclusa apareció pegado a los barrotes de la lucera.

—¡Oh! ¡Oh! —gritaba con una risa espantosa—. ¡La egipcia me llama!

En ese momento, una escena que se desarrollaba en la picota retuvo su mirada huraña. Frunció la frente con horror, extendió por fuera del habitáculo sus dos brazos esqueléticos y gritó con una voz que parecía un estertor:

—¡Otra vez tú, hija de Egipto! ¡Eres tú quien me llama, ladrona de niños! ¡Maldita seas! ¡Maldita! ¡Maldita! ¡Maldita!

4

Una lágrima por una gota de agua

Estas palabras eran, por así decirlo, el punto de confluencia de dos escenas que hasta entonces se habían desarrollado paralelamente en el mismo momento, cada una en su escenario particular: una, la que acabamos de leer, en el Agujero de las Ratas; la otra, que vamos a leer ahora, en la escalera de la picota. La primera había tenido por testigos únicamente a las tres mujeres que el lector acaba de conocer; la segunda había tenido como espectadores a todo el público que vimos antes congregarse en la plaza de Grève, alrededor de la picota y la horca.

Aquella multitud, a la cual los cuatro alguaciles apostados desde las nueve de la mañana en las cuatro esquinas de la picota habían hecho suponer que iba a tener lugar una ejecución en toda regla, sin duda no un ahorcamiento, más bien un azotamiento, un desorejamiento, algo, en definitiva, aquella multitud, pues, se había incrementado tan deprisa que los cuatro alguaciles, prácticamente cercados, se habían visto más de una vez en la necesidad de «apiñarla», como se decía entonces, haciendo uso del*boullaye*[86] y de la grupa de los caballos.

Aquella chusma, habituada a la espera de las ejecuciones públicas, no manifestaba demasiada impaciencia. Se entretenía mirando la picota, una especie de monumento muy simple compuesto por un cubo de fábrica de unos diez pies de alto, con el interior hueco. Unos escalones muy empinados de piedra sin labrar, conocidos como «la escalera» por antonomasia, daban acceso a la plataforma superior, en la que se veía una rueda horizontal de madera de roble maciza. Se ataba al condenado a esta rueda, de rodillas y con los brazos tras la espalda. Un eje de madera, accionado por un cabrestante oculto en el interior del pequeño edificio, hacía girar la rueda, que permanecía en el plano horizontal y de esta forma presentaba sucesivamente la cara del condenado a todos los puntos de la plaza.

Como puede verse, la picota de la Grève distaba mucho de ofrecer todas las distracciones de la picota de Les Halles. Nada había en ella de arquitectural. Nada había en ella de monumental. No tenía ni tejado con cruz de hierro, ni linterna octogonal, ni frágiles columnillas que al llegar al borde del tejado se abrían en capiteles de acantos y flores, ni canalones quiméricos y monstruosos, ni armazón cincelado, ni fina escultura profundamente tallada en la piedra.

Había que contentarse con aquellas cuatro paredes de mampuestos con dos trashogueros de barro cocido, y una miserable horca de piedra, escuálida y desnuda, al lado.

Habría sido un pobre regalo para unos amantes de la arquitectura gótica. Cierto es que nadie había con menos curiosidad por los monumentos que los buenos papanatas de la Edad Media y que la belleza de una picota les importaba bien poco.

El condenado llegó por fin amarrado al fondo de una carreta, y cuando lo hubieron subido a la plataforma, cuando pudo ser visto desde todos los puntos de la plaza, atado con cuerdas y correas

a la rueda de la picota, un abucheo mezclado con risas y aclamaciones estalló en la plaza. Habían reconocido a Quasimodo.

Era él, en efecto. El contraste chocaba. ¡Expuesto en la picota de esa misma plaza en la que el día anterior había sido saludado, aclamado y proclamado papa y príncipe de los locos, con el duque de Egipto, el rey de Thunes y el emperador de Galilea por cortejo! De lo que no cabe duda es de que no había nadie entre la muchedumbre, ni siquiera él, sucesivamente triunfador y condenado, capaz de establecer esa asociación en su pensamiento. Faltaban Gringoire y su filosofía en aquel espectáculo.

Acto seguido, Michel Noiret, trompeta jurado del rey nuestro sire, hizo callar a los plebeyos y leyó la sentencia, en cumplimiento de la orden del señor preboste. Después se retiró detrás de la carreta con sus hombres vestidos con librea.

Quasimodo, impasible, no pestañeaba. Le habían imposibilitado oponer la más mínima resistencia mediante lo que entonces llamaban, en el estilo de la cancillería criminal, «la vehemencia y la firmeza de las ataduras», lo que significa que probablemente las tiras de cuero y las cadenillas se le clavaban en la carne. Es esta, por lo demás, una tradición en presidios y galeras que no se ha perdido y que las esposas conservan aún celosamente entre nosotros, pueblo civilizado, apacible, humano (penal y guillotina entre paréntesis).

El jorobado se había dejado llevar y empujar, trasladar, encaramar, atar y encadenar. Nada se traslucía en su expresión salvo un pasmo de salvaje o de idiota. Se sabía que era sordo; parecía también ciego.

Lo pusieron de rodillas sobre la plancha circular; él se dejó poner. Le quitaron camisa y jubón para dejarlo desnudo de cintura para arriba; él se dejó hacer. Lo encabestraron con un nuevo sistema de correas y hebijones; él se dejó hebillar y atar. Solo de vez en cuando resoplaba ruidosamente, como un buey cuya cabeza cuelga y se balancea en el borde de la carreta del carnicero.

—¡Será zopenco! —dijo Jehan Frollo del Molino a su amigo Robin Poussepain (pues los dos estudiantes, como era de esperar, habían seguido al reo)—. ¡Entiende tanto lo que pasa como un abejorro encerrado en una caja!

Una risa incontenible cundió entre la muchedumbre cuando vieron al desnudo la joroba de Quasimodo, su pecho de camello, sus hombros callosos y peludos. En medio de aquel griterío, un hombre con la librea de la ciudad, de baja estatura y aspecto robusto, subió a la plataforma y se colocó junto al condenado. Su nombre no tardó en circular entre el público. Era maese Pierrat Torterue, torturador jurado del Châtelet.

Empezó por colocar en una de las esquinas de la picota un reloj de arena negro, cuya cápsula superior estaba llena de arena roja que iba cayendo en el recipiente inferior; después se quitó el sobretodo de dos colores y lo vieron coger con la mano derecha un látigo fino y afilado de largas tiras blancas, relucientes, nudosas, trenzadas y provistas de uñas metálicas. Con la mano izquierda doblaba despreocupadamente la manga derecha de su camisa hasta la axila.

Mientras tanto, Jehan Frollo gritaba levantando su cabeza rubia y rizada por encima de la multitud (para ello se había subido a los hombros de Robin Poussepain):

—¡Señores, señoras, venid a ver! ¡Van a flagelar perentoriamente a maese Quasimodo, el campanero de mi hermano el arcediano de Josas, una extravagante construcción oriental con cúpula a modo de espalda y columnas salomónicas a modo de piernas!

Y la multitud no paraba de reír, sobre todo los niños y las muchachas.

Finalmente, el torturador dio un golpe con el pie. La rueda empezó a girar. Quasimodo se tambaleó entre las ataduras. El estupor que se pintó bruscamente en su rostro deforme hizo redoblar las carcajadas.

De repente, en el momento en que la rueda, al girar, presentó a maese Pierrat la espalda montuosa de Quasimodo, el verdugo levantó el brazo y las finas correas silbaron estridentemente en el aire como un puñado de culebras y cayeron con furia sobre los hombros del miserable.

Quasimodo saltó sobre sí mismo, como si se hubiera despertado sobresaltado. Empezó a comprender lo que estaba pasando. Se debatió entre las ataduras; una violenta contracción de sorpresa y de dolor descompuso los músculos de su cara, pero no profirió ni un lamento. Tan solo volvió la cabeza hacia atrás, moviéndola de derecha a izquierda como un toro al que un tábano ha picado en un costado.

Un segundo golpe siguió al primero, después un tercero, y otro, y otro más… La rueda no cesaba de girar y los golpes no cesaban de llover. Muy pronto empezó a manar sangre, la vieron correr en mil hilillos por los negros hombros del jorobado, y las cortantes correas del látigo, en su rotación que rasgaba el aire, la esparcían en gotas sobre la multitud.

Quasimodo había recobrado, al menos aparentemente, su impasibilidad inicial. Primero había intentado sordamente, sin un gran forcejeo exterior, romper sus ataduras. Habían visto encenderse sus ojos, endurecerse sus músculos, contraerse sus miembros, y tensarse las correas y las cadenillas. El esfuerzo era enorme, prodigioso, desesperado; pero los viejos instrumentos de tortura del prebostazgo resistieron. Crujieron y nada más. Quasimodo, exhausto, se dio por vencido. El estupor dejó paso en su semblante a un sentimiento de amargo y profundo desaliento. Cerró su único ojo, dejó caer la cabeza sobre el pecho y se hizo el muerto.

A partir de ese momento, no se movió. Nada logró arrancarle un solo movimiento. Ni la sangre, que no paraba de manar, ni los golpes cada vez más furiosos, ni la cólera del torturador, que se excitaba y embriagaba con la ejecución, ni el ruido de las horribles correas, más aceradas y silbantes que patas de insecto.

Por fin, un ujier del Châtelet vestido de negro y montado en un caballo negro, inmóvil junto a la escalera desde el comienzo de la ejecución, extendió su vara de ébano hacia el reloj de arena. El torturador se detuvo. La rueda se detuvo. El ojo de Quasimodo se abrió lentamente.

La flagelación había terminado. Dos lacayos del torturador jurado lavaron la ensangrentada espalda del reo, la frotaron con no sé qué ungüento que cerró al instante todas las heridas y le echaron sobre los hombros una especie de paño amarillo con forma de casulla. Entre tanto, Pierrat Torterue sacudía sobre el suelo las correas rojas, empapadas de sangre.

No todo había acabado, sin embargo, para Quasimodo. Todavía le quedaba soportar aquella hora de picota que maese Florian Barbedienne había añadido tan juiciosamente a la sentencia de micer Robert d’Estouteville, todo para mayor gloria del viejo juego de palabras fisiológico y

psicológico de Comenio:*Surdus absurdus*.[87]

Así pues, le dieron la vuelta al reloj de arena y dejaron al jorobado atado sobre la plancha para que se hiciera justicia hasta el final.

El pueblo, sobre todo en la Edad Media, es en relación con la sociedad lo que es el niño en relación con la familia; mientras permanece en ese estado de ignorancia primera, de minoría moral e intelectual, se puede decir de él lo mismo que del niño:

Esa edad es despiadada.

Ya hemos señalado que Quasimodo era objeto del odio general, por más de una razón, es verdad. Apenas había un espectador en aquella multitud que no tuviera o no creyera tener motivos para quejarse del malvado jorobado de Notre-Dame. La alegría había sido universal al verlo aparecer en la picota, y el rudo castigo que acababa de sufrir y la terrible posición en la que lo habían dejado, lejos de enternecer al populacho, habían hecho su odio más cruel al armarlo con un dardo de alegría.

Por eso, una vez la vindicta pública satisfecha, como dicen todavía hoy los doctores, llegó el momento de las mil venganzas particulares. Allí, al igual que en la Gran Sala, estallaban sobre todo las mujeres. Todas le guardaban rencor por algo: unas por su malicia, otras por su fealdad. Estas últimas eran las más furiosas.

—¡Máscara del Anticristo! —decía una.

—¡Cabalgador de mango de escoba! —gritaba otra.

—¡Vaya mueca trágica! —aullaba una tercera—. ¡Te valdría ser nombrado papa de los locos, si hoy fuera ayer!

—Sí, sí —añadía una vieja—. Pero esa es la mueca de la picota. ¿Cuándo veremos la de la horca?

—¿Cuándo te pondrán la campana mayor por sombrero a cien pies bajo tierra, maldito campanero?

—¡Y este diablo es quien toca el ángelus!

—¡Sordo! ¡Tuerto! ¡Jorobado! ¡Monstruo!

—¡Tu cara es un abortivo más eficaz que cualquier medicina o fármaco!

Y los dos estudiantes, Jehan del Molino y Robin Poussepain, cantaban a voz en cuello el viejo estribillo popular:

¡*Un dogal*
para el criminal!
¡*Leña ardiendo*
para el esperpento!

Mil insultos más llovían de todas partes, y abucheos, e imprecaciones, y risas, y piedras.

Quasimodo era sordo, pero veía perfectamente, y el furor público no estaba pintado menos enérgicamente en los rostros que en las palabras. Además, las pedradas explicaban las carcajadas.

Al principio aguantó sin perder la calma. Pero, poco a poco, aquella paciencia que se había curtido bajo el látigo del torturador cedió y perdió pie ante todas aquellas picaduras de insectos. El toro bravo, que apenas se ha inmutado por los ataques del picador, se irrita con los perros y las

banderillas.

Primero recorrió lentamente la multitud con mirada amenazadora. Pero, agarrotado como estaba, su mirada fue impotente para espantar esas moscas que hurgaban en su herida. Entonces se revolvió bajo las ligaduras, y sus movimientos furiosos hicieron chirriar sobre sus ejes la vieja rueda de la picota. Todo esto hizo que las mofas y los abucheos se redoblaran.

En vista de que no podía romper su collar de fiera encadenada, el miserable se apaciguó. Solo de cuando en cuando un suspiro de rabia elevaba todas las cavidades de su pecho. No había en su semblante ni vergüenza ni sonrojo. Se encontraba demasiado lejos del estado de ser social y demasiado cerca del de criatura natural para saber lo que es la vergüenza. Por lo demás, en semejante grado de deformidad, ¿se es sensible a la infamia? No obstante, la cólera, el odio y la desesperación hacían descender lentamente hacia aquel rostro repulsivo una nube cada vez más negra, cada vez más cargada de una electricidad que estallaba en mil relámpagos en el ojo del cíclope.

Aquella nube, sin embargo, se aclaró por un momento al atravesar la multitud una mula que llevaba en su grupa a un sacerdote. En cuanto vio desde lejos esa mula y a ese sacerdote, el semblante del pobre reo se dulcificó. Al furor que lo contraía le sucedió una sonrisa extraña, llena de una dulzura, de una docilidad y de una ternura inefables. A medida que el sacerdote se acercaba, esa sonrisa se hacía más abierta, más clara, más radiante. Era como si el desdichado celebrara la llegada de un salvador. Sin embargo, en el momento en que la mula estuvo lo bastante cerca de la picota para que el que iba a lomos de ella pudiera reconocer al condenado, el sacerdote bajó los ojos, dio media vuelta bruscamente y espoleó a la mula, como si tuviera prisa por librarse de reclamaciones humillantes y muy poco interés en ser saludado y reconocido por un pobre diablo en semejante situación.

Aquel sacerdote era el arcediano don Claude Frollo.

La nube volvió a caer, más negra, sobre la frente de Quasimodo. La sonrisa todavía permaneció un rato en su rostro, pero era una sonrisa amarga, decepcionada, profundamente triste.

El tiempo pasaba. Estaba allí desde hacía por lo menos una hora y media, desgarrado, maltratado, escarnecido sin descanso y casi lapidado.

De pronto se revolvió otra vez entre sus cadenas con tal desesperación que hizo temblar toda la estructura que lo sostenía y, rompiendo el silencio que había mantenido obstinadamente hasta entonces, gritó con una voz ronca y furiosa que parecía más un ladrido que un grito humano y que cubrió el ruido de los abucheos:

—¡Agua!

Aquella exclamación angustiada, lejos de despertar compasión, supuso un incremento de diversión para el buen vulgo parisino que rodeaba la escalera y que, preciso es decirlo, tomado en masa y como multitud, no era entonces mucho menos cruel ni estaba menos embrutecido que esa horrible tribu de truhanes a cuyo territorio ya hemos llevado al lector y que era, simple y llanamente, la capa más baja del pueblo. Ni una voz se elevó alrededor del desventurado reo sino para burlarse de su sed. Cierto es que en aquel momento su estado era más grotesco y repulsivo que lastimoso, con la cara enrojecida y chorreante, la mirada extraviada, la boca espumeante de

cólera y de sufrimiento, y la lengua medio colgando. Hay que decir también que, aunque se hubiera hallado entre el gentío alguna alma caritativa de burgués o burguesa que se hubiera sentido tentada de llevar un vaso de agua a aquella miserable criatura en pena, reinaba alrededor de los escalones infames de la picota tal prejuicio de vergüenza y de ignominia que eso habría bastado para hacer retroceder al buen samaritano.

Al cabo de unos minutos, Quasimodo recorrió la multitud con una mirada de desesperación y repitió con una voz todavía más desgarradora:

—¡Agua!

La gente no paraba de reír.

—¡Bebe esto! —gritó Robin Poussepain, tirándole a la cara una esponja mojada en el arroyo—. ¡Toma, asqueroso sordo! Estás en deuda conmigo.

Una mujer le tiró una piedra a la cabeza.

—Esto te enseñará a despertarnos por la noche con tus malditas campanas.

—¿Qué dices ahora? —vociferó un tullido haciendo un esfuerzo para alcanzarlo con la muleta—. ¿Seguirás echándonos conjuros desde lo alto de las torres de Notre-Dame?

—¡Aquí tienes una escudilla para beber! —añadió un hombre arrojándole una jarra rota contra el pecho—. ¡Fuiste tú quien, solo con pasar por delante de ella, hiciste parir a mi mujer un niño con dos cabezas!

—¡Y a mi gata, un gato con seis patas! —chilló una vieja lanzándole una teja.

—¡Agua! —repitió por tercera vez Quasimodo, jadeante.

En ese momento vio a la gente apartarse. Una muchacha extrañamente vestida salió de entre la multitud. La acompañaba una cabrita blanca con los cuernos dorados y llevaba una pandereta en la mano.

El ojo de Quasimodo centelleó. Era la gitana a la que había intentado raptar la noche anterior, agresión por la que él sentía confusamente que estaban castigándolo en ese mismo momento; cosa que, por lo demás, no podía estar más lejos de la realidad, pues se le había castigado únicamente por tener la desgracia de ser sordo y de haber sido juzgado por un sordo. No le cupo ninguna duda de que ella iba a vengarse también y a propinarle un golpe, como todos los demás.

La vio, en efecto, subir rápidamente la escalera. La cólera y el despecho lo ahogaban. Habría deseado poder derribar la picota, y si el centelleo de su ojo hubiera podido fulminar, la egipcia habría sido reducida a polvo antes de llegar a la plataforma.

Ella, sin decir una palabra, se acercó al reo, que se retorcía en vano para escapar a su ataque, y, soltando una calabaza que llevaba atada a la cintura, la acercó con cuidado a los labios resecos del desdichado.

Entonces, en aquel ojo hasta entonces tan seco y encendido, vieron aparecer una gruesa lágrima que rodó lentamente por el rostro deforme y ya largo rato contraído por la desesperación. Era tal vez la primera que el infortunado había vertido jamás.

Hasta olvidaba beber. La egipcia hizo su característico mohín con impaciencia y, sonriente, apoyó el cuello de la calabaza en la boca dentuda de Quasimodo.

Este bebió dando largos tragos. Su sed era ardiente.

Cuando hubo terminado, el miserable alargó sus labios oscuros, sin duda para besar la hermosa mano que acababa de socorrerlo. Pero la joven, que quizá sentía cierta desconfianza y recordaba la violenta tentativa de la noche anterior, retiró la mano con el gesto asustado de un niño que teme ser mordido por un animal.

Entonces el pobre sordo clavó en ella una mirada llena de reproche y de una tristeza infinita.

En cualquier lugar del mundo habría sido un espectáculo conmovedor el de esta bella muchacha, fresca, pura, encantadora y al mismo tiempo tan débil, acudiendo compasivamente en auxilio de tanta miseria, deformidad y maldad. En una picota, el espectáculo era sublime.

Aquella misma multitud se sintió embargada de emoción y se puso a aplaudir gritando:

—¡Bravo! ¡Bravo!

Fue en ese momento cuando, desde la lucera de su agujero, la reclusa vio a la egipcia en la picota y le lanzó su siniestra imprecación:

—¡Maldita seas, hija de Egipto! ¡Maldita! ¡Maldita!

5

Fin de la historia de la torta de maíz

Esmeralda palideció y bajó de la picota titubeando. La voz de la reclusa continuaba persiguiéndola:

—¡Baja, baja, ladrona de Egipto! ¡Ya volverás a subir!

«La Sachette sigue con sus manías», dijo el pueblo murmurando, y ahí quedó todo. Pues esa clase de mujeres suscitaba temor, lo cual las hacía sagradas. En aquel entonces nadie gustaba de meterse con quien rezaba día y noche.

Había llegado el momento de llevarse a Quasimodo. Lo desataron y la muchedumbre se dispersó.

Cerca del Grand-Pont, Mahiette, que regresaba con sus dos compañeras, se detuvo bruscamente:

—Por cierto, Eustache, ¿qué has hecho con la torta?

—Madre —respondió el niño—, mientras hablabais con esa dama que estaba en el agujero, un gran perro ha mordido la torta. Así que yo he hecho lo mismo.

—¿Cómo, señorito? —dijo la madre—. ¿Os la habéis comido toda?

—Madre, ha empezado el perro. Yo le he dicho que no lo hiciera, pero no me ha hecho caso. ¡Así que yo también he dado unos mordiscos!

—Este niño es terrible —dijo la madre sonriendo y riñéndolo al mismo tiempo—. Daos cuenta, Oudarde: él solo se come ya todas las cerezas de nuestro huerto de Charlerange. Por eso su abuelo dice que será capitán. ¡Que no me entere yo que lo volvéis a hacer, señorito Eustache! ¡Andando, fiera!

LIBRO SÉPTIMO

1

Del peligro de confiar un secreto a una cabra

Habían transcurrido varias semanas.

Corrían los primeros días de marzo. El sol, al que Dubartas, ese clásico precursor de la perífrasis, aún no había llamado «el gran duque de las candelas», no estaba por ello menos alegre y radiante. Era uno de esos días de primavera tan plácidos y bellos que todo París, diseminado por plazas y paseos, festeja como si fueran domingos. En esos días claros, cálidos y serenos, hay determinada hora especialmente propicia para admirar el pórtico de Notre-Dame. Es el momento en que el sol, declinando ya hacia el ocaso, mira casi de frente la catedral. Sus rayos, cada vez más horizontales, se retiran lentamente del empedrado de la plaza y suben por la fachada, sobre cuya sombra hacen resaltar los altorrelieves, mientras que el gran rosetón central llamea como un ojo de cíclope inflamado por las reverberaciones de la forja.

Era esa hora.

Enfrente de la alta catedral enrojecida por el ocaso, en el balcón de piedra practicado sobre el pórtico de una rica mansión gótica que ocupaba la esquina de la plaza con la calle del Atrio, varias muchachas bonitas reían y charlaban con gran alegría y despreocupación. Por la longitud del velo, que caía desde la cúspide de su tocado puntiagudo y rodeado de perlas hasta sus talones, por la finura de la blusa bordada que cubría sus hombros y dejaba ver, según la provocadora moda de entonces, el nacimiento de sus bellos pechos virginales, por la opulencia de sus enaguas, más preciosas aún que los vestidos (¡maravilloso refinamiento!), por la gasa, la seda, el terciopelo con que todo aquello estaba cubierto, y especialmente por la blancura de sus manos, que demostraba su ociosidad y su pereza, resultaba fácil deducir que eran nobles y ricas herederas. Se trataba, en efecto, de Flor de Lis de Gondelaurier y sus compañeras Diane de Christeuil, Amelotte de Montmichel, Colombe de Gaillefontaine y la pequeña de Champchevrier, todas de buena familia, reunidas en aquel momento en casa de la viuda de Gondelaurier con motivo de la visita de monseñor de Beaujeu y de su señora esposa, que irían a París en el mes de abril para escoger a las damas de honor para la delfina Margarita cuando fueran a Picardía a recibirla de manos de los flamencos. Todos los hidalgos en treinta leguas a la redonda pretendían este favor para sus hijas y buen número de ellos ya las habían llevado o enviado a París. Estas habían sido confiadas por sus padres a la custodia discreta y vigilante de Aloïse de Gondelaurier, viuda de un antiguo jefe de los ballesteros del rey, retirada con su única hija en su casa de la plaza del Atrio de Notre-Dame, en París.

El balcón donde estaban aquellas jóvenes se abría en una sala lujosamente tapizada en un cuero de Flandes de color rojizo con motivos vegetales estampados en dorado. Las vigas que listaban paralelamente el techo entretenían la vista con mil curiosas esculturas pintadas y doradas.

Sobre unos arcones cincelados, brillaban espléndidos esmaltes; una cabeza de jabalí de porcelana coronaba un magnífico aparador cuyos dos pisos anunciaban que la dueña de la casa era esposa o viuda de un caballero de pendón y caldera. Al fondo, al lado de una alta chimenea blasonada de arriba abajo, estaba sentada en un rico sillón de terciopelo rojo la señora de Gondelaurier, que tan escritos llevaba sus cincuenta y cinco años en la vestimenta como en el rostro.

A su lado permanecía de pie un joven de expresión bastante altiva, aunque un tanto vano y bravucón, uno de esos mozos apuestos que hacen coincidir a todas las mujeres, si bien los hombres serios y fisonomistas los miran con indiferencia. Ese joven caballero llevaba el brillante uniforme de capitán de los arqueros de la ordenanza del rey, el cual se parece en exceso al traje de Júpiter que ya pudimos admirar en el primer libro de esta historia para que inflijamos al lector una segunda descripción del mismo.

Las damiselas estaban repartidas entre la sala y el balcón, sentadas unas sobre cojines de terciopelo de Utrecht con rebordes dorados, otras sobre escabeles de madera de roble con flores y figuras talladas. Cada una de ellas tenía sobre las rodillas una parte de un gran tapiz que estaban tejiendo en común, un buen trozo del cual se extendía sobre la estera que cubría el suelo.

Charlaban entre ellas con esa voz susurrante y esas medias risas sofocadas de un conciliábulo de muchachas entre las que hay un hombre joven. El joven en cuestión, cuya presencia bastaba para poner en juego esos amores propios femeninos, parecía, en cambio, bastante poco interesado en ellas; y mientras que las bellas muchachas competían para atraer su atención, él parecía ocupado sobre todo en bruñir con su guante de piel de gamuza la hebilla de su cinturón.

De vez en cuando la dama le dirigía la palabra en voz baja, y él le respondía como podía con una especie de cortesía torpe y forzada. Por las sonrisas, por los pequeños gestos de complicidad de doña Aloïse, por los guiños que hacía mirando a su hija Flor de Lis mientras hablaba bajito con el capitán, se deducía fácilmente que se trataba de un compromiso consumado, de un enlace sin duda próximo entre el joven y Flor de Lis. Y por la frialdad incómoda del oficial se deducía con igual facilidad que, por su parte al menos, no se trataba de un compromiso de amor. Todo su semblante expresaba un malestar y un aburrimiento que nuestros subtenientes de guarnición traducirían admirablemente hoy con la exclamación: «¡Menudo trabajo de perros!».

La buena señora, muy orgullosa de su hija, como una pobre madre que era, no se percataba del poco entusiasmo del oficial y se afanaba en señalarle en voz baja las infinitas perfecciones con las que Flor de Lis manejaba la aguja o devanaba el ovillo.

—Fijaos —le decía, tirándole de la manga para hablarle al oído—. ¡Miradla! ¡Ahora se agacha!

—Sí, es verdad —contestaba el joven, para acto seguido sumirse de nuevo en su silencio distraído y glacial.

Al cabo de un momento tenía que inclinarse de nuevo, y doña Aloïse le decía:

—¿Habéis visto alguna vez un rostro más armonioso y más alegre que el de vuestra prometida? ¿Se puede ser más blanca y más rubia? ¿No son las suyas unas manos perfectas? Y ese cuello, ¿no se mueve con el mismo encanto que el de un cisne? ¡Cuánto os envidio a veces! ¡Y qué afortunado sois de ser hombre, malvado libertino! ¿Verdad que mi Flor de Lis es adorablemente

bella y que estáis loco por ella?

—Por supuesto —respondía él, pensando en otra cosa.

—Pero hablad con ella —dijo de pronto doña Aloïse, empujándolo por el hombro—. Os habéis vuelto muy tímido.

Podemos asegurar a nuestros lectores que la timidez no era ni una virtud ni un defecto del capitán. No obstante, intentó hacer lo que se le pedía.

—Bella prima —dijo, acercándose a Flor de Lis—, ¿cuál es el tema de esta obra de tapicería que estáis haciendo?

—Distinguido primo —respondió Flor de Lis con cierto tono despectivo—, ya os lo he dicho tres veces. Es la gruta de Neptuno.

Era evidente que Flor de Lis veía mucho más claramente que su madre las maneras frías y distraídas del capitán. Este sintió la necesidad de dar un poco de conversación.

—¿Y para quién es toda esa neptunería? —preguntó.

—Para la abadía de Saint-Antoine-des-Champs —dijo Flor de Lis sin levantar los ojos.

El capitán cogió una esquina del tapiz.

—¿Quién es, bella prima, este gendarme gordo que toca la trompeta hinchando los carrillos?

—Es Tritón —respondió ella.

Seguía habiendo un tono de cierto enfado en las breves palabras de Flor de Lis. El joven comprendió que era imprescindible decirle algo al oído, una bobada, una galantería, cualquier cosa. Se inclinó, pues, pero fue incapaz de encontrar en su imaginación algo más tierno e íntimo que esto:

—¿Por qué lleva siempre vuestra madre una cotardía blasonada como nuestras abuelas de tiempos de Carlos VII? Decidle, bella prima, que hoy en día eso ya no se considera elegante y que el gozne y el laurel[88] bordados a modo de blasón en su vestido le dan el aspecto de un manto de chimenea andante. En verdad que la gente ya no se sienta así sobre su bandera, os lo juro.

Flor de Lis alzó hacia él sus bellos ojos llenos de reproche:

—¿Eso es todo lo que me juráis? —dijo en voz baja.

Mientras, la buena doña Aloïse, encantada de verlos así, juntos y susurrando, decía jugueteando con los cierres de su libro de horas:

—¡Qué conmovedora escena de amor!

El capitán, cada vez más incómodo, se inclinó nuevamente sobre el tapiz:

—¡Es realmente un trabajo encantador! —exclamó.

Al oír este comentario, Colombe de Gaillefontaine, otra bella rubia de piel blanca, con el cuello cubierto de damasco azul, pronunció tímidamente unas palabras dirigidas a Flor de Lis, con la esperanza de que el apuesto capitán respondiera a ellas:

—Querida Gondelaurier, ¿habéis visto los tapices del hotel de la Roche-Guyon?

—¿No es ese el hotel en cuyo recinto se encuentra el jardín de la Costurera del Louvre? —preguntó riendo Diane de Christeuil, que tenía unos bonitos dientes y, en consecuencia, viniera o no a cuento, reía.

—Y donde está esa vieja torre de la antigua muralla de París —añadió Amelotte de

Montmichel, bella morena, lozana y de pelo rizado, que tenía la costumbre de suspirar igual que la otra reía, sin saber por qué.

—Querida Colombe —intervino doña Aloïse—, ¿os referís al hotel que pertenecía al señor de Bacqueville durante el reinado de Carlos VI? Hay allí soberbios tapices de alto lizo, en efecto.

—¡Carlos VI! ¡El rey Carlos VI! —masculló el joven capitán atusándose el bigote—. ¡Dios mío! ¡Qué cosas tan antiguas recuerda esta buena señora!

La señora de Gondelaurier proseguía:

—Hermosos tapices, en verdad. ¡Un trabajo tan apreciado que pasa por singular!

En ese momento Bérangère de Champchevrier, esbelta niña de siete años que miraba la plaza entre los trifolios del balcón, exclamó:

—¡Oh, mirad, bella madrina Flor de Lis! ¡Hay una bailarina muy guapa que danza sobre el empedrado y toca la pandereta rodeada de burgueses plebeyos!

Se oía, efectivamente, el estremecimiento sonoro de una pandereta.

—Será alguna egipcia de Bohemia —dijo Flor de Lis, volviéndose indolentemente hacia el exterior.

—¡A ver! ¡A ver! —gritaron sus vivarachas compañeras corriendo hacia el borde del balcón, mientras Flor de Lis, pensativa a causa de la frialdad de su prometido, las seguía lentamente, y este último, aliviado por ese incidente que ponía fin a una incómoda conversación, se retiraba al fondo de la estancia con el aire satisfecho de un soldado relevado de servicio.

Era, sin embargo, un delicioso y placentero servicio ocuparse de la bella Flor de Lis, y así se lo había parecido en otros tiempos. Pero el capitán se había hastiado poco a poco; la perspectiva de un próximo matrimonio lo enfriaba de día en día. Además, era de carácter voluble y, ¿es preciso decirlo?, de gustos un tanto vulgares. Aunque de muy noble cuna, había contraído en el oficio más de un hábito de soldadote. Le gustaba la taberna y lo que esta lleva aparejado. Solo se encontraba a gusto entre palabrotas, galanterías militares, mujeres fáciles y éxitos fáciles. Sin embargo, había recibido de su familia una buena educación y buenas maneras; pero había corrido mundo y llevado vida de cuartel siendo demasiado joven, y el barniz del hidalgo se iba borrando progresivamente con el tosco roce de su talabarte de gendarme. Aunque seguía visitándola de vez en cuando por un resto de respeto humano, se sentía doblemente incómodo en casa de Flor de Lis. Para empezar, porque, a fuerza de dispersar su amor por toda clase de lugares, había reservado muy poco para ella; y además porque, rodeado de tantas bellas damas, estiradas y decentes, temía constantemente que su boca, acostumbrada a los reniegos, se desbocara de pronto y se lanzara a proferir expresiones tabernarias. ¡Imagínese el lector el efecto!

Además, todo esto se mezclaba en él con grandes pretensiones de elegancia, de distinción y de buena estampa. Que cada cual case estas cosas como pueda. Yo solo soy historiador.

Llevaba ya un rato, pues, pensando o sin pensar, apoyado en silencio en la chambrana esculpida de la chimenea, cuando Flor de Lis, volviéndose de pronto, le dirigió la palabra. Después de todo, la pobre muchacha se mostraba enfurruñada con él de muy mala gana.

—Distinguido primo, ¿no nos habíais hablado de una joven gitana a la que salvasteis hace dos meses, mientras hacíais la contrarronda nocturna, del ataque de una docena de ladrones?

—Creo que sí, bella prima —dijo el capitán.

—Pues quizá sea esa gitana que baila en la plaza. Venid a ver si la reconocéis, distinguido primo Phoebus.

Él percibió un secreto deseo de reconciliación en esa amable invitación que le hacía de ir junto a ella y en el detalle de llamarlo por su nombre. El capitán Phoebus de Châteaupers (pues es a él a quien el lector tiene ante los ojos desde el comienzo de este capítulo) se acercó lentamente al balcón.

—Fijaos —le dijo Flor de Lis, poniendo tiernamente la mano sobre el brazo de Phoebus—, mirad a esa jovencita que baila allí, en medio de aquel corro. ¿Es vuestra gitana?

Phoebus miró y dijo:

—Sí, la reconozco por la cabra.

—¡Oh, es verdad, qué cabrita más linda! —exclamó Amelotte juntando las manos con admiración.

—¿Los cuernos son de oro auténtico? —preguntó Bérangère.

Sin moverse de su sillón, doña Aloïse tomó la palabra:

—¿No es una de esas gitanas que llegaron el año pasado por la puerta Gibard?

—Madre —dijo con dulzura Flor de Lis—, esa puerta se llama ahora puerta del Infierno.

La señorita de Gondelaurier sabía hasta qué punto le chocaba al capitán la manera de hablar anticuada de su madre. De hecho, este ya empezaba a burlarse, mascullando entre dientes:

—¡La puerta Gibard! ¡La puerta Gibard! ¡Por ahí pasaba Carlos VI!

—¡Madrina! —exclamó Bérangère, cuyos ojos en incesante movimiento se habían alzado de repente hacia la cúspide de las torres de Notre-Dame—. ¿Quién es ese hombre de negro que está allá arriba?

Todas las jóvenes levantaron los ojos. Un hombre, en efecto, estaba acodado en la balaustrada superior de la torre septentrional que daba a la plaza de Grève. Era un sacerdote. Se distinguía claramente su ropa y su rostro apoyado en ambas manos. Por lo demás, no se movía más que una estatua y su mirada fija se abismaba en la plaza.

Tenía algo de la inmovilidad de un milano que acaba de descubrir un nido de gorriones y lo mira.

—Es el arcediano de Josas —dijo Flor de Lis.

—¡Tenéis una vista magnífica si lo reconocéis desde aquí —observó Colombe de Gaillefontaine.

—¡Cómo mira a la bailarina! —añadió Diane de Christeuil.

—Pues que tenga cuidado la egipcia —dijo Flor de Lis—, porque al arcediano no le gusta Egipto.

—Es una pena que ese hombre la mire así —añadió Amelotte de Montmichel—, porque baila maravillosamente.

—Distinguido primo Phoebus —dijo de pronto Flor de Lis—, puesto que conocéis a esa joven gitana, decidle que suba. Será divertido.

—¡Oh, sí! —exclamaron todas las muchachas batiendo palmas.

—Es una locura —contestó Phoebus—. Seguramente ya no se acuerda de mí, y ni siquiera sé su nombre. Pero, puesto que así lo deseáis, señoritas, voy a intentarlo. —E inclinándose por encima de la balaustrada del balcón, se puso a gritar—: ¡Pequeña!

La bailarina no tocaba la pandereta en ese momento. Volvió la cabeza hacia el punto de donde venía la llamada, su mirada brillante se clavó en Phoebus y se detuvo en seco.

—¡Pequeña! —repitió el capitán, y le hizo una seña con la mano para que se acercara.

La joven siguió mirándolo, se sonrojó como si una llama le hubiera subido hasta las mejillas y, con la pandereta bajo el brazo, se dirigió entre los atónitos espectadores hacia la puerta de la casa desde donde Phoebus la llamaba, con paso lento, titubeante, y la mirada turbia de un pájaro que cede a la fascinación de una serpiente.

Un momento después, el cortinaje que cubría el hueco de la puerta fue apartado y la gitana apareció en el umbral de la sala, colorada, desconcertada, sin aliento, sus grandes ojos bajados y sin atreverse a dar un paso más.

Bérangère se puso a aplaudir.

Sin embargo, la bailarina permanecía inmóvil en el umbral de la puerta. Su aparición había producido en aquel grupo de muchachas un efecto singular. Es indudable que un vago e impreciso deseo de agradar al apuesto oficial las animaba a todas a un tiempo, que el espléndido uniforme era el punto de mira de todas sus coqueterías y que, desde que él se hallaba presente, había entre ellas cierta rivalidad secreta, sorda, que apenas se confesaban a sí mismas pero que, aun así, se manifestaba a cada instante en sus gestos y sus palabras. No obstante, como poseían más o menos el mismo grado de belleza, luchaban con las mismas armas y todas podían esperar la victoria. La llegada de la gitana rompió bruscamente ese equilibrio. Era de una belleza tan rara que desde el momento en que apareció en la entrada de la estancia el efecto que causó fue el de que despedía una especie de luz propia. En aquella habitación cerrada, en aquel sombrío marco de cortinajes y artesonados, estaba incomparablemente más guapa y radiante que en la plaza pública. Era como una antorcha que acabaran de trasladar de la luz del día a la oscuridad. Las nobles damiselas se sintieron, a su pesar, deslumbradas. Cada una de ellas se sintió en cierto modo herida en su belleza. Así pues, su frente de batalla, perdónesenos la expresión, cambió en el acto sin que intercambiaran una sola palabra. Pero se entendían de maravilla. Los instintos femeninos se comprenden y se responden más rápidamente que las inteligencias masculinas. Acababa de llegar una enemiga; todas lo intuyeron y todas se aliaron. Basta una gota de vino para colorear un vaso entero de agua; para teñir de cierta contrariedad a todo un grupo de bonitas mujeres, basta con la llegada de una mujer más bonita…, sobre todo cuando solo hay un hombre.

Así pues, el recibimiento dispensado a la gitana fue maravillosamente glacial. La observaron de arriba abajo, después se miraron entre ellas y todo quedó dicho. Se habían entendido. Mientras, la muchacha esperaba que le dijeran algo, tan emocionada que no se atrevía a levantar los ojos.

El capitán rompió el silencio:

—¡A fe mía que es una criatura encantadora! —dijo con su acostumbrado tono de intrépida fatuidad—. ¿Qué os parece a vos, bella prima?

Esta observación, que un admirador más delicado habría hecho al menos en voz baja, no era

apropiada para disipar los celos femeninos que permanecían en guardia ante la gitana.

Flor de Lis respondió al capitán con una empalagosa afectación de desdén:

—No está mal.

Las otras cuchicheaban.

Finalmente doña Aloïse, que no era la menos celosa, pues lo estaba por su hija, dirigió la palabra a la bailarina:

—Acercaos, pequeña.

—¡Acercaos, pequeña! —repitió con una dignidad cómica Bérangère, poniéndose a su lado.

La egipcia se aproximó hacia la noble dama.

—Bella niña —dijo Phoebus con engolamiento, dando unos pasos hacia ella—, no sé si tengo la suprema fortuna de que me reconozcáis…

Ella lo interrumpió dirigiéndole una sonrisa y una mirada llenas de una dulzura infinita:

—¡Oh, sí! —dijo.

—Tiene buena memoria —observó Flor de Lis.

—En fin —prosiguió Phoebus—, como la otra noche os escabullisteis con tanta presteza… ¿Acaso os doy miedo?

—¡Oh, no! —dijo ella.

Había en el tono con que ese «¡Oh, no!» fue pronunciado después de aquel «¡Oh, sí!» algo indescriptible que hirió a Flor de Lis.

—Pues me dejasteis en vuestro lugar a un bribón bastante huraño, tuerto y jorobado —continuó el capitán, cuya lengua se soltaba al hablarle a una muchacha de la calle—, el campanero del obispo, por lo que tengo entendido. Me han dicho que es hijo bastardo de un arcediano y diablo de nacimiento. Tiene un nombre gracioso. Se llama Témporas, o Pascua Florida, o Martes de Carnaval, ya no me acuerdo. ¡En fin, un nombre de fiesta de repicar campanas! ¡Y se permitía raptaros, como si vos estuvieseis hecha para sacristanes! ¡Es el colmo! A ver, ¿qué demonios quería de vos ese mochuelo?, decidme.

—No lo sé —respondió ella.

—¡Es inconcebible tamaña insolencia! ¡Raptar un campanero a una muchacha, como si fuera un vizconde! ¡Cazar furtivamente un villano en cotos reservados a los hidalgos! No es una cosa habitual. Aunque lo ha pagado caro. Maese Pierrat Torterue es el más rudo palafrenero que haya almohazado jamás a un tunante, y os diré, por si eso puede consolaros, que no le han temblado las manos a la hora de zurrar a vuestro campanero.

—¡Pobre hombre! —dijo la gitana, a quien esas palabras reavivaban el recuerdo de la escena de la picota.

El capitán rompió a reír.

—¡Cuernos! ¡Hete aquí una compasión tan bien aplicada como una pluma en el culo de un cerdo! Que me vuelva barrigudo como un papa si…

Se detuvo en seco.

—Perdón, señoras mías. Creo que iba a decir alguna tontería.

—¡Por Dios, señor! —dijo Colombe de Gaillefontaine.

—Le habla a esa criatura en su lengua —añadió a media voz Flor de Lis, cuyo despecho crecía por momentos, despecho que no disminuyó ni un ápice cuando vio al capitán, encantado con la gitana y sobre todo consigo mismo, girar sobre sus talones repitiendo con una tosca galantería, ingenua y soldadesca:

—¡Una guapa muchacha, doy fe!

—Muy rústicamente vestida —dijo Diane de Christeuil riendo y mostrando sus bonitos dientes.

Esta reflexión fue un rayo de luz para las demás. Les hizo ver el lado vulnerable de la egipcia. Como no podían atacarla por su belleza, arremetieron contra su vestimenta.

—Es verdad, pequeña —dijo Amelotte de Montmichel—, ¿dónde has aprendido a andar por las calles sin camisola y sin gola?

—Y con una falda tan corta que da frío verla —añadió Colombe de Gaillefontaine.

—Querida —prosiguió con bastante acritud Flor de Lis—, os exponéis a que os arresten los soldados de la docena por llevar ese cinturón dorado.

—Pequeña, pequeña —intervino de nuevo Diane de Christeuil con una sonrisa implacable—, si te cubrieras decentemente los brazos con unas mangas, estarían menos quemados por el sol.

Era realmente un espectáculo digno de un espectador más inteligente que Phoebus, ver cómo aquellas bellas jóvenes, con sus lenguas envenenadas e irritadas, serpenteaban, se deslizaban y se retorcían alrededor de la bailarina callejera. Eran crueles y graciosas. Rebuscaban, fisgoneaban malignamente con la palabra en su pobre y estrambótica vestimenta de lentejuelas y oropeles. Las risas, las ironías y las humillaciones no tenían fin. Los sarcasmos llovían sobre la egipcia, y la benevolencia altanera, y las miradas despectivas. Uno podría haber creído estar ante esas jóvenes damas romanas que se divertían clavando alfileres de oro en los pechos de una bella esclava. Parecían elegantes galgas de caza dando vueltas, con las fosas nasales dilatadas y los ojos ardientes, alrededor de una pobre cervatilla del bosque a la que la mirada del amo les prohíbe devorar.

¿Qué era, después de todo, frente a esas jóvenes de alcurnia una miserable bailarina de plaza pública? No parecían tener en cuenta lo más mínimo su presencia y hablaban de ella delante de ella, a ella misma, en voz alta, como de algo bastante sucio, bastante abyecto y bastante bonito a un tiempo.

La gitana no era insensible a aquellos alfilerazos. De vez en cuando, un rubor de vergüenza o un destello de cólera inflamaba sus ojos o sus mejillas. Una réplica desdeñosa parecía vacilar en sus labios, y hacía con desprecio aquel mohín que el lector ya conoce. Pero callaba. Inmóvil, mantenía fija en Phoebus una mirada triste y dulce de resignación. Había también dicha y ternura en aquella mirada. Se habría dicho que se contenía por miedo a que la echaran.

Phoebus, por su parte, reía, y se ponía de parte de la gitana con una mezcla de impertinencia y compasión.

—¡Dejadlas hablar, pequeña! —repetía, haciendo sonar sus espuelas de oro—. No cabe duda de que vuestra vestimenta es un poco extravagante y rústica, pero ¿qué importancia tiene eso siendo como sois una joven encantadora?

—¡Dios mío! —exclamó la rubia Gaillefontaine, irguiendo su cuello de cisne con una sonrisa amarga—. Veo que los señores arqueros de la ordenanza del rey se prendan fácilmente de los bellos ojos egipcios.

—¿Y por qué no? —replicó Phoebus.

Ante esta respuesta, displicentemente lanzada por el capitán como una piedra perdida que ni siquiera mira uno caer, Colombe se echó a reír, y Diane, y Amelotte, y Flor de Lis, a quien al mismo tiempo le asomó una lágrima a los ojos.

La gitana, que había bajado la vista al oír el comentario de Colombe de Gaillefontaine, la alzó de nuevo radiante de alegría y de orgullo para volver a fijarla en Phoebus. Estaba bellísima en aquel momento.

La respetable dama, que observaba aquella escena, se sentía ofendida sin comprender qué pasaba.

—¡Virgen santa! —exclamó de pronto—. ¿Qué es esto que se mueve entre mis piernas? ¡Ay! ¡Detestable animal!

Era la cabra, que acababa de llegar buscando a su ama y que, al precipitarse hacia ella, se había enredado los cuernos en el montón de tela que formaba el vestido de la noble dama a sus pies cuando estaba sentada.

Aquello armó un gran revuelo. La gitana, sin decir una palabra, la liberó.

—¡Oh! ¡Es la cabritilla que tiene las pezuñas de oro! —exclamó Bérangère saltando de alegría.

La gitana se puso de rodillas y apoyó contra su mejilla la cabeza acariciadora de la cabra. Se habría dicho que le pedía perdón por haberla abandonado.

Mientras tanto, Diane le susurraba al oído a Colombe:

—¡Ay, Dios mío! ¿Cómo no lo había pensado antes? Es la gitana de la cabra. Dicen que es bruja y que su cabra hace imitaciones realmente milagrosas.

—Pues entonces —dijo Colombe—, la cabra tiene que divertirnos a nosotras también y hacernos un milagro.

Diane y Colombe se dirigieron vehementemente a la egipcia:

—Pequeña, dile a tu cabra que nos haga un milagro.

—No sé qué queréis decir —contestó la bailarina.

—Un milagro, un truco…, en fin, magia.

—No sé hacer esas cosas —dijo la gitana, y se puso a acariciar de nuevo al animalito repitiendo—: Djali, Djali…

En ese momento Flor de Lis se fijó en una bolsita de cuero bordada que la cabra llevaba colgada del cuello.

—¿Qué es eso? —le preguntó a la egipcia.

Esta levantó sus grandes ojos hacia ella y le respondió con gran seriedad:

—Es mi secreto.

«Me gustaría saber cuál es ese secreto», pensó Flor de Lis.

Entre tanto, la buena señora se había levantado un tanto irritada.

—Vamos a ver, gitana, si ni tú ni tu cabra vais a bailarnos nada, ¿qué hacéis aquí?

La gitana, sin responder, se dirigió lentamente hacia la puerta. Pero, cuanto más se acercaba a ella, más se ralentizaba su paso. Un irresistible imán parecía retenerla. De pronto volvió sus ojos húmedos de lágrimas hacia Phoebus y se detuvo.

—¡Vive Dios! —exclamó el capitán—. No es manera de irse. Volved y bailadnos algo. Por cierto, encanto, ¿cómo os llamáis?

—Esmeralda —respondió la bailarina sin apartar la mirada de él.

Al oír este extraño nombre, las jóvenes rompieron a reír a carcajadas.

—¡Terrible nombre para una señorita! —exclamó Diane.

—Ya lo veis —dijo Amelotte—, es una hechicera.

—Querida —declaró solemnemente doña Aloïse—, vuestros padres no pescaron ese nombre en la pila bautismal.

Desde hacía unos minutos, sin que nadie se fijara en ella, Bérangère había atraído a la cabra con un mazapán hasta un rincón de la sala. En un momento se habían hecho buenas amigas. La curiosa niña había desatado la bolsita que la cabra llevaba colgada del cuello, la había abierto y había vaciado sobre la estera su contenido. Era un alfabeto en el que cada letra estaba escrita en una pequeña tablilla de boj. En cuanto aquellos juguetes estuvieron extendidos sobre la estera, la niña vio con sorpresa que la cabra —uno de cuyos «milagros» debía de ser ese— separaba determinadas letras con su pata dorada y las disponía, empujándolas suavemente, en un orden particular. Al cabo de un instante, aquello compuso una palabra que la cabra parecía tener práctica en escribir, por lo poco que vaciló para formarla, y Bérangère exclamó de pronto, juntando las manos con admiración:

—¡Madrina Flor de Lis, mirad lo que la cabra acaba de hacer!

Flor de Lis se acercó y se estremeció. Las letras dispuestas en el suelo formaban esta palabra:

PHOEBUS

—¿Ha sido la cabra la que lo ha escrito? —preguntó con la voz alterada.

—Sí, madrina —respondió Bérangère.

Era imposible ponerlo en duda: la niña no sabía escribir.

«¡Ese es el secreto!», pensó Flor de Lis.

Pero el grito de la niña había atraído la atención de todos, de la madre, de las jóvenes, de la gitana y del oficial.

La gitana vio la tontería que acababa de hacer la cabra. Se puso roja, después pálida, y se echó a temblar como si fuera culpable de un delito ante el capitán, que la miraba con una sonrisa de satisfacción y de sorpresa.

—¡Phoebus! —murmuraban las jóvenes, estupefactas—. ¡Es el nombre del capitán!

—¡Tenéis una memoria excelente! —dijo Flor de Lis a la gitana, que se había quedado petrificada—. ¡Oh! —balbució, estallando en sollozos y tapándose la cara con sus bellas manos—. ¡Es una maga!

Pero oía una voz todavía más amarga decirle en el fondo del corazón: «¡Es una rival!».

La muchacha se desvaneció.

—¡Hija mía! ¡Hija mía! —gritó la madre, espantada—. ¡Vete, gitana del infierno!

Esmeralda recogió en un abrir y cerrar de ojos las malhadadas letras, hizo una seña a Djali y salió por una puerta mientras por otra se llevaban a Flor de Lis.

El capitán Phoebus, que se había quedado solo, dudó un momento entre las dos puertas y acabó decidiéndose por seguir a la gitana.

2

Un sacerdote y un filósofo son dos

El sacerdote que las jóvenes habían visto en lo alto de la torre septentrional asomado a la plaza y tan atento al baile de la gitana era, en efecto, el arcediano Claude Frollo.

Nuestros lectores no habrán olvidado la misteriosa celda que el arcediano se había reservado en esa torre. (No sé, dicho sea de paso, si no es la misma cuyo interior todavía hoy puede verse por una pequeña lucera cuadrada, abierta al levante a la altura de un hombre, en la plataforma desde la que se alzan las torres; un cuartucho, ahora desnudo, vacío y destartalado, cuyas paredes mal enlucidas están «decoradas» en estos momentos con unos horrendos grabados amarillentos que representan fachadas de catedrales. Supongo que murciélagos y arañas se disputan ese agujero para habitarlo y que, en consecuencia, se libra en él una doble guerra de exterminio contra las moscas.)

Todos los días, una hora antes de la puesta del sol, el arcediano subía la escalera de la torre y se encerraba en esa celda, donde pasaba a veces noches enteras. Aquel día, en el momento en que, una vez ante la puerta del cubículo, metía en la cerradura la pequeña y complicada llave que llevaba siempre en la escarcela colgada en su costado, un ruido de pandereta y castañuelas había llegado a sus oídos. El ruido procedía de la plaza del Atrio. La celda, ya lo hemos dicho, solo tenía una lucera que daba a la grupa de la iglesia. Claude Frollo había sacado precipitadamente la llave y unos instantes después estaba en la cúspide de la torre, en la actitud sombría y de recogimiento en que las jóvenes lo habían visto.

Se hallaba allí, serio, inmóvil, absorto en una contemplación y en un pensamiento. Todo París estaba a sus pies, con las mil flechas de sus edificios y su horizonte circular de suaves colinas, con su río que serpentea bajo los puentes y su pueblo que ondula por las calles, con la nube de humo de sus chimeneas, con la cadena montañosa de sus tejados que aprisiona a Notre-Dame entre sus eslabones reforzados. Pero de toda la ciudad el arcediano solo miraba un punto del empedrado: la plaza del Atrio; de toda la multitud, solo una figura: la gitana.

Habría resultado difícil decir de qué naturaleza era esa mirada y de dónde procedía la llama que despedía. Era una mirada fija, y sin embargo llena de desazón y de turbulencia. Y a juzgar por la profunda inmovilidad de todo su cuerpo, apenas agitado a intervalos por un escalofrío maquinal, como un árbol por el viento, a juzgar por la rigidez de sus codos, más marmóreos que la balaustrada en la que se apoyaban, viendo la sonrisa petrificada que contraía su rostro, se habría dicho que en Claude Frollo los ojos eran lo único que quedaba con vida.

La gitana bailaba. Hacía girar la pandereta con la punta del dedo y la lanzaba al aire bailando zarabandas provenzales; ágil, ligera, alegre y sin sentir el peso de la terrible mirada que caía a plomo sobre su cabeza.

La gente bullía a su alrededor; de vez en cuando, un hombre ataviado con una ridícula casaca amarilla y roja hacía formar un círculo, volvía a sentarse en una silla a unos pasos de la bailarina y apoyaba la cabeza de la cabra sobre sus rodillas. Ese hombre parecía ser el compañero de la gitana. Claude Frollo, desde el punto elevado donde estaba situado, no podía distinguir sus facciones.

Desde el momento en que el arcediano vio a aquel desconocido, su atención pareció repartirse entre la bailarina y él, y su semblante se tornó cada vez más sombrío. De pronto se irguió y un temblor recorrió todo su cuerpo:

—¿Quién será ese hombre? —dijo entre dientes—. ¡Siempre la había visto sola!

Entonces se adentró de nuevo bajo la bóveda tortuosa de la escalera en espiral y bajó. Al pasar ante la puerta del carillón, que estaba entreabierta, vio algo que le sorprendió, vio a Quasimodo asomado a una abertura de esos colgadizos de pizarra que parecen enormes celosías, mirando también la plaza. Se hallaba absorto en una contemplación tan profunda que no se percató del paso de su padre adoptivo. Su ojo salvaje tenía una expresión singular. Era una mirada cautivada y dulce.

—¡Esto sí que es raro! —murmuró Claude—. ¿Será a la egipcia a quien mira así?

El preocupado arcediano siguió bajando. Al cabo de unos minutos salió a la plaza por la puerta situada al pie de la torre.

—¿Qué ha sido de la gitana? —preguntó, mezclándose con el grupo de espectadores que la pandereta había congregado.

—No lo sé —respondió uno de ellos—, acaba de desaparecer. La han llamado desde esa casa de ahí enfrente y supongo que habrá ido allí a bailar un fandango.

En lugar de la egipcia, sobre aquella misma alfombra cuyos arabescos se borraban poco antes bajo el dibujo caprichoso de su danza, el arcediano solo vio al hombre de rojo y amarillo, quien, para ganarse también unas monedas, se paseaba alrededor del círculo con los codos apoyados en las caderas, la cabeza echada hacia atrás, la cara congestionada y el cuello estirado, sosteniendo una silla entre los dientes. Sobre esa silla, el hombre había atado a un gato que le había prestado una vecina y que gruñía aterrorizado.

—¡Por Notre-Dame! —exclamó el arcediano en el momento en que el saltimbanqui, sudando a mares, pasó por delante de él con su pirámide de silla y gato—. ¿Qué hace aquí maese Pierre Gringoire?

La voz severa del arcediano sobresaltó al pobre diablo de tal forma que perdió el equilibrio con todo su edificio, y silla y gato cayeron juntos sobre la cabeza de los asistentes, en medio de un griterío interminable.

Probablemente maese Pierre Gringoire (pues no era otro) habría tenido que saldar una enojosa cuenta con la vecina del gato, y con todas las caras contusas y arañadas que lo rodeaban, si no se hubiera apresurado a aprovechar el tumulto para refugiarse en la iglesia, adonde Claude Frollo le había indicado por señas que lo acompañara.

La catedral estaba ya oscura y desierta. Las naves laterales se hallaban sumidas en las tinieblas y las lámparas de las capillas empezaban a brillar, tal era la negrura que invadía las bóvedas. Tan

solo el gran rosetón de la fachada, cuyos mil colores estaban bañados por un rayo de sol horizontal, resplandecía en la penumbra como un puñado de diamantes y reflejaba en el otro extremo de la nave su espectro deslumbrador.

Cuando hubieron dado unos pasos, don Claude apoyó la espalda en un pilar y miró a Gringoire fijamente. Esa mirada no era la que Gringoire temía, avergonzado como estaba de haber sido sorprendido por una persona docta y circunspecta con aquel traje de farandulero. La mirada del sacerdote no tenía ni rastro de burla ni ironía; era seria, tranquila y penetrante. El arcediano fue quien rompió el silencio.

—Venid acá, maese Pierre. Tenéis que explicarme muchas cosas. Para empezar, ¿a qué se debe que no os haya visto desde hace casi dos meses y que os encuentre en la calle con tan elegante indumentaria, amarilla y roja como una manzana?

—Micer —dijo, compungido, Gringoire—, es en verdad un prodigioso atavío, y me hace sentir más avergonzado que un gato con una calabaza por sombrero. Está muy mal, me doy cuenta de ello, exponer a los señores soldados de la guardia a aporrear bajo esta casaca el húmero de un filósofo pitagórico. Pero ¿qué queréis, reverendo maestro? La culpa la tiene mi antiguo jubón, que me abandonó cobardemente a comienzos del invierno con el pretexto de que se caía a trozos y necesitaba ir a descansar al cesto del trapero. ¿Qué podía hacer? La civilización no ha avanzado aún hasta el punto de que podamos ir completamente desnudos, como quería el antiguo Diógenes. Añadid a esto que soplaba un viento muy frío, y no es precisamente el mes de enero el más indicado para intentar que la humanidad dé ese nuevo paso con éxito. El caso es que apareció esta casaca. La cogí y dejé en su lugar mi vieja ropilla negra, la cual, para un hermético como yo, estaba muy poco herméticamente cerrada. Héteme aquí, pues, vestido de histrión, como san Ginés. ¿Qué queréis? Es un eclipse. El propio Apolo cuidó cerdos en casa de Admeto.

—¡Buen oficio os habéis buscado! —replicó el arcediano.

—Reconozco, maestro, que es mejor filosofar y poetizar, soplar la llama en el fogón o recibirla del cielo que andar por las calles llevando gatos. Por eso cuando me habéis llamado me he quedado más parado que un asno delante de un asador. Pero ¿qué queréis, micer? Hay que vivir todos los días, y los más bellos versos alejandrinos no equivalen entre los dientes a un trozo de queso de Brie. Yo escribí para Margarita de Flandes aquel famoso epitalamio que conocéis y la ciudad no me lo paga con la excusa de que no era excelente, como si se pudiera dar por cuatro escudos una tragedia de Sófocles. Iba, pues, a morirme de hambre. Afortunadamente, me he encontrado un poco fuerte en lo tocante a mandíbula, así que le he dicho a la mandíbula: haz demostraciones de fuerza y de equilibrio y aliméntate tú misma, *ale te ipsam*. Un montón de mendigos que se han hecho buenos amigos míos me han enseñado veinte clases de trucos hercúleos, y ahora doy todas las noches a mis dientes el pan que se han ganado durante el día con el sudor de mi frente. Aun así, *concedo*, admito que es un triste empleo de mis facultades intelectuales y que el hombre no está hecho para pasarse la vida tocando la pandereta y mordiendo sillas. Pero, reverendo maestro, no basta con pasar la vida, hay que ganársela.

Don Claude escuchaba en silencio. De pronto en sus ojos hundidos apareció una expresión tan sagaz y penetrante que Gringoire se sintió, por así decirlo, escudriñado hasta el fondo del alma por

aquella mirada.

—Muy bien, maese Pierre, pero ¿por qué razón os encontráis ahora en compañía de esa bailarina de Egipto?

—¡Repámpanos! —dijo Gringoire—. Porque ella es mi mujer y yo soy su marido.

La mirada tenebrosa del sacerdote se encendió.

—¿Eso has hecho, miserable? —gritó, asiendo con furia a Gringoire por el brazo—. ¿Te ha abandonado Dios hasta el punto de poner las manos sobre esa joven?

—Os juro por mi parte de paraíso, monseñor —repuso Gringoire temblando de arriba abajo—, que jamás la he tocado, si es eso lo que os inquieta.

—¿Qué dices entonces de marido y mujer? —preguntó el sacerdote.

Gringoire se apresuró entonces a contarle lo más sucintamente posible todo lo que el lector ya sabe, su aventura en la Corte de los Milagros y su matrimonio del cántaro roto. Al parecer, ese matrimonio no había tenido aún un desenlace, pues la gitana seguía escamoteándole la noche de bodas igual que había hecho el primer día.

—Es una contrariedad —dijo al terminar la narración de los hechos—, pero eso obedece a que he tenido la desgracia de desposar a una virgen.

—¿Qué queréis decir? —preguntó el arcediano, que se había apaciguado gradualmente escuchando el relato.

—Es bastante difícil de explicar —respondió el poeta—. Se trata de una superstición. Mi mujer es, por lo que me ha dicho un viejo ratero al que entre nosotros llamamos el duque de Egipto, una niña abandonada, o perdida, que para el caso es lo mismo. Lleva en el cuello un amuleto que aseguran que le permitirá un día encontrar a sus padres, pero que perdería su virtud si la joven perdiera la suya. La consecuencia de eso es que los dos acabamos siendo muy virtuosos.

—Entonces —dijo don Claude, cuyo semblante se serenaba por momentos—, ¿vos creéis, maese Pierre, que esa joven no ha sido tocada por hombre alguno?

—¿Qué queréis que haga un hombre ante una superstición, don Claude? Ella tiene eso metido en la cabeza. Considero que semejante mojigatería de monja que resiste ferozmente entre esas muchachas bohemias tan fáciles de domar es con toda seguridad una rareza. Pero dispone de tres cosas para protegerse: el duque de Egipto, que la ha tomado bajo su custodia, esperando quizá venderla a algún abad; toda su tribu, que le profesa una veneración singular, como si fuera una Virgen; y un puñalito que la barbiana lleva siempre escondido en alguna parte, pese a las órdenes del preboste, y que aparece en sus manos en cuanto la coges por la cintura. ¡Es una avispa furiosa, vamos!

El arcediano acribilló a Gringoire a preguntas.

Esmeralda era, según el buen entender de Gringoire, una criatura inofensiva y encantadora, guapa salvo cuando hacía un mohín que le era muy propio; una muchacha ingenua y apasionada, ignorante de todo y apasionada por todo, desconocedora aún, incluso en sueños, de la diferencia entre una mujer y un hombre, loca sobre todo por la danza, por el ruido, por el aire libre; una especie de mujer abeja, que tenía alas invisibles en los pies y vivía en un torbellino. Debía esta naturaleza a la vida errante que siempre había llevado. Gringoire se había enterado de que siendo

muy pequeña había recorrido España y Cataluña, y llegado hasta Sicilia; creía incluso que había ido con la caravana de cíngaros de la que formaba parte al reino de Argel, país situado en Acadia, la cual limita por un lado con Albania y Grecia y por el otro con el mar de las Sicilias, que es el camino de Constantinopla. Los bohemios, decía Gringoire, eran vasallos del rey de Argel, en su calidad de jefe de la nación de los moros blancos. Lo que era seguro es que Esmeralda había venido a Francia desde Hungría siendo muy pequeña todavía. De todos esos países, la muchacha había traído jirones de jergas extrañas, canciones e ideas extranjeras que convertían su lenguaje en algo tan abigarrado como su vestimenta, medio parisina y medio africana. Por lo demás, la gente de los barrios que frecuentaba la quería por su alegría, por su amabilidad, por su viveza, por sus bailes y por sus canciones. Ella creía que en toda la ciudad solo la odiaban dos personas, de las que hablaba a menudo con temor: la Sachette de la Tour-Roland, una horrible reclusa que sentía no se sabe qué rencor hacia las egipcias y maldecía a la pobre bailarina cada vez que pasaba ante su lucera, y un sacerdote que jamás se cruzaba con ella sin dirigirle miradas y palabras que le daban miedo. Esta última circunstancia turbó sobremanera al arcediano, aunque Gringoire no prestó demasiada atención a ello; habían bastado dos meses para hacer olvidar al despreocupado poeta los detalles singulares de la noche en que había conocido a la egipcia y la presencia del arcediano en todo aquel incidente. Al fin y al cabo, la pequeña bailarina no tenía nada que temer; no decía la buenaventura, lo que la ponía a resguardo de esos procesos por magia tan frecuentemente incoados contra las gitanas. Además, Gringoire hacía el papel de hermano, ya que no de marido. Después de todo, el filósofo soportaba muy pacientemente aquella especie de matrimonio platónico. Al menos le proporcionaba cama y pan. Todas las mañanas salía de la truhanería, casi siempre con la egipcia, y la ayudaba a hacer su colecta de tarjas, blancas y otras monedas en las plazas; todas las noches regresaba con ella bajo el mismo techo, la dejaba encerrarse en su cuartito y se dormía profundamente. Una existencia muy dulce, bien mirado, decía, y muy propicia a la ensoñación. Además, en su alma y su conciencia, el filósofo no estaba muy seguro de estar perdidamente enamorado de la gitana. Quería a la cabra casi tanto como a ella. Era un animalito encantador, dulce, inteligente, espiritual, una cabra sabia. Nada más común en la Edad Media que esos animales sabios que despertaban el asombro general y que conducían con frecuencia a sus instructores a la hoguera. Sin embargo, las brujerías de la cabra de pezuñas doradas eran trucos muy inocentes. Gringoire se los explicó al arcediano, a quien esos detalles parecían interesar vivamente. Bastaba, en la mayoría de los casos, presentar la pandereta a la cabra de tal o cual manera para que ella hiciera la gracia deseada. La había adiestrado la gitana, que tenía para esas cosas una habilidad tan grande que no le habían hecho falta más de dos meses para enseñar a la cabra a escribir con letras sueltas la palabra «Phoebus».

—¡Phoebus! —dijo el cura—. ¿Por qué Phoebus?

—No lo sé —respondió Gringoire—. Quizá sea una palabra que ella cree dotada de alguna virtud mágica y secreta. La repite a menudo a media voz cuando cree que está sola.

—¿Estáis seguro —insistió Claude con su mirada penetrante— de que es una simple palabra y no un nombre?

—¿Un nombre de quién? —dijo el poeta.

—¡Yo qué sé! —dijo el sacerdote.

—Os diré lo que yo imagino, micer. Estos bohemios son un poco guebros[89] y adoran al sol. De ahí lo de Phoebus.

—No me parece a mí tan claro como a vos, maese Pierre.

—Al fin y al cabo, a mí no me importa. Que masculle Phoebus todo lo que quiera. Lo que es seguro es que Djali me quiere ya tanto como ella.

—¿Quién es esa Djali?

—La cabra.

El arcediano apoyó el mentón en una mano y pareció quedarse un momento pensativo. De pronto se volvió bruscamente hacia Gringoire.

—¿Y me juras que no la has tocado?

—¿A quién? —dijo Gringoire—. ¿A la cabra?

—No, a esa mujer.

—¿A mi mujer? Os juro que no.

—¿Y estás a menudo a solas con ella?

—Una hora larga todas las noches.

Don Claude frunció el entrecejo.

—¡Oh! *Solus cum sola non cogitabuntur orare Pater noster*.[90]

—A fe mía que podría rezar el *Pater*, y el *Ave Maria*, y el *Credo in Deum patrem omnipotentem*, sin que ella me prestara más atención que una gallina a una iglesia.

—Júrame por el vientre de tu madre —repitió el arcediano en un tono agresivo— que no has tocado a esa criatura ni con la punta del dedo.

—Lo juraría también por la cabeza de mi padre, pues las dos cosas guardan más de una relación. Pero, reverendo maestro, permitidme a mí también una pregunta.

—Hablad, señor.

—¿Qué os importa a vos todo eso?

El pálido semblante del arcediano se tornó rojo como las mejillas de una jovencita. El sacerdote permaneció un momento sin responder.

—Escuchad, maese Pierre Gringoire —dijo por fin, con una incomodidad manifiesta—, que yo sepa, todavía no estáis condenado. Me intereso por vos y deseo vuestro bien. Y el menor contacto con esa egipcia del demonio os haría vasallo de Satanás. Vos sabéis que el cuerpo es siempre lo que pierde al alma. ¡Pobre de vos si os acercáis a esa mujer! Eso es todo.

—Lo intenté una vez —dijo Gringoire, rascándose una oreja—. Fue el primer día, pero me pinché.

—¿Tuvisteis semejante desvergüenza, maese Pierre?

El rostro del sacerdote se ensombreció de nuevo.

—En otra ocasión —continuó el poeta, sonriendo—, miré por el ojo de la cerradura antes de acostarme y vi en camisón a la dama más deliciosa que jamás haya hecho crujir la lona de una cama bajo sus pies desnudos.

—¡Vete al diablo! —gritó el cura con una mirada terrible, y, empujando por los hombros al

asombrado Gringoire, se adentró dando grandes zancadas bajo las más oscuras arcadas de la catedral.

3

Las campanas

Desde la mañana de la picota, los vecinos de Notre-Dame habían creído observar que el entusiasmo campaneador de Quasimodo se había enfriado sobremanera. Antes se oían campanadas a cada momento, largos toques que duraban desde primas hasta completas, volteos para llamar a misa mayor, ricas gamas recorriendo las campanillas para una boda o un bautizo, y entremezclándose en el aire como un bordado de toda clase de sonidos encantadores. La vieja iglesia, vibrante y sonora, se hallaba en una perpetua alegría de campanas. Se percibía continuamente la presencia de un espíritu ruidoso y caprichoso que cantaba por todas aquellas bocas de cobre. Ahora ese espíritu parecía haber desaparecido. La catedral estaba taciturna y prefería guardar silencio. Las fiestas y los entierros tenían su toque escueto, seco y desnudo, lo que el ritual exigía, ni más ni menos. De la doble música de una iglesia, la del órgano dentro y la de la campana fuera, solo quedaba la del órgano. Se habría dicho que ya no había músico en el campanario. Sin embargo, Quasimodo seguía allí. ¿Qué le había sucedido? ¿Acaso la vergüenza y la desesperación de la picota permanecían aún en el fondo de su corazón? ¿Acaso los latigazos del torturador rebotaban interminablemente en su alma y la tristeza de semejante trato lo había extinguido todo en él, incluso su pasión por las campanas? ¿O bien es que Marie tenía una rival en el corazón del campanero de Notre-Dame, y que la campana mayor y sus catorce hermanas eran descuidadas por algo más amable y más bello?

Sucedió que en aquel gracioso año 1482 cayó la Anunciación en un martes 25 de marzo. Ese día el aire era tan puro y ligero que Quasimodo sintió renacer cierto amor por sus campanas. Subió, pues, a la torre septentrional mientras abajo el sacristán abría de par en par las puertas de la iglesia, que eran a la sazón unos enormes paneles de madera maciza forrados de cuero, ribeteados de clavos de hierro dorado y rodeados de esculturas «muy artificialmente elaboradas».

Una vez en el alto hueco del campanario, Quasimodo miró un rato, moviendo tristemente la cabeza, las seis campanas, como si gimiera por algo extraño que se había interpuesto en su corazón entre ellas y él. Pero cuando las hubo puesto en movimiento, cuando sintió moverse aquel racimo de campanas bajo su mano, cuando vio subir y bajar la octava palpitante, pues no la oía, por aquella escala sonora como un pájaro que salta de rama en rama, cuando el diablo de la música, ese demonio que sacude un manojo chispeante de *strette*, de trinos y de arpegios, se hubo apoderado del pobre sordo, entonces se sintió nuevamente feliz, lo olvidó todo y su corazón, que se ensanchaba, hizo resplandecer su rostro.

Iba y venía, daba palmadas, corría de una cuerda a otra, animaba a los seis cantores con la voz y con el gesto, como un director de orquesta que espolea a unos virtuosos inteligentes.

—¡Vamos! —decía—. ¡Vamos, Gabrielle! Derrama todo tu ruido sobre la plaza. Hoy es

fiesta… Thibauld, no seas perezoso. Vas muy despacio. ¡Vamos, vamos! ¿Es que te has oxidado, holgazán…? ¡Muy bien! ¡Rápido, rápido! ¡Que no se vea el badajo! Déjalos a todos sordos como a mí. ¡Eso es, Thibauld, con brío…! ¡Guillaume! ¡Guillaume! Tú eres el más grande y Pasquier el más pequeño, ¡y Pasquier lo hace mejor! ¿Qué nos apostamos a que los que oyen lo oyen mejor que a ti…? ¡Bien, muy bien, Gabrielle! ¡Fuerte, más fuerte…! ¡Eh!, ¿qué hacéis ahí arriba vosotros dos, Gorriones? No os veo hacer el menor ruido… ¿Qué pasa con esos picos de cobre, que parecen bostezar cuando hay que cantar? ¡Hala, a trabajar! Es la Anunciación. Hace un sol espléndido. El sonido tiene que ser espléndido… ¡Pobre Guillaume, estás quedándote sin aliento, amigo!

Estaba volcado en aguijonear a sus campanas, que saltaban las seis a cuál más y mejor y sacudían sus grupas relucientes como un ruidoso tiro de mulas españolas incitado de continuo por las exclamaciones del zagal.

De repente, dejando caer la mirada entre las anchas escamas pizarrosas que recubren a cierta altura la pared vertical del campanario, vio en la plaza a una muchacha extrañamente ataviada, que se detenía y extendía en el suelo una alfombra sobre la que se colocaba una cabrita, y a un grupo de espectadores que formaba un corro alrededor. Esa visión cambió súbitamente el curso de sus ideas y petrificó su entusiasmo musical como un soplo de aire petrifica una resina en fusión. Se detuvo, volvió la espalda al carillón y se agachó detrás del colgadizo de pizarra, clavando en la bailarina esa mirada soñadora, tierna y dulce que ya había sorprendido en una ocasión el arcediano. Mientras tanto, las campanas, olvidadas, callaron bruscamente todas a la vez, para gran decepción de los amantes de su música, que la escuchaban de buena fe desde el Pont-au-Change y se fueron chasqueados como un perro al que le han enseñado un hueso y le dan una piedra.

4

'ANÍTK H

Una hermosa mañana de aquel mismo mes de marzo, creo que era el sábado 29, día de San Eustaquio, nuestro joven amigo el estudiante Jehan Frollo del Molino se percató al vestirse de que los greguescos, que contenían su bolsa, no hacían ningún sonido metálico.

—¡Pobre bolsa! —dijo, sacándola de la faltriquera—. ¡Ni la más pequeña moneda! ¡Qué cruelmente te han destripado los dados, las jarras de cerveza y Venus! ¡Qué vacía, arrugada y flácida estás! ¡Pareces la garganta de una furia! Yo os pregunto, señor Cicerón y señor Séneca, cuyos ejemplares totalmente apergaminados veo esparcidos por el suelo, de qué me sirve saber, mejor que un acuñador de monedas o que un judío del Pont-aux-Changeurs, que un escudo de oro con la corona vale treinta y cinco oncenos[91] de veinticinco sueldos y ocho dineros parisienses cada uno, y que un escudo con la media luna vale treinta y seis oncenos de veintiséis sueldos y seis dineros torneses por pieza, ¡si no tengo un miserable liarte negro para apostarlo al seis doble! ¡Oh, cónsul Cicerón, no es esta una calamidad de la que se pueda salir airoso con perífrasis, *quemadmodum* y *verum enim vero*![92]

Continuó vistiéndose muy atribulado. Una idea había acudido a su mente mientras se ataba los botines, pero al principio la rechazó; sin embargo, acudió de nuevo, y se puso el chaleco al revés, signo evidente de un violento combate interior. Al final, arrojó bruscamente el gorro al suelo y exclamó:

—¡Qué se le va a hacer! ¡Lo que tenga que ser será! Voy a ir a casa de mi hermano. Me ganaré un sermón, pero también me ganaré un escudo.

Se puso precipitadamente su casaca de abultadas hombreras, recogió el gorro y salió a la desesperada.

Bajó por la calle Harpe hacia la Cité. Al pasar por delante de la calle Huchette, el olor de aquellos admirables espetones girando sin cesar fue a cosquillearle el aparato olfativo y dirigió una mirada amorosa al ciclópeo asador que arrancó un día al franciscano Calatagirone esta patética exclamación: *Veramente, queste rotisserie sono cosa stupenda*! Pero Jehan no tenía con qué pagar y se adentró exhalando un profundo suspiro bajo el pórtico del Petit-Châtelet, enorme trébol doble de torres macizas que guardaba la entrada de la Cité.

Ni siquiera se entretuvo tirando una piedra al pasar, como era costumbre, a la miserable estatua de Périnet Leclerc, que había entregado el París de Carlos VI a los ingleses, crimen que su efigie, apedreada y embarrada la cara, ha expiado durante tres siglos en el cruce de las calles Harpe y Buci, como si de una picota eterna se tratase.

Una vez cruzado el Petit-Pont y pasada la calle Neuve-Sainte-Geneviève, Jehan de Molendino se encontró delante de la catedral de Notre-Dame. Entonces la indecisión lo asaltó de nuevo y se

paseó unos instantes alrededor de la estatua del señor Gris, repitiéndose angustiado:

—¡El sermón es seguro, pero el escudo es dudoso!

Detuvo a un sacristán que salía del claustro para preguntarle:

—¿Dónde está el arcediano de Josas?

—Creo que está en su escondrijo de la torre —respondió el sacristán—, y no os aconsejo que lo molestéis, a menos que vengáis de parte de alguien como el papa o el rey.

Jehan dio una palmada.

—¡Diablos! ¡Hete aquí una magnífica ocasión de ver el famoso cuarto de las brujerías!

Animado por esta idea, cruzó resueltamente la pequeña puerta negra y comenzó a subir la escalera de caracol de Saint-Gilles que conduce a los pisos superiores de la torre.

—¡Voy a ver! —se decía por el camino—. ¡Por todos los santos! ¡Tiene que ser algo curioso esa celda que mi reverendo hermano oculta igual que sus partes pudendas! Dicen que enciende cocinas infernales y cuece a fuego vivo la piedra filosofal. ¡Rediós! ¡Me importa a mí una higa la piedra filosofal! ¡Preferiría encontrar en su hornillo una tortilla de huevos de Pascua con tocino que la mayor piedra filosofal del mundo!

Cuando llegó a la galería de las columnillas, se tomó un respiro y juró contra la interminable escalera por no sé cuántos millones de carretadas de diablos antes de reanudar su ascenso por la estrecha puerta de la torre septentrional, hoy cerrada al público. Momentos después de haber dejado atrás el habitáculo de las campanas, encontró un pequeño rellano practicado en un entrante lateral y, bajo la bóveda, una pequeña puerta ojival cuya enorme cerradura y cuyo poderoso armazón de hierro pudo observar por una tronera practicada enfrente, en la pared circular de la escalera. Quienes tengan hoy curiosidad por ver esa puerta la reconocerán por esta inscripción, grabada en letras blancas sobre la pared negra: ADORO A CORALIE, 1829. Firmado UGÈNE. «Firmado» figura en el texto.

—¡Uf! —dijo el estudiante—. Debe de ser aquí.

La llave estaba en la cerradura. La puerta, justo delante de él. La empujó despacio y asomó la cabeza por la abertura.

El lector sin duda conoce un poco la obra admirable de Rembrandt, ese Shakespeare de la pintura. Entre innumerables grabados maravillosos, hay en particular un aguafuerte que representa, supuestamente, al doctor Fausto y que es imposible contemplar sin sentirse deslumbrado. Es una celda oscura. El centro lo ocupa una mesa cargada de objetos repulsivos, calaveras, esferas, alambiques, compases, pergaminos jeroglíficos… El doctor está delante de la mesa, con una gran hopalanda y un gorro de piel calado hasta las cejas. Solo se le ve medio cuerpo. Está medio levantado del inmenso sillón, apoyando las manos crispadas en la mesa, y mira con curiosidad y terror un gran círculo luminoso, formado por letras mágicas, que brilla en la pared del fondo como el espectro solar en la cámara oscura. Ese sol cabalístico parece temblar y su resplandor misterioso llena la lóbrega celda. Es horrible y al mismo tiempo es bello.

Algo bastante parecido a la celda de Fausto se ofreció a la vista de Jehan cuando asomó la cabeza por la puerta entreabierta. Era igualmente un reducto sombrío y apenas iluminado. Había también un gran sillón y una gran mesa, compases, alambiques, esqueletos de animales colgados

del techo, una esfera rodando por el suelo, hipocéfalos mezclados con tarros donde temblaban láminas de oro, calaveras sobre vitelas repletas de figuras y caracteres, gruesos manuscritos apilados, abiertos sin piedad por las quebradizas esquinas del pergamino, en fin, todas las porquerías de la ciencia, y por doquier, sobre ese batiburrillo, polvo y telarañas; pero no había ningún círculo de letras luminosas, ningún doctor en éxtasis contemplando la resplandeciente visión como el águila mira su sol.

La celda, sin embargo, no estaba desierta. Un hombre estaba sentado en el sillón e inclinado sobre la mesa. Jehan, al que este le daba la espalda, solo podía ver sus hombros y la parte posterior de su cabeza; pero no tuvo dificultades para reconocer aquella cabeza calva a la que la naturaleza había dado una tonsura eterna, como si hubiera querido marcar con un símbolo externo la irresistible vocación clerical del arcediano.

Jehan reconoció, pues, a su hermano. Pero la puerta se había abierto con tal lentitud que nada había advertido a don Claude de su presencia. El curioso estudiante aprovechó esta circunstancia para examinar a placer la celda durante unos instantes. Un ancho hornillo, en el que no se había fijado al principio, se encontraba a la izquierda del sillón, debajo de la lucera. El rayo de luz que penetraba por esa abertura atravesaba una telaraña redonda, la cual inscribía con gusto su delicado rosetón en la ojiva de la lucera y en cuyo centro el insecto arquitecto permanecía inmóvil como el cubo de aquella rueda de encaje. Sobre el hornillo se acumulaban desordenadamente toda clase de recipientes, vasijas de gres, retortas de cristal, matraces de carbón… Jehan observó suspirando que no había ninguna sartén. «¡Una triste batería de cocina!», pensó.

Además, tampoco había fuego, incluso parecía que no lo habían encendido desde hacía mucho. Una máscara de cristal, que Jehan descubrió entre los utensilios de alquimia y que sin duda servía para proteger el rostro del arcediano cuando elaboraba alguna sustancia peligrosa, estaba en un rincón, cubierta de polvo y como olvidada. Al lado había un fuelle no menos polvoriento, cuya tapa llevaba esta leyenda incrustada en letras de cobre: SPIRA, SPERA.[93]

En las paredes había escritas muchas más leyendas, según era costumbre entre los herméticos; unas trazadas con tinta, otras grabadas con un punzón de metal. Por lo demás, letras góticas, letras hebreas, letras griegas y letras romanas aparecían mezcladas, las inscripciones proliferaban sin orden ni concierto, unas encima de otras, las más recientes tapando las más antiguas, todas enmarañadas como las ramas de un matorral, como picas en una batalla. Era, en efecto, una mezcla bastante confusa de todas las filosofías, de todas las fantasías, de todos los conocimientos humanos. Algunas destacaban sobre las demás como una bandera entre puntas de lanza. En la mayoría de los casos era una breve divisa latina o griega, de esas que tan bien formulaban en la Edad Media: *Unde? inde*?, *Homo homini monstrum*, *Astra*, *castra*, *nomen*, *numen*, Με′γα βιβλι′ου, με′γα κακο′ν, *Sapere aude*, *Flat ubi vult*, etcétera.[94] Algunas veces, una palabra desprovista de todo sentido aparente: Αναγκο□αγία, lo que quizá ocultaba una alusión amarga al régimen del claustro; otras, una sencilla máxima de disciplina clerical formulada en un hexámetro reglamentario: *Coelestem dominum, terrestrem dicito domnum*.[95] Había también *passim* de los grimorios hebreos, de los que Jehan, muy poco fuerte en griego, no entendía nada, y todo ello

estaba salpicado por todas partes de estrellas, figuras humanas o de animales y triángulos que se intersecaban, lo que no contribuía poco a que la pared garrapateada de la celda pareciese una hoja de papel sobre la que un mono hubiera paseado una pluma cargada de tinta.

El conjunto del cuarto, por lo demás, presentaba un aspecto general de abandono y de deterioro; y el mal estado de los utensilios permitía suponer que su dueño había sido apartado hacía ya bastante tiempo de sus trabajos por otras preocupaciones.

Dicho dueño, sin embargo, inclinado sobre un vasto manuscrito adornado con pinturas extrañas, parecía atormentado por una idea que invadía sin cesar sus meditaciones. Eso es al menos lo que Jehan dedujo al oírlo decir, con las intermitencias pensativas de un soñador que piensa en voz alta:

—Sí, Manu lo dice, y Zoroastro lo enseñaba, el sol nace del fuego, la luna del sol. El fuego es el alma del gran todo. Sus átomos elementales rebosan y fluyen incesantemente por el mundo en corrientes infinitas. En los puntos en que esas corrientes se entrecruzan en el cielo, producen la luz; en sus puntos de intersección en la tierra, producen el oro…. La luz, el oro, una misma cosa. Fuego en estado concreto… La diferencia de lo visible a lo palpable, del fluido al sólido para la misma sustancia, del vapor de agua al hielo. Nada más… Eso no son sueños…, es la ley general de la naturaleza… Pero ¿cómo hacer para extraer de la ciencia el secreto de esta ley general? ¡Esta luz que inunda mi mano es oro! ¡Vaya que sí! Esos mismos átomos dilatados según determinada ley, ¡no hay más que condensarlos según otra ley determinada…! ¿Cómo hacerlo…? Unos idearon sepultar un rayo de sol. Averroes…, sí, fue Averroes…, Averroes enterró uno bajo el primer pilar de la izquierda del santuario del Corán, en la gran mezquita de Córdoba; pero no se podrá abrir la fosa para ver si la operación ha sido un éxito hasta dentro de ocho mil años.

—¡Demonios! —dijo Jehan para sí—. ¡Sí que se hace esperar un escudo!

—… Otros pensaron —continuó el arcediano, abstraído— que era mejor operar con un rayo de Sirio. Pero es harto difícil obtener ese rayo puro, a causa de la presencia simultánea de las otras estrellas que se mezclan con él. Flamel considera que es más sencillo operar con el fuego terrestre. ¡Flamel! ¡El nombre de un predestinado, *Flamma*…! Sí, el fuego. Eso es todo… El diamante está en el carbón, el oro está en el fuego… Pero ¿cómo extraerlo…? Magistri afirma que hay ciertos nombres de mujer con un encanto tan dulce y misterioso que basta pronunciarlos durante la operación… Leamos lo que dice Manu sobre la cuestión: «Allí donde se honra a las mujeres, los dioses se regocijan; allí donde se las desprecia, es inútil rogar a Dios… La boca de una mujer es constantemente pura; es agua corriente, es un rayo de sol… El nombre de una mujer debe ser agradable, dulce, imaginativo; debe acabar en vocales largas y ser semejante a palabras de bendición»… Sí, el sabio tiene razón. En efecto, María, Sofía, Esmeral… ¡Maldición! ¡Otra vez ese pensamiento!

Y cerró el libro con violencia.

Se pasó la mano por la frente, como para apartar la idea que lo obsesionaba. Después cogió de la mesa un clavo y un martillito en cuyo mango, curiosamente, había pintadas letras cabalísticas.

—Desde hace algún tiempo —dijo con una sonrisa amarga—, fracaso en todos mis experimentos. La idea fija me posee y me marca el cerebro como un trébol de fuego. Ni siquiera

he logrado descubrir el secreto de Casiodoro, cuya lámpara ardía sin mecha y sin aceite. ¡Y debe de ser sencillo!

—¡Maldición! —dijo Jehan entre dientes.

—¡… Basta, pues, con un solo miserable pensamiento para debilitar y enloquecer a un hombre! —continuó el sacerdote—. ¡Oh, cómo se reiría de mí Claude Pernelle, ella que no logró distraer ni un momento a Nicolas Flamel de la persecución de la gran obra! ¡Es increíble! ¡Tengo en mis manos el martillo mágico de Zechielé! A cada golpe que desde el fondo de su celda daba el temible rabino sobre este clavo con este martillo, aquel de sus enemigos al que había condenado, aunque estuviera a dos mil leguas, se hundía un codo en la tierra, que lo devoraba. El propio rey de Francia, por haber llamado desconsideradamente una noche a la puerta del taumaturgo, se hundió hasta las rodillas en el suelo de París… ¡Esto sucedió hace menos de tres siglos…! Pues bien, yo tengo el martillo y el clavo, y no son herramientas más formidables en mis manos que un mazo de tonelero en las manos de un cuchillero… Sin embargo, no se trata más que de encontrar la palabra mágica que pronunciaba Zechielé al golpear el clavo.

«¡Una fruslería!», pensó Jehan.

—Veamos, intentémoslo —prosiguió vivamente el arcediano—. Si lo consigo, veré surgir la chispa azul de la cabeza del clavo… ¡Emen-hetan! ¡Emen-hetan…! No es eso… ¡Sigeani! ¡Sigeani…! ¡Que este clavo abra la tumba a quienquiera que lleve el nombre de Phoebus…! ¡Maldición! ¡Otra vez, siempre, eternamente la misma idea!

Y arrojó el martillo con rabia. Después se hundió en el sillón y se inclinó sobre la mesa de tal modo que Jehan lo perdió de vista detrás del enorme respaldo. Durante unos minutos solo vio su mano convulsiva crispada sobre un libro. De repente, don Claude se levantó, cogió un compás y grabó en silencio en la pared, en letras mayúsculas, esta palabra griega:

'ANÁΓKH

«Mi hermano está loco —se dijo Jehan—. Habría sido mucho más sencillo escribir *Fatum*. No todo el mundo tiene la obligación de saber griego.»

El arcediano se sentó de nuevo en su sillón y apoyó la cabeza en las manos, como hace un enfermo al que le arde la frente.

El estudiante observaba sorprendido a su hermano. No sabía él, que ponía su corazón al descubierto, que no observaba ninguna ley en el mundo salvo la buena ley natural, que dejaba fluir libremente sus pasiones y cuyo lago de las grandes emociones estaba siempre seco a fuerza de practicar todas las mañanas nuevos desaguaderos, no sabía él con qué furia ese mar de las pasiones humanas fermenta y hierve cuando se le niega toda salida, cómo se acumula, cómo crece, cómo se desborda, cómo desgarra el corazón, cómo estalla en sollozos interiores y en sordas convulsiones hasta que rompe los diques y se sale del lecho. La envoltura austera y glacial de Claude Frollo, esa fría superficie de virtud escarpada e inaccesible, había engañado siempre a Jehan. El alegre estudiante nunca se había parado a pensar en la lava hirviente, furiosa y profunda que hay bajo la frente nevada del Etna.

No sabemos si tomó súbitamente conciencia de estas ideas, pero, pese a lo alocado que era, comprendió que había visto algo que no habría tenido que ver, que acababa de sorprender el alma

de su hermano mayor en uno de sus aspectos más secretos y que era preciso que Claude no se enterase. Al ver que el arcediano había caído de nuevo en su inmovilidad inicial, retiró la cabeza muy despacio e hizo ruido de pasos detrás de la puerta, como alguien que llega y que advierte de su llegada.

—¡Entrad! —dijo el arcediano desde el interior de la celda—. Os esperaba. He dejado expresamente la llave en la puerta. Entrad, maese Jacques.

El estudiante entró muy decidido. El arcediano, a quien tal visita incomodaba sobremanera en tal lugar, se revolvió en el sillón.

—¿Cómo? ¿Sois vos, Jehan?

—Una J al fin y al cabo —dijo el estudiante con su cara colorada, desvergonzada y alegre.

El rostro de don Claude había recuperado su expresión severa.

—¿Qué venís a hacer aquí?

—Hermano —respondió el estudiante esforzándose en adoptar una actitud decente, piadosa y modesta, y dándole vueltas al gorro entre sus manos con un aire inocente—, venía a pediros…

—¿Qué?

—Un poco de moral, de la que ando muy necesitado.

Jehan no se atrevió a añadir en voz alta: «Y un poco de dinero, del que ando mucho más necesitado todavía». Esta última parte de la frase quedó inédita.

—¡Señor! —respondió el arcediano con frialdad—. Estoy muy descontento de vos.

—¡Ay! —suspiró el estudiante.

Don Claude hizo describir un cuarto de círculo a su sillón y miró a Jehan fijamente.

—Me alegro mucho de veros.

Era un exordio temible. Jehan se preparó para recibir un duro golpe.

—Jehan, todos los días me traen quejas de vos. ¿Qué es eso de una pelea en la que habéis contusionado a bastonazos a un pequeño vizconde llamado Albert de Ramonchamp?

—¡Oh! ¡Vaya cosa! —respondió Jehan—. ¡Un paje malintencionado que se divertía haciendo correr a su caballo por el arroyo para salpicar a los estudiantes!

—¿Quién es —preguntó el arcediano— un tal Mahiet Fargel, cuya túnica habéis rasgado? *Tunicam dechiraverunt*, dice la denuncia.

—¡Bah! ¡Una horrenda capa de Montaigu!

—La denuncia dice *tunicam*, no *cappettam*. ¿Sabéis latín?

Jehan no respondió.

—¡Sí! —prosiguió el sacerdote meneando la cabeza—. Así van los estudios y las letras ahora. La lengua latina apenas la entiende nadie, la siria es desconocida, el griego resulta tan odioso que no se considera ignorancia que los más doctos se salten una palabra griega sin leerla y que se diga: *Graecum est, non legitur*.[96]

El estudiante levantó resueltamente los ojos.

—Mi señor hermano, ¿queréis que os explique en buen francés esa palabra griega que está escrita ahí, en la pared?

—¿Qué palabra?

—'ΑΝΆΓΚΗ.

Un ligero rubor se extendió por los amarillentos pómulos del arcediano, como la bocanada de humo que anuncia en el exterior las secretas conmociones de un volcán. El estudiante apenas lo notó.

—A ver, Jehan —balbució haciendo un esfuerzo el hermano mayor—, ¿qué quiere decir esa palabra?

—FATALIDAD.

Don Claude se quedó pálido y el estudiante prosiguió con despreocupación.

—Y esa palabra que está debajo, grabada por la misma mano, Αναγυεία, significa «impureza». Como veis, sé griego.

El arcediano guardaba silencio. Esa lección de griego lo había puesto pensativo otra vez.

El pequeño Jehan, que dominaba todas las triquiñuelas de un niño mimado, consideró que el momento era favorable para aventurarse a hacer su petición. Con una voz extremadamente dulce, comenzó, pues, a hablar.

—Mi buen hermano, ¿acaso me odiáis hasta el punto de ponerme mala cara por unas cuantas bofetadas y puñaladas repartidas en buena lid a no sé qué muchachos y arrapiezos, *quibusdam marmosetis*?[97] ¿Veis, mi buen hermano Claude, como sé latín?

Pero aquella acariciadora hipocresía no produjo en el severo hermano mayor el efecto acostumbrado. Cerbero no mordió el pastel de miel. De la frente del arcediano no desapareció ni una arruga.

—¿Adónde queréis ir a parar? —dijo en un tono seco.

—¡Bien, vayamos al grano! —contestó audazmente Jehan—. Necesito dinero.

Ante aquella descarada declaración, la fisonomía del arcediano adoptó totalmente la expresión pedagógica y paternal.

—Ya sabéis, Jehan, que nuestro feudo de Tirechappe solo reporta, contando el censo y las rentas de las veintiuna casas, treinta y nueve libras, once sueldos y seis dineros parisienses. Es la mitad más que en tiempos de los hermanos Paclet, pero no es mucho.

—Necesito dinero —dijo estoicamente Jehan.

—Sabéis que el provisor decidió que nuestras veintiuna casas dependían en pleno feudo del obispado y que solo podríamos rescatar ese derecho pagando al reverendo obispo dos marcos de plata dorada por valor de seis libras parisienses. Y esos dos marcos aún no he podido reunirlos, ya lo sabéis.

—Lo que yo sé es que necesito dinero —repitió Jehan por tercera vez.

—¿Y qué queréis hacer?

Esta pregunta hizo brillar un destello de esperanza en los ojos de Jehan, que volvió a adoptar su actitud mimosa y zalamera.

—Mirad, querido hermano Claude, yo no me dirigiría a vos con mala intención. No se trata de presumir en las tabernas con vuestros oncenos y de pasearme por las calles de París con caparazón de brocado de oro, acompañado de mi lacayo, *cum meo laquasio*. No, hermano, es para una obra de caridad.

—¿Qué obra de caridad? —preguntó Claude, un poco sorprendido.

—Dos amigos míos desearían comprar una canastilla para el niño de una pobre viuda *haudriette*. Es una obra de caridad. Costará tres florines, y yo quisiera poner el mío.

—¿Cómo se llaman vuestros dos amigos?

—Pierre l'Assommeur y Baptiste Croque-Oison.

—¡Hum! —dijo el arcediano—. Esos nombres armonizan tanto con una obra de caridad como una bombarda en un altar mayor.

Es indudable que Jehan había elegido muy mal los nombres de sus amigos, pero se dio cuenta demasiado tarde.

—Y además —prosiguió el sagaz Claude—, ¿qué canastilla es esa que vale tres florines? ¿Y para el hijo de una *haudriette*? ¿Desde cuándo las viudas *haudriettes* envuelven a sus mocosos en mantillas?

Jehan intentó otra vez romper el hielo.

—¡Está bien, sí! ¡Necesito dinero para ir a ver esta noche a Isabeau la Thierrye al Val-d'Amour!

—¡Miserable impuro! —exclamó el sacerdote.

—'Αναγνεια —dijo Jehan.

Esta cita, tomada por el estudiante, quizá con malicia, de la pared de la celda, produjo un efecto singular en el sacerdote. Este se mordió los labios, y el sonrojo apagó su cólera.

—Marchaos —le dijo a Jehan—. Estoy esperando a alguien.

El estudiante hizo otro intento.

—Hermano Claude, dadme al menos un sueldo parisiense para comer.

—¿Cómo lleváis las decretales de Graciano? —preguntó don Claude.

—He perdido los cuadernos.

—¿Cómo lleváis las humanidades latinas?

—Me han robado mi ejemplar de Horacio.

—¿Cómo lleváis a Aristóteles?

—¡Repámpanos! Hermano, ¿cuál es ese padre de la Iglesia que dijo que los errores de los herejes se han refugiado siempre entre las zarzas de la metafísica de Aristóteles? ¡Condenado Aristóteles! No quiero desgarrar mi religión con su metafísica.

—Jovencito —repuso el arcediano—, la última vez que vino el rey había en su séquito un hidalgo llamado Philippe de Comines, que llevaba bordada en la gualdrapa del caballo su divisa, sobre la cual os aconsejo que meditéis: *Qui non laborat non manducet*.[98]

El estudiante permaneció un momento en silencio, tocándose una oreja y mirando el suelo con expresión de enojo. De pronto se volvió hacia Claude con la viva presteza de una aguzanieves.

—Así que, mi buen hermano, ¿me negáis un sueldo parisiense para comprar un mendrugo en una tahona?

—*Qui non laborat non manducet*.

Ante esta respuesta del inflexible arcediano, Jehan se tapó la cara con las manos, como una mujer que se echa a llorar, y exclamó con una expresión de desesperación:

—¡Otototototototoî!

—¿Qué significa eso, señor mío? —preguntó Claude, sorprendido por esa extravagancia.

—¡Cómo! —dijo el estudiante, levantando descaradamente hacia Claude unos ojos que acababa de restregarse con las manos para que estuvieran enrojecidos como si hubiese llorado—. ¡Es griego! Es un anapesto de Esquilo que expresa perfectamente el dolor.

Y se echó a reír de una forma tan graciosa y violenta que hizo sonreír al arcediano. ¡La culpa era de Claude, en efecto! ¿Por qué había mimado tanto a ese chiquillo?

—Mi buen hermano Claude —prosiguió Jehan, envalentonado por aquella sonrisa—, mirad qué agujereados tengo los borceguíes. ¿Hay coturno más trágico en el mundo que unos botines cuya suela saca la lengua?

El arcediano había recobrado rápidamente su seriedad inicial.

—Os enviaré unos botines nuevos. Pero nada de dinero.

—Solo un miserable sueldo parisiense, hermano —insistió el suplicante Jehan—. Me aprenderé a Graciano de memoria, creeré en Dios, seré un verdadero Pitágoras de ciencia y de virtud, ¡pero dadme un sueldo parisiense, por favor! ¿Queréis que el hambre me muerda con su boca, que veo ahí, abierta, ante mí, más negra, más apestosa, más profunda que un Tártaro o que la nariz de un monje?

Don Claude negó con la cabeza.

—*Qui non laborat*…

Jehan no lo dejó terminar.

—¡Muy bien, pues al infierno! —exclamó—. ¡Viva la alegría! ¡No saldré de las tabernas, buscaré pelea, lo romperé todo e iré con mujeres!

Y diciendo esto, lanzó el gorro contra la pared e hizo chascar los dedos como si fueran castañuelas.

El arcediano lo miró con una expresión sombría.

—Jehan, no tenéis alma.

—En ese caso, según Epicuro, carezco de un no sé qué, hecho de algo que no tiene nombre.

—Jehan, hay que pensar seriamente en corregiros.

—¡Ah, vaya! —exclamó el estudiante, mirando alternativamente a su hermano y los alambiques del hornillo—. ¡Así que aquí todo es retorcido, las ideas y los recipientes!

—Jehan, estáis en una pendiente muy resbaladiza, ¿sabéis adónde vais?

—A la taberna —dijo Jehan.

—La taberna conduce a la picota.

—Es una linterna como cualquier otra, y quizá con esta Diógenes habría encontrado a su hombre.

—La picota conduce a la horca.

—La horca es una balanza en uno de cuyos lados hay un hombre y en el otro toda la tierra. Es hermoso ser el hombre.

—La horca conduce al infierno.

—Es una buena fogata.

—Jehan, Jehan, tendréis un mal fin.

—Pero el principio habrá sido bueno.

En ese momento se oyó ruido de pasos en la escalera.

—¡Silencio! —dijo el arcediano, llevándose un dedo a los labios—. Ese es maese Jacques. Jehan —añadió en voz baja—, cuidaos mucho de hablar alguna vez de lo que veáis u oigáis aquí. Deprisa, escondeos bajo ese hornillo y no abráis la boca.

El estudiante se acurrucó bajo el hornillo. Una vez allí, se le ocurrió una idea fecunda.

—Por cierto, hermano Claude, un florín para que no abra la boca.

—¡Silencio! Os lo prometo.

—Tenéis que dármelo.

—¡Toma! —dijo el arcediano, tirándole con ira su escarcela.

Jehan se metió bajo el hornillo y la puerta se abrió.

5

Los dos hombres vestidos de negro

El personaje que entró llevaba un ropón negro y tenía el semblante sombrío. Lo que al primer golpe de vista llamó la atención de nuestro amigo Jehan (que, como todos nos imaginamos, se las había arreglado para colocarse en aquel hueco de tal manera que pudiera ver y oír todo a placer) fue la absoluta tristeza de las vestiduras y el rostro del recién llegado. Había, no obstante, cierta dulzura en aquella cara, pero una dulzura de gato o de juez, una dulzura empalagosa. Era muy canoso, estaba arrugado, rozaba los sesenta años, parpadeaba sin parar, tenía las cejas blancas, el labio inferior colgante y las manos grandes. Cuando Jehan se dio cuenta de que no era más que eso, es decir, sin duda un médico o un magistrado, y de que ese hombre tenía la nariz muy lejos de la boca, signo de necedad, se acurrucó en su agujero, desesperado de tener que pasar un tiempo indefinido en tan molesta postura y en tan mala compañía.

El arcediano ni siquiera se había levantado para recibir a este personaje. Le había indicado que se sentara en un escabel cercano a la puerta y, tras unos momentos de un silencio que parecía continuar una meditación anterior, le había dicho con cierta superioridad:

—Buenos días, maese Jacques.

—¡Salud, maestro! —había contestado el hombre de negro.

Había en la manera en que fueron pronunciados, por una parte, aquel «maese Jacques», y por la otra, aquel «maestro» por excelencia, la misma diferencia que entre «monseñor» y «señor», la misma que entre *domine* y *domne*. Era, evidentemente, el trato entre doctor y discípulo.

—Y bien —dijo el arcediano tras un nuevo silencio que maese Jacques se guardó mucho de turbar—, ¿estáis teniendo éxito?

—Ay, maestro —respondió el otro con una sonrisa triste—, yo sigo soplando. Ceniza, toda la que quiero, pero ni un destello de oro.

Don Claude hizo un gesto de impaciencia.

—No me refiero a eso, maese Jacques Charmolue, sino al proceso de vuestro hechicero. Marc Cenaine lo llamáis, ¿no?, el sumiller del Tribunal de Cuentas. ¿Confiesa ya su magia? ¿Os ha sido útil la tortura?

—Por desgracia, no —respondió maese Jacques con la misma sonrisa triste—. No tenemos ese consuelo. Ese hombre es una roca. Lo mandaremos hervir en el Mercado de Cerdos antes de que haya dicho nada. Y sin embargo, no escatimamos ningún medio para llegar a la verdad. Ya está completamente descoyuntado. Le aplicamos todas las hierbas de San Juan, como dice el viejo cómico Plauto.

Advorsum stimulos, laminas, crucesque, compedesque,
nervos, catenas, carceres, numellas, pedicas, boias.[99]

»Todo es inútil. Ese hombre es terrible. No lo entiendo.

—¿No habéis encontrado nada nuevo en su casa?

—Sí —dijo maese Jacques buscando en su escarcela—, este pergamino. Algunas palabras no las comprendemos, aunque el abogado de lo penal Philippe Lheulier sabe algo de hebreo que aprendió con el caso de los judíos de la calle Kantersten en Bruselas.

Mientras decía estas palabras, maese Jacques desenrollaba un pergamino.

—Dádmelo —dijo el arcediano. Y nada más echar un vistazo, exclamó—: ¡Pura magia, maese Jacques! *Emen-hetan* es el grito de las estriges cuando llegan al aquelarre. *Per ipsum, et cum ipso, et in ipso*[100] es el mandato que encadena de nuevo al diablo en el infierno. *Hax, pax, max*, esto es de la medicina. Una fórmula contra la mordedura de perros rabiosos. ¡Maese Jacques, vos sois procurador del rey en la jurisdicción eclesiástica! Este pergamino es abominable.

—Volveremos a someter al hombre a la tortura. Aquí tengo otra cosa —añadió maese Jacques, buscando de nuevo en su talego— que hemos encontrado en casa de Marc Cenaine.

Era un recipiente de la misma familia que los que cubrían el hornillo de don Claude.

—¡Ah! —dijo el arcediano—, un crisol de alquimista.

—Tengo que confesaros —prosiguió maese Jacques con su sonrisa tímida y torpe— que lo he probado en el hornillo, pero no he tenido más éxito que con el mío.

El arcediano se puso a examinar el recipiente.

—¿Qué ha grabado en el crisol? *Och, och*! ¡La palabra que ahuyenta las pulgas! ¡Este Marc Cenaine es un ignorante! ¡Desde luego que no haréis oro con esto! ¡Sirve todo lo más para ponerlo en vuestra habitación en verano!

—Ya que hablamos de errores —dijo el procurador del rey—, acabo de fijarme en el pórtico de abajo antes de subir. ¿Vuestra reverencia está segura de que la abertura de la obra de física está representada en el lado del Hôtel-Dieu y de que, de las siete figuras desnudas que están a los pies de Nuestra Señora, la que tiene alas en los talones es Mercurio?

—Sí —respondió el sacerdote—. Lo escribió Agustín Nifo, ese doctor italiano que tenía un demonio barbudo que se lo enseñaba todo. En cualquier caso, vamos a bajar y os lo explicaré sobre el texto.

—Gracias, maestro —dijo Charmolue inclinándose hasta el suelo—. ¡Por cierto, se me olvidaba! ¿Cuándo deseáis que mande prender a la pequeña hechicera?

—¿Qué hechicera?

—¡Esa gitana que, como bien sabéis, viene todos los días a bailar en la plaza pese a la prohibición del provisor! La acompaña una cabra poseída que tiene cuernos de diablo, que lee, que escribe, que sabe matemáticas como Picatrix, y que sería suficiente por sí sola para hacer colgar a toda Bohemia. El proceso está listo. Se celebrará muy pronto, ya veréis. ¡Una hermosa criatura, a fe, esa bailarina! ¡Los ojos negros más bonitos del mundo! ¡Dos carbúnculos de Egipto! ¿Cuándo empezamos?

El arcediano estaba increíblemente pálido.

—Ya os lo diré —balbució con una voz apenas audible. Haciendo un esfuerzo, prosiguió—: Ocupaos de Marc Cenaine.

—Estad tranquilo —dijo sonriendo Charmolue—. Cuando vuelva, haré que lo aten otra vez a la cama de cuero. Pero es un demonio de hombre. Cansa al propio Pierrat Torterue, que tiene las manos más grandes que yo. Como dice el buen Plauto:

Nudus vinctus, centum pondo, es quando pendes per pedes.[101]

»¡El suplicio del torno! Es lo mejor que tenemos. Pasará por él.

Don Claude parecía sumido en una sombría distracción. Se volvió hacia Charmolue y dijo:

—Maese Pierrat… maese Jacques, quiero decir, ocupaos de Marc Cenaine.

—Sí, sí, don Claude. ¡Pobre hombre! Está sufriendo más que Mummol. ¡Pero qué ocurrencia, ir al aquelarre! ¡Un sumiller del Tribunal de Cuentas, que debería conocer el texto de Carlomagno, *Stryga vel masca*…![102] En cuanto a esa joven…, Esmeralda la llaman…, esperaré vuestras órdenes… ¡Ah!, cuando pasemos bajo el pórtico, me explicaréis también lo que significa el jardinero pintado de un solo color que se ve al entrar en la iglesia. ¿No es el Sembrador…? Eh, maestro, ¿en qué estáis pensando?

Don Claude, abismado en sí mismo, ya no lo escuchaba. Charmolue, siguiendo la dirección de su mirada, vio que esta se había clavado maquinalmente en la gran telaraña que cubría la lucera. En ese momento, una mosca desorientada que buscaba el sol de marzo se lanzó contra aquella red y quedó atrapada. Al agitarse la tela, la enorme araña salió inmediatamente de su celda central, se precipitó de un salto sobre la mosca y la dobló por la mitad con las antenas delanteras mientras su repulsiva trompa le hurgaba la cabeza.

—¡Pobre mosca! —dijo el procurador del rey en la jurisdicción eclesiástica, levantando la mano para salvarla.

El arcediano, como despertado bruscamente, le retuvo el brazo con una violencia convulsiva.

—¡Maese Jacques! —gritó—. ¡Dejad que la fatalidad actúe!

El procurador se volvió, espantado. Tenía la sensación de que una tenaza de hierro le había cogido el brazo. La mirada del sacerdote estaba fija, huraña, encendida, y permanecía pendiente del pequeño y horrible grupo formado por la mosca y la araña.

—¡Oh, sí! —continuó el sacerdote con una voz que parecía salir de sus entrañas—. He aquí un símbolo de todo. Vuela, está alegre, acaba de nacer; busca la primavera, el aire libre, la libertad. ¡Oh, sí! ¡Pero si choca con el rosetón fatal, sale la araña, la repugnante araña! ¡Pobre bailarina! ¡Pobre mosca predestinada! ¡Maese Jacques, no intervengáis! ¡Es la fatalidad…! ¡Ay!, Claude, tú eres la araña. ¡Claude, tú eres la mosca también…! ¡Volabas hacia la ciencia, hacia la luz, hacia el sol, solo te preocupaba llegar al aire libre, a la blanca luz de la verdad eterna; mas, al precipitarte hacia la lucera deslumbradora que da al otro mundo, al mundo de la claridad, de la inteligencia y de la ciencia, mosca ciega, doctor insensato, no has visto esa sutil telaraña tendida por el destino entre la luz y tú, te has lanzado sobre ella a cuerpo descubierto, miserable loco, y ahora te debates, con la cabeza rota y las alas arrancadas, entre las antenas de hierro de la fatalidad…! ¡Maese Jacques! ¡Maese Jacques! Dejad que la araña actúe.

—Os aseguro —dijo Charmolue, que lo miraba sin comprender— que no la tocaré. ¡Pero soltadme el brazo, maestro, por favor! Tenéis una mano que atenaza.

El arcediano no lo oía.

—¡Oh, insensato! —prosiguió, sin apartar los ojos de la lucera—. Y si hubieras podido romper esa tela temible con tus alas de mosquita, ¿crees que habrías logrado llegar hasta la luz? ¡Ay! Ese vidrio que está detrás, ese obstáculo transparente, esa muralla de cristal más dura que el bronce que separa todas las filosofías de la verdad, ¿cómo lo habrías atravesado? ¡Oh, vanidad de la ciencia! ¡Cuántos sabios vienen revoloteando de muy lejos a romperse la cabeza contra ella! ¡Cuántos sistemas revueltos se estrellan zumbando contra ese cristal eterno!

El sacerdote se calló. Estas últimas ideas, que lo habían trasladado insensiblemente de sí mismo a la ciencia, parecían haberlo calmado. Jacques Charmolue le hizo regresar a la realidad haciéndole esta pregunta:

—Entonces, maestro, ¿cuándo vendréis a ayudarme a hacer oro? Estoy impaciente por conseguirlo.

El arcediano movió la cabeza con una sonrisa amarga.

—Maese Jacques, leed a Miguel Psellus, *Dialogus de energia et operatione daemonum*.[103] Lo que hacemos no es en absoluto inocente.

—¡Más bajo, maestro! Me lo figuro —dijo Charmolue—, pero es preciso hacer un poco de hermética cuando uno no es más que procurador del rey en la jurisdicción eclesiástica, con treinta escudos torneses al año. Simplemente, hablemos bajo.

En aquel momento un ruido de mandíbulas y de masticación procedente de debajo del hornillo llegó a los oídos inquietos de Charmolue.

—¿Qué es eso? —preguntó.

Era el estudiante, que, harto incómodo y aburrido en su escondrijo, había acabado por encontrar un mendrugo y un trozo de queso enmohecido y se había puesto a comer ambas cosas sin miramientos, a guisa de consuelo y de almuerzo. Como tenía mucha hambre, hacía mucho ruido, y subrayaba fuertemente cada bocado, lo que había sobresaltado y alarmado al procurador.

—Es mi gato —se apresuró a decir el arcediano—, que debe de estar por ahí abajo dando buena cuenta de algún ratón.

Esta explicación satisfizo a Charmolue.

—Es verdad, maestro —contestó este con una sonrisa respetuosa—, todos los grandes filósofos han tenido su animal doméstico. Ya sabéis lo que dijo Servio: *Nullus enim locus sine genio est*.[104]

Con todo, don Claude, temiendo que Jehan volviera a hacer ruido, recordó a su digno discípulo que tenían pendiente estudiar juntos unas figuras del pórtico y ambos salieron de la celda, para gran alivio del estudiante, que empezaba a temer seriamente que quedara impresa en su rodilla la huella de su mentón.

6

Efecto que pueden producir siete reniegos en plena calle

—*Te Deum laudamus*![105] —exclamó Jehan saliendo de su agujero—. ¡Por fin se han ido esos dos mochuelos! ¡Och, och! ¡Hax! ¡Pax! ¡Max! Que si pulgas, que si perros rabiosos… ¡Qué demonios, estoy harto de su conversación! ¡Tengo la cabeza como un bombo! ¡Y por si fuera poco, el queso estaba enmohecido! ¡En fin! Bajemos, cojamos la escarcela del hermano mayor y transformemos todas estas monedas en botellas.

Dirigió una mirada de ternura y admiración al interior de la preciosa escarcela, se arregló un poco la ropa, se frotó las botas, sacudió sus pobres mangas con hombreras, cubiertas de ceniza, silbó una tonada, hizo una cabriola, examinó la celda por si quedaba algo que llevarse, cogió al tuntún de encima del hornillo unos amuletos de vidrio apropiados para regalárselos a guisa de joyas a Isabeau la Thierrye, y finalmente empujó la puerta, que su hermano había dejado abierta como una última indulgencia y que él dejó abierta a su vez como una última travesura, y bajó la escalera circular dando saltitos como un pájaro.

En medio de las tinieblas de la escalera de caracol tropezó con algo que se apartó gruñendo, supuso que era Quasimodo y la cosa le hizo tanta gracia que bajó el resto de la escalera partiéndose de risa. Todavía reía cuando salió a la plaza.

Una vez en la calle, dio una patada en el suelo.

—¡Mi buen y bendito empedrado de París! —dijo—. ¡Esa maldita escalera agotaría hasta a los ángeles de la escala de Jacob! ¡En qué estaba yo pensando para ir a meterme en esa barrena de piedra que atraviesa el cielo! ¡Y total, para comer queso con barba y ver los campanarios de París por una lucera!

Dio unos pasos y vio a los dos mochuelos, es decir, a don Claude y a maese Jacques Charmolue, contemplando una escultura del pórtico. Se acercó a ellos de puntillas y oyó al arcediano decir en voz baja a Charmolue:

—Fue Guillermo de París quien mandó grabar un Job en esa piedra de color lapislázuli con los bordes dorados. Job figura en la piedra filosofal, que también debe ser puesta a prueba y martirizada para alcanzar la perfección, como dice Raimundo Lulio: *Sub conservatione formae specificae salva anima*.[106]

—A mí me da igual —dijo Jehan—, la bolsa la tengo yo.

En ese momento oyó una voz fuerte y sonora articular detrás de él una sarta formidable de reniegos.

—¡Sangre de Dios! ¡Vientre de Dios! ¡Cuerpo de Dios! ¡Voto a Dios! ¡Por el ombligo de Belcebú! ¡Rayos y truenos!

—¡Por mi honor! —exclamó Jehan—. ¡Ese solo puede ser mi amigo el capitán Phoebus!

El nombre de Phoebus llegó a los oídos del arcediano en el momento en que le explicaba al procurador del rey el dragón que esconde la cola en un baño del que sale humo y la cabeza de un rey. Don Claude se estremeció, interrumpió su discurso, para gran desconcierto de Charmolue, se volvió y vio a su hermano Jehan abordando a un oficial en la puerta de la residencia Gondelaurier.

Era, en efecto, el capitán Phoebus de Châteaupers. Estaba apoyado en la esquina de la casa de su prometida y juraba como un pagano.

—¡Repámpanos, capitán Phoebus! —dijo Jehan cogiéndole la mano—, renegáis con una inspiración admirable.

—¡Rayos y truenos! —contestó el capitán.

—¡Rayos y truenos los que lanzáis vos! —replicó el estudiante—. En fin, amable capitán, ¿cuál es la causa de ese torrente de hermosas palabras?

—Perdón, mi buen camarada Jehan —exclamó Phoebus estrechándole la mano—, un caballo desbocado no para en seco. Y yo renegaba a galope tendido. Vengo de casa de esas mojigatas, y cuando salgo de ahí siempre tengo la boca llena de ternos. ¡Tengo que escupirlos, si no, me ahogaría, rayos y truenos!

—¿Queréis venir a echar un trago? —preguntó el estudiante.

Esta propuesta calmó al capitán.

—Quiero, pero no tengo dinero.

—¡Yo sí tengo!

—¡Bah! Veamos…

Jehan expuso la escarcela ante los ojos del capitán con majestad y sencillez. Mientras, el arcediano había dejado plantado al atónito Charmolue para dirigirse hacia ellos y se había detenido a unos pasos. Los observaba, pero los dos amigos estaban tan absortos en la contemplación de la escarcela que no se daban cuenta.

—Una bolsa en vuestro bolsillo, Jehan, es como la luna en un cubo de agua —dijo Phoebus—. La ves, pero no está ahí. No es más que su sombra. ¡Pardiós! ¡Seguro que son piedras!

—Estas son las piedras con las que he empedrado mi faltriquera —repuso fríamente Jehan.

Y sin añadir una palabra, vació la escarcela sobre un guardacantón cercano con los aires de un romano salvando la patria.

—¡Vive Dios! —masculló Phoebus—. ¡Tarjas, blancas grandes, blancas pequeñas, dineros parisienses, auténticos liartes…! ¡Es asombroso!

Jehan permanecía digno e impasible. Unos liartes habían caído en el fango. El capitán, llevado por su entusiasmo, se agachó para recogerlos, pero Jehan lo retuvo.

—¡Quieto, capitán Phoebus de Châteaupers!

Phoebus contó las monedas y, volviéndose con solemnidad hacia Jehan, dijo:

—¿Sabéis, Jehan, que aquí hay veintitrés sueldos parisienses? ¿A quién desvalijasteis anoche en la calle Coupe-Gueule?

Jehan echó hacia atrás su cabeza rubia y rizada y dijo, entornando los ojos con gesto desdeñoso:

—¡Uno que tiene un hermano arcediano e imbécil!

—¡Cuernos! —exclamó Phoebus.

—¡Vayamos a beber! —dijo Jehan.

—¿Adónde vamos? —dijo Phoebus—. ¿A La Manzana de Eva?

—No, capitán. Vayamos a La Vieja Ciencia. Una vieja que sierra un asa. Es un jeroglífico, y los jeroglíficos me gustan.[107]

—¡Dejaos de jeroglíficos, Jehan! El vino es mejor en La Manzana de Eva. Además, al lado de la puerta hay una parra al sol que me alegra cuando bebo.

—Está bien, ¡por Eva y su manzana! —dijo el estudiante—. Por cierto, mi querido capitán —añadió, cogiendo a Phoebus del brazo—, hace un momento habéis hablado de la calle Coupe-Gueule. Eso está muy mal dicho. Ahora ya no somos tan bárbaros. La llamamos calle Coupe-Gorge.[108]

Los dos amigos se pusieron en marcha. Huelga decir que antes habían recogido el dinero y que el arcediano los seguía.

El arcediano los seguía, sombrío y huraño. ¿Era ese el Phoebus cuyo nombre maldito, desde su conversación con Gringoire, aparecía en todos sus pensamientos? No lo sabía, pero, en cualquier caso, era un Phoebus, y ese nombre mágico bastaba para que el arcediano siguiera disimuladamente a los dos despreocupados compañeros, escuchando sus palabras y observando sus más mínimos gestos con atenta ansiedad. Por lo demás, hablaban tan alto, en absoluto incomodados por poner a los transeúntes al corriente de sus confidencias, que era facilísimo oír todo lo que decían. Hablaban de duelos, de mujeres, de bebidas, de locuras.

Al doblar una esquina, el sonido de una pandereta les llegó desde una calle vecina. Don Claude oyó al oficial decirle al estudiante:

—¡Rayos y truenos! Apretemos el paso.

—¿Por qué, Phoebus?

—Tengo miedo de que la gitana me vea.

—¿Qué gitana?

—Esa joven de la cabra.

—¿Esmeralda?

—Exacto, Jehan. Siempre se me olvida ese endemoniado nombre. Démonos prisa. Me reconocería, y no quiero que esa chica se me acerque en la calle.

—¿Es que la conocéis, Phoebus?

El arcediano vio entonces a Phoebus sonreír con picardía, inclinarse hacia el oído de Jehan y decirle unas palabras en voz baja. Luego, Phoebus se echó a reír y meneó la cabeza con aire triunfal.

—¿De verdad? —preguntó Jehan.

—¡Por mi honor! —contestó Phoebus.

—¿Esta noche?

—Esta noche.

—¿Estáis seguro de que se presentará?

—Pero ¿estáis loco, Jehan? Esas cosas no se ponen en duda.

—¡Capitán Phoebus, sois un oficial afortunado!

El arcediano oyó toda esta conversación. Los dientes le castañetearon. Un escalofrío, perceptible a la vista, le recorrió todo el cuerpo. Se detuvo un momento para apoyarse en un guardacantón como si estuviera borracho y luego continuó andando tras los dos alegres bribones.

Cuando les dio alcance, habían cambiado de conversación. Los oyó cantar a voz en cuello la vieja canción:

En los Petits-Carreaux, los niñitos
acaban colgados como terneritos.

7

El monje errante

La ilustre taberna La Manzana de Eva estaba situada en la Universidad, en la esquina de la calle Rondelle con la calle Bâtonnier. Era una sala bastante grande y muy baja, con una bóveda cuyo arco central se apoyaba en un grueso pilar de madera pintado de amarillo, mesas por todas partes, relucientes picheles de estaño colgados de las paredes, siempre muchos bebedores, mujeres en abundancia, una cristalera que daba a la calle, una parra en la puerta, y encima de esa puerta, una placa en la que se veía una manzana y una mujer pintadas, oxidada por la lluvia y agitada por el viento sobre una varilla de hierro. Esta especie de veleta que miraba el empedrado era la enseña.

Caía la noche. La calle estaba oscura. La taberna llena de luces brillaba desde lejos como una fragua en la sombra. Se oía el ruido de los vasos, las comilonas, los reniegos y las peleas que escapaba por los cristales rotos. A través de la bruma que el calor de la sala extendía sobre la cristalera, se veían pulular cientos de figuras borrosas, y de vez en cuando estallaba una carcajada sonora. Los transeúntes que iban a sus asuntos pasaban por delante de aquel tumultuoso ventanal sin mirarlo siquiera. Solo muy de cuando en cuando un niño desharrapado se ponía de puntillas para apoyarse en la repisa de la ventana y voceaba una vieja cantinela burlona dirigida a los borrachos.

Un hombre, sin embargo, se paseaba imperturbable por delante de la bulliciosa taberna, sin apartar los ojos de la puerta ni alejarse más que un piquero de su garita. Llevaba una capa con la que se tapaba la cara hasta la nariz. Acababa de comprársela al ropavejero de las inmediaciones de La Manzana de Eva, sin duda para protegerse del frío de los atardeceres de marzo o quizá para ocultar sus vestiduras. De vez en cuando se detenía ante el ventanal con entramado de plomo y cristales empañados, escuchaba, miraba y golpeteaba impacientemente el suelo con el pie.

Por fin la puerta de la taberna se abrió. Eso era lo que parecía estar esperando. Salieron dos bebedores. El rayo de luz que escapó por la puerta encendió un momento sus joviales rostros. El hombre de la capa se metió bajo un soportal del otro lado de la calle para observar.

—¡Rayos y truenos! —exclamó uno de los bebedores—. Van a dar las siete. Es la hora de mi cita.

—Os digo —decía su compañero con voz pastosa— que no vivo en la calle Mauvaises-Paroles,*indignus qui inter mala verba habitat*.[109] Vivo en la calle Jean-Pain-Mollet, *in vico Johannis-Pain-Mollet*. Y sois más cornudo que un unicornio si decís lo contrario. Todo el mundo sabe que quien monta una vez en un oso nunca más tiene miedo, pero vos tenéis la vista puesta en las golosinas, como Saint-Jacques de l’Hôpital.

—Jehan, amigo mío, estáis borracho —dijo el primero.

El otro contestó tambaleándose:

—Os gusta decirlo, Phoebus, pero está demostrado que Platón tenía el perfil de un perro de caza.

El lector sin duda ya ha reconocido a nuestros dos buenos amigos, el capitán y el estudiante. Parece que el hombre que los acechaba en la sombra los había reconocido también, pues seguía a paso lento todas las eses que el estudiante obligaba a hacer al capitán, el cual, como bebedor más experimentado, había conservado toda su sangre fría. Escuchándolos atentamente, el hombre de la capa pudo oír entera esta interesante conversación:

—¡Por los cuernos de Baco! Intentad caminar en línea recta, señor bachiller. Sabéis que he de dejaros. Ya son las siete, y tengo una cita con una mujer.

—¡Pues dejadme! Veo estrellas y lanzas de fuego. Sois como el castillo de Dampmartin, que se parte de risa.

—Por las verrugas de mi abuela, Jehan, esto es disparatar con excesivo empecinamiento. Por cierto, Jehan, ¿ya no os queda más dinero?

—Señor rector, no hay ninguna falta, la pequeña carnicería, *parva boucheria*.

—¡Jehan! ¡Amigo Jehan! Sabéis que estoy citado con esa pequeña al final del puente Saint-Michel, que solo puedo llevarla a casa de la Falourdel, la alcahueta del puente, y que habrá que pagar la habitación. La vieja ribalda de bigote blanco no me dará crédito. ¡Jehan! ¡Por favor! ¿Nos hemos bebido acaso toda la escarcela del cura? ¿No os queda ni un solo parisiense?

—La conciencia de haber invertido bien las otras horas es un justo y sabroso condimento para la mesa.

—¡Vientre y tripas! ¡Basta de pamplinas! Decidme, Jehan del demonio, ¿os queda alguna moneda? ¡Dádmela, rediós! ¡Si no, así estéis leproso como Job y sarnoso como César, os registraré!

—Señor, la calle Galiache es una calle que tiene un extremo en la calle Verrerie y el otro en la calle Tixeranderie.

—Claro que sí, mi buen amigo Jehan, mi pobre camarada, la calle Galiache, bien, muy bien. ¡Pero, en nombre del cielo, recuperad el sentido! Solo necesito un sueldo parisiense, y lo necesito para las siete.

—Silencio todos, y atentos a la canción:

Cuando a los gatos las ratas se coman,
señor de Arrás el rey será.
Cuando la mar, que es grande y ancha,
helada esté por San Juan,
por encima del hielo se verá
salir de su plaza a los de Arrás.

—¡Así te estrangulen con las tripas de tu madre, estudiante del Anticristo! —exclamó Phoebus, y le dio un rudo empellón al estudiante ebrio, el cual chocó contra la pared y cayó blandamente sobre el empedrado de Felipe Augusto.

Por un resto de esa piedad fraternal que no abandona nunca el corazón de un bebedor, Phoebus

hizo rodar a Jehan empujándolo con el pie hasta una de esas almohadas de pobre que la providencia tiene dispuestas junto a todos los guardacantones de París y que los ricos denigran aplicándoles el despreciativo nombre de «montón de inmundicias». El capitán colocó la cabeza de Jehan sobre un plano inclinado de tronchos de col y en ese mismo instante el estudiante se puso a roncar en un magnífico tono de bajo. Sin embargo, el rencor aún no se había extinguido del todo del corazón del capitán.

—¡Ojalá te recoja la carreta del diablo! —le dijo al pobre clérigo dormido, y se alejó.

El hombre de la capa, que no había dejado de seguirlos, se detuvo un momento ante el estudiante tendido, como indeciso; luego, exhalando un profundo suspiro, se alejó también tras los pasos del capitán.

Dejaremos a Jehan dormir, como ellos, bajo la mirada benevolente de las estrellas, y, si al lector le parece bien, seguiremos nosotros también a los otros dos.

Al desembocar en la calle Saint-André-des-Arcs, el capitán Phoebus se dio cuenta de que alguien lo seguía. Vio, al volver casualmente la vista, una especie de sombra que avanzaba tras él pegado a la pared. Se detuvo; ella se detuvo. Echó de nuevo a andar; la sombra echó de nuevo a andar. Aquello no lo inquietó demasiado. «¡Bah! —se dijo para sus adentros—. ¡No llevo ni blanca!»

Ante la fachada del colegio de Autun hizo una parada. En ese colegio había iniciado lo que él llamaba sus estudios y, por una costumbre de estudiante guasón que había conservado, no pasaba nunca por delante del edificio sin infligir a la estatua del cardenal Pierre Bertrand, erigida a la derecha de la puerta, esa especie de afrenta de la que tan amargamente se queja Príapo en la sátira de Horacio *Olim truncus eram ficulnus*.[110] Y se había ensañado tanto que la inscripción *Eduensis episcopus*[111] estaba prácticamente borrada. Se detuvo, pues, ante la estatua, como tenía por costumbre hacer. La calle estaba completamente desierta. En el momento en que se ataba despreocupadamente los cordones, vio que la sombra se acercaba a él a paso lento, tan lento que tuvo tiempo de observar que llevaba capa y sombrero. Cuando llegó junto a él, se detuvo y se quedó más inmóvil que la estatua del cardenal Bertrand, clavando en Phoebus unos ojos inundados de esa luz imprecisa que despide de noche la mirada de un gato.

El capitán era valiente y no se habría arredrado ante un ladrón que empuñara un estoque. Pero aquella estatua que andaba, aquel hombre petrificado, le heló la sangre. Corrían a la sazón por ahí no sé qué historias de un monje errante que vagaba de noche por las calles de París, las cuales acudieron confusamente a su memoria. Permaneció unos minutos estupefacto y finalmente rompió el silencio esforzándose en reír.

—Señor, si sois un ladrón, como supongo, me causáis la misma impresión que ver a una garza batallando con una cáscara de nuez. Pertenezco a una familia arruinada, amigo. Id aquí al lado. En la capilla de este colegio hay madera de la auténtica cruz guardada en plata.

La mano de la sombra salió de debajo de la capa y se abatió sobre el brazo de Phoebus con la fuerza de una garra de águila, al tiempo que decía:

—Capitán Phoebus de Châteaupers.

—¿Cómo diablos sabéis mi nombre? —dijo Phoebus.

—No solo sé vuestro nombre —prosiguió el hombre de la capa con su voz sepulcral—. Esta noche tenéis una cita.

—Sí —dijo Phoebus, estupefacto.

—A las siete.

—Así es. Dentro de un cuarto de hora.

—En casa de la Falourdel.

—Exacto.

—La alcahueta del puente Saint-Michel.

—San Miguel arcángel, como dice el padrenuestro.

—¡Impío! —masculló el espectro—. ¿Con una mujer?

—*Confiteor*.[112]

—Que se llama…

—Esmeralda —contestó Phoebus alegremente.

Poco a poco había ido recuperando toda su despreocupación.

Al oír ese nombre, la garra de la sombra zarandeó con furia el brazo de Phoebus.

—¡Capitán Phoebus de Châteaupers, mientes!

Quien hubiera podido ver en aquel momento el rostro encendido del capitán, el salto que dio hacia atrás, tan violento que se liberó de la tenaza que lo había agarrado, el valiente ademán con que asió la empuñadura de su espada, y ante esa cólera la lúgubre inmovilidad del hombre de la capa, quien hubiera visto eso se habría espantado. Tenía algo del combate de don Juan y la estatua.

—¡Cristo y Satanás! —gritó el capitán—. ¡Esa palabra raramente va dirigida al oído de un Châteaupers! No te atreverás a repetirla.

—¡Mientes! —dijo la sombra con frialdad.

Al capitán le rechinaron los dientes. Monje errante, fantasmas, supersticiones, todo lo había olvidado en ese momento. Únicamente veía a un hombre y un insulto.

—¡Ah!, ¿conque esas tenemos? —balbució con una voz ahogada por la rabia. Desenfundó la espada y, tartamudeando, pues la cólera hace temblar igual que el miedo, añadió—: ¡Aquí! ¡Ahora mismo! ¡Vamos! ¡Las espadas! ¡Las espadas! ¡Sangre sobre el empedrado!

El otro, sin embargo, no se movía. Al ver a su adversario en guardia y presto a combatir, dijo con una voz vibrante de amargura:

—Capitán Phoebus, olvidáis vuestra cita.

Los arrebatos de los hombres como Phoebus son sopas de leche que dejan de hervir con tan solo echar una gota de agua fría. Aquella simple frase hizo bajar la espada que refulgía en la mano del capitán.

—Capitán —prosiguió el hombre—, mañana, pasado mañana, dentro de un mes, dentro de diez años me encontraréis dispuesto a cortaros el cuello, pero primero acudid a vuestra cita.

—En efecto —dijo Phoebus, como si tratara de capitular consigo mismo—, una espada y una mujer son dos cosas seductoras para citarse con ellas, pero no veo por qué habría de privarme de la una por la otra, cuando puedo tener las dos.

Y envainó la espada.

—Acudid a vuestra cita —repitió el desconocido.

—Señor —contestó Phoebus con cierta incomodidad—, muchas gracias por vuestra cortesía. Realmente tendremos tiempo de sobra para acribillarnos de aberturas y ojales el jubón de nuestro padre Adán. Os estoy agradecido por permitirme pasar un rato agradable. Esperaba tumbaros en el arroyo y todavía llegar a tiempo para estar con la joven, tanto más cuanto que es de buen tono hacer esperar un poco a las mujeres en tales casos. Pero tenéis el aspecto de un toro y es más seguro dejar el lance para mañana. Voy, pues, a mi cita. Es a las siete, como sabéis. —Phoebus se rascó una oreja—. ¡Ah! ¡Cuernos! ¡Se me olvidaba! No tengo ni un sueldo para pagar la zahúrda y la vieja querrá cobrar por adelantado. No se fía de mí.

—Aquí tenéis con qué pagar.

Phoebus notó la fría mano del desconocido poniendo en la suya una moneda grande. No pudo evitar aceptar aquel dinero y estrechar aquella mano.

—¡Vive Dios! —exclamó—. ¡Sois un buen hombre!

—Una condición os pongo —dijo el hombre—. Demostradme que yo estaba en un error y que vos decíais la verdad. Escondedme en algún rincón desde donde pueda ver si esa mujer es realmente la que responde al nombre que habéis dicho.

—¡Ah, muy bien! —contestó Phoebus—. No me importa. Cogeremos la habitación de Santa Marta. Podréis ver tranquilamente desde la perrera que está al lado.

—Vayamos, pues —dijo la sombra.

—A vuestro servicio —dijo el capitán—. No sé si sois micer Diabolus en persona, pero seamos buenos amigos por esta noche. Mañana os pagaré todas mis deudas, las de la bolsa y las de la espada.

Echaron a andar deprisa. Al cabo de unos minutos, el rumor del río les anunció que estaban en el puente Saint-Michel, entonces cargado de casas.

—Primero os acompañaré adentro —le dijo Phoebus a su compañero—. Después iré a buscar a la muchacha, que debe esperarme junto al Petit-Châtelet.

El compañero no contestó. Desde que caminaban juntos, no había dicho nada. Phoebus se detuvo ante una puerta baja y llamó con rudeza. Apareció luz en las rendijas de la puerta.

—¿Quién es? —preguntó una voz desdentada.

—¡Cuerpo de Dios! ¡Vientre de Dios! ¡Voto a Dios! —exclamó el capitán.

La puerta se abrió en el acto y dejó ver a los hombres a una mujer vieja y una vieja lámpara, ambas temblorosas. La mujer, doblada por la cintura, iba vestida con harapos, la cabeza le bailaba, tenía unos ojos muy pequeños, llevaba un trapo en la cabeza y estaba toda arrugada, manos, cara y cuello; los labios se le metían bajo las encías y tenía alrededor de la boca mechones de pelos blancos que le daban el aspecto engatusador de un gato.

El interior del tugurio no estaba menos deteriorado que ella. Eran unas paredes de yeso, unas vigas negras en el techo, una chimenea destrozada, telarañas por todos los rincones, en el centro un puñado tambaleante de mesas y escabeles cojos, un niño sucio entre las cenizas y, al fondo, una escalera o más bien una escala de madera que conducía a una trampilla abierta en el techo.

Al entrar en aquella madriguera, el misterioso compañero de Phoebus se subió la capa hasta

los ojos. Entre tanto el capitán, jurando como un sarraceno, se apresuró «a hacer relucir el sol en un escudo», como dice nuestro admirable Régnier.

—La habitación de Santa Marta —dijo.

La vieja lo trató de monseñor y guardó el escudo en un cajón. Era la moneda que el hombre de la capa negra le había dado a Phoebus. Mientras ella se volvía de espaldas, el niño despeinado y andrajoso que jugaba entre la ceniza se acercó hábilmente al cajón, cogió el escudo y puso en su lugar una hoja seca que había arrancado de un haz de leña.

La vieja indicó a los dos hidalgos, como ella los llamaba, que la siguieran y subió la escala delante de ellos. Al llegar al piso superior, dejó la lámpara sobre un arcón y Phoebus, como cliente de la casa, abrió una puerta que daba a un cuartucho oscuro.

—Entrad ahí, amigo —le dijo a su compañero.

El hombre de la capa obedeció sin decir una sola palabra. La puerta se cerró tras él. Oyó a Phoebus correr el pestillo y un momento después bajar la escalera con la vieja. La luz había desaparecido.

8

Utilidad de las ventanas que dan al río

Claude Frollo (pues presumimos que el lector, más inteligente que Phoebus, no ha visto en toda esta aventura a otro monje errante que el arcediano) se movió a tientas durante unos instantes en el cubículo tenebroso donde el capitán lo había encerrado. Era uno de esos recovecos que los arquitectos dejan a veces en el punto de unión del tejado y la pared de carga. El corte vertical de aquella perrera, como tan bien la había llamado Phoebus, habría dado un triángulo. Por lo demás, no había ni ventana ni lucera, y el plano inclinado del tejado impedía estar de pie. Claude se acurrucó, pues, entre el polvo y los escombros, que cedían bajo su peso. La cabeza le ardía. Tanteando a su alrededor encontró en el suelo un trozo de vidrio. Lo apoyó en su frente y su frescor lo alivió un poco.

¿Qué ocurría en aquel momento en el alma oscura del arcediano? Tan solo él y Dios podían saberlo.

¿En qué orden fatal disponía en su pensamiento a Esmeralda, Phoebus, Jacques Charmolue, su hermano pequeño, tan querido y sin embargo abandonado por él en el fango, su sotana de arcediano, su reputación quizá, arrastrada en casa de la Falourdel, todas esas imágenes, todas esas aventuras? No lo sé. Mas no cabe duda de que esas ideas formaban en su mente un grupo horrible.

Llevaba un cuarto de hora esperando; le parecía haber envejecido un siglo. De pronto oyó crujir los barrotes de la escala de madera. Alguien subía. La trampilla se abrió y por la abertura entró claridad. En la portezuela carcomida de su cubículo había una rendija bastante ancha a la que pegó la cara. Así podía ver todo lo que sucedía en la habitación contigua. La vieja con cara de gato fue la primera en asomar por la trampilla, con una lámpara en la mano, después salió Phoebus atusándose el bigote y por último una tercera persona, la bella y graciosa Esmeralda. El sacerdote la vio surgir del suelo como una deslumbrante aparición. Claude empezó a temblar, una nube se extendió sobre sus ojos, sus arterias latieron con fuerza, todo zumbaba y giraba a su alrededor. No vio ni oyó nada más.

Cuando volvió en sí, Phoebus y Esmeralda estaban solos, sentados sobre el arcón de madera al lado de la lámpara, cuya luz hacía destacar a los ojos del arcediano aquellas dos jóvenes figuras y un miserable camastro al fondo del cuartucho.

Junto al camastro había una ventana cuyo cristal, roto como una telaraña sobre la que ha caído la lluvia, dejaba ver a través de las aberturas un retazo de cielo y la luna recostada a lo lejos sobre un edredón de blandas nubes.

La joven estaba roja, turbada, palpitante. Sus largas pestañas bajadas sombreaban sus mejillas púrpura. El oficial, hacia el que no se atrevía a levantar los ojos, estaba radiante. Maquinalmente, y con un gesto encantadoramente torpe, trazaba líneas incoherentes con la yema de un dedo en el

banco mirando ese dedo. No se le veían los pies; la cabrita estaba echada encima.

El capitán iba vestido con mucha coquetería; llevaba en el cuello y en los puños bandas de pasamanería, signo de gran elegancia en aquellos tiempos.

Don Claude tuvo que esforzarse mucho para entender lo que decían a través del zumbido de la sangre que bullía en sus sienes.

(Una charla de enamorados es, dicho sea de paso, algo bastante banal. Se reduce a un «os amo» perpetuo. Frase musical asaz desnuda e insípida para los indiferentes que escuchan, cuando no está adornada con algunas florituras. Pero Claude no escuchaba con indiferencia.)

—¡Oh! —decía la joven sin levantar los ojos—, no me despreciéis, señor Phoebus. Siento que lo que hago está muy mal.

—¡Despreciaros, bella niña! —contestaba el oficial con un aire de galantería superior y distinguida—. ¡Despreciaros, voto a Dios! ¿Por qué iba a hacer tal cosa?

—Por haber venido con vos.

—En ese particular, encanto, no estamos de acuerdo. No debería despreciaros, sino odiaros.

La joven lo miró con espanto:

—¡Odiarme! Pero ¿por qué?

—Por haberos hecho tanto de rogar.

—¡Ay! —dijo ella—, es que estoy faltando a mi promesa… No encontraré a mis padres…, el amuleto perderá su poder… ¡Pero no importa! ¿Acaso necesito padre y madre ahora?

Mientras decía esto, clavaba en el capitán sus grandes ojos negros, húmedos de alegría y de ternura.

—¡Al diablo si os entiendo! —exclamó Phoebus.

Esmeralda permaneció un momento en silencio, durante el cual una lágrima brotó de sus ojos, un suspiro de sus labios.

—¡Oh, señor, os amo! —dijo luego.

Envolvía a la joven tal perfume de castidad, tal encanto de virtud que Phoebus no se encontraba completamente a gusto junto a ella. Sin embargo, aquella frase lo envalentonó.

—¡Me amáis! —dijo, transportado, al tiempo que rodeaba con el brazo el talle de la egipcia.

Era la oportunidad que estaba esperando.

El sacerdote lo vio y tocó con la yema de un dedo la punta del puñal que llevaba escondido en el pecho.

—Phoebus —prosiguió la gitana, apartando suavemente de su cintura las manos tenaces del capitán—, sois bueno, sois generoso, sois apuesto. Me salvasteis, a mí que no soy más que una pobre muchacha perdida en Bohemia. Hace mucho tiempo que sueño con un oficial que me salva la vida. Era con vos con quien soñaba antes de conoceros, Phoebus. El hombre de mi sueño llevaba un bonito uniforme, como vos, y una espada. Os llamáis Phoebus, un bonito nombre. Me gusta vuestro nombre, me gusta vuestra espada. Sacad la espada, Phoebus, para que yo la vea.

—¡Criatura! —dijo el capitán, y desenvainó su estoque sonriendo.

La egipcia miró la empuñadura, la hoja, examinó con una curiosidad adorable las iniciales de la guarda y besó la espada diciendo:

—Sois la espada de un valiente. Amo a mi capitán.

Phoebus aprovechó de nuevo la oportunidad para depositar en su hermoso cuello un beso que hizo erguirse a la joven, escarlata como una cereza. Los dientes del arcediano rechinaron entre las tinieblas.

—Phoebus, dejadme hablar —dijo la egipcia—. Andad un poco para que vea lo alto que sois y oiga sonar vuestras espuelas. ¡Qué apuesto sois!

El capitán se levantó para complacerla, reprendiéndola con una sonrisa de satisfacción:

—¡Sois una niña! Por cierto, encanto, ¿me habéis visto con uniforme de gala?

—Desgraciadamente, no —respondió ella.

—¡Ese sí me sienta bien!

Phoebus volvió a sentarse a su lado, pero mucho más cerca que antes.

—Escuchad, querida mía…

La egipcia le dio unos golpecitos con su linda mano en la boca, en un gesto infantil lleno de inconsciencia, de gracia y de alegría.

—No, no, no os escucharé. ¿Me amáis? Quiero que me digáis si me amáis.

—¡Que si te amo, ángel de mi vida! —exclamó el capitán arrodillándose a medias—. Mi cuerpo, mi sangre, mi alma, todo es tuyo, todo es para ti. Te quiero, y nunca he querido a nadie antes que a ti.

El capitán había repetido tantas veces esta frase, en infinidad de ocasiones similares, que la pronunció de un tirón, sin cometer un solo error de memoria. Ante esta declaración apasionada, la egipcia alzó hacia el sucio techo que hacía las veces de cielo una mirada llena de una felicidad angélica.

—¡Oh! ¡Este es el momento en que habría que morir! —murmuró.

A Phoebus, «el momento» le pareció apropiado para robarle otro beso, que fue a torturar al miserable arcediano en su rincón.

—¡Morir! —exclamó el enamorado capitán—. ¡Pero qué decís, bello ángel! ¡O es este el momento de vivir, o Júpiter es un granuja! ¡Morir al comienzo de algo tan dulce! ¡Cuernos, qué tontería…! Nada de eso… Escuchadme, querida Similar… Esmenarda… Perdón, pero tenéis un nombre tan prodigiosamente sarraceno que me hago un lío. Es un zarzal en el que me enredo.

—¡Dios mío! —dijo la pobre muchacha—. ¡Yo que creía que mi nombre era bonito por su singularidad! Pero, puesto que os desagrada, querría llamarme Goton.

—¡Ah! ¡No lloremos por tan poca cosa, graciosa criatura! Es un nombre al que hay que acostumbrarse y ya está. Una vez que me lo sepa de memoria, saldrá solo. Escuchadme, querida Similar, os adoro con pasión. Os amo de verdad, lo que es milagroso. Sé de una jovencita que se muere de rabia…

La celosa muchacha lo interrumpió:

—¿Quién?

—¿Qué nos importa eso? —dijo Phoebus—. ¿Vos me amáis?

—¡Oh! —exclamó ella.

—¡Pues ya está! Ya veréis como yo también os amo. Que el gran diablo Neptuno me ensarte

con su tridente si no os hago la criatura más feliz del mundo. Tendremos un precioso cuartito en algún lado. Haré desfilar a mis arqueros bajo vuestras ventanas. Van todos a caballo, y les dan sopas con honda a los del capitán Mignon. Hay lanceros, ballesteros y culebrineros de mano. Os llevaré a las grandes paradas de los parisienses en Rully. Es magnífico. Ochenta mil hombres armados, treinta mil arneses blancos, cotas de cuero o de mallas; las sesenta y siete banderas de los oficios; los estandartes del Parlamento, del Tribunal de Cuentas, del Tesoro de los Generales, ¡en fin, una comitiva de mil demonios! Os llevaré a ver los leones del Palacio Real, que son fieras salvajes. A todas las mujeres les gusta.

Desde hacía unos instantes, la joven, absorta en sus embelesadores pensamientos, soñaba acunada por el sonido de la voz del capitán sin prestar atención al significado de sus palabras.

—¡Oh, seréis muy feliz! —continuó el capitán, al tiempo que desabrochaba con mucho cuidado el cinturón de la egipcia.

—Pero ¿qué hacéis? —dijo ella súbitamente.

Aquella «vía de hecho» la había arrancado de su ensoñación.

—Nada —respondió Phoebus—. Solo decía que habría que prescindir de toda esta vestimenta extravagante y callejera cuando estéis conmigo.

—¡Cuando esté contigo, Phoebus! —dijo la muchacha con ternura.

Acto seguido volvió a quedarse pensativa y silenciosa.

El capitán, alentado por su dulzura, la cogió por el talle sin que ella se resistiera; luego empezó a desabrochar con cuidado el corpiño de la pobre muchacha, y le descolocó de tal manera la gola que el sacerdote, jadeante, vio aparecer entre el tul el hermoso hombro desnudo de la gitana, redondo y moreno, como la luna que asoma entre la bruma en el horizonte.

La joven dejaba hacer a Phoebus. No parecía darse cuenta. Los ojos del osado capitán relucían.

De pronto, Esmeralda se volvió hacia él.

—Phoebus —dijo con una expresión de amor infinito—, instrúyeme en tu religión.

—¿En mi religión? —repuso Phoebus rompiendo a reír a carcajadas—. ¡Instruiros yo en mi religión! ¡Rayos y truenos! ¿Qué queréis hacer con mi religión?

—Es para casarnos —respondió ella.

El rostro del capitán adoptó una expresión en la que se mezclaban sorpresa, desdén, despreocupación y pasión libertina.

—¡Bah! —dijo—. ¿Quién ha hablado de casarse?

La gitana se quedó pálida y dejó caer tristemente la cabeza sobre el pecho.

—Bella enamorada —prosiguió tiernamente Phoebus—, ¿qué locuras son esas? ¡Valiente cosa el matrimonio! ¿Acaso es uno peor amante por no haber soltado unos latinajos delante de un cura?

Al tiempo que decía estas cosas con su voz más melosa, se acercaba cuanto podía a la egipcia. Sus manos acariciadoras habían vuelto a su posición alrededor de aquel talle tan fino y flexible, sus ojos se encendían cada vez más, y todo anunciaba que el señor Phoebus evidentemente estaba llegando a uno de esos momentos en los que el propio Júpiter hace tantas tonterías que el buen Homero se ve obligado a llamar a una nube en su ayuda.

Don Claude, entre tanto, lo veía todo. La puerta estaba hecha con duelas de tonel

completamente podridas que dejaban amplio paso entre ellas a su mirada de ave de presa. Aquel sacerdote de piel morena y anchos hombros, condenado hasta entonces a la austera virginidad del claustro, se estremecía y bullía ante aquella escena de amor, de noche y de voluptuosidad. La joven y bella muchacha entregada, con las ropas en desorden, a ese hombre ardiente y también joven hacía que por sus venas corriera plomo fundido. Se producían en él reacciones extraordinarias. Su mirada penetraba con unos celos lascivos bajo todos aquellos cierres abiertos. Quien hubiera podido ver en aquel momento la cara del desdichado pegada a las tablas carcomidas, habría creído ver a un tigre mirando desde el fondo de una jaula a un chacal que devora a una gacela. Sus pupilas brillaban como velas a través de las rendijas de la puerta.

De pronto, Phoebus hizo un rápido ademán y le quitó la gola a la egipcia. La pobre criatura, que se había quedado pálida y pensativa, se sobresaltó. Se alejó bruscamente del atrevido capitán y, dirigiendo una mirada a su pecho y sus hombros desnudos, colorada, confusa y muda de vergüenza, cruzó sus bellos brazos sobre sus senos para taparlos. De no ser por la llama que encendía sus mejillas, viéndola así, silenciosa e inmóvil, se habría dicho que era la imagen del pudor. Sus ojos permanecían bajados.

Pero el gesto del capitán había puesto al descubierto el misterioso amuleto que llevaba en el cuello.

—¿Qué es esto? —dijo Phoebus, aprovechando este pretexto para acercarse de nuevo a la bella criatura a la que acababa de asustar.

—¡No lo toquéis! —respondió ella con viveza—, es mi guardián. Él me permitirá encontrar a mi familia, si sigo siendo digna de ello. ¡Oh! ¡Dejadme, capitán! ¡Madre! ¡Pobre madre mía! ¡Madre!, ¿dónde estás? ¡Ayúdame! ¡Por favor, señor Phoebus, devolvedme la gola!

Phoebus retrocedió y dijo en un tono frío:

—¡Ah, señorita! ¡Cómo se nota que no me queréis!

—¡Que no te quiero! —exclamó la pobre y desventurada criatura, al tiempo que se abrazaba al capitán y le hacía sentarse a su lado—. ¡Que no te quiero, Phoebus! ¿Dices eso, malvado, para desgarrarme el corazón? ¡Vamos! ¡Tómame! ¡Toma todo! Haz lo que quieras de mí. Soy tuya. ¡Qué me importa el amuleto! ¡Qué me importa mi madre! ¡Eres tú mi madre, puesto que te quiero! Phoebus, mi bienamado Phoebus, ¿me ves? Soy yo, mírame. Soy esa muchacha a la que no quieres rechazar, que viene ella misma a buscarte. Mi alma, mi vida, mi cuerpo, mi persona, todo eso es una sola cosa que es vuestra, capitán. No nos casemos, no, si eso te molesta. Además, ¿quién soy yo? Una miserable muchacha del arroyo, mientras que tú, Phoebus, tú eres un hidalgo. ¡Valiente ocurrencia! ¡Una bailarina casarse con un oficial! ¡Estaba loca! No, Phoebus, no, seré tu amante, tu diversión, tu placer, cuando quieras, una muchacha que será tuya, estoy hecha para eso. Mancillada, despreciada, deshonrada, ¡qué importa eso!, pero amada. Seré la más orgullosa y alegre de las mujeres. Y cuando sea vieja y fea, Phoebus, cuando ya no sirva para amaros, señor, seguiréis teniéndome para serviros. Otras os bordarán pañuelos. Yo, la criada, me ocuparé de su cuidado. Me dejaréis bruñir vuestras espuelas, cepillar vuestra casaca, limpiar vuestras botas de montar. ¿Verdad, Phoebus, que os compadeceréis de mí? Mientras tanto, ¡tómame! ¡Ten, Phoebus, todo esto te pertenece! ¡Simplemente, ámame! Nosotras, las egipcias, solo necesitamos eso: aire y

amor.

Mientras hablaba en estos términos, se agarraba con sus hermosos brazos del cuello del oficial, lo miraba de abajo arriba suplicante y con una hermosa sonrisa en medio de las lágrimas, frotaba su delicado pecho contra el jubón de paño y los ásperos bordados. Doblaba sobre sus rodillas su bello cuerpo medio desnudo. El capitán, embriagado, pegó sus labios ardientes a aquellos hermosos hombros africanos. La muchacha, con la mirada perdida en el techo, echada hacia atrás, se estremecía palpitante bajo aquel beso.

De pronto, por encima de la cabeza de Phoebus, vio otra cabeza, un rostro lívido, verdoso, convulso, con una mirada de condenado. Junto a ese rostro había una mano que sostenía un puñal. Eran el rostro y la mano del sacerdote. Había roto la puerta y estaba allí. Phoebus no podía verlo. La muchacha permaneció inmóvil, helada, muda ante la horrenda aparición, como una paloma que levantara la cabeza en el momento en que un gavilán mira su nido con sus ojos redondos.

Ni siquiera pudo proferir un grito. Vio que el puñal descendía sobre Phoebus y se elevaba humeante.

—¡Maldición! —dijo el capitán, y se desplomó.

Ella perdió el sentido.

En el momento en que sus ojos se cerraban, en que todo sentimiento se dispersaba en ella, creyó notar en sus labios un contacto de fuego, un beso más abrasador que el hierro candente del verdugo.

Cuando volvió en sí, estaba rodeada de soldados de la guardia, se llevaban al capitán bañado en sangre, el sacerdote había desaparecido, la ventana del fondo de la habitación, que daba al río, estaba abierta de par en par, recogían una capa que suponían que pertenecía al oficial, y oía decir a su alrededor:

—Una bruja ha apuñalado a un capitán.

LIBRO OCTAVO

1

El escudo transformado en hoja seca

Gringoire y toda la Corte de los Milagros se hallaban sumidos en una inquietud mortal. No sabían desde hacía más de un mes qué había sido de Esmeralda, lo que entristecía mucho al duque de Egipto y sus amigos los truhanes, ni tampoco qué había sido de su cabra, lo que duplicaba el dolor de Gringoire. Una noche, la egipcia había desaparecido y desde entonces no había vuelto a dar señales de vida. Toda búsqueda había resultado infructuosa. Algunos convulsos guasones le decían a Gringoire que aquella noche la habían visto por los alrededores del puente Saint-Michel con un oficial; pero este marido al estilo de Bohemia era un filósofo incrédulo, además de que sabía mejor que nadie hasta qué punto era virgen su mujer. Había tenido ocasión de juzgar el pudor inexpugnable que resultaba de las virtudes combinadas del amuleto y la egipcia, y había calculado matemáticamente la resistencia de aquella castidad elevada a la segunda potencia. Por ese lado estaba, pues, tranquilo.

Mas no acertaba a explicarse aquella desaparición. Sentía una profunda pena. Habría adelgazado si ello hubiera sido posible. Se había desentendido de todo, hasta de sus aficiones literarias, hasta de su gran obra *De figuris regularibus et irregularibus*, que pensaba hacer imprimir con el primer dinero que consiguiera (pues estaba obsesionado con la imprenta desde que había visto el *Didascalon*, de Hugues de Saint-Victor, impreso con los célebres caracteres de Vindelin de Spire).

Un día que pasaba, abatido, por delante de la sala de lo criminal de la Tournelle, vio un grupo de gente congregada a una de las puertas del Palacio de Justicia.

—¿Qué pasa? —preguntó a un joven que salía de allí.

—No lo sé, señor —respondió el joven—. Dicen que están juzgando a una mujer que asesinó a un gendarme. Como parece ser que hay brujería detrás del asunto, el obispo y el provisor han intervenido en la causa, y mi hermano, que es arcediano de Josas, se pasa la vida ahí dentro. Precisamente quería hablar con él, pero no me ha sido posible verlo, cosa que me contraría sobremanera, pues necesito dinero.

—Ay, señor —dijo Gringoire—, quisiera poder prestaros algo, pero si mis greguescos están agujereados no es por los escudos.

No se atrevió a decirle al joven que conocía a su hermano el arcediano, al que no había ido a ver desde la escena de la iglesia, negligencia que lo incomodaba.

El estudiante se marchó y Gringoire se puso a seguir a la gente que subía la escalera de la Gran Sala. Consideraba que no hay nada como el espectáculo de un proceso criminal para disipar la melancolía, dado que de ordinario los jueces son de una necedad hilarante. El grupo de gente al que se había sumado avanzaba compacto y silencioso. Tras un lento e insípido recorrido por un

larguísimo pasillo sombrío, que serpenteaba por el palacio como el canal intestinal del viejo edificio, llegaron a una puerta baja por la que se accedía a una sala, la cual pudo explorar con la mirada por encima de las cabezas ondeantes de la multitud gracias a su elevada estatura.

La sala era vasta y oscura, lo que la hacía parecer todavía más vasta. Caía la tarde; las largas ventanas ojivales solo dejaban entrar un pálido rayo de luz que se extinguía antes de llegar a la bóveda, enorme entramado de maderas talladas cuyas mil figuras parecían moverse confusamente en la sombra. En las mesas había ya varias velas encendidas, que resplandecían por encima de las cabezas de los escribanos inclinados sobre los papeles. La parte anterior de la sala estaba ocupada por el público; a derecha e izquierda había hombres togados tras unas mesas; al fondo, sobre un estrado, muchos jueces, los últimos de los cuales se perdían en las tinieblas, rostros inmóviles y siniestros. Las paredes estaban sembradas de innumerables flores de lis. Se distinguía vagamente un gran crucifijo por encima de los jueces, y por doquier picas y alabardas en cuyos extremos la luz de las velas ponía pinchos de fuego.

—Señor, ¿quiénes son todas esas personas que están sentadas allí como prelados en un concilio? —preguntó Gringoire a uno de sus vecinos.

—Señor —respondió el vecino—, son los consejeros de la Gran Sala, a la derecha, y los consejeros de la Cámara de Investigaciones,[113] a la izquierda; los prelados llevan toga negra, y los barones, toga roja.

—¿Y quién es ese que se ve allí, por encima de ellos, ese gordo colorado que está sudando?

—Ese es el señor presidente.

—¿Y esos borregos que están detrás de él? —prosiguió Gringoire, que, como ya hemos visto, no simpatizaba con la magistratura. Quizá se debía al rencor que le inspiraba el Palacio de Justicia desde su percance dramático.

—Esos son los señores relatores de la Casa Real.

—¿Y ese jabalí que está delante?

—Es el escribano del tribunal del Parlamento.

—¿Y ese cocodrilo de la derecha?

—Maese Philippe Lheulier, abogado extraordinario del rey.

—¿Y ese enorme gato negro de la izquierda?

—Maese Jacques Charmolue, procurador del rey en la jurisdicción eclesiástica, con los señores del provisorato.

—Y decidme, señor, ¿qué hacen todas esas personas aquí?

—Juzgan.

—¿A quién juzgan? Yo no veo a ningún acusado.

—Es una mujer, señor. No podéis verla. Nos da la espalda, y además, la gente nos la tapa. ¡Mirad, está allí, donde se ven unas partesanas!

—¿Quién es esa mujer? —preguntó Gringoire—. ¿Sabéis cómo se llama?

—No, señor. Acabo de llegar. Pero, puesto que el provisor asiste al proceso, supongo que se trata de un caso de brujería.

—¡Vaya, vaya! —exclamó nuestro filósofo—.Vamos a ver a todos esos togados comer carne

humana. En fin, es un espectáculo como otro cualquiera.

—Señor, ¿no os parece que maese Jacques Charmolue tiene un aspecto muy afable? —dijo el vecino.

—¡Hum! —contestó Gringoire—. No me fío de la afabilidad que frunce la nariz y tiene los labios finos.

La gente de alrededor impuso silencio a los dos charlatanes. Estaban haciendo una deposición importante.

—Señores —decía, en medio de la sala, una vieja cuyo rostro desaparecía de tal modo bajo la vestimenta que parecía un montón de andrajos caminando—, la cosa es tan cierta como cierto es que yo soy la Falourdel, establecida desde hace cuarenta años en el puente Saint-Michel, y puntual pagadora de rentas, laudemios y censos, en la puerta de enfrente de la casa de Tassin-Caillart, el tintorero, que está en el lado de arriba del río… ¡Una pobre vieja ahora, una bonita muchacha en otros tiempos, señores! Llevaban unos días diciéndome: «Falourdel, no hiléis demasiado por la noche, que al diablo le gusta peinar con sus cuernos la husada de las viejas. Mirad que el monje errante, que andaba el año pasado por la parte del Temple, merodea ahora por la Cité. Id con cuidado, Falourdel, no vaya a llamar a vuestra puerta…» Una noche estaba hilando con mi rueca cuando llaman a la puerta. Pregunto quién es. Reniegan. Abro. Entran dos hombres. Uno de negro y un apuesto oficial. Al de negro solo se le veían los ojos, dos brasas. Todo lo demás era capa y sombrero. Y esto es lo que me dicen: «La habitación de Santa Marta». «Es la habitación de arriba, señores, la más limpia.» Me dan un escudo. Yo guardo el escudo en un cajón y me digo: «Con esto compraré mañana unos callos en el matadero de la Gloriette». Subimos. Ya en la habitación de arriba, mientras yo estoy de espaldas, el hombre de negro desaparece. Eso me sorprende un poco. El oficial, que tenía la apostura de un gran señor, baja conmigo. Sale de la casa. En el tiempo que tardo en hilar un cuarto de madeja, vuelve con una hermosa muchacha, una muñeca que habría brillado como el sol si hubiera estado peinada. Llevaba con ella un chivo, uno grande, negro o blanco, no me acuerdo. Eso me da que pensar. La chica, eso no es asunto mío, ¡pero el chivo…! No me gustan esos animales, tienen barba y cuernos. Se parecen a los hombres. Y además, huelen a sábado. Sin embargo, no digo nada. Tenía el escudo. Es justo, ¿no, señor juez? Acompaño a la chica y al capitán a la habitación de arriba y los dejo solos, bueno, con el chivo. Bajo y me pongo otra vez a hilar… Debo deciros que mi casa tiene planta baja y un piso, la parte trasera da al río, como las demás casas del puente, y la ventana de la planta baja y la del piso quedan sobre el agua… Bien, pues estaba hilando. No sé por qué, pensaba en ese monje errante que el chivo me había hecho recordar, y además, la chica iba arreglada de una forma un poco rara. De repente oigo un grito arriba y el ruido de algo que cae al suelo, y que la ventana se abre. Corro hacia la mía, que está debajo, y veo pasar ante mis ojos una masa negra que cae al agua. Era un fantasma vestido de sacerdote. Había luna llena. Lo vi muy bien. Nadaba hacia la Cité. Entonces, temblando, llamo a la guardia. Esos señores de la docena entran y, de buenas a primeras, sin saber de qué se trataba, como estaban contentos, me pegan. Les explico lo que pasa. Subimos y ¿qué encontramos? Mi pobre habitación toda manchada de sangre, el capitán tendido todo lo largo que es con un puñal en el cuello, la muchacha haciéndose la muerta y el chivo asustado. «Bueno», dije, «me pasaré más

de quince días limpiando el suelo. Habrá que raspar, será terrible.» Se llevaron al oficial, ¡pobre muchacho!, y a la chica toda despechugada… ¡Esperad! Lo peor es que al día siguiente, cuando fui a coger el escudo para comprar los callos, encontré una hoja seca en su lugar.

La vieja se calló. Un murmullo de horror circuló por el auditorio.

—El fantasma, el chivo… todo esto huele a magia —dijo un vecino de Gringoire.

—¡Y la hoja seca! —añadió otro.

—No hay duda —intervino un tercero—, es una bruja que tiene tratos con el monje errante para desvalijar a los oficiales.

El propio Gringoire no se hallaba muy lejos de encontrar todo aquello horrible y verosímil.

—Mujer Falourdel —dijo el presidente con majestad—, ¿no tenéis nada más que decir a la justicia?

—No, monseñor —respondió la vieja—, salvo que en el atestado trataron mi casa de casucha vieja y apestosa, lo que es hablar de manera ofensiva. Las casas del puente no tienen muy buen aspecto porque hay mucha gente del pueblo, pero así y todo allí viven los carniceros, que son ricos y están casados con guapas mujeres muy limpias.

El magistrado que a Gringoire le había parecido que tenía aspecto de cocodrilo se levantó.

—¡Paz! —dijo—. Ruego a sus señorías que no pierdan de vista que se encontró un puñal sobre la acusada. Mujer Falourdel, ¿habéis traído esa hoja seca en que se transformó el escudo que os había dado el demonio?

—Sí, monseñor —respondió ella—. La he encontrado. Aquí está.

Un ujier le pasó la hoja seca al cocodrilo, que hizo un ademán lúgubre con la cabeza y se la pasó al presidente, el cual se la pasó al procurador del rey en la jurisdicción eclesiástica, de manera que dio la vuelta a la sala.

—Es una hoja de abedul —dijo maese Jacques Charmolue—. Otra prueba de magia.

Un consejero tomó la palabra.

—Testigo, dos hombres subieron a la vez a vuestra casa. El hombre de negro, al que visteis primero desaparecer y luego nadar en el Sena con ropas de sacerdote, y el oficial. ¿Cuál de los dos os dio el escudo?

La vieja estuvo pensando un momento y dijo:

—Fue el oficial.

Un rumor corrió entre el público. «¡Ah! —pensó Gringoire—. En ese caso, ya no estoy tan seguro.»

Sin embargo, maese Philippe Lheulier, el abogado extraordinario del rey, intervino de nuevo:

—Recuerdo a sus señorías que en la deposición escrita a la cabecera de su cama, el oficial asesinado, al declarar que había pensado vagamente, en el momento en que el hombre de negro lo había abordado, que podría ser muy bien el monje errante, añadía que el fantasma le había instado vivamente a que fuera a encontrarse con la acusada, y, ante la observación de él, el capitán, de que no tenía dinero, le había dado el escudo con el que el mencionado oficial pagó a la Falourdel. Así pues, el escudo es una moneda del infierno.

Esta observación concluyente pareció disipar todas las dudas de Gringoire y de los demás

escépticos del auditorio.

—Sus señorías tienen el expediente —añadió el abogado del rey sentándose—. Pueden consultar la declaración del capitán Phoebus de Châteaupers.

Al oír este nombre, la acusada se levantó. Su cabeza sobresalió entre la multitud. Gringoire, aterrado, reconoció a Esmeralda.

Estaba pálida. Sus cabellos, antes tan graciosamente trenzados y adornados con cequíes, caían en desorden; sus labios estaban amoratados; sus ojos hundidos daban miedo.

—¡Phoebus! —dijo, desorientada—, ¿dónde está? ¡Señorías, antes de matarme, decidme, por favor, si todavía vive!

—Callaos, mujer —ordenó el presidente—. Ese no es el asunto que ahora nos ocupa.

—¡Por piedad! ¡Decidme si está vivo! —insistió ella, juntando sus bellas manos enflaquecidas, y al moverlas se oía el roce de las cadenas con su vestido.

—¡Está bien! —dijo secamente el abogado del rey—. Se está muriendo. ¿Ya estáis contenta?

La desdichada cayó sobre su asiento, sin voz, sin lágrimas, blanca como una figura de cera.

El presidente se inclinó hacia un hombre situado a sus pies, que llevaba un bonete dorado y una toga negra, una cadena en el cuello y una vara en la mano.

—Ujier, haced pasar a la segunda acusada.

Todas las miradas se volvieron hacia una pequeña puerta que se abrió y, para gran emoción de Gringoire, dejó paso a una bonita cabra con los cuernos y las pezuñas dorados. El elegante animal se detuvo un momento en el umbral estirando el cuello, como si, encaramado en una roca, tuviera ante los ojos un inmenso horizonte. De pronto vio a la gitana y, saltando por encima de la mesa y de la cabeza de un escribano, en dos brincos estuvo junto a ella. Después se tumbó graciosamente sobre los pies de su ama en demanda de una palabra o de una caricia; pero la acusada permaneció inmóvil y la pobre Djali no recibió ni siquiera una mirada.

—¡Ah, es ese horrible animal! —dijo la vieja Falourdel—. ¡Los reconozco muy bien a los dos!

—Si vuestras señorías tienen a bien —intervino Jacques Charmolue—, procederemos a interrogar a la cabra.

Era ella, en efecto, la segunda acusada. Nada más sencillo en aquellos tiempos que incoar un proceso de brujería contra un animal. Encontramos, entre otros, en las cuentas del prebostazgo de 1466, un curioso detalle de los gastos del proceso de Gillet-Soulart y de su cerda, «ejecutados por sus faltas», en Corbeil. Allí figura todo, el coste de la fosa para meter a la cerda, los quinientos haces de leña recogidos en el puerto de Morsant, las tres pintas de vino y el pan, última comida del condenado fraternalmente compartida por el verdugo, hasta los once días de cuidar y alimentar a la cerda a ocho dineros parisienses por día. Algunas veces incluso se iba más allá de los animales. Las capitulares de Carlomagno y de Luis el Piadoso infligen graves penas a los fantasmas inflamados que osaran aparecer en el aire.

Entre tanto, el procurador en la jurisdicción eclesiástica decía:

—Si el demonio que posee a esta cabra y que se ha resistido a todos los exorcismos persiste en sus maleficios, si asusta al tribunal, le advertimos que nos veremos obligados a pedir para él la horca o la hoguera.

Gringoire sintió un sudor frío. Charmolue cogió de una mesa la pandereta de la gitana y, presentándosela de determinada manera a la cabra, le preguntó:

—¿Qué hora es?

La cabra lo miró con ojos inteligentes, levantó su patita dorada y dio siete golpes. Eran, en efecto, las siete. Una reacción de pánico recorrió la multitud.

Gringoire no pudo contenerse.

—¡Está perdida! —exclamó en voz alta—. ¡Es evidente que no sabe lo que hace!

—¡Silencio a los villanos del fondo de la sala! —dijo en tono agrio el ujier.

Jacques Charmolue, con ayuda de la pandereta, mandó hacer a la cabra otras cosas relativas al día, el mes del año, etcétera, de las que el lector ya ha sido testigo. Y, por efecto de una ilusión óptica propia de los debates judiciales, aquellos mismos espectadores que quizá habían aplaudido más de una vez en la calle las inocentes travesuras de Djali, se sintieron horrorizados bajo las bóvedas del Palacio de Justicia. Decididamente, la cabra era el diablo.

Todavía fue peor cuando, después de que el procurador del rey hubiera vaciado en el suelo una bolsita de cuero llena de letras sueltas que Djali llevaba en el cuello, vieron a la cabra apartar del alfabeto esparcido, con la pata, las letras que formaban este nombre fatal: «Phoebus». Los sortilegios de que el capitán había sido víctima parecieron irrefutablemente demostrados y, a los ojos de todos, la gitana, aquella arrebatadora bailarina que tantas veces había deslumbrado a los transeúntes con su gracia, ya no fue más que una terrible estrige.

Por lo demás, ella no daba ningún signo de vida. Ni las graciosas evoluciones de Djali, ni las amenazas del tribunal, ni las sordas imprecaciones del auditorio, nada llegaba a su pensamiento.

Fue preciso, para sacarla de su postración, que un alguacil la zarandease sin piedad y que el presidente elevara solemnemente la voz:

—Muchacha, sois de raza bohemia, dedicada a los maleficios. En complicidad con la cabra embrujada implicada en el proceso, la noche del veintinueve de marzo pasado heristeis y apuñalasteis, de acuerdo con los poderes de las tinieblas y utilizando encantamientos y prácticas, a un capitán de los arqueros de la ordenanza del rey, Phoebus de Châteaupers. ¿Persistís en negarlo?

—¡Horror! —gritó la joven, tapándose el rostro con las manos—. ¡Mi Phoebus! ¡Oh! ¡Esto es el infierno!

—¿Persistís en negarlo? —preguntó con frialdad el presidente.

—¡Sí, lo niego! —dijo ella en un tono terrible.

Se había levantado y sus ojos centelleaban.

El presidente continuó resueltamente:

—Entonces, ¿cómo explicáis los hechos que se os imputan?

Ella respondió con voz entrecortada:

—Ya lo he dicho. No lo sé. Fue un sacerdote. Un sacerdote al que no conozco. ¡Un sacerdote infernal que me persigue!

—Exacto —dijo el juez—. El monje errante.

—¡Oh, señorías, tened compasión! No soy más que una pobre muchacha…

—De Egipto —añadió el juez.

Maese Jacques Charmolue tomó la palabra para decir con afabilidad:

—Dada la dolorosa obstinación de la acusada, solicito la aplicación de la tortura.

—Concedido —dijo el presidente.

La desventurada se estremeció de la cabeza a los pies. No obstante, se levantó al ordenárselo los partesaneros y caminó con paso bastante firme entre dos filas de alabarderos, precedida de Charmolue y de los sacerdotes del provisorato, hacia una puerta secreta que se abrió súbitamente y se cerró de nuevo a su espalda, lo que a Gringoire le produjo el efecto de una horrible boca que acababa de devorarla.

Cuando desapareció, se oyó un balido quejumbroso. Era la cabrita que lloraba.

La audiencia fue suspendida. A la observación hecha por un consejero en el sentido de que sus señorías se encontraban cansadas y sería excesivo esperar hasta que acabase la tortura, el presidente respondió que un magistrado debe ser capaz de sacrificarse para cumplir con su deber.

—¡Será ingrata y desagradable, la bribona! —dijo un viejo juez—. ¡Mira que hacerse aplicar el tormento cuando todavía no hemos cenado!

2

Continuación del escudo transformado en hoja seca

Después de subir y bajar varios escalones en unos pasillos tan oscuros que debían iluminarlos con lámparas en pleno día, Esmeralda, rodeada aún por su lúgubre cortejo, fue empujada por los alguaciles del palacio hacia el interior de una sala siniestra. Esta sala, de forma redonda, ocupaba la planta baja de una de esas grandes torres que todavía hoy, en nuestro siglo, traspasan la capa de edificios modernos con que el nuevo París ha cubierto al antiguo. No había ventanas en aquel sótano, ni más aberturas que la entrada, baja y con una gruesa puerta de hierro. Claridad, sin embargo, no faltaba. Había, empotrado en la pared, un horno en cuyo interior ardía un gran fuego que llenaba el sótano de reflejos rojizos y despojaba de todo resplandor una miserable vela encendida en un rincón. Del rastrillo de hierro que servía para cerrar el horno, levantado en aquel momento, solo se veía, en la abertura que resplandecía en la pared tenebrosa, el extremo inferior de sus barrotes, como una hilera de dientes negros, agudos y espaciados, lo que hacía pensar en un dragón de leyenda que lanza llamaradas por la boca. A la luz que despedía el horno, la prisionera vio alrededor de la sala unos instrumentos horribles cuyo uso no comprendía. En el centro, casi tocando el suelo, había un colchón de cuero sobre el que pendía una correa con hebilla, sujeta a una argolla de cobre mordida por un monstruo desnarigado esculpido en la clave de la bóveda. Tenazas, pinzas y anchas rejas de arado se amontonaban en el interior del horno y se ponían al rojo sobre las brasas. El sangriento resplandor del horno no iluminaba en toda la sala más que cosas horribles.

Aquel infierno se llamaba simplemente «la cámara de torturas».

En la cama estaba despreocupadamente sentado Pierrat Torterue, el torturador jurado. Sus ayudantes, dos enanos de cara cuadrada, con delantal de cuero sujeto con cintas de lona, removían los hierros sobre los tizones.

Aunque la pobre muchacha había recobrado el valor, al entrar en aquella sala se quedó horrorizada.

Los alguaciles del baile del palacio se colocaron a un lado, los clérigos del provisorato al otro. Un escribano, una escribanía y una mesa estaban en un rincón.

Maese Jacques Charmolue se acercó a la egipcia sonriendo con exagerada afabilidad.

—Mi querida niña —dijo—, ¿persistís en negar?

—Sí —respondió ella con voz apagada.

—En tal caso —prosiguió Charmolue—, será muy doloroso para nosotros interrogaros con más insistencia de la que quisiéramos. Tened la bondad de sentaros en esta cama. Maese Pierrat, dejad sitio a la señorita y cerrad la puerta.

Pierrat se levantó soltando un gruñido.

—Si cierro la puerta, el fuego se apagará.

—Siendo así, amigo —repuso Charmolue—, dejadla abierta.

Esmeralda, sin embargo, permanecía de pie. Aquella cama de cuero en la que se habían retorcido tantos miserables la espantaba. El terror le helaba la médula de los huesos. Así que estaba allí, aterrada y aturdida. Obedeciendo a una señal de Charmolue, los dos ayudantes la cogieron y la sentaron en la cama. No le hicieron ningún daño, pero cuando esos hombres la tocaron, cuando ese cuero la tocó, sintió que toda su sangre refluía hacia el corazón. Dirigió una mirada extraviada alrededor de la sala. Le pareció ver que se movían y caminaban desde todas partes hacia ella, para subir por su cuerpo y morderla y pincharla, todos aquellos deformes útiles de tortura, que eran, entre los instrumentos de toda clase que ella había visto hasta entonces, lo que son los murciélagos, los ciempiés y las arañas entre los insectos y los pájaros.

—¿Dónde está el médico? —preguntó Charmolue.

—Aquí —respondió un ropón negro que ella aún no había visto.

Esmeralda se estremeció.

—Señorita —prosiguió la voz acariciadora del procurador en la jurisdicción eclesiástica—, por tercera vez, ¿persistís en negar los hechos de los que se os acusa?

Esta vez no pudo hacer más que una señal con la cabeza. No le salió la voz.

—¿Persistís? —dijo Jacques Charmolue—. Entonces, lo siento mucho, pero debo cumplir con el deber que mi cargo exige.

—Señor procurador del rey —dijo bruscamente Pierrat—, ¿por dónde empezamos?

Charmolue dudó un instante con la expresión ambigua de un poeta que busca una rima.

—Por el borceguí —respondió por fin.

La desventurada se sintió tan profundamente abandonada por Dios y por los hombres que su cabeza cayó sobre el pecho como algo inerte sin ninguna fuerza propia.

El torturador y el médico se acercaron a ella a la vez. Al mismo tiempo, los dos ayudantes se pusieron a rebuscar en su repugnante arsenal.

Al oír el ruido de aquellos horribles hierros, la desdichada criatura tembló como una rana muerta a la que galvanizan.

—¡Oh! —suspiró, tan bajo que no se oyó—. ¡Oh, Phoebus!

Inmediatamente volvió a encerrarse en su inmovilidad y en su pétreo silencio.

Aquel espectáculo habría desgarrado el corazón de cualquiera salvo el de los jueces. Parecía una pobre alma pecadora interrogada por Satán ante la puerta escarlata del infierno. El miserable cuerpo al que iba a aferrarse aquel espantoso hormiguero de sierras, ruedas y caballetes, el ser que iban a manipular las rasposas manos de verdugos y tenazas, era aquella dulce, blanca y frágil criatura. ¡Pobre grano de mijo que la justicia humana daba a las espantosas muelas de la tortura para que lo trituraran!

Mientras, las manos callosas de los ayudantes de Pierrat Torterue habían descubierto brutalmente aquella pierna encantadora y aquel pequeño pie que tantas veces habían maravillado a los transeúntes con su gracia y su belleza en las calles de París.

—¡Qué lástima! —masculló el torturador contemplando aquellas formas tan graciosas y

delicadas.

Si el arcediano hubiera estado presente, sin duda habría recordado en ese momento su símbolo de la araña y la mosca.

La desdichada no tardó en ver acercarse, a través de una nube que se extendía sobre sus ojos, el «borceguí», no tardó en ver desaparecer su pie, aprisionado entre los hierros, dentro de aquel pavoroso aparato. Entonces el terror le devolvió la fuerza.

—¡Quitadme eso! —gritó, enfurecida. E incorporándose totalmente desmelenada, exclamó—: ¡Piedad!

Se levantó de la cama para arrojarse a los pies del procurador del rey, pero su pierna estaba atrapada en el pesado bloque de roble y hierros y se desplomó sobre el borceguí, más destrozada que una abeja con plomo en las alas.

A una señal de Charmolue, la colocaron de nuevo en la cama y dos grandes manos abrocharon a su fina cintura la correa que colgaba de la bóveda.

—Por última vez, ¿confesáis los hechos de la causa? —preguntó Charmolue con su imperturbable benignidad.

—Soy inocente.

—Entonces, ¿cómo explicáis las circunstancias que os inculpan?

—Desgraciadamente, señoría, no lo sé.

—¿Lo negáis, pues?

—¡Todo!

—Adelante —dijo Charmolue a Pierrat.

Pierrat hizo girar la llave del mecanismo, el borceguí se cerró y la desdichada profirió uno de esos horribles gritos que no tienen ortografía en ninguna lengua humana.

—Deteneos —dijo Charmolue a Pierrat—. ¿Confesáis? —le preguntó a la egipcia.

—¡Todo! —gritó la miserable muchacha—. ¡Confieso! ¡Confieso! ¡Piedad!

No había calculado sus fuerzas al enfrentarse a la tortura. ¡Pobre niña, cuya vida había sido hasta entonces tan alegre, tan suave, tan dulce! ¡El primer dolor la había vencido!

—La humanidad me obliga a deciros —observó el procurador del rey— que, al confesar, lo que os espera es la muerte.

—¡En ello confío! —dijo la egipcia, y cayó sobre la cama de cuero, moribunda, doblada en dos, dejándose colgar de la correa abrochada en su pecho.

—Arriba, encanto, sosteneos un poco —dijo maese Pierrat, levantándola—. Parecéis el cordero de oro que lleva colgado del cuello el señor de Borgoña.

Jacques Charmolue levantó la voz:

—Escribano, anotad. Joven gitana, ¿confesáis vuestra participación en los ágapes, aquelarres y maleficios del infierno, con las larvas, las máscaras y las estriges? Responded.

—Sí —dijo ella, tan bajo que la palabra se perdía en su aliento.

—¿Confesáis haber visto al macho cabrío que Belcebú hace aparecer en las nubes para convocar el aquelarre y que solo ven los brujos?

—Sí.

—¿Confesáis haber adorado las cabezas de Baphomet, esos abominables ídolos de los templarios?

—Sí.

—¿Y haber tenido comercio habitual con el diablo en forma de una cabra familiar, incluida en el proceso?

—Sí.

—Por último, ¿confesáis haber herido y asesinado, con la ayuda del demonio y del fantasma vulgarmente llamado el monje errante, en la noche del veintinueve de marzo pasado, a un capitán llamado Phoebus de Châteaupers?

Esmeralda levantó sus grandes ojos hacia el magistrado y, con la mirada perdida, respondió como maquinalmente, sin convulsiones ni estremecimientos:

—Sí.

Era evidente que estaba destrozada.

—Anotad, escribano —dijo Charmolue. Y dirigiéndose a los torturadores, añadió—: Que desaten a la prisionera y la lleven a la audiencia.

Cuando «descalzaron» a la prisionera, el procurador en la jurisdicción eclesiástica examinó su pie todavía inflamado.

—¡Vamos, no está muy dañado! —dijo—. Habéis gritado a tiempo. Todavía podríais bailar, jovencita.

Después se volvió hacia sus acólitos del provisorato:

—¡Por fin la justicia iluminada! Es un alivio, señores. La señorita atestiguará que hemos actuado con toda la delicadeza posible.

3

Fin del escudo transformado en hoja seca

Cuando entró de nuevo, pálida y cojeando, en la sala de audiencias, un murmullo general de placer la acogió. Por parte del auditorio, era ese sentimiento de impaciencia satisfecha que se experimenta en el teatro al acabar el último entreacto de la obra, cuando por fin el telón vuelve a levantarse y va a comenzar el final. Por parte de los jueces, era la esperanza de cenar muy pronto. La cabrita también baló de alegría. Intentó salir al encuentro de su ama, pero la habían atado al banco.

Había anochecido del todo. Las velas, cuyo número no habían aumentado, daban tan poca luz que no se veían las paredes de la sala. Las tinieblas envolvían todos los objetos en una suerte de bruma. A duras penas se distinguían algunas caras apáticas de jueces. Frente a ellos, en el otro extremo de la larga sala, podían ver un punto de vaga blancura recortarse sobre el fondo oscuro. Era la acusada.

Había llegado hasta su sitio arrastrándose. Cuando Charmolue se hubo instalado magistralmente en el suyo, se sentó, luego se levantó y dijo, sin dejar traslucir demasiada vanidad por su éxito:

—La acusada lo ha confesado todo.

—Muchacha bohemia —dijo el presidente—, ¿habéis confesado todos vuestros actos de magia, de prostitución y de asesinato en la persona de Phoebus de Châteaupers?

A Esmeralda se le encogió el corazón. La oyeron sollozar en la oscuridad.

—Todo lo que queráis —respondió débilmente—, pero matadme pronto.

—Señor procurador del rey en la jurisdicción eclesiástica —dijo el presidente—, la sala está preparada para escuchar vuestro alegato.

Maese Charmolue exhibió un enorme cartapacio y se puso a leer, gesticulando mucho y con la entonación exagerada de la abogacía, un discurso en latín en el que todas las pruebas del proceso se amontonaban en perífrasis ciceronianas acompañadas de citas de Plauto, su cómico favorito. Lamentamos no poder ofrecer a nuestros lectores esta pieza extraordinaria. El orador la recitaba con una gesticulación maravillosa. No había acabado el exordio y ya le saltaba el sudor de la frente y los ojos de la cabeza.

De repente, en medio de una frase, se interrumpió, y su mirada, de ordinario asaz serena e incluso harto boba, se volvió fulminante.

—Señorías —exclamó (en francés, pues aquello no estaba escrito en el cartapacio)—, Satán se encuentra involucrado hasta tal punto en este asunto que hete aquí que asiste a nuestros debates y se mofa de su majestad. ¡Mirad!

Charmolue señaló con la mano a la cabrita, la cual, viéndolo gesticular, había creído que venía

a cuento hacer otro tanto y, sentada sobre su trasero, imitaba lo mejor que podía, con las patas delanteras y su cabeza barbuda, la pantomima patética del procurador del rey en la jurisdicción eclesiástica. Era, como recordamos, una de sus habilidades más graciosas. Este incidente, esta última «prueba», causó un gran efecto. Le ataron, pues, las patas a la cabra y el procurador del rey retomó el hilo de su elocuente discurso.

Aquello era interminable, pero la peroración fue excepcional. He aquí la última frase; añádase la voz engolada y el gesto jadeante de maese Charmolue:

—*Ideo, Domni, coram stryga demonstrata, crimine patente, intentione criminis existente, in nomine sanctae ecclesiae Nostrae-Dominae Parisiensis, quae est in saisina habendi omnimodam altam et bassam justitiam in illa hac intemerata Civitatis insula, tenore praesentium declaramus nos requirere, primo, aliquandam pecuniariam indemnitatem; secundo, amendationem honorabilem ante portalium maximum Nostrae-Dominae, ecclesiae cathedralis; tertio, sententiam in virtute cujus ista stryga cum sua capella, seu in trivio vulgariter dicto* la Grève, *seu in insula exeunte in fluvio Sequanae, juxta pointam jardini regalis, executatae sint*.[114]

Se puso el birrete y se sentó.

—¡Buf! —suspiró Gringoire, entristecido—: *Bassa latinitas*.[115]

Otro hombre con toga negra, sentado junto a la acusada, se puso en pie. Era su abogado. Los jueces, en ayunas, empezaron a murmurar.

—Abogado, sed breve —dijo el presidente.

—Señor presidente —contestó el abogado—, puesto que la demandada ha confesado su crimen, solo tengo que decir una cosa a sus señorías. He aquí un texto de la ley sálica: «Si una estrige se ha comido a un hombre, y es convicta por este hecho, pagará una multa de ocho mil dineros, que equivalen a doscientos sueldos de oro». Ruego al tribunal que condene a mi cliente a la multa.

—Texto derogado —dijo el abogado extraordinario del rey.

—*Nego*[116] —replicó el abogado defensor.

—¡Votemos! —propuso un consejero—. El crimen es patente y se ha hecho tarde.

Se procedió a la votación sin abandonar la sala. Los jueces se pronunciaron levantando el birrete; tenían prisa. Se les veía descubrirse uno tras otro en la penumbra, en respuesta a la pregunta lúgubre que les formulaba en voz baja el presidente. La pobre acusada parecía mirarlos, pero sus ojos empañados no veían.

A continuación el escribano se puso a escribir y le pasó al presidente un largo pergamino.

Entonces la desventurada oyó un revuelo entre la gente, el entrechocar de las picas y una voz glacial que decía:

—Muchacha bohemia, el día que tenga a bien el rey nuestro sire, al mediodía, seréis conducida en una carreta, en camisa, descalza y con la soga al cuello, ante el gran pórtico de Notre-Dame, donde os retractaréis públicamente con una antorcha de cera de dos libras de peso en la mano, y de allí seréis conducida a la plaza de Grève, donde seréis colgada y estrangulada en el patíbulo de la ciudad, y vuestra cabra lo mismo, y pagaréis al provisor tres leones de oro a modo de reparación

de los crímenes por vos cometidos y confesados de brujería, magia, lujuria y asesinato en la persona del señor Phoebus de Châteaupers. ¡Que Dios acoja vuestra alma!

—¡Oh, estoy soñando! —murmuró la joven, y sintió unas rudas manos que se la llevaban.

4

«Lasciate ogni speranza»

En la Edad Media, cuando un edificio estaba terminado había casi tanto bajo tierra como encima. A no ser que estuvieran construidos sobre pilotes, como Notre-Dame, palacios, fortalezas e iglesias tenían siempre un doble fondo. En las catedrales, era en cierto modo otra catedral subterránea, baja, oscura, misteriosa, ciega y muda, bajo la nave superior, que rebosaba luz y en la que resonaban órganos y campanas día y noche; en ocasiones era un sepulcro. En los palacios, en las fortalezas, era una prisión, a veces también un sepulcro, a veces las dos cosas juntas. Esas imponentes construcciones, cuyo modo de formación y de «vegetación» ya hemos explicado, no tenían simples cimientos, sino, por así decirlo, raíces que se ramificaban por el suelo en salas, galerías y escaleras, como la construcción de arriba. Así pues, iglesias, palacios y fortalezas tenían tierra hasta medio cuerpo. Los sótanos de un edificio eran otro edificio en el que se bajaba en lugar de subir, y que tenía sus pisos subterráneos bajo el montón de pisos exteriores del monumento, como esos bosques y esas montañas que se invierten en el agua espejeante de un lago por debajo de los bosques y las montañas de la orilla.

En la fortaleza de Saint-Antoine, en el Palacio de Justicia de París, en el Louvre, esos edificios subterráneos eran prisiones. Los pisos de esas prisiones, a medida que se hundían en el suelo, se estrechaban y se ensombrecían. Eran diferentes zonas en las que se escalonaban los matices del horror. Dante no pudo encontrar nada mejor para su infierno. Esos embudos de calabozos generalmente desembocaban, en lo más profundo, en un fondo de cuba donde Dante puso a Satanás y donde la sociedad metía al condenado a muerte. Una vez que una miserable existencia era enterrada allí, adiós a la luz, al aire, a la vida, a *ogni speranza*. No volvía a salir sino para ir al patíbulo o a la hoguera. A veces se pudría allí. La justicia humana llamaba a eso «olvidar». Entre los hombres y él, el condenado sentía sobre su cabeza el peso de montones de piedras y de carceleros, y la prisión entera, la maciza fortaleza ya no era más que una enorme y complicada cerradura que lo encadenaba fuera del mundo vivo.

En un fondo de cuba de ese tipo, en las mazmorras excavadas por San Luis, en el *in-pace* de la Tournelle era donde, sin duda por miedo a una evasión, habían encerrado a Esmeralda, condenada a la horca, con el colosal Palacio de Justicia sobre su cabeza. ¡Pobre mosca, que habría sido incapaz de mover la más pequeña de sus piedras!

Ciertamente, la providencia y la sociedad habían sido igualmente injustas: semejante lujo de desgracia y de tortura no era necesaria para doblegar a una criatura tan frágil.

Allí estaba ella, perdida en las tinieblas, sepultada, enterrada, emparedada. Quien la hubiera podido ver en tal estado, después de haberla visto reír y bailar al sol, se habría estremecido. Fría como la noche, fría como la muerte, sin un soplo de aire en sus cabellos, sin un ruido humano en

sus oídos, sin un rayo de luz en sus ojos, destrozada, cargada de cadenas, acurrucada junto a una jarra y un trozo de pan sobre un puñado de paja, en el charco formado bajo ella por el agua que rezumaba del calabozo, inmóvil, casi sin aliento; ya ni siquiera sufría. Phoebus, el sol, el mediodía, el aire libre, las calles de París, los bailes con los aplausos, las dulces palabras de amor intercambiadas con el oficial, luego el sacerdote, la alcahueta, el puñal, la sangre, la tortura, el patíbulo, todo eso desfilaba todavía por su cabeza, tan pronto como una visión alegre y dorada, tan pronto como una pesadilla deforme; pero ya no era más que una lucha horrible y vaga que se perdía en las tinieblas, o una música lejana que tocaban allá arriba, en la tierra, y que no podía oírse en las profundidades en las que la desdichada había caído.

Desde que estaba allí, ni velaba ni dormía. En aquel infortunio, en aquella mazmorra, ya no era capaz de distinguir la vigilia del sueño, el sueño de la realidad, el día de la noche. Todo eso estaba mezclado, roto, flotando, confusamente esparcido en su pensamiento. Ya no sentía, no sabía, no pensaba. Como mucho, soñaba. Jamás se había adentrado tanto una criatura viva en la nada.

Embotada, helada, petrificada como estaba, apenas había reparado dos o tres veces en el ruido de una trampilla que se había abierto en alguna parte por encima de ella, sin dejar pasar siquiera un poco de luz, y por la cual una mano le había echado un mendrugo de pan negro. Sin embargo, era la única comunicación que le quedaba con los hombres, la visita periódica del carcelero.

Una sola cosa ocupaba todavía maquinalmente su oído. Por encima de su cabeza, la humedad se filtraba a través de las piedras enmohecidas de la bóveda, y de ella se desprendía a intervalos regulares una gota de agua. Ella escuchaba absurdamente el ruido que hacía aquella gota de agua al caer en el charco a su lado.

Aquella gota de agua cayendo en aquel charco era el único movimiento que se producía a su alrededor, el único reloj que marcaba el tiempo, el único ruido que llegó hasta ella de todo el ruido que se hace en la superficie de la tierra.

Puestos a decirlo todo, notaba también de cuando en cuando, en aquella cloaca de fango y de tinieblas, algo frío que le pasaba por un pie o por un brazo, y se estremecía.

No sabía desde cuándo estaba allí. Recordaba una condena de muerte pronunciada en algún lugar contra alguien, luego que se la habían llevado a ella y que se había despertado rodeada de oscuridad y de silencio, helada. Se había arrastrado apoyándose en las manos, pero unas argollas de hierro se le habían clavado en los tobillos y había oído ruido de cadenas. Había reconocido que todo era muralla a su alrededor, que debajo de ella había una losa encharcada y un montón de paja. Pero ni una lámpara ni un tragaluz. Entonces se había sentado sobre la paja y a veces, para cambiar de postura, en el último peldaño de una escalera de piedra que había en el calabozo.

Durante algún tiempo había intentado contar los negros minutos marcados por la gota de agua; pero muy pronto aquel triste trabajo de un cerebro enfermo se había interrumpido por sí solo en su cabeza y la había sumido en el estupor.

Un día, por fin, o una noche (pues noche y día tenían el mismo color en aquel sepulcro), oyó por encima de ella un ruido más fuerte que el que hacía habitualmente el carcelero cuando le llevaba pan y agua. Levantó la cabeza y vio pasar un rayo rojizo a través de las rendijas de la especie de puerta o trampilla practicada en la bóveda del *in-pace*.

Al mismo tiempo se oyó crujir la cerradura, la pesada trampilla de hierro chirrió al girar sobre sus oxidados goznes, se abrió, y Esmeralda vio una linterna, una mano y la parte inferior del cuerpo de dos hombres, pues la puerta era demasiado baja para que pudiese ver sus cabezas. La luz la hirió tan vivamente que cerró los ojos.

Cuando volvió a abrirlos, la puerta estaba cerrada, el farol descansaba sobre un peldaño de la escalera y un hombre, solo, se hallaba de pie ante ella. Una cogulla negra le caía hasta los pies y una capucha del mismo color le tapaba el rostro. No se veía nada de su persona, ni su cara ni sus manos. Era un largo sudario negro que se sostenía en pie y bajo el cual parecía moverse algo. Ella miró fijamente durante unos minutos a aquella especie de espectro, pero ninguno de los dos hablaba. Se habría dicho que eran dos estatuas una frente a otra. Tan solo dos cosas parecían vivir en el sótano: la mecha de la linterna, que chisporroteaba a causa de la humedad de la atmósfera, y la gota de agua de la bóveda, que cortaba aquella crepitación irregular con su chapoteo monótono y hacía temblar la luz de la linterna en reflejos concéntricos sobre el agua aceitosa de la charca.

Finalmente la prisionera rompió el silencio:

—¿Quién sois?

—Un sacerdote.

La palabra, el acento, el sonido de la voz la hicieron estremecerse.

El sacerdote continuó articulando sordamente:

—¿Estáis preparada?

—¿Para qué?

—Para morir.

—¡Oh! —dijo ella—. ¿Será pronto?

—Mañana.

Su cabeza, que se había levantado con alegría, volvió a caer sobre su pecho.

—¡Falta aún demasiado! —murmuró—. ¿No les daba igual hoy?

—¿Tan desgraciada sois? —preguntó el sacerdote tras un silencio.

—Tengo mucho frío —respondió ella.

Se cogió los pies con las manos, gesto habitual en los desdichados que tienen frío y que ya vimos hacer a la reclusa de la Tour-Roland, y se oyó un castañeteo de dientes.

El sacerdote pareció recorrer el calabozo con la mirada por debajo de la capucha.

—Sin luz, sin fuego, sin agua… ¡Es horrible!

—Sí —respondió ella con la expresión de asombro que la desgracia había pintado en su semblante—. El día es de todos. ¿Por qué solo me dan noche?

—¿Sabéis por qué estáis aquí? —preguntó el sacerdote tras un nuevo silencio.

—Creo que lo sabía —dijo, pasándose los dedos por las cejas como para estimular su memoria —, pero ya no lo sé.

De pronto se echó a llorar como un niño.

—Quisiera salir de aquí, señor. Tengo frío, tengo miedo, y aquí hay bichos que me suben por el cuerpo.

—De acuerdo, venid.

Al decir esto, el sacerdote la cogió por el brazo. La desventurada estaba helada hasta las entrañas, pero aquella mano le produjo una impresión de frío.

—¡Oh! —murmuró—, es la mano helada de la muerte. ¿Quién sois?

El sacerdote se bajó la capucha. Ella lo miró. Era ese rostro siniestro que la perseguía desde hacía tanto tiempo, esa cabeza de demonio que se le había aparecido en casa de la Falourdel por encima de la cabeza adorada de su Phoebus, esos ojos que había visto brillar por última vez junto a un puñal.

Aquella aparición, siempre tan fatal para ella y que la había empujado de desgracia en desgracia hasta el suplicio, la sacó de su embotamiento. Le pareció que la especie de velo que había caído sobre su memoria se rasgaba. Todos los detalles de su lúgubre aventura, desde la escena nocturna en casa de la Falourdel hasta su encierro en la Tournelle, acudieron a la vez a su mente, no vagos y confusos como hasta entonces, sino nítidos, crudos, tajantes, palpitantes, terribles. Esos recuerdos medio borrados, y casi anulados por el exceso de sufrimiento, el sombrío rostro que tenía ante sí los reavivó, de la misma manera que la proximidad del fuego hace surgir en el papel blanco las letras invisibles trazadas sobre él con tinta simpática. Le pareció que todas las heridas de su corazón se reabrían y sangraban a la vez.

—¡Ah! —gritó, tapándose los ojos con las manos y temblando convulsivamente—. ¡Es el sacerdote!

Dejó caer los brazos, vencida por el desaliento, y permaneció sentada, con la cabeza gacha, la mirada fija en el suelo, muda y temblando sin parar.

El sacerdote la miraba con los ojos de un milano que durante largo rato ha planeado en círculo, desde lo más alto del cielo, alrededor de una pobre alondra oculta en los trigales, que durante largo rato, en silencio, ha reducido cada vez más esos círculos, y que de golpe se ha abatido sobre su presa como la flecha del rayo y la tiene jadeante entre las garras.

Ella se puso a murmurar muy bajo:

—¡Acabad! ¡Acabad! ¡El golpe de gracia!

Y hundía la cabeza entre los hombros, aterrorizada, como la oveja que espera el mazazo del carnicero.

—¿Es que os horrorizo? —dijo él por fin.

Ella no respondió.

—¿Os horrorizo? —repitió el sacerdote.

Los labios de la joven se contrajeron como si sonriera.

—Sí —dijo—. El verdugo se burla del condenado. ¡Hace meses que me persigue, que me amenaza, que me aterroriza! ¡Sin él, Dios mío, qué feliz era! ¡Ha sido él quien me ha arrojado a este abismo! ¡Cielo santo! Fue él quien mató… ¡Fue él quien lo mató! ¡Mi Phoebus! —Esmeralda estalló en sollozos y, levantando los ojos hacia el sacerdote, añadió—: ¡Miserable! ¿Quién sois? ¿Qué os he hecho? ¿Por qué me odiáis tanto? ¿Qué tenéis contra mí?

—¡Te amo! —gritó el clérigo.

Sus lágrimas se detuvieron súbitamente. Lo miró con una mirada de idiota. Él se había puesto de rodillas y la miraba con ojos ardientes.

—¿Me oyes? ¡Te amo! —gritó de nuevo.
—¡Qué amor! —dijo la desdichada, estremeciéndose.
—El amor de un condenado.
Los dos permanecieron unos minutos en silencio, abrumados por el peso de sus emociones, él ofuscado, ella idiotizada.
—Escucha —dijo por fin el sacerdote, que había recobrado una calma singular—, ahora lo sabrás todo. Voy a decirte lo que hasta ahora apenas me he atrevido a decirme a mí mismo, cuando interrogaba furtivamente mi conciencia a esas horas profundas de la noche en que hay tantas tinieblas que parece que Dios ya no nos ve. Escucha. Antes de conocerte, muchacha, yo era feliz…
—¡Y yo! —suspiró débilmente la joven.
—No me interrumpas… Sí, era feliz, creía serlo, al menos. Era puro, tenía el alma llena de una claridad límpida. Ninguna cabeza se alzaba más orgullosa y radiante que la mía. Los sacerdotes me consultaban sobre la castidad, los doctores sobre la doctrina. Sí, la ciencia lo era todo para mí. Era una hermana, y una hermana me bastaba. No es que con la edad no me hubieran venido a la mente otros pensamientos. Más de una vez mi carne se había estremecido al ver unas formas de mujer. Esa fuerza del sexo y de la sangre del hombre que, loco adolescente, había creído sofocar para siempre, más de una vez había sacudido convulsivamente la cadena de los votos férreos que me atan, miserable, a las frías piedras del altar. Pero el ayuno, la oración, el estudio y las maceraciones del claustro habían devuelto al alma el dominio del cuerpo. Además, evitaba a las mujeres. Por otra parte, no tenía más que abrir un libro para que todos los impuros vapores de mi cerebro se disiparan ante el esplendor de la ciencia. En pocos minutos, sentía alejarse las cosas vulgares del mundo y me encontraba tranquilo, deslumbrado y sereno en presencia del resplandor apacible de la verdad eterna. Mientras el demonio no envió para atacarme más que vagas sombras de mujeres que pasaban de vez en cuando ante mis ojos, en la iglesia, en las calles, en los campos, y que apenas reaparecían en mis sueños, lo vencí fácilmente. Si no he podido seguir saliendo victorioso, la culpa, ¡ay!, es de Dios, que no ha dotado al hombre y al demonio de fuerzas iguales. Escucha, un día…
El sacerdote se detuvo y la prisionera oyó salir de su pecho unos suspiros que sonaban como estertores y desgarramientos.
—Un día —prosiguió— estaba asomado a la ventana de mi celda… ¿Qué libro leía? ¡Oh, todo eso se arremolina en mi cabeza…! En cualquier caso, estaba leyendo. La ventana daba a una plaza. De pronto oí el sonido de una pandereta y música. Molesto por verme interrumpido en mis meditaciones, miré hacia la plaza. Lo que vi, otros también lo veían, y sin embargo, no era un espectáculo hecho para los ojos humanos. En medio de la calle…, en pleno mediodía… bajo un sol espléndido…, una criatura bailaba. ¡Una criatura tan bella que Dios la habría preferido a la Virgen, y la habría escogido como madre, y habría querido nacer de ella, si ella hubiera existido cuando se hizo hombre! Sus ojos eran negros y espléndidos; en medio de su melena negra, unos cabellos atravesados por el sol amarilleaban como hilos de oro. Sus pies desaparecían al moverse como los radios de una rueda que gira deprisa. Alrededor de su cabeza y en sus trenzas negras

había unas placas de metal que relucían al sol y formaban en su frente una corona de estrellas. Su vestido cuajado de lentejuelas centelleaba, azul y salpicado de mil destellos como una noche de verano. Sus brazos ligeros y morenos se anudaban y desanudaban en torno a su cintura como dos chales. La forma de su cuerpo era de una belleza sorprendente. ¡Oh, aquella resplandeciente figura destacaba como algo luminoso sobre la propia luz del sol…! Aquella muchacha eras tú… Sorprendido, embriagado, hechizado, me quedé mirándote. Te miré tanto que, de repente, me estremecí de terror, me sentí atrapado por el destino.

El sacerdote se detuvo otra vez. Le costaba respirar.

—Ya medio fascinado —prosiguió al cabo de un momento—, intenté agarrarme a algo y frenar mi caída. Recordé las asechanzas que Satán me había tendido anteriormente. La criatura que estaba ante mis ojos poseía esa belleza sobrenatural que solo puede venir del cielo o del infierno. No era una simple muchacha hecha con un poco de barro y débilmente iluminada en su interior por el vacilante rayo de un alma de mujer. ¡Era un ángel! Pero de tinieblas, de llamas y no de luz. En el momento en que pensaba en eso, vi a tu lado una cabra, un animal del aquelarre, que me miraba riendo. El sol del mediodía hacía salir llamas de sus cuernos. Entonces entreví la trampa del demonio y ya no tuve ninguna duda de que venías del infierno y venías para perderme. Lo creí firmemente.

El sacerdote miró a la prisionera a la cara y añadió con frialdad:

—Todavía lo creo… Sin embargo, el hechizo actuaba poco a poco, tu danza se arremolinaba en mi cerebro; sentía cumplirse el misterioso maleficio, todo lo que debería haber estado despierto se adormecía en mi alma, y, como los que mueren en la nieve, encontraba placer en dejarme invadir por ese sueño. De pronto, empezaste a cantar. ¿Qué podía hacer yo, miserable? Tu canto era más seductor todavía que tu danza. Intenté huir. Imposible. Estaba clavado al suelo, enraizado. Me parecía que el mármol de las losas me había subido hasta las rodillas. No pude hacer otra cosa que quedarme hasta el final. Mis pies eran de hielo, la cabeza me hervía. Por fin, quizá te compadeciste de mí, dejaste de cantar y desapareciste. El reflejo de la deslumbrante visión, el eco de la música embrujadora se desvanecieron de forma gradual en mis ojos y en mis oídos. Caí hacia un lado de la ventana, más agarrotado y débil que una estatua arrancada de su pedestal. El toque de vísperas me despertó. Me incorporé, eché a correr, pero había algo en mí que había caído y no podía levantarse, algo que se había producido y de lo que no podía huir.

Hizo otra pausa y prosiguió:

—Sí, a partir de aquel día hubo en mí un hombre al que no conocía. Intenté emplear todos mis remedios: el claustro, el altar, el trabajo, los libros. ¡Vana locura! ¡Cómo suena a hueco la ciencia cuando golpeamos contra ella con desesperación una cabeza llena de pasiones! ¿Sabes lo que desde entonces siempre veía entre el libro y yo? A ti, muchacha, tu sombra, la imagen de la aparición luminosa que un día había atravesado el espacio ante mí. Pero esa imagen ya no tenía el mismo color; era sombría, fúnebre, tenebrosa como el círculo negro que permanece mucho tiempo en la vista del imprudente que ha mirado fijamente el sol.

»Como no podía librarme de ella, como no dejaba de oír tu canción en mi cabeza, como seguía viendo danzar tus pies en mi breviario, como inevitablemente de noche sentía en sueños que tus

formas se deslizaban sobre mi carne, decidí volver a verte, tocarte, saber quién eras, comprobar si me parecerías igual a la imagen ideal que me había quedado de ti, destruir quizá mi sueño con la realidad. En cualquier caso, esperaba que una impresión nueva borrara la primera, pues la primera se me había hecho insoportable. Te busqué. Volví a verte. ¡Qué desgracia! Cuando te hube visto por segunda vez, quise verte mil, quise verte siempre. Desde entonces…, ¿cómo frenar en esa pendiente hacia el infierno…?, desde entonces dejé de ser dueño de mí mismo. El otro extremo del hilo que el demonio me había atado a las alas, lo había anudado a tu pie. Me volví vagabundo y errante como tú. Te esperaba bajo los soportales para verte, te espiaba en las esquinas, te acechaba desde lo alto de mi torre. ¡Cada noche regresaba a mí mismo más hechizado, más desesperado, más embrujado, más perdido!

»Había averiguado que eras egipcia, bohemia, gitana, cíngara, ¿cómo poner en duda que se trataba de magia? Escucha. Confié en que un proceso me liberaría del hechizo. Una bruja había hechizado a Bruno de Ast; él la hizo quemar y sanó. Yo lo sabía. Decidí probar el remedio. Primero intenté que te prohibieran bailar en el atrio de Notre-Dame, esperando olvidarte si no volvías. Pero no hiciste caso. Volviste. Después se me ocurrió raptarte. Una noche lo intenté. Éramos dos. Ya te teníamos cuando apareció ese miserable oficial. Él te rescató. Él desencadenó así tu desgracia, la mía y la suya. Por último, no sabiendo ya qué hacer, te denuncié al provisor.

»Pensaba que sanaría como Bruno de Ast. Pensaba también confusamente que un proceso te dejaría en mis manos, que en una prisión te tendría, serías mía, que allí no podrías escapar de mí, que tú me poseías desde hacía ya suficiente tiempo para que yo te poseyera también. Cuando se hace el mal, hay que hacerlo hasta el fondo. ¡Es absurdo quedarse a medias en lo monstruoso! El crimen extremo tiene delirios de gozo. ¡Un sacerdote y una bruja pueden fundirse en el deleite sobre el montón de paja de una mazmorra!

»Así pues, te denuncié. Y a partir de entonces empecé a asustarte cuando me veías. El complot que tramaba contra ti, la tormenta que fraguaba sobre tu cabeza escapaba de mí en amenazas y en relámpagos. Sin embargo, todavía vacilaba. Mi proyecto presentaba aspectos horribles que me hacían retroceder.

»Tal vez habría renunciado, tal vez mi repugnante idea se habría secado en mi cerebro sin llegar a fructificar. Yo creía que siempre dependería de mí seguir o detener el proceso. Pero todo mal pensamiento es inexorable y quiere convertirse en un hecho; allí donde yo me creía todopoderoso, la fatalidad era más poderosa que yo. ¡Fue ella, ay, quien te capturó y te entregó al engranaje terrible de la máquina que yo había construido tenebrosamente…! Escucha, estoy terminando.

»Un día…, otro espléndido día de sol…, pasó ante mí un hombre al que oí pronunciar tu nombre, riendo, con lujuria en los ojos… ¡Maldición! Lo seguí. El resto ya lo sabes.

El sacerdote se calló. La joven solo acertó a decir una palabra:

—¡Oh, Phoebus!

—¡Ese nombre no! —dijo el sacerdote, asiéndola del brazo con violencia—. ¡No pronuncies ese nombre! ¡Oh, pobres de nosotros, ese nombre ha sido nuestra perdición! O, más bien, el juego inexplicable de la fatalidad ha hecho que unos hayamos sido la perdición de otros… Sufres,

¿verdad? Tienes frío, la oscuridad te convierte en una ciega, el calabozo te envuelve, pero quizá te quede alguna luz en el fondo de tu ser, aunque solo sea tu amor de niña por este hombre vacío que jugaba con tu corazón. Mientras que yo llevo el calabozo dentro de mí, dentro de mí está el invierno, el hielo, la desesperación, la noche reina en mi alma.

»¿Sabes todo lo que he sufrido? He asistido a tu proceso. Estaba sentado en el banco del provisor. Sí, bajo una de las capuchas de sacerdote se retorcía un condenado. Cuando te llevaron, yo estaba allí; cuando te interrogaron, yo estaba también allí… ¡Guarida de lobos…! Era mi crimen, era mi patíbulo lo que veía alzarse lentamente sobre tu frente. En cada testigo, en cada prueba, en cada alegato, yo estaba allí; pude contar cada uno de tus pasos por la vía dolorosa; seguía allí cuando esa bestia feroz… ¡Oh, no había previsto la tortura…! Escucha. Te acompañé en la cámara de dolor. Vi cómo te desvestían y te manipulaban medio desnuda las manos infames del torturador. Vi tu pie, ese pie en el que habría querido, y habría dado un imperio por conseguirlo, depositar un solo beso y morir, ese pie bajo el que sentiría con infinito placer aplastarse mi cabeza, lo vi encerrar en el horrible borceguí que convierte los miembros de un ser vivo en un amasijo ensangrentado. ¡Ah, miserable! Mientras veía eso, tenía bajo el sudario un puñal con el que me laceraba el pecho. Cuando proferiste un grito, lo clavé en mi carne; al segundo grito, entró en mi corazón. Mira, creo que todavía sangra.

Abrió la sotana. Su pecho, en efecto, estaba desgarrado como por la zarpa de un tigre, y tenía en un costado una herida bastante grande sin cicatrizar.

La prisionera retrocedió horrorizada.

—¡Oh, muchacha, ten piedad de mí! —dijo el sacerdote—. Te crees desgraciada, pero no sabes lo que es la desgracia. ¡Amar a una mujer! ¡Ser sacerdote! ¡Ser odiado! Amarla con todas las fuerzas de tu alma, sentir que darías por la más mínima de sus sonrisas tu sangre, tus entrañas, tu reputación, tu salvación, la inmortalidad y la eternidad, esta vida y la otra, lamentar no haber sido rey, genio, emperador, arcángel o dios para poner a sus pies a un esclavo mayor, abrazarla noche y día en tus sueños y en tus pensamientos, ¡y verla enamorada de un uniforme de soldado!, ¡y no poder ofrecerle sino una sucia sotana de sacerdote que le dará miedo y asco! ¡Estar presente, con tus celos y tu rabia, mientras ella prodiga a un miserable fanfarrón imbécil tesoros de amor y de belleza! ¡Ver ese cuerpo cuya forma te abrasa, esos senos tan dulces, esa carne palpitar y enrojecer bajo los besos de otro! ¡Oh, santo cielo! ¡Amar sus pies, sus brazos, sus hombros, pensar en sus venas azules y en su piel morena hasta retorcerte noches enteras en el suelo de la celda, y ver todas las caricias que has soñado para ella desembocar en la tortura! ¡No haber conseguido más que acostarla en la cama de cuero! ¡Oh, esas son las verdaderas tenazas calentadas en el fuego del infierno! ¡Bienaventurado aquel que es serrado entre dos tablas, aquel que es descuartizado mediante la fuerza de cuatro caballos…! ¿Sabes lo que es ese suplicio que te infligen durante largas noches tus arterias que hierven, tu corazón que revienta, tu cabeza que estalla, tus dientes que te muerden las manos, torturadores despiadados que te voltean continuamente, como sobre una parrilla ardiente, sobre un pensamiento de amor, de celos y de desesperación? ¡Muchacha, por lo que más quieras, concédeme un momento de tregua, echa un poco de ceniza sobre estas brasas! Enjuga, te lo ruego, el sudor que corre en gruesas gotas por mi frente! ¡Niña, tortúrame con una

mano, pero acaríciame con la otra! ¡Ten piedad, muchacha! ¡Ten piedad de mí!

El sacerdote se revolcaba en el agua del suelo y se golpeaba la cabeza contra los cantos de los peldaños de piedra. La muchacha lo escuchaba, lo miraba.

Cuando se calló, extenuado y jadeante, ella repitió a media voz:

—¡Oh, Phoebus!

El sacerdote se arrastró hacia ella de rodillas.

—¡Te lo suplico! —gritó—. ¡Si tienes entrañas, no me rechaces! ¡Te amo! ¡Soy un miserable! ¡Cuando pronuncias ese nombre, desdichada, es como si triturases con los dientes todas las fibras de mi corazón! ¡Por favor! Si vienes del infierno, voy allí contigo. Lo he hecho todo para ir. ¡El infierno donde estés es mi paraíso, tu visión es más encantadora que la de Dios! Dime, ¿es que no quieres saber nada de mí? El día que una mujer rechace un amor semejante, creeré que las montañas se mueven. ¡Si tú quisieras…! ¡Qué felices podríamos ser! Huiríamos…, yo te facilitaría la huida…, iríamos a algún sitio, buscaríamos el lugar de la tierra donde hay más sol, más árboles, más cielo azul. ¡Nos amaríamos, verteríamos nuestras dos almas la una en la otra, y tendríamos una sed inextinguible de nosotros mismos que calmaríamos en común y sin cesar en esta copa de inagotable amor!

Ella lo interrumpió con una risa terrible y estrepitosa.

—¡Mirad, padre, tenéis sangre bajo las uñas!

El sacerdote se quedó unos instantes como petrificado, mirándose fijamente las manos.

—¡Sí, es verdad! —prosiguió por fin con una calma extraña—. ¡Ultrájame, búrlate de mí, aplástame, pero ven, ven! Apresurémonos. Está previsto para mañana, te lo repito. El patíbulo de la Grève, ya sabes, está siempre a punto. ¡Es horrible! ¡Verte avanzar hacia él en esa carreta! ¡Por favor…! Jamás había sentido como ahora hasta qué punto te amo…Ven conmigo. Te tomarás el tiempo que necesites para amarme después de que te haya salvado. Me odiarás todo el tiempo que quieras, pero ven. ¡Es mañana! ¡Mañana! ¡La horca! ¡Tu suplicio! ¡Oh, sálvate! ¡Perdóname!

La agarró de un brazo, estaba trastornado, trató de llevársela.

Ella clavó en él su mirada penetrante.

—¿Qué ha sido de Phoebus?

—¡Ah! —dijo el sacerdote, soltándole el brazo—. ¡Sois despiadada!

—¿Qué ha sido de Phoebus? —repitió ella fríamente.

—¡Está muerto! —contestó el sacerdote.

—¡Muerto! —dijo ella, todavía glacial e inmóvil—. Entonces, ¿por qué me habláis de vivir?

Él no la escuchaba.

—¡Oh, sí! —decía, como hablando consigo mismo—. Debe de estar muerto. La hoja entró muy adentro. Creo que toqué el corazón con la punta. ¡Sí, mi vida estaba hasta en la punta del puñal!

La joven se abalanzó sobre él como una tigresa furiosa y lo empujó por los peldaños de la escalera con una fuerza sobrenatural.

—¡Vete, monstruo! ¡Vete, asesino! ¡Déjame morir! ¡Que la sangre de los dos, tuya y mía, deje en tu frente una mancha eterna! ¿Ser tuya? ¡Jamás! ¡Jamás! ¡Nada nos reunirá, ni el infierno!

¡Vete, maldito! ¡Jamás!

El sacerdote había tropezado en la escalera. Liberó en silencio sus pies de los pliegues del ropón, cogió la linterna y empezó a subir lentamente los peldaños que conducían a la puerta. Cuando llegó al final, la abrió y salió.

De pronto la muchacha vio aparecer de nuevo su cabeza. Tenía una expresión horrible y le gritó con una voz ronca de rabia y desesperación:

—¡Te digo que está muerto!

Ella cayó con la cara contra el suelo y ya no se oyó en el calabozo más ruido que el suspiro de la gota de agua que hacía palpitar el charco en las tinieblas.

5

La madre

No creo que haya nada en el mundo más alegre que las ideas que despierta en el corazón de una madre la visión de un zapatito de su hijo. Sobre todo si es un zapato de fiesta, de domingo, del día del bautizo, un zapato bordado hasta bajo la suela, un zapato con el que el niño aún no ha dado un paso. Ese zapato tiene tanta gracia en su pequeñez, le es tan imposible andar que es para la madre como si viera a su hijo. Le sonríe, lo besa, le habla. Se pregunta si efectivamente es posible que un pie sea tan pequeño; y, aunque el niño se halle ausente, basta el bonito zapato para que aparezca ante sus ojos la dulce y frágil criatura. Cree verlo, lo ve, completo, vivo, alegre, con sus delicadas manos, su cabeza redonda, sus labios puros, sus ojos serenos cuyo blanco es azul. Si es invierno, está ahí, gatea sobre la alfombra, se encarama trabajosamente a un taburete, y la madre teme que se acerque al fuego. Si es verano, va de un lado a otro por el patio o el jardín, arranca la hierba de entre las piedras, mira ingenuamente a los perrazos, a los grandes caballos, sin miedo, juega con las conchas, con las flores, y hace refunfuñar al jardinero, que encuentra arena en los macizos y tierra en los paseos. Todo ríe, todo brilla, todo juega a su alrededor como él, hasta el soplo de aire y el rayo de sol que retozan a cuál más y mejor entre los bucles alborotados de su pelo. El zapato le muestra todo eso a la madre y le derrite el corazón como el fuego derrite la cera.

Pero, cuando se pierde al hijo, esos cientos de imágenes de alegría, de encanto y de ternura que se agolpan en torno al zapatito se convierten en otras tantas cosas horribles. El bonito zapato bordado ya no es sino un instrumento de tortura que lacera eternamente el corazón de la madre. La fibra que vibra sigue siendo la misma, la fibra más profunda y sensible, pero en lugar de acariciarla un ángel, la pellizca un demonio.

Una mañana, mientras el sol de mayo se elevaba en uno de esos cielos azul oscuro en los que a Garofalo le gusta colocar sus Descendimientos, la reclusa de la Tour-Roland oyó ruido de ruedas, de caballos y de herrajes en la plaza de Grève. Aunque no se despertó del todo, se enrolló los cabellos sobre las orejas para no oír y se puso a contemplar de rodillas el objeto inanimado que adoraba desde hacía quince años. Aquel zapatito, ya lo hemos dicho, era para ella el universo. Su pensamiento estaba encerrado en él y no saldría de él hasta la muerte. Tan solo el oscuro sótano de la Tour-Roland ha sabido cuántas amargas imprecaciones, cuántos lamentos conmovedores, cuántas plegarias y cuántos sollozos había dirigido al cielo en relación con aquel encantador objeto de satén rosa. Jamás se ha derramado tanta desesperación sobre algo tan lindo y gracioso.

Aquella mañana parecía que su dolor escapaba todavía con más violencia que de costumbre, y desde fuera se la oía lamentarse con una voz alta y monótona que partía el corazón.

—¡Hija mía! —decía—. ¡Hija mía! ¡Mi pobre y querida niña! ¿Será posible que no vuelva a verte? ¿Será posible que esto sea definitivo? ¡Sigue pareciéndome que ocurrió ayer! ¡Dios mío,

Dios mío, para quitármela tan pronto, más habría valido no habérmela dado! ¿No sabéis acaso que nuestros hijos permanecen unidos a nuestro vientre y que una madre que ha perdido a su hijo ya no cree en Dios…? ¡Ah, qué miserable soy por haber salido aquel día…! ¡Señor! ¡Señor! Si me la quitasteis así, es que nunca me habíais mirado con ella, cuando la calentaba gozosa junto a la lumbre, cuando me sonreía mientras mamaba, cuando hacía subir sus piececitos por mi pecho hasta mis labios. ¡Si hubierais visto eso, Dios mío, os habríais compadecido de mi alegría, no me habríais quitado el único amor que me quedaba en el corazón! ¿Acaso era una criatura tan miserable, Señor, para que no me mirarais siquiera antes de condenarme…? ¡Ay, ay! Aquí está el zapato, ¿dónde está el pie? ¿Dónde está el resto? ¿Dónde está la niña? ¡Hija mía, hija mía!, ¿qué han hecho contigo? Señor, devolvédmela. Me he desollado las rodillas rogándoos durante quince años, Dios mío, ¿no es suficiente? ¡Devolvédmela, un día, una hora, un minuto, un minuto, Señor, y arrojadme después al infierno por la eternidad! ¡Oh, si supiera por dónde se arrastra una orilla de vuestra túnica, me agarraría a ella con las manos y no tendríais más remedio que devolverme a mi hija! Su precioso zapatito, ¿es que no os compadecéis de mí, Señor? ¿Podéis condenar a una pobre madre a este suplicio durante quince años? ¡Virgen santa! ¡Virgen santa del cielo! ¡Me han quitado a mi niño Jesús, me lo han robado, se lo han comido en un brezal, se han bebido su sangre, han masticado sus huesos, Virgen santa, ten piedad de mí! ¡Mi hija! ¡Necesito a mi hija! ¡Qué me importa que esté en el paraíso! ¡Yo no quiero a vuestro ángel, quiero a mi hija! Soy una leona, quiero a mi cachorro… ¡Oh! ¡Me retorceré por el suelo, y romperé la piedra con mi frente, y me condenaré, y os maldeciré, Señor, si os quedáis a mi hija! ¡Ya veis que tengo los brazos destrozados, Señor! ¿Es que Dios no tiene compasión…? ¡Oh, no me deis más que sal y pan negro, si tengo a mi hija y me calienta como un sol! ¡Ay, Señor Dios mío, no soy más que una vil pecadora, pero mi hija me hacía piadosa! Gracias a su amor me había hecho religiosa, y os veía a través de su sonrisa como por una abertura del cielo… ¡Oh, haced que pueda solamente una vez, una vez más, una sola vez, calzar este zapato en su lindo piececito rosado y moriré, Virgen santa, bendiciéndoos…! ¡Ah, quince años! ¡Ahora sería mayor…! ¡Desdichada niña! ¡Entonces es verdad, no volveré a verla, ni siquiera en el cielo, porque yo no iré allí! ¡Oh, qué miseria! ¡Pensar que aquí está su zapato y que no hay nada más!

La desdichada mujer se había arrojado sobre el zapatito, su consuelo y su desesperación desde hacía tantos años, y sus entrañas se desgarraban en sollozos como el primer día. Porque, para una madre que ha perdido a su hijo, siempre es el primer día. Ese dolor no envejece. Por más que la ropa de luto se gaste y pierda el color, el corazón sigue estando negro.

En ese momento, unas frescas y alegres voces infantiles pasaron ante la celda. Siempre que unos niños llamaban la atención de su vista o su oído, la pobre madre se precipitaba al rincón más oscuro de su sepulcro, y se habría dicho que intentaba hundir la cabeza en la piedra para no oírlos. Esta vez, por el contrario, se irguió como sobresaltada y escuchó con avidez. Uno de los chiquillos acababa de decir:

—Es que hoy van a colgar a una egipcia.

Con el brusco movimiento de aquella araña que vimos abalanzarse sobre una mosca al notar que temblaba su tela, ella corrió hasta la lucera, que daba, como sabemos, a la plaza de Grève. En

efecto, habían colocado una escalera junto al patíbulo permanente y el verdugo estaba poniendo a punto las cadenas oxidadas por la lluvia. Había algunos curiosos alrededor.

El risueño grupo de chiquillos estaba ya lejos. La Sachette buscó con la mirada a algún transeúnte al que pudiera preguntar. Justo al lado de su celda vio a un sacerdote que fingía leer en el breviario público, pero que estaba mucho menos interesado en él que en el patíbulo, hacia el que lanzaba de vez en cuando una sombría y esquiva ojeada.

—Padre, ¿a quién van a colgar? —preguntó.

El sacerdote la miró y no respondió. Ella repitió la pregunta.

—No lo sé —dijo él entonces.

—Había por aquí unos niños que decían que a una egipcia —insistió la reclusa.

—Creo que sí —dijo el sacerdote.

Entonces Paquette la Chantefleurie rompió a reír como una hiena.

—Hermana —dijo el arcediano—, ¿tanto odiáis a las egipcias?

—¿Que si las odio? —exclamó la reclusa—. ¡Son estriges! ¡Ladronas de niños! ¡Devoraron a mi pequeña! ¡A mi hija, mi única hija! ¡Ya no tengo corazón! ¡Ellas se lo comieron!

Daba miedo verla. El sacerdote la miraba fríamente.

—Hay una a la que odio de manera especial y a la que he maldecido —continuó—. Es una joven, una que tiene la edad que tendría mi hija si su madre no se la hubiera comido. ¡Cada vez que esa joven víbora pasa ante mi celda, me enciende la sangre!

—Pues bien, hermana, alegraos —dijo el sacerdote, glacial como la estatua de un sepulcro—, porque es a esa a la que vais a ver morir.

Agachó la cabeza hacia el pecho y se alejó lentamente.

La reclusa se retorció los brazos de contento.

—¡Se lo había predicho! ¡Le había predicho que subiría al patíbulo! ¡Gracias, padre! —gritó.

Y se puso a caminar ante los barrotes de la lucera dando grandes zancadas, desmelenada, con los ojos encendidos, golpeando la pared con el aspecto feroz de una loba enjaulada que tiene hambre desde hace rato y siente que se acerca la hora de comer.

6

Tres corazones de hombre muy distintos

Phoebus, sin embargo, no había muerto. Los hombres de esa especie son resistentes. Cuando maese Philippe Lheulier, abogado extraordinario del rey, le había dicho a la pobre Esmeralda: «Se está muriendo», había sido un error o una broma. Cuando el arcediano le había repetido a la condenada: «Está muerto», lo cierto es que en realidad no lo sabía, sino que lo creía, que contaba con ello, que no lo ponía en duda, que confiaba en que así fuese. Habría sido demasiado duro para él darle a la mujer que amaba buenas noticias de su rival. En su lugar, cualquier hombre habría hecho lo mismo.

No es que la herida de Phoebus no hubiera sido grave, pero lo había sido menos de lo que el arcediano afirmaba. El maestro alfaquín, al que los soldados de la guardia lo habían llevado cuando lo encontraron, había temido durante ocho días por su vida y hasta se lo había dicho en latín. Sin embargo, la juventud se había impuesto; y, cosa que sucede con frecuencia, pese a pronósticos y diagnósticos, a la naturaleza le había divertido salvar al enfermo en las barbas del médico. Mientras todavía se hallaba en el camastro del maestro alfaquín, había sido sometido a los primeros interrogatorios por parte de Philippe Lheulier y de los investigadores del provisor, lo cual le había molestado sobremanera. Así pues, una buena mañana, sintiéndose mejor, había dejado sus espuelas de oro al farmacopola en pago por sus servicios y se había ido. Esto, por lo demás, no había supuesto ningún obstáculo para la instrucción del caso. La justicia de entonces se preocupaba muy poco de la claridad y la limpieza de un proceso criminal. Con tal de que el acusado fuera colgado, no pedía nada más. Y los jueces tenían bastantes pruebas contra Esmeralda. Habían creído a Phoebus muerto, y con eso ya estaba todo dicho.

Phoebus, por su parte, no había emprendido una gran huida. Simplemente se había incorporado a su compañía, acuartelada en Queue-en-Brie, en Île de France, a unas postas de París.

En fin de cuentas, no le resultaba nada grato comparecer personalmente en aquel proceso. Presentía vagamente que iba a hacer un papel ridículo. En el fondo, no sabía muy bien qué pensar de todo aquel asunto. Indevoto y supersticioso como todo soldado que no es más que soldado, cuando reflexionaba sobre aquella aventura le inquietaba la cabra, las singulares circunstancias en que había conocido a Esmeralda, la manera no menos extraña en que ella le había insinuado su amor, el hecho de que fuera egipcia y, por último, la aparición del monje errante. Entreveía en esa historia mucha más magia que amor, probablemente a una bruja, tal vez al diablo; una comedia, en definitiva, o, para decirlo en el lenguaje de entonces, un misterio muy desagradable en el que él representaba un papel muy ridículo, el del personaje que es objeto de los golpes y las burlas. Eso apesadumbraba al capitán, quien sentía esa especie de vergüenza que tan admirablemente ha definido La Fontaine:

Avergonzado como un zorro al que una gallina ha engañado.

Esperaba, por lo demás, que el asunto no se divulgara, que su nombre, hallándose él ausente, apenas sería pronunciado, y en cualquier caso, no se oiría fuera de la audiencia de la Tournelle. En eso no se equivocaba, pues no existía a la sazón *Gaceta de los Tribunales* y, como apenas pasaba una semana sin su falsificador de moneda hervido, su bruja ahorcada o su hereje quemado en una de las innumerables «justicias» de París, la gente estaba tan acostumbrada a ver en todos los cruces a la vieja Temis feudal haciendo su trabajo, arremangada, en las horcas, las escaleras y las picotas que casi no le prestaba atención. La buena sociedad de aquella época apenas sabía el nombre del reo que pasaba por la esquina; todo lo más, el populacho disfrutaba de ese plato vulgar. Una ejecución era un incidente habitual en la vía pública, como el apagador del panadero o el matadero del desollador. El verdugo no era más que una especie de carnicero un poco más oscuro que los otros.

Así pues, Phoebus tranquilizó bastante rápido su conciencia en relación con la hechicera Esmeralda, o Similar, como él decía, con la puñalada de la gitana o del monje errante (le tenía sin cuidado) y con el desenlace del proceso. Pero, en cuanto su corazón estuvo libre por ese lado, la imagen de Flor de Lis reapareció en su mente. El corazón del capitán Phoebus, como la física de entonces, sentía horror del vacío.

Era, además, enormemente insípida la estancia en Queue-en-Brie, un pueblo de herradores y de vaqueras de manos agrietadas, una larga hilera de casuchas y chozas que bordean ambos lados de la carretera a lo largo de media legua; en una palabra, una «cola».[117]

Flor de Lis era su penúltima pasión, una bonita joven, una atractiva dote. Así pues, una buena mañana, totalmente repuesto y suponiendo que, después de dos meses, el asunto de la gitana debía de estar resuelto y olvidado, el enamorado caballero llegó impaciente a la puerta de la mansión Gondelaurier.

No prestó atención a una turba bastante numerosa que se agolpaba en la plaza del Atrio, ante el pórtico de Notre-Dame; se acordó de que estaban en mayo, supuso que debía de haber una procesión o que se celebraba alguna fiesta, ató su caballo a la anilla de la entrada y subió alegremente a casa de su bella prometida.

La encontró sola con su madre.

Flor de Lis tenía aún clavada en el corazón la espina de la escena de la bruja, su cabra, su maldito alfabeto y las largas ausencias de Phoebus. Sin embargo, cuando vio entrar a su capitán, le encontró tan buen aspecto, con su casaca nueva y su tahalí reluciente, y un aire tan apasionado que se ruborizó de placer. La noble damisela estaba también más encantadora que nunca. Sus magníficos cabellos rubios estaban trenzados de un modo arrebatador, iba totalmente vestida de ese azul celeste que tan bien sienta a las mujeres de piel blanca, coquetería que le había enseñado Colombe, y tenía los ojos bañados en esa languidez amorosa que las favorece todavía más.

Phoebus, que llevaba tiempo sin haber visto otra cosa en materia de belleza que las mozas de Queue-en-Brie, se quedó deslumbrado por Flor de Lis, lo que dio a nuestro oficial unas maneras tan solícitas y galantes que enseguida hicieron las paces. La propia señora de Gondelaurier, siempre maternalmente sentada en su gran sillón, no se sintió capaz de regañarlo. En cuanto a los

reproches de Flor de Lis, acabaron en tiernos arrullos.

La muchacha estaba junto a la ventana, bordando su interminable gruta de Neptuno. El capitán permanecía apoyado en el respaldo de su silla y ella le dirigía a media voz sus acariciadoras reprimendas.

—¿Qué ha sido de vos durante dos meses largos, malvado?

—Os juro —decía Phoebus, un tanto incómodo por la pregunta— que sois tan bella que haríais soñar a un arzobispo.

Ella no podía evitar sonreír.

—Bueno, bueno, señor mío, dejad a un lado mi belleza y respondedme. ¡Pues sí que me sirve de mucho tanta belleza!

—Pues bien, querida prima, he estado acuartelado.

—¿Y dónde, si no os importa decírmelo? ¿Y por qué no vinisteis a despediros?

—En Queue-en-Brie.

Phoebus estaba encantado de que la primera pregunta lo ayudara a esquivar la segunda.

—¡Pero si está muy cerca! ¿Cómo es que no habéis venido a verme ni una sola vez?

Aquí, Phoebus se vio en un serio aprieto.

—Es que… el servicio… Además, encantadora prima, he estado enfermo.

—¡Enfermo! —exclamó ella, asustada.

—Sí… herido.

—¡Herido!

La pobre criatura estaba consternada.

—¡Oh! No os alarméis —dijo despreocupadamente Phoebus—, no fue nada. Una pelea, una estocada…, en fin, ¿qué interés puede tener eso para vos?

—¿Que qué interés puede tener para mí? —exclamó Flor de Lis, alzando sus bellos ojos llenos de lágrimas—. ¡Oh, no decís lo que pensáis! Contadme lo de la estocada. Quiero saberlo todo.

—Veréis, querida, tuve problemas con Mahé Fédy, el teniente de Saint-Germain-en-Laye, y nos descosimos unas pulgadas de piel cada uno. Eso es todo.

El mentiroso capitán sabía muy bien que un lance de honor siempre da realce a un hombre ante los ojos de una mujer. En efecto, Flor de Lis lo miraba a la cara totalmente embargada de miedo, de amor y de admiración. Sin embargo, no se había quedado tranquila del todo.

—¡Ojalá estéis totalmente repuesto, Phoebus! —dijo—. No conozco a ese Mahé Fédy, pero es un mal hombre. ¿Y cuál fue el motivo de la pelea?

Phoebus, cuya imaginación no era sino medianamente creativa, empezó a no saber cómo salir del embrollo.

—¡Oh, qué sé yo…! Una nimiedad, un caballo, unas palabras… Bella prima, ¿qué es ese ruido que se oye en el Atrio? —dijo para cambiar de conversación, acercándose a la ventana—. ¡Dios mío! ¡Bella prima, hay muchísima gente en la plaza!

—No sé —dijo Flor de Lis—, al parecer una bruja va a retractarse públicamente esta mañana ante la iglesia para ser colgada después.

El capitán estaba tan seguro de que el asunto de Esmeralda estaba liquidado que las palabras

de Flor de Lis le impresionaron muy poco. No obstante, le hizo un par de preguntas.

—¿Cómo se llama esa bruja?

—No lo sé —respondió ella.

—¿Y qué dicen que ha hecho?

Ella encogió una vez más sus blancos hombros.

—No lo sé.

—¡Oh, Jesús Dios mío! —dijo la madre—. Hay tantos brujos ahora que yo creo que los queman sin saber siquiera su nombre. Sería tanto como querer saber el nombre de todas las nubes del cielo. Después de todo, podemos estar tranquilos. Dios lleva su registro. —La venerable dama se levantó y se acercó a la ventana—. ¡Señor! —dijo—. Tenéis razón, Phoebus. ¡Qué cantidad de populacho! ¡Hay gente por todas partes, bendito sea Dios, hasta en los tejados…! ¿Sabéis, Phoebus?, esto me recuerda mis tiempos. La entrada del rey Carlos VII, que congregó también a muchísima gente… No recuerdo en qué año fue… Cuando os hablo de estas cosas, tenéis sensación de vejez, ¿verdad?, y yo, en cambio, de juventud… ¡Ah, pero era un pueblo mucho mejor que el de ahora! Había gente hasta en los matacanes de la puerta Saint-Antoine. El rey llevaba a la reina a la grupa de su caballo, y tras sus altezas iban todas las damas a la grupa con los señores. Recuerdo que nos reíamos mucho porque al lado de Amanyon de Garlande, que era muy bajito, iba el señor de Matefelon, un caballero de estatura gigantesca que había matado ingleses a montones. Era muy bonito. Un desfile de todos los hidalgos de Francia con sus oriflamas resplandecientes. Estaban los de pendón y los de bandera. ¡Qué sé yo! El señor de Calan, con pendón; Jean de Châteaumorant, con bandera; el señor de Coucy, con bandera, y más pompa que ningún otro, salvo el duque de Borbón… ¡Ay! ¡Qué triste es pensar que todo eso ha existido y que ya no queda nada!

Los dos enamorados no escuchaban a la respetable viuda. Phoebus había vuelto a apoyarse en el respaldo de la silla de su prometida, lugar privilegiado desde el que su mirada libertina penetraba en todas las aberturas de la gola de Flor de Lis. La gola en cuestión se entreabría tan oportunamente, le dejaba ver tantas cosas exquisitas y le permitía adivinar tantas otras que Phoebus, deslumbrado por aquella piel con reflejos satinados, se decía para sus adentros: «¿Cómo se puede amar a una mujer que no tenga la tez blanca?».

Los dos guardaban silencio. La joven alzaba de vez en cuando hacia él unos ojos embelesados y dulces, y sus cabellos se mezclaban con un rayo de sol de primavera.

—Phoebus —dijo de pronto Flor de Lis en voz baja—, vamos a casarnos dentro de tres meses, juradme que jamás habéis amado a otra mujer.

—¡Os lo juro, ángel mío! —respondió Phoebus, y su mirada apasionada acompañaba estas palabras para convencer a Flor de Lis de su sinceridad. Quizá hasta se creía a sí mismo en ese momento.

Mientras, la buena madre, encantada de ver a los prometidos en tan perfecta armonía, había salido de la estancia para ocuparse de algún detalle doméstico. Phoebus se dio cuenta, y esa soledad envalentonó de tal modo al intrépido capitán que le subieron al cerebro unas ideas muy extrañas. Flor de Lis lo amaba, él era su prometido, ella estaba sola con él, su antigua atracción

por ella había despertado de nuevo, no con toda su frescura, pero sí con todo su ardor, y después de todo, no es un gran crimen comer un poco del trigo propio aunque todavía esté verde. No sé si estos pensamientos pasaron por su mente, pero lo que sí es cierto es que Flor de Lis se asustó de pronto por la expresión de su mirada. Miró a su alrededor y no vio a su madre.

—¡Dios mío! —dijo, colorada e inquieta—. ¡Qué calor tengo!

—Sí —dijo Phoebus—, creo que ya es casi mediodía. El sol molesta. Más vale que corramos las cortinas.

—No, no —dijo la pobre muchacha—, al contrario, necesito aire.

Y como una cierva que siente el aliento de la jauría, se levantó, corrió hacia la ventana, la abrió y salió al balcón.

Phoebus, bastante contrariado, la siguió.

La plaza del Atrio de Notre-Dame, a la que, como sabemos, daba el balcón, ofrecía en ese momento un espectáculo siniestro y singular que hizo cambiar bruscamente la naturaleza del miedo de la tímida Flor de Lis.

Una inmensa muchedumbre, que llenaba también todas las calles adyacentes, abarrotaba la plaza propiamente dicha. La muralla baja que rodeaba el Atrio habría sido insuficiente para mantenerla libre si no hubiera sido reforzada por una hilera compacta de soldados de los doscientos veinte y de arcabuceros, armados con culebrinas de mano. Gracias a ese bosque de picas y arcabuces, el Atrio estaba vacío. La entrada estaba protegida por numerosos alabarderos con las armas del obispo. Las anchas puertas de la iglesia estaban cerradas, lo que contrastaba con las innumerables ventanas de la plaza, las cuales, abiertas todas ellas, dejaban ver miles de cabezas amontonadas más o menos como las balas de cañón en un parque de artillería.

La superficie de aquella turba era gris, sucia y terrosa. El espectáculo que esperaba era, evidentemente, de esos que tienen el privilegio de sacar a la luz del día aquello que hay de más inmundo en la población. Nada más repulsivo que el ruido que escapaba de aquel hormigueo de gorros amarillentos y cabelleras sórdidas. En aquella multitud había más risas que gritos, más mujeres que hombres.

De vez en cuando, una voz agria y vibrante atravesaba el rumor general.

—¡Eh! ¡Mahiet Baliffre! ¿Van a colgarla aquí?

—¡Imbécil! ¡Aquí es la retractación pública en camisa! ¡Dios va a escupirle unos latinajos a la cara! Eso se hace siempre aquí, a mediodía. Si lo que quieres es ver ahorcar, vete a la Grève.

—Iré luego.

—Oye, Boucandry, ¿es verdad que no ha querido un confesor?

—Eso parece, Bechaigne.

—¡Qué desfachatez, la pagana!

—Es la costumbre, señor. El baile del palacio tiene que entregar al malhechor ya juzgado para la ejecución, si es un laico, al preboste de París, y si es un clérigo, al provisor del obispado.

—Gracias, señor.

—¡Oh, Dios mío! —decía Flor de Lis—. ¡Pobre criatura!

Este pensamiento llenaba de dolor la mirada que paseaba por el populacho. El capitán, mucho

más pendiente de ella que de aquella chusma, ceñía amorosamente su cintura por detrás. Ella se volvió, suplicante y sonriente.

—¡Por favor, Phoebus, dejadme! ¡Si mi madre volviera, vería vuestra mano!

En ese momento dieron lentamente las doce en el reloj de Notre-Dame. Un murmullo de satisfacción estalló entre la multitud. Apenas se había extinguido la última vibración de la decimosegunda campanada cuando todas las cabezas se movieron como olas azotadas por el viento y un inmenso clamor se elevó desde el suelo, las ventanas y los tejados:

—¡Ahí está!

Flor de Lis se tapó los ojos con las manos para no ver.

—Encantadora criatura —le dijo Phoebus—, ¿queréis entrar?

—No —respondió ella, y los ojos que acababa de cerrar por miedo volvió a abrirlos por curiosidad.

Una carreta tirada por un robusto caballo normando y completamente rodeada de jinetes que vestían librea morada con cruces blancas acababa de desembocar en la plaza por la calle Saint-Pierre-aux-Boeufs. Los soldados de la guardia le abrían paso entre la gente a golpe de *boullaye*. Junto a la carreta iban algunos oficiales de justicia y de policía, reconocibles por sus ropas negras y su torpe manera de montar a caballo. Maese Jacques Charmolue desfilaba en cabeza.

En el fatal vehículo iba sentada una muchacha con los brazos atados tras la espalda y sin la compañía de un sacerdote. Iba en camisa, y sus largos cabellos negros (la costumbre de entonces era no cortarlos hasta llegar al pie del cadalso) caían sobre su pecho y sus hombros medio descubiertos.

A través de la ondulante cabellera, más brillante que el plumaje de un cuervo, se veía retorcerse y anudarse una gruesa cuerda gris y rugosa que desollaba sus frágiles clavículas y se enrollaba en torno al encantador cuello de la pobre muchacha como un gusano en una flor. Bajo la cuerda brillaba un pequeño amuleto adornado con cuentas verdes que sin duda le habían dejado porque a los que van a morir ya no se les niega nada. Los espectadores asomados a las ventanas podían ver al fondo de la carreta sus piernas desnudas, que ella intentaba ocultar bajo su cuerpo movida por un último instinto femenino. A sus pies había una cabrita atada. La condenada sujetaba con los dientes la camisa mal abrochada. Se diría que sufría más aún, si cabe, por verse expuesta medio desnuda a la mirada de todos. ¡Ay!, no está hecho el pudor para semejantes trances.

—¡Jesús! —exclamó vivamente Flor de Lis—. ¡Mirad, querido primo! ¡Es aquella horrible gitana de la cabra!

Al decir esto, se volvió hacia Phoebus. Este tenía los ojos clavados en la carreta y estaba muy pálido.

—¿Qué gitana de la cabra? —preguntó, balbuciendo.

—¡Cómo! —repuso Flor de Lis—. ¿Es que no os acordáis…?

Phoebus la interrumpió.

—No sé a qué os referís.

Dio un paso para entrar, pero Flor de Lis, cuyos celos, tan vivamente excitados no hacía

mucho por esa misma egipcia, acababan de despertar de nuevo, le lanzó una mirada penetrante y llena de desconfianza. En ese momento recordó vagamente haber oído hablar de un capitán relacionado con el proceso de aquella bruja.

—¿Qué os ocurre? —le preguntó a Phoebus—. Se diría que esa mujer os ha turbado.

Phoebus se esforzó en bromear.

—¿A mí? ¡En absoluto! ¡Qué ocurrencia!

—Entonces, quedaos —añadió ella imperiosamente— y veámoslo todo hasta el final.

No tuvo más remedio el desventurado capitán que permanecer allí. Lo que lo tranquilizaba un poco era que la condenada no apartaba la vista del suelo de la carreta. Porque se trataba sin ningún género de dudas de Esmeralda. En este último escalón del oprobio y la desgracia seguía estando guapa, sus grandes ojos negros parecían todavía más grandes a causa de la depauperación de sus mejillas, su perfil lívido era puro y sublime. Se parecía a lo que había sido como una Virgen de Masaccio se parece a una Virgen de Rafael: más débil, más delgada, más demacrada.

Por lo demás, no había nada en ella que no se tambaleara de uno u otro modo y que, salvo su pudor, no dejara en manos del azar, tan profundamente la habían resquebrajado el estupor y la desesperación. Los tumbos que daba la carreta hacían rebotar su cuerpo como si fuese una cosa muerta o rota. Su mirada estaba apagada y extraviada. Se veía aún una lágrima en sus ojos, pero inmóvil y, por así decirlo, congelada.

La lúgubre cabalgata había atravesado ya la multitud en medio de los gritos de alegría y de las muestras de curiosidad. Preciso es decir, sin embargo, para ser fiel historiador, que, viéndola tan bella y tan abatida, muchos, y de los más duros, habían sentido compasión.

La carreta había entrado en el Atrio.

Delante del pórtico central, se detuvo. La escolta formó a ambos lados. La multitud calló y, en medio de aquel silencio lleno de solemnidad y de ansiedad, los dos batientes de la gran puerta, como si se abrieran solos, giraron sobre sus goznes, que chirriaron con un sonido de pífano. Entonces se vio en toda su longitud la profunda iglesia sombría, vestida de luto, apenas iluminada por unos cirios que chispeaban a lo lejos sobre el altar mayor, abierta como la boca de una caverna en medio de la plaza deslumbrante de luz. Al fondo de todo, en la oscuridad del ábside, se entreveía una gigantesca cruz de plata sobre un paño negro que caía desde la bóveda hasta el suelo. La nave estaba completamente desierta. Sin embargo, se veían moverse confusamente algunas cabezas de sacerdotes en los asientos lejanos del coro, y en el momento en que la gran puerta se abrió, surgió de la iglesia un canto grave, sonoro y monótono, que lanzaba como a bocanadas fragmentos de salmos lúgubres sobre la cabeza de la condenada:

… *Non timebo millia populi circumdantis me. Exsurge, Domine; salvum me fac, Deus*.

… *Salvum me fac, Deus, quoniam intraverunt aquae usque ad animam meam.*

… *Infixus sum in limo profundi; et non est substantia*.[118]

Al mismo tiempo, otra voz, aislada del coro, entonaba sobre la grada del altar mayor este melancólico ofertorio:

Qui verbum meum audit, et credit ei qui misit me, habet vitam aeternam et in judicium non venit; sed transit a morte in vitam.[119]

Este canto que unos ancianos perdidos en las tinieblas derramaban desde lejos sobre aquella hermosa criatura, llena de juventud y de vida, acariciada por el aire tibio de la primavera, inundada de sol, era la misa de difuntos.

El pueblo escuchaba con recogimiento.

La infeliz, asustada, parecía perder la mirada y el pensamiento en las oscuras entrañas de la iglesia. Sus labios blancos se movían como si rezaran, y cuando el ayudante del verdugo se acercó a ella para ayudarla a bajar de la carreta, oyó que repetía en voz baja esta palabra: «Phoebus».

Le desataron las manos y la hicieron bajar acompañada de su cabra —a la que también habían desatado y que balaba por la alegría de sentirse libre— y caminar descalza por el duro empedrado hasta el pie de la escalera del pórtico. La cuerda que llevaba al cuello arrastraba por el suelo detrás de ella; parecía una serpiente que la seguía.

Entonces se interrumpió el canto en la iglesia. Una gran cruz de oro y una hilera de cirios se pusieron en movimiento en la oscuridad. Se oyeron sonar las alabardas de los abigarrados suizos y, un momento después, una larga procesión de sacerdotes con casulla y de diáconos con dalmática que avanzaba gravemente hacia la condenada, salmodiando, apareció ante sus ojos y ante los ojos de la multitud. Pero su mirada se detuvo en el que caminaba en cabeza, inmediatamente detrás del crucero.

—¡Oh! —exclamó muy bajo, estremeciéndose—. ¡Otra vez él! ¡El sacerdote!

Era, en efecto, el arcediano. A su izquierda iba el sochantre y a su derecha el chantre, portando el bastón propio de su cargo. Avanzaba mirando hacia arriba y cantando con voz potente:

De ventre inferi clamavi, et exaudisti vocem meam, et projecisti me in profundum in corde maris, et flumen circumdedit me.[120]

En el momento en que apareció a la luz del día bajo el alto pórtico ojival, envuelto en una amplia capa plateada con una cruz negra, estaba tan pálido que entre la multitud más de uno pensó que era uno de los obispos de mármol arrodillados sobre las lápidas sepulcrales del coro, que se había levantado y se disponía a recibir en el umbral de la tumba a la que iba a morir.

Ella, no menos pálida ni menos estatua, apenas se había dado cuenta de que le habían puesto en la mano un pesado cirio de cera amarilla encendido; no había oído la voz chillona del escribano leyendo el fatal texto de la retractación pública. Cuando le habían pedido que dijera*Amen*, había respondido *Amen*. Fue preciso, para devolverle un poco de vida y un poco de fuerza, que viera al sacerdote indicar a sus guardianes que se alejaran y avanzar solo hacia ella.

Entonces notó que la sangre le hervía en la cabeza, y un resto de indignación se encendió en aquella alma ya entumecida y fría.

El arcediano se aproximó a ella lentamente. Incluso en aquella situación extrema, ella le vio pasear sobre su desnudez una mirada centelleante de lujuria, celos y deseo. Después le dijo en voz alta:

—Muchacha, ¿habéis pedido perdón a Dios por vuestras faltas y vuestras transgresiones? —Se acercó a su oído y añadió (los espectadores creían que estaba recibiendo su última confesión)—: ¿Quieres ser mía? ¡Todavía puedo salvarte!

Ella lo miró fijamente:

—¡Vete, demonio, o te denuncio!

Él desplegó una sonrisa horrible.

—No te creerán. No harías más que añadir un nuevo escándalo a tu crimen. Responde, rápido. ¿Quieres ser mía?

—¿Qué has hecho con mi Phoebus?

—Está muerto —dijo el sacerdote.

En ese momento el miserable arcediano levantó la cabeza maquinalmente y vio en el otro lado de la plaza, en el balcón de la mansión Gondelaurier, al capitán de pie junto a Flor de Lis. Vaciló, se pasó una mano por los ojos, volvió a mirar, murmuró una maldición y todas sus facciones se contrajeron violentamente.

—¡Muy bien, muere tú también! —dijo entre dientes—. Nadie te tendrá.

Entonces, levantando la mano sobre la egipcia, dijo con voz fúnebre:

—*I nunc, anima anceps, et sit tibi Deus misericors*.[121]

Era la temible fórmula con la que se acostumbraba a cerrar estas sombrías ceremonias. Era la señal convenida que le hacía el sacerdote al verdugo.

El pueblo se arrodilló.

—*Kyrie eleison*[122] —dijeron los sacerdotes que habían permanecido bajo la ojiva del pórtico.

—*Kyrie eleison* —repitió la multitud con ese murmullo que corre sobre todas las cabezas como el chapoteo de un mar agitado.

—*Amen* —dijo el arcediano.

Le volvió la espalda a la condenada, inclinó la cabeza sobre el pecho, cruzó las manos, se reunió con el resto del cortejo y un momento después lo vieron desaparecer, junto con la cruz, los cirios y las capas, bajo los arcos brumosos de la catedral. Su voz sonora se perdió gradualmente en el coro cantando este versículo de desesperación: … *Omnes gurgites tui et fluctus tui super me transierunt*.[123]

Al mismo tiempo, los golpes intermitentes de las alabardas de los suizos muriendo poco a poco bajo los intercolumnios de la nave producían el efecto del martilleo de un reloj anunciando la última hora de la condenada.

Entre tanto, las puertas de Notre-Dame habían permanecido abiertas, dejando ver la iglesia vacía, desolada, de luto, sin cirios y sin voces.

La condenada seguía inmóvil en su sitio, esperando que dispusiesen de ella. Uno de los alguaciles de vara tuvo que avisar a maese Charmolue, quien, durante toda esta escena, había estado estudiando el bajorrelieve del gran pórtico que representa, según unos, el sacrificio de Abraham, y según otros, la operación filosofal, siendo el sol el ángel, el fuego la leña y el artesano Abraham.

Costó bastante arrancarlo de esta contemplación, pero por fin se volvió e hizo una señal. Dos hombres vestidos de amarillo, los ayudantes del verdugo, se acercaron entonces a la egipcia para atarle las manos.

En el momento de subir de nuevo a la carreta fatal para encaminarse hacia su última estación,

la desventurada se sintió asaltada quizá por una desgarradora añoranza de la vida. Levantó sus ojos rojos y secos hacia el cielo, hacia el sol, hacia las nubes de plata tapadas aquí y allá por trapecios y triángulos azules y a continuación los bajó hacia la tierra y miró a su alrededor, la gente, las casas… De repente, mientras el hombre de amarillo le ataba los brazos, profirió un grito terrible, un grito de alegría. En aquel balcón, allá, en la esquina de la plaza, acababa de verlo, a él, a su amigo, a su señor, a Phoebus, la otra aparición de su vida.

¡El juez había mentido! ¡El sacerdote había mentido! ¡Era él, no podía dudarlo, estaba allí, apuesto, vivo, con su deslumbrante uniforme, la pluma en la cabeza, la espada en el costado!

—¡Phoebus! —gritó—. ¡Mi Phoebus!

Quiso tender hacia él sus brazos temblorosos de amor y de felicidad, pero estaban atados.

Entonces vio al capitán fruncir el entrecejo y a una bella muchacha, que se apoyaba en él, mirarlo con un mohín desdeñoso y ojos irritados. Después Phoebus pronunció unas palabras que no llegaron hasta ella y ambos desaparecieron precipitadamente tras los cristales del balcón, que se cerró.

—¡Phoebus! —gritó, como loca—, ¿es posible que lo creas?

Una idea monstruosa acababa de asaltarla. Recordó que la habían condenado por asesinato cometido en la persona de Phoebus de Châteaupers.

Hasta entonces lo había soportado todo, pero este último golpe era demasiado rudo. Cayó inerte al suelo.

—¡Vamos! —dijo Charmolue—. ¡Subidla a la carreta y acabemos!

Nadie había descubierto aún, en la galería de las estatuas de los reyes, esculpidas justo encima de las ojivas del pórtico, a un extraño espectador que hasta ese momento lo había observado todo con tal impasibilidad, con el cuello tan estirado, con un rostro tan deforme que, de no ser por su vestimenta roja y morada, se le habría podido tomar por uno de esos monstruos de piedra por cuya boca desaguan desde hace seiscientos años los largos canalones de la catedral. Aquel espectador no se había perdido ni un detalle de lo que había acontecido desde las doce ante el pórtico de Notre-Dame. Y desde el principio, sin que a nadie se le hubiera ocurrido observarlo, había atado fuertemente a una de las columnillas de la galería una gruesa cuerda de nudos cuyo extremo llegaba a la escalinata. Hecho esto, se había puesto a mirar tranquilamente, y a silbar cuando un mirlo pasaba por delante de él.

De pronto, en el momento en que los ayudantes del verdugo se disponían a ejecutar la flemática orden de Charmolue, saltó al otro lado de la balaustrada de la galería, cogió la cuerda con los pies, las rodillas y las manos, y a continuación lo vieron deslizarse por la fachada como una gota de lluvia que resbala por un cristal, acercarse a los dos verdugos a la velocidad de un gato al caer de un tejado, derribarlos con sus enormes puños, coger a la egipcia con una mano, como una niña a su muñeca, y llegar de un tirón hasta la iglesia, levantando a la joven por encima de su cabeza y gritando con una voz formidable:

—¡Asilo!

Esto fue realizado con tal rapidez que, si hubiera sido de noche, habría podido verse toda la escena a la luz de un solo relámpago.

—¡Asilo! ¡Asilo! —repitió la muchedumbre, y diez mil aplausos hicieron refulgir de alegría y de orgullo el único ojo de Quasimodo.

El zarandeo hizo volver en sí a la condenada. La joven abrió los ojos, miró a Quasimodo y volvió a cerrarlos súbitamente, como espantada de su salvador.

Charmolue se quedó estupefacto, y los verdugos, y toda la escolta. En el recinto de Notre-Dame, la condenada era, en efecto, inviolable. La catedral era un lugar de refugio. La justicia humana en todas sus modalidades acababa en el umbral.

Quasimodo se había detenido bajo el gran pórtico. Sus anchos pies parecían tan sólidos sobre el suelo de la iglesia como los pesados pilares románicos. Su enorme cabeza peluda se hundía en sus hombros como la de los leones, que también tienen melena y no cuello. Sujetaba con sus manos callosas a la muchacha, que colgaba, palpitante, como un paño blanco, pero la llevaba con tanta precaución que parecía tener miedo de romperla o de estropearla. Se habría dicho que intuía que era algo delicado, exquisito y precioso, hecho para unas manos distintas de las suyas. Había momentos en que daba la impresión de que no se atrevía a tocarla, ni siquiera con el aliento. Luego, de repente, la estrechaba entre sus brazos, contra su pecho anguloso, como si fuera su bien, su tesoro, como habría hecho la madre de aquella criatura; su ojo de gnomo, dirigido hacia ella, la inundaba de ternura, de dolor y de compasión, para después apartarse súbitamente lleno de destellos. Las mujeres, viéndolo, reían y lloraban, la multitud estaba entusiasmada, pues en aquel momento Quasimodo presentaba realmente una belleza propia. Era hermoso, él, ese huérfano, ese niño abandonado, ese desecho, se sentía augusto y fuerte, miraba a la cara a esa sociedad de la que se hallaba desterrado y en la que estaba interviniendo tan poderosamente, a esa justicia humana a la que le había arrebatado su presa, a todos esos tigres obligados a masticar con la boca vacía, a esos esbirros, a esos jueces, a esos verdugos, a toda esa fuerza del rey que acababa de vencer, él, ínfima criatura, con la fuerza de Dios.

Además, era conmovedora esa protección otorgada por un ser tan deforme a un ser tan desdichado, era conmovedor ver a una condenada a muerte salvada por Quasimodo. Eran las dos miserias extremas de la naturaleza y de la sociedad que se encontraban y se ayudaban mutuamente.

Sin embargo, tras unos minutos de triunfo, Quasimodo se había adentrado bruscamente en la iglesia con su fardo. El pueblo, amante de toda proeza, lo buscaba con los ojos en la oscura nave, lamentando que hubiera huido tan deprisa de sus aclamaciones. De pronto lo vieron aparecer en uno de los extremos de la galería de los reyes de Francia. La atravesó corriendo como un demente, levantando su conquista con los brazos y gritando:

—¡Asilo!

La multitud estalló de nuevo en aplausos. Una vez que hubo recorrido la galería, volvió a meterse en el interior de la iglesia. Al cabo de un momento reapareció en la plataforma superior, todavía con la egipcia en brazos, todavía corriendo como un loco y todavía gritando:

—¡Asilo!

La muchedumbre no paraba de aplaudir. Finalmente, hizo una tercera reaparición en la cima del campanario; desde allí pareció mostrar con orgullo a toda la ciudad a la que había salvado, y

su voz atronadora, esa voz que tan raramente se dejaba oír y que él no oía nunca, repitió tres veces con frenesí hasta las nubes:

—¡Asilo! ¡Asilo! ¡Asilo!

—¡Viva! ¡Viva! —gritaba el pueblo por su parte, y aquella inmensa aclamación llegaba a la otra orilla, para sorpresa de la gente que llenaba la Grève y de la reclusa que seguía esperando, con la mirada clavada en el patíbulo.

LIBRO NOVENO

1

Fiebre

Claude Frollo ya no estaba en Notre-Dame cuando su hijo adoptivo cortó tan bruscamente el nudo fatal con el que el desgraciado arcediano había atado a la egipcia y se había atado a sí mismo. Al entrar en la sacristía, se había quitado el alba, la capa y la estola, lo había dejado todo de malos modos en manos de un atónito sacristán, había salido por la puerta secreta del claustro, había ordenado a un barquero del Terrain que lo llevara a la orilla izquierda del Sena y se había internado en las empinadas calles de la Universidad sin saber adónde iba, encontrando a cada paso grupos de hombres y mujeres que se dirigían presurosos y alegres hacia el puente Saint-Michel con la esperanza de «llegar a tiempo» de ver ahorcar a la bruja, pálido, extraviado, más confuso, más ciego y más hosco que un ave nocturna liberada y perseguida por una pandilla de chiquillos en pleno día. No sabía dónde se encontraba, lo que pensaba, si estaba soñando. Avanzaba, caminaba, corría tomando cualquier calle al azar, sin escogerla, simplemente empujado hacia delante por la Grève, por la horrible Grève que el sacerdote sentía confusamente a su espalda.

Atravesó así la montaña de Sainte-Geneviève y finalmente salió de la ciudad por la puerta Saint-Victor. Continuó huyendo mientras pudo ver, mirando atrás, el recinto de torres de la Universidad y las contadas casas del arrabal; pero cuando por fin una elevación del terreno le hubo hurtado por completo a la vista ese odioso París, cuando pudo creer que se encontraba a cien leguas de él, en el campo, en un desierto, se detuvo, y le pareció que respiraba.

Entonces unas ideas horribles se agolparon en su mente. Vio claro en su alma y se estremeció. Pensó en aquella desventurada muchacha que lo había llevado a la perdición y a quien él, a su vez, había llevado a la perdición también. Paseó una mirada huraña por la doble vía tortuosa que la fatalidad había hecho seguir a sus dos destinos, hasta el punto de intersección en que los había hecho chocar despiadadamente uno contra otro. Pensó en lo absurdo de los votos eternos, en la vanidad de la castidad, de la ciencia, de la religión, de la virtud, en la inutilidad de Dios. Se sumergió con deleite en sus malos pensamientos y, a medida que se sumergía más y más en ellos, sentía estallar en su interior una risa satánica.

Y ahondando así en su alma, al ver qué amplio espacio la naturaleza había reservado en ella a las pasiones, rió más amargamente todavía. Removió en el fondo de su corazón todo su odio, toda su maldad, y reconoció, con la fría mirada de un médico que examina a un enfermo, que ese odio, que esa maldad no eran sino amor viciado, que el amor, ese manantial de toda virtud en el hombre, se transformaba en cosas horribles en el corazón de un sacerdote, y que un hombre constituido como él, haciéndose sacerdote, se convertía en demonio. Entonces rió de un modo atroz, y de repente se quedó pálido al considerar el aspecto más siniestro de su fatal pasión, de ese amor corrosivo, venenoso, rencoroso, implacable, que había desembocado en el patíbulo para la una y

en el infierno para el otro; ella condenada por la justicia humana, él condenado por la justicia divina.

Luego volvió a reír al pensar que Phoebus estaba vivo; que después de todo el capitán vivía, estaba alegre y contento, tenía casacas más bonitas que nunca y una nueva amante a la que llevaba a ver ahorcar a la anterior. Sus carcajadas se hicieron más sonoras cuando cayó en la cuenta de que, de los seres vivos a los que había deseado la muerte, la egipcia, la única criatura a la que no odiaba, era la única que no se había salvado de ella.

Del capitán, su pensamiento pasó al pueblo, y sintió unos celos de una especie desconocida. Pensó que también el pueblo, todo el pueblo había tenido ante sus ojos a la mujer que él amaba, en camisa, casi desnuda. Se retorció los brazos pensando que aquella mujer, cuyas formas entrevistas en la penumbra solo por él le habrían proporcionado la felicidad suprema, había sido entregada en pleno día, a las doce de la mañana, a todo un pueblo, vestida como para una noche de voluptuosidad. Lloró de rabia por todos esos misterios de amor profanados, manchados, desnudados, marchitados para siempre. Lloró de rabia imaginando cuántas miradas inmundas habrían sacado provecho de aquella camisa mal abrochada; y que aquella bella muchacha, aquella azucena virgen, aquella copa de pudor y delicias a la que solo se habría atrevido a acercar los labios temblando, acababa de ser transformada en una especie de escudilla pública en la que la chusma más vil de París, los ladrones, los mendigos, los lacayos, habían ido a beber en común un placer desvergonzado, impuro y depravado.

Y cuando intentaba hacerse una idea de la felicidad que habría podido encontrar en la tierra si ella no hubiera sido gitana y él no hubiera sido sacerdote, si Phoebus no hubiera existido y ella lo hubiera amado, cuando imaginaba que una vida de serenidad y de amor habría sido posible también para él, que en aquellos momentos había desperdigadas por la tierra parejas felices, perdidas en largas charlas bajo los naranjos, a orillas de los arroyos, en presencia de una puesta de sol o de una noche estrellada, y que, si Dios hubiera querido, habría podido formar con ella una de esas parejas benditas, su corazón se fundía en ternura y desesperación.

¡Oh, ella! ¡Es ella! Esta era la idea fija que volvía sin cesar, que lo torturaba, que le corroía el cerebro y le desgarraba las entrañas. No lo lamentaba, no se arrepentía; todo lo que había hecho, estaba dispuesto a hacerlo de nuevo. Prefería verla en manos del verdugo que en brazos del capitán, pero sufría; sufría tanto que a veces se arrancaba puñados de cabellos para ver si se le estaban poniendo blancos.

Hubo un momento en que se le ocurrió que quizá era justo aquel el minuto en que la horrible cadena que había visto por la mañana estrechaba su nudo de hierro alrededor de ese cuello tan frágil y gracioso. Ese pensamiento le hizo sudar por todos los poros.

Hubo otro momento en que, riendo diabólicamente, se representó a la vez a la Esmeralda que había visto el primer día, vivaz, despreocupada, alegre, engalanada, danzante, alada, armoniosa, y a la Esmeralda del último día, en camisa y con la cuerda al cuello, subiendo lentamente, descalza, la escalera angulosa del patíbulo; imaginó este doble cuadro de tal manera que profirió un grito terrible.

Mientras ese huracán de desesperación sacudía, rompía, curvaba, arrastraba, arrancaba de raíz

todo en su alma, miró la naturaleza a su alrededor. A sus pies, unas gallinas rebuscaban entre la maleza picoteando, los relucientes escarabajos corrían al sol, por encima de su cabeza unos cúmulos de nubes grisáceas se alejaban por un cielo azul, en el horizonte la flecha de la abadía de Saint-Victor atravesaba la curva del collado con su obelisco de pizarra, y el molinero de la colina Copeaux miraba girar silbando las trabajadoras aspas de su molino. Toda aquella vida activa, organizada, tranquila, reproducida a su alrededor de mil formas distintas, le hizo daño. Empezó de nuevo a huir.

Corrió campo a través hasta el atardecer. Aquella huida de la naturaleza, de la vida, de sí mismo, del hombre, de Dios, de todo, se prolongó el día entero. Unas veces se tiraba al suelo de bruces y arrancaba con las uñas las espigas tiernas de trigo. Otras veces se detenía en la calle desierta de un pueblo y sus pensamientos le resultaban tan insoportables que se cogía la cabeza con las dos manos y trataba de arrancársela de los hombros para romperla en el suelo.

Hacia la hora en que el sol declinaba, se examinó de nuevo y se encontró casi loco. La tormenta desencadenada en él desde el instante en que había perdido la esperanza y la voluntad de salvar a la egipcia no había dejado en su conciencia una sola idea sana, un solo pensamiento en pie. Su razón estaba postrada, casi destruida por completo. Solo aparecían dos imágenes nítidas en su mente: Esmeralda y la horca. El resto era oscuridad. Aquellas dos imágenes juntas le presentaban un grupo espantoso, y cuanto más centraba en ellas la atención y el pensamiento que le quedaba, más las veía crecer, según una progresión fantástica, una en gracia, en encanto, en belleza, en luz, y la otra en horror, de suerte que al final Esmeralda se le aparecía como una estrella y la horca como un enorme brazo descarnado.

Una cosa digna de mención es que durante toda aquella tortura no se le ocurrió en serio la idea de morir. Así era el miserable. Se aferraba a la vida. Quizá veía realmente el infierno detrás.

Entre tanto, el día continuaba declinando. El ser vivo que aún existía en él pensó confusamente en la vuelta. Creía que se encontraba lejos de París; pero, cuando se orientó, se dio cuenta de que no había hecho sino rodear el recinto de la Universidad. La flecha de Saint-Sulpice y las tres altas agujas de Saint-Germain-des-Prés se alzaban en el horizonte a su derecha. Se dirigió hacia ese lado. Cuando oyó el quién vive de los soldados del abad alrededor de la circunvalación almenada de Saint-Germain, se desvió, tomó un sendero que se abría ante él entre el molino de la abadía y la leprosería del burgo, y al cabo de unos instantes se encontró en la linde del Pré-aux-Clercs. Este prado era célebre por los tumultos que se organizaban allí día y noche; era la «hidra» de los pobres monjes de Saint-Germain, *quod monachis Sancti-Germani pratensis hydra fuit, clericis nova semper dissidiorum capita suscitantibus*.[124] El arcediano temió encontrarse con alguien; tenía miedo de todo rostro humano. Acababa de evitar la Universidad y el burgo de Saint-Germain, quería adentrarse en las calles lo más tarde posible. Bordeó el Pré-aux-Clercs, tomó el sendero desierto que lo separaba del Dieu-Neuf, y llegó por fin al borde del agua. Allí, don Claude encontró a un barquero que, por unos pocos dineros parisienses, lo llevó por el Sena hasta la punta de la Cité y lo dejó en esa lengua de tierra abandonada donde el lector ya ha visto soñar a Gringoire y que se prolongaba más allá de los jardines del rey, paralelamente a la isla del Barquero de Vacas.

El monótono mecer de la barca y el chapaleo del agua habían adormecido un poco al desdichado Claude. Cuando el barquero se hubo alejado, permaneció estúpidamente de pie en la arena, mirando al frente y percibiendo los objetos a través de las oscilaciones deformantes que lo convertían todo en una especie de fantasmagoría. No es raro que el cansancio causado por un gran dolor produzca este efecto en la mente.

El sol se había puesto por detrás de la alta torre de Nesle. Era la hora del crepúsculo. El cielo estaba blanco, el agua del río estaba blanca. Entre aquellas dos blancuras, la orilla izquierda del Sena, en la que él tenía clavados los ojos, proyectaba su masa sombría y, cada vez más delgada por la perspectiva, se hundía en las brumas del horizonte como una flecha negra. Estaba abarrotada de casas de las que solo se distinguía su silueta oscura, vivamente realzada en tinieblas sobre el fondo claro del cielo y del agua. Algunas ventanas empezaban a titilar como brasas. Aquel inmenso obelisco negro, aislado así entre las dos capas blancas del cielo y el río, muy ancho en aquel lugar, produjo en don Claude un efecto singular, comparable a lo que sentiría un hombre que, tumbado boca arriba en el suelo al pie del campanario de Estrasburgo, contemplara cómo se hunde la enorme aguja, por encima de su cabeza, en las penumbras del crepúsculo. Con la diferencia de que en este caso era Claude quien estaba de pie y el obelisco el que estaba tumbado; pero, como el río, al reflejar el cielo, prolongaba el abismo por debajo de él, el inmenso promontorio parecía tan audazmente lanzado hacia el vacío como toda flecha de catedral, y la impresión era la misma. Esta impresión tenía incluso algo extraño y más profundo, y es que se trataba del campanario de Estrasburgo, pero el campanario de Estrasburgo con una altura de dos leguas, algo inaudito, gigantesco, inconmensurable, un edificio jamás visto por ningún ojo humano, una torre de Babel. Las chimeneas de las casas, las almenas de las murallas, los frontones tallados de los tejados, la flecha de los Agustinos, la torre de Nesle, todos aquellos salientes que mellaban el perfil del colosal obelisco incrementaban la ilusión, transformando extrañamente a la vista sus líneas, de una escultura complicada y fantástica.

En el estado alucinatorio en que se encontraba, Claude creyó ver, ver con sus ojos de verdad, el campanario del infierno; las mil luces esparcidas por toda la altura de la espantosa torre le parecieron bocas del inmenso horno interior; las voces y los rumores que escapaban de ellas, gritos y estertores. Entonces tuvo miedo, se tapó las orejas con las manos para no oírlos, dio media vuelta para no seguir viendo y se alejó a toda prisa de la horrible visión.

Pero la visión estaba en él.

Cuando se adentró en las calles, los transeúntes que pasaban a la luz de los escaparates de las tiendas le producían la sensación de un eterno ir y venir de espectros a su alrededor. Fuertes y extraños ruidos retumbaban en sus oídos. Fantasías extraordinarias le turbaban la mente. No veía ni las casas, ni el empedrado, ni los carros, ni a los hombres y las mujeres, sino un caos de objetos indeterminados que se fundían por los bordes unos en otros. En la esquina de la calle Barillerie, había una tienda de comestibles cuyo tejadillo estaba adornado en todo su contorno, según la costumbre inmemorial, con esos cercos de hojalata de los que cuelgan bastoncitos de madera que entrechocan al ser movidos por el viento y suenan como castañuelas. Él creyó oír entrechocar en la oscuridad el pelotón de esqueletos de Montfaucon.

—¡Oh, el viento de la noche los empuja unos contra otros —murmuró—, y mezcla el ruido de sus cadenas con el ruido de sus huesos! ¡Quizá esté ella aquí, entre ellos!

Enloquecido, no sabía ya adónde iba. Unos pasos más allá, se encontró en el puente Saint-Michel. Había luz en la ventana de una planta baja. Se acercó. A través de un cristal resquebrajado, vio una sala sórdida que despertó un recuerdo confuso en su mente. En aquella sala, mal iluminada por una miserable lámpara, había un joven rubio, de aspecto saludable y semblante alegre, que besaba entre sonoras carcajadas a una muchacha vestida de modo muy indecoroso. Y junto a la lámpara, una vieja hilaba y cantaba con voz trémula. Como el joven no reía todo el tiempo, algunos fragmentos de la canción de la vieja llegaban hasta el sacerdote. Eran palabras horribles y sin sentido.

¡*Grève, clama, Grève, grita*!
Hila, hila, rueca bonita,
hila cuerda para el verdugo
que presume de forzudo.
¡*Grève, clama, Grève, grita*!
¡*Hermosa cuerda de cáñamo*!
Dejad de tocar el cálamo
y recoged lo sembrado.
¡*El ladrón no ha robado*
la hermosa cuerda de cáñamo!
¡*Grève, grita, Grève, clama*!
Para ver a la mujer mala
de la sucia horca colgada,
ojos son las ventanas.
¡*Grève, grita, Grève, clama*!

El joven no paraba de reír y de acariciar a la joven. La vieja era la Falourdel; la muchacha era una mujer pública; el joven era su hermano Jehan.

Don Claude siguió mirando. Era un espectáculo como cualquier otro.

Vio a Jehan acercarse a una ventana que estaba al fondo de la sala, abrirla y echar un vistazo al muelle, en el que brillaban a lo lejos cientos de ventanas encendidas, y le oyó decir mientras la cerraba:

—¡Por mi honor! Se está haciendo de noche. Los burgueses encienden sus velas y Dios sus estrellas.

Luego Jehan volvió hacia la ribalda y rompió una botella que estaba encima de una mesa, gritando:

—¡Cuernos, vacía ya! ¡Y no me queda dinero! Isabeau, amiga mía, no estaré contento con Júpiter hasta que no haya convertido tus dos pechos blancos en dos negras botellas de las que mamaré vino de Beaune día y noche.

Esta broma hizo reír a la mujer de vida alegre y Jehan salió.

Don Claude tuvo el tiempo justo de echarse al suelo para no ser visto, mirado a la cara y

reconocido por su hermano. Afortunadamente la calle estaba oscura, y el estudiante, borracho. Aun así, vio al arcediano tumbado en el suelo entre el fango.

—¡Oh, oh! Aquí hay uno que hoy se ha corrido una buena juerga.

Empujó con el pie a don Claude, que contenía la respiración.

—Borracho perdido —prosiguió Jehan—. Está a rebosar. Una auténtica sanguijuela despegada de un tonel… Está calvo —añadió, agachándose—. ¡Es un viejo! *Fortunate senex*.[125]

Don Claude lo oyó alejarse diciendo:

—Da igual, la razón es una bella cosa, y mi hermano el arcediano es muy afortunado por ser juicioso y tener dinero.

El arcediano, entonces, se levantó y corrió sin parar hacia Notre-Dame, cuyas enormes torres veía surgir en la oscuridad por encima de las casas.

En el instante en que llegó, jadeante, a la plaza del Atrio, retrocedió, sin atreverse a levantar la vista hacia el funesto edificio.

—¡Oh! —dijo en voz baja—, ¿es realmente cierto que tal cosa ha sucedido aquí, hoy, esta misma mañana?

Finalmente se decidió a mirar la iglesia. La fachada estaba oscura. Detrás de ella brillaban las estrellas en el cielo. La media luna, que acababa de despegarse del horizonte, se hallaba detenida en aquel momento en la cima de la torre derecha y parecía haberse colgado, como un pájaro luminoso, en el borde de la balaustrada recortada en tréboles negros.

La puerta del claustro estaba cerrada. Pero el arcediano llevaba siempre encima la llave de la torre donde estaba su laboratorio. La utilizó para entrar en la iglesia.

Encontró en la iglesia una oscuridad y un silencio de caverna, aunque distinguió que las colgaduras de la ceremonia de la mañana no habían sido retiradas. La gran cruz de plata refulgía al fondo de las tinieblas, salpicada de algunos puntos centelleantes, como la vía láctea de aquella noche sepulcral. Las largas ventanas del coro mostraban por encima de las colgaduras negras el extremo superior de sus ojivas, cuyas vidrieras, atravesadas por un rayo de luna, solo tenían los colores dudosos de la noche, una especie de violeta, de blanco y de azul cuyo tono solo se ve en la cara de los muertos. El arcediano, al ver alrededor del coro esas lívidas puntas de las ojivas, creyó ver mitras de obispos condenados. Cerró los ojos y, cuando los abrió de nuevo, creyó que era un círculo de caras pálidas que lo miraban.

Echó a correr a través de la iglesia. Entonces le pareció que también la iglesia se ponía en movimiento, se animaba, cobraba vida, que cada columna se convertía en una enorme pata que golpeaba el suelo con su ancha espátula de piedra y que la gigantesca catedral era una especie de elefante prodigioso que resoplaba y andaba con los pilares a modo de patas, las dos torres a modo de trompas y el inmenso paño negro a modo de gualdrapa.

La fiebre, o la locura, había alcanzado tal grado de intensidad que el mundo exterior ya no era para el infortunado sino una especie de apocalipsis visible, palpable, horrendo.

Se sintió por un momento aliviado. Adentrándose en las naves laterales, vio, detrás de una espesura de pilares, una luz rojiza. Corrió hacia ella como si fuera una estrella: era la pobre lámpara que iluminaba día y noche el breviario público de Notre-Dame bajo su rejilla de hierro.

Se abalanzó con avidez sobre el sagrado libro, con la esperanza de encontrar en él algún consuelo o un poco de ánimo. El libro estaba abierto por la página en la que aparecía este pasaje de Job: «Y un espíritu pasó ante mi rostro, y oí una ligera respiración, y el vello de la piel se me erizó».

Aquella lúgubre lectura le hizo sentir lo que siente un ciego que nota un pinchazo del palo que ha recogido del suelo. Las piernas le fallaron y cayó al suelo, pensando en la que había muerto ese día. Sentía pasar e inundarle el cerebro tantas humaredas monstruosas que le parecía que su cabeza se había convertido en una de las chimeneas del infierno.

Parece ser que permaneció largo rato así, sin pensar en nada, hundido y pasivo bajo la mano del demonio. Finalmente recuperó algunas fuerzas y pensó en ir a refugiarse en la torre junto a su fiel Quasimodo. Se levantó y, como tenía miedo, cogió para iluminarse la lámpara del breviario. Era un sacrilegio, pero no estaba en condiciones de preocuparse por tan poca cosa.

Subió lentamente la escalera de las torres, dominado por un secreto terror que la misteriosa luz de la lámpara, subiendo tan tarde de aspillera en aspillera hasta lo alto del campanario, debía de propagar hasta los escasos transeúntes de la plaza del Atrio.

De pronto sintió fresco en la cara y se encontró bajo la puerta de la galería más alta. El aire era frío; por el cielo se desplazaban grandes nubes blancas que se agolpaban unas sobre otras aplastándose los extremos y producían el efecto del deshielo de un río en invierno. La media luna, embarrancada en medio de las nubes, parecía un barco celeste atrapado entre aquellos pedazos de hielo del aire.

Bajó la vista y contempló un instante, entre la reja de columnillas que une las dos torres, a lo lejos, a través de un velo de brumas y de humo, la multitud silenciosa de los tejados de París, afilados, innumerables, apiñados y pequeños como las olas de un mar tranquilo en una noche de verano.

La luna lanzaba un débil rayo que daba al cielo y a la tierra una tonalidad cenicienta.

En aquel momento el reloj alzó su voz aguda y cascada para anunciar la medianoche. El sacerdote pensó en el mediodía. Eran las doce de nuevo.

—¡Oh! —dijo en voz muy baja—. ¡Ya debe de estar fría!

De pronto, una ráfaga de viento apagó la lámpara y casi al mismo tiempo vio aparecer, en el lado opuesto de la torre, una sombra, una mancha blanca, una forma, una mujer. Se estremeció. Al lado de esa mujer había una cabrita que unía su balido a la última campanada del reloj.

Tuvo fuerzas para mirarla. Era ella.

Estaba pálida, estaba tenebrosa. Los cabellos le caían sobre los hombros como por la mañana, pero no llevaba la soga al cuello ni las manos atadas. Estaba libre, estaba muerta.

Iba vestida de blanco y llevaba un velo blanco en la cabeza.

Iba hacia él, lentamente, mirando el cielo. La cabra sobrenatural la seguía. El arcediano se sentía de piedra y demasiado pesado para huir. Cada vez que ella daba un paso hacia delante, él se limitaba a dar uno hacia atrás. Así volvió a meterse bajo la bóveda oscura de la escalera. Estaba helado de pensar que quizá ella entrara también allí; si lo hubiera hecho, habría muerto de terror.

Ella llegó, en efecto, ante la puerta de la escalera, se detuvo unos instantes, miró fijamente la oscuridad, pero sin que pareciera ver al sacerdote, y siguió. Le pareció más alta que cuando vivía,

vio la luna a través de su vestido blanco, oyó su respiración.

Cuando hubo pasado, empezó a bajar la escalera con la lentitud que había visto en el espectro, creyéndose él mismo un espectro, despavorido, con el vello erizado y la lámpara apagada en la mano; y, mientras bajaba los peldaños en espiral, oía claramente en sus oídos una voz que reía y repetía: «… Un espíritu pasó ante mi rostro, y oí una ligera respiración, y el vello de la piel se me erizó».

2

Jorobado, tuerto y cojo

En la Edad Media toda ciudad —y hasta Luis XII toda ciudad de Francia— tenía sus lugares de asilo. Esos lugares de asilo, en medio del diluvio de leyes penales y de jurisdicciones bárbaras que inundaban la ciudad, eran como islas que se elevaban por encima del nivel de la justicia humana. Cualquier criminal que arribara a ellas estaba salvado. Había en cada arrabal tantos lugares de asilo como lugares patibularios. El abuso de la impunidad convivía con el abuso de los suplicios, dos cosas malas que trataban de corregirse la una con la otra. Los palacios del rey, los hoteles de los príncipes y sobre todo las iglesias tenían derecho de asilo. A veces una ciudad entera que se necesitaba repoblar la convertían temporalmente en un lugar de refugio. En 1467, Luis XI convirtió París en asilo.

Una vez puesto el pie en el asilo, el criminal era sagrado; pero debía guardarse de salir de él. Si daba un paso fuera del santuario, volvía a caer al agua. La rueda, el patíbulo y la estrapada montaban guardia alrededor del lugar de refugio y acechaban continuamente a su presa, como los tiburones alrededor de un barco. Se ha visto a condenados encanecer en un claustro, en la escalera de un palacio, en el huerto de una abadía o bajo el porche de una iglesia. El asilo era, de esta forma, una prisión como cualquier otra.

En ocasiones una sentencia solemne del Parlamento violaba el refugio y devolvía al condenado al verdugo; pero tal cosa era infrecuente. Los parlamentos se sentían amedrentados por los obispos, y cuando estas dos vestiduras llegaban a tocarse, la toga no tenía las de ganar enfrentada a la sotana. A veces, sin embargo, como en el caso de los asesinos de Petit-Jean, verdugo de París, y en el de Émery Rousseau, asesino de Jean Valleret, la justicia pasaba por encima de la Iglesia y procedía de inmediato a la ejecución de sus sentencias; pero, si no había un fallo del Parlamento, ¡ay de quien violara a mano armada un lugar de asilo! Ya se sabe la muerte que encontró Robert de Clermont, mariscal de Francia, y Jean de Châlons, mariscal de Champagne, pese a que no se trataba más que de un tal Perrin Marc, empleado de un cambista, un miserable asesino. Pero los dos mariscales habían derribado las puertas de Saint-Méry; eso era lo intolerable.

Había un respeto tal hacia los refugios que, según la tradición, a veces beneficiaba incluso a los animales. Aymoin cuenta el caso de un ciervo perseguido por Dagoberto, que se refugió junto al sepulcro de san Dionisio y eso hizo que la jauría se detuviera de inmediato ladrando.

Las iglesias disponían por lo general de una celdita preparada para recibir a los demandantes de asilo. En 1407, Nicolas Flamel hizo construir para ellos, sobre las bóvedas de Saint-Jacques-de-la-Boucherie, una habitación que le costó cuatro libras, seis sueldos y dieciséis dineros parisienses.

En Notre-Dame había una celda en el desván de las capillas laterales, bajo los arbotantes,

frente al claustro, precisamente en el lugar donde la mujer del conserje actual de las torres se ha hecho un jardín, que es, comparado con los jardines colgantes de Babilonia, lo mismo que una lechuga comparada con una palmera, lo mismo que una portera comparada con Semíramis.

Allí es donde, tras su carrera triunfal y desenfrenada por torres y galerías, Quasimodo había depositado a Esmeralda. Mientras aquella carrera había durado, la muchacha no había recobrado el sentido, estaba medio adormilada y medio despierta, lo único que sentía era que subía, que flotaba en el aire, que volaba, que algo la elevaba por encima de la tierra. De vez en cuando oía la risa sonora y la voz potente de Quasimodo en su oído; entreabría entonces los ojos y veía confusamente debajo de ella un París salpicado de cientos de tejados de pizarra y de tejas, como un mosaico rojo y azul, y sobre su cabeza la cara horrible y alegre de Quasimodo. Sus párpados se cerraban de nuevo tras esta visión; creía que todo había terminado, que la habían ejecutado durante su desvanecimiento y que el deforme espíritu que había presidido su destino se había apoderado de ella y se la llevaba. No se atrevía a mirarlo y se dejaba hacer.

Pero cuando el campanero, jadeante y con el pelo revuelto, la hubo dejado en la celda del refugio, cuando notó que sus grandes manos desataban con cuidado la cuerda que le magullaba los brazos, sintió esa especie de sacudida que despierta sobresaltados a los pasajeros de una nave que ha encallado en medio de una noche oscura. Sus pensamientos despertaron también y los recuperó uno a uno. Vio que estaba en Notre-Dame, recordó que había sido arrebatada de las manos del verdugo, que Phoebus estaba vivo, que Phoebus ya no la amaba; y estas dos ideas, una de las cuales invadía de tanta amargura la otra, se presentaban juntas ante la pobre condenada. Esta se volvió hacia Quasimodo, que permanecía de pie ante ella y cuyo aspecto le daba miedo.

—¿Por qué me habéis salvado?

Él la miró con ansiedad, como intentando adivinar lo que le decía. Ella repitió la pregunta. Quasimodo le dirigió entonces una mirada profundamente triste y huyó.

Esmeralda se quedó atónita.

Al cabo de un momento, volvió con un paquete y lo dejó a sus pies. Era ropa que unas mujeres caritativas habían dejado para ella en el umbral de la iglesia. Esmeralda se miró y, al verse casi desnuda, se sonrojó. Estaba volviendo a la vida.

Quasimodo pareció sentir algo de ese pudor. Se tapó la vista con una de sus anchas manos y se alejó de nuevo, pero despacio.

Ella se apresuró a vestirse. Era un vestido blanco y un velo blanco también. Un hábito de novicia del Hôtel-Dieu.

Casi no había terminado cuando vio regresar a Quasimodo. Llevaba una cesta bajo un brazo y un colchón bajo el otro. En la cesta había una botella, pan y algunas provisiones. Dejó la cesta en el suelo y dijo:

—Comed.

Acto seguido extendió el colchón sobre el suelo y dijo:

—Dormid.

Era su propia comida, era su propio colchón lo que el campanero había ido a buscar.

La egipcia alzó los ojos hacia él para darle las gracias, pero no pudo articular una sola palabra.

El pobre diablo era realmente horrible. Ella bajó la cabeza con un estremecimiento de miedo.

Entonces él le dijo:

—Os doy miedo. Soy muy feo, ¿verdad? No me miréis. Solo escuchadme. Durante el día, os quedaréis aquí; por la noche, podéis pasear por toda la iglesia. Pero no salgáis de la iglesia ni de día ni de noche. Sería vuestra perdición. Os matarían y yo moriría.

Emocionada, levantó la cabeza para responderle, pero ya había desaparecido. Se encontró sola, pensando en las palabras singulares de aquel ser casi monstruoso e impresionada por el sonido de su voz, muy ronca y a la vez muy dulce.

Después examinó la celda. Era un cuarto de unos seis pies cuadrados, con una pequeña lucera y una puerta en el plano ligeramente inclinado del tejado de piedras lisas. Varios caños rematados con figuras de animales parecían inclinarse a su alrededor y estirar el cuello para verla por la lucera. En el borde del tejado, veía la parte alta de cientos de chimeneas que hacían subir ante sus ojos el humo de todos los fogones de París. Triste espectáculo para la pobre egipcia, niña abandonada, condenada a muerte, desdichada criatura, sin patria, sin familia, sin hogar.

Justo cuando el pensamiento de su soledad se le presentaba así, más angustioso que nunca, notó que una cabeza peluda y barbuda se deslizaba entre sus manos, sobre sus rodillas. Temblando —todo la asustaba ahora—, se decidió a mirar. Era la pobre cabra, la ágil Djali, que había escapado en el momento en que Quasimodo había dispersado a la brigada de Charmolue y que se deshacía en caricias a sus pies desde hacía más de una hora, sin conseguir ni una mirada. La egipcia la cubrió de besos.

—¡Oh, Djali! —decía—. ¡Cómo te he olvidado! ¿Todavía piensas en mí? ¡Tú no eres ingrata!

Al mismo tiempo, como si una mano invisible hubiera levantado el peso que comprimía las lágrimas dentro de su corazón desde hacía tanto tiempo, se echó a llorar; y a medida que las lágrimas corrían, sentía irse con ellas el aspecto más acre y amargo de su dolor.

Llegada la noche, le pareció tan hermosa, y la luna tan suave, que recorrió la galería superior que rodea la iglesia. Le produjo cierto alivio la sensación de tranquilidad que transmitía la tierra vista desde aquella altura.

3

Sordo

A la mañana siguiente se dio cuenta, al despertar, de que se había quedado dormida. Esta circunstancia singular la sorprendió. ¡Hacía tanto tiempo que había perdido el sueño! Un alegre rayo de sol naciente entraba por la lucera y le daba en la cara. Al mismo tiempo que el sol, vio en la lucera una cosa que la asustó: la horrenda cara de Quasimodo. Involuntariamente, cerró los ojos, pero en vano; creía seguir viendo a través de sus párpados rosados aquella máscara de gnomo, tuerto y mellado. Seguía teniendo los ojos cerrados cuando oyó una ruda voz que le decía con gran dulzura:

—No tengáis miedo. Soy vuestro amigo. Había venido a veros dormir. No os molesta que venga a veros dormir, ¿verdad? ¿Qué más os da que esté yo aquí cuando tenéis los ojos cerrados? Ahora me voy. Ya me he escondido detrás de la pared. Podéis abrir los ojos.

Había algo más lastimero aún que aquellas palabras, y era el tono en que las pronunciaba. La egipcia, conmovida, abrió los ojos. Ya no estaba en la lucera, en efecto. Fue hasta allí y vio al pobre jorobado acurrucado en una esquina de la pared, en una actitud dolorosa y resignada. Hizo un esfuerzo para superar la repugnancia que le inspiraba y le dijo en voz baja:

—Venid.

Por el movimiento de los labios de la egipcia, Quasimodo creyó que lo echaba de allí; se levantó, pues, y se retiró cojeando, lentamente, con la cabeza gacha, sin siquiera atreverse a dirigir hacia la joven su mirada llena de desesperación.

—Venid —gritó ella.

Pero el campanero continuaba alejándose. Entonces Esmeralda salió de la celda, corrió tras él y lo asió de un brazo. Al sentirse tocado por ella, Quasimodo se puso a temblar de la cabeza a los pies. Levantó su ojo suplicante y, al ver que ella lo atraía hacia sí, toda su cara se iluminó de alegría y ternura. Ella intentó hacerlo entrar en la celda, pero él se empeñó en quedarse en el umbral.

—No, no —dijo—, el búho no entra en el nido de la alondra.

Entonces ella se sentó graciosamente en la cama, con la cabra dormida a sus pies. Los dos se quedaron unos instantes inmóviles, contemplando en silencio, él tanta gracia, y ella tanta fealdad. A cada momento, ella descubría en Quasimodo una deformidad más. Su mirada se paseaba de las rodillas demasiado juntas a la joroba, de la joroba al ojo único. No le cabía en la cabeza que un ser tan torpemente hecho pudiera existir. Sin embargo, había sobre todo aquello tanta tristeza y dulzura que empezaba a acostumbrarse.

Fue él quien rompió el silencio.

—¿Me pedís que vuelva?

Ella hizo un signo afirmativo con la cabeza al tiempo que decía:

—Sí.

Él comprendió el movimiento de la cabeza.

—¡Ay! Es que… —dijo, como si no se decidiera a terminar la frase—, soy sordo.

—¡Pobre hombre! —exclamó la gitana con una expresión de benévola compasión.

Él sonrió dolorosamente.

—Pensáis que solo me faltaba eso, ¿verdad? Sí, soy sordo. Así es como estoy hecho. Es horrible, ¿no es cierto? ¡Vos, en cambio, sois tan bella!

Había en el tono del miserable un sentimiento tan profundo de su miseria que ella no tuvo fuerzas para decir una sola palabra. Por lo demás, él no la habría oído.

—Nunca he visto mi fealdad como ahora —prosiguió Quasimodo—. Cuando me comparo con vos, me compadezco de mí, pobre monstruo desgraciado. Debo de causaros la misma impresión que un animal, ¿a que sí? ¡Vos, en cambio, sois un rayo de sol, una gota de rocío, el canto de un pájaro! ¡Yo soy una cosa horrible, ni hombre ni animal, algo más duro, más pisoteado y más deforme que una piedra!

Se echó a reír, y su risa era lo más desgarrador del mundo.

—Sí, soy sordo —continuó—. Pero podéis hablarme haciendo gestos, signos. Tengo un maestro que habla conmigo de esa manera. Además, sabré enseguida qué deseáis por el movimiento de vuestros labios y por vuestra mirada.

—Muy bien —dijo la gitana—, decidme por qué me habéis salvado.

Él la miró atentamente mientras hablaba.

—He comprendido —contestó—. Me preguntáis por qué os he salvado. Habéis olvidado a un miserable que intentó raptaros una noche, un miserable al que al día siguiente socorristeis en la infame picota. Una gota de agua y un poco de compasión es más de lo que puedo pagar con mi vida. Vos habéis olvidado a aquel miserable; él ha recordado aquello.

Ella lo escuchaba profundamente enternecida. Una lágrima asomaba en el ojo del campanero, pero no llegó a caer. Incluso pareció que él consideraba una cuestión de honor contenerla.

—Escuchad —continuó cuando estuvo seguro de que la lágrima no se le escaparía—, aquí tenemos torres muy altas. Si un hombre cayera desde una de ellas, habría muerto antes de llegar al suelo. Cuando queráis que caiga, ni siquiera tendréis que pronunciar una palabra; una mirada bastará.

Entonces se levantó. Aquel ser extraño, por desgraciada que fuese la gitana, todavía despertaba cierta compasión en ella. Le pidió por señas que se quedara.

—No, no —dijo Quasimodo—. No debo quedarme demasiado tiempo. No me encuentro cómodo cuando me miráis. Si no apartáis la vista, es por compasión. Me voy a algún sitio desde donde pueda veros sin que me veáis a mí. Será lo mejor.

Sacó del bolsillo un pequeño silbato metálico.

—Tened —dijo—, cuando me necesitéis, cuando queráis que venga, cuando ya no os horrorice tanto verme, silbad con esto. Ese ruido lo oigo.

Dejó el silbato en el suelo y se marchó.

4

Barro y cristal

Transcurrieron los días.

Poco a poco, el alma de Esmeralda recuperaba el sosiego. El exceso de dolor, al igual que el exceso de alegría, es algo violento que dura poco. El corazón del hombre no puede permanecer demasiado tiempo en un extremo. La gitana había sufrido tanto que solo le quedaba ya el asombro.

Con la seguridad, había recobrado la esperanza. Estaba fuera de la sociedad, fuera de la vida, pero presentía vagamente que quizá no sería imposible volver a entrar en ellas. Era como una muerta que tuviese en reserva una llave de su tumba.

Sentía alejarse de ella poco a poco las imágenes terribles que la habían obsesionado durante tanto tiempo. Todos los repugnantes fantasmas, Pierrat Torterue, Jacques Charmolue, todos se borraban de su mente, hasta el propio sacerdote.

Y además, Phoebus vivía, de eso estaba segura, lo había visto. La vida de Phoebus lo era todo. Tras la serie de sacudidas fatales que habían hecho que todo se viniera abajo en ella, en su alma solo había quedado en pie una cosa, un sentimiento, su amor por el capitán. Y es que el amor es como un árbol, crece por sí solo, echa profundamente sus raíces en todo nuestro ser y a menudo continúa reverdeciendo en un corazón en ruinas.

Lo inexplicable es que esa pasión, cuanto más ciega, más tenaz es. Jamás es más sólida que cuando es irracional.

Sin duda Esmeralda no pensaba en el capitán sin amargura. Sin duda era horrible que él también se hubiera equivocado, que hubiera creído esa cosa imposible, que le hubiera resultado creíble una puñalada asestada por quien habría dado mil vidas por él. Pero, en definitiva, no había que tenérselo demasiado en cuenta, pues ¿acaso no había confesado ella «su crimen»?, ¿acaso no había cedido, débil mujer, a la tortura? Toda la culpa era suya. Debería haberse dejado arrancar las uñas antes que una palabra. En fin, con que volviera a ver a Phoebus una sola vez, un solo minuto, bastaría una palabra, una mirada para sacarlo de su error, para recuperarlo. No le cabía la menor duda. La desconcertaban también muchas cosas singulares, como la casualidad de la presencia de Phoebus el día de la retractación pública y la muchacha con la que estaba. Seguramente era su hermana. Una explicación poco razonable, pero con la que se conformaba porque necesitaba creer que Phoebus continuaba amándola y solo la amaba a ella. ¿Acaso no se lo había jurado? ¿Qué más necesitaba, ingenua y crédula como era? Además, en aquel asunto, ¿no estaban las apariencias más bien en contra de ella que en contra de él? Por consiguiente, esperaba. Esperaba y confiaba.

Añadamos que la iglesia, esa vasta iglesia que la rodeaba por todas partes, que la protegía, que la preservaba, era en sí misma un eficaz calmante. Las líneas solemnes de aquella arquitectura, la actitud religiosa de todos los objetos que rodeaban a la joven, los pensamientos piadosos y serenos

que emanaban, por así decirlo, de todos los poros de aquella piedra, actuaban en ella sin que se diera cuenta. El edificio estaba poblado asimismo de ruidos de una bendición y una majestad tales que adormecían a aquella alma enferma. El canto monótono de los oficiantes, las respuestas de los fieles a los sacerdotes, unas veces inarticuladas, otras veces atronadoras, el armonioso estremecimiento de las vidrieras, el órgano resonando como cien trompetas, los tres campanarios zumbando como enjambres de grandes abejas, toda esa orquesta sobre la cual brincaba una gama gigantesca que subía y bajaba incesantemente de una multitud a un campanario, ensordecía su memoria, su imaginación, su dolor. Las campanas, sobre todo, la acunaban. Era como un magnetismo poderoso el que aquellos enormes instrumentos esparcían sobre ella en amplias oleadas.

Así pues, cada amanecer la encontraba más apaciguada, respirando mejor, menos pálida. A medida que sus heridas interiores se cerraban, su gracia y su belleza florecían de nuevo en su rostro, pero más recogidas y reposadas. Iba recuperando también su antiguo carácter, incluso algo de su alegría, su gracioso mohín, el amor por su cabra, el gusto de cantar, su pudor. Por las mañanas, siempre se vestía al fondo de la celda por miedo de que algún habitante de las buhardillas vecinas la viera por la lucera.

Cuando Phoebus no ocupaba su pensamiento, la egipcia pensaba a veces en Quasimodo. Era el único lazo, la única relación, la única comunicación que le quedaba con los hombres, con los vivos. ¡La infeliz estaba más apartada del mundo que Quasimodo! No comprendía en absoluto al extraño amigo que el azar le había dado. A menudo se reprochaba no sentir un agradecimiento que cerrara los ojos, pero decididamente era incapaz de acostumbrarse al pobre campanero. Era demasiado feo.

Había dejado en el suelo el silbato que le había dado, lo que no impidió a Quasimodo aparecer de cuando en cuando los primeros días. Ella hacía lo posible para no volverse con demasiada repugnancia cuando él iba a llevarle la cesta de provisiones o la jarra de agua, pero él siempre advertía el menor gesto de este tipo y entonces se marchaba con tristeza.

Una vez llegó en el momento en que estaba acariciando a Djali. Se quedó unos momentos pensativo ante el gracioso grupo formado por la cabra y la egipcia. Finalmente dijo, moviendo la pesada y deforme cabeza:

—Mi desgracia es que me parezco demasiado al hombre. Querría ser un animal, como esta cabra.

Ella le dirigió una mirada que expresaba su asombro. Él respondió a esa mirada diciendo:

—¡Oh!, yo sé muy bien por qué.

Y se fue.

En otra ocasión se presentó en la puerta de la celda (en la que no entraba nunca) en el momento en que Esmeralda cantaba una antigua balada española cuya letra no entendía, pero que se le había quedado grabada porque las gitanas la habían acunado cantándosela cuando era pequeña. Al ver aparecer tan bruscamente aquella horrible cara en mitad de la canción, la joven se interrumpió con un gesto de miedo involuntario. El desgraciado campanero cayó de rodillas en el umbral de la celda y juntó en actitud suplicante sus grandes manos informes.

—Os lo ruego —dijo en un tono de intenso sufrimiento—, continuad y no me echéis.

Ella no quiso afligirlo y, temblando, se puso de nuevo a cantar. Su miedo, sin embargo, se disipó gradualmente, y Esmeralda se abandonó por completo a la impresión que le causaba aquel aire lánguido y melancólico. Él se había quedado de rodillas, con las manos juntas, como rezando, atento, casi sin respirar, mirando fijamente los ojos brillantes de la gitana. Se habría dicho que oía la canción a través de sus ojos.

Otro día se acercó a ella con ademán torpe y tímido.

—Oídme —dijo haciendo un esfuerzo—, tengo algo que deciros.

Ella le hizo una seña indicándole que lo escuchaba. Entonces él se puso a suspirar, entreabrió los labios, por un momento pareció que iba a hablar, después la miró, hizo un movimiento negativo con la cabeza y se retiró lentamente, con las manos en la frente, dejando estupefacta a la egipcia.

Entre los personajes grotescos esculpidos en la pared, había uno que él apreciaba especialmente y con el que parecía intercambiar con frecuencia miradas fraternales. Una vez, la egipcia le oyó decir:

—¡Ojalá fuera de piedra como tú!

Un día, por fin, concretamente una mañana, Esmeralda se había acercado hasta el borde del tejado y miraba la plaza por encima del remate puntiagudo de Saint-Jean-le-Rond. Quasimodo estaba allí, detrás de ella. Se colocaba así por iniciativa propia, a fin de evitar en lo posible a la joven el desagrado de verlo. De pronto la gitana se estremeció, una lágrima y un destello de alegría brillaron a la vez en sus ojos, se arrodilló al borde del tejado y extendió los brazos con angustia hacia la plaza gritando:

—¡Phoebus! ¡Ven! ¡Ven! ¡Una palabra, una sola palabra, en nombre del cielo! ¡Phoebus! ¡Phoebus!

Su voz, su rostro, su gesto, toda su persona tenía la expresión desgarradora de un náufrago que hace la señal de petición de auxilio al alegre navío que pasa a lo lejos, iluminado por un rayo de sol en el horizonte.

Quasimodo se asomó a la plaza y vio que el objeto de aquella tierna y delirante súplica era un joven, un capitán, un apuesto jinete cuyas armas y aderezos relucían al sol, que pasaba caracoleando por el otro lado de la plaza y saludaba con el penacho a una bella dama que sonreía desde su balcón. Por lo demás, el oficial no oía a la infeliz que lo llamaba. Estaba demasiado lejos.

Pero el pobre sordo comprendía la situación. Un suspiro profundo elevó su pecho. Se volvió. Su corazón rebosaba de lágrimas contenidas, sus dos puños chocaron convulsivamente sobre su cabeza, y cuando los retiró tenía un puñado de cabellos rojos en cada mano.

La egipcia no le prestaba ninguna atención. Él decía en voz baja, haciendo rechinar los dientes:

—¡Maldición! ¡Así es como hay que ser! ¡Solo hace falta ser hermoso por fuera!

Ella, sin embargo, seguía de rodillas y gritaba con una agitación extraordinaria:

—¡Oh! ¡Está bajando del caballo…! ¡Va a entrar en aquella casa…! ¡Phoebus…! ¡No me oye…! ¡Phoebus…! ¡Qué mala es esa mujer que le habla al mismo tiempo que yo…! ¡Phoebus!

¡Phoebus!

El sordo la miraba. Comprendía perfectamente aquellos gestos. El ojo del pobre campanero se llenaba de lágrimas, pero no dejaba correr ni una sola. De repente le tiró con suavidad del borde de la manga. Ella se volvió. Quasimodo había adoptado un aire tranquilo.

—¿Queréis que vaya a buscarlo? —le preguntó.

Ella profirió un grito de alegría.

—¡Oh, sí! ¡Rápido! ¡Corre! ¡Deprisa! ¡Ese capitán! ¡Ese capitán! ¡Tráemelo y te querré!

Le abrazaba las piernas. Quasimodo no pudo evitar mover la cabeza dolorosamente.

—Os lo traeré —dijo con una voz débil.

Acto seguido volvió la cabeza y se internó precipitadamente en la escalera, ahogado por los sollozos.

Cuando llegó a la plaza, solo vio el bonito caballo atado a la puerta de la residencia Gondelaurier. El capitán acababa de entrar.

Levantó la mirada hacia el tejado de la iglesia. Esmeralda seguía en el mismo sitio y en la misma postura. Le hizo una señal apesadumbrada con la cabeza. Después se apoyó en uno de los guardacantones del portal de la casa, decidido a esperar que el capitán saliera.

Era, en la residencia Gondelaurier, uno de esos días de gala que preceden a las bodas. Quasimodo vio entrar a mucha gente y no vio salir a nadie. De vez en cuando, miraba hacia el tejado. La egipcia no se movía más que él. Un palafrenero fue a desatar el caballo y lo llevó a la cuadra de la casa.

Así pasó todo el día, Quasimodo junto al guardacantón, Esmeralda en el tejado, y Phoebus seguramente a los pies de Flor de Lis.

Por fin cayó la noche; una noche sin luna, una noche oscura. Por más que Quasimodo intentaba fijar la mirada en Esmeralda, muy pronto esta no fue sino una mancha blanca en el crepúsculo y acabó no siendo nada. Todo se borró; todo era negrura.

Quasimodo vio iluminarse de arriba abajo de la fachada las ventanas de la mansión Gondelaurier. Vio encenderse uno tras otro los demás ventanales de la plaza; los vio también apagarse del primero al último. Porque permaneció toda la noche en su puesto. El capitán no salía. Cuando los últimos transeúntes hubieron regresado a sus casas, cuando todas las ventanas de las otras casas estuvieron apagadas, Quasimodo siguió allí completamente solo, completamente a oscuras. No había a la sazón alumbrado en el atrio de Notre-Dame.

Sin embargo, las ventanas de la mansión Gondelaurier habían permanecido iluminadas, incluso pasada la medianoche. Inmóvil y atento, Quasimodo veía pasar tras los cristales multicolores una multitud de sombras vivas y danzantes. Si no hubiera estado sordo, a medida que el rumor de París dormido se apagaba, habría oído cada vez más claramente, en el interior de la mansión Gondelaurier, ruido de fiesta, de alegría y de música.

Hacia la una de la mañana, los invitados empezaron a retirarse. Quasimodo, envuelto en tinieblas, los miraba a todos en el portal iluminado con antorchas. Ninguno era el capitán.

No tenía más que pensamientos tristes. Había momentos en que se quedaba con la mirada perdida, como si se aburriera. Grandes nubes negras, pesadas, rasgadas, agrietadas, colgaban como

hamacas de crespón bajo la cimbra estrellada de la noche. Parecían las telarañas de la bóveda del cielo.

En uno de esos momentos vio de pronto abrirse misteriosamente la puerta vidriera del balcón, cuya balaustrada de piedra se recortaba por encima de su cabeza. La frágil puerta de cristal dejó paso a dos personas, tras las cuales se cerró sin hacer ruido. Eran un hombre y una mujer. No sin dificultad, Quasimodo consiguió identificar al hombre como el apuesto capitán, y a la mujer como la joven dama a la que había visto por la mañana dar la bienvenida al oficial desde lo alto de ese mismo balcón. La plaza estaba totalmente a oscuras, y una doble cortina carmesí que había caído tras la puerta vidriera al cerrarse esta prácticamente no dejaba llegar al balcón la luz de la estancia.

El joven y la muchacha, por lo que podía deducir nuestro sordo, que no oía una sola palabra de lo que decían, parecían abandonarse a una muy tierna conversación. La joven había permitido al oficial que la rodeara con su brazo y se resistía dulcemente a ser besada.

Quasimodo asistía desde abajo a aquella escena, tanto más graciosa de ver cuanto que no estaba hecha para ser vista. Contemplaba esa felicidad y esa belleza con amargura. Después de todo, la naturaleza no era muda en el pobre diablo, y su columna vertebral, por muy endemoniadamente torcida que estuviera, no se estremecía menos que otra cualquiera. Pensaba en el miserable papel que la providencia le había reservado, que las mujeres, el amor y la voluptuosidad pasarían eternamente ante sus ojos y que jamás haría otra cosa que ver la felicidad de los demás. Pero lo que más le desgarraba de aquel espectáculo, lo que añadía indignación a su resentimiento, era pensar lo que debía de sufrir la egipcia si lo veía. Es verdad que la noche era muy cerrada, que Esmeralda, si había permanecido en el mismo sitio (y estaba seguro de que sí), se encontraba muy lejos, y que a duras penas él mismo podía distinguir a los enamorados en el balcón. Eso lo consolaba.

Entre tanto, la conversación se hacía cada vez más animada. La joven dama parecía suplicar al oficial que no le pidiese nada más. Quasimodo solo distinguía de todo aquello las bellas manos juntas, las sonrisas mezcladas con lágrimas, las miradas a las estrellas de la muchacha y los ojos del capitán ardientemente puestos en ella.

Por suerte, pues la resistencia de la muchacha empezaba ya a flaquear, la puerta del balcón se abrió súbitamente, apareció una señora mayor, la joven pareció confusa, el oficial adoptó un aire contrariado y los tres entraron en el salón.

Al cabo de un momento, un caballo piafó en el portal y el brillante oficial, envuelto en su capa de noche, pasó rápidamente ante Quasimodo.

El campanero lo dejó doblar la esquina de la calle y luego echó a correr tras él con su agilidad simiesca, gritando:

—¡Eh! ¡Capitán!

El capitán se detuvo.

—¿Qué querrá de mí este bribón? —dijo al distinguir en la oscuridad a aquella especie de figura derrengada que corría hacia él dando tumbos.

Quasimodo, mientras tanto, había llegado a su altura y cogido con decisión la brida de su

caballo.

—Venid conmigo, capitán, hay alguien que quiere hablar con vos.

—¡Por los cuernos de Mahoma! —mascullό Phoebus—. A este pajarraco despeluchado me parece haberlo visto en alguna parte. ¡Eh, tú!, ¿quieres soltar la brida de mi caballo?

—Capitán —repuso el sordo—, ¿no me preguntáis de quién se trata?

—¡Te digo que sueltes el caballo! —repitió Phoebus, perdiendo la paciencia—. ¿Qué quiere este necio que se cuelga de la testuz de mi corcel? Tú, ¿acaso confundes mi caballo con una horca?

Quasimodo, lejos de soltar la brida del caballo, se disponía a hacerle dar media vuelta. Incapaz de explicarse la resistencia del capitán, se apresuró a decirle:

—¡Venid, capitán, es una mujer quien os espera! —Y, haciendo un esfuerzo, añadió—: Una mujer que os ama.

—¡Este bellaco cree que tengo la obligación de ir a casa de todas las mujeres que me aman! —exclamó el capitán—. ¡O que lo dicen…! ¿Y si por casualidad se parece a ti, cara de lechuza…? ¡Dile a esa que te envía que voy a casarme! ¡Y que se vaya al diablo!

—Escuchad —dijo Quasimodo, creyendo que la palabra que iba a pronunciar acabaría con sus dudas—, ¡es la egipcia a la que salvasteis!

Esta palabra causó, en efecto, una gran impresión en Phoebus, pero no la que el sordo esperaba. Recordemos que nuestro galante oficial se había retirado con Flor de Lis unos momentos antes de que Quasimodo arrebatara a la condenada de las manos de Charmolue. Desde entonces, en todas sus visitas a la mansión Gondelaurier se había guardado de volver a hablar de aquella mujer cuyo recuerdo, después de todo, le resultaba penoso; y Flor de Lis, por su parte, no había considerado inteligente decirle que la egipcia vivía. Phoebus creía, pues, muerta a la pobre «Similar», y que hacía ya uno o dos meses de esto. Añadamos que desde hacía unos instantes el capitán pensaba en la oscuridad profunda de la noche, en la fealdad sobrenatural y la voz sepulcral del extraño mensajero, que era más de medianoche, que la calle estaba desierta como la noche en que el monje errante lo había abordado y que su caballo resoplaba mirando a Quasimodo.

—¡La egipcia! —exclamó, casi aterrorizado—. ¿Vienes acaso del otro mundo? —añadió, poniendo la mano sobre la empuñadura de su daga.

—¡Deprisa, deprisa! —dijo el sordo, tratando de arrastrar al caballo—. ¡Por aquí!

Phoebus le asestó una fuerte patada en el pecho.

El ojo de Quasimodo centelleó. Hizo un movimiento para abalanzarse sobre el capitán, pero se limitó a decir, conteniéndose:

—¡Qué dichoso sois de que alguien os ame! —Subrayó la palabra «alguien» y, soltando la brida del caballo, añadió—: ¡Marchaos!

Phoebus picó espuelas maldiciendo. Quasimodo lo miró adentrarse en la bruma de la calle.

—¡Rechazar algo así! —decía en voz baja el pobre sordo.

Regresó a Notre-Dame, encendió su lámpara y subió a la torre. Tal como había pensado, la gitana seguía en el mismo sitio.

En cuanto lo vio, la joven fue corriendo hacia él.

—¡Venís solo! —exclamó, juntando dolorosamente sus bellas manos.

—No he podido encontrarlo —dijo fríamente Quasimodo.

—¡Había que esperar toda la noche si era preciso! —replicó ella con enojo.

Él vio su gesto de cólera y comprendió el reproche.

A partir de aquel día, la egipcia no volvió a verlo. El jorobado dejó de ir a su celda. Como mucho, Esmeralda entreveía a veces en lo alto de una torre el rostro del campanero con la mirada melancólicamente clavada en ella. Pero, en cuanto ella lo veía, desaparecía.

Debemos decir que se sentía poco afligida por la ausencia voluntaria del pobre jorobado. En el fondo de su corazón, se lo agradecía. Por lo demás, Quasimodo no se hacía ilusiones a este respecto.

Ella ya no lo veía, pero sentía la presencia de un genio bueno a su alrededor. Una mano invisible renovaba sus provisiones mientras dormía. Una mañana encontró en su ventana una jaula de pájaros. Más arriba de su celda había una escultura que le daba miedo. Lo había demostrado más de una vez delante de Quasimodo. Una mañana (pues todas estas cosas eran hechas de noche) ya no la vio. La habían roto. Quien hubiera trepado hasta esa escultura, debía de haber arriesgado la vida.

A veces, al anochecer, oía bajo los tejadillos del campanario una voz que cantaba, como para dormirla, una canción triste y extraña. Eran versos sin rima, como los que puede componer un sordo.

No mires la cara, muchacha,
no, muchacha, mira el corazón.
El corazón de un apuesto joven a menudo es deforme.
Hay corazones en los que el amor no perdura.
Muchacha, el abeto no es hermoso,
no es hermoso como el álamo,
mas conserva el follaje en invierno.
¡*Ay!, ¿de qué sirve decir esto*?
Lo que no es bello no debe ser,
la belleza solo ama la belleza,
abril vuelve la espalda a enero.
La belleza es perfecta,
la belleza lo puede todo.
La belleza es lo único que no existe a medias.
El cuervo solo vuela de día,
el búho solo vuela de noche,
el cisne vuela de noche y de día.

Una mañana vio en su ventana, al despertar, dos jarrones con flores. Uno era de cristal, muy bonito y brillante, pero estaba rajado. El agua había escapado por las grietas y las flores estaban marchitas. El otro era un jarro normal y corriente de barro, pero no había perdido nada de agua y había mantenido las flores frescas y rojas.

No sé si fue intencionado, pero Esmeralda cogió el ramillete marchito y lo llevó todo el día en el pecho.

Aquel día no oyó cantar la voz de la torre.

No le dio mucha importancia. Se pasaba el día acariciando a Djali, vigilando la puerta de la mansión Gondelaurier, hablando en voz baja de Phoebus y echando migas de pan a las golondrinas.

Había dejado de ver y de oír a Quasimodo. El pobre campanero parecía haber desaparecido de la iglesia. Sin embargo, una noche que no dormía y pensaba en su apuesto capitán, oyó suspirar junto a su celda. Asustada, se levantó y vio a la luz de la luna una masa informe tendida en el suelo, atravesada, delante de su puerta. Era Quasimodo que dormía allí sobre una piedra.

5

La llave de la puerta roja

Los comentarios de la gente habían puesto al corriente al arcediano del modo milagroso en que la egipcia había sido salvada. Cuando se enteró, no supo lo que sentía. Había aceptado la muerte de Esmeralda. De esa forma estaba tranquilo, había tocado el fondo del dolor posible. El corazón humano (don Claude había meditado sobre estas cuestiones) solo puede contener cierta cantidad de desesperación. Cuando la esponja está empapada, el mar puede pasarle por encima sin conseguir que penetre una sola lágrima más.

Por lo tanto, muerta Esmeralda, la esponja estaba empapada y todo estaba dicho para don Claude en esta tierra. Pero sentirla viva, y a Phoebus también, era una vuelta de las torturas, de las sacudidas, de las alternativas, de la vida. Y Claude estaba cansado de todo eso.

Cuando se enteró de la noticia, se encerró en su celda del claustro. No compareció ni en las conferencias capitulares ni en los oficios. Cerró la puerta a todos, incluso al obispo. Permaneció emparedado de esta forma varias semanas. Creyeron que estaba enfermo. Y lo estaba, en efecto.

¿Qué hacía mientras permanecía encerrado? ¿Entre qué pensamientos se debatía el infortunado? ¿Libraba una última batalla contra su temible pasión? ¿Tramaba un último plan de muerte para ella y de perdición para él?

Jehan, su querido hermano, su niño mimado, fue una vez a llamar a su puerta, juró, suplicó y se identificó diez veces. Claude no abrió.

Pasaba días enteros con la cara pegada a los cristales de la ventana. Desde aquella ventana, situada en el claustro, veía la celda de Esmeralda, la veía a menudo a ella misma con su cabra, algunas veces con Quasimodo. Observaba las pequeñas atenciones del horrendo sordo, su obediencia, sus maneras delicadas y sumisas con la egipcia. Recordaba —porque tenía buena memoria, y la memoria es la torturadora de los celosos— el modo singular con que el campanero había mirado a la bailarina cierta noche. Se preguntaba qué habría podido empujar a Quasimodo a salvarla. Fue testigo de mil escenas entre la gitana y el sordo, cuya mímica, vista desde lejos y comentada por su pasión, le pareció muy tierna. Desconfiaba de la singularidad de las mujeres. Entonces sintió confusamente despertar en él unos celos de todo punto insospechados, unos celos que le hacían enrojecer de vergüenza y de indignación. «Por el capitán, todavía tiene un pase, ¡pero por este!» Tal pensamiento lo trastornaba.

Pasaba unas noches terribles. Desde que sabía que la egipcia estaba viva, las frías ideas de espectro y tumba que lo habían obsesionado durante todo un día se habían desvanecido, y la carne volvía a aguijonearlo. Se retorcía en la cama al sentir a la joven morena tan cerca de él.

Todas las noches su imaginación delirante le representaba a Esmeralda en todas las actitudes que le habían hecho hervir más la sangre. La veía tendida sobre el capitán apuñalado, con los ojos

cerrados, sus hermosos pechos desnudos cubiertos de sangre de Phoebus, en aquel delicioso momento en que el arcediano había depositado sobre sus labios pálidos el beso que la desdichada, pese a estar medio muerta, había notado que la quemaba. La recordaba mientras las manos salvajes de los verdugos la desvestían y él dejaba descalzar y meter en el borceguí de tornillos de hierro su pequeño pie, su pierna fina y torneada, su rodilla blanca y ligera. Seguía viendo aquella rodilla de marfil que había quedado fuera del horrible aparato de Torterue. Se representaba, finalmente, a la joven en camisa, con la soga al cuello, los hombros al descubierto, descalza, casi desnuda, como la había visto el último día. Esas imágenes voluptuosas hacían que cerrara los puños con fuerza y que un estremecimiento le recorriera la columna vertebral.

Una noche calentaron tan cruelmente la sangre de virgen y de sacerdote que corría por sus venas, que mordió la almohada, saltó de la cama, se echó una sobrepelliz sobre la camisa y salió de la celda con la lámpara en la mano, medio desnudo, ofuscado, con la mirada encendida.

Sabía dónde estaba la llave de la Puerta Roja, que comunicaba el claustro con la iglesia, y siempre llevaba encima, como sabemos, una llave de la escalera de las torres.

6

Continuación de la llave de la puerta roja

Aquella noche, Esmeralda se había dormido en su celda, llena de olvido, de esperanza y de dulces pensamientos. Dormía desde hacía un rato y soñaba, como siempre, con Phoebus, cuando le pareció oír ruido a su alrededor. Tenía un sueño ligero e inquieto, un sueño de pájaro. Cualquier cosa la despertaba. Abrió los ojos. La noche era muy oscura. Pese a ello, vio en la lucera una cara que la miraba. Una lámpara iluminaba aquella aparición. En el momento en que se percató de que había sido descubierta por Esmeralda, la persona a la que pertenecía esa cara apagó la lámpara. No obstante, la joven había tenido tiempo de entreverla y el terror le hizo cerrar los ojos.

—¡Oh! —dijo con voz apagada—. ¡El sacerdote!

Revivió toda su desgracia pasada como en un destello y, helada, se dejó caer sobre la cama.

Un momento después notó a lo largo de su cuerpo un contacto que la hizo estremecerse de tal modo que se sentó bruscamente, furiosa, en la cama.

El sacerdote acababa de tumbarse a su lado y la rodeaba con los brazos.

Ella quiso gritar, pero no pudo.

—¡Vete, monstruo! ¡Vete, asesino! —dijo con voz trémula, en un susurro, dominada por la cólera y el terror.

—¡Ten piedad! ¡Ten piedad! —murmuró el sacerdote besándole los hombros.

Ella lo cogió con las dos manos del poco pelo que le quedaba e intentó alejar sus besos como si fueran mordeduras.

—¡Ten piedad! —repetía el infortunado—. ¡Si supieras el amor que siento por ti! ¡Es fuego, plomo fundido, mil cuchillos clavados en mi corazón!

E inmovilizó los brazos de la joven con una fuerza sobrehumana. Ella, desesperada, lo amenazó:

—¡Suéltame o te escupo a la cara!

Él la soltó.

—¡Humíllame! ¡Pégame! ¡Sé malvada! ¡Haz lo que quieras! ¡Pero, por favor, ámame!

Ella lo golpeó con una furia infantil. Crispaba las manos para arañarle la cara.

—¡Vete, demonio!

—¡Ámame! ¡Ámame! ¡Ten piedad! —gritaba el pobre sacerdote revolcándose sobre ella y respondiendo a sus golpes con caricias.

De pronto Esmeralda lo sintió más fuerte que ella.

—¡Hay que llegar hasta el final! —dijo él, haciendo rechinar los dientes.

La joven estaba subyugada, palpitante, rota, entre sus brazos, a su merced. Notaba una mano lasciva perderse por su cuerpo. Sacó fuerzas de flaqueza y se puso a gritar:

—¡Socorro! ¡A mí! ¡Un vampiro! ¡Un vampiro!

Pero no acudía nadie. Solo Djali se había despertado y balaba con angustia.

—Cállate —decía el cura, jadeante.

De pronto, mientras se debatía, la mano de la egipcia encontró en el suelo una cosa fría y metálica. Era el silbato de Quasimodo. Lo cogió con una convulsión de esperanza, se lo llevó a los labios y sopló con todas las fuerzas que le quedaban. El silbato emitió un sonido claro, agudo, penetrante.

—¿Qué es eso? —dijo el sacerdote.

Casi en el mismo instante notó que un brazo vigoroso lo levantaba. La celda estaba a oscuras y no pudo distinguir quién lo agarraba, pero oyó un rechinar de dientes rabioso, y había justo la luz suficiente, esparcida en la oscuridad, para que viera brillar por encima de su cabeza la ancha hoja de un cuchillo.

El sacerdote creyó distinguir la forma de Quasimodo. Supuso que solo podía ser él y se acordó, además, de que al entrar había tropezado con un bulto que estaba atravesado delante de la puerta. Sin embargo, como el recién llegado no pronunciaba una sola palabra, no sabía qué creer. Se abalanzó sobre el brazo que sostenía el cuchillo gritando:

—¡Quasimodo!

Olvidaba, en aquel momento de angustia, que Quasimodo era sordo.

En un abrir y cerrar de ojos, el sacerdote estuvo en el suelo y sintió una rodilla de plomo sobre su pecho. Por la forma angulosa de la rodilla, reconoció a Quasimodo. Pero ¿qué podía hacer? ¿Cómo conseguir que él lo reconociera también? La noche hacía al sordo ciego.

Estaba perdido. La joven, sin piedad, como una tigresa irritada, no intervenía para salvarlo. El cuchillo se acercaba a su cabeza. El momento era crítico. De repente su adversario pareció vacilar.

—¡Sangre sobre ella no! —dijo con una voz sorda.

Era, en efecto, la voz de Quasimodo.

Entonces el sacerdote notó que la gran mano lo cogía de un pie y lo arrastraba fuera de la celda. Era allí donde debía morir. Por suerte para él, la luna acababa de salir hacía unos instantes.

Cuando hubieron cruzado la puerta de la celda, su pálido rayo cayó sobre el rostro del sacerdote. Quasimodo lo miró a la cara, se echó a temblar, lo soltó y retrocedió.

La egipcia, que se había acercado a la puerta, vio con sorpresa el brusco cambio de papeles. Ahora era el sacerdote el que amenazaba y Quasimodo el que suplicaba.

El clérigo, que abrumaba al sordo con gestos de cólera y de reproche, le indicó violentamente que se retirara.

El sordo bajó la cabeza y fue a arrodillarse ante la puerta de la egipcia.

—Monseñor, después haréis lo que os plazca, pero matadme antes.

Mientras decía esto, en un tono grave y resignado, le tendía el cuchillo al sacerdote.Este, fuera de sí, se abalanzó sobre él, pero la joven fue más rápida. Le quitó el cuchillo de las manos a Quasimodo y rompió a reír con furor.

—¡Acércate! —le dijo al cura.

Mantenía el cuchillo en alto. El sacerdote se quedó indeciso. Sin duda sería capaz de

clavárselo.

—¡Ahora no te atreverás a acercarte, cobarde! —gritó. Y con una expresión despiadada, totalmente consciente de que iba a atravesar con mil hierros al rojo el corazón del sacerdote, añadió—: ¡Ah! ¡Ya sé que Phoebus no ha muerto!

El sacerdote derribó a Quasimodo de una patada y se internó, temblando de rabia, bajo la bóveda de la escalera.

Cuando se hubo marchado, Quasimodo recogió el silbato que acababa de salvar a la egipcia.

—Estaba oxidándose —dijo, devolviéndoselo.

Luego la dejó sola.

La joven, trastornada por aquella violenta escena, se dejó caer, exhausta, sobre la cama y se puso a llorar. Su horizonte volvía a ser siniestro.

Por su parte, el sacerdote había regresado a tientas a su celda.

Era evidente: don Claude estaba celoso de Quasimodo.

Con aire pensativo, repitió su frase fatal:

—¡No será de nadie!

LIBRO DÉCIMO

I

Gringoire tiene varias buenas ideas seguidas en la calle bernardins

Desde que Pierre Gringoire había visto cómo se desarrollaba todo aquel asunto y que decididamente habría soga, ahorcamiento y otros sinsabores para los personajes principales de la comedia, había procurado no mezclarse en él. Los truhanes, entre los que se había quedado por considerar que, en última instancia, eran la mejor compañía de París, habían seguido interesándose por la egipcia. Tal interés le había parecido muy comprensible en personas que, como ella, no tenían otra perspectiva que Charmolue y Torterue, y que no cabalgaban como él por regiones imaginarias entre las dos alas de Pegaso. Se había enterado, oyendo sus conversaciones, de que su esposa del cántaro roto se había refugiado en Notre-Dame, y se había alegrado mucho por ello. Pero ni siquiera se sentía tentado de ir a verla. A veces pensaba en la cabrita y eso era todo. Por lo demás, durante el día hacía piruetas para vivir y por la noche elucubraba una memoria contra el obispo de París, pues recordaba que las ruedas de sus molinos lo habían dejado empapado y le guardaba rencor por ello. Estaba asimismo comentando la bella obra de Baudry le Rouge, obispo de Noyon y de Tournay, *De cupa petrarum*,[126] lo cual había despertado en él un gusto apasionado por la arquitectura, inclinación que había sustituido en su corazón al hermetismo, del que, por lo demás, no era sino un corolario natural, puesto que existe un vínculo íntimo entre el hermetismo y la construcción. Gringoire había pasado del amor por una idea al amor por la forma de esa idea.

Un día, se había detenido cerca de Saint-Germain-l’Auxerrois, en la esquina de una casa llamada For-l’Évêque, que quedaba enfrente de otra llamada For-le-Roi. Había en For-l’Évêque una encantadora capilla del siglo XIV cuyo ábside daba a la calle. Gringoire examinaba devotamente sus esculturas exteriores. Se hallaba en uno de esos momentos de goce egoísta, exclusivo, supremo, en los que el artista no ve más que el arte en el mundo y ve el mundo en el arte. De repente, nota que una mano se posa gravemente sobre uno de sus hombros. Se vuelve. Era su antiguo amigo, su antiguo maestro, el arcediano.

Se quedó estupefacto. Hacía mucho tiempo que no había visto al arcediano, y don Claude era uno de esos hombres solemnes y apasionados cuyo encuentro siempre perturba el equilibrio de un filósofo escéptico.

El arcediano guardó durante unos instantes un silencio que permitió a Gringoire observarlo. Encontró a don Claude muy cambiado, pálido como una mañana de invierno, con los ojos hundidos y el pelo casi blanco. Fue el sacerdote quien rompió por fin el silencio diciendo en un tono tranquilo pero glacial:

—¿Cómo estáis, maese Pierre?

—¿De salud? —repuso Gringoire—. Hummm…, habría muchas cosas que decir, pero en

conjunto bien. No abuso de nada. Ya sabéis, maestro, el secreto para encontrarse bien según Hipócrates, *id est cibi, potus, somni, Venus, omnia moderata sint*.[127]

—¿No tenéis, entonces, ninguna preocupación, maese Pierre? —prosiguió el arcediano, mirando fijamente a Gringoire.

—¡A fe mía, no!

—¿Y qué hacéis ahora?

—Pues ya lo veis, maestro. Examino la talla de estas piedras y cómo está trabajado este bajorrelieve.

El sacerdote sonrió, con una de esas sonrisas amargas en las que solo se levanta una de las comisuras de la boca.

—¿Y eso os divierte?

—¡Es el paraíso! —exclamó Gringoire. E inclinándose sobre las esculturas con la expresión maravillada de quien muestra fenómenos vivos, prosiguió—: ¿Acaso no os parece que esta metamorfosis en bajorrelieve, por ejemplo, ha sido realizada con mucha habilidad, gracia y paciencia? Mirad esta columnilla. ¿Alrededor de qué capitel habéis visto hojas más tiernas y mejor acariciadas por el cincel? Aquí tenemos tres altorrelieves de Jean Maillevin. No son las obras más bellas de este gran genio; sin embargo, la ingenuidad, la dulzura de los rostros, la ligereza de las posturas y de los ropajes, y ese encanto inexplicable que hay en todos los defectos dan a las figuras mucha alegría y delicadeza, quizá incluso demasiada. ¿No lo encontráis divertido?

—¡Cómo no! —dijo el sacerdote.

—¡Y si vierais el interior de la capilla! —prosiguió el poeta con su entusiasmo locuaz—. ¡Esculturas por doquier! ¡Está tupido como el corazón de una col! ¡El ábside tiene una forma muy devota y tan particular que no he visto nada igual en ninguna parte!

Don Claude lo interrumpió:

—¿Sois, pues, feliz?

Gringoire respondió con vehemencia:

—En honor a la verdad, sí. Primero me gustaron las mujeres, luego los animales, y ahora me gustan las piedras. Es tan divertido como los animales y las mujeres, y menos pérfido.

El sacerdote se puso una mano en la frente. Era un gesto habitual en él.

—¿En serio?

—¡Mirad! —dijo Gringoire—. ¡Goces no faltan! —Asió de un brazo al sacerdote, que se dejó llevar, y le hizo entrar en la torrecilla de la escalera de For-l'Évêque—. ¡Esto es una escalera! Cada vez que la veo, soy dichoso. Está hecha de la manera más sencilla y más rara de todo París. Todos los peldaños están rebajados por abajo. Su belleza y su sencillez residen en las huellas, del tamaño más o menos de un pie, que están entrelazadas, empotradas, encajadas, encadenadas, engastadas, entretalladas una en otra, y se muerden entre sí de una forma realmente firme y delicada.

—¿Y no deseáis nada?

—No.

—¿Y no añoráis nada?

—Ni añoranza ni deseo. He puesto orden en mi vida.

—Lo que los hombres ordenan —dijo Claude— las cosas lo desordenan.

—Yo soy un filósofo pirrónico —contestó Gringoire— y lo mantengo todo en equilibrio.

—¿Y cómo os ganáis la vida?

—Continúo haciendo de vez en cuando epopeyas y tragedias, pero lo que más ingresos me reporta es el trabajo que ya sabéis, maestro: sostener pirámides de sillas con los dientes.

—Es un oficio vulgar para un filósofo.

—Pero también es equilibrio —dijo Gringoire—. Cuando uno tiene una idea, la encuentra en todo.

—Lo sé —contestó el arcediano.

Tras un breve silencio, el sacerdote prosiguió:

—Sois, de todas formas, bastante miserable.

—Miserable, sí; desgraciado, no.

En ese momento se oyó un ruido de caballos y nuestros dos interlocutores vieron desfilar, al final de la calle, a una compañía de arqueros de la ordenanza del rey, lanzas en alto y con el oficial a la cabeza. El desfile era espléndido y se oía el ruido de los cascos de los caballos en el empedrado.

—¡Cómo miráis a ese oficial! —dijo Gringoire al arcediano.

—Es que creo que lo conozco.

—¿Cómo se llama?

—Creo que se llama Phoebus de Châteaupers —dijo Claude.

—¡Phoebus! ¡Un nombre muy curioso! Hay otro Phoebus que es conde de Foix. Y recuerdo haber conocido a una muchacha que solo juraba por Phoebus.

—Venid —dijo el sacerdote—, tengo algo que deciros.

Desde que había pasado aquella tropa, se percibía cierta agitación bajo el envoltorio glacial del arcediano. Este echó a andar. Gringoire lo seguía, acostumbrado a obedecerle, como todo aquel que había tratado alguna vez a este hombre con tanto ascendiente. Llegaron en silencio hasta la calle Bernardins, que estaba bastante desierta. Don Claude se detuvo allí.

—¿Qué tenéis que decirme, maestro? —le preguntó Gringoire.

—¿No os parece —dijo el arcediano con un aire de profunda reflexión— que el traje de esos jinetes que acabamos de ver es más bonito que el vuestro y el mío?

Gringoire movió la cabeza.

—¡Repámpanos! Prefiero mi gonela amarilla y roja que esas escamas de hierro y acero. ¡Menudo placer, caminar haciendo el mismo ruido que el muelle de la chatarra cuando hay un terremoto!

—Entonces, Gringoire, ¿nunca habéis sentido envidia de esos buenos mozos con sus casacas de guerra?

—¿Envidia de qué, señor arcediano? ¿De su fuerza? ¿De su armadura? ¿De su disciplina? Vale más la filosofía y la independencia con harapos. Prefiero ser cabeza de ratón que cola de león.

—Es curioso lo que decís —repuso el sacerdote, pensativo—. Un bonito uniforme, hay que reconocerlo, es bonito.

Gringoire, viéndolo tan ensimismado, se alejó para ir a admirar el portal de una casa vecina. No tardó en volver dando palmadas de satisfacción.

—Si estuvierais menos ocupado con las bonitas indumentarias de los guerreros, os rogaría que vinierais a ver aquella puerta. Siempre lo he dicho: la casa del señor Aubry tiene la entrada más soberbia del mundo.

—Pierre Gringoire —dijo el arcediano—, ¿qué ha sido de aquella bailarina egipcia?

—¿Esmeralda? ¡Qué manera más brusca de cambiar de conversación!

—¿No era vuestra mujer?

—Sí, por el método del cántaro roto. Teníamos para cuatro años. Así que —añadió Gringoire mirando al arcediano con un aire un poco burlón— seguís pensando en ella.

—¿Vos ya no?

—Poco…. ¡Tengo tantas cosas en que pensar…! ¡Dios mío, qué bonita era su cabra!

—¿Esa gitana no os había salvado la vida?

—Vive Dios que es cierto.

—Y bien, ¿qué ha sido de ella? ¿Dónde está?

—No sabría deciros. Creo que la colgaron.

—¿Lo creéis?

—No estoy seguro. Cuando vi que querían colgar a la gente, me retiré del juego.

—¿Eso es todo lo que sabéis?

—¡Esperad! Me dijeron que se había refugiado en Notre-Dame y que allí estaba segura, y yo me alegro mucho, pero no pude averiguar si la cabra se había salvado con ella. Eso es todo lo que sé.

—Voy a contaros algo más —dijo don Claude, cuya voz, hasta entonces baja, lenta y casi sorda, sonaba ahora atronadora—. Está, en efecto, refugiada en Notre-Dame, pero dentro de tres días la justicia volverá a prenderla y será colgada en la Grève. Hay sentencia del Parlamento.

—¡Qué lástima! —dijo Gringoire.

El sacerdote, en un abrir y cerrar de ojos, había recuperado la calma y la frialdad.

—¿Y quién demonios —prosiguió el poeta— se ha entretenido en solicitar una sentencia de reintegración? ¿No podían dejar tranquilo al Parlamento? ¿Qué pasa por que una pobre muchacha se refugie bajo los arbotantes de Notre-Dame, junto a los nidos de las golondrinas?

—Hay satanes en el mundo —respondió el arcediano.

—Esto se pone endiabladamente feo —observó Gringoire.

El arcediano prosiguió tras un breve silencio:

—Así pues, ¿ella os salvó la vida?

—Sí, en casa de mis buenos amigos los truhanes. Poco faltó para que me colgaran. Hoy estarían lamentándolo.

—¿No queréis hacer nada por ella?

—Me gustaría mucho, don Claude. Pero ¿y si resulta que acabo yo con una cosa fea alrededor

del cuello?

—¡Qué más da!

—¿Cómo que qué más da? ¡Sois muy gracioso, maestro! Tengo dos grandes obras empezadas.

El sacerdote se dio una palmada en la frente. Pese a la calma que afectaba, de vez en cuando un gesto violento revelaba sus convulsiones interiores.

—¿Cómo salvarla?

Gringoire le dijo:

—Maestro, yo os responderé: *Il padelt*, que en turco quiere decir: «Dios es nuestra esperanza».

—¿Cómo salvarla? —repitió Claude, pensativo.

Gringoire se dio a su vez una palmada en la frente.

—Escuchad, maestro. Yo tengo imaginación y se me ocurrirán procedimientos adecuados. ¿Y si pidiéramos gracia al rey?

—¿A Luis XI? ¿Pedir gracia a Luis XI?

—¿Por qué no?

—¡Ve a quitarle su hueso a un tigre!

Gringoire se puso a buscar otras soluciones.

—¡Ya lo tengo! ¿Queréis que envíe a las matronas una solicitud declarando que la muchacha está encinta?

Aquello hizo centellear los hundidos ojos del sacerdote.

—¡Encinta! ¡Qué absurdo! ¿Acaso sabes tú algo de eso?

Gringoire se asustó de su expresión.

—¡No! ¡Yo no! —se apresuró a decir—. Nuestro matrimonio era un verdadero *foris maritagium*. Yo me quedé fuera. Pero, aun así, conseguiríamos un aplazamiento.

—¡Qué locura! ¡Qué infamia! ¡Cállate!

—Hacéis mal en enfadaros —mascculló Gringoire—. Conseguir un aplazamiento no perjudica a nadie y hace ganar cuarenta dineros a las matronas, que son pobres mujeres.

El sacerdote no lo escuchaba.

—¡Pero es preciso que salga de allí! —murmuró—. ¡La sentencia debe ser ejecutada en un plazo de tres días! ¡Y de todas formas, aunque no hubiera sentencia, ese Quasimodo…! ¡Las mujeres tienen unos gustos muy depravados! Maese Pierre —dijo, levantando la voz—, lo he pensado bien: solo hay un medio para salvarla.

—¿Cuál? A mí no se me ocurre ninguno más.

—Escuchad, maese Pierre, recordad que le debéis la vida. Voy a exponeros abiertamente mi idea. La iglesia está vigilada día y noche. Solo dejan salir a los que han visto entrar. Podréis, pues, entrar. Vendréis, yo os conduciré hasta donde está ella y os cambiaréis la ropa. Ella se pondrá vuestro jubón y vos su falda.

—Hasta ahora va bien —observó el filósofo—. ¿Y luego qué?

—¿Luego? Ella saldrá con vuestra ropa y vos os quedaréis allí con la suya. Quizá os cuelguen, pero ella se habrá salvado.

Gringoire se rascó la oreja con un aire muy serio.

—¡Vaya! —dijo—. Es una idea que a mí no se me habría ocurrido nunca.

Ante la propuesta inesperada de don Claude, el semblante abierto y bonachón del poeta se había oscurecido súbitamente, como un risueño paisaje italiano cuando sopla un malhadado vendaval que aplasta una nube sobre el sol.

—Bien, Gringoire, ¿qué me decís?

—Os digo, maestro, que no es que quizá me cuelguen, sino que me colgarán con toda seguridad.

—Eso no es de nuestra incumbencia.

—¡Pestes! —exclamó Gringoire.

—Ella os salvó la vida. De este modo pagaréis la deuda.

—¡Hay muchas otras que no pago!

—Maese Pierre, es absolutamente preciso.

El arcediano hablaba con autoridad.

—Escuchad, don Claude —repuso el poeta, consternado—. Insistís en esa idea y os equivocáis. No sé por qué voy a dejar que me cuelguen en el lugar de otro.

—¿Qué tenéis que os una tanto a la vida?

—¡Ah! ¡Mil razones!

—Decidme cuáles, por favor.

—¿Cuáles? El aire, el cielo, la mañana, la noche, el claro de luna, mis buenos amigos los truhanes, nuestras rechiflas con las perdularias, las bellas piezas arquitectónicas de París pendientes de estudio, tres voluminosos libros escritos a medias, uno de ellos contra el obispo y sus molinos, ¡y qué sé yo cuántas cosas más! Anaxágoras decía que estaba en el mundo para admirar el sol. Además, tengo la suerte de pasar todos los días, de la mañana a la noche, con un hombre de ingenio que soy yo, y eso es muy agradable.

—¡Cabeza hueca! —masculló el arcediano—. A ver, di, esa vida que te parece tan maravillosa, ¿quién te la ha conservado? ¿A quién le debes respirar este aire, ver este cielo, y poder además entretener tu cerebro de chorlito con pamplinas y excentricidades? Sin ella, ¿dónde estarías? ¿Quieres que muera, cuando gracias a ella tú estás vivo? ¿Quieres que muera esa criatura bella, dulce, adorable, necesaria para la luz del mundo, más divina que Dios? Mientras que tú, medio sabio y medio loco, vano esbozo de no se sabe qué, especie de vegetal que crees caminar y crees pensar, seguirás viviendo con la vida que le has robado, tan inútil como una vela en pleno mediodía. ¡Vamos, Gringoire, un poco de compasión! Sé generoso también tú, ya que ella lo fue antes.

El sacerdote hablaba con vehemencia. Gringoire lo escuchó con una expresión indeterminada al principio, luego se enterneció, y acabó dibujando en su lívido semblante una mueca trágica que lo asemejaba al de un recién nacido con cólico.

—Os ponéis patético —dijo, enjugándose una lágrima—. Está bien, lo pensaré… Pero vaya idea que habéis tenido… Después de todo —prosiguió, tras un silencio—, ¿quién sabe? ¡Tal vez no me cuelguen! No siempre se casa quien se promete. Cuando me encuentren en esa celda, tan grotescamente vestido con falda y toca, quizá se echen a reír… Además, si me cuelgan, ¿qué? La

cuerda es una muerte como otra cualquiera, o, mejor dicho, no es una muerte como cualquier otra. Es una muerte digna del sabio que ha oscilado toda su vida, una muerte que no es ni carne ni pescado, como el espíritu del verdadero escéptico, una muerte absolutamente impregnada de pirronismo y de vacilación, que está entre el cielo y la tierra, que te deja en suspenso. Es una muerte de filósofo, y tal vez estaba predestinado a ella. Es magnífico morir como se ha vivido.

El sacerdote lo interrumpió.

—¿De acuerdo, entonces?

—¿Qué es la muerte, en definitiva? —prosiguió Gringoire con exaltación—. Un mal momento, un peaje, el paso de poco a nada. En una ocasión en que alguien preguntó a Cercidas Megalopolitano si moriría de buen grado, este respondió: ¿Por qué no? Después de morir veré a grandes hombres: Pitágoras entre los filósofos, Hecateo entre los historiadores, Homero entre los poetas y Olimpo entre los músicos.

El arcediano le tendió la mano.

—No hay más que hablar. Vendréis mañana.

Este gesto devolvió a Gringoire a la realidad.

—¡Ah, repámpanos, no! —dijo en el tono de un hombre que acaba de despertar—. ¡Ser ahorcado! Es demasiado absurdo. No quiero.

—Adiós, entonces. —Y el arcediano añadió entre dientes—: ¡Volveremos a vernos!

«No quiero volver a ver a este hombre endiablado», pensó Gringoire, y echó a correr tras don Claude.

—¡Eh, señor arcediano, entre viejos amigos no debe haber rencor! Os interesáis por esa joven, por mi mujer, quiero decir. Muy bien. Habéis ideado una estratagema para sacarla sana y salva de Notre-Dame, pero ese medio es extremadamente desagradable para mí, Gringoire… ¡Si tuviera yo otro…! Os advierto que acabo de tener ahora mismo una inspiración muy luminosa… Si se me ocurriera una idea apropiada para sacarla de este mal trance sin comprometer mi cuello con ningún nudo corredizo, ¿qué diríais? ¿No os bastaría? ¿Es absolutamente necesario que me cuelguen para que estéis contento?

El sacerdote tiraba con impaciencia de los botones de su sotana.

—¡Qué torrente de palabras! ¿Cuál es ese medio que se te ha ocurrido?

—Sí —prosiguió Gringoire, hablando consigo mismo y tocándose la nariz con el dedo índice en señal de meditación—. ¡Eso es! Los truhanes son buenos chicos… La tribu de Egipto la quiere… Se sublevarán en cuanto se les diga… Nada más fácil… Un golpe de mano… Aprovechando el desorden, será fácil sacarla… Mañana mismo por la noche… Estarán encantados.

—¡El medio! ¡Habla! —dijo el sacerdote, zarandeándolo.

Gringoire se volvió majestuosamente hacia él.

—¡Dejadme! ¿No veis que estoy elaborándolo? —Reflexionó unos instantes más. Luego se puso a aplaudir su idea gritando—: ¡Admirable! ¡Éxito asegurado!

—¡El medio! —repitió Claude, furioso.

Gringoire estaba radiante.

—Acercaos para que os lo cuente en voz baja. Es una maniobra verdaderamente audaz y que nos saca a todos del apuro. ¡Pardiós! Hay que reconocer que no soy un imbécil. —De pronto, interrumpió su discurso—. ¡Ah! ¿La cabrita está con la joven?

—Sí. ¡Que el diablo se te lleve!

—Porque iban a colgarla también, ¿verdad? Colgaron a una cerda el mes pasado. Al verdugo le gustan esas cosas. Después se come el animal. ¡Colgar a mi preciosa Djali! ¡Pobrecilla!

—¡Maldición! —exclamó don Claude—. El verdugo eres tú. ¿Qué medio de salvación se te ha ocurrido, bribón? ¿Habrá que sacarte la idea con fórceps?

—¡Es una maravilla, maestro! ¡Escuchad!

Gringoire se acercó al arcediano y le habló muy bajo al oído, mirando inquieto a uno y otro lado de la calle pese a que no pasaba nadie. Cuando hubo terminado, don Claude le dio la mano y le dijo fríamente:

—De acuerdo. Hasta mañana.

—Hasta mañana —repitió Gringoire.

Y mientras el arcediano se alejaba por un lado, él se fue por el otro diciéndose a media voz:

—Este asunto es de envergadura, señor Pierre Gringoire. ¡No importa! Que uno sea pequeño no quiere decir que vaya a arredrarse ante una gran empresa. Bitón llevó sobre los hombros un toro enorme; y las lavanderas, las currucas y las moscaretas cruzan el océano.

2

Haceos truhán

Al entrar en el claustro, el arcediano encontró en la puerta de su celda a su hermano Jehan del Molino, que lo esperaba y que había combatido el aburrimiento de la espera dibujando con carbón en la pared un perfil de su hermano mayor enriquecido con una nariz desmesurada.

Don Claude apenas miró a su hermano. Tenía otras cosas en que pensar. El alegre rostro de aquel bribón, cuya luminosidad tantas veces había despejado la gris fisonomía del clérigo, era impotente ahora para disipar la bruma que se espesaba cada día más en aquella alma corrompida, mefítica y estancada.

—Hermano —dijo tímidamente Jehan—, vengo a veros.

El arcediano ni siquiera levantó los ojos hacia él.

—¿Y qué más?

—Hermano —prosiguió el hipócrita—, sois tan bueno conmigo y me dais tan buenos consejos que siempre acabo volviendo.

—¿Y qué más?

—¡Ay, hermano! Qué razón teníais cuando me decíais: «¡Jehan, Jehan!, *cessat doctorum doctrina, discipulorum disciplina*.[128] Jehan, sed prudente, Jehan, sed docto, Jehan, no pernoctéis fuera del colegio sin motivo legítimo y permiso del maestro. No peleéis con los picardos, *noli, Joannes, verberare Picardos*. No os pudráis como un asno iletrado, *quasi asinus illitteratus*, en los bancos de la escuela. Jehan, dejaos castigar a discreción del maestro. Jehan, id todas las noches a la capilla y cantad una antífona con versículo y oración a nuestra gloriosa Virgen María…». ¡Ay, qué excelentes eran esos consejos!

—¿Y qué más?

—¡Hermano, tenéis delante a un culpable, un criminal, un miserable, un libertino, un hombre terrible! Mi querido hermano, Jehan ha convertido vuestros generosos consejos en paja y estiércol para ser pisoteados. Y he sido castigado por ello, pues Dios es extraordinariamente justo. Mientras he tenido dinero, he ido de francachela, cometido locuras y llevado una vida alegre.¡Oh, con lo encantador que es el libertinaje de cara, y lo feo y ceñudo que es por detrás! Ahora estoy sin blanca, he vendido mi estera, mi camisa y mi toalla, ¡se acabó la buena vida! La hermosa candela se ha consumido y solo me queda una vulgar vela de sebo que me atufa. Las mujeres se ríen de mí. Bebo agua. Los remordimientos y los acreedores me torturan.

—¿Y qué más? —dijo el arcediano.

—¡Ay, queridísimo hermano! Quisiera llevar una vida mejor. Acudo a vos lleno de contrición. Estoy arrepentido. Me confieso. Me doy golpes de pecho. Tenéis toda la razón en querer que llegue a ser un día licenciado y pasante del colegio de Torchi. Siento ahora en mí una vocación

magnífica para ese estado. Pero no me queda tinta, tengo que comprar; no me quedan plumas, también tengo que comprar; no me queda papel, no me quedan libros, tengo que comprar de todo. Necesito para todo ello algunos fondos, y acudo a vos, hermano, con el corazón contrito.

—¿Ya está?

—Sí —dijo el estudiante—. Un poco de dinero.

—No tengo.

El estudiante dijo entonces con un aire grave y decidido al mismo tiempo:

—Pues bien, hermano, lamento tener que deciros que me hacen, por otra parte, ofertas y propuestas muy atractivas. ¿No queréis darme dinero…? ¿No…? En tal caso, me haré truhán.

Al pronunciar esta palabra monstruosa puso cara de Áyax esperando ver caer el rayo sobre su cabeza.

El arcediano le dijo fríamente:

—Haceos truhán.

Jehan lo saludó haciendo una profunda reverencia y bajó la escalera del claustro silbando.

En el momento en que, cruzando el patio del claustro, pasaba bajo la ventana de la celda de su hermano, oyó que esta se abría, levantó la mirada y vio asomar por la abertura la cabeza severa del arcediano.

—¡Vete al diablo! —dijo don Claude—. Este es el último dinero que recibirás de mí.

Al mismo tiempo, el sacerdote le arrojó a Jehan una bolsa que le hizo al estudiante un buen chichón en la frente y con la que se marchó a la vez enfadado y contento, como un perro al que lapidaran tirándole huesos con tuétano.

3

¡Viva la pepa!

Tal vez el lector no haya olvidado que una parte de la Corte de los Milagros estaba cercada por la antigua muralla de la ciudad, un buen número de cuyas torres empezaban ya a derrumbarse en aquella época. Una de esas torres la habían convertido los truhanes en lugar de diversión. Había una taberna en la sala de abajo, y lo demás estaba en los pisos superiores. Esa torre era el punto más animado y, por consiguiente, el más repugnante de la truhanería. Era una especie de enjambre monstruoso que zumbaba noche y día. Por la noche, cuando aquella sobreabundancia de canalla dormía, cuando ya no quedaba ninguna ventana iluminada en las fachadas terrosas de la plaza, cuando ya no se oía salir ningún grito de aquellos casones superpoblados, de aquellos hormigueros de ladrones, mujerzuelas, niños robados o bastardos, siempre se reconocía la alegre torre por el ruido que hacía y por la luz escarlata que, irradiando a la vez de las claraboyas, de las ventanas y de las fisuras de las agrietadas paredes, escapaba, por así decirlo, por todos sus poros.

El sótano era, pues, la taberna. Se accedía a ella a través de una puerta baja y una escalera muy empinada. En la puerta había pintarrajeados, a guisa de enseña, unas monedas nuevas y unos pollos muertos.

Una noche, en el momento en que el toque de queda sonaba en todos los campanarios de París, los soldados de la guardia, si les hubiera sido dado entrar en la temible Corte de los Milagros, habrían podido ver que en la taberna de los truhanes el tumulto era mayor aún que el acostumbrado, que se bebía más y se blasfemaba mejor. Fuera, había varios grupos en la plaza cuchicheando, como cuando se trama un gran plan, y algunos bribones desperdigados afilando las hojas de sus cuchillos con un adoquín.

Sin embargo, dentro de la taberna, el vino y el juego constituían una distracción tan poderosa para las ideas que ocupaban esa noche a la canalla que habría resultado difícil adivinar por las palabras de los bebedores de qué se trataba. Simplemente, parecían más alegres que de costumbre, y se les veía a todos el brillo de alguna arma entre las piernas: un hocino, un hacha, un mandoble o el gancho de un viejo arcabuz.

La sala, de forma redonda, era muy grande, pero las mesas estaban tan juntas y los bebedores eran tan numerosos que todo lo que contenía la taberna, hombres, mujeres, bancos, jarras de cerveza, los que bebían, los que dormían, los que jugaban, los sanos y los lisiados parecían amontonados de cualquier manera, con tanto orden y armonía como un montón de conchas de ostra. Había algunas velas de sebo encendidas en las mesas, pero la verdadera lámpara de la taberna, lo que hacía allí el papel de araña de techo en un teatro de ópera, era el fuego. Aquel sótano era tan húmedo que nunca se dejaba apagar la chimenea, ni siquiera en pleno verano, una chimenea inmensa con campana esculpida, llena de pesados morillos de hierro y de utensilios de

cocina, con uno de esos grandes fuegos de leña y turba mezclada que, de noche, en las calles de los pueblos, reflejan en rojo el espectro de las ventanas de forja en las paredes de enfrente. Un corpulento granuja, sentado con mucha seriedad sobre las cenizas, hacía girar un asador cargado de trozos de carne.

Pese a la confusión, tras el primer golpe de vista se podía distinguir en esa multitud tres grupos principales, apiñados alrededor de tres personajes que el lector ya conoce. Uno de estos personajes, extrañamente ataviado con abundancia de oropeles orientales, era Mathias Hungadi Spicali, duque de Egipto y de Bohemia. El tunante estaba sentado encima de una mesa, con las piernas cruzadas y un dedo levantado, y distribuía en voz alta sus conocimientos de magia blanca y negra a cuantos semblantes boquiabiertos lo rodeaban.

Otro corro se agolpaba en torno a nuestro antiguo amigo, el valiente rey de Thunes, armado hasta los dientes. Clopin Trouillefou, con cara muy seria y en voz baja, organizaba el pillaje de un enorme tonel lleno de armas que tenía delante, ya medio reventado y del que rebosaban hachas, espadas, bacinetes, cotas de malla, puntas de lanza y de azagaya, saetas y viratones, como manzanas y uvas de un cuerno de la abundancia. Todos cogían del montón, uno un morrión, otro un estoque, otro una misericordia con empuñadura en cruz. Los propios niños se armaban, y había hasta lisiados sin piernas que, protegidos con bardas y corazas, pasaban entre las piernas de los bebedores como grandes escarabajos.

Por último, un tercer auditorio, el más ruidoso, el más jovial y el más numeroso, atestaba los bancos y las mesas en medio de los cuales peroraba y renegaba una voz aflautada que salía de debajo de una pesada armadura completa, del casco a las espuelas. El individuo que se había atornillado una panoplia al cuerpo desaparecía hasta tal punto bajo la vestidura de guerra que solo se veía de su persona una nariz descarada, roja y respingona, un mechón de pelo rubio, una boca rosada y unos ojos intrépidos. Llevaba el cinturón lleno de dagas y puñales y una gran espada en el costado, una ballesta oxidada estaba a su izquierda y una gran jarra de vino ante él, sin contar, a su derecha, a una rolliza muchacha despechugada. A su alrededor, todas las bocas reían, blasfemaban y bebían.

Añádanse veinte grupos secundarios, camareras y camareros corriendo de un lado a otro con jarras en la cabeza, jugadores inclinados sobre bolas, fichas, dados y tableros, discusiones en un rincón, besos en otro, y se tendrá una ligera idea de aquel conjunto sobre el que vacilaba la claridad de un gran fuego llameante que hacía danzar en las paredes de la taberna mil sombras desmesuradas y grotescas.

En cuanto al ruido, era el interior de una campana echada a vuelo.

La grasera, donde crepitaba una lluvia de grasa, llenaba con su chisporroteo continuo los intervalos de esos mil diálogos que se entrecruzaban de un lado a otro de la sala.

Había en medio de todo aquel estruendo, al fondo de la taberna, en el banco interior de la chimenea, un filósofo que meditaba, con los pies en las cenizas y los ojos puestos en los tizones. Era Pierre Gringoire.

—¡Vamos, rápido! ¡Démonos prisa! ¡Armaos! ¡Dentro de una hora nos ponemos en marcha! —decía Clopin Trouillefou a sus argoteros.

Una muchacha canturreaba:

Buenas noches, padre y madre.

El último que apague el fuego.

Dos jugadores de cartas discutían.

—¡Valet! —gritaba el más congestionado de los dos, amenazando con el puño al otro—. Voy a marcarte con tréboles. Podrás hacer de Mistigri[129] en el juego de cartas de monseñor el rey.

—¡Uf! —gritaba un normando, reconocible por su modo de hablar gangoso—. Aquí estamos más apretujados que los santos de Caillouville.

—Hijos —decía a su auditorio el duque de Egipto, hablando en falsete—, las brujas de Francia van al aquelarre sin escoba, grasa ni montura, solo con algunas fórmulas mágicas. Las brujas de Italia tienen siempre un macho cabrío que las espera a la puerta. Y todas deben salir por la chimenea.

La voz del joven bribón con armadura completa dominaba el guirigay:

—¡Viva! ¡Viva! ¡Hoy visto mis primeras armas! ¡Truhán! ¡Vientre de Cristo, soy truhán! ¡Echadme de beber…! Amigos míos; me llamo Jehan Frollo del Molino y soy hidalgo. Soy de la opinión de que, si Dios fuera gendarme, se haría saqueador. Hermanos, vamos a hacer una bonita expedición. Somos unos valientes. Asaltar la iglesia, derribar las puertas, sacar a la bella joven, salvarla de los jueces, salvarla de los sacerdotes, desmantelar el claustro, quemar al obispo en el obispado, haremos todo eso en menos tiempo del que tarda un burgomaestre en comer una cucharada de sopa. Nuestra causa es justa, saquearemos Notre-Dame y no hay más que hablar. Colgaremos a Quasimodo. ¿Conocéis a Quasimodo, señoritas? ¿Lo habéis visto quedarse sin aliento sobre la campana un domingo de Pentecostés? ¡Cuerno del santo Padre! ¡Es una maravilla! Parece un diablo a lomos de un vampiro… ¡Amigos míos, escuchadme! Soy truhán hasta el fondo de mi corazón, tengo alma de argotero, nací mangante. He sido muy rico y me he comido mis bienes. Mi madre quería que fuera oficial, mi padre, subdiácono, mi tía, consejero de la Cámara de Investigaciones, mi abuela, protonotario del rey, y mi tía abuela, tesorero de túnica corta. Pero yo me he hecho truhán. Se lo he dicho a mi padre, y él me ha escupido su maldición a la cara; a mi madre, que se ha echado a llorar y a babear, la anciana dama, como ese tronco sobre ese morillo. ¡Viva la Pepa! ¡Soy un auténtico loco! ¡Tabernera, amiga mía, más vino! Todavía tengo con qué pagar. Pero no quiero más vino de Suresnes. Me destroza el gaznate. ¡Cuernos, antes preferiría hacer gárgaras con un cesto!

Entre tanto, la gente aplaudía riendo a carcajadas; y viendo que el tumulto aumentaba a su alrededor, el estudiante exclamó:

—¡Oh, hermoso ruido! *Populi debacchantis populosa debacchatio*![130] —Entonces se puso a cantar, con los ojos como nublados por el éxtasis, a la manera de un canónigo entonando vísperas —: *Quae cantica! Quae organa! Quae cantilenae! Quae melodiae hic sine fine decantantur! Sonant melliflua hymnorum organa, suavissima angelorum melodia, cantica canticorum mira…*![131] —Se interrumpió para decir—: ¡Tabernera del demonio, dame de cenar!

Hubo un momento casi de silencio durante el cual se alzó la voz agria del duque de Egipto

enseñando a sus bohemios:

—… La comadreja se llama Aduine, la zorra, Pie Azul o el Corredor de los Bosques, el lobo, Pie Gris o Pie Dorado, el oso, el Viejo o el Abuelo… El gorro de un gnomo vuelve invisible y hace ver las cosas invisibles… Todo sapo al que se bautice debe ir vestido de terciopelo rojo o negro, con una campanilla en el cuello y otra en las patas. El padrino va en cabeza; la madrina, la última… El demonio Sidragasum es quien tiene poder para hacer bailar a las muchachas completamente desnudas.

—¡Por la santa misa! —interrumpió Jehan—. Quisiera ser el demonio Sidragasum.

Mientras, los truhanes continuaban armándose entre cuchicheos al otro lado de la taberna.

—¡Pobre Esmeralda! —decía un gitano—. Es nuestra hermana. Hay que sacarla de ahí.

—Entonces, ¿sigue en Notre-Dame? —preguntaba un mercadante con cara de judío.

—¡Sí, pardiós!

—Pues bien, camaradas, ¡a Notre-Dame! —exclamaba el mercadante—. Además, hay en la capilla de los santos Féréol y Ferrution dos estatuas, una de san Juan Bautista y otra de san Antonio, todas de oro, que pesan juntas diecisiete marcos de oro y quince estelines, y las peanas de plata dorada, diecisiete marcos y cinco onzas. Lo sé muy bien. Soy orfebre.

En ese momento le sirvieron la cena a Jehan, el cual, recostándose sobre el pecho de su vecina, exclamó:

—¡Por san Voult-de-Lucques, a quien el pueblo llama san Goguelu, que soy absolutamente feliz! Tengo frente mí a un imbécil que me mira con la cara lampiña de un archiduque. A mi izquierda hay uno con los dientes tan largos que le tapan el mentón. Y además soy como el mariscal de Gié en el sitio de Pontoise, tengo mi diestra apoyada en un montículo… ¡Por el vientre de Mahoma, camarada! ¡Pareces un vendedor de pelotas, y vienes a sentarte a mi lado! Yo soy noble, amigo. ¡La mercancía es incompatible con la nobleza! ¡Vete de aquí…! ¡Y vosotros, no os peguéis! ¿Cómo, Baptiste Croque-Oison, tú que tienes una tan hermosa nariz, vas a exponerla a los grandes puños de ese buitre? ¡Imbécil! *Non cuiquam datum est habere nasum*…[132] ¡Eres realmente divina, Jacqueline Ronge-Oreille! Es una lástima que no tengas pelo… ¡Hola, hola! Me llamo Jehan Frollo, y mi hermano es arcediano. ¡Que el diablo se lo lleve! Todo lo que os digo es verdad. Haciéndome truhán, he renunciado con gusto a la mitad de una casa situada en el paraíso que mi hermano me había prometido. *Dimidiam domum in paradiso*. Cito el texto. Tengo un feudo en la calle Tirechappe, y todas las mujeres están enamoradas de mí, tan cierto como cierto es que san Eloy era un excelente orfebre y que los cinco oficios de la ciudad de París son los curtidores, los curtidores en blanco, los zurradores, los bolseros y los zapateros, y que a san Lorenzo lo quemaron con cáscaras de huevo. Os juro, camaradas,

que no tomaré pimiento

en un año, si ahora miento.

»Encanto, hay claro de luna, mira pues por la claraboya cómo rasga el viento las nubes. Lo mismo haré yo con tu gola… ¡Muchachas! ¡Sonad a los niños y espabilad las velas…! ¡Cristo y Mahoma! ¿Qué es esto que estoy comiendo? ¡Por Júpiter! ¡Caramba con la vieja! Los pelos que no se encuentran en la cabeza de tus pupilas, aparecen en tus tortillas. ¡Eh, vieja, a mí me gustan las

tortillas calvas! ¡Que el diablo te deje desnarigada…! ¡Valiente hostería de Belcebú, donde las pelanduscas se peinan con los tenedores!

Dicho esto, rompió el plato contra el suelo y se puso a cantar a voz en cuello:

Ni tengo ni tendré,
¡*por la sangre de Dios*!,
ni fe ni ley,
ni leña ni carbón,
ni rey,
ni Dios.

Mientras tanto, Clopin Trouillefou había acabado el reparto de armas. Se acercó a Gringoire, que parecía sumido en una profunda meditación, con los pies sobre un morillo.

—Amigo Pierre —dijo el rey de Thunes—, ¿en qué diablos piensas?

Gringoire se volvió hacia él con una sonrisa melancólica:

—Me gusta el fuego, mi querido señor. No por la razón trivial de que el fuego nos calienta los pies o cuece la sopa que nos comemos, sino porque tiene chispas. A veces me paso horas mirando las chispas. Descubro mil cosas en esas estrellas que espolvorean el fondo negro del hogar. Esas estrellas también son mundos.

—¡Que me parta un rayo si te entiendo! —dijo el truhán—. ¿Sabes qué hora es?

—No —respondió Gringoire.

Clopin se acercó entonces al duque de Egipto.

—Camarada Mathias, el momento no es adecuado. Dicen que el rey Luis XI está en París.

—Razón de más para arrebatarle a nuestra hermana de las garras —contestó el viejo gitano.

—Hablas como un hombre, Mathias —dijo el rey de Thunes—. Además, actuaremos con rapidez. No hay que temer resistencia en la iglesia. Los canónigos son liebres, y nuestras fuerzas son mayores. ¡Los del Parlamento se llevarán mañana una buena sorpresa cuando vayan a buscarla! ¡Por las tripas del papa! ¡No quiero que cuelguen a esa bella muchacha!

Clopin salió de la taberna.

A la vez que sucedía esto, Jehan gritaba con voz ronca:

—¡Bebo, como, estoy borracho, soy Júpiter…! ¡Eh, Pierre L’Assommeur, si sigues mirándome así, te desempolvaré la nariz a papirotazos!

Por su parte, Gringoire, arrancado de sus meditaciones, se había puesto a contemplar la animada y escandalosa escena que lo rodeaba murmurando entre dientes:

—*Luxuriosa res vinum et tumultuosa ebrietas*.[133] ¡Ay, qué bien hago en no beber! ¡Y qué acertado está san Benito cuando dice: *Vinum apostatare facit etiam sapientes*![134]

En ese momento, Clopin volvió a entrar y gritó con una voz atronadora:

—¡Medianoche!

Al oír esta palabra, que causó el mismo efecto que el botasillas en un regimiento que ha hecho un alto, todos los truhanes, hombres, mujeres y niños, se precipitaron en masa fuera de la taberna haciendo un gran ruido de armas y metales.

La luna se había escondido.

La Corte de los Milagros estaba completamente oscura. No había ni una luz. Estaba, sin embargo, muy lejos de hallarse desierta. Se distinguía una multitud de hombres y de mujeres que hablaban entre sí en voz baja. Se oía su murmullo, y se veía relucir toda clase de armas en las tinieblas. Clopin se subió encima de una gran piedra.

—¡Los de Argot, en formación! —gritó—. ¡Los de Egipto, en formación! ¡Los de Galilea, en formación!

Un movimiento se produjo en la oscuridad. La inmensa multitud pareció formarse en columnas. Al cabo de unos minutos, el rey de Thunes volvió a elevar la voz:

—¡Ahora, silencio para cruzar París! El santo y seña es: «espadín callejero». ¡No encenderemos las antorchas hasta que estemos en Notre-Dame! ¡En marcha!

Diez minutos más tarde, los jinetes de la guardia huían despavoridos ante una larga procesión de hombres negros y silenciosos que bajaba hacia el Pont-au-Change, por las calles tortuosas que atraviesan en todos los sentidos el denso barrio de Les Halles.

4

Un torpe amigo

Aquella noche, Quasimodo no dormía. Acababa de hacer su última ronda por la iglesia. No se había dado cuenta, en el momento en que cerraba las puertas, de que el arcediano había pasado cerca de él y evidenciado cierto disgusto al verlo echar cuidadosamente los pestillos y cerrojos del enorme armazón de hierro que daba a sus dos anchos batientes la solidez de una muralla. Don Claude parecía más preocupado aún que de costumbre. Por lo demás, desde la aventura nocturna de la celda, maltrataba constantemente a Quasimodo; pero, por más rudamente que lo tratara, que le pegara incluso alguna vez, nada quebrantaba la sumisión, la paciencia, la resignación devota del fiel campanero. Del arcediano lo soportaba todo, insultos, amenazas y golpes, sin murmurar un reproche, sin proferir una queja. Como mucho, lo seguía con una mirada llena de inquietud cuando don Claude subía la escalera de la torre; pero el arcediano se había abstenido por iniciativa propia de volver a presentarse ante la egipcia.

Aquella noche, pues, Quasimodo, después de haber echado un vistazo a sus pobres campanas, tan descuidadas, a Jacqueline, a Marie y a Thibauld, había subido hasta lo alto de la torre septentrional y allí, tras dejar en el tejado la linterna sorda bien cerrada, se había puesto a contemplar París. La noche, como ya hemos dicho, era muy oscura. París, que, por así decirlo, no estaba iluminado en aquella época, presentaba a la vista un montón confuso de masas negras, entrecortado aquí y allá por la curva blancuzca del Sena. Quasimodo solo veía luz en una ventana de un edificio lejano, cuyo vago y sombrío perfil se dibujaba muy por encima de los tejados, en el lado de la puerta de Saint-Antoine. Allí también había alguien que velaba.

Dejando flotar por aquel horizonte de brumas su mirada única, el campanero sentía dentro de sí mismo una vaga inquietud. Desde hacía varios días estaba en guardia. Veía continuamente merodear en torno a la iglesia hombres de aspecto siniestro que no apartaban la vista del asilo de la joven. Pensaba que tal vez se estaba tramando algún complot contra la infortunada refugiada. Imaginaba que había un odio popular hacia ella igual que lo había hacia él, y bien podría ser que muy pronto sucediera algo. Por eso permanecía en el campanario, al acecho, «pensando en su pensador», como dice Rabelais, con el ojo puesto ora en la celda, ora en París, montando guardia como un buen perro, con el corazón lleno de desconfianza.

De repente, mientras escrutaba la gran ciudad con aquel ojo que la naturaleza, por una especie de compensación, había hecho tan penetrante que casi podía suplir los otros órganos que le faltaban a Quasimodo, le pareció que la silueta del muelle de la Vieille-Pelleterie tenía algo singular, que había movimiento en ese punto, que la línea del parapeto recortada en negro sobre la blancura del agua no estaba recta y tranquila como la de los otros muelles, sino que ondeaba a ojos vistas como las olas de un río o como las cabezas de una muchedumbre en marcha.

Aquello le pareció extraño. Miró con atención redoblada. El movimiento parecía ir hacia la Cité, aunque no había ninguna luz. Se prolongó un rato en el muelle, luego se desplazó poco a poco, como si lo que ocurriera entrase en el interior de la isla, finalmente cesó por completo y la línea del muelle volvió a estar recta e inmóvil.

En el momento en que Quasimodo se perdía en conjeturas, le pareció que el movimiento reaparecía en la calle del Atrio, que se prolonga en la Cité perpendicularmente a la fachada de Notre-Dame. Por fin, pese a lo densa que era la oscuridad, vio desembocar por esa calle la cabeza de una columna y, en un instante, extenderse por la plaza una multitud de la que era imposible distinguir nada en medio de las tinieblas salvo que era una multitud.

El espectáculo era aterrador. Es probable que aquella procesión singular, que parecía tan interesada en ocultarse bajo una profunda oscuridad, no guardara un silencio menos profundo. Sin embargo, algún ruido debía de hacer, aunque no fuera más que el de sus pisadas. Pero ese ruido no llegaba a nuestro sordo, y aquella inmensa multitud, de la que apenas veía algo y de la que no oía nada, agitándose y caminando, sin embargo, tan cerca de él, le producía el mismo efecto que un desfile de muertos, mudo, impalpable, perdido entre el humo. Le parecía ver avanzar hacia él una masa de niebla llena de hombres, ver sombras moviéndose en la sombra.

Entonces renacieron sus temores, la idea de una tentativa contra la egipcia reapareció en su mente. Sintió confusamente que se acercaba una situación violenta. En aquel momento crítico, deliberó dentro de sí mismo con un razonamiento mejor y más rápido de lo que habría cabido esperar de un cerebro tan mal organizado. ¿Debía despertar a la egipcia? ¿Ayudarla a escapar? ¿Por dónde? Las calles estaban invadidas, la iglesia estaba pegada al río por detrás. ¡Ninguna embarcación! ¡Ninguna salida…! Solo había una opción: luchar hasta la muerte en la puerta de Notre-Dame, resistir al menos hasta que llegara ayuda, si es que llegaba, y no turbar el sueño de Esmeralda. Despertar a la desdichada para morir en ningún caso era una tarea urgente. Una vez tomada esta decisión, se puso a examinar al «enemigo» con más calma.

La muchedumbre parecía aumentar por momentos en el Atrio. El campanero supuso que debía de hacer muy poco ruido, puesto que las ventanas de las calles y de la plaza permanecían cerradas. De repente brilló una luz, y en un instante siete u ocho antorchas encendidas se pasearon sobre las cabezas, agitando en la oscuridad sus mechones de fuego. Quasimodo vio entonces claramente pulular en la plaza un espantoso rebaño de hombres y mujeres andrajosos, armados con guadañas, picas, hocinos y partesanas cuyos miles de puntas centelleaban. Acá y allá, horcas negras ponían cuernos a aquellas caras repulsivas. Recordó vagamente a aquel populacho y creyó reconocer todas las caras que unos meses antes lo habían proclamado papa de los locos. Un hombre que llevaba una antorcha en una mano y un *boullaye* en la otra se subió encima de un guardacantón y pareció arengar a la masa. Al mismo tiempo el extraño ejército describió algunas evoluciones, como si tomara posiciones alrededor de la iglesia. Quasimodo cogió su linterna y bajó a la plataforma situada entre las torres para ver más de cerca y pensar en los métodos de defensa.

Clopin Trouillefou, al llegar ante la alta puerta de Notre-Dame, había organizado a su tropa, efectivamente, en posición de batalla. Aunque no esperaba ninguna resistencia, quería, como un general prudente, conservar un orden que le permitiera hacer frente, en caso necesario, a un ataque

súbito de la guardia o de los doscientos veinte. Así pues, había escalonado a su brigada de tal manera que, vista desde arriba y desde lejos, parecía el triángulo romano de la batalla de Ecnomo, la cabeza de cerdo de Alejandro o la famosa cuña de Gustavo Adolfo. La base de este triángulo se apoyaba al fondo de la plaza, de tal forma que cerraba la calle del Atrio; uno de los lados miraba hacia el Hôtel-Dieu, y el otro hacia la calle Saint-Pierre-aux-Boeufs. Clopin-Trouillefou se había situado en la cúspide, con el duque de Egipto, nuestro amigo Jehan y los convulsos más intrépidos.

No era cosa muy rara en las ciudades de la Edad Media una empresa como la que los truhanes intentaban en aquel momento contra Notre-Dame. Lo que hoy llamamos «policía» no existía entonces. En las ciudades populosas, sobre todo en las capitales, no había un poder central, único, regulador. El feudalismo había construido esas grandes comunas de una manera extraña. Una ciudad era un conjunto de mil señoríos que la dividían en compartimentos de innumerables formas y tamaños. El resultado eran mil policías contradictorias, es decir, ausencia de policía. En París, por ejemplo, independientemente de los ciento cuarenta y un señores aspirantes a censo, había veinticinco que aspiraban además a impartir justicia, desde el obispo de París, que tenía ciento cinco calles, hasta el prior de Notre-Dame des Champs, que tenía cuatro. Todos estos justicieros feudales solo reconocían nominalmente la autoridad soberana del rey. Todos tenían derechos sobre la vía pública. Todos estaban en su casa. Luis XI, ese infatigable obrero que tan decididamente inició la demolición del edificio feudal, continuada por Richelieu y Luis XIV en beneficio de la monarquía y terminada por Mirabeau en beneficio del pueblo, había intentado romper esa red de señoríos que cubría París lanzando violentamente contra ella dos o tres ordenanzas de policía general. En 1465 se dio orden a los habitantes de, una vez llegada la noche, iluminar con velas las ventanas y encerrar a los perros, bajo pena de horca; ese mismo año, se dio orden de cerrar al anochecer las calles con cadenas de hierro y se prohibió llevar dagas o armas ofensivas de noche por las calles. Pero al cabo de poco tiempo todos estos intentos de legislación comunal cayeron en desuso. Los burgueses dejaron que el viento apagara las velas en sus ventanas y que sus perros vagaran; las cadenas de hierro solo se utilizaron en casos de asedio; la prohibición de llevar dagas no produjo otro efecto que cambiar el nombre de la calle Coupe-Gueule por el de calle Coupe-Gorge,[135] lo que es un progreso evidente. La vieja estructura de las jurisdicciones feudales permaneció en pie; inmenso amontonamiento de bailías y de señoríos que se cruzaban en la ciudad, estorbándose, enmarañándose, enredándose, comiéndose terreno unos a otros; inútil maraña de guardias, subguardias y contraguardias, a través de la cual pasaban a mano armada el bandidaje, la rapiña y la sedición. No eran, pues, en este desorden, un acontecimiento inaudito esos golpes de mano de una parte del populacho contra un palacio, un hotel o una casa en los barrios más poblados. En la mayoría de los casos, los vecinos solo intervenían si el saqueo llegaba hasta su vivienda. Se tapaban los oídos cuando sonaban mosquetazos, cerraban los postigos, atrancaban las puertas, dejaban que la pelea acabara con o sin intervención de la guardia, y al día siguiente se comentaba en París: «Anoche entraron en casa de Étienne Barbette», «Al mariscal de Clermont lo han prendido en el regimiento», etcétera. Por eso, no solo las viviendas de la realeza, el Louvre, el Palacio, la Bastilla, las Tournelles, sino también las residencias simplemente señoriales, como el Petit-Bourbon, el hotel de Sens, el hotel de Angoulême, etcétera,

tenían almenas en los muros y matacanes encima de las puertas. Las iglesias estaban protegidas por su santidad. Algunas, no obstante, entre las cuales no se encontraba Notre-Dame, estaban fortificadas. El abad de Saint-Germaindes-Prés estaba almenado como un barón, y había en su casa más cobre gastado en bombardas que en campanas. En 1610 aún podía verse su fortaleza. Hoy apenas queda su iglesia.

Pero volvamos a Notre-Dame.

Finalizadas las primeras disposiciones, y debemos decir en honor de la disciplina truhana que las órdenes de Clopin fueron ejecutadas en silencio y con una precisión admirable, el digno jefe de la banda se subió al parapeto del Atrio y elevó su voz ronca y basta permaneciendo de cara a Notre-Dame y agitando su antorcha, cuya luz, castigada por el viento y velada en todo momento por su propio humo, hacía aparecer y desaparecer de la vista la rojiza fachada de la iglesia.

—A ti, Luis de Beaumont, obispo de París, consejero en el tribunal del Parlamento, yo, Clopin Trouillefou, rey de Thunes, gran coesre, príncipe de Argot y obispo de los locos, te digo: Nuestra hermana, falsamente condenada por magia, se ha refugiado en tu iglesia; le debes asilo y salvaguardia; pero el tribunal del Parlamento quiere prenderla y tú lo consientes; de manera que la colgarían mañana en la Grève si Dios y los truhanes no estuvieran aquí. Así pues, venimos a ti, obispo. Si tu iglesia es sagrada, nuestra hermana lo es también; si nuestra hermana no es sagrada, tu iglesia tampoco lo es. Por ello te conminamos a que nos entregues a la muchacha si quieres salvar tu iglesia, o cogeremos a la muchacha y saquearemos la iglesia. Y estará bien hecho. En prueba de lo cual, planto aquí mi bandera, ¡y Dios te guarde, obispo de París!

Desgraciadamente, Quasimodo no pudo oír estas palabras pronunciadas con una suerte de majestad sombría y salvaje. Un truhán presentó su bandera a Clopin, quien la plantó solemnemente entre dos adoquines. Era una horca de cuyas púas colgaba un trozo sanguinolento de carroña.

Hecho esto, el rey de Thunes se volvió y paseó la mirada por su ejército, feroz multitud en la que las miradas brillaban casi tanto como las picas. Tras una breve pausa:

—¡Adelante, hijos! —gritó—. ¡A trabajar, testarrones!

Treinta hombres robustos, de musculatura recia y con cara de cerrajeros, salieron de entre las filas con martillos, tenazas y barras de hierro al hombro. Se dirigieron hacia la puerta principal de la iglesia, subieron la escalera, y muy pronto los vieron a todos en cuclillas bajo la ojiva, forzando la puerta con tenazas y palancas. Un buen número de truhanes los siguió para ayudarlos o mirarlos. Los once peldaños del pórtico estaban abarrotados.

Sin embargo, la puerta aguantaba.

—¡Demonios, es resistente! ¡Y tozuda! —decía uno.

—¡Es vieja y tiene los cartílagos endurecidos! —decía otro.

—¡Ánimo, camaradas! —intervenía Clopin—. Apuesto mi cabeza contra una pantufla a que habréis abierto la puerta, cogido a la muchacha y desnudado el altar mayor antes de que se haya despertado un solo sacristán. ¡Mirad!, creo que la cerradura está cediendo.

Clopin fue interrumpido por un estruendo horrible que se oyó en ese momento detrás de él. Se volvió. Una enorme viga acababa de caer del cielo, había aplastado a una docena de truhanes en la

escalinata de la iglesia y rebotaba sobre el empedrado con el ruido de una bala de cañón, rompiendo acá y allá piernas entre la muchedumbre de pordioseros, que se apartaban profiriendo gritos de terror. En un abrir y cerrar de ojos, el recinto reservado del Atrio quedó vacío. Los testarrones, pese a estar protegidos por las profundas dovelas del pórtico, abandonaron la puerta, y el propio Clopin retrocedió a una respetuosa distancia de la iglesia.

—¡Me he librado de una buena! —gritaba Jehan—. ¡He oído el silbido, rediós! ¡Pero Pierre l'Assommeur está muerto!

Imposible describir el asombro mezclado con pánico que cayó junto a aquella viga sobre los bandidos. Se quedaron unos minutos con la mirada perdida, más consternados por ese trozo de madera que por veinte mil arqueros del rey.

—¡Por Satanás! —mascculló el duque de Egipto—. ¡Esto huele a magia!

—Ha sido la luna la que nos ha tirado ese tronco —dijo Andry el Rojo.

—Y eso que dicen que la luna es amiga de la Virgen —añadió François Chante-Prune.

—¡Mil papas! —exclamó Clopin—. ¡Sois todos unos imbéciles!

Pero él no sabía cómo explicar la caída del madero.

Sin embargo, en la fachada, a cuya parte más elevada no llegaba la claridad de las antorchas, no se distinguía nada. El pesado madero yacía en medio del Atrio, y se oían los gemidos de los miserables que habían recibido el primer impacto y a los que el ángulo de los escalones de piedra había rajado el vientre al ser aplastados contra él.

Pasado el primer momento de estupor, el rey de Thunes encontró por fin una explicación que pareció plausible a sus compañeros.

—¡Rediós! ¿Acaso los canónigos se defienden? Entonces, ¡a saco!, ¡a saco!

—¡A saco! —repitió la turba con un hurra furioso.

Inmediatamente fue lanzada una descarga de ballestas y de arcabuces contra la fachada de la iglesia.

Al producirse esta detonación, los apacibles habitantes de las casas circundantes se despertaron, varias ventanas se abrieron y en los huecos aparecieron gorros de dormir y manos sosteniendo velas.

—¡Disparad contra las ventanas! —gritó Clopin.

Las ventanas se cerraron en el acto y los pobres burgueses, que apenas habían tenido tiempo de echar un vistazo asustado a aquella escena de luces y tumulto, volvieron al interior a sudar de miedo junto a sus mujeres, preguntándose si el aquelarre se celebraba ahora en el Atrio de Notre-Dame, o si se trataba de un ataque de los borgoñones, como en 1464. Entonces, los maridos pensaban en los robos, las mujeres en las violaciones, y todos temblaban.

—¡A saco! —repetían los argoteros.

Pero no se atrevían a acercarse. Miraban la iglesia y miraban el madero. El madero no se movía. El edificio conservaba su aspecto tranquilo y desierto, pero algo helaba a los truhanes.

—¡Testarrones, manos a la obra! —gritó Trouillefou—. ¡Forzad la puerta!

Nadie dio un paso.

—¡Barba y vientre! —dijo Clopin—. ¿Cómo es posible que unos hombres tengan miedo de

una viga?

Un viejo testarrón le dirigió la palabra:

—Capitán, no es la viga lo que nos preocupa, es la puerta, que está totalmente forrada con barras de hierro. Las tenazas no sirven de nada.

—¿Qué necesitaríais, entonces, para derribarla? —preguntó Clopin.

—¡Ah! Necesitaríamos un ariete.

El rey de Thunes se acercó valientemente al formidable madero y puso un pie encima.

—Aquí tenéis uno —dijo—. Os lo han enviado los canónigos. —Y, dirigiendo un saludo burlón hacia la iglesia, añadió—: ¡Gracias, canónigos!

Esta baladronada produjo un efecto positivo, ya que rompió el hechizo del madero. Los truhanes recuperaron el valor, y muy pronto la pesada viga, levantada como una pluma por doscientos brazos vigorosos, cargó con furia contra la gran puerta que ya habían intentado forzar. Viéndolo así, a la semiclaridad que las escasas antorchas de los truhanes esparcían por la plaza, aquel largo madero sostenido por aquella multitud de hombres que lo precipitaban corriendo contra la iglesia parecía un monstruoso animal de mil patas atacando con la cabeza bajada al gigante de piedra.

Al chocar la viga, la puerta semimetálica sonó como un inmenso tambor; no se rompió lo más mínimo, pero la catedral entera se estremeció y se oyeron rugir las profundas cavidades del edificio.

En el mismo instante, una lluvia de grandes piedras empezó a caer desde lo alto de la fachada sobre los asaltantes.

—¡Demonios! —exclamó Jehan—. ¿Acaso las torres nos arrojan sus balaustradas a la cabeza?

Pero el empujón estaba dado, y el rey de Thunes predicaba con el ejemplo. Decididamente, el obispo se defendía, lo cual fue un acicate para cargar contra la puerta con más rabia, pese a las piedras que partían cráneos a diestro y siniestro.

Lo curioso es que esas piedras caían de una en una, aunque muy seguidas. Los argoteros notaban siempre dos a la vez, una en las piernas y otra en la cabeza. Quedaban pocos sin recibir algún golpe, y una extensa capa de muertos y heridos sangraba y palpitaba bajo los pies de los asaltantes, quienes, furiosos ahora, se renovaban sin tregua. La larga viga continuaba golpeando la puerta a intervalos regulares, como el badajo de una campana, las piedras cayendo y la puerta gimiendo.

El lector sin duda ha adivinado que el autor de esa resistencia inesperada que había exasperado a los truhanes era Quasimodo.

El azar había ayudado, por desgracia, al valiente sordo.

Cuando había bajado a la plataforma situada entre las torres, sus ideas eran muy confusas. Había corrido durante unos minutos por la galería, yendo y viniendo como loco, viendo desde arriba la masa compacta de los truhanes dispuestos a precipitarse en la iglesia y pidiendo al diablo o a Dios que salvara a la egipcia. Se le había ocurrido subir al campanario meridional y tocar a rebato, pero, antes de que hubiera podido poner la campana en movimiento, antes de que la potente voz de Marie hubiera podido proferir un solo clamor, ¿no habría tenido tiempo la puerta

de la iglesia de ser derribada diez veces? Eso era justo en el momento en que los testarrones avanzaban hacia ella con sus herramientas. ¿Qué hacer, entonces?

De pronto se acordó de que unos albañiles habían estado todo el día reparando la pared, la estructura y el tejado de la torre meridional. Aquello fue un rayo de luz. La pared era de piedra, el techado, de plomo, y la estructura, de madera. Esa estructura prodigiosa, tan tupida que la llamaban «el bosque».

Quasimodo corrió hacia esa torre. Los espacios inferiores estaban, efectivamente, llenos de material. Había montones de mampuestos, láminas de plomo enrolladas, haces de listones, sólidas vigas ya serradas y montones de cascotes. Un arsenal completo.

El tiempo apremiaba. Las tenazas y los martillos trabajaban abajo. Con una fuerza redoblada por la sensación de peligro, levantó una de las vigas, la más pesada, la más larga, la sacó por una lucera y, cogiéndola por el exterior de la torre, la empujó por la esquina de la balaustrada que rodea la plataforma y la arrojó al abismo. La enorme viga, en aquella caída de ciento sesenta pies arañando las paredes y arrancando esculturas, dio varias vueltas sobre sí misma como un aspa de molino que fuera volando sola por los aires. Finalmente llegó al suelo y aquel horrible grito se alzó. La negra viga, rebotando en el suelo, parecía una serpiente dando saltos.

Quasimodo vio que los truhanes se dispersaban al caer el madero, como se esparce la ceniza cuando un niño sopla encima de ella. Aprovechó su espanto y, mientras clavaban una mirada supersticiosa en la maza caída del cielo y dejaban tuertos a los santos de piedra del pórtico con una descarga de saetas y de postas, Quasimodo amontonaba en silencio cascotes, piedras y mampuestos, y hasta sacos de herramientas de los albañiles, en el borde de la balaustrada por donde había lanzado la viga.

Así pues, en cuanto se pusieron a golpear la gran puerta, la lluvia de piedras comenzó a caer, y les pareció que la iglesia se demolía por sí sola sobre sus cabezas.

Quien hubiera podido ver a Quasimodo en ese momento se habría asustado. Independientemente de la cantidad de proyectiles que había apilado sobre la balaustrada, también había amontonado piedras en la plataforma misma. Cuando los mampuestos acumulados en el reborde exterior se hubieron agotado, empezó a coger piedras del otro montón. Se agachaba, se levantaba, se agachaba y se levantaba otra vez, desarrollando una actividad increíble. Su enorme cabeza de gnomo se asomaba por encima de la balaustrada, a continuación una enorme piedra caía, y luego otra, y otra más. De vez en cuando, seguía una buena piedra con la mirada y, cuando mataba a alguien, lo celebraba con una exclamación.

Los pordioseros, sin embargo, no se desanimaban. La gruesa puerta contra la que se ensañaban ya había temblado veinte veces bajo el peso de su ariete de roble multiplicado por la fuerza de cien hombres. Los paneles se cuarteaban, los cincelados saltaban en añicos, los goznes se levantaban sobre sus machos con cada embestida, los tablones se desencajaban, la madera se deshacía, machacada entre las nervaduras de hierro. Por suerte para Quasimodo, había más hierro que madera.

Aun así, él presentía que la gran puerta se tambaleaba. Aunque no oía, cada golpe de ariete retumbaba a la vez en las cavernas de la iglesia y en sus entrañas. Veía desde arriba a los truhanes,

rebosantes de triunfo y de rabia, mostrar el puño a la tenebrosa fachada y envidiaba, para la egipcia y para él, las alas de los búhos que huían en bandadas por encima de su cabeza.

Su lluvia de pedruscos no bastaba para rechazar a los asaltantes.

En aquel momento de angustia, se fijó, un poco más abajo de la balaustrada desde la que aplastaba a los argoteros, en dos largos canalones de piedra que desaguaban justo encima de la puerta. El orificio interno de estos canalones desembocaba en el suelo de la plataforma. Entonces se le ocurrió una idea. Corrió a buscar un haz de leña a su cuartucho de campanero, colocó sobre el haz unos buenos puñados de listones y una cantidad no menor de rollos de plomo, municiones que aún no había utilizado, y, una vez preparada esta hoguera delante del agujero de los dos canalones, le prendió fuego con su linterna.

Mientras tanto, dado que ya no caían piedras, los truhanes habían dejado de mirar hacia arriba. Los bandidos, jadeando como una jauría que acosa al jabalí en su revolcadero, se agolpaban ante la gran puerta, completamente deformada por el ariete pero todavía en pie. Esperaban con impaciencia el golpe definitivo que la descerrajara. Todos querían estar lo más cerca posible para precipitarse los primeros, cuando se abriera, en aquella opulenta catedral, vasto receptáculo donde se habían acumulado las riquezas de tres siglos. Se recordaban unos a otros, con rugidos de alegría y de gula, las hermosas cruces de plata, las hermosas capas de brocado, las hermosas tumbas de esmalte, las grandes magnificencias del coro, las fiestas deslumbrantes, las Navidades fulgurantes de antorchas, las Pascuas resplandecientes de sol, todas esas solemnidades espléndidas en las que relicarios, candelabros, copones, tabernáculos y custodias realzaban los altares con una costra de oro y de diamantes. Con toda seguridad, en aquel hermoso momento mangantes y alfeñiques, archisecuaces y achicharrados pensaban mucho menos en la liberación de la egipcia que en el saqueo de Notre-Dame. Incluso nos sentiríamos tentados de pensar que para buen número de ellos Esmeralda no era más que un pretexto, suponiendo que unos ladrones tuvieran necesidad de pretextos.

De pronto, en el momento en que se agrupaban alrededor del ariete para hacer un último esfuerzo, conteniendo todos la respiración y tensando los músculos a fin de asestar con toda su fuerza el golpe decisivo, un alarido, más espantoso aún que el que había estallado y expirado bajo el madero, se elevó entre ellos. Los que no gritaban, los que aún vivían, miraron. Dos chorros de plomo fundido caían desde lo alto del edificio sobre lo más nutrido de la multitud. Aquel mar de hombres acababa de desplomarse bajo el metal hirviente, que había hecho, en los dos puntos en los que caía, dos agujeros negros y humeantes en la multitud como lo haría el agua caliente cayendo sobre la nieve. Moribundos medio calcinados se revolcaban y aullaban de dolor. Alrededor de estos dos chorros principales, gotas de esa lluvia horrible se esparcían sobre los asaltantes y penetraban en los cráneos como barrenas de fuego. Era una granizada de fuego que acribillaba a aquellos miserables.

El clamor fue desgarrador. Huyeron sin orden ni concierto dejando caer el madero sobre los cadáveres, desde los más audaces hasta los más apocados, y el Atrio quedó vacío por segunda vez.

Todos los ojos se habían levantado hacia lo alto de la iglesia. Lo que veían era extraordinario: en la cima de la galería más elevada, más arriba del rosetón central, había una gran llama que

subía entre los dos campanarios con remolinos de chispas, una gran llama desordenada y furiosa a la que el viento arrancaba en algunos momentos una lengua en medio del humo. Debajo de esa llama, debajo de la oscura balaustrada de tréboles al rojo, dos gárgolas vomitaban sin cesar aquella lluvia ardiente cuyo f lujo plateado se recortaba sobre las tinieblas de la fachada inferior. A medida que se acercaban al suelo, los dos chorros de plomo líquido se abrían en haces, como el agua que brota de los numerosos agujeros de una regadera. Por encima de la llama, las enormes torres, de cada una de las cuales se veían dos caras crudas y cortantes, una totalmente negra y la otra totalmente roja, parecían más grandes todavía debido a la inmensidad de la sombra que proyectaban hasta el cielo. Sus innumerables esculturas de diablos y dragones adquirían un aspecto lúgubre. La claridad inquieta de la llama producía la sensación de que se movían. Había sierpes que parecían reír, gárgolas a las que uno creía oír aullar, salamandras que soplaban hacia el fuego, tarascas que estornudaban en medio del humo. Y entre aquellos monstruos despertados de su sueño de piedra por esa llama, por ese ruido, había uno que andaba y al que de vez en cuando se le veía pasar por delante de la hoguera como un murciélago ante una candela.

Seguramente ese faro extraño despertaría a lo lejos al leñador de las colinas de Bicêtre, asustado al ver oscilar sobre sus brezos la sombra gigantesca de las torres de Notre-Dame.

Se hizo entre los truhanes un silencio de terror, durante el cual solo se oyeron los gritos de alarma de los canónigos encerrados en su claustro y más inquietos que caballos en una cuadra en llamas, el ruido furtivo de las ventanas precipitadamente abiertas y aún más precipitadamente cerradas, el barullo interior de las casas y del Hôtel-Dieu, el viento en las llamas, los últimos estertores de los moribundos y el chisporroteo continuo de la lluvia de plomo en el suelo.

Los principales truhanes se habían retirado bajo el porche de la mansión Gondelaurier para deliberar. El duque de Egipto, sentado sobre un guardacantón, contemplaba con un temor religioso la hoguera fantasmagórica que resplandecía a doscientos pies de altura. Clopin Trouillefou se mordía sus grandes puños con rabia.

—¡Imposible entrar! —murmuraba entre dientes.

—¡Una vieja iglesia encantada! —mascullaba el viejo gitano Mathias Hungadi Spicali.

—¡Por los bigotes del papa! —añadía un truchimán canoso que había servido en el ejército—. Estas gárgolas de iglesia escupen plomo fundido mejor que los matacanes de Lectoure.

—¿Veis ese demonio que pasa una y otra vez por delante del fuego? —decía el duque de Egipto.

—¡Pardiós! —dijo Clopin—. Es el maldito campanero, es Quasimodo.

El gitano meneaba la cabeza.

—Os digo que es el espíritu Sabnac, el gran marqués, el demonio de las fortificaciones. Toma la forma de un soldado armado con cabeza de león. A veces monta un horrible caballo. Convierte a los hombres en piedras con las que construye torres. Está al mando de cincuenta legiones. Es él, lo reconozco. Algunas veces viste una bonita túnica dorada con figuras a la manera de los turcos.

—¿Dónde está Bellevigne de l’Étoile? —preguntó Clopin.

—Ha muerto —respondió una truhana.

Andry el Rojo reía con una risa idiota.

—Nuestra Señora está dando trabajo al Hôtel-Dieu —decía.

—Pero ¿es que no va a haber manera de forzar esa puerta? —exclamó el rey de Thunes golpeando el suelo con el pie.

El duque de Egipto le señaló tristemente los dos riachuelos de plomo hirviendo que no cesaban de rayar la negra fachada como dos largos husos de fósforo.

—Se han visto iglesias que se defendían así ellas mismas —observó, suspirando—. Santa Sofía de Constantinopla, hace de esto cuarenta años, tiró al suelo tres veces seguidas la media luna de Mahoma sacudiendo sus cúpulas, que son sus cabezas. Guillermo de París, que construyó esta, era un mago.

—¿Tenemos que irnos entonces vergonzosamente, como viles lacayos? —dijo Clopin—. ¿Dejar aquí a nuestra hermana y que esos lobos encapuchados la cuelguen mañana?

—¡Y la sacristía, donde hay carretadas de oro! —añadió un truhán cuyo nombre lamentamos no saber.

—¡Por las barbas de Mahoma! —gritó Trouillefou.

—¡Intentémoslo una vez más! —insistió el truhán.

Mathias Hungadi meneó la cabeza.

—No entraremos por la puerta. Hay que encontrar el defecto de la armadura de la vieja bruja: un agujero, una puerta falsa, una juntura cualquiera.

—¿Quién viene? —dijo Clopin—. ¡Yo vuelvo! Por cierto, ¿dónde está el joven estudiante Jehan, que llevaba tanta chatarra encima?

—Debe de haber muerto —respondió alguien—, porque ya no se le oye reír.

El rey de Thunes frunció el entrecejo.

—¡Es una pena! Había un corazón valeroso bajo aquella chatarra. ¿Y maese Pierre Gringoire?

—Capitán Clopin —dijo Andry el Rojo—, se escabulló cuando todavía estábamos en el Pont-aux-Changeurs.

Clopin golpeó el suelo con el pie.

—¡Vive Dios! ¡Es él quien nos mete en este lío, y luego nos deja plantados en plena faena! ¡Cobarde charlatán, se va a enterar cuando lo pille!

—¡Capitán Clopin! —gritó Andry el Rojo, que miraba hacia la calle del Atrio—. Ahí viene el estudiante.

—¡Alabado sea Plutón! —dijo Clopin—. Pero ¿qué diablos arrastra?

Era Jehan, en efecto, que corría todo lo deprisa que se lo permitían sus pesados ropajes de paladín y una larga escalera que arrastraba decididamente por el suelo, más jadeante que una hormiga tirando de una brizna de hierba veinte veces más larga que ella.

—¡Victoria! *Te Deum*! —gritaba el estudiante—. Esta es la escalera de los descargadores del puerto Saint-Landry.

Clopin se acercó a él.

—¡Muchacho!, ¿qué cuernos quieres hacer con esa escalera?

—La tengo —respondió Jehan, sin aliento—. Sabía dónde estaba. En el cobertizo de la casa del teniente… Allí hay una muchacha a la que conozco y que me encuentra apuesto como un

Cupido… La he utilizado para conseguir la escalera, y tengo la escalera, ¡por Mahoma…! La pobre muchacha ha venido a abrirme en camisa.

—Sí —dijo Clopin—, tienes la escalera, pero ¿qué quieres hacer con ella?

Jehan lo miró con aire malicioso y experto e hizo chascar los dedos como castañuelas. Estaba sublime en aquel momento. Llevaba en la cabeza uno de esos cascos recargados del siglo XV que asustaban al enemigo con sus cimeras quiméricas. La suya estaba provista de diez picos de hierro, de manera que Jehan habría podido disputar el temible epíteto de δεκεμβολος a la nave homérica de Néstor.

—¿Que qué quiero hacer con ella, augusto rey de Thunes? ¿Veis esa hilera de estatuas con cara de imbéciles, allá, encima de los tres pórticos?

—Sí. ¿Y qué?

—¡Es la galería de los reyes de Francia!

—¿Y a mí qué más me da? —repuso Clopin.

—¡Esperad un poco! Hay al final de esa galería una puerta que nunca se cierra más que con el pestillo. Con esta escalera, subo y estoy en la iglesia.

—Muchacho, déjame subir a mí primero.

—No, camarada, la escalera es mía. Venid, vos seréis el segundo.

—¡Que Belcebú acabe contigo! —dijo el enfurruñado Clopin—. Yo no quiero ir detrás de nadie.

—En tal caso, Clopin, búscate una escalera.

Jehan echó a correr por la plaza, tirando de su escalera y gritando:

—¡A mí, muchachos!

En un momento levantaron y apoyaron la escalera en la balaustrada de la galería inferior, por encima de uno de los pórticos laterales. La masa de truhanes, profiriendo grandes aclamaciones, se agolpó abajo para subir, pero Jehan mantuvo su derecho y fue el primero en poner el pie en los escalones. El trayecto era bastante largo. La galería de los reyes de Francia se encuentra hoy a unos sesenta pies del suelo. Los once peldaños de la escalinata la elevaban todavía más. Jehan subía lentamente, dificultado en su ascenso por la pesada armadura, agarrándose con una mano a los escalones y sosteniendo con la otra la ballesta. Cuando estuvo en mitad de la escalera, echó una mirada melancólica a los pobres argoteros muertos que alfombraban la escalinata.

—¡Ay! —exclamó—. ¡Hete aquí un montón de cadáveres digno del quinto canto de la*Ilíada*!

Dicho esto, continuó subiendo. Los truhanes lo seguían. Había uno en cada escalón. Viendo elevarse aquella línea de espaldas acorazadas ondeando en la sombra, habríase dicho que una serpiente con escamas de acero se alzaba contra la iglesia. Jehan, que era la cabeza, al ir silbando completaba la ilusión.

El estudiante llegó por fin al balcón de la galería y saltó por encima con bastante agilidad, entre los aplausos de toda la truhanería. Convertido en dueño y señor de la ciudadela, profirió un grito de alegría. Pero de pronto se detuvo, petrificado. Acababa de ver, detrás de la estatua de un rey, a Quasimodo oculto en las tinieblas con su ojo centelleante.

Antes de que un segundo asaltante hubiera podido poner el pie en la galería, el formidable

jorobado saltó hasta la escalera y, sin decir palabra, cogió con sus poderosas manos el extremo de los dos largueros, los levantó, los alejó de la pared, hizo balancear un momento, en medio de los clamores de angustia, la larga y flexible escalera atestada de truhanes de arriba abajo y, súbitamente, con una fuerza sobrehumana, arrojó aquel racimo de hombres a la plaza. La escalera, lanzada hacia atrás, permaneció un momento recta y de pie, después osciló hasta que, de repente, describiendo un espantoso círculo de ochenta pies de radio, cayó al suelo, con su carga de bandidos, más deprisa que un puente levadizo cuyas cadenas se rompen. Se oyó una inmensa imprecación, después toda voz se extinguió y algunos desgraciados mutilados salieron arrastrándose de debajo del montón de muertos.

Un rumor de dolor y cólera sucedió entre los asaltantes a los primeros gritos de triunfo. Quasimodo, impasible, con los codos apoyados en la balaustrada, miraba. Parecía un viejo rey peludo asomado a su ventana.

En cuanto a Jehan Frollo, se encontraba en una situación crítica. Estaba en la galería con el temible campanero, solo, separado de sus compañeros por un muro vertical de ochenta pies. Mientras Quasimodo jugaba con la escalera, el estudiante se había precipitado hacia la puerta que creía abierta. Pero no lo estaba. Al entrar en la galería, el sordo la había cerrado tras de sí, en vista de lo cual, Jehan se había escondido detrás de un rey de piedra, sin atreverse a respirar y mirando al monstruoso jorobado con cara de terror, como aquel hombre que hacía la corte a la mujer del guardián de una casa de fieras y una noche, al acudir a su cita amorosa, escaló la pared equivocada y se encontró de pronto frente a frente con un oso blanco.

En los primeros momentos el sordo no se fijó en él; pero finalmente volvió la cabeza y se irguió de golpe. Acababa de ver al estudiante.

Jehan se preparó para un rudo enfrentamiento, pero el sordo permaneció inmóvil; simplemente se había vuelto hacia el estudiante y lo miraba.

—¡Ho, ho! —dijo Jehan—. ¿Por qué me miras con ese ojo tuerto y melancólico?

Y mientras decía esto, el joven bribón preparaba astutamente su ballesta.

—¡Quasimodo! —gritó—. Voy a cambiarte el apodo. Te llamarán el ciego.

El virote empenachado partió de la ballesta silbando y fue a clavarse en el brazo izquierdo del jorobado. Quasimodo no se alteró más de lo que un rasguño habría alterado al rey Faramundo. Acercó una mano a la saeta, se la arrancó del brazo y la partió tranquilamente contra su voluminosa rodilla. Después, más que tirar, dejó caer al suelo los dos trozos. Pero Jehan no tuvo tiempo de disparar de nuevo. Una vez rota la flecha, Quasimodo resopló ruidosamente, saltó como un saltamontes y cayó sobre el estudiante, cuya armadura se aplastó contra la pared.

Entonces, en aquella penumbra en la que flotaba la luz de las antorchas, se vio algo terrible.

Quasimodo, con la mano izquierda, había cogido por los brazos a Jehan, que no se debatía porque se sentía perdido. Con la derecha, el sordo le quitaba una tras otra, en silencio, con una lentitud siniestra, todas las piezas de la armadura: la espada, los puñales, el casco, la coraza, los brazales. Parecía un mono descortezando una nuez. Quasimodo echaba a sus pies, trozo a trozo, la cáscara de hierro del estudiante.

Cuando el estudiante se vio desarmado, desnudado, débil y desnudo entre aquellas temibles

manos, no intentó hablarle al sordo, sino que se echó a reír descaradamente en su cara y a cantar, con su intrépida despreocupación de joven de dieciséis años, la entonces popular canción:

Desnuda ha quedado
la ciudad de Cambrai.
Marafin la ha saqueado…

No la terminó. Vieron de pie en el pretil de la galería a Quasimodo, quien con una sola mano sujetaba al estudiante por los pies, haciéndolo girar sobre el abismo como una honda. Después oyeron un ruido como el de una caja craneal estampándose contra una pared y vieron caer algo que se detuvo a un tercio de la caída en un saliente del edificio. Era un cuerpo muerto lo que quedó enganchado allí, doblado en dos, con la espalda partida y la cabeza rota.

Un grito de horror se elevó entre los truhanes.

—¡Venganza! —gritó Clopin.

—¡A saco! —respondió la multitud—. ¡Al ataque! ¡Al ataque!

Entonces se produjo un griterío en el que se mezclaban todas las lenguas, todos los dialectos, todos los acentos. La muerte del pobre estudiante infundió un ardor furioso a aquella multitud. La vergüenza la invadió, y la cólera por que un jorobado la hubiera mantenido en jaque tanto tiempo delante de una iglesia. La rabia encontró escaleras, multiplicó las antorchas, y al cabo de unos minutos Quasimodo, desesperado, vio a aquel espantoso hormiguero subir por todas partes al asalto de Notre-Dame. Los que no tenían escaleras tenían cuerdas de nudos, los que no tenían cuerdas trepaban agarrándose a los relieves de las esculturas. Se colgaban unos de los harapos de otros. No había ningún medio de contener aquella marea ascendente de caras horrendas. El furor hacía brillar aquellos semblantes feroces; sus frentes terrosas chorreaban de sudor; sus ojos lanzaban destellos. Todas aquellas muecas, todas aquellas fealdades cercaban a Quasimodo. Habríase dicho que otra iglesia había enviado a sus gorgonas, sus dogos, sus dragones, sus demonios, sus esculturas más fantásticas a atacar a Notre-Dame. Era como una capa de monstruos vivos sobre los monstruos de piedra de la fachada.

Mientras tanto, la plaza se había iluminado con mil antorchas. Aquella escena caótica, hasta entonces sumida en la oscuridad, había sido inundada súbitamente de luz. El Atrio resplandecía y proyectaba su resplandor al cielo. La hoguera encendida en la alta plataforma continuaba ardiendo e iluminaba a lo lejos la ciudad. La enorme silueta de las dos torres, que se extendía sobre los tejados de París, abría en aquella claridad un ancho tajo de sombra. La ciudad parecía haberse contagiado. Se oía la queja lejana de campanas tocando a rebato. Los truhanes vociferaban, jadeaban, blasfemaban, subían, y Quasimodo, impotente contra tantos enemigos, temblaba por la egipcia al ver los rostros feroces acercarse cada vez más a su galería, pedía al cielo un milagro y se retorcía los brazos de desesperación.

5

El retiro donde reza sus horas Luis de Francia

Quizá el lector no haya olvidado que, un momento antes de descubrir la presencia de la banda nocturna de truhanes, Quasimodo, inspeccionando París desde lo alto de su campanario, no veía brillar más que una luz, la cual iluminaba una ventana en el piso más elevado de un alto y sombrío edificio, al lado de la puerta de Saint-Antoine. Ese edificio era la Bastilla. Esa luz era la vela de Luis XI.

El rey Luis XI llevaba, efectivamente, dos días en París. Tenía que marcharse dos días más tarde a su ciudadela de Montilz-lès-Tours. Hacía escasas visitas a la ciudad de París y siempre breves, pues allí no sentía a su alrededor suficientes trampas, patíbulos y arqueros escoceses.

Aquel día había ido a dormir a la Bastilla. La gran habitación de cinco toesas cuadradas que tenía en el Louvre, con su gran chimenea decorada con doce grandes fieras y trece grandes profetas y su gran lecho de once pies por doce, le agradaba muy poco. Se perdía entre todas esas grandezas. Aquel rey burgués prefería la Bastilla, con un cuartito y una camita. Además, la Bastilla era más fuerte que el Louvre.

Aquel «cuartito» que el rey se había reservado en la famosa prisión de estado era, pese a todo, bastante amplio y ocupaba la última planta de una torrecilla que formaba parte del torreón principal. Era una habitación de forma redonda, tapizada de esteras de paja brillante, con techo de vigas realzadas con flores de lis de estaño dorado y bovedillas de color, y paredes revestidas de ricas maderas sembradas de rosetas de estaño blanco y pintadas de un bello verdegay, elaborado con oropimente y añil.

Solo había una ventana, una gran ojiva con un enrejado de alambre de latón y barrotes de hierro, oscurecida además con bonitos cristales de colores con las armas del rey y de la reina, cada uno de los cuales salía a veintidós sueldos.

Solo había una entrada, una puerta moderna, de arco rebajado, tapizada por dentro y adornada por fuera con uno de esos pórticos de madera de Irlanda, frágiles edificios de ebanistería curiosamente trabajada, que aún se veían en muchas antiguas mansiones hace ciento cincuenta años. «Aunque desfiguran los lugares y estorban allí donde estén —dice Sauval con desesperación—, nuestros viejos no quieren de ninguna manera deshacerse de ellos y los conservan en contra de todos.»

No había en aquella habitación nada de lo que amueblaba los aposentos corrientes: ni bancos, ni taburetes, ni banquetas, ni escabeles comunes en forma de caja, ni bellos escabeles sostenidos por pilares y contrapilares de cuatro sueldos la pieza. Solo se veía una silla plegable con brazos, asaz magnífica; la madera estaba pintada con rosas sobre fondo rojo; el asiento era de cordobán bermejo, adornado con largos flecos de seda y punteado con mil clavos de oro. La soledad de

aquella silla indicaba que una sola persona tenía derecho a sentarse en la habitación. Al lado de la silla y muy cerca de la ventana, había una mesa cubierta con un tapiz con figuras de pájaros. Encima de la mesa, una escribanía manchada de tinta, unos pergaminos, unas plumas y una copa de plata cincelada. Un poco más lejos, un brasero y un reclinatorio de terciopelo carmesí, ornamentado con clavos de oro. Por último, al fondo, una sencilla cama de damasco amarillo y encarnado, sin oropeles ni pasamanos, con flecos sencillos. Es la misma cama, famosa por haber soportado el sueño o el insomnio de Luis XI, que aún se podía contemplar, hace doscientos años, en casa de un consejero de estado, donde fue vista por la anciana señora Pilou, célebre en el Cyrus con el nombre de Arricidie y de la Moral viva.

Así era la habitación que llamaban «el retiro donde reza sus horas Luis de Francia».

En el momento en que hemos introducido en ella al lector, ese retiro estaba muy oscuro. El toque de queda había sonado hacía una hora; era de noche y solo había una vacilante candela de cera sobre la mesa para iluminar a cinco personajes diversamente agrupados en la habitación.

El primero sobre el que caía la luz era un señor soberbiamente vestido con unas calzas y un jubón de rayas escarlatas y plateadas, y una casaca con hombreras de paño dorado con dibujos negros. Este espléndido traje, en el que jugaba la luz, parecía salpicado de llamas en todos sus pliegues. El hombre que lo llevaba lucía en el pecho su escudo de armas bordado en vivos colores: un cheurón, acompañado en punta de un gamo pasante. El escudo estaba flanqueado a la derecha por una rama de olivo y a la izquierda por un cuerno de gamo. Este hombre llevaba al cinto una rica daga cuya guarnición de corladura estaba cincelada en forma de cimera y rematada por una corona condal. Causaba mala impresión por su expresión orgullosa y su actitud altiva. Al primer golpe de vista se veía en su rostro la arrogancia; al segundo, la astucia.

Se hallaba con la cabeza descubierta y un largo documento en la mano, detrás de la silla con brazos en la que, en una postura carente de toda gracia, con las piernas cruzadas una sobre otra y los codos apoyados en la mesa, estaba sentado un personaje muy mal ataviado. Imaginemos, sobre el opulento cuero de Córdoba, dos rótulas zambas, dos muslos escuchimizados pobremente cubiertos con una malla de lana negra, un torso envuelto en un sobretodo de fustán con un forro de piel en el que se veía menos pelo que cuero; por último, a modo de guinda, un viejo sombrero pringoso, del peor paño negro, bordeado por un cordón circular de figuritas de plomo. Esto, junto con un mugriento casquete que apenas dejaba pasar un cabello, era todo lo que se distinguía del personaje sentado. Tenía la cabeza tan inclinada sobre el pecho que no se veía nada de su cara cubierta de sombra, salvo la punta de la nariz, sobre la que caía un rayo de luz y que debía de ser larga. Por la delgadez de su mano arrugada, se deducía que era un anciano. Era Luis XI.

A cierta distancia detrás de ellos hablaban en voz baja dos hombres vestidos con trajes de corte flamenco, que no estaban lo bastante perdidos en la sombra para que alguno de los que habían asistido a la representación del misterio de Gringoire no hubiera podido reconocer en ellos a dos de los principales enviados flamencos, Guillaume Rym, el sagaz pensionario de Gante, y Jacques Coppenole, el popular calcetero. Se recordará que estos dos hombres participaban en la política secreta de Luis XI.

Por último, al fondo de todo, junto a la puerta, permanecía de pie en la oscuridad, inmóvil

como una estatua, un vigoroso hombre de cuerpo membrudo, con arnés militar y casaca blasonada, cuya cara cuadrada, de ojos saltones, boca inmensa, orejas ocultas bajo dos anchos tejadillos de pelo liso, sin frente, tenía a la vez algo de perro y de tigre.

Todos iban descubiertos excepto el rey.

El señor que estaba junto al rey le estaba leyendo una especie de larga memoria que su majestad parecía escuchar con atención. Los dos flamencos cuchicheaban.

—¡Voto a Dios! —mascullaba Coppenole—. Estoy cansado de estar de pie. ¿Es que aquí no hay sillas?

Rym respondía con un ademán negativo, acompañado de una discreta sonrisa.

—¡Voto a Dios! —insistía Coppenole, molesto por verse obligado a bajar la voz—. Me entran ganas de sentarme en el suelo con las piernas cruzadas, como un calcetero, igual que hago en mi establecimiento.

—¡Guardaos mucho de hacer tal cosa, maese Jacques!

—¡Sea, maese Guillaume! ¿Aquí, entonces, solo se puede estar de pie?

—O de rodillas —dijo Rym.

En ese momento la voz del rey se elevó. Los dos hombres se callaron.

—¡Cincuenta sueldos los trajes de nuestros criados y doce libras las capas de los empleados de nuestra corona! ¡Eso, sí! ¡Desembolsad el oro a toneladas! ¿Estáis loco, Olivier?

Mientras decía esto, el anciano había levantado la cabeza. Se veía brillar en su cuello las conchas de oro del collar de San Miguel. La candela iluminaba de lleno su perfil descarnado y taciturno. Le quitó el papel de las manos a Olivier.

—¡Nos estáis arruinando! —gritó, paseando sus ojos hundidos por el cuaderno—. ¿Qué es todo esto? ¿Qué necesidad tenemos de una casa tan prodigiosa? ¡Dos capellanes a razón de diez libras al mes cada uno y un clérigo de capilla a cien sueldos! ¡Un ayuda de cámara a noventa libras al año! ¡Cuatro ayudantes de cocina a ciento veinte libras al año cada uno! ¡Un especialista en asados, uno en verduras, uno en salsas, un cocinero, un oficial de armería y dos ayudantes de sumiller a razón de diez libras al mes cada uno! ¡Dos pinches de cocina a ocho libras! ¡Un palafrenero y sus dos ayudantes a veinticuatro libras mensuales! ¡Un recadero, un pastelero, un panadero y dos carreteros a sesenta libras al año! ¡Y el herrero, ciento veinte libras! ¡Y el jefe de la cámara de nuestros dineros, mil doscientas libras, y el interventor, quinientas! Y yo qué sé qué más… ¡Es un despropósito! ¡Los sueldos de nuestros criados ponen a Francia a merced del pillaje! ¡Todos los tesoros del Louvre se fundirán con semejante ritmo de gastos! ¡Venderemos nuestras vajillas! ¡Y el año que viene, si Dios y Nuestra Señora —aquí se quitó el sombrero— nos dan salud, tendremos que beber las tisanas en un vaso de estaño!

Diciendo esto, dirigía una mirada a la copa de plata que brillaba encima de la mesa. Tosió y prosiguió:

—Maese Olivier: los príncipes que reinan en los grandes señoríos, como reyes y emperadores, no deben dejar que se engendre suntuosidad en sus casas, pues desde ahí ese fuego se extiende por todo el territorio… Así pues, maese Olivier, date por enterado de esto. Nuestro gasto aumenta todos los años y ello nos desagrada. ¡Pascua de Dios!, ¿cómo es posible? Hasta 1479 no pasó de

treinta y seis mil libras. En 1480 ascendió a cuarenta y tres mil seiscientas diecinueve libras… Tengo la cifra en la cabeza… En 1481, a sesenta y seis mil seiscientas ochenta libras, ¡y este año llegará a ochenta mil libras! ¡Se ha duplicado en cuatro años! ¡Monstruoso!

Se detuvo, sin aliento, y volvió a la carga, encolerizado:

—¡Solo veo a mi alrededor gente que engorda de mi flaqueza! ¡Me chupáis escudos por todos los poros!

Todos guardaban silencio. Era uno de esos arrebatos de ira que es mejor no interrumpir. El rey continuó:

—¡Es como esa petición en latín del señorío de Francia, para que tengamos que restablecer lo que ellos llaman las grandes cargas de la corona! ¡Cargas, en efecto! ¡Cargas que aplastan! ¡Ah, señores!, decís que no somos un rey por reinar *dapifero nullo, buticulario nullo*.[136]¡Pascua de Dios! ¡Os haremos ver si somos o no somos un rey!

Llegado a este punto, sonrió, consciente de su poder, su mal humor se aplacó y, volviéndose hacia los flamencos, dijo:

—¿Veis, compadre Guillaume? El panadero mayor, el botellero mayor, el gran chambelán y el gran senescal valen menos que el criado más insignificante. Recordad esto, compadre Coppenole: no sirven para nada. Viéndolos así de inútiles alrededor del rey, me recuerdan a los cuatro evangelistas que rodean la esfera del gran reloj del palacio y que Philippe Brille acaba de restaurar. Son dorados, pero no marcan la hora; y la aguja puede prescindir de ellos.

Se quedó un momento pensativo y añadió, moviendo su vieja cabeza:

—¡Hummm…! Por Nuestra Señora que yo no soy Philippe Brille y no volveré a dorar a los grandes vasallos… Continúa, Olivier.

El personaje al que designaba con este nombre recuperó el cuaderno y se puso a leer de nuevo en voz alta:

—«A Adam Tenon, encargado de la custodia de los sellos del prebostazgo de París, por la plata y la ejecución y grabado de los mencionados sellos, que han sido hechos nuevos porque los anteriores, debido a su antigüedad y caducidad, ya no estaban en buen uso, doce libras parisienses.

»A Guillaume Frère, la suma de cuatro libras y cuatro sueldos parisienses por el trabajo y los gastos de haber mantenido y alimentado a las palomas de los dos palomares del palacio de las Tournelles, durante los meses de enero, febrero y marzo de este año, para lo cual ha aportado siete sextos de cebada.

»A un franciscano, por la confesión de un criminal, cuatro sueldos parisienses».

El rey escuchaba en silencio. De cuando en cuando tosía. Entonces se acercaba la copa a los labios y bebía un sorbo haciendo una mueca.

—«En este año se han hecho, por orden de la justicia, cincuenta y seis pregones a toque de corneta por calles y plazas de París. Cuenta pendiente de ajustar.

»Por haber registrado y buscado en algunos lugares, tanto en París como fuera, dineros que se decía que habían sido escondidos ahí, sin haber encontrado nada, cuarenta y cinco libras parisienses.»

—¡Enterrar un escudo para desenterrar un sueldo! —dijo el rey.

—«Por haber reparado en el palacio de las Tournelles seis paneles de vidrio blanco, en el lugar donde está la jaula de hierro, trece sueldos… Por haber hecho y entregado, por orden del rey, el día de feria, cuatro escudos con las armas de dicho señor, seis libras… Por dos mangas nuevas para el viejo jubón del rey, veinte sueldos… Por una caja de grasa para engrasar las botas del rey, quince dineros… Un establo nuevo para los cochinillos negros del rey, treinta libras parisienses… Varios tabiques, tablas y trampillas para encerrar a los leones de Saint-Paul, veintidós libras.»

—¡Sí que son caros esos animales! —dijo Luis XI—. ¡No importa! Es una magnificencia digna de un rey. Hay un gran león rojizo que me gusta por su nobleza… ¿Lo habéis visto, maese Guillaume…? Los príncipes deben tener esta clase de animales miríficos. Para nosotros, los reyes, los perros deben ser leones, y los gatos, tigres. Lo grande les va a las coronas. En la época de los paganos de Júpiter, cuando el pueblo ofrecía a las iglesias cien bueyes y cien ovejas, los emperadores daban cien leones y cien águilas. Aquello era feroz y muy hermoso. Los reyes de Francia siempre han tenido rugidos alrededor de su trono. No obstante, se me reconocerá que gasto menos dinero que ellos en esto y que soy mucho más modesto en el número de leones, osos, elefantes y leopardos… Adelante, maese Olivier. Queríamos decirles esto a nuestros amigos los flamencos.

Guillaume Rym hizo una profunda reverencia, mientras que Coppenole, con su expresión enfurruñada, tenía el aspecto de uno de esos osos de los que hablaba su majestad. El rey no reparó en ello. Acababa de mojar los labios en la copa y escupió el brebaje diciendo:

—¡Puaf! ¡Qué mala está esta tisana!

El que leía prosiguió:

—«Por la manutención de un bellaco del cuerpo de infantería, encerrado desde hace seis meses en el tugurio del desolladero en espera de que se sepa qué hacer con él, seis libras y cuatro sueldos».

—¿Qué es eso? —interrumpió el rey—. ¡Mantener al que hay que colgar! ¡Pascua de Dios! No daré un sueldo más para esa manutención… Olivier, tratad el asunto con el señor de Estouteville y haced esta misma noche los preparativos para la boda del galán con una horca… Proseguid.

Olivier hizo una marca con el pulgar en el artículo referente al «bellaco del cuerpo de infantería» y pasó al siguiente.

—«A Henriet Cousin, verdugo de la justicia de París, la suma de sesenta sueldos parisienses, adjudicada a él por el preboste de París, por haber comprado, conforme a la orden del citado señor, una gran espada de hoja apropiada para ejecutar y decapitar a las personas que por justicia son condenadas a causa de sus deméritos, y a esta proveerla de vaina y de todo lo que le corresponda; e igualmente por haber reparado y afilado la vieja espada, que se había roto y mellado ajusticiando a micer Luis de Luxemburgo, como más detalladamente aparece…»

El rey lo interrumpió:

—Basta. Ordeno el pago de esa suma de todo corazón. En estos gastos no escatimo. Nunca me he lamentado por ese dinero. Continuad.

—«Por haber hecho una gran jaula…»

—¡Ah! —dijo el rey, asiendo con las dos manos los brazos de la silla—, ya sabía yo que había

venido a la Bastilla para algo… Esperad, maese Olivier. Quiero ver yo mismo la jaula. Me leeréis el coste mientras la examino… Señores flamencos, venid a ver esto. Es curioso.

Entonces se levantó, se apoyó en el brazo de su interlocutor, hizo una seña a la especie de mudo que permanecía de pie ante la puerta indicándole que lo precediera y otra a los flamencos para que lo siguieran, y salió de la habitación.

A la real compañía se sumaron, en la puerta del retiro, hombres de armas cargados de hierro y delgados pajes que portaban antorchas. Avanzaron un rato por el interior del oscuro torreón, atravesado por escaleras y corredores incluso en el grosor de los muros. El capitán de la Bastilla encabezaba la comitiva y hacía abrir los portillos ante el viejo rey enfermo y encorvado, que tosía al andar.

Cada vez que cruzaban un portillo, todas las cabezas se veían obligadas a inclinarse excepto la del anciano, encorvado por la edad.

—¡Hum! —decía este entre encías, pues ya no le quedaban dientes—, estamos preparados del todo para la puerta del sepulcro. A puerta baja, pasante encorvado.

Por fin, después de haber cruzado un último portillo tan lleno de cerraduras que tardaron un cuarto de hora en abrirlo, entraron en una alta y vasta sala ojival, en el centro de la cual se distinguía, al resplandor de las antorchas, un gran cubo macizo de mampostería, hierro y madera. El interior estaba hueco. Era una de esas famosas jaulas para prisioneros de estado que llamaban «las niñas del rey». Había en las paredes dos o tres ventanucos con un entramado tan denso de barrotes de hierro que no se veía el cristal. La puerta era una gran losa de piedra lisa, como en los sepulcros, una puerta de esas que únicamente sirven para entrar, con la diferencia de que en este caso el muerto era un vivo.

El rey se puso a andar lentamente alrededor de la pequeña construcción examinándola con cuidado, mientras que maese Olivier lo seguía leyendo en voz alta la memoria:

—«Por haber hecho una gran jaula de madera con gruesas vigas, largueros y soleras, de nueve pies de largo por ocho de ancho, y siete pies de altura entre suelo y techo, reforzada con tablones y gruesas barras de hierro, la cual ha sido colocada en una habitación que se encuentra en una de las torres de la prisión de Saint-Antoine, jaula en la cual está encerrado, por mandato del rey nuestro señor, un prisionero que ocupaba anteriormente una vieja jaula caduca y decrépita. Se han empleado en dicha jaula nueva noventa y seis vigas horizontales y cincuenta y dos vigas verticales, y diez soleras de tres toesas de largo; y han estado ocupados diecinueve carpinteros escuadrando, trabajando y cortando la mencionada madera en el patio de la Bastilla durante veinte días…».

—Buenos troncos de roble —dijo el rey, golpeando con el puño el armazón.

—«… Han entrado en esta jaula —prosiguió el otro— doscientas veinte gruesas barras de hierro, de nueve y ocho pies, el resto de mediana longitud, con las arandelas y los pernos necesarios para dichas barras, pesando todo el mencionado hierro tres mil setecientas treinta y cinco libras; además, ocho grandes escuadras de hierro para sujetar dicha jaula con los crampones y clavos, que pesan en conjunto doscientas dieciocho libras de hierro, sin contar el hierro del enrejado de las ventanas de la habitación donde la jaula ha sido instalada, las barras de hierro de la

puerta de la habitación y otras cosas…»

—¡Una buena cantidad de hierro —dijo el rey— para contener la ligereza de un espíritu!

—«… El total asciende a trescientas diecisiete libras, cinco sueldos y siete dineros.»

—¡Pascua de Dios! —exclamó el rey.

Este reniego, que era el favorito de Luis XI, pareció despertar a alguien en el interior de la jaula. Se oyó un arrastrar de cadenas por el suelo y una voz débil que parecía surgir de la tumba: «¡Sire! ¡Sire! ¡Piedad!». No podía verse, sin embargo, a quien esto decía.

—¡Trescientas diecisiete libras, cinco sueldos y siete dineros! —repitió Luis XI.

La voz lastimera surgida de la jaula había dejado helados a todos los presentes, maese Olivier incluido. Tan solo el rey daba la impresión de no haberla oído. Por orden de este, maese Olivier prosiguió la lectura, y su majestad continuó inspeccionando con frialdad la jaula.

—«… Amén de esto, se ha pagado a un albañil que ha hecho los agujeros para colocar las rejas de las ventanas y el suelo de la habitación donde está la jaula, pues el suelo no habría podido sostener dicha jaula a causa de su peso, veintisiete libras y catorce sueldos parisienses…»

La voz comenzó de nuevo a gemir:

—¡Piedad, sire! Os juro que fue el cardenal de Angers el autor de la traición, y no yo.

—¡El albañil es exigente! —dijo el rey—. Continúa, Olivier.

—«… A un ebanista, por ventanas, camas, silla agujereada y otras cosas, veinte libras y dos sueldos parisienses…»

La voz proseguía también:

—¡Ay, sire! ¿No me escucharéis? ¡Os aseguro que no fui yo quien escribió aquello a monseñor de Guyenne, sino el cardenal La Balue!

—El ebanista es caro —observó el rey—. ¿Eso es todo?

—No, sire… «A un cristalero, por los cristales de la mencionada habitación, cuarenta y seis sueldos y ocho denarios parisienses…»

—¡Tened piedad, sire! ¿No es suficiente acaso que hayan dado todos mis bienes a mis jueces, mi vajilla al señor de Torcy, mi biblioteca a maese Pierre Doriolle y mi tapicería al gobernador del Rosellón? Soy inocente. Hace catorce años que tirito en una jaula de hierro. ¡Tened piedad, sire! El cielo os lo agradecerá.

—Maese Olivier —dijo el rey—, ¿cuánto es el total?

—Trescientas sesenta y siete libras, ocho sueldos y tres dineros parisienses.

—¡Notre-Dame! —gritó el rey—. ¡Es una jaula ofensiva!

Le arrancó el cuaderno de las manos a maese Olivier y se puso a contar él mismo con los dedos, examinando alternativamente el documento y la jaula. Mientras tanto se oía sollozar al prisionero. La escena, en la oscuridad, era lúgubre, y los rostros se miraban unos a otros, pálidos.

—¡Catorce años, sire! ¡Hace catorce años! Desde el mes de abril de 1469. ¡En nombre de la santa Madre de Dios, sire, escuchadme! ¡Vos habéis disfrutado todo este tiempo del calor del sol! Yo, mísero de mí, ¿no volveré a ver nunca más la luz? ¡Piedad, sire! Sed misericordioso. La clemencia es una hermosa virtud real que rompe las corrientes de la cólera. ¿Cree vuestra majestad que, a la hora de la muerte, supone una gran satisfacción para un rey no haber dejado

ninguna ofensa sin castigo? Además, sire, yo no he traicionado a vuestra majestad; fue el señor de Angers. Y tengo en el pie una pesada cadena con una gran bola de hierro en el extremo, tanto más pesada cuanto que es injusta. ¡Sire, tened piedad de mí!

—Olivier —dijo el rey meneando la cabeza—, observo que me cuentan el moyo de yeso a veinte sueldos, cuando solo vale doce. Volved a hacer esta memoria.

Se volvió de espaldas a la jaula y se dispuso a salir de la habitación. El miserable prisionero, al alejarse las antorchas y el ruido, dedujo que el rey se marchaba.

—¡Sire! ¡Sire! —gritó con desesperación.

La puerta se cerró. No vio nada más, y solo siguió oyendo la voz ronca del carcelero que le cantaba la canción:

Maese Jean Balue
ha perdido de vista
sus obispados,
al señor de Verdún
no le queda ni uno,
todos han volado.

El rey regresaba en silencio a su retiro, y su cortejo lo seguía, aterrado por los últimos gemidos del condenado. De repente, su majestad se volvió hacia el gobernador de la Bastilla.

—Por cierto —dijo—, ¿no había alguien en esa jaula?

—¡Pardiós, sire! —respondió el gobernador, estupefacto por la pregunta.

—¿Quién era?

—El obispo de Verdún.

El rey lo sabía mejor que nadie, pero era una de sus manías.

—¡Ah! —dijo con la expresión ingenua de quien piensa en ello por primera vez—, Guillaume de Harancourt, el amigo del cardenal La Balue. ¡Un buen diablo, ese obispo!

Unos instantes más tarde, la puerta del retiro se había abierto y vuelto a cerrar después de que hubieran entrado los cinco personajes que el lector vio allí al comienzo de este capítulo, y que habían ocupado de nuevo sus sitios, en las mismas posturas, y reanudado sus charlas a media voz.

Durante la ausencia del rey, habían dejado en su mesa algunos despachos, cuyo sello rompió él mismo. Acto seguido se puso a leerlos rápidamente uno tras otro, le indicó a maese Olivier, que parecía desempeñar las funciones de ministro, que cogiese una pluma y, sin hacerlo partícipe del contenido de los despachos, comenzó a dictarle en voz baja las respuestas, que este escribía arrodillado con bastante incomodidad delante de la mesa.

Guillaume Rym observaba.

El rey hablaba tan bajo que los flamencos no oían nada de lo que dictaba, salvo algunos fragmentos aislados y poco inteligibles como:

—… Mantener los lugares fértiles mediante el comercio y los estériles mediante las manufacturas… Mostrar a los señores ingleses nuestras cuatro bombardas, la Londres, la Brabante, la Bourgen-Bresse y la Saint-Omer… A causa de la artillería, la guerra se hace ahora más juiciosamente… Al señor de Bressuire, nuestro amigo… Los ejércitos no se mantienen sin

tributos…, etcétera.

En una ocasión elevó la voz:

—¡Pascua de Dios! El rey de Sicilia sella sus cartas con lacre amarillo, como un rey de Francia. Quizá cometamos un error permitiéndoselo. Mi apuesto primo de Borgoña no concedía escudos de armas con campo de gules. La grandeza de las casas se asegura con la integridad de las prerrogativas. Toma nota de esto, compadre Olivier.

Y en otra:

—¡Largo mensaje! —dijo—. ¿Qué nos reclama nuestro hermano el emperador? —Y recorrió con los ojos la misiva, intercalando interjecciones en la lectura—: ¡Cierto! Las Alemanias son tan grandes y tan poderosas que apenas puede creerse… Pero no olvidamos el viejo proverbio: El más bello condado es Flandes; el más bello ducado, Milán; el más bello reino, Francia… ¿Verdad, señores flamencos?

Esta vez, Coppenole se inclinó junto con Guillaume Rym. El patriotismo del calcetero se veía halagado.

Un último despacho hizo fruncir el entrecejo a Luis XI.

—¿Qué es esto? —exclamó—. ¡Quejas y reclamaciones contra nuestras guarniciones de Picardía! Olivier, escribid inmediatamente al mariscal de Rouault… Que la disciplina se relaja… Que los gendarmes de las ordenanzas, los guerreros de la nobleza, los arqueros francos, los suizos, todos causan males infinitos a los villanos… Que el soldado, no satisfecho con los bienes que encuentra en casa de los labradores, los obliga a bastonazos o a latigazos a ir a buscar vino a la ciudad, pescado, especias y otras cosas abusivas… Que el rey está enterado de ello… Que pensamos proteger a nuestro pueblo de los inconvenientes, robos y pillajes… Que es nuestra voluntad, ¡por Nuestra Señora…! Que, además, no nos agrada que ningún ministril, barbero o escudero vaya vestido como un príncipe, con terciopelo, seda y anillos de oro… Que tales vanidades son odiosas a Dios… Que nos, que somos hidalgo, nos contentamos con un jubón de paño de dieciséis sueldos la vara de París… Que los escuderos pueden muy bien rebajarse hasta ahí ellos también… Mandad y ordenad… Al señor de Rouault, nuestro amigo… Bien.

Dictó esta carta en voz alta, en un tono firme y entrecortadamente. En el momento en que acababa, la puerta se abrió y dio paso a un nuevo personaje, que entró atolondradamente en la habitación, gritando:

—¡Sire! ¡ Sire! ¡Hay una sedición popular en París!

El rostro grave de Luis XI se contrajo, pero lo que resultó visible de su emoción pasó como un relámpago. Se contuvo y dijo con una severidad tranquila:

—¡Compadre Jacques, entráis con mucho ímpetu!

—¡Sire! ¡Sire! ¡Hay una revuelta! —insistió el compadre Jacques, sin aliento.

El rey, que se había levantado, lo agarró con rudeza del brazo y le dijo al oído, de forma que solo él pudiera oírlo, con una cólera concentrada y mirando de reojo a los flamencos:

—¡Cállate! ¡O por lo menos habla más bajo!

El recién llegado comprendió y empezó a hacerle en voz baja, muy alarmado, una narración que el rey escuchaba con calma, mientras que Guillaume Rym le señalaba a Coppenole el

semblante y las ropas del recién llegado, su capucha forrada de piel, *caputia fourrata*, su epitoga corta, *epitogia curta*, y su toga de terciopelo negro, que anunciaban a un presidente del Tribunal de Cuentas.

Apenas este personaje hubo dado al rey algunas explicaciones, Luis XI exclamó, riendo a carcajadas:

—¡Pero hablad en voz alta, compadre Coictier! ¿Por qué habláis así de bajo? Nuestra Señora sabe que no tenemos nada que ocultar a nuestros buenos amigos flamencos.

—Pero, sire…

—¡Hablad en voz alta!

El «compadre Coictier» permanecía mudo de asombro.

—Vamos, señor —insistió el rey—, hablad. ¿Hay una revuelta de villanos en nuestra buena ciudad de París?

—Sí, sire.

—¿Y va dirigida, decís, contra el señor baile del Palacio de Justicia?

—Eso parece —respondió el «compadre», que balbuceaba, todavía confuso por el brusco e inexplicable cambio que acababa de operarse en los pensamientos del rey.

Luis XI prosiguió:

—¿Dónde ha encontrado la guardia a esa turba?

—Caminando desde la Gran Truhanería en dirección al Pontaux-Changeurs. Yo mismo la he visto cuando venía hacia aquí para dar cumplimiento a las órdenes de vuestra majestad. He oído a algunos gritar: «¡Abajo el baile del palacio!».

—¿Y qué quejas tienen contra el baile?

—Pues que es su señor —dijo el compadre Jacques.

—¿Ah, sí?

—¡Sí, sire! Son los bribones de la Corte de los Milagros. Hace ya mucho tiempo que se quejan del baile, del que son vasallos. No quieren reconocerlo ni como justiciero ni como veedor.

—¡Caramba! —exclamó el rey con una sonrisa de satisfacción que se esforzaba en vano en disimular.

—En todas sus demandas al Parlamento —prosiguió el compadre Jacques—, afirman no tener más que dos señores, vuestra majestad y su Dios, que creo que es el diablo.

—¡Diantre! —dijo el rey.

El monarca se frotaba las manos, reía con esa risa interior que ilumina el rostro. No podía disimular su alegría, aunque intentaba guardar la compostura. Nadie entendía nada, ni siquiera maese Olivier. Quedó un instante en silencio, pensativo pero contento.

—¿Son muchos? —preguntó de repente.

—Sí, lo son, sire —respondió el compadre Jacques.

—¿Cuántos?

—Por lo menos seis mil.

El rey no pudo evitar decir:

—¡Muy bien! —Luego preguntó—: ¿Están armados?

—Con guadañas, picas, arcabuces, picos… Toda clase de armas violentas.

El rey no pareció en absoluto inquieto por esta enumeración.

—Si vuestra majestad no envía con presteza ayuda al baile, está perdido —se creyó en la obligación de añadir el compadre Jacques.

—Se la enviaremos —dijo el rey con un falso aire de seriedad—. Sí, claro que se la enviaremos. El baile es nuestro amigo. ¡Seis mil! Son unos bribones muy decididos. La audacia es formidable, y nos enfurece sobremanera. Pero esta noche tenemos poca gente disponible. Lo dejaremos para mañana por la mañana.

El compadre Jacques protestó:

—¡Ha de ser ahora mismo, sire! Si no, la bailía tendrá veinte veces tiempo de ser saqueada, el señorío violado y el baile colgado. ¡Por Dios, sire, enviad ayuda antes de mañana!

El rey lo miró a la cara.

—Os he dicho que mañana por la mañana.

Era una de esas miradas que no admiten réplica.

Tras un silencio, Luis XI elevó de nuevo la voz:

—Compadre Jacques, vos debéis de saberlo. ¿Cuál era…? ¿Cuál es —rectificó— la jurisdicción feudal del baile?

—Sire, el baile del Palacio tiene la calle Calandre hasta la calle Herberie, la plaza Saint-Michel y los lugares vulgarmente conocidos como los Mureaux, situados cerca de la iglesia de Notre-Dame des Champs —Luis XI levantó el borde de su sombrero—, cuyos hoteles ascienden a trece, más la Corte de los Milagros, más la leprosería llamada la Banlieue, más toda la calle que comienza en la leprosería y termina en la puerta Saint-Jacques. De estos diversos lugares, es veedor, alto, medio y bajo justiciero, señor absoluto.

—¡Sí! —dijo el rey rascándose la oreja izquierda con la mano derecha—. ¡Eso es un buen pedazo de mi ciudad! ¡Así que el señor baile era rey de todo eso!

Esta vez no rectificó. Pensativo y como hablando consigo mismo, continuó:

—¡Muy bonito, señor baile! ¡Teníais entre los dientes una bonita porción de nuestro París!

De repente, explotó:

—¡Pascua de Dios! ¿Qué se han creído esos que se erigen en veedores, justicieros, dueños y señores en nuestra casa, que tienen su peaje por doquier, su justicia y su verdugo en cada calle, de tal manera que, al igual que los griegos creían que había tantos dioses como fuentes tenían, y los persas tantos como estrellas veían, los franceses contabilizan tantos reyes como patíbulos ven? ¡Pardiós! Eso es mala cosa, la confusión me desagrada. ¡Me gustaría saber si es por la gracia de Dios por lo que hay en París otro veedor que el rey, otra justicia que nuestro Parlamento, otro emperador que nos en este imperio! ¡Por mi fe! ¡Tendrá que llegar el día en que no haya en Francia más que un rey, un señor, un juez, un cortacabezas, al igual que en el paraíso no hay más que un Dios!

Levantó de nuevo el gorro y continuó, todavía pensativo, con el aire y el tono de un cazador que excita y lanza a su jauría:

—¡Adelante, pueblo! ¡Con valentía! ¡Acaba con esos falsos señores! Haz tu trabajo. ¡Hala!

¡Hala! ¡Atrápalos! ¡Cuélgalos! ¡Destrózalos…! ¡Ah!, ¿queréis ser reyes, señores míos? ¡Vamos, pueblo! ¡Vamos!

Al llegar aquí se interrumpió bruscamente, se mordió el labio, como para retomar el hilo de su pensamiento medio perdido, detuvo sucesivamente su mirada penetrante sobre cada uno de los cinco personajes que lo rodeaban y, de pronto, cogiendo su sombrero con ambas manos y mirándolo fijamente, dijo:

—¡Te quemaría si supieras lo que hay dentro de mi cabeza!

Después, paseando de nuevo a su alrededor la mirada atenta e inquieta del zorro que vuelve solapadamente a su madriguera, añadió:

—¡No importa! Socorreremos al señor baile. Por desgracia, en este momento tenemos muy pocas tropas aquí para luchar contra tanta plebe. Hay que esperar hasta mañana. Se restablecerá el orden en la Cité y se colgará sin miramientos a cuantos sean prendidos.

—Por cierto, sire —dijo el compadre Coictier—, con la confusión de los primeros momentos lo había olvidado, la guardia ha cogido a dos rezagados de la banda. Si vuestra majestad quiere ver a esos hombres, están aquí.

—¡Que si quiero verlos! —exclamó el rey—. ¡Pascua de Dios! ¿Cómo has podido olvidar una cosa así…? ¡Corre, Olivier, date prisa! ¡Ve tú a buscarlos!

Maese Olivier salió y volvió a entrar con los dos prisioneros, rodeados de arqueros de la ordenanza. El primero tenía una ancha cara de idiota, de borracho y de pasmado. Iba vestido con harapos y andaba doblando una rodilla y arrastrando un pie. El segundo tenía un semblante pálido y sonriente que el lector ya conoce.

El rey los examinó un momento sin decir palabra; luego, dirigiéndose bruscamente al primero, le preguntó:

—¿Cómo te llamas?

—Gieffroy Pincebourde.

—¿Tu oficio?

—Truhán.

—¿Qué ibas a hacer en esa condenable sedición?

El truhán miró al rey moviendo los brazos de un lado a otro con aire alelado. Era una de esas cabezas mal conformadas en las que la inteligencia se encuentra más o menos tan a gusto como la llama bajo el apagavelas.

—No lo sé. Todos iban, así que yo iba también.

—¿No ibais a atacar insolentemente y saquear a vuestro señor el baile del Palacio?

—Yo solo sé que íbamos a casa de alguien a coger algo.

Un soldado le mostró al rey un hocino que llevaba el truhán cuando lo habían cogido.

—¿Reconoces esta arma? —preguntó el rey.

—Sí, es mi hocino. Soy viñador.

—¿Y reconoces a este hombre como compañero tuyo? —prosiguió Luis XI, señalando al otro prisionero.

—No. No lo conozco de nada.

—¡Basta! —dijo el rey. Y haciendo una señal con el dedo al personaje que permanecía silencioso e inmóvil junto a la puerta, cuya presencia ya hemos indicado al lector, añadió—: Compadre Tristan, aquí hay un hombre para vos.

Tristan l'Hermite se inclinó y dio una orden en voz baja a dos arqueros, que se llevaron al pobre truhán.

El rey se había acercado mientras tanto al segundo prisionero, que sudaba la gota gorda.

—Tu nombre…

—Pierre Gringoire, sire.

—Tu oficio…

—Filósofo, sire.

—¿Cómo te permites, bribón, ir a atacar a nuestro amigo el señor baile del Palacio, y qué tienes que decir de ese motín popular?

—Sire, yo no participaba en él.

—¿Cómo te atreves, desfachatado? ¿Acaso no has sido prendido por la guardia en esta mala compañía?

—No, sire, se trata de un error. Es una fatalidad. Yo escribo tragedias. Sire, suplico a vuestra majestad que me escuche. Soy poeta. La melancolía de los de mi profesión nos lleva a vagar de noche por las calles. Esta noche vagaba por allí. Ha sido una gran coincidencia. Me han detenido equivocadamente. Soy inocente de esta tormenta cívica. Vuestra majestad ha visto que el truhán no me ha reconocido. Ruego a vuestra majestad…

—¡Calla! —dijo el rey entre dos sorbos de tisana—. Nos estás destrozando la cabeza.

Tristan l'Hermite dio unos pasos y, señalando con el dedo a Gringoire, preguntó:

—Sire, ¿podemos colgar también a este?

Eran las primeras palabras que pronunciaba.

—¡Bah! —respondió despreocupadamente el rey—. No veo ningún inconveniente.

—¡Pues yo veo muchos! —dijo Gringoire.

Nuestro filósofo estaba en ese momento más verde que una aceituna. Vio en el semblante frío e indiferente del rey que su único recurso era hacer una escena muy patética, de modo que se precipitó a los pies de Luis XI gritando y gesticulando desesperadamente:

—¡Sire! Vuestra majestad se dignará escucharme. ¡Sire! No desencadenéis la tormenta sobre tan poca cosa como yo. El potente rayo de Dios no fulmina a una lechuga. Sire, sois un augusto monarca muy poderoso, tened piedad de un pobre hombre honrado, al que le sería más imposible provocar una revuelta que a un trozo de hielo echar chispas. Muy gracioso sire, la bondad es virtud de leones y de reyes. ¡Ay!, el rigor no hace sino amedrentar los espíritus, las ráfagas impetuosas de viento no hacen quitarse la capa al caminante, pero el sol, con sus rayos, lo calienta poco a poco de tal forma que le hace quedarse en camisa. Sire, vos sois el sol. Os lo aseguro, mi soberano dueño y señor, no soy un compañero truhán, ladrón y desmandado. La revuelta y el pillaje no forman parte del séquito de Apolo. No seré yo quien vaya a unirse a esas bandadas que organizan algaradas y sediciones. Yo soy un fiel vasallo de vuestra majestad. El mismo celo con que el marido vela por el honor de su mujer, el vivo sentimiento que tiene el hijo por el amor de su

padre, un buen vasallo debe tenerlos por la gloria de su rey; debe desvivirse por cuidar celosamente su casa, por servirlo sin límites. Cualquier otra pasión que lo dominara no sería sino locura. Estas son, sire, las máximas por las que me rijo. Así pues, no me consideréis sedicioso y saqueador por llevar un traje con los codos gastados. Si me concedéis vuestra gracia, sire, lo gastaré por las rodillas rezando a Dios de la mañana a la noche por vos. ¡Ay!, no soy muy rico, es verdad. Soy incluso un poco pobre, pero no por ello vicioso. Todo el mundo sabe que con las bellas letras no se obtienen grandes riquezas y que los más consagrados a los buenos libros no siempre tienen un buen fuego en invierno. La abogacía se lleva todo el grano y no deja sino la paja a las demás profesiones científicas. Hay cuarenta excelentísimos proverbios sobre la capa agujereada de los filósofos. ¡Oh, sire! La clemencia es la única luz que puede iluminar el interior de una gran alma. La clemencia lleva la antorcha ante todas las demás virtudes. Sin ella, son ciegos que buscan a Dios a tientas. La misericordia, que es lo mismo que la clemencia, engendra el amor de los súbditos, que es la más poderosa salvaguardia de un príncipe. ¿Qué más os da a vos, majestad, cuyo esplendor nos deslumbra, que haya un pobre hombre más sobre la tierra? ¡Un pobre e inocente filósofo tambaleándose entre las tinieblas de la calamidad, con la bolsa vacía resonando sobre su vientre no menos vacío! Además, majestad, soy letrado. Los grandes reyes añaden una perla a su corona protegiendo a las letras. Hércules no despreciaba el título de Musageta. Matías Corvino favorecía a Regiomontano, ornamento de las matemáticas. Y es una mala manera de proteger las letras ahorcar a los letrados. ¡Qué mancha para Alejandro si hubiera hecho colgar a Aristóteles! No sería un pequeño lunar en el rostro de su reputación para embellecerlo, sino una úlcera maligna para desfigurarlo. ¡Sire! He escrito un muy oportuno epitalamio para la doncella de Flandes y el muy augusto delfín. Eso no es propio de un incitador a la rebelión. Vuestra majestad ve que no soy un ignorante, que he estudiado con gran provecho y que poseo una elocuencia natural. ¡Perdonadme, sire! Haciéndolo, haréis una acción grata a Nuestra Señora, ¡y os juro que me aterra la idea de ser colgado!

Mientras hablaba, el desolado Gringoire besaba las pantuflas del rey y Guillaume Rym le decía en voz baja a Coppenole:

—Hace bien en arrastrarse por el suelo. Los reyes son como el Júpiter de Creta, solo tienen oídos en los pies.

Y el calcetero, desentendiéndose del Júpiter de Creta, respondía con una torpe sonrisa, sin apartar los ojos de Gringoire:

—¡Qué maravilla! Me parece estar oyendo al canciller Hugonet pidiéndome clemencia.

Cuando Gringoire calló por fin, sin aliento, levantó temblando la cabeza hacia el rey, que rascaba con la uña una mancha que tenían sus calzas a la altura de la rodilla. Luego su majestad se puso a beber tisana de la copa. No decía nada, sin embargo, y ese silencio torturaba a Gringoire. Finalmente, el rey lo miró.

—¡A este vocinglero no hay quien lo aguante! —dijo. Luego, volviéndose hacia Tristan l’Hermite, añadió—: ¡Bah! ¡Soltadlo!

Gringoire cayó sentado al suelo, loco de alegría.

—¡En libertad! —gruñóTristan—. ¿No desea vuestra majestad que lo retengamos algún

tiempo en la jaula?

—Compadre —repuso Luis XI—, ¿crees que mandamos hacer jaulas de trescientas sesenta y siete libras, ocho sueldos y tres dineros para semejantes pájaros? Soltad ahora mismo a este desfachatado —a Luis XI le gustaba mucho esta palabra, que constituía, junto con «¡Pascua de Dios!», el núcleo de su jovialidad— y echadlo fuera de una patada.

—¡Uf! —exclamó Gringoire—. ¡He aquí un gran rey!

Y temiendo una contraorden, se precipitó hacia la puerta que Tristan le abrió de bastante mala gana. Los soldados salieron con él empujándolo con rudeza, cosa que Gringoire soportó como un verdadero filósofo estoico.

El buen humor del rey desde que le habían anunciado la revuelta contra el baile se traslucía en todo. Aquella clemencia inusitada no era una muestra menor de ello. Tristan l'Hermite, en su rincón, tenía la cara de malas pulgas de un dogo que ha visto una posible presa y se le ha escapado.

El rey, mientras tanto, tamborileaba alegremente con los dedos en el brazo de la silla la marcha de Pont-Audemer. Era un príncipe simulador, pero sabía ocultar mejor sus penas que sus alegrías. Esas manifestaciones externas de alegría ante toda buena noticia llegaban a veces muy lejos; por ejemplo, cuando murió Carlos el Temerario, hasta ofrecer unas balaustradas de plata a Saint-Martin de Tours; y en el momento de su advenimiento al trono, hasta olvidar ocuparse de las exequias de su padre.

—¡Sire! —exclamó de pronto Jacques Coictier—. ¿Qué ha sido del empeoramiento por el que su majestad me había mandado venir?

—¡Oh! —dijo el rey—. Realmente sufro mucho, compadre. Me silban los oídos y siento como si unos rastrillos de fuego me rascaran el pecho.

Coictier le cogió la mano al rey y se puso a tomarle el pulso con cara de experto en la materia.

—Miradlo, Coppenole —decía Rym en voz baja—. Ahí está, entre Coictier y Tristan. Esa es toda su corte. Un médico para él y un verdugo para los demás.

Mientras le tomaba el pulso al rey, Coictier ponía una expresión cada vez más alarmada. Luis XI lo miraba con cierta ansiedad. Coictier se preocupaba a ojos vistas. El buen hombre no tenía otra propiedad que la mala salud del rey y la explotaba como mejor podía.

—¡Oh! —murmuró por fin—. Esto es grave, en efecto.

—¿Verdad que sí? —dijo el rey, inquieto.

—*Pulsus creber, anhelans, crepitans, irregularis*[137] —continuó el médico.

—¡Pascua de Dios!

—Esto puede llevarse a un hombre en menos de tres días.

—¡Por Nuestra Señora! —exclamó el rey—. ¿Y cuál es el remedio, compadre?

—Estoy pensando en ello, sire.

Le hizo sacar la lengua a Luis XI, meneó la cabeza, torció el gesto y, en plena representación, dijo de pronto:

—Pardiós, sire, tengo que comunicaros que hay un puesto de recaudador vacante y que yo tengo un sobrino.

—Le doy el puesto a tu sobrino, compadre Jacques —contestó el rey—, pero quítame este fuego del pecho.

—Puesto que vuestra majestad es tan clemente —continuó el médico—, no se negará a ayudarme un poco en la construcción de mi casa de la calle Saint-André-des-Arcs.

—Hummm… —dijo el rey.

—He llegado al límite de mis recursos —prosiguió el doctor—, y sería una verdadera lástima que la casa se quedara sin tejado. No por la casa, que es sencilla y absolutamente burguesa, sino por las pinturas de Jehan Fourbault que alegran las paredes. Hay una Diana que vuela, pero tan excelente, tan tierna, tan delicada, tan ingenua en su acción, con la cabeza tan bien peinada y coronada con una media luna, y la carne tan blanca que es una tentación para quienes la miran con demasiada curiosidad. Hay también una Ceres, otra bellísima divinidad. Está sentada sobre unas gavillas de trigo y tocada con una guirnalda galante de espigas entrelazadas con salsifíes y otras flores. Es imposible ver nada más enamorado que sus ojos, más torneado que sus piernas, más noble que su porte, con pliegues más elegantes que los de su falda. Es una de las bellezas más inocentes y perfectas que haya producido el pincel.

—¡Verdugo! —masculló Luis XI—. ¿Adónde quieres ir a parar?

—Necesito un tejado sobre esas pinturas, sire, y, aunque sea poca cosa, ya no me queda dinero.

—¿Cuánto vale tu tejado?

—Pues… un tejado de cobre historiado y dorado, dos mil libras como máximo.

—¡Ah, asesino! —gritó el rey—. No me arranca un diente que no sea un diamante.

—¿Tengo mi tejado? —preguntó Coictier.

—¡Sí! Y vete al diablo, pero cúrame.

Jacques Coictier hizo una profunda inclinación y dijo:

—Sire, un repercusivo es lo que os salvará. Os aplicaremos sobre los riñones el gran defensivo, compuesto de cerato, bolo de Armenia, clara de huevo, aceite y vinagre. Continuaréis tomando la tisana, y respondemos de vuestra majestad.

El resplandor de una candela no atrae solo a un mosquito. Maese Olivier, viendo al rey tan pródigo y creyendo oportuno el momento, se acercó a él.

—Sire…

—¿Qué ocurre ahora? —dijo Luis XI.

—Sire, ¿vuestra majestad sabe que maese Simon Radin ha muerto?

—¿Y bien?

—Es que era consejero del rey en cuestiones de la justicia del tesoro.

—¿Y bien?

—Sire, su puesto está vacante.

Mientras hablaba, el semblante altivo de maese Olivier había cambiado la expresión arrogante por la expresión rastrera. Es el único recambio que tiene el semblante de un cortesano. El rey lo miró directamente a los ojos.

—Comprendo —dijo en un tono seco—. Maese Olivier —prosiguió—, el mariscal de Boucicaut decía: «No hay más dones que los de un rey, no hay más pesca que en el mar». Veo que

sois de la misma opinión que el señor de Boucicaut. Ahora escuchad esto. Tenemos buena memoria. En 1468 os nombramos ayuda de nuestra cámara; en 1469, guarda del castillo del puente de Saint-Cloud con cien libras tornesas de estipendio (vos las queríais parisienses). En noviembre de 1473, mediante cartas entregadas en Gergeole, os hicimos conserje del bosque de Vincennes, en lugar de Gilbert Acle, escudero; en 1475, oficial del bosque de Rouvraylez-Saint-Cloud, en sustitución de Jacques Le Maire; en 1478 os asignamos graciosamente, mediante real despacho con doble sello de lacre verde, una renta de diez libras parisienses, para vos y vuestra mujer, en la plaza de los comerciantes, sita en la escuela Saint-Germain; en 1479 os nombramos oficial del bosque de Senart, en lugar de aquel pobre Jehan Daiz; luego, capitán del castillo de Loches; luego, gobernador de Saint-Quentin; luego, capitán del puente de Meulan, del que os hacéis llamar conde. De los cinco sueldos de multa que paga todo barbero que afeite en un día de fiesta, tres sueldos son para vos y el resto para nos. Accedimos a cambiar vuestro apellido, El Malo, que se ajustaba demasiado a vuestra cara. En 1474 os concedimos, con gran disgusto de nuestros nobles, escudo de armas de mil colores que os hacen pecho de pavo real. ¡Pascua de Dios! ¿Todavía no estáis saciado? ¿No es suficientemente abundante y milagrosa la pesca? ¿No teméis que un salmón de más pueda hacer zozobrar vuestra barca? El orgullo os perderá, compadre. Al orgullo siempre van pisándole los talones la ruina y la vergüenza. Reflexionad sobre esto y callad.

Tales palabras, pronunciadas con severidad, hicieron que la insolencia volviera al rostro despechado de maese Olivier.

—¡Vaya! —murmuró casi en voz alta—. Salta a la vista que el rey está hoy enfermo. Se lo da todo al médico.

Luis XI, lejos de irritarse por esta inconveniencia, añadió con cierta amabilidad:

—¡Ah! Olvidaba que también os nombré mi embajador en Gante ante doña María… Sí, señores —añadió el rey volviéndose hacia los flamencos—, este ha sido embajador… En fin, compadre —prosiguió, dirigiéndose a maese Olivier—, no nos enfademos, somos viejos amigos. Se ha hecho muy tarde. Hemos terminado el trabajo. Afeitadme.

Sin duda nuestros lectores no han tenido que esperar hasta ahora para reconocer en maese Olivier a ese Fígaro terrible que la providencia, esa gran hacedora de dramas, introdujo tan hábilmente en la larga y sangrienta comedia de Luis XI. No es aquí donde nos extenderemos sobre esta figura singular. Este barbero del rey tenía tres nombres. En la corte lo llamaban cortésmente Olivier el Gamo, y entre el pueblo, Olivier el Diablo. Su verdadero nombre era Olivier el Malo.

Olivier el Malo permaneció inmóvil, poniéndole mala cara al rey y mirando de soslayo a Jacques Coictier.

—¡Sí, sí! ¡El médico! —decía entre dientes.

—¡Pues sí! El médico tiene más crédito todavía que tú —repuso el rey con una bonhomía singular—. La explicación es muy sencilla. Él nos tiene agarrados por todo el cuerpo, y tú solo por el mentón. Vamos, mi pobre barbero, otra vez será. ¿Qué dirías, y en qué quedaría tu puesto, si yo fuera un rey como el rey Chilperico, que tenía la costumbre de cogerse la barba con la mano? Vamos, compadre, dedícate a tu oficio, aféitame. Ve a buscar lo que necesitas.

Viendo Olivier que el rey había optado por tomárselo a risa y que no había manera de hacerlo

enfadar, salió rezongando para ejecutar sus órdenes.

El rey se levantó, se acercó a la ventana y, de pronto, abriéndola con una agitación extraordinaria:

—¡Oh! ¡Sí! —exclamó, batiendo palmas—. Se ve en el cielo un resplandor rojizo sobre la Cité. Es el baile que está ardiendo. No puede ser más que eso. ¡Ah, mi buen pueblo! ¡Por fin me ayudas a hundir los señoríos! Señores —añadió, dirigiéndose a los flamencos—, venid a ver esto. ¿No es fuego ese resplandor rojizo?

Los dos ganteses se acercaron.

—Un gran fuego —dijo Guillaume Rym.

—¡Oh! —exclamó Coppenole, cuyos ojos centellearon de pronto—, esto me recuerda el incendio de la casa del señor de Hymbercourt. Debe de haber una gran revuelta ahí abajo.

—¿Así lo creéis, maese Coppenole? —La mirada de Luis XI era en ese momento tan alegre como la del calcetero—. ¿Verdad que será difícil sofocarla?

—¡Voto a Dios, sire! Vuestra majestad perderá muchas compañías de guerreros.

—¡Ah! En mi caso es diferente —repuso el rey—. ¡Si yo quisiera…!

El calcetero contestó con osadía:

—¡Si esa revuelta es lo que imagino, de poco os servirá querer, sire!

—Compadre —dijo Luis XI—, con dos compañías de mi ordenanza y una descarga de culebrina, se quita de en medio a un montón de plebeyos.

El calcetero, pese a las señas que le hacía Guillaume Rym, parecía decidido a plantar cara al rey.

—Sire, los suizos también eran plebeyos. El señor duque de Borgoña era un gran hidalgo y despreciaba a aquella canalla. En la batalla de Grandson, gritaba «¡Artilleros! ¡Fuego contra esos villanos!», y juraba por san Jorge. Pero Scharnachtal se precipitó sobre el apuesto duque con su maza y su pueblo, y en el enfrentamiento con los campesinos con pieles de búfalo el reluciente ejército borgoñón se rompió como un cristal que recibe una pedrada. Los bribones mataron a muchos caballeros, y encontraron al señor de Château-Guyon, el más grande señor de Borgoña, muerto con su gran caballo gris en una pequeña marisma.

—Amigo —repuso el rey—, vos habláis de una batalla. Esto es un motín, y acabaré con él cuando me plazca fruncir el entrecejo.

El otro replicó con indiferencia:

—Es posible, sire. En tal caso, es que la hora del pueblo no ha llegado.

Guillaume Rym se creyó en la obligación de intervenir.

—Maese Coppenole, estáis hablando a un poderoso rey.

—Ya lo sé —contestó gravemente el calcetero.

—Dejadle hablar, señor Rym, amigo mío —dijo el rey—. Me gusta esa franqueza. Mi padre, Carlos VII, decía que la verdad estaba enferma. Yo creía que estaba muerta y que no había encontrado confesor. Maese Coppenole me ha sacado de mi error.

Entonces, apoyando con familiaridad una mano en el hombro de Coppenole, añadió:

—Decíais, pues, maese Jacques…

—Digo, sire, que quizá tengáis razón y que la hora del pueblo aún no ha llegado en vuestro país.

Luis XI lo miró con sus ojos penetrantes.

—¿Y cuándo llegará esa hora?

—La oiréis sonar.

—¿En qué reloj, si tenéis la bondad de decírmelo?

Coppenole, con su actitud tranquila y rústica, hizo que el rey se acercara a la ventana.

—Escuchad, sire. Aquí hay un torreón, una campana, cañones, burgueses y soldados. Cuando la campana toque a rebato, cuando los cañones rujan, cuando el torreón se derrumbe con gran estrépito, cuando burgueses y soldados griten y se maten entre sí, será que la hora está sonando.

El rostro de Luis XI se tornó sombrío y pensativo. El rey se quedó un momento en silencio y luego golpeó suavemente con la mano, como si se tratara de la grupa de un corcel, el grueso muro del torreón.

—¡Ni hablar! —dijo—. ¿Verdad que no te derrumbarás tan fácilmente, mi buena Bastilla? —Y volviéndose bruscamente hacia el osado flamenco, le preguntó—: ¿Habéis visto alguna vez una revuelta, maese Jacques?

—La he hecho —respondió el calcetero.

—¿Qué hacéis para hacer una revuelta? —preguntó el rey.

—¡Oh! —respondió Coppenole—, no es muy difícil. Hay cien maneras. Para empezar, tiene que haber descontento en la ciudad, lo cual no es raro. También cuenta el carácter de los habitantes. Los de Gante son propensos a la revuelta. Siempre quieren al hijo del príncipe, nunca al príncipe. Pues bien, una mañana, supongo, entran en mi establecimiento y me dicen: Coppenole, pasa esto, pasa aquello, la doncella de Flandes quiere salvar a sus ministros, el gran baile dobla el impuesto sobre las verduras o cualquier otra cosa. Lo que sea. Yo dejo el trabajo, salgo de la calcetería y me pongo a gritar en la calle: ¡A saco! Siempre hay por ahí algún barril desfondado. Cojo uno, me subo encima y empiezo a decir en voz bien alta lo primero que se me ocurra, lo que me preocupe; y cuando uno es del pueblo, sire, siempre hay algo que le preocupa. Entonces la gente se agolpa, grita, tocan a rebato, arman a los villanos con las armas que han quitado a los soldados, los del mercado se suman, ¡y adelante! Y siempre será así mientras haya señores en los señoríos, burgueses en los burgos y campesinos en los campos.

—¿Y contra quién os rebeláis así? —preguntó el rey—. ¿Contra vuestros bailes? ¿Contra vuestros señores?

—A veces. Depende. Contra el duque también, a veces.

Luis XI fue a sentarse y dijo sonriendo:

—¡Ah! Aquí por el momento solo es contra los bailes.

En ese instante Olivier el Gamo volvió. Lo seguían dos pajes que llevaban las cosas para afeitar al rey; pero lo que llamó la atención a Luis XI es que iba acompañado además del preboste de París y del caballero de la guardia, los cuales parecían consternados. El rencoroso barbero tenía también aspecto consternado, pero secretamente contento. Fue él quien tomó la palabra:

—Sire, pido perdón a vuestra majestad por la calamitosa noticia que os traigo.

El rey se volvió tan vivamente que desgarró la estera del suelo con las patas de la silla.

—¿Qué ocurre?

—Sire —prosiguió Olivier el Gamo con la expresión malvada de un hombre que se alegra de tener que asestar un golpe violento—, esa sedición popular no es contra el baile del palacio.

—¿Contra quién, entonces?

—Contra vos, sire.

El viejo rey se puso en pie y se irguió como un joven.

—¡Explícate, Olivier! ¡Explícate! ¡Y piensa bien lo que dices, porque te juro por la cruz de Saint-Lô que, si nos estás mintiendo, la espada que cortó el cuello del señor de Luxemburgo no está tan mellada que no pueda segar también el tuyo!

El juramento era formidable. Luis XI solo había jurado dos veces en su vida por la cruz de Saint-Lô.

Olivier abrió la boca para responder:

—Sire…

—¡Ponte de rodillas! —lo interrumpió violentamente el rey—. ¡Tristan, vigila a este hombre!

Olivier se puso de rodillas y dijo fríamente:

—Sire, una bruja fue condenada a muerte por vuestro tribunal del Parlamento. La joven se refugió en Notre-Dame y ahora el pueblo quiere rescatarla por la fuerza. El señor preboste y el señor caballero de la guardia, que vienen del motín, están aquí para desmentirme si no es la verdad. Es Notre-Dame lo que el pueblo quiere asaltar.

—¡Ya, claro! —dijo el rey en voz baja, pálido y temblando de cólera—. ¡Notre-Dame! ¡Quieren asaltar a Nuestra Señora, a mi buena dueña, en su catedral…! ¡Levántate, Olivier! Tienes razón. Te concedo el cargo de Simon Radin. Tienes razón… Es a mí a quien atacan. La bruja está bajo la protección de la iglesia, la iglesia está bajo mi protección. ¡Y yo que creía que se trataba del baile! ¡Es contra mí!

Entonces, rejuvenecido por el furor, empezó a andar enérgicamente por la habitación. Ya no reía, tenía un aspecto terrible, iba y venía, el zorro se había transformado en hiena, parecía que la indignación le impedía hablar, sus labios se movían y sus puños descarnados se crispaban. De pronto levantó la cabeza, sus ojos hundidos parecieron llenos de luz y su voz estalló como un clarín:

—¡Sin piedad, Tristan! ¡Sin piedad hacia esos bribones! ¡Ve, Tristan, amigo mío! ¡Mata! ¡Mata!

Pasado aquel arrebato, volvió a sentarse y dijo con una rabia fría y concentrada:

—¡Aquí, Tristan! Cerca de nosotros, en la propia Bastilla, están las cincuenta lanzas del vizconde de Gif, lo que hace trescientos caballos. Cogedlos. Está también la compañía de los arqueros de nuestra ordenanza del señor de Châteaupers. Cogedla. Sois preboste de los mariscales, luego tenéis a los hombres de vuestro prebostazgo. Cogedlos. En el hotel Saint-Pol encontraréis cuarenta arqueros de la nueva guardia del delfín. Cogedlos. Y con todo ello, id corriendo a Notre-Dame… ¡Ah, señores villanos de París, os lanzáis contra la corona de Francia, la santidad de Nuestra Señora y la paz de esta república…! ¡Extermina, Tristan! ¡Extermina! Que no quede ni

uno que no esté para ir a Montfaucon.

Tristan se inclinó.

—¡Entendido, sire!

Tras un silencio, añadió:

—¿Y qué hago con la bruja?

Esta pregunta hizo pensar al rey.

—¡Ah! —dijo—. ¡La bruja! Señor de Estouteville, ¿qué quería hacer el pueblo con ella?

—Sire —respondió el preboste de París—, supongo que, puesto que el pueblo quiere sacarla de su refugio de Notre-Dame, es que esa impunidad le ofende y quiere colgarla.

El rey pareció reflexionar profundamente.

—Bien, compadre —dijo, dirigiéndose a Tristan l’Hermite—, extermina al pueblo y cuelga a la bruja.

—Eso es —dijo Rym en voz baja a Coppenole—, castigar al pueblo por querer y hacer lo que el pueblo quiere.

—Está bien, sire —contestó Tristan—. Entonces, si la bruja está todavía en Notre-Dame, ¿hay que prenderla pese al asilo?

—¡Pascua de Dios, el asilo! —dijo el rey, rascándose una oreja—. Aun así, es preciso que esa mujer sea ahorcada.

Entonces, como asaltado por una idea súbita, se arrodilló delante de su silla, se quitó el sombrero, lo dejó sobre el asiento y, mirando devotamente uno de los amuletos de plomo que lo adornaban, dijo con las manos juntas:

—Nuestra Señora de París, mi graciosa patrona, perdonadme. Solo lo haré esta vez. Es preciso castigar a esa criminal. Os aseguro, Virgen santa, señora mía, que es una bruja indigna de vuestra amable protección. Vos sabéis, señora, que muchos príncipes muy piadosos han violado el privilegio de las iglesias por la gloria de Dios y necesidades de estado. San Hugo, obispo de Inglaterra, permitió al rey Eduardo prender a un hechicero en su iglesia. San Luis de Francia, mi señor, hizo lo mismo en la iglesia de san Pablo; y don Alfonso, hijo del rey de Jerusalén, en la propia iglesia del Santo Sepulcro. Perdonadme por esta vez, Nuestra Señora de París. No volveré a hacerlo, y os ofreceré una bella imagen de plata igual que la que el año pasado le ofrecí a Nuestra Señora de Écouys. Que así sea.

Se santiguó, se levantó, volvió a cubrirse la cabeza y le dijo a Tristan:

—Daos prisa, compadre. Que os acompañe el señor de Châteaupers. Tocad a rebato, aplastad a la chusma y colgad a la bruja. Dicho está. Y es mi voluntad que la ejecución sea realizada por vos. Me rendiréis cuenta de ello… Vamos, Olivier, aféitame. Esta noche no voy a acostarme.

Tristan l’Hermite hizo una reverencia y salió. El rey, entonces, despidiendo con un ademán a Rym y Coppenole, dijo:

—Dios os guarde, mis buenos amigos flamencos. Id a descansar un poco. La noche avanza y estamos ya más cerca de la mañana que de la noche.

Los dos se retiraron, y al llegar a sus aposentos bajo la escolta del capitán de la Bastilla, Coppenole le dijo a Guillaume Rym:

—¡Estoy harto de ese rey que tose! He visto a Carlos de Borgoña borracho y no era tan malvado como Luis XI enfermo.

—Maese Jacques —repuso Rym—, es que a los reyes les sienta mejor el vino que la tisana.

6

Espadín callejero

Al salir de la Bastilla, Gringoire bajó por la calle Saint-Antoine a la velocidad de un caballo desbocado. Cuando llegó a la puerta Baudoyer, caminó en línea recta hacia la cruz de piedra que se alzaba en el centro de aquella plaza, como si hubiera podido distinguir en la oscuridad la figura de un hombre vestido de negro y encapuchado que estaba sentado en los escalones de la cruz.

—¿Sois vos, maestro? —dijo Gringoire.

El personaje de negro se levantó.

—¡Muerte y pasión!, me encendéis la sangre, Gringoire. El hombre que está en la torre de Saint-Gervais acaba de anunciar la una y media de la mañana.

—¡Oh! —replicó Gringoire—. La culpa no ha sido mía, sino de la guardia y del rey. Acabo de librarme de una buena. Siempre estoy a punto de que me ahorquen. Es una predestinación.

—Siempre estás a punto de algo —dijo el arcediano—. Pero démonos prisa. ¿Tienes el santo y seña?

—Maestro, he visto al rey, ¿os dais cuenta de lo que es eso? Vengo de allí. Lleva calzas de fustán. Ha sido toda una aventura.

—¡Oh, qué torrente de palabras! ¿Qué me importa a mí tu aventura? ¿Tienes el santo y seña de los truhanes?

—Lo tengo, no os preocupéis. Es «espadín callejero».

—Bien. Si no, no podríamos llegar hasta la iglesia. Los truhanes han cortado las calles. Afortunadamente, parece ser que han encontrado resistencia. Quizá todavía lleguemos a tiempo.

—Sí, maestro. Pero ¿cómo entraremos en Notre-Dame?

—Tengo la llave de las torres.

—¿Y cómo saldremos?

—Detrás del claustro hay una pequeña puerta que da al Terrain, y desde ahí, al río. He cogido la llave, y esta mañana he dejado amarrada una barca.

—¡He estado en un tris de ser colgado! —repitió Gringoire.

—¡Rápido! ¡Vamos! —dijo el sacerdote.

Y los dos bajaron deprisa hacia la Cité.

7

¡Llega Châteaupers!

Quizá recuerde el lector la situación crítica en que dejamos a Quasimodo. El valiente sordo, acosado por todas partes, había perdido, si no el coraje, al menos toda esperanza de salvación, no para él (no pensaba en sí mismo), sino para la egipcia. Corría desesperado por la galería. Notre-Dame iba a ser tomada por los truhanes. De repente un galope de caballos invadió las calles contiguas, y, junto con una larga hilera de antorchas y una nutrida columna de jinetes lanza en ristre, esos ruidos furiosos desembocaron en la plaza como un huracán:

—¡Por Francia! ¡Por Francia! ¡Muerte a los villanos! ¡Llega Châteaupers! ¡Y los del prebostazgo!

Los truhanes, aterrados, dieron media vuelta.

Quasimodo, que no oía, vio las espadas desenvainadas, las antorchas, los hierros de las picas, toda aquella caballería, al frente de la cual reconoció al capitán Phoebus, vio la confusión de los truhanes, el espanto en unos, el desconcierto en los mejores, y aquella ayuda inesperada le hizo recuperar tanta fuerza que echó de la iglesia a los primeros asaltantes, que estaban saltando ya a la galería.

Eran, en efecto, las tropas del rey que llegaban.

Los truhanes actuaron con valentía. Se defendieron desesperadamente. Atrapados en un flanco por la calle Saint-Pierre-aux-Boeufs y por detrás por la calle del Atrio, acorralados contra la catedral, que seguían intentando tomar y que Quasimodo defendía, asediantes y asediados a un tiempo, se hallaban en la situación singular en que más adelante se encontró en el famoso sitio de Turín, en 1640, entre el príncipe Tomás de Saboya, al que asediaba, y el marqués de Leganés, que lo bloqueaba, el conde Henri d'Harcourt, *Taurinum obsessor idem et obsessus*,[138] como dice su epitafio.

La pelea fue terrible. A carne de lobo, diente de perro, como dice Pierre Mathieu. Los caballeros del rey, entre los que Phoebus de Châteaupers destacaba por su comportamiento valeroso, no daban tregua, y la hoja de la espada acababa con lo que había escapado a la punta. Los truhanes, mal armados, echaban espumarajos de rabia por la boca y mordían. Hombres, mujeres y niños se abalanzaban sobre las grupas y los pechos de los caballos y se colgaban de ellos como gatos, con los dientes y las uñas de las cuatro extremidades. Otros golpeaban a los arqueros en la cara con antorchas encendidas. Otros les clavaban ganchos de hierro a los jinetes en el cuello, tiraban de ellos y destrozaban a los que caían al suelo.

Se vio a uno que tenía una ancha guadaña reluciente y que durante largo rato segó las patas de los caballos. Era atroz. Cantaba una canción con voz nasal mientras manejaba su guadaña. Cada vez que asestaba un golpe, trazaba a su alrededor un gran círculo de miembros cortados. Avanzaba

de este modo entre la caballería, con la lentitud tranquila, el balanceo de cabeza y la respiración regular de un segador trabajando en un trigal. Era Clopin Trouillefou. Un disparo de arcabuz lo abatió.

Mientras tanto, las ventanas habían vuelto a abrirse. Los vecinos, al oír los gritos de guerra de las tropas del rey, se animaron a intervenir en el asunto, y desde todos los pisos llovían balas sobre los truhanes. El Atrio estaba lleno de un humo espeso, surcado por el fuego de la mosquetería. Se distinguía confusamente la fachada de Notre-Dame y el decrépito Hôtel-Dieu, donde algunos enfermos macilentos miraban desde lo alto de su tejado salpicado de luceras.

Finalmente los truhanes cedieron. El cansancio, la falta de buenas armas, el miedo producido por la sorpresa, los disparos desde las ventanas, el decidido ataque de las tropas del rey, todo se alió para abatirlos. Rompieron la línea de los asaltantes y huyeron en todas direcciones, dejando el Atrio sembrado de muertos.

Cuando Quasimodo, que no había dejado ni un solo momento de combatir, vio esa derrota, cayó de rodillas y levantó los brazos al cielo; luego, ebrio de alegría, echó a correr y subió a la velocidad de un pájaro a la celda cuyas proximidades tan intrépidamente había defendido. Ahora solo tenía un pensamiento: arrodillarse ante la que acababa de salvar por segunda vez.

Cuando entró en la celda, la encontró vacía.

LIBRO UNDÉCIMO

I

El zapatito

En el momento en que los truhanes habían asaltado la iglesia, Esmeralda dormía.

Muy pronto, el rumor creciente alrededor del edificio y los balidos inquietos de la cabra, que se había despertado antes que ella, la habían arrancado del sueño. Se había sentado en la cama, había escuchado, había mirado, hasta que, asustada por el resplandor y el ruido, había salido de la celda para ver qué estaba ocurriendo. El aspecto de la plaza, la agitación que allí reinaba, el desorden de aquel asalto nocturno, aquella muchedumbre repulsiva que saltaba como una nube de ranas, medio entrevista en las tinieblas, el griterío ronco de aquella multitud, las antorchas encendidas desplazándose y cruzándose en esa oscuridad como fuegos fatuos sobre la superficie brumosa de los pantanos, toda aquella escena le produjo el efecto de una misteriosa batalla entablada entre los fantasmas del aquelarre y los monstruos de piedra de la iglesia. Imbuida desde la infancia de las supersticiones de la tribu gitana, su primer pensamiento fue que había sorprendido a los extraños seres propios de la noche obrando un maleficio. Entonces corrió aterrada a esconderse en su celda, pidiendo a su camastro una pesadilla menos horrible.

Poco a poco, sin embargo, los primeros vapores del miedo se habían disipado; con el ruido creciente y otras manifestaciones de la realidad, se había sentido rodeada, no de espectros, sino de seres humanos. Su miedo había dejado entonces de aumentar para transformarse. Había pensado en la posibilidad de un motín popular para sacarla de su refugio. La idea de perder nuevamente la vida, la esperanza, a Phoebus —al que seguía entreviendo en su futuro—, el abismo profundo de su debilidad, la imposibilidad de escapar, la falta de apoyo, su abandono, su aislamiento, esos pensamientos y mil más la habían abrumado. Había caído de rodillas, apoyado la cabeza en la cama, juntado las manos sobre la cabeza, llena de ansiedad y de miedo, y, aunque era egipcia, idólatra y pagana, se había puesto a pedir ayuda sollozando al Dios cristiano y a rezar a Nuestra Señora, su anfitriona. Pues, aunque no se crea en nada, hay momentos en la vida en que uno siempre se acoge a la religión del templo que tiene más a mano.

Permaneció así prosternada durante largo rato, temblando, en realidad, más que rezando, helada por el aliento cada vez más cercano de aquella multitud enfurecida, sin comprender la razón de aquella algarada, sin saber qué tramaban, qué hacían, qué querían, mas presintiendo un desenlace terrible.

Y hete aquí que en medio de esta angustia oyó pasos cerca de ella. Se volvió. Dos hombres, uno de los cuales llevaba una linterna, acababan de entrar en la celda. Esmeralda profirió un débil grito.

—No temáis —dijo una voz que no le resultaba desconocida—, soy yo.

—¿Quién sois vos? —preguntó ella.

—Pierre Gringoire.

Aquel nombre la tranquilizó. Levantó los ojos y, efectivamente, reconoció al poeta. Pero había junto a él una figura negra, cubierta de la cabeza a los pies, que la hizo enmudecer.

—¡Ah! ¡Djali me ha reconocido antes que vos! —añadió Gringoire en un tono de reproche.

La cabrita, en efecto, no había esperado a que Gringoire se identificara. En cuanto este había entrado, se había puesto a frotarse tiernamente contra sus piernas, cubriendo al poeta de caricias y de pelos blancos, pues estaba pelechando. Gringoire correspondía acariciándola también.

—¿Quién está con vos? —preguntó la egipcia en voz baja.

—Tranquilizaos —respondió Gringoire—, es un amigo mío.

Entonces el filósofo, dejando la linterna en el suelo, se agachó y exclamó con entusiasmo, estrechando a Djali entre sus brazos:

—¡Oh! ¡Es un gracioso animalito, sin duda más considerable por su limpieza que por su grandeza, pero ingenioso, sutil y tan culto como un gramático! Veamos, Djali, ¿no has olvidado ninguno de tus trucos? ¿Qué hace maese Jacques Charmolue…?

El hombre de negro no lo dejó acabar. Se acercó a Gringoire y lo empujó rudamente por un hombro. Gringoire se levantó.

—Es verdad —dijo—, no me acordaba de que tenemos prisa… De todas formas, maestro, no es una razón para maltratar así a la gente… Mi querida y bella niña, vuestra vida está en peligro, y la de Djali. Quieren prenderos de nuevo. Nosotros somos vuestros amigos y venimos a salvaros. Acompañadnos.

—¿Es eso cierto? —exclamó ella, alterada.

—Sí, totalmente cierto. ¡Venid, rápido!

—No me opongo —balbució ella—. Pero ¿por qué vuestro amigo no habla?

—¡Ah! —dijo Gringoire—, es que su padre y su madre eran personas estrafalarias que le conformaron un temperamento taciturno.

Esmeralda tuvo que conformarse con esta explicación. Gringoire la asió de la mano, su compañero recogió la linterna del suelo y echó a andar delante de ellos. La joven, aturdida por el miedo, se dejó llevar. La cabra los seguía dando saltitos, tan contenta de ver de nuevo a Gringoire que le hacía tropezar a cada momento al meterle los cuernos entre las piernas.

—¡Así es la vida! —decía el filósofo cada vez que estaba a punto de caer—. ¡Con frecuencia son nuestros mejores amigos los que nos hacen caer!

Bajaron rápidamente la escalera de las torres, atravesaron la iglesia, llena de tinieblas y de soledad a la vez que de estruendo, lo que producía un impresionante contraste, y salieron al patio del claustro por la Puerta Roja. El claustro estaba abandonado; los canónigos habían huido al obispado para rezar allí en común. En el patio, tan solo algunos lacayos asustados se acurrucaban en los rincones oscuros. Se dirigieron hacia el portillo que comunicaba este patio con el Terrain. El hombre de negro lo abrió con una llave que tenía. Nuestros lectores saben que el Terrain era una lengua de tierra rodeada de muros por el lado de la Cité y perteneciente al capítulo de Notre-Dame, que constituía el final de la isla por el este, detrás de la iglesia. Encontraron aquel recinto totalmente desierto. Allí se percibía menos el tumulto. El estrépito del asalto de los truhanes les

llegaba más confuso y menos escandaloso. El viento fresco que sigue el hilo del agua movía las hojas del único árbol plantado en la punta del Terrain con un murmullo ya apreciable. Sin embargo, estaban todavía muy cerca del peligro. Los edificios más cercanos a ellos eran el obispado y la iglesia. En el interior del obispado reinaba claramente un gran desorden. Su masa tenebrosa era surcada por luces que corrían de una ventana a otra, al igual que, cuando se acaba de quemar papel, queda un sombrío edificio de ceniza en el que vivos destellos hacen mil recorridos extraños. Al lado, las enormes torres de Notre-Dame, vistas por detrás con la larga nave sobre la que se yerguen, recortadas en negro sobre el rojo y vasto resplandor que inundaba el Atrio, parecían dos morrillos gigantescos de una chimenea de cíclopes.

Lo que se veía de París por todos lados oscilaba a la vista sumido en una sombra entreverada de luz. Rembrandt tiene fondos así en sus cuadros.

El hombre de la linterna fue directo a la punta del Terrain. Había allí, al borde del agua, los restos carcomidos de una hilera de estacas unidas con listones, a los que una vid agarraba unas delgadas ramas extendidas como los dedos de una mano abierta. Detrás, en la sombra que proyectaba aquel entramado, estaba escondida una pequeña barca. El hombre hizo una seña a Gringoire y a su compañera indicándoles que subieran. La cabra los siguió. El hombre embarcó el último. Luego cortó la amarra, alejó la embarcación de la orilla con un bichero y, cogiendo dos remos, se sentó en la proa y empezó a remar con todas sus fuerzas hacia el centro del río. El Sena es muy rápido en ese lugar y le resultó bastante difícil alejarse de la punta de la isla.

Lo primero que hizo Gringoire cuando estuvo en la barca fue poner a la cabra sobre sus rodillas. Se sentó en la popa, y la muchacha, a quien el desconocido inspiraba una inquietud indefinible, fue a sentarse al lado del poeta y se estrechó contra él.

Cuando nuestro filósofo vio que la barca se movía, batió palmas y besó a Djali entre los cuernos.

—¡Ah! —dijo—. ¡Ya estamos salvados los cuatro! —Y, con cara de profundo pensador, añadió—: Debemos agradecer unas veces a la fortuna y otras a la astucia el feliz desenlace de las grandes empresas.

La barca avanzaba lentamente hacia la orilla derecha. La joven observaba con un terror secreto al desconocido, que había tapado cuidadosamente la luz de la linterna sorda. Se le entreveía en la oscuridad, en la proa de la barca, como un espectro. La capucha le formaba una especie de máscara y los brazos, de los que colgaban unas anchas mangas negras, parecían dos grandes alas de murciélago cada vez que, para remar, los entreabría. Además, aún no había pronunciado una sola palabra, casi no había respirado. No se producía en la barca otro ruido que el vaivén de los remos, mezclado con el roce de los mil pliegues del agua a lo largo de la barca.

—¡Por mi honor! —exclamó de pronto Gringoire—. ¡Estamos alegres y contentos como ascálafos! ¡Observamos un silencio de pitagóricos o de peces! ¡Pascua de Dios, amigos míos, me gustaría que alguien me hablara…! La voz humana es música para el oído humano. No soy yo quien lo dice, sino Dídimo de Alejandría, y son ilustres palabras… Ciertamente, Dídimo de Alejandría no es un filósofo mediocre… ¡Una palabra, bella niña! Decidme, os lo suplico, una palabra… Por cierto, antes hacíais un gracioso y singular mohín, ¿seguís haciéndolo? ¿Sabéis,

amiga mía, que el Parlamento tiene jurisdicción sobre los lugares de asilo y que corríais un gran peligro en vuestro cuartito de Notre-Dame? ¡Ay, el pajarillo hace su nido en las fauces del cocodrilo…! ¡Maestro, mirad, la luna vuelve a aparecer…! ¡Espero que no nos vean…! Hacemos una cosa loable salvando a la joven, y sin embargo, nos colgarían en nombre del rey si nos pillaran. ¡Ay, los actos humanos tienen dos asas con que cogerlos! Reprueban en mí lo que elogian en ti. El mismo que admira a César censura a Catilina. ¿Verdad, maestro? ¿Qué os parece esta filosofía? Yo poseo la filosofía por instinto, por naturaleza, *ut apes geometriam*…[139]¡Vamos! Nadie me responde. ¡Pues sí que estáis de mal humor los dos! No me queda más remedio que hablar solo. Es lo que llamamos en la tragedia un monólogo… ¡Pascua de Dios…! Os advierto que acabo de ver al rey Luis XI y que se me ha pegado este reniego… ¡Pascua de Dios, pues!, siguen armando un buen alboroto en la Cité… Es un rey viejo, feo y malo. Va envuelto en pieles. Todavía me debe el dinero del epitalamio, y bien poco le ha faltado para colgarme esta noche, lo cual me habría puesto en una situación harto incómoda. Es avaro con los hombres de mérito. Debería leer los cuatro libros de Salviano de Colonia *Adversus avaritiam*.[140] Realmente es un rey mezquino en el trato con los hombres de letras y comete crueldades bárbaras. Es una esponja para absorber el dinero del pueblo. Su ahorro es como el bazo, que se hincha a costa de la debilidad de los otros órganos. Por eso las quejas contra el rigor de los tiempos se convierten en murmuraciones contra el príncipe. Durante el reinado de este sire afable y devoto, las horcas se rompen de tantos ahorcados, los tajos se pudren de tanta sangre, las prisiones revientan como barrigas demasiado llenas. Este rey tiene una mano para coger y otra para colgar. Es el procurador de doña Gabela y de don Patíbulo. Los grandes son despojados de sus dignidades, y los pequeños abrumados sin cesar con nuevas cargas. Es un príncipe exorbitante. No me gusta este monarca. ¿Y a vos, maestro?

El hombre de negro dejaba hablar al locuaz poeta mientras él seguía luchando contra la corriente violenta que separa la proa de la Cité de la popa de la isla de Notre-Dame, que hoy llamamos isla de San Luis.

—¡Por cierto, maestro! —dijo súbitamente Gringoire—. En el momento en que llegábamos al Atrio a través de aquella furibunda muchedumbre de truhanes, ¿se fijó vuestra reverencia en el pobre diablo al que vuestro sordo estaba machacando la cabeza contra la balaustrada de la galería de los reyes? Soy corto de vista y no pude reconocerle. ¿Sabéis vos quién podía ser?

El desconocido no respondió una sola palabra, pero dejó bruscamente de remar, sus brazos cayeron a los lados del cuerpo como rotos y su cabeza se inclinó sobre el pecho. Esmeralda lo oyó suspirar convulsivamente y se estremeció. ¡Ya había oído antes esos suspiros!

La barca, abandonada a sí misma, derivó unos instantes a merced del agua. Pero el hombre de negro acabó por erguirse, cogió de nuevo los remos y volvió a bogar contra corriente. Dobló la punta de la isla de Notre-Dame y se dirigió hacia el embarcadero del Port-au-Foin.

—¡Ah! —dijo Gringoire—, allí está la mansión Barbeau… Maestro, mirad aquel grupo de tejados negros que forman unos ángulos singulares, allí, bajo ese montón de nubes bajas, deshilachadas, grisáceas y sucias, donde la luna está aplastada y desparramada como la yema de un huevo roto… Es una bonita mansión. Tiene una capilla coronada por una pequeña bóveda con

abundantes ornamentos. Encima podéis ver el campanario delicadamente calado. Hay también un agradable jardín, formado por un estanque, una pajarera, un eco, un mallo, un laberinto, una casa de fieras y multitud de paseos frondosos muy gratos a Venus. Hay además un pícaro árbol al que llaman «el lujurioso», por haber cobijado los amores de una princesa famosa y de un condestable de Francia galante y cultivado… ¡Ay, nosotros, pobres filósofos, comparados con un condestable somos lo mismo que un huerto de coles y rábanos comparado con un jardín del Louvre! Pero, después de todo, ¿qué más da? La vida humana, tanto para los grandes como para nosotros, es una mezcla de bien y de mal. El dolor siempre está al lado de la alegría, el espondeo junto al dáctilo… Maestro, tengo que contaros esta historia de la mansión Barbeau. Termina de un modo trágico. Ocurrió en 1319, durante el reinado de Felipe V, el más largo de los reyes de Francia. La moraleja de la historia es que las tentaciones de la carne son perniciosas y malignas. No nos fijemos demasiado en la mujer del vecino, por muy atraídos que nuestros sentidos se sientan por su belleza. La fornicación es un pensamiento muy libertino. El adulterio es una curiosidad de la voluptuosidad de otro… ¡Eh, el estruendo aumenta por allí!

El tumulto se acrecentaba, efectivamente, alrededor de Notre-Dame. Prestaron atención. Se oían con bastante claridad gritos de victoria. De pronto, cientos de antorchas que hacían resplandecer cascos de soldados se extendieron por la iglesia a todas las alturas, por las torres, por las galerías, bajo los arbotantes. Aquellas antorchas parecían buscar algo; y muy pronto aquellos clamores lejanos llegaron nítidamente hasta los fugitivos:

—¡La egipcia! ¡La bruja! ¡Muerte a la egipcia!

La desventurada dejó caer la cabeza sobre sus manos y el desconocido se puso a remar con más furia hacia la orilla. Mientras tanto, nuestro filósofo reflexionaba. Estrechaba a la cabra entre sus brazos y se apartaba muy despacio de la gitana, que se apretaba cada vez más contra él, como si fuera el último refugio que le quedaba.

Sin duda alguna Gringoire se hallaba sumido en una cruel perplejidad. Pensaba que también la cabra, «según la legislación vigente», sería colgada si volvían a cogerla, que eso sería una pena, ¡pobre Djali!, que era excesivo tener a dos condenadas agarradas a él y que, en fin de cuentas, su compañero estaría encantado de encargarse de la egipcia. Se libraba entre sus pensamientos un violento combate, en el cual, como el Júpiter de la *Ilíada*, sopesaba alternativamente a la egipcia y la cabra; y las miraba a la una después de la otra con los ojos húmedos de lágrimas, diciendo entre dientes:

—Pero no puedo salvaros a las dos.

Una sacudida les advirtió por fin de que la barca había abordado. El griterío siniestro continuaba en la Cité. El desconocido se levantó, se acercó a la egipcia y fue a asirla del brazo para ayudarla a bajar. Ella, sin embargo, lo rechazó y se agarró de la manga de Gringoire, quien, ocupado con la cabra, la apartó casi empujándola. Entonces ella saltó sola a tierra. Estaba tan trastornada que no sabía ni lo que hacía ni adónde iba. Se quedó un momento así, estupefacta, mirando correr el agua. Cuando volvió un poco en sí, estaba sola en el puerto con el desconocido. Al parecer, Gringoire había aprovechado el momento del desembarco para escabullirse con la cabra por la manzana de casas de la calle Grenier-sur-l’eau.

La pobre egipcia se estremeció al verse sola con aquel hombre. Intentó hablar, gritar, llamar a Gringoire, pero su lengua estaba inerte dentro de su boca y ningún sonido salió de sus labios. De pronto notó la mano del desconocido sobre la suya. Era una mano fría y fuerte. Sus dientes castañetearon y se quedó más pálida que el rayo de luna que la iluminaba. El hombre no dijo una palabra. Empezó a subir dando grandes pasos hacia la plaza de Grève sujetándola de la mano. En aquel instante ella sintió vagamente que el destino es una fuerza irresistible. No le quedaba energía, se dejó llevar, corriendo mientras que él caminaba. Aunque en aquella zona el muelle subía, a ella le parecía que bajaba una pendiente.

Miró hacia todos lados. Ni un transeúnte. El muelle estaba absolutamente desierto. Solo oía ruido y ajetreo en la Cité tumultuosa y rojiza, de la que únicamente la separaba un brazo del Sena y desde donde su nombre le llegaba mezclado con gritos de muerte. El resto de París se extendía a su alrededor en grandes bloques de sombra.

Mientras, el desconocido seguía arrastrándola con el mismo silencio y la misma rapidez. No encontraba en su memoria ninguno de los lugares por donde caminaba. Al pasar por delante de una ventana iluminada, hizo un esfuerzo, se irguió bruscamente y gritó:

—¡Socorro!

El burgués al que pertenecía la ventana la abrió, apareció en camisa con una lámpara, miró hacia el muelle con cara alelada, pronunció unas palabras que ella no entendió y cerró. Era el último destello de esperanza que se apagaba.

El hombre de negro no profirió ni una sílaba, la tenía bien sujeta y apretó todavía más el paso. Ella no opuso más resistencia y lo siguió, destrozada.

De vez en cuando hacía acopio de algunas fuerzas y decía con la voz entrecortada por los baches del suelo y el ahogo de la carrera:

—¿Quién sois? ¿Quién sois?

Él no respondía nada.

Llegaron así, andando todo el rato junto al muelle, a una plaza bastante grande. Había un poco de luna. Era la Grève. Se distinguía en el centro una especie de cruz negra plantada. Era el patíbulo. Ella reconoció todo eso y se dio cuenta de dónde estaba.

El hombre se detuvo, se volvió hacia ella y se quitó la capucha.

—¡Oh! —balbució la joven, petrificada—. ¡Sabía que era de nuevo él!

Era el sacerdote. Parecía su propio fantasma. Es un efecto del claro de luna. Parece ser que, bajo esta luz, solo se ven los espectros de las cosas.

—Escucha… —le dijo, y el sonido de aquella voz funesta que la joven no había oído desde hacía tiempo la estremeció.

Él continuó. Articulaba las frases de ese modo entrecortado y jadeante que revela profundos temblores interiores.

—Escucha. Estamos aquí. Voy a hablarte. Esto es la Grève. Hemos llegado a un punto límite. El destino nos entrega el uno al otro. Yo voy a decidir sobre tu vida; tú, sobre mi alma. Más allá de esta plaza y de esta noche no se ve nada. Así que escúchame. Quiero decirte… Antes de nada, que no me hables de tu Phoebus. —Mientras decía estas cosas, iba de un lado a otro, como si no

pudiera estar quieto, sin soltarla—. No me hables de él. Si pronuncias ese nombre, no sé qué haré, pero será terrible.

Dicho esto, como un cuerpo que recupera su centro de gravedad, se quedó inmóvil. Pero sus palabras no traslucían menos agitación. Su voz era cada vez más baja.

—No vuelvas la cabeza. Escúchame. Es un asunto serio. En primer lugar, esto es lo que ha ocurrido… No es cosa de risa, te lo juro… ¿Qué estaba diciendo…? Recuérdamelo… ¡Ah, sí! Hay una sentencia del Parlamento que te lleva de nuevo al cadalso. Acabo de arrancarte de sus manos. Pero te persiguen. Mira.

Extendió un brazo hacia la Cité, donde, efectivamente, la búsqueda parecía seguir. Los rumores se acercaban. La torre de la casa del Teniente, situada frente a la Grève, estaba llena de ruido y de luces, y se veía correr soldados por el muelle opuesto, con antorchas y gritando:

—¡La egipcia! ¿Dónde está la egipcia? ¡Muerte! ¡Muerte a la egipcia!

—Es evidente que te buscan y que no te miento. Te amo… No abras la boca, no me hables si es para decirme que me odias. Estoy decidido a no volver a oírlo… Acabo de salvarte… Déjame primero acabar…Yo puedo salvarte para siempre. Lo he preparado todo. La decisión es tuya. Si tú quieres, yo puedo. —El sacerdote se interrumpió bruscamente—. No, no es eso lo que hay que decir. —Corriendo, y haciéndola correr, pues no la soltaba, fue directo hasta el patíbulo—. Escoge entre los dos —dijo fríamente, señalándolo con el dedo.

Ella logró desasirse, cayó al pie del patíbulo y abrazó aquel apoyo fúnebre. Luego volvió a medias su hermosa cabeza y miró al sacerdote por encima del hombro. Parecía una santísima Virgen al pie de la Cruz. El sacerdote había permanecido inmóvil, con el dedo levantado hacia el patíbulo, como una estatua.

Por fin la egipcia le dijo:

—Me produce menos horror que vos.

Entonces él dejó caer lentamente el brazo y miró el suelo con un profundo abatimiento.

—Si estas piedras pudieran hablar —murmuró—, dirían que aquí hay un hombre muy desgraciado.

El arcediano siguió insistiendo. La muchacha, arrodillada ante el patíbulo y cubierta con su larga cabellera, lo dejaba hablar sin interrumpirlo. Su tono era ahora quejumbroso y suave, lo que contrastaba dolorosamente con la dureza altiva de sus rasgos.

—Yo os amo. Os aseguro que es absolutamente cierto. ¿Acaso no sale nada de este fuego que me abrasa el corazón? ¡Ay, muchacha! Noche y día, sí, noche y día, ¿no merece eso ninguna compasión? Os digo que es un amor de la noche y del día, es una tortura… ¡Sufro demasiado, mi pobre niña…! Es algo digno de compasión, os lo aseguro. Como veis, os hablo con delicadeza. Desearía que dejarais de sentir esa aversión hacia mí… ¡Al fin y al cabo, si un hombre ama a una mujer, no es por culpa suya…! ¡Oh, Dios mío…! ¿Es que no me perdonaréis jamás? ¡Me odiaréis siempre! ¡Esto es el final! ¡Es eso lo que me hace malo, enteraos, y horrible a mí mismo! ¡Ni siquiera me miráis! ¡Tal vez estéis pensando en otra cosa mientras yo os hablo, de pie y temblando en el límite de nuestra eternidad, la de ambos…! ¡Sobre todo no me habléis del oficial…! ¡Aunque me arrodillase ante vos, aunque besara, no vuestros pies, no querríais que lo

hiciera, sino el suelo que pisáis, aunque llorara como un niño, aunque me arrancara del pecho, no palabras, sino el corazón y las entrañas para deciros que os amo, todo sería inútil, todo…! Y sin embargo, vos no tenéis en el alma más que ternura y clemencia, irradiáis la más hermosa dulzura, sois toda vos suave, buena, misericordiosa y encantadora. ¡Ay, únicamente tenéis crueldad para mí! ¡Oh, qué fatalidad!

Ocultó su rostro entre las manos. La joven lo oyó llorar. Era la primera vez. Así, de pie y sacudido por los sollozos, presentaba un aspecto más miserable y suplicante que de rodillas. Estuvo llorando de esa forma un rato.

—¡Vamos! —prosiguió, pasadas estas primeras lágrimas—. No encuentro palabras. Sin embargo, había pensado muy bien lo que os diría. Ahora tiemblo y me estremezco, desfallezco en el instante decisivo, siento algo supremo que nos envuelve y balbuceo. ¡Oh, voy a desplomarme si no tenéis compasión de mí, compasión de vos! No nos condenéis a los dos. ¡Si supierais cuánto os amo!, ¡cómo es mi corazón! ¡Oh, qué deserción de toda virtud!, ¡qué abandono desesperado de mí mismo! Como doctor, escarnezco la ciencia; como hidalgo, mancillo mi apellido; como sacerdote, convierto el misal en una almohada de lujuria, ¡escupo a mi Dios a la cara! ¡Y todo eso por ti, hechicera! ¡Para ser más digno de tu infierno! ¡Y tú no quieres al condenado! ¡Ah, pero tengo que decírtelo todo! Hay algo más, algo más horrible…, sí, más horrible…

Al pronunciar estas últimas palabras, su semblante adoptó una expresión de total extravío. Se calló un instante y prosiguió como si hablara consigo mismo, pero en voz bien alta:

—Caín, ¿qué le has hecho a tu hermano?

Hubo otro silencio y luego prosiguió:

—¿Qué le he hecho, Señor? ¡Lo recogí, lo crié, lo alimenté, lo amé, lo idolatré, y lo he matado! Sí, Señor, acaban de aplastarle la cabeza delante de mí contra la piedra de vuestra casa, y ha sido por mi culpa, por culpa de esta mujer, por culpa de ella…

Su mirada era hosca. Su voz iba apagándose. Repitió varias veces más, maquinalmente, haciendo pausas bastante largas, como una campana que prolonga su última vibración:

—Por culpa de ella… Por culpa de ella…

Después, su lengua ya no articuló ningún sonido perceptible, aunque sus labios continuaban moviéndose. De repente, se hundió sobre sí mismo como algo que se derrumba y permaneció en el suelo sin moverse, con la cabeza entre las rodillas.

Un roce de la joven al retirar el pie de debajo de su cuerpo le hizo volver en sí. Se pasó lentamente las manos por sus mejillas hundidas y miró unos instantes con estupor sus dedos, que estaban mojados.

—¡Cómo! —murmuró—. ¡He llorado!

Y volviéndose súbitamente hacia la egipcia, dijo con una angustia indescriptible:

—¡Ay, me habéis mirado llorar fríamente! Muchacha, ¿sabes que estas lágrimas son lava? ¿Es verdad, entonces, que del hombre al que se odia nada conmueve? Podrías verme morir y reirías. ¡Oh, yo no quiero verte morir! ¡Una palabra! ¡Una sola palabra de perdón! No me digas que me amas, dime únicamente que deseas amarme, eso bastará, te salvaré. Si no… ¡Oh, el tiempo pasa! ¡Te lo suplico por lo más sagrado, no esperes a que me haya convertido de nuevo en piedra como

ese patíbulo que también te reclama! ¡Piensa que tengo nuestros dos destinos en mi mano, que estoy loco, eso es terrible, que puedo abandonarlo todo, y que hay debajo de nosotros, desgraciada, un abismo sin fondo en el que mi caída perseguirá la tuya durante toda la eternidad! ¡Una palabra bondadosa! ¡Di una palabra! ¡Una sola palabra!

La joven abrió la boca para responderle. Él se arrodilló ante ella para recoger con adoración la palabra, tierna quizá, que iba a salir de sus labios. Ella le dijo:

—¡Sois un asesino!

El sacerdote la cogió entre sus brazos con furia y se echó a reír con una risa abominable.

—¡Pues sí, un asesino! —dijo—. ¡Y serás mía! Ya que no me quieres como esclavo, me tendrás como amo. Serás mía. Tengo una guarida y voy a llevarte allí. Vendrás conmigo, tendrás que venir conmigo, si no, te entregaré. ¡O morir o ser mía! ¡Ser del sacerdote! ¡Ser del apóstata! ¡Ser del asesino! Desde esta misma noche, ¿me oyes? ¡Vamos! ¡Alegría! ¡Vamos! ¡Bésame, loca! ¡La tumba o mi lecho!

Sus ojos brillaban de impureza y de rabia. Su boca lasciva enrojecía el cuello de la joven, que se debatía entre sus brazos mientras él la cubría de besos espumantes.

—¡No me muerdas, monstruo! —gritó ella—. ¡Eres odioso, infecto, déjame! ¡Voy a arrancarte tus asquerosos cabellos y a arrojártelos a puñados a la cara!

Él enrojeció, palideció, hasta que acabó por soltarla y mirarla con un aire sombrío. Ella se creyó victoriosa y prosiguió:

—¡Te digo que soy de Phoebus, que es a Phoebus a quien amo, que es Phoebus quien es apuesto! ¡Tú, cura, eres viejo! ¡Eres feo! ¡Vete!

Él profirió un grito violento, como el miserable al que le aplican un hierro candente.

—¡Muere, pues! —dijo entre un rechinar de dientes.

Ella vio su atroz mirada y trató de huir. Él la asió de nuevo, la zarandeó, la tiró al suelo y se dirigió con pasos rápidos hacia la esquina de la Tour-Roland, arrastrándola tras de sí cogida por las manos.

Al llegar allí, se volvió hacia ella:

—Por última vez, ¿quieres ser mía?

Esmeralda contestó con firmeza:

—¡No!

Entonces él dijo gritando:

—¡Gudule! ¡Gudule! Aquí tienes a la egipcia. ¡Véngate!

La joven notó que la agarraban bruscamente por el codo. Miró. Era un brazo descarnado que salía de una lucera practicada en la pared y que la sujetaba como una mano de hierro.

—¡Sujétala bien! —dijo el sacerdote—. Es la egipcia huida. No la sueltes. Yo voy a buscar a los alguaciles. La verás colgada.

Una risa gutural contestó desde el interior de la pared a aquellas sangrientas palabras.

—¡Ja, ja, ja!

La egipcia vio al sacerdote alejarse corriendo en dirección del puente de Notre-Dame. Por ese lado se oía un galope de caballos.

La muchacha había reconocido a la malvada reclusa. Jadeando de terror, intentó soltarse. Se retorció, dio varios tirones impulsada por la angustia y la desesperación, pero la mujer la sujetaba con una fuerza inaudita. Los dedos huesudos que la lastimaban se crispaban sobre su carne y le rodeaban todo el brazo. Era más que una cadena, más que un collar de hierro, era una tenaza inteligente y viva que salía del muro.

Exhausta, se apoyó contra la pared, y entonces el miedo a la muerte se apoderó de ella. Pensó en la belleza de la vida, en la juventud, en la visión del cielo, en los aspectos de la naturaleza, en el amor, en Phoebus, en todo lo pasado y en todo lo venidero, en el sacerdote que la denunciaba, en el verdugo que vendría, en el patíbulo que estaba allí. Sintió cómo el pánico le subía hasta la raíz de los cabellos y oyó la risa lúgubre de la reclusa que le decía bajito:

—¡Ja, ja, ja! ¡Van a ahorcarte!

Se volvió, moribunda, hacia la lucera y vio el rostro salvaje de la Sachette a través de los barrotes.

—¿Qué os he hecho yo? —dijo, casi inánime.

La reclusa no respondió, se puso a mascullar con una entonación cantarina, irritada y burlona:

—¡Hija de Egipto! ¡Hija de Egipto! ¡Hija de Egipto!

La desventurada Esmeralda dejó caer la cabeza al darse cuenta de que no trataba con un ser humano.

De pronto, la reclusa exclamó, como si la pregunta de la egipcia hubiera tardado todo ese tiempo en llegar a su mente:

—¿Que qué me has hecho, dices…? ¡Ah! ¿Que qué me has hecho, egipcia? Pues bien, escucha…Yo tenía un hijo, ¿sabes? Tenía un hijo. ¡Un hijo, te digo…! ¡Una preciosa niña…! Mi Agnès —prosiguió, extraviada, mientras besaba algo en las tinieblas—. ¡Pues bien, hija de Egipto, me quitaron a mi hija, me robaron a mi hija, se comieron a mi hija! Eso es lo que me has hecho.

La joven contestó como el cordero al lobo:

—¡Tal vez yo aún no había nacido!

—¡Oh, sí! —repuso la reclusa—. Seguro que tú habías nacido. Tú estabas allí. ¡Ella tendría tu edad…! Hace quince años que estoy aquí, quince años que sufro, quince años que rezo, quince años que me golpeo la cabeza contra las cuatro paredes… Te digo que fueron unas egipcias las que me la robaron, ¿lo oyes?, y las que se la comieron con sus dientes… ¿Tienes corazón? Imagínate lo que es un niño que juega, un niño que mama, un niño que duerme. ¡Es tan inocente…! ¡Pues bien, eso es lo que me robaron, lo que mataron! ¡Dios lo sabe bien…! Hoy me toca a mí, voy a comer carne de egipcia… ¡Oh, cómo te mordería si los barrotes no me lo impidieran! ¡Tengo la cabeza demasiado grande…! ¡Pobre pequeñina! ¡Mientras dormía! ¡Y si la despertaron al cogerla, por más que gritara, yo no estaba allí…! ¡Ah, madres egipcias, os comisteis a mi hija! ¡Venid a ver a la vuestra!

Entonces se echó a reír o a hacer rechinar los dientes, las dos cosas se confundían en aquella cara furiosa. Empezaba a despuntar el alba. Un reflejo ceniciento iluminaba vagamente esta escena, y el patíbulo se volvía cada vez más nítido en la plaza. Por el otro lado, hacia el puente de Notre-Dame, la pobre condenada creía oír acercarse el galope de caballos.

—¡Señora! —gritó juntando las manos, de rodillas, con el cabello revuelto, desesperada, muerta de miedo—. ¡Señora! Tened piedad. Ya vienen. Yo no os he hecho nada. ¿Queréis verme morir de esa horrible manera? Estoy segura de que sois compasiva. Es demasiado horrible. Dejadme escapar. ¡Soltadme, por favor! ¡No quiero morir así!

—¡Devuélveme a mi hija! —dijo la reclusa.

—¡Piedad! ¡Piedad!

—¡Devuélveme a mi hija!

—¡En nombre del cielo, soltadme!

—¡Devuélveme a mi hija!

La joven cayó otra vez, agotada, destrozada, ya con la mirada vidriosa del que está en la fosa.

—¡Ay! —balbució—, vos buscáis a vuestra hija y yo busco a mis padres.

—¡Devuélveme a mi pequeña Agnès! —insistió Gudule—. ¿No sabes dónde está? ¡Entonces, muere…! Voy a decirte algo. Yo era una mujer de vida alegre, tenía una hija y me la quitaron… Fueron las egipcias. Así que, como ves, tienes que morir. Cuando tu madre egipcia venga a reclamarte, le diré: ¡Madre, mira esa horca…! O devuélveme a mi hija… ¿Sabes dónde está mi hijita? Espera, voy a enseñarte una cosa. Este es su zapatito, todo lo que me queda de ella. ¿Sabes dónde puede estar su pareja? Si lo sabes, dímelo, y si está en el otro extremo del mundo, iré a buscarlo andando de rodillas.

Mientras decía esto, con el otro brazo extendido por fuera de la lucera le enseñaba a la egipcia el zapatito bordado. Había ya suficiente claridad para distinguir su forma y sus colores.

—¡Dejadme ver ese zapatito! —dijo la egipcia estremeciéndose—. ¡Dios mío! ¡Dios mío!

Y al mismo tiempo, con la mano que tenía libre, abrió la bolsita adornada con abalorios verdes que llevaba colgada del cuello.

—¡Anda, anda! —mascullaba Gudule—. ¡Toquetea tu amuleto del demonio!

De pronto, se interrumpió, tembló de la cabeza a los pies y gritó con una voz que venía de lo más profundo de sus entrañas:

—¡Mi hija!

La egipcia acababa de sacar de su bolsa un zapatito absolutamente igual que el otro. El zapatito llevaba atado un pergamino en el que estaba escrito este pareado:

Un día su pareja encontrarás,

y ese día tu madre te abrazará.

A la velocidad del rayo, la reclusa puso juntos los dos zapatos, leyó la inscripción del pergamino y pegó a los barrotes de la lucera la cara, deslumbrante de una alegría celestial, gritando:

—¡Hija mía! ¡Hija mía!

—¡Madre! ¡Madre! —contestó la egipcia.

Llegados a este punto, renunciamos a describir la escena.

La pared y los barrotes de hierro se interponían entre ellas.

—¡Oh, la pared! —gritó la reclusa—. ¡Verla y no poder abrazarla! ¡Tu mano! ¡Tu mano!

La joven pasó un brazo a través de la lucera y la reclusa se abalanzó sobre su mano, pegó sus

labios a ella y permaneció así, abismada en ese beso, sin dar otro signo de vida que un sollozo que levantaba sus caderas de cuando en cuando. Sin embargo, lloraba a mares, en silencio, en la oscuridad, como una lluvia nocturna. La pobre madre vaciaba a oleadas sobre aquella mano adorada el negro y profundo pozo de lágrimas que llevaba dentro, en el que todo su dolor había penetrado gota a gota desde hacía quince años.

De repente, se levantó, se apartó los largos cabellos grises de la frente y, sin decir una palabra, empezó a zarandear con las dos manos los barrotes de la celda con más furia que una leona. Los barrotes resistieron. Entonces fue a buscar a un rincón de la celda un grueso adoquín que le servía de almohada y lo lanzó contra ellos con tal violencia que uno de los barrotes se partió despidiendo chispas. Un segundo golpe rompió totalmente la vieja cruz de hierro que cerraba la lucera. Con las dos manos, acabó de doblar y apartar los trozos oxidados de barrotes. Hay momentos en que las manos de una mujer tienen una fuerza sobrehumana.

Una vez libre el paso, y no hizo falta más de un minuto para ello, cogió a su hija por la cintura y tiró de ella para meterla en la celda.

—Ven, voy a sacarte del abismo —murmuraba.

Cuando su hija estuvo dentro, la dejó suavemente en el suelo, enseguida volvió a cogerla, y llevándola en brazos como si siguiera siendo su pequeña Agnès, se desplazaba por el estrecho cubículo, alegre, ebria, loca de contento, cantando, besando a su hija, hablándole, riendo, deshaciéndose en lágrimas, todo a la vez y arrebatadoramente.

—¡Hija mía! ¡Hija mía! —decía—. ¡Tengo a mi hija! ¡Está aquí! Dios me la ha devuelto. ¡Eh, venid todos! ¡Hay alguien ahí para ver que tengo a mi hija! ¡Señor Jesús, qué guapa es! Me habéis hecho esperar quince años, Dios mío, pero ha sido para devolvérmela más guapa… Entonces, ¡las egipcias no se la habían comido! ¿Quién había dicho tal cosa? ¡Mi niñita! ¡Mi niñita! ¡Bésame! ¡Qué buenas son las egipcias! ¡Quiero a las egipcias…! ¿Eres tú de verdad? Claro, por eso me daba un vuelco el corazón cada vez que pasabas por aquí. ¡Y yo que lo confundía con odio! Perdóname, Agnès, perdóname. Te parecía muy mala, ¿verdad? Te quiero… ¿Todavía tienes aquella señal en el cuello? Veamos… Sí, sigues teniéndola. ¡Eres preciosa! He sido yo quien os ha hecho esos ojazos, ¿sabéis, señorita? Bésame. Te quiero. Me da igual que las otras madres tengan hijos, ahora no me preocupan lo más mínimo. Que vengan, si quieren. Aquí está la mía. Qué cuello, qué ojos, qué cabellera, qué manos tiene. ¡A ver quién encuentra algo más bello! ¡Ah, esta tendrá muchos pretendientes, os lo digo yo! He llorado quince años. Toda mi belleza se ha ido en ese tiempo, y la ha adquirido ella. ¡Bésame!

Le decía mil cosas extravagantes, hermosas por el tono que empleaba, desarreglaba la ropa de la pobre muchacha hasta sonrojarla, le alisaba sus cabellos de seda con las manos, le besaba los pies, las rodillas, la frente, los ojos, se extasiaba con todo. La joven se dejaba hacer, repitiendo muy bajito y con una dulzura infinita:

—¡Madre!

—Ya verás, mi niña —proseguía la reclusa, intercalando besos entre sus palabras—, ya verás cuánto voy a quererte. Nos iremos de aquí. Vamos a ser muy felices. He heredado algo en Reims, en nuestra tierra. En Reims, ya sabes. ¡Ah, no, no lo sabes, claro, eras demasiado pequeña! ¡Si

supieras lo guapa que eras a los cuatro meses! ¡Tenías unos piececitos que la gente venía a ver por curiosidad desde Épernay, que está a siete leguas! Tendremos un terreno y una casa. Te acostaré en mi cama. ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿Quién podría creerlo? ¡Tengo a mi hija!

—¡Oh, madre! —dijo la joven, encontrando por fin fuerzas para hablar pese a su emoción—. La egipcia me lo había asegurado. Había una buena mujer que murió el año pasado y que siempre había cuidado de mí como una nodriza. Fue ella quien me colgó esta bolsita al cuello. Siempre me decía: Pequeña, guarda bien esta joya. Es un tesoro que te permitirá encontrar a tu madre. Llevas a tu madre colgada del cuello. ¡La egipcia lo había predicho!

La Sachette estrechó de nuevo a su hija entre sus brazos.

—¡Ven que te bese! Eres encantadora hablando. Cuando estemos en casa, calzaremos a un niño Jesús de la iglesia con estos zapatitos. Se lo debemos a la santísima Virgen. ¡Dios mío, qué bonita voz tienes! ¡Cuando me hablabas hace un momento, era como oír música! ¡Ah, Señor Dios mío, he encontrado a mi hija! ¡Es increíble esta historia! Si no me he muerto de alegría, es que no morimos de nada. —Se puso otra vez a batir palmas, y a reír, y a gritar—: ¡Vamos a ser muy felices!

En ese momento a la celda llegó un tintineo de armas y un galope de caballos que parecía venir del puente de Notre-Dame y acercarse cada vez más por el muelle. La egipcia se abalanzó angustiada en brazos de la Sachette.

—¡Salvadme! ¡Salvadme, madre! ¡Ya vienen!

La reclusa se quedó pálida.

—¡Cielo santo! ¿Qué dices? ¡Había olvidado que te persiguen! ¿Qué has hecho?

—No lo sé —respondió la desdichada criatura—, pero estoy condenada a muerte.

—¡A muerte! —dijo Gudule, tambaleándose como si la hubiera alcanzado un rayo—. ¡A muerte! —repitió despacio, mirando fijamente a su hija.

—Sí, madre —contestó la joven, desesperada—. Quieren matarme. Vienen a prenderme. ¡Esa horca es para mí! ¡Salvadme! ¡Salvadme! ¡Ya llegan! ¡Salvadme!

La reclusa permaneció unos instantes inmóvil, como petrificada, y luego movió la cabeza en muestra de duda.

—¡Jo, jo, jo! —De pronto se había puesto a reír con aquellas horribles carcajadas de antes—. Es un sueño lo que me dices. ¡Claro que sí! ¡Resulta que la había perdido, eso había durado quince años, y luego la encontraba y eso solo duraba un minuto! ¡Volvían a quitármela! ¡Y ahora, cuando es guapa, cuando es mayor, cuando me habla, cuando me quiere, ahora es cuando venían a comérsela delante de mis ojos, delante de mí, que soy su madre! ¡Oh, no! ¡Esas cosas no son posibles! ¡Dios no permite que sucedan!

El galope pareció detenerse y se oyó una voz lejana que decía:

—¡Por aquí, micer Tristan! El sacerdote dice que la encontraremos en el Agujero de las Ratas.

El ruido de caballos volvió a oírse. La reclusa se puso de pie profiriendo un grito desesperado:

—¡Huye! ¡Huye, hija mía! Ahora me acuerdo de todo. Tienes razón. ¡Es tu muerte! ¡Horror! ¡Maldición! ¡Huye! —Asomó la cabeza por la lucera y la retiró rápidamente—. Quédate —dijo en voz baja y lúgubre apretando convulsivamente la mano de la egipcia, más muerta que viva—.

¡Quédate! ¡No respires! Hay soldados por todas partes. No puedes salir. Hay demasiada luz.

Sus ojos estaban secos y ardientes. Se quedó un momento callada. Solo daba grandes pasos por la celda, y se paraba de vez en cuando para arrancarse puñados de pelo gris que después rompía con los dientes.

—Ya se acercan —dijo de pronto—. Voy a hablar con ellos. Escóndete en ese rincón. No te verán. Les diré que te has escapado, que te solté.

Dejó a su hija, a la que todavía llevaba en brazos, en una esquina de la celda que no se veía desde fuera. La colocó de manera que ni sus pies ni sus manos sobrepasaran la oscuridad, le soltó su cabellera negra y la extendió sobre su vestido blanco para taparlo, puso ante ella la jarra y el adoquín, los únicos muebles que tenía, creyendo que la ocultarían. Y cuando hubo terminado, ya más tranquila, se arrodilló y rezó. El día, que no hacía sino empezar a despuntar, dejaba aún muchas tinieblas en el Agujero de las Ratas.

En ese instante, la voz del sacerdote, aquella voz infernal, pasó muy cerca de la celda gritando:

—¡Por aquí, capitán Phoebus de Châteaupers!

Al oír ese nombre, al oír esa voz, Esmeralda, agazapada en su rincón, hizo un movimiento.

—¡No te muevas! —dijo Gudule.

Apenas acababa de decirlo cuando un tumulto de hombres, de espadas y de caballos se detuvo alrededor de la celda. La madre se levantó deprisa y fue a apostarse ante la lucera para cubrirla. Vio una numerosa tropa de soldados, a pie y a caballo, formada en la Grève. El que estaba al mando puso pie a tierra y se dirigió hacia ella.

—¡Tú, vieja! —dijo aquel hombre, que tenía un semblante atroz—, buscamos a una bruja para colgarla. Nos han dicho que la tenías tú.

La pobre madre adoptó la expresión más indiferente que pudo y respondió:

—No sé qué queréis decir.

El hombre repuso:

—¡Voto a Dios! ¿Qué historia contaba entonces ese loco del arcediano? ¿Dónde está?

—Monseñor —dijo un soldado—, ha desaparecido.

—Ándate con ojo, vieja loca —prosiguió el comandante—, no me mientas. Te han dejado a una bruja para que la retengas. ¿Qué has hecho con ella?

La reclusa no quiso negarlo todo por miedo a despertar sospechas y respondió en un tono sincero y enfurruñado:

—Si os referís a una muchacha que me han puesto en las manos hace un rato, debo deciros que me mordió y la solté. Ya lo sabéis. Dejadme en paz.

El comandante hizo una mueca de contrariedad.

—¡No se te ocurra mentirme, viejo espectro! —repuso—. Me llamo Tristan l'Hermite y soy compadre del rey. Tristan l'Hermite, ¿me oyes? —Mirando la plaza de Grève, añadió—: Es un nombre que tiene bastante eco aquí.

—Aunque fuerais Satán l'Hermite —replicó Gudule, que estaba recobrando la esperanza—, no tendría otra cosa que deciros ni tendría miedo de vos.

—¡Voto a Dios! —exclamóTristan—. ¡La joven bruja se ha escapado! ¿Y por dónde se fue?

Gudule respondió en un tono despreocupado:

—Por la calle Mouton, creo.

Tristan volvió la cabeza e indicó a sus hombres que se prepararan para reanudar la marcha. La reclusa respiró.

—Monseñor —dijo de pronto un arquero—, preguntadle a la vieja por qué los barrotes de la lucera están tan rotos.

Esta pregunta devolvió la angustia al corazón de la miserable madre. Sin embargo, no perdió del todo la presencia de ánimo.

—Siempre han estado así —balbució.

—¡Ya! —repuso el arquero—. Todavía ayer formaban una hermosa cruz negra que inspiraba devoción.

Tristan dirigió una mirada de soslayo a la reclusa.

—¡Creo que la comadre se pone nerviosa!

La desventurada presintió que todo dependía de su aplomo y, con el corazón en un puño, se echó a reír. Las madres poseen esa fortaleza.

—¡Bah! —dijo—. Ese hombre está borracho. Hace más de un año que la trasera de una carreta cargada de piedras chocó contra la lucera y rompió los barrotes. ¡Cómo maldije al carretero!

—Es verdad —dijo otro arquero—, yo estaba allí.

En todas partes hay gente que lo ha visto todo. Aquel testimonio inesperado del arquero animó a la reclusa, a quien el interrogatorio hacía atravesar un abismo por el filo de un cuchillo.

Pero estaba condenada a una alternancia continua de esperanza y de alarma.

—Si una carreta hubiera hecho eso —repuso el primer soldado—, los trozos de los barrotes deberían estar doblados hacia dentro y no hacia fuera, como en realidad están.

—Tienes olfato de instructor del Châtelet —le dijo Tristan al soldado—. ¡Eh, vieja, responded a lo que dice!

—¡Dios mío! —exclamó la reclusa sintiéndose acorralada, con voz, muy a su pesar, llorosa—. Os juro, monseñor, que fue una carreta lo que rompió los barrotes. Habéis oído decir a ese hombre que lo vio. Además, ¿qué tiene que ver eso con la egipcia que buscáis?

—¡Hum! —masculló Tristan.

—¡Diablos! —exclamó el soldado, halagado por el elogio del preboste—. ¡Es evidente que el hierro está recién roto!

Tristan meneó la cabeza. Ella palideció.

—¿Cuánto tiempo decís que hace de lo de la carreta?

—Un mes, quince días quizá, monseñor. ¡Ya no me acuerdo!

—Antes dijo más de un año —observó el soldado.

—¡Esto es sospechoso! —dijo el preboste.

—¡Monseñor! —gritó ella, pegada a la lucera y temiendo que la sospecha los empujara a meter la cabeza a través de ella para mirar el interior de la celda—. Monseñor, os juro que fue una carreta la que rompió la reja. ¡Os lo juro por todos los santos ángeles del paraíso! ¡Si no fue una carreta, quiero ser eternamente condenada y reniego de Dios!

—¡Juras con mucho apasionamiento! —dijo Tristan con su mirada de inquisidor.

La pobre mujer sentía desvanecerse cada vez más su aplomo. Estaba cometiendo errores y se daba cuenta con terror de que no decía lo que debería decir.

En ese momento llegó otro soldado gritando:

—¡Monseñor, la vieja miente! La bruja no se ha escapado por la calle Mouton. La cadena de la calle ha estado echada toda la noche y el guardacadenas no ha visto pasar a nadie.

Tristan, cuya expresión se tornaba cada vez más siniestra, preguntó a la reclusa:

—¿Qué tienes que decir a esto?

Ella intentó plantar cara a este nuevo revés:

—Que no lo sé, monseñor, que quizá me haya equivocado. En realidad, creo que ha cruzado el río.

—Es el lado opuesto —dijo el preboste—. No parece lógico que haya querido volver a la Cité, que es donde la perseguían. ¡Mientes, vieja!

—Además —añadió el primer soldado—, no hay ninguna barca ni a este lado del río ni al otro.

—Lo habrá cruzado a nado —replicó la reclusa, defendiendo el terreno palmo a palmo.

—¿Acaso nadan las mujeres? —dijo el soldado.

—¡Voto a Dios! ¡Mientes, vieja! ¡Mientes! —exclamó Tristan, encolerizado—. Me entran ganas de dejar a la bruja y colgarte a ti. Un cuarto de hora de tortura tal vez te arranque la verdad del gaznate. ¡Andando! ¡Vas a venir con nosotros!

Ella se agarró a estas palabras con avidez.

—Como queráis, monseñor. Adelante, adelante. La tortura, sí. ¡Llevadme! ¡Rápido! ¡Rápido! ¡Vayámonos ya!

«Mientras tanto —pensaba—, mi hija escapará.»

—¡Vive Dios! —dijo el preboste—. ¡Qué apetito de potro! No entiendo a esta loca.

Un viejo soldado de la guardia con el pelo gris se adelantó y le dijo al preboste:

—¡Efectivamente, está loca, monseñor! Si ha dejado escapar a la egipcia, seguro que no ha sido por gusto, pues no le tiene ninguna simpatía a las egipcias. Hace quince años que hago la ronda y todas las noches la oigo renegar de las mujeres gitanas y proferir maldiciones interminables. Y si la gitana a la que estamos persiguiendo es, como creo, la joven bailarina de la cabra, a esa la detesta especialmente.

Gudule hizo un esfuerzo y dijo:

—A esa especialmente, sí.

El testimonio unánime de los hombres de la guardia confirmó al preboste las palabras del viejo soldado. Tristan l’Hermite, perdiendo la esperanza de sacar nada en claro de la reclusa, le volvió la espalda. Ella lo vio, con una ansiedad inenarrable, dirigirse lentamente hacia su caballo.

—Vamos —decía entre dientes—. ¡En marcha! Sigamos buscando. No descansaré hasta que la egipcia esté colgada.

Sin embargo, vaciló todavía un momento antes de montar en el caballo. Gudule palpitaba entre la vida y la muerte viéndolo pasear alrededor de la plaza aquel rostro inquieto de perro de caza que siente cerca la madriguera del animal y se resiste a alejarse. Finalmente, meneó la cabeza y

montó. El corazón tan horriblemente comprimido de Gudule se dilató, y la mujer dijo en voz baja dirigiendo una mirada a su hija, cosa que no se había atrevido a hacer desde que los soldados estaban allí:

—¡Salvada!

La pobre muchacha había permanecido todo aquel tiempo en su rincón, sin respirar apenas, totalmente inmóvil, con la idea de la muerte ante ella. Había asistido a la escena entre Gudule y Tristan, y todas las angustias de su madre las había vivido ella también. Había oído los crujidos sucesivos del hilo que la tenía suspendida sobre el abismo, había creído veinte veces verlo romperse, y por fin comenzaba a respirar y a sentir los pies en tierra firme. En ese momento oyó una voz que le decía al preboste:

—¡Cuernos! Señor preboste, no es cosa mía, que soy hombre de armas, colgar brujas. La revuelta de la canalla ya está sofocada. Dejo ese trabajo para vos. Os parecerá bien que vaya a reunirme con mi compañía, puesto que se encuentra sin capitán.

Aquella era la voz de Phoebus de Châteaupers. Lo que Esmeralda sintió es indescriptible. ¡Así que estaba él allí, su amigo, su protector, su apoyo, su refugio, su Phoebus! Se levantó, y antes de que su madre hubiera podido impedírselo se había abalanzado hacia la lucera gritando:

—¡Phoebus! ¡A mí, Phoebus!

Phoebus ya no estaba. Acababa de doblar al galope la esquina de la calle Coutellerie. Pero Tristan aún no se había ido.

La reclusa se precipitó sobre su hija con un rugido. La echó violentamente hacia atrás, clavándole las uñas en el cuello. Una tigresa no defiende mejor a sus cachorros. Pero era demasiado tarde. Tristan la había visto.

—¡Vaya, vaya! —exclamó con una risotada que mostraba todos sus dientes y asemejaba su cara al hocico de un lobo—. ¡Dos ratones en la ratonera!

—Me lo figuraba —dijo el soldado.

Tristan le dio unas palmadas en el hombro.

—¡Eres un buen gato! —dijo—. Vamos. ¿Dónde está Henriet Cousin?

Un hombre que no iba vestido de soldado ni tenía aspecto de tal se adelantó. Llevaba un traje gris y marrón, mangas de cuero y un paquete de cuerdas en sus grandes manos. Ese hombre acompañaba siempre a Tristan, el cual acompañaba siempre a Luis XI.

—Amigo —dijo Tristan l'Hermite—, supongo que es la bruja que buscábamos. Cuélgala. ¿Has traído la escalera?

—Hay una allí, en el cobertizo de la Casa de los Pilares —respondió el hombre—. ¿Es en esa justicia donde vamos a hacerlo? —preguntó, señalando el patíbulo de piedra.

—Sí.

—¡Ja, ja, ja! No vamos a tener que andar mucho —dijo el hombre, con una sonora risa todavía más bestial que la del preboste.

—¡Date prisa! —dijo Tristan—. Ya reirás después.

La reclusa, mientras tanto, no había dicho una palabra desde que Tristan había descubierto a su hija y ya no quedaba ninguna esperanza. Había arrojado a la pobre egipcia medio muerta a un

rincón del sepulcro y se había colocado de nuevo en la lucera, con las manos apoyadas como dos garras en el alféizar. En esa actitud, se la veía pasear intrépidamente sobre todos aquellos soldados la mirada, que se había vuelto otra vez feroz y extraviada. Cuando Henriet Cousin se acercó al cubículo, le puso una cara tan salvaje que le hizo retroceder.

—Monseñor —dijo este acercándose al preboste—, ¿a cuál hay que coger?

—A la joven.

—Menos mal, porque la vieja parece dura de pelar.

—¡Pobre bailarina de la cabra! —dijo el viejo soldado de la guardia.

Henriet Cousin se acercó a la lucera. Incapaz de sostener la mirada de la madre, dijo con bastante timidez:

—Señora…

Ella lo interrumpió con una voz muy baja y furiosa:

—¿Qué quieres?

—No es a vos —respondió—, es a la otra.

—¿A qué otra?

—A la joven.

Ella se puso entonces a mover de un lado a otro la cabeza gritando:

—¡No hay nadie! ¡No hay nadie! ¡No hay nadie!

—Sí —insistió el verdugo—, lo sabéis perfectamente. Dejadme coger a la joven. A vos no quiero haceros daño.

Ella repuso con una risa extraña:

—¡Ah! ¡A mí no quieres hacerme daño!

—Dejadme a la otra, señora. Es la voluntad del señor preboste.

La vieja repitió con expresión perturbada:

—¡No hay nadie!

—¡Os digo que sí! —replicó el verdugo—. Todos hemos visto que erais dos.

—¡Ven y mira! —dijo la reclusa, riendo—. Mete la cabeza por la lucera.

El verdugo observó las uñas de la madre y no se atrevió.

—¡Date prisa! —gritó Tristan, que acababa de colocar a su tropa en círculo alrededor del Agujero de las Ratas y permanecía a caballo junto al patíbulo.

Henriet, sintiéndose muy incómodo, se acercó de nuevo al preboste. Había dejado la cuerda en el suelo y, con gesto torpe, daba vueltas al sombrero que tenía entre las manos.

—Monseñor —le preguntó—, ¿por dónde entro?

—Por la puerta.

—No hay puerta.

—Pues por la ventana.

—Es demasiado estrecha.

—Entonces, ensánchala —dijo Tristan, encolerizado—. ¿No tienes picos?

Desde el fondo de su antro, la madre, en la misma actitud, miraba. Ya no esperaba nada, ya no sabía lo que quería, pero desde luego no que le quitaran a su hija.

Henriet Cousin fue a buscar al cobertizo de la Casa de los Pilares la caja de los útiles para las ejecuciones. Cogió también la escalera de tijera y la colocó inmediatamente junto al patíbulo. Cinco o seis hombres del prebostazgo se armaron de picos y palancas, y Tristan se dirigió con ellos hacia la lucera.

—Vieja —dijo el preboste con severidad—, entréganos a esa muchacha por las buenas.

Ella lo miró como si no entendiera lo que decía.

—¡Voto a Dios! —exclamó Tristan—. ¿Qué interés tienes en impedir que colguemos a esa bruja, como es deseo del rey?

La miserable se echó a reír con su risa feroz.

—¿Que qué interés tengo? Es mi hija.

El tono en el que pronunció esta frase hizo estremecer al propio Henriet Cousin.

—Lo siento mucho —replicó el preboste—, pero es el deseo del rey.

Ella gritó, riendo con más ferocidad aún:

—¿Qué me importa a mí tu rey? ¡Te digo que es mi hija!

—Perforad la pared —dijo Tristan.

Para practicar una abertura suficientemente grande, bastaba retirar un sillar justo debajo de la lucera. Cuando la madre oyó los picos y las palancas minando su fortaleza, profirió un grito aterrador y se puso a dar vueltas a una velocidad increíble por la celda, costumbre de animal salvaje adquirida en aquella jaula. No decía nada, pero sus ojos despedían llamas. Los soldados estaban en el fondo de su corazón helados.

De pronto cogió el adoquín, rió y lo arrojó con las dos manos contra los trabajadores. La piedra, lanzada con torpeza, pues las manos le temblaban, no alcanzó a nadie y fue a parar a los pies del caballo de Tristan. Gudule hizo rechinar los dientes.

Aunque el sol no había salido del todo, ya había claridad. Una bella luz rosada alegraba las viejas y carcomidas chimeneas de la Casa de los Pilares. Era la hora en que las ventanas más madrugadoras de la gran ciudad se abren alegremente en los tejados. Algunos villanos y algunos fruteros que iban al mercado en su burro empezaban a atravesar la Grève, se detenían un momento ante el grupo de soldados apiñados alrededor del Agujero de las Ratas, lo miraban extrañados y pasaban de largo.

La reclusa había ido a sentarse junto a su hija y, con la mirada perdida en el vacío, la cubría con su cuerpo y escuchaba a la pobre criatura, que no se movía y murmuraba en voz baja una única palabra:

—¡Phoebus! ¡Phoebus!

A medida que el trabajo de los demoledores parecía avanzar, la madre retrocedía maquinalmente y apretaba cada vez más a su hija contra la pared. De repente la reclusa vio moverse la piedra (pues vigilaba atentamente y no apartaba la vista de ella) y oyó la voz de Tristan animando a los trabajadores. Entonces salió del abatimiento en que había caído hacía un rato y se puso a gritar, y mientras hablaba, su voz pasaba de desgarrar los oídos como una sierra a balbucir, como si todas las maldiciones se hubieran agolpado en sus labios para estallar a la vez.

—¡Aaaaah! ¡Esto es horrible! ¡Sois unos bandidos! ¿De verdad vais a quitarme a mi hija? ¡Os

digo que es mi hija! ¡Cobardes! ¡Despreciables verdugos! ¡Miserables canallas y asesinos! ¡Socorro! ¡Socorro! ¡Fuego! Pero ¿es que van a quitarme a mi hija así? ¿Quién es, entonces, ese al que llaman Dios?

Dirigiéndose a Tristan, echando espumarajos por la boca, con los ojos extraviados, a cuatro patas como una pantera y totalmente erizada, continuó:

—¡Acércate un poco para quitarme a mi hija y verás! ¿No comprendes acaso que esta mujer te dice que es su hija? ¿Sabes tú lo que es tener un hijo? ¡Eh, lobo carnicero!, ¿no has yacido nunca con tu loba? ¿Nunca has tenido un lobezno? Y si tienes crías, ¿no se te remueven las entrañas cuando las oyes aullar?

—Retirad de una vez la piedra —dijo Tristan—. Ya se desprende.

Las palancas levantaron el pesado sillar. Era, como hemos dicho, el último refugio de la madre. Esta se abalanzó sobre él, intentó sujetarlo, arañó la piedra con las uñas, pero el bloque macizo, movido por seis hombres, se le escapó y fue deslizándose despacio hasta el suelo a lo largo de las palancas de hierro.

La madre, viendo el camino expedito, se echó atravesada delante de la abertura cerrando el paso con su cuerpo, retorciéndose los brazos, golpeando la losa con la cabeza y gritando con una voz ronca por el cansancio y apenas audible:

—¡Socorro! ¡Fuego! ¡Fuego!

—Ahora, coged a la muchacha —ordenó Tristan con la misma impasibilidad que había mostrado hasta entonces.

La madre miró a los soldados de un modo tan formidable que estos se sentían más inclinados a retroceder que a avanzar.

—¡Vamos! —repitió el preboste—. ¡Tú, Henriet Cousin!

Nadie dio un paso.

—¡Vive Cristo! —juró el preboste—. ¡Mis soldados, miedo de una mujer!

—Monseñor —dijo Henriet—, ¿llamáis a eso una mujer?

—¡Tiene la melena de un león! —dijo otro.

—¡Vamos! —repitió el preboste—. La abertura es bastante ancha. Entrad de tres en fondo como en la brecha de Pontoise. ¡Acabemos, por Mahoma! ¡Al primero que retroceda lo parto en dos!

Situados entre el preboste y la madre, ambos amenazadores, los soldados titubearon un momento antes de avanzar, resignados, hacia el Agujero de las Ratas.

Cuando la reclusa vio aquello, se incorporó bruscamente para ponerse de rodillas, se apartó el pelo de la cara y dejó caer sus manos huesudas sobre los muslos. Unas gruesas lágrimas brotaron una a una de sus ojos y se deslizaron por una arruga a lo largo de sus mejillas como un torrente por el lecho que él mismo ha abierto. Al mismo tiempo se puso a hablar, pero con una voz tan suplicante, tan dulce, tan sumisa y tan desgarradora que, alrededor de Tristan, más de un antiguo cómitre capaz de comer carne humana se enjugaba los ojos.

—¡Señores míos! Señores soldados, unas palabras nada más. Se trata de algo que debo deciros. Es mi hija, ¿os dais cuenta?, la querida niñita que había perdido. Escuchad. Es una larga historia.

Yo conozco muy bien a los señores soldados. Siempre fueron buenos conmigo en la época en que los niños me tiraban piedras porque llevaba una vida airada. Ya veréis como me dejáis a mi hija cuando lo sepáis todo. Soy una pobre mujer de vida alegre. Las gitanas me la robaron. ¡Si hasta he guardado su zapatito durante quince años! Mirad, aquí está. Este piececito tenía. ¡En Reims! ¡La Chantefleurie! ¡En la calle Folle-Peine! A lo mejor conocisteis aquello. Era yo. En vuestra juventud, entonces era una buena época. Pasábamos buenos ratos. Tendréis compasión de mí, ¿verdad, señores? Las egipcias me la robaron, la han tenido escondida quince años. Yo la creía muerta. Figuraos si la creía muerta, amigos míos, que he pasado quince años aquí, en este tugurio, sin fuego en invierno. Eso es duro. ¡Pobre zapatito querido! He gritado tanto que por fin Dios me ha oído y esta noche me ha devuelto a mi hija. Es un milagro de Dios. No estaba muerta. Y no me la quitaréis, estoy segura. Si se tratara de mí, no diría nada, ¡pero de ella, una criatura de dieciséis años! ¡Dejad que tenga tiempo de ver el sol…! ¿Qué os ha hecho? Nada en absoluto. Y yo tampoco. Si supierais que solo la tengo a ella, que soy vieja, que es una bendición que la santísima Virgen me envía. ¡Además, sois todos tan buenos! No sabíais que era mi hija, pero ahora ya lo sabéis. ¡Oh, la quiero mucho! ¡Señor preboste, preferiría un agujero en mis entrañas que un arañazo en su dedo! ¡Tenéis aspecto de señor bondadoso! Lo que os estoy diciendo lo explica todo, ¿no es cierto? ¡Os lo suplico! ¡Oh, si habéis tenido madre, monseñor…! Vos sois el capitán, ¡dejadme a mi hija! ¡Tened en cuenta que os lo suplico de rodillas, como se suplica a Jesucristo! Yo no pido nada a nadie, yo soy de Reims, señores, tengo un huertecito de mi tío Mahiet Pradon. No soy una mendiga. No quiero nada, ¡pero quiero a mi hija! ¡Oh, quiero conservar a mi hija! ¡Dios, que es el dueño y señor, no me la ha devuelto para nada! ¡El rey! ¡Habláis del rey! ¡No le causará mucho placer que maten a mi niña! ¡Además, el rey es bueno! ¡Es mi hija! ¡Es mi hija! ¡Mía, no del rey! ¡No es vuestra! ¡Quiero irme! ¡Queremos irnos! ¡A dos mujeres que pasan, una de ellas la madre y la otra la hija, se las deja pasar! ¡Dejadnos pasar! ¡Somos de Reims! ¡Oh, sois muy buenos, señores soldados! Os quiero a todos. No me quitaréis a mi querida niña, es imposible. ¿No es verdad, que es totalmente imposible? ¡Hija mía! ¡Hija mía!

No intentaremos dar una idea de sus gestos, de su tono, de las lágrimas que sorbía mientras hablaba, de cómo juntaba las manos y se las retorcía, de las sonrisas conmovedoras, de las miradas anegadas, de los gemidos, de los suspiros, de los gritos miserables y sobrecogedores que mezclaba con sus palabras desordenadas, disparatadas e inconexas. Cuando calló, Tristan l'Hermite frunció el entrecejo, pero era para ocultar una lágrima que asomaba a sus ojos de tigre. Se sobrepuso, sin embargo, a esta debilidad y dijo, tajante:

—Es la voluntad del rey.

A continuación se inclinó y le dijo muy bajo a Henriet Cousin al oído:

—¡Acaba rápido!

El temible preboste sentía quizá que también a él le faltaba valor.

El verdugo y los soldados entraron en la celda. La madre no opuso ninguna resistencia; simplemente se arrastró hasta su hija y se echó sobre ella.

La egipcia vio a los soldados acercarse. El horror de la muerte la reanimó.

—¡Madre! —gritó con una angustia indescriptible—. ¡Madre, vienen a por mí! ¡Defendedme!

—Sí, cariño mío, yo te defenderé —contestó la madre con una voz apagada, y, estrechándola fuertemente entre sus brazos, la cubrió de besos. Abrazadas en el suelo, la madre sobre la hija, ofrecían un espectáculo digno de compasión.

Henriet Cousin asió a la joven por debajo de sus bonitos brazos. Cuando ella notó el contacto de aquella mano, dejó escapar un gemido y se desmayó. El verdugo, que derramaba gruesas lágrimas sobre ella, trató de cogerla en brazos. Intentó apartar a la madre, que, por así decirlo, había anudado sus manos en torno a la cintura de su hija, pero estaba agarrada a ella con tanta fuerza que fue imposible separarlas. Henriet Cousin sacó entonces a la joven arrastrándola, y a la madre tras ella. Esta última también tenía los ojos cerrados.

El sol salía en ese momento y había ya en la plaza una cantidad bastante considerable de gente que miraba desde cierta distancia lo que arrastraban por el suelo hacia el patíbulo. Pues era esta una peculiaridad del preboste Tristan en las ejecuciones: tenía la manía de impedir que los curiosos se acercaran.

No había nadie asomado a las ventanas. Solo se veía a lo lejos, en lo alto de la torre de Notre-Dame que domina la Grève, dos hombres que parecían mirar y cuya silueta negra se recortaba contra el cielo claro de la mañana.

Henriet Cousin se detuvo con lo que arrastraba al pie de la fatal escalera y, casi sin respiración por la compasión que aquello le producía, pasó la cuerda alrededor del adorable cuello de la muchacha. La desdichada joven sintió el horrible contacto del cáñamo. Abrió los ojos y vio el brazo descarnado de la horca de piedra extendido por encima de su cabeza. Entonces forcejeó y gritó con una voz potente y desgarradora:

—¡No! ¡No! ¡No quiero!

La madre, cuya cabeza estaba enterrada y perdida bajo el vestido de su hija, no dijo una sola palabra; solo vieron temblar todo su cuerpo y la oyeron redoblar los besos que le daba a la joven. El verdugo aprovechó ese momento para desasir rápidamente a la condenada de los brazos que la estrechaban. Bien por agotamiento o bien por desesperación, la madre lo dejó hacer. Henriet Cousin se echó entonces a la joven sobre un hombro, desde donde la encantadora criatura caía doblada graciosamente por la cintura. Después puso un pie en la escalera para empezar a subir.

En ese momento, la madre, echada en el suelo, abrió los ojos. Sin proferir un grito, se incorporó con una expresión terrible y, como un animal sobre su presa, se abalanzó sobre la mano del verdugo y la mordió. Fue tan rápido como un rayo. El verdugo gritó de dolor. Acudieron en su ayuda y retiraron con dificultad su mano ensangrentada de entre los dientes de la madre. Esta guardaba un profundo silencio. La empujaron con bastante brutalidad y observaron que su cabeza caía pesadamente al suelo. La levantaron y cayó de nuevo. Estaba muerta.

El verdugo, que no había soltado a la muchacha, empezó a subir la escalera.

2

«La creatura bella bianco vestita» (Dante)

Cuando Quasimodo vio que la celda estaba vacía, que la egipcia ya no estaba allí, que mientras él la defendía la habían raptado, se puso a tirarse del pelo con las dos manos y a patear el suelo con sorpresa y dolor. Luego echó a correr por toda la iglesia buscando a su gitana, profiriendo gritos extraños por todos los rincones y sembrando el suelo de cabellos rojos. Era justo el momento en que los arqueros del rey entraban victoriosos en Notre-Dame, buscando asimismo a la egipcia. Quasimodo los ayudó, sin sospechar, el pobre sordo, sus fatales intenciones; creía que los enemigos de la egipcia eran los truhanes. Él mismo condujo a Tristan l’Hermite a todos los escondites posibles, le abrió las puertas secretas, los dobles fondos de los altares y las sacristías. Si la desdichada hubiera estado todavía allí, él la habría entregado.

Cuando el fastidio de no encontrar nada hubo desanimado a Tristan, que no se desanimaba fácilmente, Quasimodo continuó buscando solo. Veinte veces, cien veces recorrió la iglesia, de izquierda a derecha, de arriba abajo, subiendo, bajando, corriendo, llamando, gritando, husmeando, escudriñando, rebuscando, metiendo la cabeza en todos los agujeros, iluminando con una antorcha todas las bóvedas, desesperado, loco. Un macho que ha perdido a su hembra no ruge ni se enfurece tanto.

Finalmente, cuando estuvo seguro, completamente seguro de que no estaba allí, de que todo había acabado, de que se la habían llevado, subió lentamente la escalera de las torres, aquella escalera que había subido tan entusiasmado y triunfal el día que la había salvado. Volvió a pasar por los mismos lugares, con la cabeza gacha, sin voz, sin lágrimas, casi sin aliento. La iglesia estaba desierta de nuevo y sumida en su silencio habitual. Los arqueros se habían marchado para perseguir a la bruja por la Cité. Quasimodo, solo en la vasta Notre-Dame, tan asediada y tumultuosa poco antes, se encaminó hacia la celda donde la egipcia había dormido muchas semanas bajo su protección.

Mientras se acercaba, imaginaba que quizá la encontraría allí. Cuando, en el recodo de la galería que da al tejado de las naves laterales, vio el angosto cuartito con su ventanuco y su pequeña puerta, escondida bajo un gran arbotante como un nido de pájaro bajo una rama, al pobre hombre se le encogió el corazón y tuvo que apoyarse en un pilar para no caer. Imaginó que quizá había regresado, que seguramente un genio bueno la había llevado de vuelta, que aquel cuartito era demasiado tranquilo, demasiado seguro y demasiado encantador para que no estuviera allí, y no se atrevía a dar un paso más por miedo a que se desvaneciera su ilusión. «Sí —se decía a sí mismo—, tal vez esté durmiendo, o rezando. No la molestemos.»

Por fin hizo acopio de valor, se acercó de puntillas, miró y entró. ¡Vacía! La celda seguía vacía. El desventurado sordo la recorrió despacio, levantó la cama y miró debajo, como si la joven

pudiera estar escondida entre el suelo y el colchón, meneó la cabeza y se quedó como alelado. De pronto aplastó furiosamente la antorcha con el pie y, sin decir una palabra, sin exhalar un suspiro, se precipitó de cabeza a toda velocidad contra la pared y cayó inconsciente al suelo.

Cuando volvió en sí, se echó en la cama, se revolcó, besó con frenesí el lugar todavía tibio donde la joven había dormido, se quedó unos minutos inmóvil como si fuera a expirar allí, pero luego se levantó, bañado en sudor, jadeante, trastornado, y empezó a golpear con la cabeza las paredes con la terrible regularidad del badajo de sus campanas y la resolución de un hombre que efectivamente quiere partírsela. Acabó desplomándose otra vez, extenuado; salió de la celda arrastrándose de rodillas y se acurrucó frente a la puerta, con una expresión de extrañeza.

Permaneció más de una hora sin hacer movimiento alguno, con la vista clavada en la celda vacía, más triste y pensativo que una madre sentada entre una cuna vacía y un ataúd lleno. No pronunciaba una sola palabra; tan solo, a grandes intervalos, un sollozo sacudía violentamente todo su cuerpo, pero un sollozo sin lágrimas, como esos relámpagos de verano que no hacen ruido.

Parece que fue entonces cuando, buscando en el fondo de su pensamiento desconsolado quién podía ser el inesperado raptor de la egipcia, pensó en el arcediano. Recordó que don Claude era el único que tenía una llave de la escalera que conducía a la celda, recordó sus tentativas nocturnas relacionadas con la joven, en la primera de las cuales él, Quasimodo, había colaborado, mientras que la segunda la había impedido. Recordó mil detalles, y muy pronto ya no tuvo ninguna duda de que el arcediano se había llevado a la egipcia. Sin embargo, era tal el respeto que profesaba al sacerdote, el reconocimiento, la entrega y el amor hacia ese hombre tenían tan profundas raíces en su corazón que, incluso en aquellos momentos, resistían el ataque de los celos y de la desesperación.

Pensaba que el arcediano había hecho aquello, y el deseo de sangre y de muerte que habría sentido contra cualquier otro, desde el momento en que se trataba de don Claude, se transformaba en el pobre sordo en incremento del dolor.

En el momento en que su pensamiento estaba concentrado en el sacerdote, cuando el alba empezaba a iluminar los arbotantes, vio en el piso superior de Notre-Dame, en el recodo que forma la balaustrada exterior que rodea el ábside, una figura que se desplazaba. Aquella figura iba hacia él. La reconoció. Era el arcediano.

Claude caminaba con paso grave y lento. No miraba hacia adelante al andar, se dirigía hacia la torre septentrional, pero su rostro estaba de lado, vuelto hacia la orilla derecha del Sena, y mantenía la cabeza alta, como si intentara ver algo por encima de los tejados. El búho adopta con frecuencia esta postura. Vuela hacia un punto y mira hacia otro. El sacerdote pasó, pues, por encima de Quasimodo sin verlo.

El sordo, a quien esta brusca aparición había dejado petrificado, lo vio desaparecer por la puerta de la escalera de la torre septentrional. El lector sabe que esa es la torre desde la que se ve el Ayuntamiento. Quasimodo se levantó y siguió al arcediano.

Subió la escalera de la torre por subirla, para saber por qué la subía el sacerdote. Por lo demás, el pobre campanero no sabía qué haría, qué diría, qué quería. Estaba lleno de furia y de miedo. El arcediano y la egipcia chocaban en su corazón.

Cuando hubo llegado a lo alto de la torre, antes de salir de la oscuridad de la escalera y entrar en la plataforma, observó con precaución dónde estaba el sacerdote. Don Claude le daba la espalda. Hay una balaustrada calada que rodea la plataforma del campanario. El sacerdote, cuyos ojos estaban clavados en la ciudad, tenía el pecho apoyado en el lado de la balaustrada que da al puente de Notre-Dame.

Quasimodo, avanzando sigilosamente por detrás de él, fue a ver lo que miraba con tanta atención.

El sacerdote se hallaba tan absorto en su contemplación que no oyó acercarse al sordo.

Visto desde lo alto de las torres de Notre-Dame a la incipiente luz de un amanecer de verano, París es —y lo era todavía más el París de entonces— un magnífico y encantador espectáculo. Podía ser, aquel día, el mes de julio. El cielo estaba perfectamente sereno. Algunas estrellas tardías se apagaban en diversos puntos, y había una muy brillante hacia levante, en lo más claro del cielo. El sol estaba apareciendo en ese momento y París empezaba a ponerse en movimiento. Una luz muy blanca y muy pura hacía resaltar vivamente todos los planos que sus cientos de casas presentan a oriente. La sombra gigante de los campanarios iba de tejado en tejado de un extremo a otro de la gran ciudad. Había ya barrios que hablaban y hacían ruido. Un toque de campana aquí, un martillazo allá, más lejos el complicado traqueteo de una carreta en marcha. Algunas columnas de humo escapaban en diferentes puntos de toda aquella superficie de tejados, como por las fisuras de una inmensa solfatara. El río, que frunce sus aguas en los arcos de tantos puentes y en la punta de tantas islas, resplandecía en pliegues plateados. Alrededor de la ciudad, fuera de las murallas, la vista se perdía en un gran círculo de vapores algodonosos a través de los cuales se distinguía confusamente la línea imprecisa de las llanuras y el gracioso abultamiento de los collados. Toda clase de rumores flotantes se dispersaban por esa ciudad semidespierta. Hacia oriente, el airecillo matinal desplazaba por el cielo algunos mechones blancos arrancados de la melena de bruma de las colinas.

En el Atrio, algunas mujeres que llevaban la lechera en la mano comentaban con extrañeza los singulares destrozos de la puerta principal de Notre-Dame y los dos regueros de plomo incrustados en las junturas de las piedras. Era todo lo que quedaba del tumulto de la noche. La hoguera encendida por Quasimodo entre las torres se había apagado. Tristan ya había despejado la plaza y mandado arrojar los muertos al Sena. Los reyes como Luis XI procuran lavar enseguida el suelo después de una masacre.

Por fuera de la balaustrada de la torre, precisamente debajo del punto donde se había detenido el sacerdote, había una de esas gárgolas fantásticamente labradas en la piedra que adornan los edificios góticos, y en una grieta de esa gárgola dos bonitos alhelíes, agitados y como dotados de vida por el soplo del aire, intercambiaban alegres saludos. Por encima de las torres, arriba, muy al fondo del cielo, se oían lejanos cantos de pájaros.

Pero el sacerdote ni escuchaba ni miraba nada de todo eso. Era de esos hombres para los que no existen amaneceres, ni pájaros, ni flores. En aquel inmenso horizonte que adoptaba tan variados aspectos a su alrededor, su contemplación estaba concentrada en un único punto.

Quasimodo ardía en deseos de preguntarle qué había hecho con la egipcia. Pero el arcediano

parecía estar en ese momento fuera del mundo. Se hallaba a todas luces en uno de esos minutos violentos de la vida en los que uno no notaría hundirse la tierra bajo sus pies. Con los ojos invariablemente clavados en un lugar determinado, permanecía inmóvil y en silencio; y ese silencio y esa inmovilidad tenían algo tan terrible que hacía temblar al salvaje campanero y le impedía romperlos. Se limitó —y era otro modo de interrogar al arcediano— a seguir la dirección de su rayo visual, y de esta forma la mirada del desgraciado sordo llegó a la plaza de Grève.

Así vio lo que el sacerdote miraba. La escalera estaba puesta junto al patíbulo permanente. Había algunas personas en la plaza y muchos soldados. Un hombre arrastraba por el suelo una cosa blanca a la que estaba agarrada una cosa negra. Ese hombre se detuvo al pie del patíbulo.

Entonces sucedió algo que Quasimodo no vio bien. No es que su ojo único hubiera perdido el alcance visual que siempre había poseído, sino que un pelotón de soldados le impedía distinguir el conjunto. Además, en ese instante apareció el sol, y por encima del horizonte rebosó tal oleada de luz que se habría dicho que todas las agujas de París, flechas, chimeneas, frontones, se incendiaban a la vez.

Mientras tanto el hombre empezó a subir la escalera. Entonces Quasimodo lo vio con claridad. Llevaba a una mujer al hombro, una muchacha vestida de blanco, y esa muchacha llevaba una cuerda alrededor del cuello. Quasimodo la reconoció.

Era ella.

El hombre llegó al final de la escalera. Allí ajustó el nudo. El sacerdote, para ver mejor, se puso entonces de rodillas sobre la balaustrada.

De pronto el hombre empujó bruscamente la escalera con el talón y Quasimodo, que contenía la respiración desde hacía ya unos instantes, vio balancearse en el extremo de la cuerda, a dos toesas del suelo, a la desdichada criatura y al hombre agachado con los pies sobre sus hombros. La cuerda dio varias vueltas sobre sí misma y Quasimodo vio que horribles convulsiones recorrían el cuerpo de la egipcia. El sacerdote, por su parte, con el cuello estirado y los ojos desorbitados, contemplaba ese grupo espantoso que formaban el hombre y la muchacha, la araña y la mosca.

En el momento más horrible de la escena, una risa demoníaca, una risa que solo es posible tener cuando se ha dejado de ser un hombre, estalló en el rostro lívido del sacerdote. Quasimodo no oyó esa risa, pero la vio.

El campanero retrocedió unos pasos por detrás del arcediano y, de repente, abalanzándose sobre él con furia, lo empujó por la espalda con sus grandes manos al abismo sobre el que don Claude estaba inclinado.

—¡Maldición! —exclamó el sacerdote, y cayó.

La gárgola sobre la que se encontraba lo detuvo en su caída. Se agarró a ella desesperadamente con ambas manos y, en el momento en que abrió la boca para proferir un segundo grito, vio asomar por el borde de la balaustrada, justo encima de su cabeza, el rostro formidable y vengativo de Quasimodo.

Entonces calló.

El abismo estaba bajo él. Una caída de más de doscientos pies, y el suelo.

En aquella terrible situación, el arcediano no pronunció una sola palabra, no emitió un solo

gemido. Solo se retorció sobre la gárgola haciendo esfuerzos increíbles para subir. Pero sus manos no lograban agarrarse al granito y sus pies rayaban la pared ennegrecida sin encontrar apoyo. Las personas que han subido a las torres de Notre-Dame saben que hay un saliente en la piedra justo debajo de la balaustrada. Era ahí donde se extenuaba el miserable arcediano. No se enfrentaba a una pared cortada a pico, sino a una pared que se escabullía bajo él.

Quasimodo no habría tenido más que tenderle la mano para sacarlo del abismo, pero ni siquiera lo miraba. Miraba la Grève. Miraba el patíbulo. Miraba a la egipcia.

El sordo había apoyado los codos en la balaustrada, en el mismo sitio donde un momento antes estaba el arcediano, y allí, sin apartar la mirada del único objeto que en ese momento existía para él en el mundo, permanecía inmóvil y mudo como un hombre fulminado, y un largo río de llanto fluía en silencio de aquel ojo que hasta entonces había vertido una sola lágrima.

El arcediano, mientras tanto, jadeaba. Su frente calva chorreaba de sudor, sus uñas sangraban sobre la piedra, sus rodillas se desollaban contra la pared.

Oía cómo su sotana, enganchada en la gárgola, crujía y se desgarraba cada vez que se movía. Para colmo de desgracias, aquella gárgola terminaba en un tubo de plomo que cedía bajo el peso de su cuerpo. El arcediano notaba que aquel tubo se iba doblando lentamente. Se decía, el miserable, que cuando sus manos estuvieran rotas de cansancio, cuando su sotana se hubiera desgarrado del todo, cuando ese tubo de plomo se hubiera doblado por completo, caería, y el pánico le invadía las entrañas. De cuando en cuando miraba enloquecido una especie de estrecho rellano formado, unos diez pies más abajo, por salientes de las esculturas y, en el fondo de su alma desesperada, pedía al cielo poder acabar su vida en aquel espacio de dos pies cuadrados, aunque tuviera que durar cien años. En una ocasión miró por debajo de él la plaza, el abismo; cuando levantó la cabeza, tenía los ojos cerrados y el cabello totalmente erizado.

Era aterrador el silencio de esos dos hombres. Mientras el arcediano agonizaba de aquella horrible forma a unos pies de él, Quasimodo lloraba y miraba la Grève.

El arcediano, viendo que todas sus sacudidas solo servían para debilitar el frágil punto de apoyo que le quedaba, decidió quedarse quieto. Estaba allí, abrazado a la gárgola, respirando apenas, sin hacer otro movimiento que esa convulsión maquinal del vientre que se siente en sueños cuando uno cree estar cayendo al vacío. Sus ojos, abiertos de un modo enfermizo, tenían la mirada perdida. Poco a poco, sin embargo, perdía terreno, sus dedos resbalaban por la gárgola, sentía cada vez más la debilidad de sus brazos y la pesadez de su cuerpo, la curvatura del tubo de plomo que lo sostenía se inclinaba milímetro a milímetro sin cesar hacia el abismo.

Veía bajo sus pies, cosa terrible, el tejado de Saint-Jean-le-Rond pequeño como un mapa doblado por la mitad. Miraba una tras otra las impasibles esculturas de la torre, suspendidas como él sobre el precipicio, pero sin sentir terror por ellas ni piedad por él. Todo era de piedra a su alrededor: ante sus ojos, los monstruos con la boca abierta; abajo, al fondo de todo, en la plaza, el empedrado; sobre su cabeza, Quasimodo llorando.

Había en el Atrio algunos grupos de curiosos que intentaban tranquilamente adivinar quién podía ser el loco que se divertía de tan extraña manera. El sacerdote les oía decir, pues sus voces llegaban hasta él claras y agudas:

—¡Va a desnucarse!

Quasimodo lloraba.

Finalmente el arcediano, desbordante de rabia y de espanto, comprendió que todo era inútil. No obstante, hizo acopio de las fuerzas que le quedaban para realizar un último intento. Tensó el cuerpo para levantarlo sobre la gárgola, empujó la pared con las rodillas, se agarró con las manos a una grieta de la piedra y consiguió elevarse tal vez un pie, pero esa presión dobló bruscamente el tubo de plomo en el que se apoyaba. Al mismo tiempo, la sotana se rasgó del todo. Entonces, sintiendo que todo cedía bajo él, no teniendo ya más que sus manos rígidas y desfallecientes aferradas a algo, el infortunado cerró los ojos y soltó la gárgola. Cayó.

Quasimodo lo miró caer.

Una caída desde semejante altura raramente es perpendicular. El arcediano, lanzado al espacio, cayó primero con la cabeza hacia abajo y los brazos extendidos antes de dar varias vueltas sobre sí mismo. El viento lo empujó hasta el tejado de una casa, donde el desdichado empezó a destrozarse. Sin embargo, no estaba muerto cuando llegó a él. El campanero lo vio intentar agarrarse al frontón con las uñas. Pero el plano era demasiado inclinado y él ya no tenía fuerzas. Resbaló rápidamente por el tejado como una teja que se suelta y fue a rebotar contra el empedrado. Allí ya no se movió.

Quasimodo dirigió entonces la mirada hacia la egipcia, cuyo cuerpo, suspendido en el patíbulo, veía estremecerse a lo lejos bajo el vestido blanco en los últimos estertores de la agonía, luego la desplazó de nuevo hacia el arcediano, tendido al pie de la torre y ya desprovisto de forma humana, y dijo con un sollozo que surgió de lo más profundo de su pecho:

—¡Oh, todo lo que he amado!

3

Boda de Phoebus

Hacia el anochecer de aquel día, cuando los oficiales judiciales del obispo fueron al Atrio a levantar el cadáver descoyuntado del arcediano, Quasimodo había desaparecido de Notre-Dame.

Corrieron muchos rumores sobre este suceso. Nadie puso en duda que había llegado el momento en que, de acuerdo con el pacto establecido entre ellos, Quasimodo, es decir, el diablo, debía llevarse a Claude Frollo, es decir, al brujo. Supusieron que había roto su cuerpo para apoderarse de su alma, como los monos que rompen la cáscara de la nuez para comerse el fruto.

Por este motivo el arcediano no fue inhumado en tierra sagrada.

Luis XI murió al año siguiente, en el mes de agosto de 1483.

En cuanto a Pierre Gringoire, consiguió salvar a la cabra y obtuvo éxito en el campo de la tragedia. Parece ser que, después de haber probado la astrología, la filosofía, la arquitectura, la hermética y todas esas locuras, volvió a la tragedia, que es la más loca de todas. Es lo que él llamaba «tener un final trágico». Acerca de sus triunfos dramáticos, esto es lo que puede leerse a partir de 1483 en las cuentas del ordinario: «A Jean Marchand y Pierre Gringoire, carpintero y compositor, que han hecho y compuesto el misterio representado en el Châtelet de París con motivo de la entrada del señor legado, dirigido a personajes, aquestos vestidos y acicalados tal como en dicho misterio era requerido, y asimismo, por haber construido los tablados que para ello eran necesarios: por este trabajo, cien libras».

Phoebus de Châteaupers tuvo también un final trágico: se casó.

4

Boda de Quasimodo

Acabamos de decir que Quasimodo había desaparecido de Notre-Dame el día de la muerte de la egipcia y del arcediano. No se le volvió a ver, en efecto, no se supo qué había sido de él.

La noche que siguió al suplicio de Esmeralda, los ayudantes del verdugo habían descolgado su cuerpo del patíbulo y lo habían llevado, según era costumbre, a los sótanos de Montfaucon.

Montfaucon era, como dice Sauval, «el más antiguo y el más soberbio patíbulo del reino». Entre los suburbios del Temple y de Saint-Martin, a unas ciento sesenta toesas de las murallas de París, a varios tiros de ballesta de la Courtille, se veía en la cima de una suave eminencia, suficientemente elevada para ser vista desde varias leguas a la redonda, un edificio de forma extraña que se parecía bastante a un crómlech celta y donde también se ofrecían sacrificios humanos.

Que el lector imagine, en la cima de una colina de yeso, un gran paralelepípedo de mampostería, de quince pies de alto, treinta de ancho y cuarenta de largo, con una puerta, una rampa exterior y una plataforma; sobre esa plataforma, dieciséis enormes pilares de piedra sin labrar, de treinta pies de altura, dispuestos en hilera alrededor de tres de los cuatro lados del macizo que los sostiene, unidos entre sí por la parte superior mediante fuertes vigas de las que cuelgan cadenas a intervalos regulares; de todas estas cadenas cuelgan esqueletos; en las inmediaciones, en la llanura, una cruz de piedra y dos horcas menores que parecen crecer como esquejes alrededor de la horca central; por encima de todo esto, en el cielo, un vuelo perpetuo de cuervos. Eso es Montfaucon.

A finales del siglo XV, el formidable patíbulo, que databa de 1328, estaba ya muy decrépito. Las vigas estaban carcomidas, las cadenas oxidadas, los pilares cubiertos de moho. Las hiladas de piedras talladas estaban totalmente agrietadas en las junturas, y la hierba crecía sobre esa plataforma que ningún pie pisaba. Aquel monumento dibujaba un horrible perfil sobre el cielo; sobre todo por la noche, cuando la luna iluminaba un poco aquellos cráneos blancos, o cuando la brisa vespertina empujaba cadenas y esqueletos y los mecía en la oscuridad. La sola presencia de ese patíbulo bastaba para convertir todos los alrededores en lugares siniestros.

El macizo de piedra que servía de base al odioso edificio estaba hueco. Habían practicado en él un vasto sótano, cerrado con una vieja verja de hierro deteriorada, donde arrojaban no solo los restos humanos que se desprendían de las cadenas de Montfaucon, sino también los cuerpos de todos los desdichados ejecutados en los otros patíbulos permanentes de París. En aquel profundo osario donde tantos restos humanos y tantos crímenes se han podrido juntos, muchos grandes del mundo y muchos inocentes han ido a dejar sus huesos, desde Enguerrand de Marigni, que estrenó Montfaucon y que era un hombre justo, hasta el almirante de Coligni, que lo clausuró y que era un

hombre justo también.

En lo que se refiere a la misteriosa desaparición de Quasimodo, esto es cuanto hemos podido descubrir.

Alrededor de dos años o, más exactamente, dieciocho meses después de los acontecimientos que ponen fin a esta historia, cuando fueron a buscar al sótano de Montfaucon el cadáver de Olivier el Gamo, que había sido ahorcado dos días antes y a quien Carlos VIII concedía la gracia de ser enterrado en Saint-Laurent en mejor compañía, encontraron entre aquellas carcasas inmundas dos esqueletos, uno de los cuales estaba extrañamente abrazado al otro. Uno de esos dos esqueletos, que era de una mujer, todavía conservaba unos jirones de ropa de una tela que había sido blanca, y alrededor de su cuello se veía un collar de cuentas de acederaque con una bolsita de seda, adornada con abalorios verdes, que estaba abierta y vacía. Aquellos objetos tenían tan poco valor que sin duda el verdugo no los había querido. El otro esqueleto, que tenía a este estrechamente abrazado, era de hombre. Observaron que tenía la columna vertebral desviada, la cabeza hundida entre los omóplatos y una pierna más corta que la otra. No presentaba, por lo demás, rotura de vértebra en la nuca, y era evidente que no había sido ahorcado. Así pues, el hombre al que había pertenecido había ido expresamente allí, y allí había muerto. Cuando intentaron separarlo del esqueleto al que abrazaba, se convirtió en polvo.

NOTA DE LA TRADUCTORA

Las cortes de los milagros eran espacios de una ciudad poblados por miserables que vivían fuera de la ley: mendigos, ladrones y prostitutas. Se les daba este nombre porque las diferentes lesiones o enfermedades de los mendigos que vivían allí y recorrían las calles de la ciudad durante el día pidiendo limosna, desaparecían «milagrosamente» por la noche, cuando volvían a la Corte.

Aunque en París había varias cortes de los milagros, la que Victor Hugo tomó como referencia cuando escribió esta novela era la mayor y más famosa de la capital francesa. Su población se agrupaba en una asociación muy estructurada llamada el reino de Argot, dirigida por el gran coesre o rey de los truhanes, en la que se hablaba una jerga propia y cuyos miembros tenían diferentes especialidades.

Para una mejor comprensión de los pasajes en los que aparecen estos personajes, hago a continuación una breve descripción de ellos:

Temporeros (*courtauds de boutanche*): Semimendigos que solo tenían derecho a mendigar durante el invierno.

Concheros (*coquillarts*): Peregrinos cubiertos de conchas que pedían limosna para, según decían, poder continuar su viaje.

Hubertinos (*hubins*): Llevaban un certificado en el cual constaba que habían sido curados de la rabia por la intercesión de san Huberto.

Convulsos (*sabouleux*): Mendigos que se revolcaban por el suelo como si fueran epilépticos y echaban espuma por la boca metiéndose un trozo de jabón dentro.

Pelones (*calots*): Una especie de peregrinos sedentarios, escogidos entre los que tenían una buena cabellera, que pasaban por haber sido curados de la tiña yendo a Flavigny, en la Borgoña, donde santa Reina obraba prodigios.

Desahuciados (*francs-mitoux*): Fingían estar enfermos y llevaban a tal grado de perfección el arte de encontrarse mal en la calle que engañaban incluso a los médicos que se presentaban para socorrerlos.

Parranderos (*polissons*): Iban de cuatro en cuatro, sin camisa bajo el jubón, con un gorro agujereado y una botella en el costado.

Birriosos (*piètres*): Imitaban a los tullidos y andaban siempre con muletas.

Tahúres (*capons*): Especializados en mendigar en las tabernas y los lugares públicos y de reunión, así como de incitar a los transeúntes al juego fingiendo que perdían dinero jugando con compañeros con los que estaban conchabados.

Alfeñiques (*malingreux*): Falsos enfermos que se declaraban hidrópicos o se cubrían los brazos, las piernas y el cuerpo de úlceras falsas; pedían limosna en las iglesias con objeto de reunir —según decían ellos— la pequeña suma necesaria para emprender la peregrinación que los curaría.

Achicharrados (*rifodés*): Iban siempre acompañados de mujeres y niños, y llevaban un certificado en el que constaba que el fuego del cielo había destruido su casa y todos sus enseres, los cuales, por descontado, no habían existido nunca.

Mercadantes (*marcandiers*): Granujas que solían ir por la calle de dos en dos, vestidos con un jubón nuevo y unas calzas viejas, proclamando que eran honrados comerciantes arruinados por las guerras, el fuego u otras catástrofes.

Truchimanes (*narquois* o *drilles*): Eran reclutados entre los soldados y pedían, con la espada en el cinto, una limosna que podía ser peligroso negarles.

Huérfanos (*orphelins*): Chiquillos casi desnudos, que debían fingir estar helados y tiritar de frío incluso en verano.

Mangantes o archisecuaces (*cagoux* o *archisuppôts*): Lugartenientes del gran coesre y encargados de enseñar el argot e instruir a los nuevos en el arte de cortar bolsas, preparar heridas falsas, etcétera.

Notas

[*] «Fatalidad» en griego. *(N. de la T.)* <<

[*] «La rueda gira, lo que sale es un cántaro.» *(N. de la T.)* <<

[1] Nombre dado al patíbulo en la Edad Media. *(N. de la T.)* <<

[2] Subgénero satírico-político, así llamado porque los participantes se vestían con la indumentaria amarilla y verde de los *sots* (tontos, locos), con capirote y cetro de la locura. *(N. de la T.)* <<

[3] El término «gótico», en el sentido en que generalmente se emplea, pese a ser absolutamente impropio, está absolutamente consagrado. Lo aceptamos, pues, y lo adoptamos, como todo el mundo, para caracterizar la arquitectura de la segunda mitad de la Edad Media, aquella cuyo principio es la ojiva y que sucede a la arquitectura del primer período, cuyo generador es el arco de medio punto. *(N. del A.)* <<

[4] *Certes, ce fut un triste jeu / quand à Paris dame Justice, / pour avoir mangé trop d'épice, / se mit tout le palais en feu*. La gracia está en la utilización del término *palais*, que en francés significa «palacio» y «paladar» y que, lógicamente, en español se pierde. *(N. de la T.)* <<

[5] En la Edad Media, hombre letrado y de estudios escolásticos, aunque no tuviese orden alguna, en oposición al indocto y especialmente al que no sabía latín. *(N. de la T.)* <<

[6] En español, «el cornudo». *(N. de la T.)* <<

[7] «Thibaut el jugador de dados.» *(N. de la T.)* <<

[8] «Thibaut de los dados.» *(N. de la T.)*<<

[9] De Thibaut-aux-dés, en español «Thibaut de los dados». *(N. de la T.)*<<

[10] «Estas son las nueces que te envío para las Saturnales» (Marcial, *Epigramas*, VII). *(N. de la T.)* <<

[11] «¡Con sus túnicas grises!» «¡O forradas de pieles grises!» *(N. de la T.)* <<

[12] «O un pedo.» *(N. de la T.)*<<

[13] «A la grupa de su caballo va sentada la negra preocupación» (Horacio, *Odas*, III, I). *(N. de la T.)* <<

[14] «No hagáis intervenir a un dios.» *(N. de la T.)* <<

[15] «¡Bravo, Júpiter! ¡Aplaudid, ciudadanos!» *(N. de la T.)* <<

[16] «Bebamos papalmente.» *(N. de la T.)* <<

[17] «Capa llena de vino.» *(N. de la T.)* <<

[18] «[No deis las cosas santas a perros ni arrojéis vuestras] perlas a puercos, [no sea que las pisoteen con sus pies y revolviéndose os destrocen]» (Mateo, 7,6). *(N. de la T.)* <<

[19] «Como verdadera diosa, por su forma de andar, apareció» (Virgilio, *Eneida*, I). *(N. de la T.)* <<

[20] Hugo se refiere a la obra *Batalla heroica*, del pintor Salvator Rosa.*(N. de la T.)* <<

[21] «Doceno» es una traducción literal de *douzain*, antigua moneda francesa que valía doce dineros. El adjetivo*tournois*, «tornés», se aplica a la moneda acuñada en Tours, inferior a la acuñada en París, llamada *parisis*, «parisiense», y como sustantivo, un tornés es un dinero tornés. *(N. de la T.)* <<

[22] En español en el original. *(N. de la T.)* <<

[23] El Parlamento de París es una institución francesa del Antiguo Régimen con atribuciones judiciales y administrativas. *(N. de la T.)* <<

[24] En español en el original. *(N. de la T.)* <<

[25] En la Edad Media, el término francés *pistolet* (del que deriva *pistolier*, «pistolero») designaba un puñal corto. *(N. de la T.)* <<

[26] *Liard*: moneda francesa que no tiene equivalente en español. *(N. de la T.)* <<

[27] Las hermanas *sachettes* eran unas religiosas que iban vestidas con un saco. *(N. de la T.)*<<

[28] En la época en que se desarrolla la acción de la novela, existía la creencia de que los gitanos procedían de Egipto y por eso se les llamaba también egipcios. *(N. de la T.)*<<

[29] Estos versos y los anteriores están en español en el original. *(N. de la T.)* <<

[30] Véase nota de la traductora de pp. 522-524. <<

[31] «Todo camino, vía y pasaje.» *(N. de la T.)* <<

[32] «¡Dios te salve, Dios te salve, estrella del mar!» *(N. de la T.)* <<

[33] En español en el original. *(N. de la T.)* <<

[34] En español en el original. *(N. de la T.)* <<

[35] En español en el original. *(N. de la T.)* <<

[36] Neologismo de Rabelais utilizado en *Gargantúa*. *(N. de la T.)* <<

[37] «Y todas las cosas están contenidas en la filosofía, y todos los hombres en el filósofo.» *(N. de la T.)* <<

[38] En español en el original. *(N. de la T.)* <<

[39] En francés, *les onze-vingts*: cuerpo de los doscientos veinte agentes de policía de la ciudad de París. *(N. de la T.)* <<

[40] «El tiempo devora, el hombre más aún» (la primera parte de la frase es de Ovidio, *Metamorfosis*, XV). *(N. de la T.)* <<

[41] «Cuya masa llena de terror a los que la contemplan.» *(N. de la T.)* <<

[42] «Quedan interrumpidos los trabajos» (Virgilio, *Eneida*, IV). *(N. de la T.)* <<

[43] Es la misma que también recibe el nombre, según los lugares, los climas y las especies, de lombarda, sajona y bizantina. Son cuatro arquitecturas hermanas y paralelas, cada una de las cuales posee su carácter particular pero que derivan del mismo principio, el arco de medio punto. *Facies non omnibus una, non diversa tamen, qualem,* etcétera. *(N. del A.)* <<

[44] Esta parte de la flecha, que era de madera, es precisamente la que fue consumida por el fuego del cielo en 1823. *(N. del A.)* <<

[45] «La fidelidad a los reyes, aunque interrumpida a veces por sediciones, ha proporcionado numerosos privilegios a los ciudadanos.» *(N. de la T.)* <<

[46] Le Marais. *(N. de la T.)* <<

[47] Hemos visto, con una mezcla de dolor e indignación, que se planeaba agrandar, refundir, remodelar, es decir, destruir ese admirable palacio. A los arquitectos actuales se les va demasiado la mano para tocar esas delicadas obras del Renacimiento. Seguimos confiando en que no se atrevan. Por lo demás, demoler ahora las Tullerías no sería solo un hecho brutal que sonrojaría a un vándalo ebrio, sino también una traición. Porque las Tullerías no son simplemente una obra maestra del arte del siglo XVI; son una página de la historia del siglo XIX. Ese palacio ya no es del rey, sino del pueblo. Dejémoslo, pues, tal como está. Nuestra revolución lo ha marcado dos veces en la frente. En una de sus dos fachadas, tiene las huellas de las balas de cañón del 10 de agosto; en la otra, las del 29 de julio. Es sagrado. París, 7 de abril de 1831. *(Nota añadida por el autor en la quinta edición.)* <<

[48] El primero después de Pascua. El nombre viene del principio del introito que se canta ese domingo, tomado de Epístola I de san Pedro 2,2: *quasi modo geniti infantes* («como niños recién nacidos»). *(N. de la T.)* <<

[49] Congregación religiosa que fundó en el siglo XIV, en París, la esposa de Étienne Haudry creyendo que este había muerto durante una peregrinación a Santiago de Compostela. *(N. de la T.)*
<<

[50] «Dar bofetadas y arrancar el pelo.» *(N. de la T.)* <<

[51] «Altar de los perezosos.» *(N. de la T.)* <<

[52] «Guardián de un rebaño monstruoso, y más monstruoso él mismo.» *(N. de la T.)* <<

[53] Las prisiones del Palacio Ducal de Venecia, llamadas así por el revestimiento del tejado en ese material. *(N. de la T.)* <<

[54] «El niño robusto es malo.» *(N. de la T.)* <<

[55] «Riña; causa primera: consumo de un excelente vino.» *(N. de la T.)* <<

[56] «Donde termina el círculo» (Ovidio, *Metamorfosis*, V). *(N. de la T.)* <<

[57] *Fas atque nefas*, locución latina que significa «lo lícito y lo ilícito». *(N. de la T.)* <<

[58] Hugo II de Bisuncio, 1326-1332. *(N. del A.)* <<

[59] «En todos los tonos.» *(N. de la T.)*«En todos los tonos.» *(N. de la T.)* <<

[60] «Algunas grandes damas que no pueden ser dadas de lado sin escándalo.» *(N. de la T.)* <<

[61] «¡Mirad, mirad! Claudio y el claudicante.» *(N. de la T.)* <<

[62] «El abad del beato Martín.» *(N. de la T.)* <<

[63] El juego viene dado por el significado de *abricotier* («albaricoquero») y el de *abri*, que aquí se traduciría por «albergue» o, mejor aún,«hogar», y la coincidencia, salvo por dos letras, de *cotier* con el apellido del médico (Coictier).*(N. de la T.)* <<

[64] Natural de la ciudad de Tours. *(N. de la T.)* <<

[65] «Yerras, amigo Claudio.» *(N. de la T.)* <<

[66] «Glosa a las Epístolas de san Pablo. Nuremberg, Antonio Koburger, 1474.» *(N. de la T.)* <<

[67] «El abad del beato Martín, es decir, el rey de Francia, es canónigo según la costumbre y tiene la pequeña prebenda de san Venancio y debe sentarse en el asiento del tesorero.» *(N. de la T.)* <<

[68] «Porque mi nombre es León» (Fedro). *(N. de la T.)* <<

[69] «Tortuga»: formación de combate de la infantería romana. *(N. de la T.)* <<

[70] Este cometa, contra el que el papa Calixto, tío de Borgia, ordenó plegarias públicas, es el mismo que volverá a aparecer en 1835. *(N. del A.)* <<

[71] «Dignidad a la que están vinculados un poder muy poco limitado sobre la policía y múltiples derechos y prerrogativas.» *(N. de la T.)* <<

[72] Los soldados de la guardia eran doce. *(N. de la T.)*<<

[73] Comptes du domaine, 1383. *(N. del A.)* <<

[74] «La ley es dura en su redactado.» *(N. de la T.)* <<

[75] «En perjuicio de una prostituta.» *(N. de la T.)* <<

[76] «Con su potente voz entre las sombras» (Virgilio, *Eneida*, VI). *(N. de la T.)* <<

[77] «Pozo que habla.» *(N. de la T.)* <<

[78] «Calla y espera.» *(N. de la T.)* <<

[79] «Escudo fuerte, salvación de los duques.» *(N. de la T.)* <<

[80] «Es tuyo.» *(N. de la T.)* <<

[81] «Tú, reza.» *(N. de la T.)* <<

[82] En francés, Trou aux Rats, cuya pronunciación (*truorrá*) se asemeja mucho a la pronunciación francesa de las palabras latinas grabadas sobre la ventana (*tuorrá*). *(N. de la T.)* <<

[83] «Con pasos desiguales» (Virgilio, *Eneida*, II). *(N. de la T.)* <<

[84] *Cinquantenier*: en la Edad Media, en Francia, el que estaba al mando de una compañía de cincuenta hombres.*(N. de la T.)* <<

[85] En francés, Pologne, Catalogne, Valogne, lo que explica la confusión del personaje. *(N. de la T.)* <<

[86] En un pasaje anterior del libro se describe como un látigo de tiras de cuero blancas. *(N. de la T.)* <<

[87] «Sordo absurdo.» *(N. de la T.)* <<

[88] En francés, *gond* y *laurier*, que forman el apellido Gondelaurier. *(N. de la T.)* <<

[89] Los guebros son fieles de la religión de Zoroastro. *(N. de la T.)* <<

[90] «Solo con sola, nadie pensará que rezan el padrenuestro.» *(N. de la T.)* <<

[91] *Unzain*: moneda francesa que no tiene equivalente en español.*(N. de la T.)* <<

[92] «“Así como”,“pero en verdad”.» *(N. de la T.)* <<

[93] «Sopla, espera.» *(N. de la T.)* <<

[94] «“¿De dónde? ¿De ahí?”,“El hombre es un monstruo para el hombre”, “Los astros, la fortaleza, el nombre, el poder divino”,“Gran libro, gran mal”, “Atrévete a saber”,“Sopla donde quiere”.» *(N. de la T.)* <<

[95] «Llama *Domine* al Señor celeste y *domne* al señor terrestre.» *(N. de la T.)* <<

[96] «Es griego, no hay que leerlo.» *(N. de la T.)* <<

[97] «A algunos mocosos.» *(N. de la T.)* <<

[98] «Que el que no trabaje no coma.» *(N. de la T.)* <<

[99] «Contra aguijones, cuchillas candentes, postes, cordeles, cuerdas, cadenas, mazmorras, *musmellas*, ataduras, collares de hierro» (Plauto, *Asinaria*). *(N. de la T.)* <<

[100] «Por él, y con él, y en él.» *(N. de la T.)* <<

[101] «Atado desnudo, pesas como cien cuando estás colgado por los pies» (Plauto, *Asinaria*). *(N. de la T.)* <<

[102] «Una estrige o una máscara.» *(N. de la T.)* <<

[103] «Diálogo de la energía y de la operación de los demonios.» *(N. de la T.)* <<

[104] «No hay ningún lugar que no tenga su genio.» *(N. de la T.)* <<

[105] «¡Alabado seas, Señor!» *(N. de la T.)* <<

[106] «Bajo la conservación de su forma singular, el alma permanece intacta.» *(N. de la T.)* <<

[107] En francés, «ciencia» es *science*. Las dos sílabas que forman la palabra significan «sierra» (*scie*) y «asa» (*anse*, pronunciación de *ence*). *(N. de la T.)* <<

[108] Coupe-Gueule: «Cortacaras». Coupe-Gorge: «Cortacuellos». *(N. de la T.)* <<

[109] «Indigno el que vive entre las malas palabras», referencia al nombre de la calle Mauvaises-Paroles («Malas Palabras»). *(N. de la T.)* <<

[110] «En otros tiempos yo era un tronco de higuera.» *(N. de la T.)* <<

[111] «Obispo de Autun.» *(N. de la T.)* <<

[112] «Yo confieso.» *(N. de la T.)* <<

[113] En francés, Chambre des enquêtes: cámara del Parlamento creada en el siglo XIV. *(N. de la T.)* <<

[114] «Por ello, señores, en presencia de una estrige probada, siendo el crimen patente, existiendo intencionalidad criminal, en nombre de la santa iglesia Notre-Dame de París, a la que corresponde ejercer justicia de toda índole, alta y baja, en esta nuestra isla sin tacha de la Cité, declaramos a tenor de lo dicho requerir, en primer lugar, una indemnización pecuniaria; en segundo lugar, retractación pública ante el pórtico de Notre-Dame, iglesia catedral; en tercer lugar, sentencia en virtud de la cual esta estrige con su cabra, bien en la plaza vulgarmente llamada “la Grève”, o bien en la salida de la isla al río Sena, junto al extremo del jardín real, sean ejecutadas.» *(N. de la T.)*
<<

[115] «Qué latín más vulgar.» *(N. de la T.)* <<

[116] «Lo niego.» *(N. de la T.)* <<

[117] En francés, *queue*, término que forma parte del nombre del pueblo aludido. *(N. de la T.)* <<

[118] «No temo a los muchos miles de pueblos que me rodean. ¡Levantaos, Señor! ¡Salvadme, Dios mío!» (Salmos, 3,7); «Salvadme, Dios mío, porque las aguas han entrado hasta mi alma. Estoy hundido en un profundo cieno, y no encuentro apoyo» (Salmos, 69,2-3). *(N. de la T.)* <<

[119] «El que escucha mi palabra y cree en el que me envió tiene la vida eterna, y no es juzgado, pues ya ha pasado de la muerte a la vida» (Juan, 5,24). *(N. de la T.)* <<

[120] «Clamé desde el fondo de la tumba y oísteis mi voz. Me arrojasteis en medio del mar; hasta el fondo de las aguas, y me envolvieron las corrientes» (Jonás,2,3-4). *(N. de la T.)* <<

[121] «Vete ahora, alma doble, y que Dios tenga misericordia de ti.» *(N. de la T.)* <<

[122] «Señor, ten piedad de nosotros.» *(N. de la T.)* <<

[123] «Todas vuestras olas y vuestras ondas pasaron sobre mí» (Jonás,2,4). *(N. de la T.)* <<

[124] «Que para los monjes del prado de Saint-Germain fue una hidra, pues los clérigos siempre suscitaban nuevos objetos de disputa.» *(N. de la T.)* <<

[125] «Venturoso anciano.» *(N. de la T.)* <<

[126] «Sobre la talla de las piedras.» *(N. de la T.)* <<

[127] «Es decir, que alimentos, bebidas, sueño, Venus, todo sea moderado.» *(N. de la T.)* <<

[128] «Se relaja la doctrina de los doctos, la disciplina de los discípulos.» *(N. de la T.)* <<

[129] Nombre dado al valet de tréboles. *(N. de la T.)* <<

[130] «¡De un pueblo desenfrenado, popular desenfreno!» *(N. de la T.)* <<

[131] «¡Qué cánticos! ¡Qué instrumentos! ¡Qué canciones! ¡Qué melodías interminables cantan aquí! Resuenan los instrumentos de los himnos, dulces como la miel, la suavísima melodía de los ángeles, los cánticos admirables entre los cánticos» (San Agustín). *(N. de la T.)* <<

[132] «No le es dado a todo el mundo tener nariz.» *(N. de la T.)* <<

[133] «El vino es fuente de intemperancia y la embriaguez está llena de desorden» (Proverbios, 20,1). *(N. de la T.)* <<

[134] «El vino hace apostar incluso a los sabios.» *(N. de la T.)* <<

[135] Sobre el nombre de esta calle, véase nota de la página 298. *(N. de la T.)* <<

[136] «Sin gentilhombre de boca y sin copero alguno.» *(N. de la T.)* <<

[137] «Pulso acelerado, anhelante, crepitante, irregular.» *(N. de la T.)* <<

[138] «Sitiador de Turín a la vez que sitiado.» *(N. de la T.)* <<

[139] «Como las abejas la geometría.» *(N. de la T.)* <<

[140] «Contra la avaricia.» *(N. de la T.)* <<